

Vida Sobrenatural

REVISTA BIMESTRAL
Año LXXVII. Volumen IC
Enero-Diciembre, 1997
Números 589-594



SICUT CERVUS AD FONTES

SALAMANCA

VIDA SOBRENATURAL
REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Fundada en 1921 por el Siervo de Dios P. Fray Juan
González Arintero, O.P.

Director: *Fray Pedro Fernández Rodríguez, O.P.*

Secretario: *Fray Pedro Blanco García, O.P.*

Apartado 17

37080 SALAMANCA

Teléfono 923 / 21 50 00. Fax 923 / 26 54 80

Nihil obstat: Fray Armando Bandera, O.P.

Imprimi potest: Fray Juan José de León Lastra, O.P.
Prior Provincial

Imprimatur: Ilmo. Sr. D. Joaquín Tapia Pérez,
Vicario General del Obispado de Salamanca

DONATIVOS PARA EL SOSTENIMIENTO
DE LA REVISTA EN 1997

España	1.500 ptas.
Europa e Iberoamérica . .	20 \$ USA (Aéreo, 30 \$ USA)
Otros países	25 \$ USA (Aéreo, 35 \$ USA)
Número suelto	500 ptas.

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

1997, Catecumenado de Adultos Hacia el Jubileo del Año 2000

El objetivo del próximo Jubileo con motivo del segundo milenio de la Encarnación de Jesucristo es el fortalecimiento de la fe y del testimonio de la misma a los demás; es normal dado el carácter espiritual de este gran acontecimiento para la Iglesia. Terminada ya la primera fase antepreparatoria, dedicada sobre todo a la conversión, comienza la segunda fase, la propiamente preparatoria, que se desarrollará en estos tres años que restan para el año 2000 en un ámbito trinitario, teologal y sacramental, de modo que en 1997 suplicaremos a Dios nos aumente la fe recibida en el sacramento del Bautismo, sacramento de conversión y de fe, que nos da la vida eterna al sumergirnos en Jesucristo y al integrarnos en la fraternidad de la Iglesia. El Jubileo, gracia y compromiso, nos invita a centrar nuestra vida en Cristo, como en la Sinagoga de Nazaret: "Todos tenían sus ojos clavados en él" (Luc. 4, 20)

El tema general para 1997, propuesto por muchos Cardenales y Obispos, es "Jesucristo, único Salvador del mundo, ayer, hoy y siempre" (Hebr. 13,8). El camino para llegar a conocer y asumir la verdadera identidad de Jesucristo es la Sagrada Escritura y la celebración de la Liturgia y los Sacramentos. El redescubrimiento del Bautismo, fundamento de la

nueva existencia del cristiano y del comienzo de la unidad entre todos los creyentes en la Santísima Trinidad, nos capacitará para vivir como verdaderos cristianos en nuestra sociedad secularizada sin olvidar el perfil ecuménico de todo discípulo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, fundados en el verdadero anhelo de santidad, que se alimenta de la conversión continua, de la plegaria intensa y de acogida del prójimo más necesitado. "Todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo" (Gál. 3, 27).

Este año de 1997 será, en consecuencia, una oportunidad providencial para que cada uno profundice en el Catecismo de la Iglesia católica, donde encontramos con fidelidad y plenitud la enseñanza de la tradición viva de la Iglesia y del magisterio auténtico sobre Jesucristo, y para que demos testimonio de esta fe de la Iglesia a los demás mediante la Catequesis de Adultos, en orden a cuidar la recta formación de las conciencias de los cristianos y de todos los hombres, destruyendo así las confusiones relativas a la persona de Jesucristo. En este año estará presente de modo especial la Virgen María, Nuestra Señora, en cuyo seno el Verbo se hizo hombre. Ella, dedicada plenamente al cuidado de su Hijo, es para todos los cristianos el mejor modelo de la vida de fe, como pertenencia total y plena a Dios. Así pues, preguntemos al Señor: "Maestro, ¿dónde vives?" (Jn. 1, 38).

Anunciar a Jesucristo en una sociedad secularizada

No es fácil reflejar el rostro de Dios revelado en Jesucristo en un mundo secularizado, que se caracteriza por un gran pluralismo cultural y religioso. La muerte de tantas utopías, que se había fabricado el hombre sin consultar a Dios, es el reto que hoy padece la fe cristiana, y sólo los verdaderos cristianos serán capaces de permanecer fieles a los compromisos del Bautismo, al experimentar el cumplimiento de las promesas que recibieron entonces. Hablar de Dios a un hombre humillado por la vida, caracterizado por un pensamiento débil en el que desconfía, es mostrar que la gloria de Dios es la verdadera gloria del hombre. Es el tiempo de quienes llevan

adelante el combate de la fe en sí mismos y viven con la ayuda de Dios radicalmente su fe, experimentando que se es cristiano sólo en medio de los gozos y sufrimientos propios y ajenos. El cristiano no está en el mundo para solucionar el sufrimiento del hombre, sino para, siendo sal, luz y fermento, dar sentido incluso a nuestra muerte apoyados en la historia salvadora de la muerte y resurrección gloriosas de Jesucristo.

Mas, ¿cómo hacer creíbles nuestras palabras, cuando hablamos de Jesucristo? Es el reto de nuestra autenticidad cristiana y de nuestra confianza en la fuerza del Espíritu Santo que iluminará y vivificará nuestras palabras. ¿"Creéis verdaderamente lo que anunciáis? ¿Vivís lo que creéis? ¿Predicáis verdaderamente lo que vivís? Hoy más que nunca el testimonio de la vida se ha convertido en una condición esencial con vistas a la eficacia real de la predicación" (*Evangelii nuntiandi*, 76). Del amor asistencia es preciso pasar al amor oblativo; no se trata sólo de dar algo de lo que tenemos a los demás; es necesario dar nuestra vida a Dios para poder llegar a hablar desde el corazón y con toda el alma de Jesucristo a los demás, dar a los demás el tesoro más grande que llevamos dentro de nosotros.

Otra condición para poder anunciar con dignidad y eficacia a Jesucristo es hacer caso a la voluntad de Dios y a la realidad que tenemos delante. Esto es muy duro, porque cuando uno asume de verdad la voluntad de Dios y se acepta a sí mismo como débil y pecador, siendo así realista, se pone en contra de sí mismo, de los propios gustos y de la propia soberbia, y advierte cómo se cumple aquella palabra de Cristo: "no he venido a este mundo a poner paz, sino guerra" (Luc. 12, 51), pues se encuentra uno continuamente en combate, aunque mientras pierde los falsos hermanos, a quienes hay que dejar de hacer caso, Dios le regala los nuevos y verdaderos hermanos a quienes ha de comenzar a hacer caso. Es la experiencia de estar en este mundo, sin ser de este mundo; es el anhelo de la patria en el desierto; es la experiencia de la comunidad cristiana. Ahora bien, viviendo en nuestra tesitura espiritual es cuando uno recibe de Dios la fuerza divina de la predicación digna y eficaz.

Hay que recuperar las certidumbres de la fe, si queremos evangelizar a los hombres y mujeres de nuestra época. Mas tener certidumbres implica haber sido catequizados previamente en la verdadera fe de la Iglesia, abandonando la catequesis del mundo y la cultura que nos rodea, en la que las verdades objetivas han sido sustituidas por las interpretaciones, de modo que cada interpretación tiene los mismos derechos y al incluirlas a todas en el limbo de las equivalencias, llegamos, por fin, a la tolerancia universal, es decir, a la muerte de la capacidad evangelizadora y a la hibernación de la fe cristiana. Esto, que parece hermoso y benéfico cuando algún clérigo ilustrado lo teoriza en una conferencia ante personas satisfechas y distraídas, deja de ser bello cuando llega a la calle y se convierte en un acto terrorista, en el narcotráfico, en tantos clérigos y religiosos que han apostado de su fe y de su vocación. Si olvidamos la existencia del pecado y de los enemigos de la vida cristiana y nos movemos en el pensamiento débil, terminamos por mezclarlo todo en el ámbito posconciliar del optimismo ingenuo, cuyo fruto es la tristeza y la frustración.

El XV Centenario el Bautismo de Clodoveo

La visita pastoral del Papa Juan Pablo II a Francia en Septiembre de 1996 con motivo del 1.500 aniversario del bautismo de Clodoveo (481-511), primer rey de los francos, nos facilita un ejemplo concreto de cómo anunciar hoy en día con esperanza a Jesucristo en una sociedad secularizada, mientras peregrinamos al cielo. La polémica planteada en torno al viaje, aunque se necesitó la clarividencia pastoral del episcopado francés y la fe valiente del papa Juan Pablo II para seguir adelante, fue natural, dada la situación real de la Iglesia en este mundo, y también conveniente si consideramos los frutos originados. El haber vivido este debate inquietante en Roma, ha despertado en mí una vez más el entusiasmo y el agradecimiento a Dios por este inmenso don de Dios para la Iglesia, que es Juan Pablo II. ¿Cómo no apreciar particularmente a Juan Pablo II con tantos ejemplos de confianza en Dios en

medio de enormes dificultades como encuentra incluso dentro de la misma Iglesia?

El Papa Juan Pablo II no tiene ninguna nostalgia de poderes temporales y privilegios jurídicos de otros tiempos; pero sí se interrogó sobre cómo anunciar a Jesucristo en Francia, uno de los países de tradición católica más secularizados de Europa, que tanto se precia de ser estado laico, desde 1905. Ahora bien, los católicos que vivimos en un estado laico tenemos derecho a saber cuáles son nuestras raíces cristianas y conocer que la fe cristiana es uno de los elementos constitutivos de la historia de nuestros pueblos. Y aunque algunos afirmaban que el catolicismo en Francia estaba en fase terminal, con la visita del Papa se comprobó su vitalidad, pues un cadáver no levanta tantas protestas como provocó este acontecimiento. Mas fue normal que los nuevos paganos, algunos beligerantes con la Iglesia, los anticlericales de costumbre y las organizaciones contrarias a la Iglesia, como la masonería, protestaran ante la anunciada visita del Papa; así se planteó la pregunta por la laicidad y por la situación de los creyentes en nuestra sociedad secularizada. No sólo los católicos debemos ser autocríticos, también los laicos que fracasaron ante el Papa.

La fe católica en Francia, aunque minorista, (sólo el 23% se confiesan creyentes convencidos de los cuales el 10% son practicantes), es cada vez más viva. Unos 13.000 franceses adultos reciben anualmente el bautismo, y en muchas parroquias se ha establecido ya la celebración del Domingo sin presbítero, mientras remontan paulatinamente las vocaciones sacerdotales y religiosas. Aunque las asociaciones tradicionales están perdiendo presencia social, entre los jóvenes hay una renovada fascinación por el Catolicismo, como se advierte especialmente en las nuevas Comunidades y en los centros de peregrinación. Además, la Iglesia no se cierra sobre sí misma, sino que sale a la plaza pública; y claro lo que fastidia es que la Iglesia se haga visible y se gasten millones de francos sencillamente por ver al Papa.

¡Enhorabuena a la Iglesia en Francia por el coraje de haber celebrado este acontecimiento, recobrando así la

memoria histórica de su fe cristiana! Así se renuevan el prestigio y las fuerzas y se camina con dignidad.

Quehacer para un nuevo año

Como los grandes problemas de la Iglesia, del clero, de las Congregaciones Religiosas y de las familias cristianas están dentro y no fuera, que Dios nos dé la capacidad durante este próximo año de discernir la realidad que nos rodea, es decir, la voluntad de Dios y las necesidades de nuestros hermanos, de tal modo que podamos contribuir a extender la paz y la esperanza, sin afiliarnos nunca con quienes dicen que ya nada tiene remedio. Que no nos asusten las discrepancias y que no busquemos demasiado la unanimidad; en segundo lugar, que no perdamos energías en trabajos que hoy ya no construyen la Iglesia, ni tampoco perdamos el tiempo en querer conseguir lo imposible; en tercer lugar, sin negar la evidente apostasía de tantos sacerdotes y religiosos, advirtamos sobre todo tantas manifestaciones de vida y esperanza como el Espíritu Santo está gestando hoy en la Iglesia, y desde estas plataformas lancémonos a la evangelización y a la catequización, después de haber sido evangelizados y catequizados hasta lo profundo de nuestras entrañas. Es el tiempo de los Catecumenados de Adultos, pues ¿para qué sirven tantos bautizos, primeras comuniones y confirmaciones si no hay una familia cristiana detrás?

Termino felicitando fraternalmente el nuevo año de 1997 a toda la familia arintoniana, a los suscritores, colaboradores y bienhechores de nuestra Revista, suplicando a Dios nos dé ánimos y fuerza para seguir adelante en la tarea emprendida. Confiamos en las plegarias y sacrificios de tantas personas como nos acompañan en este quehacer. Todo lo esperamos de Dios, por medio de la mediación maternal de Nuestra Señora, la Virgen María.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Santa Teresa del Niño Jesús, ¿Doctora de la Iglesia?

Celebrando el primer centenario de la preciosa muerte de Santa Teresa del Niño Jesús viene a mi mente aquella familia privilegiada de santos, en la que nació esta jovencísima santa.

Entre ellos descuella, como testigo cualificado de la misión de Teresa, su hermana Celina, Sor Genoveva en el Monasterio. Y nos fijaremos en su testimonio sobre la eficacia espiritual del "Caminito", como sencillamente lo llamó Teresa, en orden a que se corone en la tierra la gloria de esta santa siendo proclamada doctora de la Iglesia. Así cumplimos el objetivo del Centenario de la entrada de Teresa en la vida, que es asimilar mejor la esperanza que brota de sus escritos y de la historia de su alma, anunciando así el amor de Dios a todos los hombres. De este modo, se cumple su deseo de estar en el cielo haciendo bien en la tierra. Los santos nunca mueren y cuando se les conoce se les ama.

1. Los Padres de Teresa del Niño Jesús

Los Padres de Sor Teresa, Luis Martín (1823-1894) y Celia Guérin (1831-1877), tuvieron deseos de consagrarse a Dios en la vida religiosa antes de conocerse; pero no fueron esos los planes de Dios. Cuando se casaron pensaron en vivir como hermanos y así lo hicieron por algún tiempo; pero fue su madre la que manifestó a su buen esposo el deseo de tener muchos hijos y todos santos. Así fue como nacieron nueve retoños y todos ofrecidos al Señor: Cuatro murieron muy niños, y las demás, cinco hermanas, fueron monjas: cuatro carmelitas y una salesa. Tenía razón Teresa al decir que había nacido en una tierra santa de la cual brotaron nueve lirios.

Las cuatro carmelitas fueron María (Sor María) (1860-1940), Paulina (M. Inés) (1861-1951), Celina (Sor Genoveva) (1869-1959) y Teresita (1873-1897). La salesa fue Leonia (Sor Francisca Teresa) (1863-1941). Fue Sor Genoveva la verdadera autora del libro "Historia de una familia", escrito por el franciscano P. Esteban José Piatt; hojeando en los archivos y reviviendo en su memoria el detalle preciso, la anécdota vivida, las costumbres del hogar, reunió la abundante documentación que aparece en el libro mencionado. El culto que tenía a su santo padre la incitó a desmentir con los hechos las ligeras habladurías que conservaba en su memoria, pues esta santo varón tuvo que soportar en sus últimos años una penosa enfermedad que debilitó su mente y a causa de ello sus hijas, siempre animadas generosamente en su vocación por este buen padre cristiano, tuvieron que soportar muchos desprecios de los amigos y enemigos, que incluso a veces las culparon de ser causa de la enfermedad de su padre. Celina fue quien cuidó a su padre, entrando en el Carmelo después de su fallecimiento.

Cuando las gloriosas celebraciones de la canonización de Teresa, escribe Sor Genoveva en sus Notas Íntimas, día 25 de Noviembre de 1925: "Encontrándome en el jardín, en la ermita de la Santa Faz, recordaba las humillaciones que habían sido nuestra herencia y la de nuestro querido padre; parientes que se alejaban de nosotros, avergonzándose de ser de nuestra familia; amigos y conocidos que decían para sí: "¿De qué le ha servido su piedad? El lleva el peso de sus propios sacrificios". Después han pasado años y años. ¿Se retardó el Todopoderoso en rodearnos con su amor? En ese momento levanté la mirada y advertí la estrellita centelleante sobre la Cruz de la Cúpula del Carmelo. Todas las fiestas de la Canonización de nuestra Teresa resumidas allí, y oí en mi corazón estas palabras pronunciadas con una inmensa e inefable ternura: "¿Estáis contentas?". Entonces una oleada de gratitud me inundó y con lágrimas en los ojos no pude más que repetir con amor: "Oh, Dios mío!".

Posteriormente algunos escritos oscurecieron la memoria del Sr. Martín, lo cual indignó a Sor Genoveva, pues nadie mejor que ella sabía el valor moral de su padre, su valentía, y

su autoridad indiscutible. Ella fue el testigo más autorizado e importaba hacerlo constar bajo juramento. Así, a sus ochenta y cuatro años, se puso a elaborar un montón de notas con las que se publicaron en 1953 y 1954 los folletos titulados "El Padre y la Madre de Santa Teresa del Niño Jesús". Después de haber trazado con juvenil ardor y rigurosa probidad el retrato moral de estos magnánimos cristianos, Mons. Jacquemin, Obispo de Bayeux, abrió el Proceso Informativo de la Causa de Luis Martín, firmando el 22 de Marzo de 1957 la orden de búsqueda de los escritos del Siervo de Dios. Y el 10 de Octubre del siguiente año, hizo otro tanto con su madre el Obispo de Sées, Mons. Pasquet.

Sor Genoveva decía que sólo la interesaban las causas de los personajes que tenían una misión, como Juana de Arco, liberadora de Francia; Teresa, mensajera de la Infancia Espiritual; María Goretti, mártir de la pureza. Si deseaba ver glorificados a sus padres, ambos a la vez aunque en procesos distintos, era para así proponer a las familias cristianas, amenazadas de disgregación, un modelo de hogar cristiano.

2. *Sor Genoveva nos habla de Teresa*

Celina entró en el Carmelo de Lisieux el 14 de Septiembre de 1894; pero no fue fácil, pues algunas religiosas, como Sor Amada, Sor San Vicente y Sor San Rafael, no eran afectas a las hermanas Martín y las calificaban como pequeñas burguesas. "El Carmelo no necesita artistas; necesita más bien buenas enfermeras y buenas costureras", decía Sor Amada. No viendo más que lo práctico, esta hija del campo hubiera querido que se plantaran patatas alrededor del Calvario del Claustro. Teresa, llena de calma y paz, era poco despabilada para los trabajos manuales; mas esta actitud era intolerable para Sor San Vicente, quien humillaba a la pequeña burguesa, llamándola "Cabrona", aludiendo a su manera lenta de trabajar. Cuando Teresa iba al lavadero, le decía en alta voz: "Aquí viene! ¡Poca prisa se da! ¿Cuándo va a comenzar a trabajar?". Teresa sufría con estos afilerazos, pero aparentaba no sentir nada; incluso sonreía.

Celina, la intrépida la designaba su padre, novicia, enfermera y testigo de la doctrina y santidad de Teresa, poseía una arrolladora fuerza de voluntad al estar dotada de un temperamento decidido. Era muy diferente a Teresa, su hermana menor, y con todo ésta la llamaba "el eco de su alma". El 10 de Febrero de 1910 publicó Mons. Lemmonier, Obispo de Bayeaux, el decreto sobre la búsqueda de los escritos de la Santa, siendo Priora de la Comunidad la dulce Paulina, otra de sus hermanas, Sor M^a Inés de Jesús en el Claustro; ésta fue la que educó a Teresita al perder a su madre, pasando a la historia como la "madrecita". El 12 de Agosto comenzaron los interrogatorios de los 48 testigos, entre los cuales estaban en primer lugar sus hermanas. ¿Cómo cumplió este cometido Sor Genoveva?

Un texto escrito por ella el 10 de Enero de 1938 a petición de Sor M^a Inés de Jesús, nos ofrece detallas muy sabrosos al respecto. He aquí su testimonio: "En los Procesos , cuando los Jueces me interrogaron sobre el motivo que me movía a desear la canonización de mi hermana, yo respondí que era únicamente por poner de relieve el "Caminito de Infancia Espiritual", que ella nos había enseñado. Entonces se llenaron de miedo y todas las veces que yo pronunciaba esta palabra "Caminito", se sobresaltaban, y el Promotor de la Fe, Mons. Dubosq, me dijo: "Si Habla Ud. de "Camino hará peligrar la causa; bien sabe que la Madre María de Sales Chappuis ha sido retirada por esta razón". Tanto peor, respondí resueltamente. Si peligras que peligre, pero ya que yo he jurado decir la verdad, daré testimonio de lo que he visto y oído.

A propósito de la heroicidad de sus virtudes, yo no quería ponerlas fuera de sitio, y me esforzaba en situarlas en su cuadro sencillo e imitable. Esto fue tanto más difícil de que lo aceptaran, cuanto que en el primer Proceso, el Informativo, los miembros del Tribunal Eclesiástico desconfiaban de la causa propuesta. Estos Señores, que habían constituido el Tribunal sólo por condescendencia, estaban persuadidos de no encontrar nada importante, como nos lo confió más tarde Mons. De Teil; (éste fue quien dijo: "En la Congregación de Ritos no se quiere beatificar a hermanos cocineros"). Pero

con frecuencia yo protestaba, diciéndoles cosas como ésta: "Yo no dejaría clasificar a Sor Teresa del Niño Jesús en la galería donde la costumbre coloca a los otros santos, pues ella no había practicado más que virtudes sencillas y escondidas, y que era preciso aclarar bien esto".

Me pregunto cómo he podido ser tan firme yo que, a causa de mi timidez, no había querido presentarme antes, segura que me turbaría y no sabría decir nada ante los examinadores. Fue necesario que el buen Dios me armara para el combate; pues fue una verdadera guerra. Mons. Dubosq me decía que yo quería poner a mi hermana a mi nivel y, encima, contaba historias llenas de espiritualidad, que parecían condenarme".

Las deposiciones de Sor Genoveva, notables entre todas al decir de un Consultor de la Congregación de Ritos, estuvieron centradas en la Infancia Espiritual y tendieron igualmente a poner de relieve la fortaleza de la virtud; aclarando el talante virtuoso de su hermana, al decir: "Yo no creo en una terquedad montaraz, ni pensarlo". Efectivamente, Teresa desde su más tierna infancia hasta su muerte, se distinguió por su dulzura, por su calma discreta, la plena posesión de sí misma y su reserva silenciosa y apacible.

El 14 de Agosto de 1921, el papa Benedicto XV promulgó el decreto sobre la heroicidad de las virtudes de Sor Teresa; en un análisis muy denso, apoyado en textos evangélicos y en los ejemplos de su vida, mostró el papa cómo la Infancia Espiritual estaba hecha de humildad, confianza y abandono. "Será conocida la nueva heroína de la virtud, mas también será grande el número de sus imitadores, que glorificarán a Dios practicando las virtudes de la Infancia Espiritual". Recordando estas palabras pontificias, sor Genoveva mostrará más tarde el triunfo que para ella supuso: "Jamás he experimentado alegría más grande y más profunda como la que tuve al conocer el discurso del papa Benedicto XV. Esta era la victoria que yo había deseado, sin atreverme a esperarla tan completa".

El 11 de Julio de 1937, en la inauguración solemne de la Basílica, el Legado del Papa, Cardenal E. Pacelli, dijo: "Santa Teresa del Niño Jesús tiene una misión, una doctrina. Pero su doctrina, como persona, es humilde y sencilla; se contiene en

estas dos palabras: "Infancia Espiritual", o en estas otras equivalentes: "Pequeño Camino". Saludando el cardenal Pacelli a Sor Genoveva en aquella ocasión, le dijo a ésta: "Pida para mí la gracia de una buena muerte; que el Buen Dios tenga misericordia de mí y me endulce aquella hora suprema". A lo que ella replicó: "Cuando uno anda por el caminito de la Infancia Espiritual de nuestra Teresita no hay lugar para la desconfianza. Ella decía que para los niños no habrá juicio, y que se puede permanecer niño en los cargos más temibles".

3. *El Magisterio de Santa Teresa del Niño Jesús*

He aquí algunas frases de Sor Teresa del Niño Jesús, recogidas por su hermana, Sor Genoveva: "Por mi parte confieso que nunca he buscado la gloria; el desprecio tenía para mí corazón algún atractivo, pero reconociendo que esto era aún demasiado glorioso, me resolví apasionadamente por el olvido". "Mirad, si ponemos toda nuestra confianza en Dios, haciendo los pequeños esfuerzos posibles y esperándolo todo de su misericordia, recibiremos tanto como los grandes santos". "La única felicidad que hay en la tierra es la de trabajar por juzgar siempre deliciosa la parte que Jesús nos asigna". (Carta de Sor Teresa a su hermana Leonia, salesa). Cuando Dios da un deseo es para colmarlo; por eso hay que bendecir a Dios y alegrarse cada vez que encontramos en el corazón el deseo de ser santos, de actuar con discernimiento, y de vivir con humildad.

No obstante que, al igual que yo, ella estaba entusiasmada por lo bello, por lo sublime, por lo perfecto, y que había probado ese cierto sentimiento de destierro, esa tristeza que se siente cuando uno se cree inferior o menos privilegiado que otros a quienes oímos alabar, supo combatir este sentimiento de imperfección. A este respecto dijo con humildad a una novicia suya: "he soportado mi inferioridad y me he aplicado a amarla. Os desconcertáis tan fácilmente porque no suavizáis de antemano vuestro corazón. Cuando estáis irritada contra alguien, el medio de encontrar la paz es rogar por esa persona y pedir a Dios que la recompense por haceros sufrir. Acontece, que a pesar de los esfuerzos de

algunas almas, Dios permite en ellas algunas debilidades, pues les sería muy perjudicial tener una virtud sentida, es decir, creer poseerla y que los demás se la reconociesen".

Pasados algunos años, y estando ya canonizada Teresa del Niño Jesús (1925), no le faltaron cruces a Sor Genoveva a causa de su querida hermana, Teresa, pues ciertos medios injuriaron al Carmelo, a la Santa y a sus hermanas. Sor Genoveva sufría mucho, pues veía en ello una profanación de la memoria de su santa hermana y la violación de una doctrina espiritual. Sin embargo, he aquí la expresión de la grandeza de alma de Sor Genoveva y el testimonio de la eficacia en ella del Caminito: "Yo no sabré decir –confiaba ella a su Priora–, qué gratitud tengo hacia el Buen Dios, que nos ha hecho pasar, como Jesús, por las humillaciones. Por ello le bendeciré, lo presiento, toda la eternidad. Desde acá abajo lo agradezco con el gozo de mi alma. Creo que no hay gracias mayores que éstas. Los éxtasis, los milagros, me parecen nada a su lado. Además, me estremezco de alegría repasando todo lo que ha podido abatirme, todo lo que ha contribuido a humillarme, aún mis pecados, pues ellos no podrán desfigurar todo esto que ha servido para amar más". Esto me recuerda otra frase magnífica de Teresa a una de sus novicias: "No somos de las santas que lloran sus pecados; nosotras nos alegramos de que ellos sirvan para glorificar la misericordia de Dios".

Sor Genoveva en su lecho de muerte, a la edad de 89 años, enferma de artrosis, decía "Sí, yo creo que el Buen Dios quiere mostrar a cuantos andan por el caminito de humildad, simplicidad y confianza, que le son agradables y cómo les ayuda a la hora de la prueba, pues por nosotros mismos no somos nada buenos... Veo, claro como el día, que no hay nada como la "Infancia Espiritual" que nos pueda dar la paz verdadera del corazón y la gracia de ser en las manos de Dios como niños pequeños". Viendo ella el retrato de un sobrinito suyo de tres meses sobre las rodillas de su madre, se emocionó y no cesaba de mirarlo, diciendo: "Ésta es mi imagen; es así como yo quiero estar en los brazos del Buen Dios. Este niño está ahí abandonado, con toda su fragilidad, y es justamente por esto, por lo que su madre tiene piedad de él, y lo abraza

a su corazón con tanto amor. Si él fuera mayor podría bastarse a sí mismo, y su madre tendría menos cuidado de él. Es como éste, tan pequeñito, como quiero ser yo, y el buen Dios, mi Padre, mi Papá querido, me cogerá en sus brazos. Tendré su piedad. Tener esa misericordia lo es todo para mí".

La Víspera de Navidad el pensamiento de la Misericordia divina la cautivó de nuevo y dijo: "¿Cómo queréis que yo tenga miedo del Buen Dios? Siempre he dado vueltas alrededor de Él. Y el día 21 de Enero de 1958, en una conversación con su Madre Priora, dijo: "La humildad ha sido la compañera de mi vida; es por ella por la que siempre he querido andar". Sufriendo en aquella situación el martirio y las tinieblas de las tentaciones, en una suerte de intuición espiritual, se iluminó su mente ante la acción directa del cielo en nuestros sufrimientos humanos y, sintiéndose unida a Cristo Crucificado, advertía cómo el amor se inmola por amor. "Sólo cuenta el amor unido al sufrimiento. Es Jesús quien lo quiere". Saboreando cómo el amor es la fuente del sacrificio, falleció Genoveva de la Santa Faz el 25 de Febrero de 1959.

El mensaje de Teresa se resume así: "Humildad gozosa, confianza osada en el Amor Misericordioso, abandono total a la voluntad divina, exquisito arte en complacer a Dios en las menores cosas de la vida. Su amor a Dios iba hasta la ternura filial... Las que hemos comulgado con el pensamiento de Teresa tenemos que repetir solemnemente: la gracia de Teresa, su santidad, su misión, es la Infancia Espiritual".

4. *Plegaria a Santa Teresa del Niño Jesús*

¡Mi querida y venerada Teresa del Niño Jesús! ¿Qué podré decir yo a los cristianos sobre tu misteriosa alma, en la cual he penetrado un poco y he quedado enamorada de tí? Ellos, los que ahora parecen no valorar la Infancia Espiritual, que tanto se cotiza en el reino de los cielos. No pueden oír ni les oigo jamás decir, lo que vale ser niños ante Dios y ante los demás. Se ríen de las "cosas pequeñas"; por eso algunos de ellos están sin ser y otros, misterios de Dios, se han ido. Mi lengua enmudece ante tanta superficialidad como observo,

tanta prisa, Tú que eras tan tranquila y ponderada. Por eso, el Señor te llenaba de luz y sabiduría divinas y se las niega a quienes parecen actuar para congraciarse con la sabiduría del mundo. Y el mundo también se les escapa de las manos.

Pídele tú, blanca paloma en las manos de Dios, que a sus ojos fuiste y eres tan grande, pídele que ilumine a los sacerdotes y religiosos para que sean fieles como tú lo fuiste a todo lo pequeño y trivial de la vida; que no llenen su vida de especulaciones literarias, ni las bibliotecas de libros sin doctrina verdadera, ni tampoco las homilías de palabras huecas. ¿Qué podrán enseñar los que se ríen de tí y dicen que lo tuyo es cosa de niños y personas inmaduras? ¡Oh tú, Teresa querida, que muerta en la florida juventud caíste en las manos de Dios como racimo de uvas maduras y espiga dorada por el sol esbozando una sonrisa de compasión! ¿Qué será de toda esta gente que no te ama, porque no te conoce?

¿Qué Dios es ése que buscan, que no les exige silencio, oración, bondad, humildad, mansedumbre, deseo de El y deseo de verse libres de pecados en lugar de disfrutarlos con ribetes de una virtud imaginada? Oh, tú que aprovechaste tu corta existencia con tanto mimo para Dios, ruega por quienes vivimos aún para que no caigamos en la mentira y salgamos de los engaños. Que sepamos callar ante lo que supera a nuestras pobres fuerzas y orar contigo en la luz y verdad del alma de quien ve el mal y no puede subsanarlo. Tú, Teresa amada, a quien Dios cubrió de gloria póstuma, enséñanos a todos que solamente la Cruz nos salva, nos madura y nos da la vida eterna.

Es verdad, la doctrina de Teresa del Niño Jesús es una vuelta al Evangelio de Jesucristo. Teresa, tú que eres el gozo de Dios y de nuestra Señora, la Virgen María, enséñanos a quienes te amamos tiernamente porque te conocemos un poco; sigue alcanzando gracias a tus fieles seguidores; derrama sobre nosotros esa lluvia de rosas que necesitamos para seguir esperando el cumplimiento de las santas promesas de Jesucristo ya en esta vida. Así sea.

SOR MARGARET DE LA VILLE, O.P.

El Amor Misericordioso en la vida y obra del P. Juan G. Arintero, OP (I)

“Considero que la carta encíclica *Dives in Misericordia*, que de alguna manera ilumina en perspectiva todo el camino de mi pontificado, tiene una resonancia singular y un desarrollo original en el documento sobre Dios, buena nueva para nosotros, que actualmente estudia la Comisión” (Teológica Internacional). Carta de Juan Pablo II al Cardenal J. Ratzinger, 4-X-1996”.

La Obra del Amor Misericordioso fue iniciada en España en 1923 por el siervo de Dios P. Fr. Juan González Arintero, O.P. (1860-1928), el gran hambriento y sediento de lo divino. Las enseñanzas contenidas en la doctrina del Amor Misericordioso se encuentran en la obra inmortal del P. Arintero, en su libro cumbre *Evolución Mística*¹, donde tan maravillosamente acertó a reunir la teología *mentis et cordis* del Angélico Doctor; banquete delicioso de las almas hambrientas de la verdadera espiritualidad, puesto que en él la mente y el corazón se nutren por igual.

Es decir, nos hallábamos abastecidos de doctrina de Amor Misericordioso, con las debidas enseñanzas del Evangelio, tan sabia y piadosamente diluidas por el insigne fundador de la Revista *Vida Sobrenatural*, P. Arintero. Por eso, viendo cuándo empezó él la propaganda de la Obra del Amor Misericordioso, con tan ardiente celo, nos causa gran alegría advertir como encontró su cauce para extender la espiritualidad que él ya estaba viviendo.

1. Cf. *EVOLUCIÓN MÍSTICA*. Editorial San Esteban. 9ª Ed., Salamanca 1988, pp. 175-190.

1. - Actualidad del P. Arintero

Y nunca mejor que tratando de este sabio maestro se puede parodiar un título que hizo fortuna hace años: el Misticismo que vuelve. El 20 de Febrero de 1928, el P. Arintero, que había vivido soñando en el Amor, recibe el *abrazo* definitivo del Amor Misericordioso a éste su fiel siervo, su sacerdote, su gran apóstol, el humilde y sencillísimo profesor salmantino que muere en el austero silencio en que mueren los frailes. Dejaba valiosísimos libros de Mística y una escuela de gentes también anónimas, que cultivaban la doctrina que el Maestro les enseñó. Todo parecía acabado. Y sus libros, que en su día pudieron parecer a alguien galvanizaciones del medioevo, vuelven hoy a ser fermento de vida para pueblos rectores de la historia moderna.

No es extraño que la *Evolución Mística*, su obra cumbre, subyugue tan impresionantemente. La exposición teológica del orden sobrenatural de acuerdo en todo con la tradición tomista aparece dominada por una nota personal y característica del P. Arintero: el profundo acento de convicción con que afirma la *realidad* de lo sobrenatural. La participación de Dios por la gracia, la filiación divina del hombre por la redención cristiana, el funcionalismo de las virtudes con su cortejo de dones santos, todo, todo, se ofrece al lector no como teorías o verdades de orden creíble, sino como *realidades* que se viven, y de las que se tiene experiencia íntima, lúcida e indiscutible. En un mundo que se abre ante los ojos brindando realidades al alcance de la mano y realidades que en el momento angustioso en que viven enormes masas de desengañados y traicionados por la Filosofía humana, se revelan como fuentes de verdadera vida.

Es curioso recordar que el P. Arintero fue el primer convertido por la fascinación de su *descubrimiento*. El fue primeramente naturalista. Los estudios de Geología, Paleontología, etc., consumieron los primeros afanes de su juventud. Creyó servir a la Iglesia acudiendo al terreno donde a últimos del siglo XIX le planteaba combate el positivismo. Por el año 1890 explica Ciencias Naturales en el Instituto de Vergara.

“Naturalista”, precisamente en aquellos tiempos de divinización del *naturalismo determinista* que venía a parecer imposible el orden sobrenatural de los milagros por ese sentido matemático de la ley física. Por eso quiere hacer de su ciencia una apologética. Las piedras de la clásica Valladolid le ven llegar con un propósito muy acendrado: fundar una Escuela Superior de apologistas que hicieran de la misma Naturaleza el término mayor de su argumentación.

El año 1898 es el siglo de una nueva generación en todo: en política, en arte y en crítica. Un afán europeizante invade los ánimos de los soñadores de una España menos anclada en el pasado y más flexible en su misma concepción integral y aún tradicional. En medio de este ambiente exaltado, el P. Arintero siente una preocupación, y es precisamente este 1898 el que marca para él una nueva vida. Y para nosotros también una nueva generación. Las aulas del Convento de San Esteban oyen sus explicaciones teológicas. Un viraje providencial enfocó su actividad al campo teológico, y especialmente a la dirección de almas de oración y de vida interior. Y aquel mundo secreto y escondido descubrió a su vista tales esplendores que ya no hubo para él más que *espiritualidad*. Cuanto leyó, estudió, discutió y escribió fue de *espiritualidad*.

Insistimos en ellos: Ramiro de Maeztu fue uno de los que capitanearon el subgrupo de los “intelectuales”. Y es el mismo Maeztu –aquel converso que no quería que sus hijos aprendieran el Credo español con acento inglés– el que nos lo dijo con palabras de convencimiento: “Antes de que se diplomara la concepción materialista del universo, el P. Arintero creyó más importante que refutar a los Draper rezagados mostrar a los espirituales las vías ocultas del Señor”². Bien, pero creemos que el tránsito no tuvo nada de brusquedad. Porque el P. Arintero no hizo nada más que llevar a la práctica las palabras del apóstol San Pablo: “De las cosas visibles a las invisibles” (cf. Rom. 1, 20). Es decir, de una biología física, natural, a otra *divina biología*.

2. EVOLUCIÓN MÍSTICA. B.A.C. 4ª Ed. Madrid 1952, p. XLVI.

Y aparece en un momento decisivo: Ya sea por un pelagianismo retrasado, ya sea -y bien pudiera serlo- por ese sentido de "humanizarlo" todo y de valorarlo todo a base de ese sentido de autoconciencia de la propia potencialidad, lo cierto es que por aquel 98 la espiritualidad española estaba reducida a un forcejeo casi exclusivamente desde lo humano y contra lo humano. Se necesitaba una concepción liberadora del pesimismo y del falso humanismo. Y ésta nos la aportó el P. Arintero.

El caudal de experiencias místicas apañado en la dirección de almas permitió al P. Arintero poner en sus escritos místicos un sello de *originalidad personal*. La acción de Dios no se agota jamás. En el último rincón de la tierra puede darse un alma que con su experiencia de lo divino venga a esclarecer e iluminar la doctrina de la vieja Escuela. Y de este terreno; cuánta luz trajo a sus obras el maestro de Salamanca! De este conjunto de argumentación teológica, cultura patristica y pruebas vivientes, salió el encanto de la *Evolución Mística*, que hoy leen millares de almas en las principales lenguas del mundo.

Arintero vivió él mismo *la evolución* que predicaba a los demás y que había hallado en San Pablo: "Transformaos de claridad en claridad..." (2 Cor. 3, 18). En sus escritos el P. Arintero se nos presenta así: talla de Santo y pluma de Maestro. Una inteligencia que tiene toda la robustez del pan fuerte y toda la sinceridad de la voz que habla sin recovecos.

Nos dicen sus contemporáneos que "su *doctrina fue su vida*". Y su vida era la de su espíritu. Por eso el *panorama doctrinal arinteriano* es una semblanza acabada de aquel espíritu macizo y equilibrado. La mística es una, porque uno es su fundamento y una su forma: *la gracia*. Este sentido de unidad es el que va a hacer de la obra y del espíritu del P. Arintero algo coherente. Y por eso logró imponerse, porque la unidad siempre se impone por ser exigencia necesaria. La mística arinteriana es de sello psicológico, pero con una metafísica honradamente *tomista* y fuertemente basada en el ser, donde Santo Tomás alcanzó la cumbre. Hemos dicho que el P. Arintero vino no a negar lo humano, sino a establecerlo en su

debido lugar. Esto hay que tenerlo muy en cuenta. Y afirmar esto quizá sea lo mismo que decir aquello de que vino a dar al traste con todos los pesimismoes espirituales.

Y así, si por entonces se decía que desear la contemplación “era desear lo inasequible”, la primera de sus “Cuestiones Místicas” alcanza ya desde el primer momento fuerza de reconvención y de prueba: “Entendiendo como entendemos en general por contemplación o por vida mística lo que Santa Teresa llamaba “oración sobrenatural” o “mística teología”, sostenemos que, no solamente es deseable y muy deseable, ...sino que *debemos* todos desearla y aspirar ardientemente a ella, por sernos tan necesaria como es ...para poder cumplir con toda fidelidad el primer mandamiento de la Ley de Dios”, que es *amarle con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas y facultades* (Mc. 12, 30)”³.

Por consiguiente, la cuestión de *la vocación a la mística* queda resuelta por el P. Arintero de una manera taxativa: Todos estamos llamados a la mística, porque *todos* estamos llamados a la *gracia*. Es interesante transcribir, entre otros, uno de los muchos calificativos que Ramiro de Maeztu publicó sobre el P. Arintero en distintos diarios y en B.A.C.: “Ya fue signo de genio pasar de las Ciencias Naturales a la Mística...” “...su influencia entre los místicos fue decisiva. En los últimos años aparecieron en España, como en Alemania del siglo XIV, “los Amigos de Dios”, capitaneados por Arintero, como los alemanes por Tauler, Susón y Rusbroquio. Pero en el mundo secular murió desconocido por la miseria de nuestra vida de taifas y tertulias, donde a los adversarios no se les reconoce ni el talento ni aún la buena fe...”⁴.

El P. Arintero es un exponente magnífico de la vitalidad de la Orden dominicana. Los últimos años de su vida se entregó totalmente a la Revista *Vida Sobrenatural*, fundada por él,

3. J. G. ARINTERO, *Cuestiones Místicas o sea las alturas de la Contemplación accesibles a todos. Alientos, estímulos y desengaños de los grandes maestros de espíritu a las almas espirituales y a sus directores*. Salamanca 1916, p. 87.

4. EVOLUCIÓN MÍSTICA. B.A.C. 4ª Ed. Madrid 1952, p. XLVII.

y a propagar la devoción al Amor Misericordioso mediante la fundación, hecha también por él, de la Obra del Amor Misericordioso, por la que se le considera el gran apóstol del Amor Misericordioso.

2.- *La obra del Amor Misericordioso del P. Arintero*

El P. Arintero, preparado por Dios y capacitado con su indiscutible autoridad de Maestro para ser el *apóstol del Amor Misericordioso*, escondía su sabiduría en las ciencias divinas bajo una capa de humildad cautivadora; allí estaba la ciencia del Amor, la que le subyugaba, la que un día, al oír estas palabras de Nuestro Señor: “Si alguno tiene sed, venga a Mí y beba... y de su corazón correrán ríos de agua viva...” (Juan 7, 37-38), “le sedujo y se dejó seducir” (Jer. 20, 7). El P. Arintero llegó al Amor Misericordioso como otros a través de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y, en concreto, por la práctica devota de su entronización espiritual.

La Srta. Elvira de Ortúzar, residente en Chateau Gontier, Lyon (Francia), antes de conocer la devoción al Amor Misericordioso, pudo leer obras del P. Arintero como “*Evolución Mística*” y “*Grados de Oración*”, las cuales, de tal manera iluminaron su alma, que ansiosa de darlas a conocer en Francia, que tanto bien podían hacer, sintió vivos deseos de traducirlas. Aunque ignoraba quién era el P. Arintero y tampoco conocía su residencia, se dirigió a la Editorial Fides pidiendo la autorización al autor para su traducción y publicarlas en Francia. El P. Arintero contestó autorizándola, y según su costumbre, adjuntó en la carta varios folletos impresos en la citada Editorial y entre ellos, uno que acababa de imprimirse, titulado: “*Entronización espiritual del Sagrado Corazón*”. Este artículo, publicado por el P. Arintero⁵, llamó enormemente la atención de la Srta. de Ortúzar⁶.

5. Basílica Teresiana 4 (1919) 161-169.

6. La misma Srta. E. de Ortúzar viajó a Salamanca quizás a finales de 1921 para entrevistarse con el P. Arintero. Esta Srta. firma a veces Sor Magdalena del Sagrado Corazón

El 3 de Febrero de 1922 escribe la Srta. de Ortúzar al P. Arintero comunicándole la existencia en Lyon de un Centro de propaganda del Sagrado Corazón, dirigida por la Srta. Blank: en este centro se estaban recibiendo unos escritos de una religiosa anónima sobre el Amor Misericordioso, acompañados de una pintura realizada por la misma religiosa. Entre estos escritos estaba "*Centellitas*", recibido por el P. Arintero en Marzo de 1922 por mediación de la Srta. de Ortúzar, que se lo envía recomendándolo así: "Se trata de un alma extraordinaria, muy favorecida del Señor..."⁷. Fue entonces cuando el P. Arintero con su clarividencia de gran teólogo, vio concentrada con simplicidad y al alcance de todos lo que hacía mucho tiempo venía explicando en sus libros de Mística, es decir, este opúsculo era una exacta divulgación de lo que él había venido enseñando. Con la intuición de lo divino, característica de los santos, el P. Arintero comprendió que la doctrina contenida en aquél opúsculo era su misma obra, pero sencilla para poder divulgarla y que llegara a todas las almas.

Pero, para entonces este Gran Maestro de la Mística, Siervo de Dios, P. Juan G. Arintero, estaba considerado como muy experimentado director de almas y ya había conseguido una santa *simbiosis* espiritual con almas de intensa vida interior que él dirigía. Y, aún algo más sublime: se había abandonado íntegramente al Amor Misericordioso para ser "*Alter Christus*", el ideal de toda santidad. Y, en continua unión con el Amor Misericordioso de Cristo Sacerdote, llegó a lo que pudiera denominarse *síntesis* divina que él, teológicamente, definía como *trinitización*.

7. Fue publicada una reseña de *Centellitas* en la Revista la Vida Sobrenatural en Abril de 1922, más tarde el folleto traducido al español, bajo el título "*Centellitas. ¿don de Dios o los Secretos del Amor divino!*". El mismo año salieron otros folletos y artículos en La Vida Sobrenatural sobre el Amor Misericordioso firmados con el pseudónimo P. M. Sulamitis. La autora se llamaba a sí misma Pequeña Manita (P.M.) y el P. Arintero añadió A. Sulamitis (mística esposa del divino Salomón); la A. en referencia a su nombre en el mundo, Adriana.

El P. Arintero ignoraba todavía quién era el autor del citado escrito, pero sí advirtió que su contenido era excelente. Tampoco conocía si el alma que recibía esas *comunicaciones* era religiosa o seglar. En una Carta de la Srta. de Ortúzar al P. Arintero firmada el 15 de Febrero de 1923 muestra cómo el Centro de Lyon consideraba entonces al P. Arintero como su Director Espiritual y recibe de la Srta. Blank la autorización para difundir en España los escritos del Amor Misericordioso, procedentes de Lyon; en la misma carta refiere al P. Arintero que la anónima religiosa era de la Visitación, y poco más tarde le dice que se trata de la M. Marie Therése Desandais, religiosa del Monasterio de la Visitación, en Dreux (Francia), que durante la guerra con su Comunidad se vio obligada a trasladarse a Vouvant, donde falleció el 1 de Enero de 1943⁸.

Y en su admirable humildad, desde entonces, el P. Arintero, no sólo aceptó, sino que procuró divulgar por todos los medios a su alcance la devoción al Amor Misericordioso, buscando para ello colaboradoras que se ocupasen de propagar esta devoción que mucho tiempo hacía estaba contenida en sus obras de Mística Espiritual o Mística Teología. Entre las primeras colaboradoras del P. Arintero, además de la Srta. de Ortúzar comisionada para enviar al P. Arintero los escritos sobre el Amor Misericordioso, hay que destacar ya en España a la Srta. María Luisa Fariñas Windel, que sería el eco o la traductora al español de los escritos franceses de Sulamitis⁹. El primer folleto traducido, titulado: *"Llamamiento a los*

8. Los primeros artículos firmados por esta monja en *Vida Sobrenatural* fueron: *Jesús lazo de unión*, "La Vida Sobrenatural", tomo IV (1922) 42-46; *Los amigos de Jesús*, "La Vida Sobrenatural", tomo IV (1922) 332-337; y *El Amor Misericordioso*, "La Vida Sobrenatural", tomo IV (1922) 404-406. La firma apareció bajo el pseudónimo A. Sulamitis. La autora tuvo que mantenerse en el anonimato, pues de hacerse público, dejaría de manar la fuente, dado que es costumbre de la Orden de la Visitación imitar a Jesucristo en su vida oculta.

9. Cf. L. M. FARIÑAS WINDEL, *Apóstol del Amor Misericordioso, en Homenaje de la Vida Sobrenatural a su ilustre fundador el M.R.P. Fr. Juan G Arintero*. Editorial Fides. Salamanca 1930, pp. 48-65.

amigos de Jesús”, fue dictado por el Señor, precisamente para iniciar la propaganda sobre la devoción al Amor Misericordioso. En Marzo de 1923, durante el Congreso Teresiano en Madrid, saluda el P. Arintero a su *más fiel y gran colaboradora* Doña Juana Lacasa, quien al leer, ante él, el opúsculo citado, entusiasmada, se sintió dispuesta a propagarlo, encargándose a la vez de reimprimirlo. El P. Arintero dijo entonces a Doña Juana Lacasa: “que eso había de reportar gran premio y méritos si nos prestábamos a ello”. Y añade Doña Juana: “he aquí, pues, el medio tan sencillo de que Dios se sirvió para ponernos a todos en comunicación valiéndose de esta malla o tendido divino, para en un momento empezar esta Obra de la que tan indignos somos todos y para la que hemos sido llamados precisamente a causa de nuestra pequeñez y miseria...”¹⁰. Dña. Juana Lacasa traducía perfectamente el francés.

La Srta. de Ortúzar escribe al P. Arintero el 5 de Mayo de 1922 comunicándole que Mademoiselle Blank viajaría a Madrid en orden a organizar la Obra del Amor Misericordioso en España. Efectivamente, en Mayo se tuvo en Madrid, en casa de las Religiosas Reparadoras, una reunión de algunas personas entusiasmadas con la Obra del Amor Misericordioso; pero el resultado fue una estructura organizativa que no respondía al espíritu y al deseo de la Fuente (M. María Teresa Desandais), ni al propósito del P. Arintero, para quienes bastaba la unión puramente espiritual y el compromiso de santificarse según el espíritu del Amor Misericordioso¹¹. Desde el mes de Mayo de 1923 hasta mediados de 1925, el P. Arintero se mantuvo al margen de la dirección salida de la sesión madrileña y se limitó a

10. J. LACASA. *Noticias que me han venido de la Obra del Amor Misericordioso*. Archivo del P. Arintero, Salamanca.

11. La relación de estos avatares se encuentra en A. BANDERA, *P. Juan González Arintero. Una vida de santidad*. Salamanca 1992, pp. 335-341. Y sobre la actividad apostólica de Dña Juana Lacasa con un Cuadro del Amor Misericordioso, pintado para ella por la M. Teresa Desandais, cf. M. J. MUÑOZ, *Amor misericordioso. El Cuadro*. “La Vida Sobrenatural”, 1990 y 1991.

propagar individualmente con la Revista y folletos u hojitas la devoción al Amor Misericordioso¹².

En el otoño de 1925, destinado el P. F. Vives, S.J., a Manresa, el comité de Madrid se deshizo; la Providencia divina se encargó que quedara el P. Arintero y la Sra Juana Lacasa¹³, como los principales entregados a la propagación del Amor Misericordioso en España, con la ayuda también del primer Monasterio de las Salesas de Madrid. Este era el deseo de la M. María Teresa Desandais y de la Señorita de Ortúzar: que el P. Arintero fuera el Director de la Obra del Amor Misericordioso en España. En Diciembre de 1925 aparece la presentación de la Biblioteca del Amor Misericordioso¹⁴ y en Octubre de 1926 se presenta la Colección "La Vida Cristiana", o sea, la Obra del Amor Misericordioso y una Carta del Cardenal P. Gasparri, de la Secretaría de Estado, donde el Papa Pío XI bendice la Obra¹⁵. Finalmente, el 18 de Enero de 1928 escribe el P. Arintero, ya enfermo de muerte¹⁶, a Dña Juana Lacasa, comunicándole que es deseo del P. Reginaldo Duriaux, O.P., hasta entonces Director de la Obra en Francia, que quede él como Director general de la Obra, pues por dificultades surgidas ni él, ni menos la Srta. Blank conviene que queden al frente.

12. Los primeros folletos publicados fueron "*La legión de los verdaderos amigos de Jesús*" y "*La Divina Realidad. Llamamiento a los amigos del Corazón de Jesús*", cuya propaganda aparece en la revista *Vida Sobrenatural* los meses de Mayo y Octubre de 1923.

13. En general, cf. I. MORENO LACASA, *Historia de la Obra del Amor Misericordioso*. Revista del Amor Misericordioso I/2 (1935) 40-49.

14. Cf. *Vida Sobrenatural*, tomo X (1925) 426-428.

15. Cf. *Vida Sobrenatural* tomo XII (1926) 285-287. El P. Arintero estuvo informado por la Srta. de Ortúzar de las gestiones que su sobrino, Diego de Castro, Diplomático en la Embajada Chilena ante el Vaticano, realizó ante la Congregación del Concilio para la aprobación de la Obra desde el año 1924; este diplomático fue recibido en audiencia por el Papa Pío XI el 10 de Abril de 1926, ocasión en la que el Papa conoció personalmente la obra.

16. El P. Arintero murió en 20 de Febrero de 1928 en Salamanca, a causa de una oclusión intestinal. Fue atendido por el médico cirujano D. Francisco Díez.

3. *Finalidad y Dificultades de la Obra del Amor Misericordioso*

Dirigir a las almas al conocimiento del Divino Corazón, y como éste es todo Amor y Misericordia, llevarlas al conocimiento íntimo de su Amor Misericordioso, era el sentido de esta espiritualidad. Lo que nos pide, pues, Jesús, es la fe en este Amor que es la causa de nuestra salvación, y luego la *correspondencia* al mismo, por la *confianza* en Él y por la *caridad* para con el prójimo.

El P. Arintero, como Director de la Obra, se ocupó de revisar y mantener la *pureza de la doctrina* del Amor Misericordioso. El 29 de Agosto de 1927 fue publicado por Editorial Fides el folleto titulado *La obra del Amor Misericordioso* en la que el P. Arintero figura en el *Nihil obstat*. La finalidad de la Obra era contribuir al Reinado de Jesucristo en el universo entero, es decir, extender la vida cristiana en comunión de fe y caridad en la Iglesia bajo la autoridad del Sumo Pontífice. El quicio es la fe en el Amor Misericordioso y el objetivo la práctica sólida de las virtudes cristianas, participando de la comunión de los santos.

Desde hacía tiempo, pero con más intensidad desde que encontró almas dispuestas a entregarse de lleno a la propagación de la devoción al Amor Misericordioso y a la Obra por él fundada, el P. Arintero, gran *Apóstol del querer divino*, ya no vivió más que para predicar la doctrina y buscar apóstoles del *Amor Misericordioso*... Apóstoles de la Caridad de Cristo: "La Caridad de Cristo nos urge" (II Cor. 5-14). Apóstoles de la *Confianza* en su Bondad y Misericordia: "*Misericordia quiero y no sacrificios* (Os. 6, 6). Apóstoles del gran *Mandamiento* de Caridad para con nuestros hermanos: "*Un nuevo Mandamiento os doy: que os améis*" (Juan, 1314). Caridad y Misericordia, ¿no se encierra aquí toda la economía de la creación, redención y glorificación? Amor Misericordioso, ¿no es, en fin, toda la Teología Cristiana?

Surgieron prejuicios muy extendidos que vieron en esta obra de apostolado del Amor Misericordioso *infundados modernismos*. Así, algunos lanzaron la tremenda imputación de errores o tendencias modernistas sobre la Obra y

sus propagandistas. Esto implicó una gran ignorancia y un mayor atrevimiento. Lo que querían decir con “*modernismos*”, se expresaría con más exactitud con la palabra *modernidad*, y el que una devoción sea moderna cronológicamente por el tiempo reciente de su aparición y de su difusión no es motivo para rechazarla de plano, sino para examinarla detenidamente antes de condenarla apriorísticamente por el sólo hecho de su modernidad, pues todas las devociones que han ido apareciendo sucesivamente en la Iglesia, unas tras otras, fueron un tiempo modernas.

Con gran clarividencia, el P. Arintero, maestro entre los maestros de las ciencias divinas, protestó siempre que se hablaba de la devoción del Amor Misericordioso de que se considerase ni presentase esta devoción como una novedad en el mundo de las devociones católicas. No existía tal novedad, ni en la doctrina, ni en el nombre, ni en la imagen. *La doctrina*: Es preciso ver las hojas de propaganda que dan a conocer la Obra, los opúsculos que la desarrollan, los artículos publicados, todo con el refrendo definitivo de la autoridad eclesiástica, donde no se ve nada nuevo. Es una doctrina de todos los siglos: *es la intensificación de la vida cristiana y la elevación de las almas a la práctica de las sublimes virtudes*.

En el “Mensaje a los amigos del Corazón de Jesús”, que explica la Obra del Amor Misericordioso, se lee: “Pero ¿qué es lo que hace? Hace que se viva la vida cristiana, la vida de mi Iglesia, hace que se viva conforme a la vida de mi Iglesia, hace que se viva conforme a lo que dije... da la comprensión de mis máximas, las fuerzas para ponerlas en práctica, el impulso según las ocasiones, de lo que es más conforme a lo que yo enseñé. El Amor Misericordioso está obrando sin cesar a vuestro favor; esta obra es la comunicación de mi vida”. Se puede afirmar, que si esto es nuevo, es una novedad que cuenta veinte siglos.

El nombre: El Amor de Dios es eterno, y eterna su misericordia. La Iglesia, desde su marcha inicial por el mundo, grita a todos los confines: “*Dios es Amor*”. En la Sagrada Escritura, Dios destaca de todos sus atributos, el de su Misericordia.

La imagen: El Crucifijo, la Hostia, el Corazón, el Evangelio, la Corona de la realeza... Ninguno de esos sagrados elementos de la composición del cuadro es nuevo. La conjunción de esos elementos es lo que le da la novedad, pero así ha pasado siempre con todas las imágenes que acompañan a devociones ya extendidas. Con la aprobación de varios Ordinarios respectivos se veneran los cuadros del Amor Misericordioso y, con las debidas licencias para repartirlas se multiplican las estampas en las manos de los fieles. Nadie podrá suponer que los Prelados, y sobre todos, Su Santidad Pío XI que bendijo las publicaciones, en las cuales también aparece la imagen, hayan faltado a lo prescrito en los Canones 1279, 1385 y 1399, contra las imágenes insólitas (Derecho Canónico de 1917).

No son nuevas las prácticas fomentadas por esta admirable devoción: Ya se ha dicho antes, que era la intensificación de la vida cristiana y la elevación de las almas a la práctica de las virtudes heroicas lo que se propone la Obra, o mejor el Amor Misericordioso, por medio de esta Obra.

Y en este caso, la Iglesia conoció desde el inicio de la devoción y de la Obra del Amor Misericordioso, la propaganda y la multiplicación de las imágenes, y la impresión de los opúsculos, etc., etc. Y no sólo no lo ha condenado, sino que lo ha alentado con sus bendiciones, desde el principio, por la palabra augusta de Pío XI y con la adhesión valiosa de sus Obispos, continuando así en la actualidad. Asimismo, con el apoyo de eminentes teólogos en el mundo de las controversias dogmáticas, y con el entusiasmo despertado entre las almas piadosas que ven en esta devoción una nueva fórmula de *apostolado* al alcance de todas las clases de la sociedad. Y la doctrina de esos opúsculos llevada a la práctica crearía una generación de verdaderos cristianos íntegros.

Así es como vio y propagó esta devoción y Obra del Amor Misericordioso, con la intuición que tienen los santos, el gran Apóstol del Amor Misericordioso, siervo de Dios, P. Juan G. Arintero.

Liturgia

La Celebración y la Vida Litúrgica, fuente de la Espiritualidad Cristiana

La liturgia es la vida de la Iglesia. En ella se expresa cuanto es, cuanto ha recibido y cuanto transmite a sus hijos.

Si el Concilio Vaticano II ha colocado a la liturgia en un alto promontorio al decir que es la «fuente» (SC 10), esto tiene que repercutir profundamente en la vida misma de la Iglesia y de cada uno de sus hijos. De ahí se deduce que la liturgia es, por un lado, la fuente de toda la vida cristiana y por otro la cumbre de toda la vida espiritual de la misma Iglesia.

El Papa Juan Pablo II ha querido que nos preparemos al Gran Jubileo del 2000, entrada de la humanidad en un nuevo milenio, dándole al Jubileo y a los tres años que le preceden una impronta fuertemente litúrgica. El itinerario del Papa está vinculado al año litúrgico. Ha comenzado con el adviento de este año de 1997 que estará centrado en Jesucristo, con el sacramento del bautismo y la virtud de la fe como medios más apropiados para entrar precisamente en el misterio de Cristo, el mismo ayer, hoy y siempre, Salvador y Redentor de la humanidad.

Celebrar la liturgia

Por medio de la liturgia se celebra en el tiempo y en el espacio el plan salvífico de Dios (el *opus redemptionis*) preparado por el Padre, cumplido en Jesucristo por obra del Espíritu Santo, para bien y salvación de todos los hombres. Cada vez que celebramos se actualiza esta obra salvadora de Cristo. Así lo expresa una antigua oración de la liturgia romana, que encontramos reprimada en el Misal de Pablo VI:

Concédenos, Señor, participar dignamente en estos santos misterios, pues cada vez que celebramos este memorial de la muerte de tu Hijo, se realiza la obra de nuestra redención¹.

Esta acción litúrgica nos pone en relación con la misma Pascua de Jesucristo. Es "acción sagrada por excelencia, cuya eficacia no la iguala ninguna otra acción de la Iglesia" (SC 7); por tanto el celebrar y el celebrar bien deberá ser el primer cometido de la Iglesia. "El objetivo de la Constitución del Concilio Vaticano II sobre la liturgia no es solamente cambiar los ritos y textos litúrgicos, sino más bien promover una educación de los fieles y una acción pastoral que tengan la Sagrada Liturgia como su cumbre y su fuente. En efecto, todos los cambios introducidos hasta el presente en la liturgia y todos los que se introducirán en el futuro no tienen otra finalidad"².

La reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II ha terminado ya. No se esperan más cambios en los ritos litúrgico-sacramentales. Ahora se trata de profundizar en los nuevos libros y tener un recto conocimiento de los mismos y del modo de celebrar los santos misterios que encierran. La liturgia, vista con nuestros ojos pragmáticos, es siempre algo inútil. Existe en el orden de la pura gratuidad del amor y la alabanza divina y no en el orden de la eficacia y mucho menos del interés. La liturgia es el reencuentro continuo del hombre con su Dios en un clima de pura donación y entrega mutua.

Monseñor Pere Tena nos ofrece unas pautas de como la celebración y los sacramentos de la Iglesia deben ser la cumbre y la fuente de la espiritualidad de los bautizados. Así nuestra celebración ha de ser:

– Una celebración desinteresada, gratuita, contemplativa e inculturizada, en la cual no solo tengamos la preocupación de prepararla, sino de prepararnos nosotros con un esfuerzo espiritual de calidad.

1. Jueves Santo, *Eucaristía de la Cena del Señor*, oración sobre las ofrendas.

2. Instrucción "Inter Oecumenici" nº 5, cfr. *Enchiridion. Documentación litúrgica posconciliar*, Barcelona, 1992, 20.

– Una celebración que respire la comunión de la asamblea como Iglesia alrededor de su Señor, adorándolo como presente y entrando en su dinamismo salvífico y doxológico para la salvación del mundo.

– Una celebración que sea un despliegue ritual armónico sin ser recargada, llena de belleza para transparentar la gloria de Dios, confesando la fe de la Iglesia católica y apostólica, y dejándose guiar por el espíritu que glorifica a Jesucristo, en todo momento, en los cantos, en las palabras, en los silencios.

– Una celebración que estará alimentada previamente con la meditación y la apropiación espiritual de los textos litúrgicos; asumiéndola en su interior, insertando en la dimensión pascual de la liturgia, las realidades humanas de cada día, especialmente el sufrimiento de los hombres, siempre presente en la historia, y por esto evitará tanto el discurso político como la alienación espiritualista³.

No dudamos de que la misma celebración litúrgica en todos sus elementos es alta escuela de espiritualidad. Especialmente las lecturas y la eucología son alimento de la vida espiritual del creyente. También la simbología subyacente en la misma celebración es cauce de vida interior y de contacto con lo allí celebrado. Una celebración pausada y bien celebrada, donde lo verbal no abrume todo el rito; donde los símbolos expresen toda su riqueza. Todo ello produce una auténtica vida litúrgica. La vivencia de la celebración debe llevar al cristiano a una coherente testimonio de vida, de acuerdo con lo celebrado.

Vivir la liturgia

La vida espiritual de la Iglesia pasa a través de la liturgia. Así lo expresaba Juan Pablo II: “En la liturgia, la Iglesia se comprende a sí misma, se alimenta en la mesa de la Palabra

3. Pere Tena, *La Pastoral Litúrgica del Vaticá II als nostres dies*, en III Congrés Litúrgic de Montserrat, CPL, Barcelona, 1993, 106-107.

y del pan de Vida, recobra aliento todos los días para continuar en el camino que debe conducirla a la alegría y a la paz de la tierra prometida”⁴.

La liturgia no se agota en la celebración, sino que existe un antes y un después que hay que cuidar con esmero. Si la celebración es la fuente y la cumbre de la vida de la Iglesia, la preparación a la misma será muy importante y no menos su prolongación.

Hoy contamos con unos leccionarios bíblicos que nos proporcionan una abundante mesa de la Palabra con gran variabilidad en los tiempos fuertes, solemnidades, fiestas, etc. Y no podemos olvidar que: “la Palabra de Dios... es el alimento de la vida cristiana y la fuente de toda la oración de la Iglesia”⁵. El Vaticano II pretendía hacer de la Sagrada Escritura el alma de la Iglesia.

Y junto a la Palabra de Dios, la eucología. La gran cantidad de oraciones que traen los nuevos libros litúrgicos son un resumen y una concentración del pensamiento sobre Dios de toda la historia de la Iglesia. Esa gran riqueza, dividida entre oraciones de todo tipo y contenido, prefacios, himnos, versículos, responsorios, etc, está pidiendo su continuación en la oración silenciosa y meditativa.

Y de ese modo de la celebración pasamos a la vida. No puede haber divorcio entre celebración y vida. La celebración litúrgica exige y postula una vida litúrgica que, impregnada en la celebración de las cosas santas que allí se celebran, busque su prolongación en la misma vida espiritual y en todo el amplio acontecer del vivir cotidiano.

Puesto que la liturgia es la verdadera espiritualidad de la Iglesia, ésta se vera reflejada en ella con todo lo que la vida de cada día exige y ofrece. La celebración litúrgica no es un momento aislado del que nos desprendemos cuando ésta ha acabado. Toda la existencia ha de estar vivificada por ella, comenzando por la propia vida espiritual que estará

4. En la conmemoración de la Constitución sobre la Sagrada Liturgia “*Sacrosanctum Concilium*”, Ecclesia n° 2196.1360.

5. Ordenación de las lecturas de la Misa, 2ª ed., n° 47.

siempre animada del sabor de la celebración litúrgica, puesto que no puede haber dicotomía entre el celebrar y el vivir. Las acciones sagradas se desbordan en el ser y en el quehacer cristiano, llevando en sí la fuerza trinitaria que es su propia existencia.

A menudo se habla en los documentos conciliares de vida litúrgica, así en SC 6 y 7; UR 17; CD 15; AA 10. También en el Código de Derecho Canónico en los canones 835 y 1234. Todo ello es expresión de una mentalidad tan nueva como antigua y que tras la acción litúrgica viene la vida del fiel cristiano celebrante. No puede haber una intensa vida espiritual sin referencia explícita o implícita a las acciones litúrgico-sacramentales.

Interiorizar la liturgia

Vivir la liturgia como parte de nuestra espiritualidad exige una profunda valoración de todo lo sagrado que hay en la misma liturgia. Y además tenemos que ser conscientes de que esta interioridad exigida por la liturgia es contemplativa. “La liturgia debe fomentar el sentido de lo sagrado y hacerlo resplandecer. Debe estar imbuida del espíritu de reverencia y de glorificación de Dios”⁶.

Cuando en Navidad pedimos “compartir la vida divina de aquél que hoy se ha dignado compartir con el hombre la condición humana”⁷, estamos pidiendo penetrar el insondable misterio que allí se celebra que no es otro que los desponsorios de Dios con la humanidad. Pero esa actitud sólo se comprende si lleva aneja una fuerte carga de interioridad que le haga asimilar profundamente el misterio celebrado.

Cuando en Pascua cantamos “He resucitado y aún estoy contigo, has puestos sobre mí tu mano: tu sabiduría ha sido maravillosa”⁸; o cuando en Pentecostés pedimos “que el Espíritu Santo sea siempre nuestra fuerza”⁹, nuestra petición

6. Sínodo extraordinario de Obispos de 1985, Relación final B, b, 1-2.

7. Solemnidad de la Natividad del Señor, Misa del día, *oración colecta*.

8. Domingo de Pascua de Resurrección, Misa del día, *Antífona de entrada*.

no es una mera vocalización de los labios, debe brotar de un íntimo conocimiento de la realidad que pedimos y debe llevar impregnado el asentimiento de todo nuestro ser, que de ese modo no sólo accede a la petición sino que la hace suya. Pero esto exige una connaturalidad con lo celebrado y con cuando allí se ora y se suplica, lo cual postula una labor de auténtica interiorización en las cosas santas que pedimos y recibimos.

La interioridad da nuestro asentimiento a todo lo orado y celebrado. Los textos bíblicos y eucológicos que nos ofrece la liturgia deben ser orados en la intimidad de nuestro corazón para conocerlo y vivirlos intensamente. De este modo extraeremos de ellos toda su fuerza. De ahí la importancia que en espiritualidad litúrgica tiene el pre y post celebrativo, el antes y el después de la celebración. La liturgia es escuela de oración (*lex orandi*). La profundización de los textos litúrgicos lleva consigo la asimilación de toda la riqueza bíblica y eucológica que ahí se encierra.

Los antiguos monjes estaban acostumbrados a saborear los textos, meditarlos, rumiarlos, orarlos, volver a ellos a lo largo del día. Era una labor de auténtica interioridad. La familiaridad con todo lo que nos ofrece la liturgia hoy exige por nuestra parte esa interioridad que comienza por conocer los textos, meditarlos, interiorizarlos y finalmente asimilarse con lo que allí se ora.

Asimilar la liturgia

La dimensión interior y mística de la liturgia conlleva por nuestra parte una labor de apropiación del objeto celebrado que no es otro que Jesucristo, muerto y resucitado. Transformarse en Cristo ha sido siempre el anhelo de toda la mística cristiana.

El vocabulario de esta asimilación puede ser muy variado y complejo. Aparece en los libros litúrgicos actuales de

9. Domingo de Pentecostés, Misa del día, *oración después de la comunión*.

muchas maneras. Una oración del Misal de Pablo VI lo expresa así:

Por la invocación de tu santo nombre, santifica, Señor estos dones que te presentamos y transfórmanos por ellos en ofrenda permanente¹⁰.

En este caso se trata de la Eucaristía que es ofrenda de Cristo y quiere ser también nuestra, pero esa misma acción es pedida en los sacramentos y en los textos de la liturgia de las horas. La transformación en aquello que se celebra aparece en las primeras plegarias eucarísticas. En la tercera de las que trae el Misal Romano pedimos “que él (Cristo) nos transforme en ofrenda permanente, para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos”. Con precisión teológica lo expresa esta oración del Misal Romano:

Señor, Dios nuestro, cuyo Hijo se manifestó en la realidad de nuestra carne, concédenos poder transformarnos interiormente a imagen de aquel que hemos conocido semejante a nosotros en su humanidad¹¹.

La transformación en Cristo, sacramento del altar, es invocada en esta bella oración:

Concédenos, Señor, acercarnos siempre a tus altares, donde se celebra el sacramento de la eucaristía, para que unidos por la fe y el amor, al alimentarnos de Cristo, nos transformemos en él¹².

JUAN JAVIER FLORES, OSB
Abadía de Santo Domingo. Silos

10. Solemnidad de la Santísima Trinidad, *oración sobre las ofrendas*.

11. Fiesta del Bautismo del Señor, *Oración colecta* (alternativa). Se encuentra también el Martes de las Fiestas del Tiempo de Navidad (después de la solemnidad de Epifanía).

12. En la Dedicación de un altar, *oración después de la comunión*.

Testigos

Celia Guerin, Madre de Santa Teresita (1831-1877)

1. Infancia y juventud

Santa Teresita ha sido proclamada como "la santa más grande del siglo XX". Sus padres han merecido el honor de ser considerados candidatos para la santidad oficial de la Iglesia: tienen introducida la causa de su beatificación y canonización en Roma. Sus hermanas han muerto también el "olor de santidad". Su familia fue, por consiguiente, una familia de santos...

Me voy a ocupar ahora de su madre, la señora Celia Guérin, que desempeñó un papel tan importante en la *santificación* de esta privilegiada familia. Su padre viejo soldado del Imperio, debido a su puesto de gendarme, se estableció en Alençon. Aquí fue donde nació la sierva de Dios el 23 de diciembre de 1831, recibiendo el bautismo al día siguiente con los nombres de María Acelia, si bien siempre se la llamó Celia.

Su madre participaba del carácter seco y adusto del ambiente militar que la rodeaba, lo que afectó de una manera tremenda a Celia. De hecho jamás le compró una sola muñeca, aunque la niña se lo suplicara ardientemente. Celia misma, aludiendo a la niñez, adolescencia y juventud, llegó a calificar todo este período, de suyo el más feliz de la vida, "triste como un sudario".

Educada juntamente con su hermana mayor, que después ingresó en la Visitación, ingresó en un colegio de religiosas que supieron infundir en ambas un auténtico sentido religioso que informaría después toda la vida.

Celia quiso ingresar en la congregación de las Hermanas de la Caridad, establecida en el hospital de Alençon. Pero,

debido acaso a su delicada salud, la superiora la disuadió de su intento. También el papá de santa Teresita quiso abrazar la vida religiosa sin lograrlo. Dios tenía otros designios sobre estos dos selectos personajes.

Al verse defraudada en lo que ella presumía era su vocación, hizo esta súplica: "Dios mío, puesto que no soy digna de ser vuestra esposa, abrazaré el estado de matrimonio para cumplir vuestra voluntad. Por tanto dadme, os lo suplico, muchos hijos y que todos se consagren a Vos". Y fue escuchada ya que las cinco hijas que sobrevivieron de su matrimonio abrazaron todas la vida religiosa.

Suplicando a la Santísima Virgen que inspirara la ocupación que debería abrazar para ganarse la vida, escuchó de repente esta voz interior: "Dedícate a trabajar en el Punto de Alençón". Una especie de costura muy fina. E inmediatamente se inscribió en la escuela profesional para aprender a hacer encaje, estableciéndose después por su cuenta como fabricante en este oficio.

Un día, al pasar el puente de San Leonardo en Alençón, en el preciso momento de cruzar con un joven llamado Luis Martín, sintió otra voz interior que le decía con toda claridad: "Este es el que yo he preparado para que sea tu esposo".

La madre del joven conocía a Celia por haberla visto en la escuela de encaje y pedía a Dios que se desposara algún día con su hijo. Y el 13 de julio de 1858 se celebraba la boda de Celia con Luis, que ganaba su pan como dueño de una relojería y bisutería en Alençón. Celia contaba 27 años de edad y Luis 36.

2. *Esposa y madre*

Una de las hijas de este bendito matrimonio, Celina, ha dicho: "Mi madre ha declarado en sus cartas que ignoraba los misterios de la vida, y que la revelación de los mismos le hizo derramar abundantes lágrimas. Mi padre aprovechó la ocasión para atraerla a su proyecto de una vida de hermano y hermana –vivir vírgenes en el matrimonio–. Ella aceptó, a pesar de su deseo primero de tener hijos. Pero Dios tenía sobre ellos

otros designios. Estos están bien indicados en la siguiente dedicatoria a un libro sobre el noveno y último florón de su corona: *A la santa e inmortal memoria* de Luis Martín y de Celia Guérin, benditos padres de Sor Teresa del N. J., *para que sirvan de ejemplo a todos los padres cristianos*".

Esto era precisamente lo que la providencia tenía planeado al revelar a Celia su vocación al matrimonio: ser dechado de esposas y madres. Por este motivo el propio confesor de Celia la urgió a que engendrara hijos para el cielo. En consecuencia devolvieron a sus padres un niño que ellos habían adoptado provisionalmente al hacer su acuerdo virginal. Al Señor le bastó aquella primera decisión de convertir su propio matrimonio en un triunfo del de S. José con la Virgen de las vírgenes. Santa Teresita con toda verdad podía afirmar en la "Historia de un alma" a este respecto: "Doy gracias a Dios por haberme hecho nacer en una tierra santa y como impregnada de un perfume virginal". Dispuesta a ser una madre de verdad santa, por cada vástago que Dios le daba, hacía esta ardiente súplica: "Señor, concededme la gracia que este hijo se consagre a Vos y de que nada venga a empañar la pureza de su alma. Si algún día hubiese de perderse, prefiero que os lo llevéis en seguida".

El anhelo de que los frutos de sus entrañas fueran santos, lo manifestaba Celia cuando la hija mayor, María, contaba sólo cuatro años de edad y la siguiente, Paulina, apenas dos, conversando con su hermana Salesa, quien, a su vez, manifestaba en carta al hermano de ambas Isidro: "Celia se está inquietando ya por no ver aún señales de piedad en sus hijas".

Sus ansias de que cuanto antes fueran sus hijas libres del pecado original e hijos de Dios la urgían a que se bautizaran el mismo día de su nacimiento, o si nacían en la noche, al día siguiente. Santa Teresita fue bautizada dos días después de su nacimiento, porque hubo que esperar al padrino. Pero durante este intervalo mi piadosa madre vivía sumida en continuas ansias y, y temiendo no le acaeciese algún mal a esta hija, se imaginaba sin cesar que la niña se hallaba en peligro".

Fue madre de nueve hijos, de los que cuatro murieron en la primera infancia. En carta a Paulina daba este bello testimonio de su solicitud maternal: "No vivíamos –ella y su marido– más que para ellos . En fin, con ellos nada nos costaba. El mundo no suponía ya una carga para nosotros. Para mí, ellos eran la gran compensación; por eso deseaba tener muchos a fin de criarlos para el cielo" (carta del 4 de marzo de 1877).

Ante las dificultades y grandes pruebas, Celia jamás perdía la calma. A una cuñada que, al esperar un hijo, se preocupaba demasiado por su delicado estado de salud, la anima con estas palabras que la retratan cabalmente: "Dios no manda nunca fatigas que superen nuestras fuerzas. He visto muchas veces a mi marido preocuparse a este respecto por mí, mientras yo permanecía enteramente tranquila; yo le decía: "No temas, Dios está con nosotros". Yo me hallaba por entonces agobiada de trabajo y de toda clase de preocupaciones, pero abrigaba la firme confianza de que el Señor me sostenía" (Carta del 5 de mayo de 1871).

3. *Educadora de sus hijos*

He aquí cómo Celina resume los medios que su madre empleaba para educarla tanto a ella como a sus hermanas en el amor y temor de Dios: "Nuestra madre se preocupaba activamente de nuestra educación. Recuerdo que nos hacía rezar por la mañana y por la noche, y nos enseñaba particularmente esta fórmula para ofrecer a Dios nuestra jornada: "Dios mío, os doy mi corazón, tomadlo, os lo suplico, para que ninguna criatura pueda poseerlo fuera de vos". Nos acostumbraba a obedecer por amor, para agradecer a Jesús mediante pequeños sacrificios; el *rosario de prácticas* servía para contarlos. Esta obra de formación la empezaba muy pronto, puesto que escribía a su hermano, el cual estaba preocupado por la vivacidad de su hija mayor: "No te preocupes de que tu hijita Juana sea muy viva. Recuerdo que Paulina hasta la edad de dos años era lo mismo, yo estaba desolada, y ahora es mi mejor hija. Debes saber que nunca la mimé y que a

pesar de ser muy pequeñita, no le pasaba nada, sin tampoco matizarla, pero la obligaba a someterse". En una carta de su hermana salesa, leemos: "Celia me escribía en su última carta algunas cosas referentes a sus hijitas. En cierta ocasión pregunta a María si ha cometido alguna falta, la pequeña examina su conciencia, y después de un momento contesta: *No, no he cometido ninguna*. Entonces la madre le manda que vaya a acostarse y le dice que Dios está en su corazón, y su pequeño rostro se ilumina de alegría. En cuanto a Paulina, cuando sus hermanas quieren cogerle sus cosas, le dice: *dáselas, hija mía, será una perla para tu corona. Entonces no opone resistencia*".

"Mamá velaba atentamente sobre nosotras, alejando hasta la sombra del mal. Mi madre me acogía sobre sus rodillas para ayudarme a preparar mis confesiones, procurando siempre ganarse la confianza de sus hijas. Siendo muy persuasiva era muy difícil ocultarle nada. Refiere mi hermana María que, muy niña aún, en una escuela regida por religiosas, había sido testigo de las actitudes viciosas de una jovencita. Nuestra madre la retiró de aquella escuela y la hizo ingresar a título de pensionista con Paulina en la Visitación de Mans.

"Por otra parte su firmeza se impregnaba de amplia comprensión. Lo atestigua el siguiente detalle a mi respecto, que entresaco de la correspondencia de mi madre a Paulina: "Celina es muy linda; hace muchas *prácticas* para obtener la curación de su tía Salesa; alguna vez sin embargo le faltaba constancia. Ayer noche, yo no sé qué era lo que no quería dar a su hermana María, a pesar de que se lo suplicaba. Esta se enfadó y le dijo que ella sólo hacía los sacrificios que le gustaban, y que en ese caso era mejor no hacerlos. Yo dije a María que no hacía bien en desanimarla de esa manera, pues no era posible que siendo Celina tan pequeña pudiese hacerse santa de un golpe, y que era necesario disculparle alguna cosa". Teresa a referido a la manera cómo mamá formaba su carácter. No consentía ni siquiera esos pequeños gestos testarudos del niño que causan gracia. Una mirada de reprobación bastaba para corregirla".

Había una hija que causaba a Celia mucho sufrimiento. Era Leonia. Aludiendo a ella escribe a una cuñada suya:

"Sólo me queda la fe en un milagro para cambiar esta naturaleza (de Leonia). Verdad es que no merezco un milagro y, sin embargo, espero contra toda esperanza. Cuanto más difícil la veo, tanto más me persuado de que Dios no permitirá que siga así. Lo que más me preocupa es su porvenir. Yo me pregunto: ¿Qué va a ser de Leonia cuando yo llegue a faltarle? No me atrevo a pensarlo... Si bastase el sacrificio de mi vida para que ella se hiciese una santa, lo haría con mucho gusto". ¡Admirable!

Celia no se contentaba con que sus hijas fueran buenas, piadosas, caritativas, aplicadas en sus estudios, etc. sino que la meta que ella se había propuesto en su cristiana educación era que de verdad llegaran a ser *santas*. En una carta a sus dos hijas mayores les dice abiertamente: "Hay que servir a Dios, mis queridas hijitas, y procurar merecer un día ser contadas en el número de los santos" (Carta del 1 de Nov. de 1875). Refiriéndose a la hija mayor escribe a Paulina: "Creo será una buena hija, pero yo quisiera que fuese santa, lo mismo que lo deseo para tí, Paulina mía". (Carta del 16 de Febrero de 1876).

Aludiendo de nuevo a Leonia –la ovejita negra de la casa– en carta a un hermano suyo, manifiesta: "...Al menos, si la Santísima Virgen no me cura –iba a ir a Lourdes buscando la curación del cáncer que la llevaría al sepulcro– le suplicaré que cure (moralmente) a mi hija, que abra su inteligencia y la haga una santa" (Carta del 11 de junio de 1877).

Y, en efecto, esta madre ejemplar logró vencer los defectos de Leonia –testarudez, aspereza de carácter, egoísmo, retraimiento, etc.–. Ingresó en la Orden de la Visitación, donde vivió más de cuarenta años, muriendo "muy santamente", como afirma Celina.

En el proceso de beatificación de Santa Teresita, María y Paulina pudieron ofrecer este testimonio sobre su mamá: "No éramos mimadas. Nuestra madre velaba con gran cuidado sobre el alma de sus hijas y ni la más pequeña falta quedaba sin reprensión. Era una educación bondadosa y entrañable, pero atenta y esmerada".

Y refiriéndose a sus padres, testifica Paulina en el mismo proceso: "Mis padres siempre me parecieron unos santos. Nosotras estábamos llenas de admiración y de respeto hacía ellos. Yo me preguntaba a veces si era posible que hubiera en la tierra padres parecidos. A mi alrededor yo no hallaba ninguno".

4. *Austeridad de vida*

Celia había establecido por su cuenta una pequeña industria de encaje, o "Punto de Alençon", que le hacía trabajar más allá de lo ordinario. Celina ha podido escribir: "Nuestra madre era la actividad en persona, siempre ocupada en su encaje, en sus quehaceres domésticos, en sus hijas, en su correspondencia epistolar. A nuestro padre le resultaba difícil aliviarla y persuadirla a aceptar ayuda. Practicaba constantemente el olvido de sí misma. Por mi parte, aun me parece verla, por las mañanas, preparando para los suyos un excelente desayuno, contentándose ella con unas pocas sopas comidas de pie y como a hurtadillas. Acostándose siempre la última, y en pie muchas veces desde las cinco y media de la madrugada hasta las once de la noche, hablaba ella de vez en cuando de aquel dichoso encaje, que tanto trabajo le costaba, sin resignarse, no obstante a dar descanso a sus obreras, queriendo asegurar más y más por medio de aquel trabajo asiduo, el porvenir de sus hijas".

En una carta a una cuñada manifiesta decidida y resignada a la vez: "Tengo una cosa que me inquieta y me hace sufrir: se trata del pobre comercio, que no marcha bien. Hay algo que me impide el cerrarlo. No es un deseo de amontonar dinero lo que me empuja; tengo más de lo que nunca haya deseado, pero creo que sería en mí una locura dejar esta empresa teniendo que colocar a cinco hijas. Debo ir hasta el fin por ellas, pero me hallo en un verdadero apuro, pues tengo obreras a quienes suministrar trabajo y no tengo trabajo que suministrarles. Esta es la pena mayor que tengo. Mi hija María está muy entristecida por estas cosas y asegura que ella preferiría vivir en una buhardilla a labrarse su

fortuna al mismo precio que yo. Me parece que tiene razón. Si yo estuviese sola y hubiese de volver a empezar soportando todo lo que yo he sufrido desde hace veinticuatro años, preferiría morirme de hambre, pues el sólo pensamiento me hace temblar. Muchas veces pienso que si hubiera hecho sólo la mitad de lo que he hecho por ganar el cielo, a estas horas sería una santa canonizable" (Carta del 6 de febrero de 1876).

Esta vida de intenso trabajo corporal, bregando desde la aurora hasta casi media noche por el bienestar de sus hijas, suscitaba en ella ansias incontenibles por la soledad para darse por entero a la vida mística. "Suspiro por el descanso –escribía el 8 de Nov. de 1876–, hasta me falta el ánimo para continuar la lucha; siento la necesidad de recogerme un poco para pensar en mi salvación, que las preocupaciones de este mundo me hacen descuidar. Debería, no obstante, tener presentes estas palabras de la *Imitación de Cristo*: "¿Por qué buscas el reposo si has nacido para el trabajo?". Pero cuando ese trabajo os absorbe demasiado y no poseéis ya la energía de la juventud, no puede una de dejar de desear verse descargada, al menos en parte. En fin, vivo de esta esperanza" (Carta del 8 de nov. de 1876).

En carta a Paulina, la segunda de sus hijas, escribe añorando la soledad: "No tengo más que soñar con el claustro y con la soledad. Verdaderamente, con las ideas que tengo no comprendo cómo no fue mi vocación, o la de permanecer soltera o la de encerrarme en un convento. Ahora quisiera vivir hasta muy vieja para retirarme a la soledad cuando todos mis hijos estuviesen criados. Pero comprendo que todo eso son devaneos, y por eso ni siquiera me paro en ello; mucho mejor es emplear bien el tiempo presente y no preocuparse del futuro" (Carta del 16 de enero de 1876).

Aludiendo a su hermana salesa, escribe con santa envidia: "Pienso con frecuencia en mi santa hermana, en su vida serena y tranquila; ella trabaja, pero no para ganar riquezas precederas, sino que atesora para el cielo, hacia el cual van todos sus suspiros. Y yo me veo aquí, curvada hacia la tierra, tomándome un trabajo extremado. No, a pesar de todo, es preferible que yo sufra en el lugar en que estoy. Con tal de

que yo llegue a unirme en el paraíso con mi querido esposo y vea a mis hijos allí mejor colocados que yo misma, me sentiré lo bastante dichosa con eso, no pido más" (Carta del 28 de marzo de 1864).

Resignada totalmente a la voluntad divina, no sólo llevaba con paciencia el género de vida que la Providencia le había marcado en sus inescrutables designios, sino que en aquel duro bregar cotidiano encontraba ella su felicidad: "No hallo placer sino junto a mi ventana trabajando en el encaje", le oyó decir Celia.

Y es que ella convertía su trabajo manual en auténtica oración ofreciendo su cansancio para gloria de Dios, como enseña San Pablo.

5. Vida Interior

Celia solamente tenía un ideal: ser santa de verdad. En su correspondencia familiar encontramos este anhelo a cada renglón: "No quiero aficionarme más que a Dios y a mi familia" (Carta del 21 de Julio, 1872). "Digo muchas veces al día: Dios mío ¿cómo me gustaría ser santa!" (Carta del 26 de febrero, 1876). "Quiero hacerme santa, pero no será fácil. Hubiera sido preferible ocuparse de ello antes, pero, en fin, vale más tarde que nunca" (Carta del 1 de noviembre de 1873). Escribiendo a su hermano le dice: "Deseo ante todo que seas un santo. Sin embargo antes de desear la santidad para los otros haría bien en empezar yo misma el camino que a ella conduce. En fin, es de esperar que lo haga" (Carta del 9 de Marzo de 1874).

Para caminar más segura por la senda de la perfección se inscribió en la Tercera Orden Franciscana y en la archicofradía del Corazón Agonizante de Jesús y en otras asociaciones religiosas. Se puso bajo la dirección espiritual del párroco de Montsort. Asistía a los sermones no solamente los días festivos, sino también cuando se predicaba en los días laborables: "He madrugado durante quince días para ir a Saint-Leonard a escuchar a los Capuchinos que están dando una misión", leemos en la carta del 12 de febrero de 1870.

Por la senda del Calvario. Imposible adquirir la santidad sin ir en pos de Cristo cargando la cruz. Celia lo sabía muy bien: "No estamos en la tierra para gozar a vuestras anchas –escribía el 5 de mayo de 1871–; los que esperan gozar se equivocan y se engañan solemnemente en sus esperanzas. Es cierto que la constante prosperidad aleja de Dios. Nunca ha conducido él a sus elegidos por ese camino; han pasado antes por el crisol del sufrimiento, para purificarse".

Y Dios, que la quería muy santa, la trituró bajo el sufrimiento... Pedía a Dios le diera un hijo varón para consagrárselo en el sacerdocio. Y vino al mundo José María Luis el 20 de septiembre de 1866. Llena de alegría y de entusiasmo comentaba con su esposo levantando al bebé en sus brazos. ¡Mira qué bien formadas tiene sus manecitas! ¡Qué hermoso será verle subir al altar!". Y pensaba ya en el alba de encaje que ella misma tejería para sus misas. Pero el Señor se lo arrebató antes de los cinco meses de edad. Ella misma lo amortajó y veló hasta dejarlo sepultado. Después de esto hizo una novena a S. José pidiendo otro hijo varón para que fuera sacerdote. ¡Con qué júbilo recibió al segundo varoncito! Mas he aquí que a los ocho meses se va al cielo... "Cuando murió este segundo hijo varón –refiere Celina– mi madre colocó sobre su cabeza una corona de rosas blancas, y le retuvo junto a ella dentro de su pequeño ataúd hasta el último momento. *!Dios mío –gemía ella a cada instante– ¿es necesario meter esto debajo de la tierra? Pero, puesto que así lo queréis, que se cumpla vuestra voluntad*".

Ante esta segunda desdicha le escribía su hermana salesa:

"¡Qué roto debe de estar tu corazón con este nuevo golpe! ¿Oh, sí, los designios del Dios son impenetrables! Quisiera decirte algunas palabras de consuelo, querida hermana, pero aunque me parece bien hecho lo que el Señor ha hecho, mi pobre alma está muy angustiada. Además tu dolor y el de mi cuñado pesan como una losa sobre mi corazón" (Carta del 25 de agosto de 1868).

Hubo Celia de llorar también la muerte de dos hijitas, la mayor de cinco años de edad. Celina escribe a este respecto: "A la muerte de Elenita, de cinco años de edad tanto la angustia

de mi madre como la de mi padre fue punzante. Mamá creyó que iba a morir".

Tratando de consolar a una cuñada por la muerte de un hijo, la manifiesta Celia: "Me aflige profundamente la desgracia que te acaba de herir. Que Dios te conceda la resignación a su santa voluntad. Tu querido hijito te ve, te ama, y un día le volverás a encontrar. Es este un gran consuelo que yo he sentido y que aún siento. Cuando cerraba los ojos de mis amados hijitos y cuando los amortajaba, experimentaba un gran dolor, pero siempre fue un dolor resignado. No me quejaba de las penas e inquietudes que había sufrido por ellos. Algunos me decían: "Mucho mejor hubiera sido no haberlos tenido nunca". Yo no podía tolerar este modo de hablar. No me parecía que las penas e inquietudes pudieran ser colocadas en la balanza contra la felicidad eterna de mis hijos. Además, no estaban perdidos para siempre: la vida es breve y llena de miserias, les volveremos a ver allá arriba. Sobre todo en la muerte de mi primer hijo fue cuando más vivamente sentí la dicha de tener un hijo en el cielo. Porque Dios me ha probado de una manera sensible que le era grato mi sacrificio: he obtenido por la intercesión de este angelito una gracia muy extraordinaria" (Carta del 5 de mayo de 1871).

Al venir al mundo Santa Teresita, ya Celia no pudo alimentarla a sus pechos por más que lo intentara. Poco después se enfermó tan gravemente la niña que llegaron hasta darla por muerta. Pero dejemos a Celina que nos lo cuente: "Cuando Teresa vino al mundo, mi madre sintió una gran alegría sin igual. Confesó que antes de su nacimiento la oía cantar con ella. Pero he aquí que la pequeña cae enferma repetidas veces y se niega a tomar la leche materna. Mamá la vela día y noche, procurando alimentarla por otros medios, según los consejos del médico. Llega un momento en que la cree muerta; a todo riesgo, se llama con urgencia a una nodriza, la cual meneaba la cabeza, viendo el estado de la niña. Mi madre, entonces, suplica a San José que la vuelva a la vida. Vuelve a bajar, presa de angustia mortal, y su benjamina estaba salvada. Sin embargo, esta semirresurrección fue a costa de un gran sacrificio: dejando que la nodriza se lleve

a Teresa al campo: "Lo que me consuela –escribe– es saber que Dios lo quiere así, puesto que he hecho todo lo posible para criarla yo misma".

Tres semanas después se presenta una nueva crisis, y mi madre, acompañada del médico, se traslada inmediatamente a Semalle, donde vive la nodriza. Veáanse los pensamientos que embargan su mente durante el trayecto: "Divisaba un hermoso castillo y magníficas propiedades, y me decía a mí misma: Todo esto no es nada; no seremos felices hasta que nosotros y nuestros hijos estemos reunidos en el cielo. Y hacía a Dios el sacrificio de mi hija Teresa". Y concluye con estas palabras: "He hecho todo lo que estaba en mí por salvar la vida de mi Teresa; ahora, si Dios lo quiere disponer de otro modo, procuraré soportar la prueba con la mayor paciencia posible". Gracias a Dios la pequeña curó.

Y al nombrar aquí a Santa Teresita, sabemos que su privilegiada madre había pedido a Dios que le otorgara la gracia de tener algún hijo que fuera "un gran santo". Consta esto por lo que su hermana salesa revela en la carta del 23 de febrero de 1870: "Puedes estar segura –le dice al consolarla por el fallecimiento del segundo hijo varón– de que el Señor te bendecirá y que la medida de tus penas será la medida de los consuelos que te están reservados, porque, al fin, si Dios, complacido de tí, tuviese a bien concederte ese "gran santo", que tanto has deseado para su gloria, ¿no quedarás bien complacida?". Con el nacimiento de la "más grande santa del siglo XX", quedaba Celia más que cumplida...

A todas estas penas morales, llevadas con tanta aceptación, han de sumarse otras de orden físico con que el Señor quiso purificar a esta hija del Calvario. Su hermana salesa en carta del 8 de febrero de 1874 refiriéndose a la familia de su hermana Celia anota: "Esa familia no goza de gran salud y menos que nadie la madre (Celia); siente dolores de espalda y de pecho, y se pasa el invierno tosiendo".

Pero sus sufrimientos llegaron al colmo con el cáncer de pecho que la llevó al sepulcro y con atroces dolores de cuello motivados por una caída. La hija mayor, María, en carta a su tía le comunica el 25 de agosto de 1887: "Tengo tristes

noticias que comunicarle; mamá pasa las noches horribles; sufre tanto que tiene que levantarse cada cuarto de hora, siéndole imposible permanecer en la cama. El menor ruido le causa crisis terribles. Su sueño es tan débil que el más ligero ruido la despierta. Sus sufrimientos son atroces, no conseguimos aliviarla, ningún remedio logra calmarla".

6. *El ocaso*

En 1865 Celia descubrió el cáncer de pecho que había de acabar con su preciosa vida en la tierra. Pero los dolores comenzó a sentirlos en 1876, un año antes de su muerte. Cuando el médico le hizo saber a boca de jarro que su enfermedad no tenía curación, Celia bendijo de todo corazón a Dios: "El doctor –escribe ella– por una vez me prestó un servicio, y fue el día que me dijo toda la verdad; aquella consulta no tiene precio para mí". Años antes –en la carta del 3 de mayo de 1876– Celia había revelado sus sentimientos respecto a la muerte: "Si no tuviese hijas que criar, saludaría alegremente a la muerte, como se saluda a la dulce y pura aurora de un hermoso día...".

Aún enferma mortalmente, continuó realizando su trabajo en el encaje y en el hogar, arrastrando su pobre existencia hasta el heroísmo. "Su sumisión sobrenatural –es Celina quien escribe– fue en efecto tan profunda que decía con serenidad: "No me asusto de nada. Nuestro Señor me sostiene; cuento con la gracia que necesito en cada momento, y contaré con ella hasta el final".

Así lo manifestaba ella misma en la carta del 20 de agosto de 1876: "No pienso afligirme desmedidamente por mi desgraciada glándula. Si Dios permite que ello sea causa de mi muerte, procuraré resignarme lo mejor posible y recibirlo con paciencia".

Pensando que tal vez era aún necesaria para la crianza de sus hijas, sobre todo de Celina, de ocho años de edad, y de Teresita, de cuatro, quiso ir en peregrinación a Lourdes para impetrar su salud. Anunciándola escribía a unos familiares: "Espero con gran impaciencia una peregrinación a Lourdes y,

ciertamente, si soy necesaria a mi familia, me curaré, pues no es precisamente la fe lo que me falta. Pero no es tan preciosa mi vida. Hay muchos que se creen útiles, y a quienes Dios juzga oportuno llevarseles después de su muerte todo irá mejor. Si Dios quiere curarme, me alegraré mucho, pues en el fondo deseo vivir por mis hijas. Pero, por otra parte, me digo a mí misma: "*Si no me curo (en Lourdes) es que les será a mis hijas más útil que yo me vaya.* Yo no confío más que en la ayuda de la Madre misericordiosa. Sin embargo, no estoy segura de que me cure en Lourdes, pues puede no ser esta la voluntad de Dios. En ese caso hay que resignarse, y os aseguro que eso es lo que hago. Debemos estar dispuestos a aceptar generosamente la voluntad de Dios, sea cual fuere, pues esto será siempre para nosotros lo mejor. Cuento con la peregrinación a Lourdes, pero si no estoy curada no por eso dejaré de cantar a mi regreso".

Fue, en efecto, a Lourdes a principios de junio de 1877, pero en lugar de conseguir su curación –escribía Celia– "sólo desgracias y miserias me sobrevinieron" (Carta del 24 de junio de 1877). Celina hace esta reseña del viaje: "¡Ay! no he sido curada, al contrario; el viaje ha agravado mi enfermedad". Tal es la exclamación de nuestra madre a su vuelta de Lourdes. A continuación ella relata a unos familiares las peripecias del viaje. A su llegada a la ciudad mariana, después de hacer descansar y tomar algo a sus hijas, escribe: "Yo no tomé nada, deseando ante todo ir a la gruta y luego a la piscina, aunque lo hice al cabo de mis fuerzas". Síguese después el relato de sus contratiempos: falla un peldaño de la escalera y se produce una detorsión en el cuello; se sumerge cuatro veces en la piscina, estando a punto de sentirse mal cada vez al entrar en ella; se rasga el vestido, hasta el punto de no poder seguir andando por la calle sin antes coserlo a toda prisa; María pierde el rosario de la Tía salesa ya difunta, único recuerdo que de ella tuvo mi madre...".

Escribiendo a su hija Paulina, después de recordarle las palabras de la Virgen de la gruta a Santa Bernardita: "No te haré feliz aquí en la tierra, sino en el cielo", añade: "Así que no esperes muchas alegrías aquí en la tierra, pues sufrirías muchos desengaños. En cuanto a mí, sé por experiencia a qué

atenerme acerca de las alegrías de la tierra, y si no esperase las del cielo, me sentiría muy desdichada. Ruega con fe a la Madre de las misericordias, ella vendrá en nuestra ayuda con la bondad y la dulzura de la más tierna de las madres" (Carta del 25 de junio de 1877).

Debido a la caída en Lourdes, manifiesta en la carta del 8 de junio que siente en el cuello "violentísimos dolores". Un mes antes de morir manifiesta a un familiar por carta: "El mal se agrava de día en día. Yo he tomado ya mi partido y me comporto como si fuera a morir. Me es absolutamente necesario no perder el poco tiempo que me resta de vida. Estos son días de salvación que no volverán nunca más y quiero aprovecharme de ellos. Tendré doble provecho: resignándome, sufriré menos y pasaré una parte de mi purgatorio en la tierra".

A partir de esta fecha el cáncer empezó a galopar por todo su cuerpo alcanzando con sus tentáculos todos sus miembros. La hija mayor comunica a este respecto. "¡Con qué paciencia y con qué resignación soporta ella esta triste enfermedad! No deja de la mano el rosario, está siempre rezando a pesar de sus sufrimientos" (Carta del 28 de julio de 1877).

Y el 28 de agosto. La víspera se le administraron los sacramentos de la Unción de los enfermos y el Viático. En medio de sus espantosos dolores se la oía exclamar: "¡Puesto que es necesario que permanezca aquí en este lecho de dolor, sin que me puedan aliviar, yo os suplico que no me abandonéis!".

Algunas veces lloraba mirando a sus hijas y exclamaba: "¡Ay, pobres hijas mías, ya no podré sacaros a pasear, yo que quería haceros tan dichosas!". Por fin a las doce y media de la noche de aquel 25 de agosto de 1877, el murió. Su hija escribió en *Historia de un alma*: "Dios me concedió la gracia de que mi inteligencia se abriese muy temprano... Quería, sin duda, en su amor poder conocer la madre *incomparable* que él me había dado y que tenía prisa de coronar en el cielo".

ENRIQUE FERNÁNDEZ, O.P.

La Legión de María (I)

Dublín, capital de Irlanda, la tierra de San Patricio. Año del Señor 1921. 7 de septiembre, víspera de la Natividad de la Santísima Virgen María. Un grupo de personas sencillas entorno a una mesa; un altar con la Inmaculada, dos cirios, flores. Oraciones sencillas, planes humildes, mucho fuego en el corazón, que desde un primer momento se encargó de atizar el siervo de Dios *Frank Duff*. Allí, entonces, y así comenzó *La Legión de María*. De ello ahora 75 años.

Un carisma llamado "Legión de María"

La Legión de María –movimiento apostólico católico– es un don que el Espíritu Santo ha dado a su Iglesia con el fin de enriquecer, embellecer, dinamizar a la misma Iglesia. Podemos hablar de un carisma para la edificación de la Iglesia que se llama la *Legión de María*. Este don, esta gracia, este carisma, ha sido dado para el bien del cuerpo eclesial en general. Ahora bien, el carisma llamado "*Legión de María*" consta de dos núcleos, que a modo de pilares lo sustentan. Tales pilares son: la tarea o trabajo que la Legión de María está llamada a realizar y el talante o la fuerza interior que mueve a la Legión de María. A la tarea llamada a realizar y al talante o la fuerza interior le llamamos *espiritualidad*.

La *identidad* de la Legión de María está compuesta por la *misión* que debe de realizar y por la *espiritualidad* que anima su vida apostólica. Ambos componentes, *misión* y *espiritualidad* han de ir juntos; nunca separados. Mutuamente se complementan y se influyen. Y ambos componentes a la par *forman* y *educan* a los legionarios de María en la vida cristiana.

Dedicamos un *primer capítulo* a exponer las líneas básicas de *la espiritualidad legionaria*. En un *segundo capítulo* intentamos describir cuál es *la misión o tarea* que la Legión de María está llamada a desempeñar. Y en el *tercer capítulo* presentamos la semblanza de dos legionarios de María: *el siervo de Dios Frank Duff*, su fundador, y *la venerable Edel Mary Quinn*, que trabajó como legionaria en el corazón del continente africano. Para los dos la *Legión de María* fue una *escuela de vida cristiana*, donde aprendieron a vivir hasta el final los compromisos bautismales. En ellos vemos a dos laicos cristianos que se tomaron en serio la vocación universal a *la santidad* y a *la misión*.

I.-LA ESPIRITUALIDAD DE LA LEGIÓN DE MARÍA

Lo que mueve a todas las empresas apostólicas y misioneras de la Legión de María; lo que anima y vivifica todos sus trabajos y esfuerzos, lo que motiva y estimula toda su vida y actividad es su *espiritualidad*. Ahora bien, ¿cuáles son los rasgos diferenciales y propios de esta espiritualidad legionaria? *Seis* son las notas características de la *espiritualidad* que la Legión de María tiene como propia.

La espiritualidad legionaria es trinitaria

Dios, Comunidad de tres divinas Personas, es el faro orientador de la Legión de María. La Legión se explica *desde* Dios, vive *en* Dios y trabaja *por* Dios. El legionario sabe –por experiencia– que desde el día de su bautismo lleva el sello de la Trinidad. Esta marca le recuerda que no se pertenece a sí mismo: es propiedad de Dios. Aquel día feliz de su bautismo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo le dieron un brazo eterno. Y desde aquel día el legionario sabe que su *Señor*, su *Amor*, su *Riqueza* es Dios. Desde aquel día, Dios, las tres divinas Personas, habitan en el legionario, que se convierte en sagrario y tabernáculo de las mismas.

De este hecho se siguen en cadena una serie de consecuencias. Una consecuencia para su *vida espiritual*: si Dios vive en él, el legionario ha de vivir en Dios; unido a El como el sarmiento a la vid; y ha de tratar con Él, de amigo a amigo, en la oración. Otra consecuencia de *índole moral*: el legionario sabe que está llamado a vivir las renunciaciones y promesas bautismales, pues ha salido de la noche para vivir como hijo de la luz. Una tercera consecuencia para la *vigencia de la caridad*: cada pequeña comunidad legionaria –*praesidium*– debe reflejar la vida intratrinitaria y, si nuestro Dios es amor, es el vínculo que debe unir a todos los miembros del *praesidium*. Y una última consecuencia también para el ejercicio mismo de su *apostolado*: cada vez que una pareja legionaria –los legionarios realizan su apostolado de dos en dos– se encuentra con un hombre/mujer se ofrece una nueva oportunidad de recrear entre los tres el ideal de la comunidad trinitaria.

La nota *trinitaria* de la espiritualidad legionaria aporta al fiel cristiano laico, que aprende en la escuela de la Legión de María, aquella sabiduría según la cual centrar la vida en *sólo Dios* es la mejor manera de glorificarle y de hacer el bien a los hermanos: “*Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus*”.

La espiritualidad legionaria es cristológica

Jesús, el hijo de Dios, el Hijo de María, tiene para la Legión de María connotaciones especialmente particulares y queridas: su *Cuerpo*, su *Corazón*, su *Sangre* son misterios cristológicos centrales en la espiritualidad de la Legión de María.

Los legionarios encuentran en la *Eucaristía* a Cristo, presente en la Palabra y en las Especies sacramentales. Y salen luego a la calle a encontrarse otra vez de nuevo con Cristo, presente en los hermanos y hacen todo lo posible para que los hermanos se encuentren con Cristo en la Eucaristía. El trabajo y la vida del legionario empieza y termina en la Eucaristía. En la vida espiritual del legionario el misterio Eucarístico ocupa, pues, un lugar central, y el legionario lo vive de una manera tan natural que muchos de ellos hacen

de la participación diaria en la celebración de la Misa el centro de su vida.

El legionario sabe que sin esta unión con Cristo Eucaristía no podrá avanzar en la propia santificación personal ni en las empresas apostólicas y misioneras que está llamando a realizar. Si la muerte del redentor obtuvo para todos el favor de Dios, abriéndonos la posibilidad de una vida santa y de gozar de la salvación, la Eucaristía, memorial de aquel sacrificio, hace presente hoy y aquí los frutos de santidad y salvación que una vez para siempre Cristo Redentor consiguió para todos.

Para los legionarios el Misterio del *Corazón de Cristo* es otra de las fuentes donde bebe su espiritualidad. Para el hombre que suele tener el corazón roto, Cristo es todo corazón. Para el mismo legionario y para las personas con las que se encuentran en su apostolado esta verdad es una invitación a la confianza en el amor de tal Corazón, porque nada, ni nunca podrá apartarnos de él. Saber que todos tenemos sitio en ese Corazón hace que el legionario trabaje para que todos puedan dar con este sitio y para hacer que ese Corazón Sagrado encuentre acogida en el corazón de cada hombre y en él pueda reinar.

La herida del costado no se ha cerrado jamás desde que la lanza del soldado la abrió: el cielo está abierto de par en par y allí se accede franqueando la puerta *Lateral* del Corazón de Jesús. La *Sangre de Cristo*, Cordero inocente que lava los pecados del mundo, les recuerda a los legionarios el precio de su rescate: valen lo que la Sangre de Cristo, que precio no tiene, por ello es *preciosísima*; les recuerda también el deber que pesa sobre ellos de hacer que todos puedan blanquear sus vidas en esa Sangre: los hombre de toda raza, lengua, pueblo y nación; y les recuerda el permanente testimonio de alegría que han de dar porque la feliz marea de la Sangre del Cordero degollado ha alcanzado la orilla de la playa humana.

La espiritualidad legionaria es pneumatológica

Hay una serie de detalles, que con sólo ser considerados, ponen de relieve el papel principal que en la espiritualidad legionaria juega el Espíritu Santo. Así, desde que la Legión de María empezó a dar los primeros pasos, todos sus actos legionarios dan comienzo con una invocación al Espíritu Santo.

El *vexillum* –estandarte propio de la Legión de María– hace destacar sobre los otros motivos, la figura de la paloma, que reemplaza al águila imperial romana. Si miramos el *cuadro* de la Legión de María, que combinando pinceladas de colores, intenta recoger la identidad carismática de este movimiento, veremos en él al Espíritu Santo cerniéndose sobre toda la Legión, que tiene por guía cierta y valiente a María. Y hablando de María, uno podría pensar que el color propio de la Legión sería el azul. Su color no es el azul, sino el rojo, color que en la Iglesia es distintivo identificador del Espíritu Santo.

Y un último detalle: la *promesa* que todo socio legionario realiza al enrolarse en las filas del movimiento comienza dirigiéndose al Espíritu Santo. “*Santísimo Espíritu, yo, (N.N.)*”. La enumeración de esta serie de detalles es más que suficiente para destacar la nota *pneumatológica* de la espiritualidad legionaria. Triple es la razón o el por qué de la importancia que la Legión de María da al Espíritu Santo.

En primer lugar el legionario es un apóstol, y no se entendería como tal sin el Espíritu Santo. El Espíritu hace que los que son *discípulos* se conviertan en *apóstoles*. El quehacer apostólico y misionero de la Iglesia comenzó con la venida del Espíritu, que hizo de los acobardados discípulos unos valientes apóstoles. Es el Espíritu quien cada semana abre las puertas de los cenáculos de la Legión –*praesidia*– y empuja a sus socios a realizar en pareja aquellos apostolados o tareas que se les encomienda.

En segundo lugar, con los textos del Nuevo Testamento en la mano, el legionario siempre ha visto unidos al Espíritu Santo y a María. En el relato de la *Anunciación* el Espíritu santo hace que María venga a ser la madre de Cristo Cabeza.

En el relato de *Pentecostés* el Espíritu hace que María venga a ser la Madre de los que son los miembros de aquella Cabeza. Por el concurso del Espíritu Santo y de María es engendrado el *Cristo Total: Cabeza y Miembros*.

Y la tercera razón hace referencia a la identidad cristiana del legionario. Como todo cristiano el legionario está marcado por el Espíritu Santo. Ello implica que incansablemente debe trabajar con los *dones* que del Espíritu ha recibido; que debe conducirse, sin poner oposición alguna, bajo las *inspiraciones* que del Espíritu vienen; y que debe obrar lo más fielmente posible produciendo aquellos *frutos*, que sólo del Espíritu pueden nacer. Todo ello harán del legionario un hombre y una mujer *espirituales*.

La espiritualidad legionaria es mariana

Cada año, en la fiesta principal de la Legión –*Acies*–, los legionarios renuevan su consagración mariana con una fórmula breve en palabras, pero con una carga de fondo extraordinaria: “Soy todo tuyo, Reina mía, Madre mía y cuanto tengo tuyo es”. Al hacer así, los legionarios hacen entrega de sí y de todo lo suyo a María, abandonando todo en manos de Ella y haciendo depender de Ella todas sus obras apostólicas. Pero al hacer así, los legionarios también están profesando la recta fe acerca de María y de su papel en la Historia de la Salvación. Los legionarios saben que en el edificio de la fe católica María ocupa un lugar clave, porque así lo quiso y lo quiere Dios.

El legionario, en primer lugar, mira a María porque es la *Madre de Cristo*. Aquel que es Hijo de Dios y Redentor del hombre ha nacido de *mujer*. En la persona concreta de esa mujer Dios ha saltado de la eternidad al tiempo y, gracias a su colaboración, Dios se ha hecho hijo de la raza humana. Hoy los hombres tenemos al Hijo gracias al Sí y a la colaboración de la Madre. Y, si acudimos a la Madre, es por causa y razón del Hijo: “*Muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre*”.

En segundo lugar, el legionario mira a María porque es la *Madre de los cristianos*. El legionario ha acogido a la madre

de Cristo en su propia casa y entre sus propias cosas, considerándola como a verdadera madre. Pero es que antes, la Madre ha acogido al legionario como a verdadero hijo. El legionario le reza a María y se acoge a su intercesión poderosa: "*Ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte*".

En tercer lugar, el legionario mira a María porque es la mejor y más perfecta *discípula de Cristo*. En María el legionario ve al modelo acabado de todo verdadero discípulo. El quiere serlo y por ello se acerca con toda confianza a la Maestra de discípulos, porque nunca María distrae y siempre enseña bien, pues en todo momento de Ella escuchará: "*Haced lo que El os diga*".

Esta dimensión mariana de la espiritualidad legionaria se traduce en concreto en tres advocaciones especialmente queridas por la Legión y que de hecho son tres importantes verdades marianas: María es *Medianera* de todas las gracias; es *Inmaculada* y es *Madre* nuestra. Todo en la Legión mira al apostolado, por ello también el legionario siempre que piensa en María lo hace poniéndola en relación al apostolado. Hay entablada una batalla y María ya ha pisado la cabeza del dragón; pero éste se resiste a verse derrotado. El legionario se pone del lado de María y lucha con Ella para que María siga pisando la cabeza del que es Malo y Mentiroso.

La espiritualidad es eclesial

La doctrina según la cual la Iglesia es el cuerpo místico de Cristo es clave en la vida espiritual y en el servicio del legionario. Los legionarios se saben parte de un todo –el cuerpo eclesial– y saben que toda su vida y trabajo repercuten en dicho cuerpo, que tiene por cabeza al mismo Cristo.

Muchos y distintos son los miembros de este cuerpo que es la Iglesia; todos cooperan para el bien del cuerpo en su conjunto, porque mutuamente se necesitan: la perfección de uno de ellos beneficia a todo el conjunto, y el perjuicio que pueda sufrir uno es pérdida para todos.

Para los legionarios la Iglesia no es sin más una estructura meramente visible, que puede dejar indiferente al que se

acerca a ella. La Iglesia es en su misma entraña un *misterio*, un misterio de fe. El legionario cree en la Iglesia en cuanto Sacramento de salvación que es. En manos de Ella ha puesto Cristo la salvación, que para todos adquirió de una vez para siempre. Y junto a este depósito de salvación, Cristo ha encargado a la misma Iglesia la tarea de ir aplicando dicha salvación en cada rincón, cultura o raza, hasta que Él mismo vuelva al final de los tiempos.

Los legionarios tienen conciencia de pertenecer a un pueblo, que por su misma naturaleza es peregrino: siempre en marcha hacia la Patria. Como ciudadanos de este pueblo saben que su Ciudad está allá y que acá son forasteros. Y saben que todos los que son miembros de este pueblo, con independencia de la tarea concreta que tengan en el seno del mismo, gozan de idéntica igualdad por haber recibido todos el mismo bautismo. Este pueblo, que es la Iglesia, no es una realidad amorfa ni anárquica: por voluntad de Cristo está estructurado jerárquicamente y por ello en su seno hay miembros que son pastores y otros, fieles laicos. No a su estructura jerárquica, pero sí a su vida y santidad, pertenecen los religiosos que profesan los consejos evangélicos. Y de todo ello, los legionarios saben extraer conductas, comportamientos y consecuencias bien concretas y prácticas. Enumero algunas.

La Legión no se entiende al margen de la Iglesia; la Legión se sabe parte de la Iglesia; la Legión colabora con otros miembros de la Iglesia, la Legión ama a los pastores de la Iglesia; la Legión sufre cuando la persecución, el error, la injuria buscan herir al cuerpo eclesial.

Es quizá ésta una de las características de la espiritualidad legionaria que más se aprecia en el conjunto eclesial. Sin levantar la voz, sin llamar la atención, siempre en un lugar discreto, pero con una eficacia extraordinaria, así se hace presente la Legión de María en los diversos niveles de la Iglesia donde se le requiere. En el corazón de todos los legionarios anida el deseo de "*sentir con la Iglesia*"; de acompañar su paso al ritmo de la Iglesia.

Saben los legionarios que romper con la Iglesia es privarse del que con ella se ha desposado para siempre. La Legión sabe que la Iglesia es una comunión, de la que forman parte los difuntos en el purgatorio, y por ellos se reza en cada junta; y de la que también forman parte los que llegaron al cielo, de ahí que los patronos de la Legión sean invocados en cada junta legionaria.

La espiritualidad legionaria es misionera

En los oídos de la Legión no deja de sonar siempre y con insistencia lo mismo *"Hay que evangelizar"*. La Legión sabe que ella existe para evangelizar; para hacer presente en el mundo el Evangelio de Dios y dar a todo el mundo un baño de Evangelio, que es la mejor de las noticias.

Los legionarios son conscientes que bañar este mundo con la lluvia bienhechora del Evangelio es el mejor de los servicios que ellos pueden prestar a sus hermanos y hermanas. Ofrecer el Evangelio es ofrecer lo mejor. ¿Qué mejor servicio cabe ofrecer al hombre que decirle y hacerle experimentar que Dios es su Padre y que le ama; que hay toda una vida feliz con Dios para siempre después de la muerte; que sus pecados pueden ser perdonados; que hay más alegría en dar que en recibir?

El legionario sabe, porque así se lo ha enseñado la Iglesia, que hacer presente el Evangelio en medio del mundo no es algo facultativo. Es algo de necesario cumplimiento, porque el Evangelio es único y no puede ser reemplazado. El Evangelio no admite indiferencias, ni sincretismos ni componendas, pues aporta una sabiduría y belleza que son únicas. Evangelizar es una acción rica, compleja y dinámica pues implica plantar el Evangelio. Hablar hoy que la humanidad debe ser evangelizada es hablar de zonas geográficas y también de sectores de población y sobre todo de orientaciones culturales.

Y todo esto exige del legionario unas actitudes misioneras y apostólicas especiales. El legionario le ha de dedicar tiempo, energías y la vida misma a este negocio. El legionario

siempre ha de estar de servicio. De él se espera que ponga imaginación, amor y pasión en esta empresa. Ha de ver en cada persona por la que trabaja a Jesucristo; no ha de juzgar a nadie; no se ha de desanimar; ha de aceptar cruces y contrariedades y nunca se ha de buscar a sí mismo al evangelizar. Estas son algunas de las actitudes espirituales con las que debe estar revestido el legionario y con las que debe informar toda su actividad misionera. Sería un contrasentido intentar llevar el evangelio a cada corazón usando de medios y con actitudes que no son evangélicas. Las imágenes de la *sal*, la *luz*, la *levadura* son las que mejor definen el trabajo que se espera realicen los legionarios en medio del mundo. Estén donde estén, su presencia, su ejemplo, su vida, su palabra han de estar informados de espíritu apostólico y misionero. Sabe muy bien el legionario que en esto funciona una lógica distinta a la del mundo: si guarda para sí el tesoro que tiene, llegará a perderlo; pero si lo comparte, no disminuirá sino que ganará aún más de lo que tenía. Sabe muy bien el legionario que a generosidad Dios no se deja ganar, pero que él tiene que intentar emular la generosidad que Dios ha tenido con él, haciendo partícipes a todos del tesoro del evangelio y de la piedra preciosa que es Cristo.

Los Patronos de la Legión

A modo de conclusión presento ahora a los que son los Patronos de la Legión de María porque creo que es éste un rico filón de donde se pueden extraer más contenidos, a modo de variaciones sobre el mismo tema, sobre la espiritualidad de la Legión de María.

San José es el primero de los Patronos de la Legión. Colaboró con Dios para que el plan de salvación pudiera seguir adelante; fue el hombre justo que vivió la justicia del Reino que es el amor, amando a Jesús y a María; fue el contemplativo que vivía siempre en presencia de Dios porque Dios mismo vivía bajo el techo de su casa; fue el trabajador que puso alma y vida en todo lo que hacía; es el que cuida y vela por la Iglesia con idéntica solicitud como lo hizo por Jesús y María.

San Juan Evangelista es otro de los Patronos de la Legión. De los íntimos del maestro, San Juan aprendió recostado en el pecho del Señor lo que sólo se puede aprender al compás de los latidos del Corazón de Cristo. Acogió entre las cosas propias del discípulo, que son las de la fe, a María, quien pertenece por voluntad expresa de Cristo a los mismos contenidos de la fe. En el hogar del creyente María ha de tener su sitio, como lo tuvo en casa de San Juan.

San Luis María de Montfort es, debido a su doctrina sobre la esclavitud mariana, Patrono por derecho propio de la Legión de María. Todo en la Legión rebosa su doctrina mariológica, según la cual no hay mejor garantía de fidelidad a Cristo que ponerlo todo en manos de María: *Totus tuus*.

El arcángel San Miguel también es Patrono de la Legión de María porque le hizo frente a aquel ángel que se enfrentó a Dios queriendo ser Dios. Miguel le hizo saber que como Dios nadie. La lucha sigue entablada y Miguel siempre está presto a proclamar la supremacía única de Dios.

El arcángel San Gabriel ejerce patronazgo sobre la Legión por ser el mensajero del Misterio de la Encarnación. Su nombre indica que Dios es fuerte y todo lo puede. Testigo de la Encarnación del Verbo y de la colaboración de María, San Gabriel cuida de que en la Legión ambas realidades se perpetúen en el tiempo.

Las potestades celestiales. La Legión angélica de María. Patronos de la Legión son también los santos ángeles. Son espíritus servidores de dios y de todos nosotros. Su docilidad, su prontitud, su entrega están al servicio del plan providente de Dios, y son un ejemplo para que el legionario cultive semejantes actitudes.

San Juan Bautista es Patrono de la Legión porque su misión fue apuntar y señalar al Esperado; porque distrajo de sí la atención del pueblo y la orientó hacia Cristo; porque supo menguar para que Cristo creciera; porque supo decir la verdad aunque ello le costara la vida. Todo un programa para cualquier legionario.

San Pedro ejerce patronazgo sobre la Legión por ser aquella piedra sobre la que Cristo edificó su Iglesia. La Legión

sabe que teniéndole por intercesor podrá siempre mantener lealtad al Papa, maestro de la fe, principio de autoridad y disciplina y vínculo de unidad en la Iglesia.

San Pablo: es considerado también Patrono de la Legión por su afán apostólico y misionero; por todos los desvelos por dar a luz a Cristo en el mundo entonces conocido. Todo un ejemplo de entrega, imaginación y dedicación a la tarea de llevar el Evangelio a cada rincón.

Aunque con trazado grueso, las pinceladas esbozadas sobre cada uno de los Patronos de la Legión nos dan una idea de la fuerza espiritual que mueve a la Legión.

Alguien podrá decir que todas estas reflexiones sobre la espiritualidad de la Legión de María en sus notas y características propias, se podrían aplicar a otros movimientos eclesiales y a todos los cristianos en general. Correcto. Y ello era lo que pretendía: hacer ver que la espiritualidad legionaria es cristiana y el legionario no quiere sino vivir su condición cristiana en el ejercicio de sus compromisos bautismales. La Legión de María es una escuela de vida cristiana. El legionario es un cristiano que camina de la mano de María. Así es y que así sea siempre, para que en los umbrales del Tercer Milenio, la Legión pueda aportar su colaboración a la nueva evangelización en la que está empeñada la Iglesia de nuestros días.

P. LINO HERRERO PRIETO, CMM
Director Espiritual de la Curia
“Nuestra Señora de la Vega de Salamanca”

Índices de la revista Vida Sobrenatural (1921-1975)

Editorial San Esteban, Salamanca 1996, 407 pp.

El día 27 de noviembre de 1996 tuvo lugar en la Universidad Pontificia de Salamanca, (Aula Minor B. Hora, 13 p.m), la presentación del libro "*Índices de la Revista Vida Sobrenatural*", en la que intervinieron los Profesores Olegario González de Cardedal y José Román Flecha Andrés, de la Facultad de Teología, Universidad Pontificia, y Armando Bandera González y Pedro Fernández Rodríguez, de la Facultad de Teología, San Esteban. El Decano de la Facultad de Teología, Universidad Pontificia, Ángel Galindo García, hizo la presentación de los participantes, quienes disertaron en el ámbito de la "*Espiritualidad Española en el siglo XX y la Revista Vida Sobrenatural*". Patrocinaron el acto académico la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia, el Instituto Teológico de San Esteban y la Revista Vida Sobrenatural. La Redacción de la Revista "Vida Sobrenatural" se honra con ofrecer a sus lectores las intervenciones mencionadas.

- I. Teología Espiritual en el siglo XX y Vida Sobrenatural. Prof. José Román Flecha, Pbro.
- II. Memoria y testimonio. Prof. Olegario González de Cardedal, Pbro.
- III. El P. Arintero y la Espiritualidad Española. Prof. Armando Bandera, O.P.
- IV. Índices de la Revista Vida Sobrenatural. Prof. Pedro Fernández Rodríguez, O.P.

TEOLOGÍA ESPIRITUAL EN EL SIGLO XX Y VIDA SOBRENATURAL

La espiritualidad se ha convertido en el siglo XX en un fenómeno reflejo. Se diría que la Iglesia católica no sólo ha tratado de fomentar la vida espiritual, sino que se ha detenido a formularse las preguntas sobre su propia esencia y su alcance. Ya a principios de siglo comienzan, primero en Francia y después en todas partes, las grandes discusiones sobre la naturaleza y las posibilidades de la vida mística.

Precisamente en ese contexto nace la revista *La Vida Sobrenatural*, fundada en Salamanca por el P. Juan González Arintero, secundado por el P. Colunga, y abierta a todas reflexiones y manifestaciones de la espiritualidad. Pero las reflexiones de este siglo sobre la espiritualidad cristiana habrían de abarcar una gran multitud de cuestiones, de las cuales aquí solamente se esbozan algunos ejemplos.

1. *Algunas Inspiraciones*

De entre las numerosas corrientes de vida espiritual surgidas a lo largo de este siglo, se enumeran aquí solamente cuatro de las que más influencia parecen haber alcanzado.

1.1. La infancia espiritual. Una corriente importante ha sido la originada por Santa Teresa del Niño Jesús, quien descubre un camino de santidad basado en la humildad y en el ejercicio del amor en medio de las ocupaciones diarias.

1.2. Espiritualidad Trinitaria. La carmelita Sor Isabel de la Trinidad insiste en la presencia de una Trinidad en el centro de la vida y de la conciencia del justo y descubre su vocación personal a ser alabanza de la gloria de Dios.

1.3. El misterio de Nazaret. El P. Charles de Foucauld y el P. R. Voillaume insisten en la encarnación del Verbo y en la vida oculta de Jesús de Nazaret, que se convierten así en modelos para la presencia callada del cristiano en su mundo, incluso en un ambiente abiertamente no cristiano.

1.4. La espiritualidad cósmica. Por otra parte, el P. Teilhard de Chardin ejercería una notable influencia al subrayar la dimensión cósmica de la redención y de la salvación. Anticipándose al movimiento ecológico, ayudaría a los cristianos a valorar la creación como huella de Dios.

2. *Ambitos de Santidad*

Este siglo ha redescubierto con gozo y a veces con pasión que todos los cristianos están llamados a la santidad, aun cuando vivan sumergidos en el campo del trabajo profesional. Los antiguos tratados sobre los llamados “estados de perfección” se han visto superados por esta renovada conciencia. Se han redescubierto los diferentes carismas en el seno de la Iglesia y los diversos caminos para la santidad. Pensemos, por un momento, en los tres grandes “estados” de vida y servicio en la Iglesia.

2.1. La espiritualidad sacerdotal diocesana o secular ha recibido un enorme impulso gracias, entre otros, al Card. Mercier. En este siglo ha alcanzado una notable importancia la reflexión sobre la espiritualidad específica del presbítero diocesano.

2.2. La vida religiosa. También se ha reflexionado mucho sobre la espiritualidad de la vida religiosa. Una reflexión que ha seguido diversas pistas: Evocación del carisma original de los fundadores. Reflexión sobre la necesaria actualización de la presencia de las congregaciones en el mundo. Posibilidad de ofrecer su espiritualidad específica a laicos llamados al matrimonio o a la vida célibe.

2.3. Espiritualidad laical. Junto a la famosa reflexión de Y. M. Congar, fue determinante la Acción Católica y la aparición de los Institutos seculares serán sin duda unos de los hitos más importantes de la historia de la espiritualidad en este siglo.

2.4. Detrás del ámbito de los tres “estados” de vida cristiana, podría encontrarse la amplia reflexión surgida en torno a lo que se llamó las dos teologías de la historia, a

saber, el “encarnacionismo” y el “escatologismo”. Si la primera subrayaba la necesidad de una presencia activa de los cristianos en el mundo y en sus instituciones, la segunda parecía evocar casi en exclusiva la vocación a trascender los bienes y estructuras de este mundo en el deseo de mantener la fidelidad a la llamada de Dios. La primera fue calificada como horizontalismo y la segunda fue denominada como verticalismo.

Con otros nombres, tales tendencias han continuado a lo largo de todo el siglo, han atravesado el Concilio Vaticano II y se han evidenciado en muchas tomas de postura posconciliares.

3. *Respuestas de la Iglesia*

La respuesta institucional de la Iglesia de este siglo a la búsqueda de la perfección cristiana puede resumirse en los grandes movimientos teológico-pastorales anteriores al Concilio Vaticano II y en las orientaciones marcadas por el mismo Concilio y los Sínodos sucesivos.

3.1. Los grandes movimientos eclesiales trataron de fundamentar la espiritualidad cristiana en bases sólidas, que pudieran ser consideradas a la vez como pautas universales para todos los cristianos y específicas para los mismos.

3.1.1. El movimiento bíblico trató de ayudar a los cristianos a volver sus ojos a la Sagrada Escritura, que ha sido traducida, comentada y divulgada abundantemente hasta constituir la base fundamental para la oración pública y privada de los cristianos.

3.1.2. El movimiento litúrgico intentó superar la división tradicional existente entre la piedad privada y la celebración de la Iglesia, viendo en ésta una pauta segura y universal para la santidad de todos los fieles.

3.1.3. El movimiento ecuménico ha ayudado a los cristianos de todas las confesiones a reconocer los frutos de la gracia que se encuentran en todas las demás. En un sentido más amplio, es preciso recordar el acercamiento de la espiritualidad cristiana a las formas de oración y a la mística de otras tradiciones, como el Islam o las grandes religiones orientales.

3.1.4. El retorno a la Patrología no sólo ha significado un enriquecimiento de los grandes tratados teológicos, sino también de la vida espiritual de los cristianos, al ayudarlos a redescubrir los tesoros de reflexión y de contempalción que se encuentran en los Padres de la Iglesia.

3.2. El Concilio Vaticano II

Se podría decir que el Concilio Vaticano II no sólo supuso una revisión de la teología y las estructuras de la Iglesia católica, sino que aportó una rica variedad de intuiciones fundamentales, con frecuencia olvidadas, que situaban la espiritualidad cristiana en sus cauces originales. Para ello el Concilio apelaría a dos principios que se habría de convertir en guías para todas las comunidades y para todos los cristianos:

3.2.1. La atención viva, lúcida, cordial y práctica, a la Palabra de Dios. En ella ha de encontrar el cristiano la revelación de Dios y la revelación del hombre y de lo humano.

3.2.2. La atención a los signos de los tiempos. Por los acontecimientos de la historia manifiesta Dios su voluntad y las demandas que los hombres dirigen a su hermanos en un momento y en lugar concretos.

4. *Notas Comunes*

En resumen, se podría decir que a lo largo de este siglo, tanto la espiritualidad cristiana, cuanto la reflexión sistemática sobre la misma han estado marcadas por estas notas fundamentales:

4.1. Cristocentro y eclesiología. Si bien es cierto que, en los últimos tiempos, se ha multiplicado el número de los bienaventurados, beatificados y canonizados por la Iglesia y en que en algunos momentos puede observarse una excesiva veneración de los fundadores de órdenes y movimientos, puede afirmarse que la espiritualidad cristiana está más centrada en la figura de Jesucristo y en la participación en el misterio y misión de la Iglesia.

4.2. Atención a la Sagrada Escritura y celebración litúrgica. Aunque de forma recurrente siguen observándose algunas deformaciones de piedad cristiana, constatables por ejemplo, en la importancia atribuida a supuestas apariciones y revelaciones, las devociones privadas han ido cediendo el puesto a la lectura de la Sagrada Escritura y a una mayor y más fructífera participación en la liturgia, especialmente en la Eucaristía.

4.3. Compromiso con el mundo. aunque no se pueda afirmar de forma reductiva que “creer es comprometerse”, la espiritualidad cristiana ha insistido a lo largo de este siglo en la necesaria relación entre la fe como aceptación de la salvación de Jesucristo y el comportamiento ético de los cristianos y su implicación profética en las estructuras de este mundo.

5. *La Revista Vida Sobrenatural*

Teniendo ante la vista este panorama de la espiritualidad del último siglo, cabe preguntarse qué ha significado la revista *Vida Sobrenatural* para la reflexión y la vivencia de la vida cristiana en nuestro país. Llamada a ser una revista especializada, desde el primer momento incluye un abanico de secciones que la hacían accesible a un público bastante amplio. Pero, en realidad, ¿cuál ha sido su aportación a la vida cristiana? ¿Qué acentos se echan de menos en sus páginas? ¿Qué temas resultan más recurrentes? ¿Cómo se delimita la sensibilidad de la revista en los setenta y cinco años?

5.1. Algunas ausencias.

Evidentemente, aquí y ahora no se pretende hacer un balance exhaustivo de los puntos que se echan de menos en las páginas de la revista. Baste sólo con manifestar unas pocas impresiones.

Las entradas relativas al sacerdocio ministerial son abundantes, como lo son los artículos dedicados a evocar el testimonio personal de algunos de ellos. Pero, salvo raras excepciones, no abordan la cuestión de la especificidad de la espiritualidad presbiteral.

– Escasa reflexión sobre laicidad y espiritualidad. Aunque se han ofrecido, sobre todo en los últimos tiempos, las semblanzas de muchos laicos ejemplares, llama la atención los pocos títulos dedicados de forma específica a la “espiritualidad seglar”. A primera vista, no se encuentra ni siquiera una referencia a la espiritualidad familiar.

– En la revista se encuentra poca reflexión sobre la dimensión horizontal de la espiritualidad cristiana y el compromiso temporal de los creyentes. Es notable lo exiguo del tema de las “realidades terrenas” y la ausencia total del tema de la Liberación.

– Pero curiosamente, también es muy pobre, por limitada, la doctrina que se ofrece sobre la dimensión “vertical” de la vida cristiana. La reflexión sobre la tríada de las virtudes teologales ofrece un puesto importante a la caridad, mucho menor a la fe, y casi insignificante a la esperanza escatológica. Se diría que la revista no ha descubierto la riqueza de la dimensión escatológica de la vida cristiana, subrayada por el Concilio Vaticano II. Bajo el epígrafe de los “Novísimos” es importante el espacio dedicado al purgatorio y al infierno, muy escaso el dedicado a la vida eterna y no se encuentran referencias a una espiritualidad de la espera de la venida del Señor, a pesar de la importancia que esa dimensión de la vida cristiana encuentra tanto en el Nuevo Testamento como en los escritos de los Padres.

5.1 Aportaciones y sintonías

En cambio, hay otros aspectos de la espiritualidad contemporánea que han sido tratados abundante y profundamente por la revista a lo largo de estos 75 años.

– Así ocurre, como no podía ser menos, con la doctrina sobre la vida sobrenatural. Se encuentran en estas páginas muchas aportaciones sólidas y complementarias sobre la naturaleza de la vida sobrenatural, así como la orientación que debe informarla y los medios para sostenerla y llevarla a plenitud (medios de perfección)

– Es preciso subrayar la importancia que se concede a los misterios fundamentales de la fe cristiana: Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, María, la Iglesia.

– Son muy abundantes los estudios sobre la oración y se ofrecen pautas de oración y sobre la presencia de Dios, a veces muy concretas.

– Resulta sorprendente la gran cantidad de artículos dedicados a la Sagrada Escritura y su papel en la vida cristiana. De entre todos los libros de la Biblia, es notable el espacio que se dedica a los salmos y a los evangelios (meditaciones evangélicas).

– La liturgia alcanza un puesto muy importante en las páginas de la revista, bien sea bajo la referencia general a la “espiritualidad litúrgica” o con alusión explícita a los sacramentos, especialmente a la eucaristía o al oficio divino.

– Es también notable la referencia continua y variada a los escritos de los Santos Padres.

– Entre los maestros de la vida espiritual se observan notables diferencias. Es habitual la referencia a Santo Domingo, Santo Tomás de Aquino, Santa Teresa, San Juan de la Cruz y el mismo P. Arintero. En cambio, llama la atención la ausencia de San Francisco de Asís desde 1927 a su fugaz reaparición en 1982, apenas compensada por algunas publicaciones sobre San Buenaventura, Santa Clara y San Antonio de Padua. Entre las corrientes espirituales de este siglo, sobresale sin duda el espacio dedicado a la “infancia espiritual”.

– A la vida religiosa se le dedican numerosos artículos que se refieren también a la vida contemplativa y la vida monástica.

Conclusión

He aquí el esbozo para un balance aproximado, que aquí ha tenido que ser excesivamente rápido. Ya se intuye que, en nuestra apreciación, el platillo se inclina bajo el peso y la riqueza de las aportaciones ofrecidas.

De una forma o de otra, es preciso reconocer que a lo largo de estos 75 años, la revista *Vida Sobrenatural* ha venido ofreciendo un inmenso caudal de ciencia y de sabiduría sobre la vida espiritual de los cristianos. Alguna vez era preciso recordar y dar a conocer ese tesoro. La reciente publicación

de los índices de la revista puede prestar un impagable servicio a los que tratan de conocer la historia de la espiritualidad en este siglo.

No queda más que expresar un deseo sincero y cordial. Ojalá que la revista sepa en este momento percibir los signos de los tiempos y orientar por los caminos del espíritu a los cristianos que han de ser testigos de la vida y del amor de Dios en el tercer milenio cristiano.

JOSÉ-ROMÁN FLECHA ANDRÉS
Salamanca

MEMORIA Y TESTIMONIO

Participar en la presentación de esta Revista significa para mí encontrarme con mi propia historia personal, espiritual, teologal. En ella apareció un artículo de Don Baldomero Jiménez Duque ("Teología y oración"), que ha sido decisivo hasta hoy para mí. Por él supe que teología y oración son inseparables, que sólo el que reposa sobre el pecho de Jesús (por contener él en persona la sabiduría de Dios) será teólogo, y que poetas y teólogos habitan en colinas vecinas.

Me complace a la vez subrayar la fidelidad y constancia de D. Baldomero, veterano Rector del Seminario de Avila que ha colaborado desde 1942 hasta hoy mismo, con unos setenta artículos. Reflejo de lo que ha sido su pasión de vida, a la que tantos deben y debemos la mitad de nuestra alma.

La VS como sus hermanas gemelas "*La Vie Spirituelle*" y "*Geist und Leben*" nacen como resultado de una crisis histórica, teológica y espiritual que estalla en Europa a la vez que la primera guerra mundial (crisis del positivismo, racionalismo y kantismo) desencadenada por la fenomenología, la teología dialéctica y el propio modernismo, apelando a la experiencia, al ver y tocar directos, al saber inmediato. William James, Miguel de Unamuno, Bergson, Maritain, Blondel y muchos otros autores católicos habían vuelto sus ojos a la mística para abrirse a otro mundo más ancho. El modernismo había

resucitado la figura carismática de san Francisco de Asís, en alternativa a la institución y positividad dogmática. La vida del espíritu y la vida sobrenatural volvían a ser realidades evidentes, frente a la dictadura de los laboratorios, de las ciencias histórico-positivas, de los textos y los monumentos arqueológicos, de los dogmas y los cánones.

La VS nace en el contexto de esta mutación espiritual, eclesial y teológica; cercana a su hermana francesa, como su fundador había estado a P. Bernardot y al P. Garrigou-La-grange. Bien es verdad que luego siguieron caminos distintos y la comunión originaria se fue haciendo más laxa, hasta reinar distancia y divergencia. Para el joven seminarista de Ávila, que yo era, la VS fue la demostración concreta de que la mística, como voluntad de fidelidad y coherencia con la vocación cristiana a la perfección y a la identificación con Cristo, tenía caminos viables mostrados por tantos ejemplos y testimonios de santidad de los que allí se hablaba. Mística cercana a gentes sencillas, a sacerdotes y seglares, a personas de la calle y a monjas de clausura.

Un segundo elemento era para mí esencial: en ella se unía la pasión simultánea por Santo Tomás y por San Juan de la Cruz. La objetividad del dogma y de la razón metafísica se sumaban a la experiencia mística y a la creación poética. Ese destello me ha guiado hasta hoy y me retiene pendiente de una realización más fecunda todavía. Porque en ese camino yo creo que tuvieron lugar ciertos desvíos: se miró a San Juan de la Cruz sólo hacia atrás y no hacia adelante, como hizo el pensamiento francés primero de Baruzi, luego de Morel, y tantos otros. La psicología nueva, la metafísica, la fenomenología, la lírica fueron capaces de arrancar a San Juan muchos acordes nuevos. Por otro lado a Santo Tomás se le estudió cada vez más en vacío histórico y no se le prolongó hasta lo que podía dar de sí en la conciencia moderna.

La revista concebía la vida sobrenatural en relación y en algún modo en distancia a un naturalismo dominante. Ello la forzó a acentuaciones excesivas, digo excesivas porque la vida sobrenatural es *"In-Über"*, en la natural y sobre la natural; pero desde dentro de ella, traspasándola y trascendiéndola en

un arranque que la purifica, sana y perfecciona. ¿No se distanció excesivamente de la propia vida histórica de la Iglesia en sus impulsos exegéticos, litúrgicos, ecuménicos, culturales? Los nombres decisivos luego: Congar, Rahner, Balthasar, Lubac... no aparecerán nunca. ¿Se dieron esfuerzos de mediación entre las ciencias y la vida espiritual, la exégis nueva y la teología espiritual, justamente en seguimiento del P. Arinterro que quiso mediar aquello que él conocía a fondo: las ciencias de la evolución y la vida sobrenatural? Uno tiene la impresión de que quedaron escindidas una teología escolástica, conceptualmente perfecta, y la reflexión espiritual. El P.P.Ramírez colaboró poco en la Revista. Y uno teme que la misma esquizofrenia se reafirme en otras actitudes, que saltando a la ladera de enfrente, terminan situándose en un nuevo escolasticismo de signo contrario.

Yo me alegro de estos 75 años y doy gracias a Dios por lo que la revista ha significado para innumerables almas. Mi deseo es que arraigue en su vocación de descubrir los tesoros del misterio de Cristo en toda su anchura, hondura y profundidad; la rica complejidad de una Iglesia que es comunidad de memoria y narración, de alabanza y celebración, de experiencia interior y trabajo exterior, de pensamiento y misión, de mística y política. Una iglesia que está en este lugar y es católica, haciéndonos sentir hermanos, a la vez, por ejemplo de la palabra de Orígenes y de Edith Stein, de Santa Gertrudis y de Newman, de Sor Isabel de la Trinidad y del P. Le Guillou.

Me alegra que la orden dominicana reasuma con nuevos bríos su vocación de servicio a la verdad salvífica, su trabajo por la santidad de la inteligencia, su dura e indispensable tarea de pensar y hacer al mismo tiempo, de dar palabra a sus grandes maestros desde Santo Tomás a Eckart, desde Lacordaire a Arinterro, desde Gardeil a Marín Solá, desde Congar a Ramírez, desde Jordán de Sajonia al P. Lagrange. Yo he vivido siempre en cercanía de los hijos de Santo Domingo: en Ávila junto al monasterio de Santo Tomás; en Alemania junto a actuales figuras de la teología como Ulrich Horst u O.H. Pesch; siempre leyendo a sus grandes maestros de la historia, de la teología, de la liturgia, del arte y de la espiritualidad en

Francia (Gardeil, Lemmonier, Chenu, Congar, Regamey, Cocagnac, Roguet, Henry, Bouesse); en Washington en su Faculty of Theology, adonde me acercó con tanta bondad el P. Acebal. Allí su generosa hospitalidad salvó mi desvalimiento físico; allí estaban abiertas tres estancias de la casa día y noche (capilla, biblioteca, cocina). En Salamanca vivo en su cercanía física y espiritual; en cuya iglesia he recibido hospitalidad eucarística y de cuya admirable Biblioteca me alimento incesantemente.

Agradezco, felicito y animo a los PP. Dominicos responsables de la Revista y de manera especial al P. P. Fernández para que continúe generoso con la tarea de hacer brotar y llegar las “mesmas aguas de la vida sobrenatural” a muchos lectores y lectoras nuevas; nuevas lectoras y escritoras que ya no necesitarán aparecer con sublimes nombres bíblicos (“Sulamitis”) o bajo el anonimato.

Pendiente de saldar una vieja deuda de agradecimiento con la Orden Dominicana que hoy puedo cumplir, digo sencilla y cordialmente: Gracias.

OLEGARIO GONZÁLEZ DE CARDEDAL

N.B.: Esta reflexión se basa en los datos de estos *Indices* y en consecuencia tendría que ser matizada con un estudio o crítica equivalentes de las Recensiones de libros presentes en las Revista, que no han sido incluidas.

EL P. ARINTERO Y LA ESPIRITUALIDAD ESPAÑOLA

La brevedad del tiempo obliga a entrar en materia sin preámbulos, dando por supuesto que se tiene ya idea de lo que se entiende por espiritualidad y considerando conocidas también las expresiones de esa espiritualidad en España.

1.- Creo que el punto fundamental podría ser enunciado, poco más o menos, así: Cuando el P. Arintero entra en contacto con la espiritualidad de su tiempo, la suya está ya perfectamente definida. Una vez establecido el contacto, su labor

consistió más en dar que en recibir: El P. Arintero dio mediante una dirección espiritual en la que se tomó un trabajo abrumador; dio prodigándose en una predicación mística de intensidad no conocida en Salamanca antes de él y que después de él no se repitió. Dio –y en esto continúa dando– mediante la publicación de libros eclesiológico-místicos, mediante la fundación y dirección de *La Vida Sobrenatural*. Casi inseparablemente unida a la revista está la Obra del Amor Misericordioso, en la cual el ministerio del P. Arintero alcanza proporciones gigantescas que geográficamente desbordan con mucho nuestras fronteras. El solo enunciado de los temas permite comprender que aquí es imposible dar de ellos una idea que se aproxime a la realidad.

2.- Intentaré decir algo acerca de los caminos por los cuales el P. Arintero se formó una espiritualidad de signo marcadamente personal. Probablemente este punto sea el que más extrañe. Cabe, en efecto, preguntar: ¿Tiene el P. Arintero una espiritualidad propia? En el orden de la espiritualidad, ¿fue el P. Arintero un autodidacta?

3.- La respuesta a estas preguntas está condicionada por un dato clave, del que no se habla nunca. Me refiero a la formación que el P. Arintero recibió en el noviciado. En su tiempo para la formación de novicios había un Cuaderno manuscrito en el que, de alguna manera, estaban presentes los diversos aspectos de la formación, incluidas una serie de normas que podrían ser catalogadas como Reglas de urbanidad. El tema espiritualidad estaba presidido por un gran principio: estamos obligados a aspirar *eficazmente* a la caridad perfecta. El P. Arintero tomó esto muy en serio. Es uno de los elementos que, asentado en una psicología de laboriosidad, le dieron aquel tesón capaz de vencer todas las dificultades: como se manifestó en muchas ocasiones.

4.- La espiritualidad del P. Arintero va adquiriendo “rostro” con sus estudios de ciencias naturales y queda bien configurada cuando se inicia la etapa eclesiológico-mística.

5.- Las ciencias naturales marcan la persona del P. Arintero en todos o en casi todos sus aspectos con el tema evolución. La evolución “evoluciona”: se va espiritualizando,

penetra hondamente, traza en lo espiritual “esquemas” análogos a los biológicos. En la configuración de la espiritualidad del P. Arintero influyó también lo que se podía llamar evolución cósmica o progresivo desarrollo del universo. Muestra de ello son dos oraciones compuestas el año 1888, al iniciar su tercer curso en Vergara: Oración a la Divina Sabiduría. Pueden verse en la *Positio*, p.109, 110.

6.- *Providencia y evolución*. Tema sobre el cual el P. Arintero escribió mucho. Tema también que lo marcó a él profundamente. En la evolución se refleja la providencia la cual guía hacia metas más altas; las hace caminar no en solitario, sino en “caravana”. El “Espíritu” de Yahvé aletea sobre las aguas: preside sobre el universo; este universo no es el juguete de fuerzas anónimas, sino una manifestación del amor creador de Dios, que es el que infunde y produce bondad en las cosas, principalmente la bondad del orden, de la armonía, de la perfecta coordinación de las cosas, las cuales marcando cada una su destino, se conjuntan en el todo universal. Este todo universal es también el que dirige al Creador el himno universal.

7.- Tenemos aquí algo parecido a un esquema anticipador: *llamamiento a la perfección*, que afecta a la entera comunidad-Iglesia, bajo la guía del Espíritu Santo: Espíritu santificante, con una santidad de plenitud –santidad perfecta, canonizable– como se muestra en el sacramento de la confirmación: sacramento que comunica la plenitud del Espíritu septiforme. Aunque reducido todo a mero esquema, creo que la configuración de la espiritualidad del P. Arintero siguió, más o menos, estas pautas. Al principio la transposición espiritual de los rasgos del esquema no está tan clara como se acaba de indicar. Pero el “sentido” de la marcha estaba dado desde el principio. El paso del tiempo vino a confirmarlo. No hubo saltos, sino continuidad.

8.- *Un rasgo de temperamento y de espiritualidad*. Como dato significativo es de notar que el P. Arintero, ya en edad madura y por propia cuenta, estudió el hebreo para poder leer el relato de la creación en su lengua original. Aprendió la lengua perfectamente, tanto que da del texto traducción

propia. Estudiando aquella primera creación, se perfeccionaba en él la nueva criatura.

9.- El paso del estudio y docencia de ciencias biológicas a la *teología*, señala el momento más importante en la evolución espiritual del P. Arintero. Merece la pena ver el estudio hecho por el P. José Antonio de Aldama, S.I., tomando como base los propósitos de ejercicios del P. Arintero. La evolución y sus rasgos característicos se puede documentar bien a través de la obra eclesiológico-mística que lleva como título general *Desenvolvimiento y vitalidad de la Iglesia*. El mismo es ya bien significativo: una vida, en desarrollo, que afecta a la Iglesia entera. El llamamiento a la santidad no es meramente individual, sino directamente comunitario: recae sobre la Iglesia considerada en la totalidad de su historia: es la Iglesia misma la que crece en perfección, no sólo cada uno de los miembros aisladamente.

10.- Una de las notas más típicas –quizá la más típica de la espiritualidad del P. Arintero– es su índole *eclesiológico-mística*: La Iglesia es un misterio de vida mística; la mística, por su parte, tiene configuración eclesial. La mística no es una “patente de autonomía” frente a los pastores de la Iglesia. Andando el tiempo, el P. Arintero expresó muy bien el tema de fondo con formulaciones que hoy mismo son perfectas: Los pastores enseñando aprenden; los fieles aprendiendo enseñan. No hay nada que se parezca a la rígida distinción: Iglesia docente, Iglesia discente.

11.- En el enfoque eclesiológico-místico del cristianismo, el P. Arintero fue *autodidacta*. Sería inútil buscar entre los eclesiólogos de su tiempo cosa alguna parecida a lo que él hizo. Su autodidactismo llega al punto que él, en esta materia, es no sólo un precursor del Vaticano II, sino también, en ocasiones, un verdadero “comentador”. Estoy seguro que algunos escritos suyos o partes de libros, si se les quita la fecha, si se “maquilla” un poco el vocabulario, podrían pasar por comentarios a textos conciliares. Un caso significativo es lo que se refiere a ideas expresas en DV 8b.

12.- El tema tratado por el Vaticano II en DV 8b está muy en el centro de las preocupaciones del P. Arintero, quizá la que

sentía más hondamente y a la que más tiempo dedicó hasta 1918. Este año, más o menos, señala el punto de partida hacia la etapa que podríamos decir *puramente mística*, en la cual los temas culturales desaparecen prácticamente, no por falta de interés, sino porque los estrictamente místicos acaparan toda su atención y ocupan todo el tiempo disponible.

13.- Volvamos al tema tratado por el Vaticano II en DV 8b. Fue constante preocupación del P. Arinterro establecer *concordia* entre la cultura humana y la fe cristiana. Dijo y repitió de mil modos que para llegar a la concordia era necesario pensar la fe y presentarla no en fórmulas frías, abstractas, pétreas, fosilizadas... [el vocabulario es inagotable], sino de manera viva, con plasticidad, flexibilidad, adaptabilidad... [también en esto el vocabulario de mucho de sí].

Como postura general, el P. Arinterro pensaba que las formulaciones muy rígidas, que daban la impresión de expresar el misterio o los misterios con toda exactitud, eran siempre insuficientes, porque dejaban fuera lo más característico: el jugo vital, la luz gozosa, el deleite del espíritu... que es lo más atrayente en los misterios cristianos.

Para esta presentación de los misterios, la contemplación y la experiencia mística se le presentaron desde el principio como tareas preferentes e insustituibles. La contemplación y la experiencia han de recaer sobre la palabra divina que revela, porque es de ella de donde brota la luz para conocer, dentro de la oscuridad de la fe, el misterio con que Dios se acerca a nosotros y nos interpela.

14.- Ya tenemos aquí *aspectos esenciales* de la espiritualidad arinteriana que nacen en el interior de la persona misma del P. Arinterro: espiritualidad bíblica, contemplativa, mística. Estas notas tienen mayor relieve en etapas avanzadas del recorrido espiritual. Pero se dan ya desde el principio mismo, porque expresan las actitudes más connaturales con los misterios.

15.- Para el P. Arinterro *connaturalidad* con los misterios es sobre todo la que brota de una luminosa caridad que mueve al ejercicio del don de sabiduría: es tema sobre el cual escribió infinidad de páginas.

16.- A todo esto se añade la nota de *eclesialidad* que envuelve, coordina y da pleno sentido cristiano a las anteriores. Según el P.Arintero, el cristianismo se realiza como Iglesia. Por eso la nota eclesial es la que da la “marca” distintiva: Iglesia que se centra en la palabra divina para contemplarla y asimilarla cada vez mejor, Iglesia que vive la experiencia mística, Iglesia que tiene vital connaturalidad con los misterios y los propone en fórmulas vivas...Todo esto aparece claro en su obra eclesiológico-mística *Desenvolvimiento...*

17.- El estudio directo de la obra confirma todo esto. El P. Arintero desmbocó en la mística, representada especialmente por *Evolución mística*. Pero sus preocupaciones de coordinar la fe y la cultura le habían inducido a comenzar por la doctrina. *Desenvolvimiento...* comenzó por lo que hoy está simbolizado en el título del tomo segundo, o sea, *Evolución doctrinal*. Con el paso del tiempo y la maduración de su pensamiento, lo primero que había escrito sobre dicho tema, pasó a ser lo que ahora figura como Introducción general, que no es tal Introducción, porque en el original, que se conserva, hay divisiones de texto marcadas originariamente como capítulos.

18.- Quizá pudiera compendiarse todo diciendo: este *autodidacta* que es el P. Arintero fue llevado por el suave impulso de una providencia acompasada a sus dedicaciones hasta una espiritualidad que, brotando de su interior santificación, se manifestó como espiritualidad contempativa de la palabra divina y del misterio en ella revelado, espiritualidad mística eclesial...

ARMANDO BANDERA, O.P.
Salamanca

ÍNDICES DE LA REVISTA VIDA SOBRENATURAL, 1921-1995

Quiero en primer lugar, *agradecer* a la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia, en concreto, a su Decano, Prof. Ángel Galindo García, el haber aceptado la presentación de este libro en esta casa, que para la Revista Vida Sobrenatural es una honra. Agradezco igualmente a los Profesores José Román Flecha, Olegario González de Cardedal y Armando Bandera González, su amigable participación en el acto académico.

Preparar los índices de una revista, en nuestro caso, de Vida Sobrenatural, es un *riesgo*, porque aparece lo que hay dentro, en sus contenidos buenos y malos. Con todo, merece la pena y agradezco a los Profesores, José Román Flecha Andrés, Olegario González de Cardedal, y Armando Bandera González, sus palabras, que son un verdadero estímulo para quienes actualmente estamos encargados de continuar este magnífico quehacer apostólico, tan de acorde con las necesidades de la Iglesia y del mundo en nuestro tiempo y tan en conformidad con la "gracia de la Palabra" otorgada por Dios a Santo Domingo de Guzmán y a sus hijos.

Nos encontramos en un momento de *transición* en cuanto a los suscritores, que nos obligará a una renovación en los contenidos siendo fieles a la línea original del P. Arintero. Mientras el personal de algunos Monasterios va envejeciendo llegan nuevos suscritores seculares; y mientras la influencia espiritual tradicional de la Congregaciones Religiosas disminuye están surgiendo con gran fuerza espiritual los Movimientos Eclesiales. Siempre hay, pues, Motivos de esperanza al advertir la presencia esplendorosa del Espíritu Santo en la Iglesia de Jesucristo.

Ciñéndome al volumen que estamos presentando, éste tiene tres partes: Presentación, Autores y Materias. *La Presentación desarrolla tres argumentos*: los orígenes, el ideario y el futuro. Se enriquece con un breve curriculum de los 5 directores de la Revista, que han sido , y las advertencias pertinentes sobre la edición, indicando el motivo, los 75 años.

El *Índice de Autores*, integrado por más de 5.000 títulos, muestra grandes figuras de la historia de la espiritualidad, sobre todo española, que han colaborado en las páginas de nuestra Revista, entre los cuales recordamos a modo de ejemplo:

Alameda, Santiago, OSB; Arintero, Juan G., O.P.; Colosio, Innocenzo, O.P.; Franquesa, Adalberto M. O.S.B.; Garrido Bonaño, Manuel, OSB.; Gardeil, Ambrosio, O.P.; Garrigou Lagrange, Reginaldo, O.P.; Giardini, Fabio, O.P.; Huerga, Alvaro, O.P.; Jiménez Duque, Baldomero, Pbro.; Llamera, Marceliano, O.P.; Menéndez Reigada, Albino e Ignacio, O.P.; Osende, Victorino, O.P.; Pastor, J. (M. Magdalena de Jesús, Pasionista); Pérez, Nazario, S.J.; Philipon, Miguel María, O.P.; Ramírez, Santiago, O.P.; Royo Marín, Antonio, O.P.; Llamas (del Sagrado Corazón), Enrique C.D.; Saudreau, Augusto, Pbro.; Sulamitis, A. (M^a Teresa Desandais, Salesa).

Sobre el Índice de materias. La selección de las 94 entradas o conceptos se ha ido haciendo según iban apareciendo los títulos; esto ha supuesto más trabajo, pero ha merecido la pena en orden a conocer los contenidos reales de la Revista sin prejuicios y como respeto a los lectores.

Sobre presencias: En general, sorprende la gran riqueza y variedad de contenidos; el carácter universalista en cuanto a las diferentes escuelas de espiritualidad y Órdenes y Congregaciones Religiosas (Agustinos, Carmelitas, Dominicos, Franciscanos, Jesuítas, Pasionistas, Salesas, Vida Monástica); la presencia de las tres vocaciones eclesiales fundamentales: laical, religiosa y clerical; la muestra variada de Maestros y Maestras Espirituales (Catalina de Sena, Domingo de Guzmán, Juan de la Cruz, P. Arintero, Teresa de Jesús, Teresa del Niño Jesús, Santo Tomás de Aquino); la riquísima presencia de contenidos litúrgicos, con una sección permanente desde 1921; la orientación positiva, contemplativa y mística de la espiritualidad cristiana; las dos dirigidas principales del P. Arintero, que están en proceso de canonización, M. Amparo del Sagrado Corazón y J. Pastor o M. Sulamitis (M. Magdalena de Jesús, pasionista); muchos contenidos sobre la vida, obra y doctrina del P.

Arintero; el riquísimo muestrario de ejemplares de Vida Sobrenatural; y la abundancia de poesías religiosas.

Sobre ausencias: sobre el Amor Misericordioso, uno de los cuatro amores del P. Arintero, no aparece título alguno desde 1941 hasta 1982; sin embargo, la Revista Sobrenatural y el Archivo P. Arintero contienen abundante y rica documentación en torno a Sulamitis, A. (M^a Teresa Desandais, Salesa) y el Amor Misericordioso. Sobre la M. Amparo del Sagrado Corazón, la fundadora de Cantalapiedra, no aparece nada hasta 1973; los Favores del P. Arintero, terminan en 1983, y las Poesías en 1984.

Sobre los quicios de la Doctrina Espiritual del P. Arintero. Todos estamos llamados a la Mística, pues la vida cristiana perfecta no se da sin la mística. La vida mística consiste en el desarrollo progresivo de la gracia con la ayuda de las virtudes y los dones del Espíritu, que se nos han comunicado en el Bautismo; quien no pone obstáculos llega a la mística, pues ésta no es de privilegiados; los obstáculos se vencen con una caridad ardiente, en cuanto implica la renuncia a todo afecto desordenado. El acto final de los dones de entendimiento y sabiduría, que actúan en el alma, es la contemplación infusa, la cual nunca se conseguirá con nuestras propias fuerzas. La obra del P. Arintero, restaurador de la mística tradicional, no está terminada; es preciso todavía sistematizar sus doctrinas.

Sobre los quicios de la Revista Vida Sobrenatural. Con intención de presentar las claves de su doctrina mística, el P. Arintero pergeñó su Revista La Vida Sobrenatural en cinco secciones (doctrinal, ecos litúrgicos, ejemplares, textos antiguos, bibliografía), y apoyada por una lista amplia de colaboradores pertenecientes a las diferentes escuelas de espiritualidad, diversas Órdenes Religiosas, Clero Secular e incluso seculares. Llama la atención la presencia de Religiosas, muchas veces bajo pseudónimos. El deseo de relacionar la piedad cristiana con la Liturgia, el año 1921, es realmente importante.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.
Salamanca

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

El Domingo de la Misericordia Divina

El Domingo después de Pascua, llamado antes "*in albis*", es el Domingo dedicado a contemplar el misterio de la Divina Misericordia. En una revelación privada, el Señor pidió a la Hna. Faustina Kowalska (1905-1938) que en este Domingo se recurriera de modo especial a su Corazón Misericordioso con plegarias públicas y solemnes. El marco de las fiestas solemnes de Pascua es estupendo, pues el misterio de Pascua, Jesucristo que sale triunfante de la muerte con su Cuerpo glorificado, esperanza de lo que acontecerá en nosotros, es la irrupción de la Misericordia de Dios que ha vencido las consecuencias del pecado en el Cuerpo de su Hijo y puede vencerlas también en nuestras vidas, si entramos con toda nuestra historia en la Pascua de Jesucristo. "Cristo destruyó la muerte y al que tenía el imperio sobre la muerte, el diablo, y liberó a aquellos que por miedo a la muerte vivían toda la vida en esclavitud" (Hebreos 2, 14-15).

Esta memoria pascual de la Misericordia Divina tiene el objetivo, en primer lugar, de contemplar en Jesucristo, Muerto y Glorificado gloriosamente, el triunfo de la Misericordia sobre el pecado, la muerte y el poder del infierno, y, en segundo lugar, interceder ante Dios por la conversión de los pecadores, para que todo hombre conozca la misericordia del Señor y glorifique su bondad infinita. Es una manera de

que se cumpla en nosotros aquella preciosa bienaventuranza evangélica: “Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia” (Mateo 5, 7). La Iglesia tiene el mandato de anunciar la conversión y el perdón de los pecados, conduciendo a los hombres a las fuentes de la Misericordia Divina, para que todos experimenten la fuerza y el descanso del perdón de Dios en medio de las dificultades de la vida y especialmente en la hora de la muerte. Dios nos invita amorosamente a pasar por el umbral de su Misericordia, de modo que no tengamos que asumir las consecuencias terribles de su justicia.

Es propio de Dios tener compasión de sus criaturas, por eso nos trata con misericordia y perdona nuestros pecados, cuando nos arrepentimos y reconocemos eclesialmente nuestros pecados confesándolos a los ministros de Dios y servidores de la comunidad. Dios nos acoge en su corazón misericordioso, destruye nuestros pecados aherrojándolos en el océano de la nada, y nos invita a permanecer siempre en comunión con El. En este contexto se advierte la importancia que tiene la oración que nos introduce en este misterio del Amor Misericordioso de Dios, después de haber aceptado nuestras limitaciones, pecados y heridas, que los hermanos nos han ayudado a reconocer y a confesar. Todo esto es demasiado grande para poder vivirlo aisladamente; necesitamos la ayuda de nuestra comunidad, también para compartir después el gozo del triunfo de la Misericordia de Dios sobre nuestros pecados.

San Pedro, en su Primera Carta, canta y exulta ante este misterio: “Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha reengendrado a una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, que os está reservada en los cielos, a los que por el poder de Dios habéis sido guardados mediante la fe para la salvación que está dispuesta a manifestarse en los últimos tiempos. Por lo cual exultáis, aunque ahora tengáis que entristeceros un poco en las diversas tentaciones, para que vuestra fe, más preciosa que el oro, sea probada” (1 Pedro 1,

3-7a). La Pascua nos da la capacidad de luchar por el alimento que no perece, el alimento que perdura hasta la vida eterna y nos da el Hijo del Hombre. ¡Atesoremos tesoros en el cielo, en el cielo de un corazón iluminado por la presencia de Dios, donde no hay polilla que los destruya, donde hasta en las buenas palabras y en las buenas apariencias uno mismo se ve obligado a luchar contra los propios pecados capitales!

En el Capítulo 6 del Evangelio de San Juan, contextualizado en el misterio de Pascua, se afirma: Bendijo el pan, se multiplicó y todos se saciaron. El Pan de Vida, bajado del cielo, dio la vida al mundo, de manera que el que venga a Él no pasará hambre y el que crea en Él no pasará sed. Ésta es la voluntad del Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en Él tenga vida eterna y deje, por tanto, de tener miedo a la muerte y a quienes pueden quitarle la vida del cuerpo, pero no tienen poder sobre la vida y la muerte en el más allá. Vivir el misterio de Pascua es estar convencidos, porque es así y la experiencia nos lo dice, que si amamos la vida la perdemos, mas si la entregamos por Dios encontraremos la vida verdadera. Dar la vida por Dios, por el evangelio, por los demás; no tener miedo a los enemigos, no tener miedo a nuestra propia debilidad, y coger en peso el Sermón de la Montaña y cumplirlo en las fuerzas de Dios. ¡Éste es el Misterio de la Muerte y Resurrección gloriosas de Jesucristo! ¡Éste es el Misterio de la Misericordia Divina!

“Ha comenzado el reino de la vida y se ha disuelto el imperio de la muerte. Han aparecido otro nacimiento, otra vida, otro modo de vivir, la transformación de nuestra misma naturaleza. Éste es el día en que actuó el Señor, día totalmente distinto de aquellos otros establecidos desde el comienzo de los siglos y que son medidos por el paso del tiempo. En esta nueva creación, el sol es la vida pura; las estrellas son las virtudes; el aire, una conducta intachable; el mar, aquel abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento de Dios. En este día es creado el verdadero hombre, aquel que fue hecho a imagen y semejanza de Dios. ¿No es, por ventura, un nuevo mundo el que empieza en este día en que actuó el Señor? Pero aún no hemos hablado del mayor de

los privilegios de este día de gracia; lo más importante de este día es que Él destruyó el dolor de la muerte y dio a luz al Primogénito de entre los muertos, a aquel que hizo este admirable anuncio: Subo al Padre mío y al Padre vuestro, al Dios mío y al Dios vuestro. ¡Oh mensaje lleno de felicidad y hermosura! El que por nosotros se hizo hombre semejante a nosotros, siendo el Unigénito del Padre, quiere convertirnos en sus hermanos y, al llevar su humanidad al Padre, arrastra tras de sí a todos los que ahora son ya de su raza" (San Gregorio de Nisa, *Homilía 1.ª sobre la Resurrección de Cristo*: PG 46, 603-606. 626-627).

Estas palabras, sorprendentes por el realismo de la experiencia que transmiten, nos impulsan a creer en el Amor Dios, a ofrecernos al Amor de Dios y a abandonarnos en el Amor de Dios. Fiarnos y apoyarnos de tal modo en el Amor Misericordioso de Dios que nos entreguemos como víctimas de Amor, en comunión con Cristo Crucificado, hasta que quede iluminada toda nuestra historia de incomprendimientos, injusticias y muertes, las que hemos sufrido y las que hemos hecho sufrir a los demás, y recobrado el candor y la ingenuidad del que renace a la vida divina, abrazando simultáneamente la Cruz de Cristo y nuestra historia, comencemos a descansar como descansa el que ha visto por primera vez el misterio insondable del Amor de Dios en Cristo Crucificado, y advierte que era Dios quien conducía su Historia de Salvación con inmensa ternura y amor. ¿Acaso no era preciso que el Hijo del Hombre entregara su vida por nosotros? ¿Acaso no era preciso que tú y yo muriéramos como el grano de trigo para llegar a la vida verdadera? Así se entra en el gozo inefable de la nueva tierra y de los nuevos cielos, que Dios concede ya en este mundo a sus verdaderos hijos. Así descansan ellos, como niños pequeños, en la grandeza de la Providencia Divina.

La finalidad de esta Revista es suscitar en sus lectores nuevos deseos de santidad, sabiendo que los cristianos somos llamados a ser santos para poder después evangelizar. Todo fiel está llamado a la santidad y a la misión. Ésta ha sido la ferviente voluntad del Concilio. Si se renuevan sólo los métodos pastorales y no se gesta un anhelo de Santidad en los

evangelizadores se perderá el tiempo. “El sumo bien está en la plegaria y en el diálogo con Dios, porque equivale a una unión íntima con Él. Conviene, en efecto, que elevemos la mente a Dios no sólo cuando nos dedicamos expresamente a la oración, sino también cuando atendemos a otras ocupaciones, como el cuidado de los pobres o las útiles tareas de la munificencia, en todas las cuales debemos mezclar el anhelo y el recuerdo de Dios, de modo que todas nuestras obras, como si estuvieran condimentadas con la sal del amor de Dios, se conviertan en un alimento dulcísimo para el Señor. Pero sólo podremos disfrutar perpetuamente de la abundancia que de Dios brota, si le dedicamos mucho tiempo” (San Juan Crisóstomo, *Homilía 6.ª sobre la Oración*: PG 64, 462).

Mas también nosotros somos débiles: hablamos de Dios más con las palabras que con las obras. Por eso, pedimos no sólo vuestra comprensión, sino sobre todo vuestra oración y vuestra entrega al Amor Misericordioso, del que tanto hablé y tanto vivió nuestro querido P. Juan González Arintero. No tengáis miedo a un Dios Crucificado, no tengáis miedo a la Historia de Salvación que Dios está haciendo con vosotros. Decidíos por la conversión, decidíos por la santidad, decidíos por la Cruz de Cristo, decidíos por el Amor de Dios y vivid en la sencillez de un niño necesitado del amor de sus Padres. Una sola cosa es necesaria; no perdáis el tiempo en ganar el mundo; no viváis en la agitación de la mente y en la confusión del corazón. Abandonarse en Dios significa cerrar tranquilamente los ojos en la presencia de Dios, dejar de pensar en lo que nos preocupa y poner nuestra mirada en Dios que nos ama y tiene compasión de nosotros. No escuchas que Dios te dice: ¡Piensa en mí, y yo pensaré en ti y en tus cosas! La vida de fe consiste, no en esperar que Dios se adapte a nuestras ideas y querer, sino en adaptarnos nosotros a su voluntad. Recemos con toda la mente y con todo el corazón: “Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo”.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Gracia y salvación*

En septiembre de 1955, en ocasión de asistir al IV Congreso Tomista Internacional que se celebraba entonces en Roma, tuve ocasión de tratar a fray Bartolomé M.^a Xiberta, o. c. (1897-1967), de quien se ha escrito autorizadamente que es tal vez “el mayor teólogo que el Carmelo ha producido a lo largo de los siglos”¹.

En aquella inolvidable conversación el padre Xiberta expresó afirmaciones precisas y luminosas sobre temas cristológicos². También me dio alguna orientación decisiva en el campo soteriológico.

En torno a “los auxilios de la divina gracia”, afirmó, se implicaron cuestiones que en realidad pertenecían a dos líneas temáticas diversas.

Se referían unas a temas pertenecientes a la fe: tales eran las que se referían a la gratuidad, y carácter “antecedente” a la previsión de los méritos, de la providencia salvífica de Dios, y a la eficacia de la gracia “por sí misma e intrínsecamente”.

Otras cuestiones, de un orden distinto, en el plano de la explicación teológica y de los instrumentos metafísicos de ésta, se referían a la respectiva afirmación y negación, por los dominicos y los jesuitas, de la “predeterminación física”, y al correlativo rechazo o posición de una “ciencia media” sobre los futuros libres condicionados.

* Extracto textual del artículo publicado en “Divinitas”, XXXIX (1996) 239ss.

1. En la introducción a la *miscellanea* titulada *In mansuetudine sapientiae* (Roma, 1990). Los datos biográficos y bibliográficos sobre el padre Xiberta se hallan en las páginas 11 a 16.

2. Me referí a los contenidos cristológicos de aquella conversación en el trabajo publicado en la mencionada miscelánea “La tradición apostólica en la doctrina de los Santos Padres”, *Ibidem*, pp. 125 a 137.

No he dejado nunca de volver sobre estas cuestiones, pero sólo muy recientemente he podido comprobar por ciencia propia el acierto profundo de la distinción de planos que tenía tan claramente delimitada el padre Xiberta.

El Papa Paulo V, después de haber ordenado en 1607 la suspensión de las “disputaciones” entre la Orden de Predicadores y la Compañía de Jesús, explicaba, en alocución dirigida el 26 de julio de 1611 al embajador del Rey de España Felipe III –que deseaba ver resuelta la cuestión doctrinal en el sentido querido por los dominicos– la intención y las razones de aquel aplazamiento. Supuesta la jerarquía de verdades, no podría una verdad cierta de orden racional, ni siquiera una conclusión teológica, convertirse en núcleo del mensaje salvífico. Mucho menos una opinión teológica, por muy fundamentada que sea considerada por una escuela, podría resultar legítimamente hegemónica, y venir a condicionar la enunciación del misterio, la formulación del dogma y la predicación íntegra de la verdad católica.

Comprendo ahora hasta qué punto el pensamiento y la actitud del padre Xiberta, *o. c.*, se movían en lo esencial. Recuerdo que en aquella conversación reconoció elogiosamente el tomismo de la Universidad Gregoriana de Roma; donde, como es sabido, los tomistas jesuitas no han profesado nunca, en los temas conexos con las cuestiones *de auxiliis*, las interpretaciones de la “escuela tomista” que ellos han calificado tradicionalmente como “bañecianas”.

El acierto profundo y nuclear de la advertencia del padre Xiberta en aquella inolvidable conversación, se me ha revelado cada vez con mayor claridad. He aquí algunas afirmaciones, de autores muy significativos, acerca de los puntos capitales sobre los que quiso entonces el padre Xiberta llamar mi atención.

Sobre la eficacia de la gracia escribió San Roberto Belarmino, decidido adversario de las tesis de la “predeterminación física”:

“Algunos opinan que la eficacia de la gracia se constituye por el asentimiento y la cooperación humana, de modo que por

su resultado se llama eficaz la gracia, a saber por qué obtiene su efecto, y obtiene su efecto porque la voluntad humana coopera.

Esta opinión es absolutamente ajena a la doctrina de San Agustín, y en cuanto a lo que yo juzgo, incluso ajena a la doctrina de las Divinas Escrituras”³.

En otro gran Doctor de la Iglesia, San Alfonso María de Ligorio “martillo del jansenismo”, hallamos, en su *Tratado de la oración como el gran medio para conseguir la salvación eterna y todas las gracias que esperamos de Dios*, escrito en 1759, y que merece ser considerado como una obra maestra de teología espiritual:

“Podemos concluir que nuestro sistema u opinión se acuerda con la gracia intrínsecamente eficaz con la que nosotros infaliblemente, aunque libremente, obramos el bien... No puede negarse que San Agustín y Santo Tomás han enseñado la doctrina de la eficacia de la gracia por sí misma y por su propia naturaleza”⁴.

Por su parte, el insigne mariólogo y josefólogo Francisco de Paula Solá, S.I., para reflexionar sobre “la predestinación de San José”, partía de una exposición plenamente fiel a la doctrina de Francisco Suárez”.

“Ningún católico puede dudar de que la predestinación es gratuita y antecedente; es decir, Dios, por los justos y misericordiosos secretos de su voluntad determina que Pedro, por ejemplo, se salve. Este es el primer signo, en Dios de la predestinación de Pedro. Luego escoge Dios aquel orden y conjunto de gracias con las que prevé que Pedro terminará el curso de su vida en estado de gracia: segundo signo. Puede entonces destinar a Pedro para el apostolado y precisamente en calidad de Cabeza de la Iglesia. Finalmente determina darle todas las gracias especiales necesarias para esta misión singular.

De la Virgen Santísima, dice el P. Suárez, que es muy probable que fue elegida para Madre de Dios antes que para la gloria.

3. SAN ROBERTO BELLARMINO, *De gratia et libero arbitrio*, I, cap. XII.

4. *Tratado de la oración*, II parte, cap. IV (en la traducción catalana de *Foment de Pietat catalana*, Barcelona 1927, en las pp. 249-250).

Esto quiere decir que en el Decreto Divino respecto a María Santísima el orden de los signos fue el siguiente: Dios determina proveer a su Hijo de una Madre, y escoge a María Santísima; segundo, esta Madre ha de ser digna, y por tanto dotada de extraordinaria santidad; a esta santidad corresponderá también una gloria extraordinaria.

¿Se puede decir lo mismo de San José? Esto es lo que como probable afirma Garrigou-Lagrange. Y tanto en San José como María Santísima podríamos formular una ulterior pregunta: ¿Habrían existido en el caso de que no se hubiese verificado la Encarnación? Nosotros no queremos responder por no contar con datos suficientes.

Pero sí que conviene tener muy en cuenta la trascendencia de la cuestión primaria: la predestinación de San José a su misión singular, anteriormente a su predestinación a la gloria. Porque de esta precedencia de signos se sigue una excelencia singularísima en la santidad de San José y su inclusión en el orden hipostático”⁵.

A los cuarenta años de mi conversación de 1955 con el padre Xiberta, las palabras citadas, de autores tan distantes en el tiempo y en la situación cultural, como Belarmino, Ligorio y Solá Carrió, dando testimonio de los puntos capitales sobre la gratuidad e iniciativa divina de la providencia salvífica y sobre la eficacia de la gracia, son para mí una confirmación del acierto profundo de sus orientadoras y magistrales observaciones.

FRANCISCO CANALS VIDAL
Pontificia Academia de Santo Tomás

5. FRANCISCO DE PAULA SOLÁ, S.I., *La predestinación de San José*, “Estudios josefinos”, año XX (1966), n. 38, pp. 166-167.

La Experiencia Mística de San Francisco

El beato Egidio de Asís decía: “El hombre se hace de Dios una imagen tal y como le parece; pero Dios es siempre tal cual es”. No hay duda que los santos nos ayudan a encontrar y a purificar en nosotros la representación religiosa que hacemos de Dios.

A san Francisco se le ha llamado el “amante de dama Pobreza”, el “cantor de lo creado”, el “hombre evangélico”, el “fraile menor por excelencia”... pero también “siervo de Dios”, “heraldo del gran Rey”, “pelegrino del Absoluto”. San Francisco ha sido sobre todo un místico. Ha sido uno de los grandes enamorados de Dios en la historia del cristianismo. Estaba loco por Dios. El Señor tenía preferencia hacia él, por eso le dejó marcado con las llagas del Salvador en el pecho, en los pies y en las manos.

Dios Altísimo, santo y omnipotente

¿Quién era Dios para san Francisco?... Francisco, a pesar de considerarse inculto e iletrado, nos ha dejado casi 30 escritos de una indudable profundidad. Reflejaba en ellos el fruto de su experiencia mística.

Francisco nos dice que “el Padre habita una luz inaccesible, y Dios es espíritu, y ninguno ha visto jamás a Dios” (Adm. 1, 5). Dios es para el Santo ante todo un ser trascendente. Utiliza, por eso, para describirlo, un lenguaje teológico negativo para “aclarar” esa trascendencia divina. Por eso Dios es “inenarrable”, “inefable”, “incomprensible”, “ininvestigable”, “inmutable”, “invisible” (Reg NB 23).

Francisco también expresa la trascendencia divina con una serie de términos en positivo: “Altísimo”, “Sumo”; dirá que el Señor es “eterno”, “glorioso”, “santo”, “santísimo”, “sólo santo”. Su terminología es bíblica y patristica. Con todas sus fuerzas trató de expresar quién era Dios para él, por eso cuando le faltaban las palabras se servía de silencios, incluso de gestos. Cuando predicaba, nos refieren sus biógrafos, no estaba quieto: gesticulaba, iba de un sitio para otro, parecía danzar. Usaba todo su cuerpo para comunicar a Dios porque sus palabras no le eran suficientes.

“Omnipotente, Altísimo, Santísimo”, estos adjetivos confirman su imagen psicológica de Dios que comporta majestuosidad y excelsitud. Sabe que Dios está infinitamente por encima de todo y de todos.

Dios “sumo bien”, Dios “caridad”

Pero Dios es para san Francisco, a la vez que trascendente, un Dios inmanente, cercano al hombre y a su camino. El Santo buscará a Dios en sí mismo, en cada hermano, en cada criatura, en cuanto hay de bueno y de amable. Dios no nos ha dejado solos. Está en medio de nuestra historia personal más íntima. Francisco sabía que estábamos siempre en las manos de Dios, que no había casualidades en la vida, que todo tenía su explicación desde Dios (aunque no lo entenderíamos en esta vida).

Dios es la fuente de la cual todo bien procede. Todo lo que hay en el mundo de bueno, en los sentimientos humanos, en la belleza de las criaturas... todo eso proviene de Dios. Ésa era la perspectiva de san Francisco. Tener espíritu franciscano es colocarse ante el mundo en esa misma perspectiva enamorada.

El concepto de “sumo bien” lo ha aprendido Francisco de la Sagrada Escritura. El libro más conocido por Francisco del A.T., y el más memorizado por él, es el Salterio. De ahí ha aprendido que Dios es el bien en su expresión más verdadera y más llena.

Ve la íntima naturaleza de Dios en su ser “caridad” que se desborda sobre todas las criaturas. Por eso dice que “debemos amar mucho al amor de quien mucho nos ha amado” (2 Cel 196).

Dios “Padre”

Dios es Padre (Adm 1), “es mi Padre” (Of Pas 280), es “nuestro Padre” (Of Pas 288). En sus escritos Francisco da a Dios el hombre de Padre 89 veces. Manipula los salmos 14 veces y donde pone el término “Deus meus”, “Domine”, el Santo pone “Padre santo”, “Padre mío”, “Padre santísimo”. En su “Oficio de la Pasión” lo podemos ver muy claramente.

El “Padrenuestro” será siempre recomendado por Francisco. Se alegraba diciendo: “Oh, como es glorioso, santo y grande tener en el cielo un Padre” (Carta a los fieles II, 54).

Dios vivo, verdadero y presente

Francisco quiere subrayar el aspecto objetivo, real y vital de Dios. Quiere que tengamos presente al Señor en nuestras vidas ya que con frecuencia se nos olvida.

Siempre tuvo el Santo en su mente que de Dios veníamos, a Dios íbamos, en Dios nos movíamos y existíamos. Por eso cuando oraba “rendía cuentas al Juez, suplicaba al Padre, hablaba al Amigo, bromeaba amablemente con el Esposo” (2 Cel 95). Siempre tenía a Jesús en sus labios, en su corazón.

Francisco ve a Dios que obra maravillas y cosas grandes, crea al hombre, lo ama, le habla, se humilla en la Encarnación, ilumina y habita en el corazón de los hombres, está presente entre los fieles, los gratifica con sus dones, da la paz, da la sabiduría suma, la vida eterna, la fe, obra el bien, recompensa y premia, corona a quienes soportan en paz las tribulaciones, los libra del mal, los redime y los salva, perdona los pecados, baja en las manos de los sacerdotes, le gusta la acción de gracias debida....todas éstas son expresiones de san Francisco en sus escritos.

Francisco ha visto a lo largo de toda su vida la presencia cercana de Dios. Nada más que leamos su Testamento nos daremos cuenta de ello. Así: Dios le concede hacer penitencia, lo conduce entre los leprosos, le da fe en las iglesias y en los sacerdotes, le da hermanos, le revela que debe vivir según el Evangelio, le revela el saludo que ha de dar...Dios ha regido toda su vida. Este es el motivo por el cual tiene una fe grande en la Providencia divina. Dios es para el Santo su luz, su fuerza, su ayuda y refugio (cfr. Of Pas III). Y cuando enviaba a sus frailes para anunciar la penitencia y la paz o para seguir alguna otra forma de obediencia solía decirles el versículo 23 del salmo 23: “Encomienda a Dios tus afanes que El te sustentará”.

Francisco más que teólogo es un místico. Tiene una visión de Dios clara y precisa. Tiene de Dios una concepción trascendental, pero en el fondo habla de Dios en las categorías de inmanencia. El hermano hombre llevó a Francisco al descubrimiento de Cristo y fue el Cristo hermano quien le llevó al descubrimiento del Padre Dios.

Seguir las huellas de nuestro Señor Jesucristo

La piedad de Francisco es trinitaria, pero son el Padre y sobre todo el Hijo quienes acaparan el centro de su atención y devoción. Francisco ve en Dios la personificación del amor. Su piedad es respuesta de amor. Por eso cifraba su única preocupación en conocer el querer de Dios, su designio sobre él. Abandonará el mundo para dedicarse sólo a Dios. Le ofrecerá su corazón y amaré a su Señor con toda su alma.

San Francisco de Asís, he dicho anteriormente, es uno de los grandes enamorados de Dios a lo largo de la historia. La recopilación del Dios trascendente la encontró en el Cristo encarnado; por eso, nos dice su biógrafo Celano, “meditaba continuamente en las palabras del Señor y nunca perdía de vista sus acciones. Pero sobre todo tenía tan profundamente impresas en su memoria la humildad de la Encarnación y la caridad de la Pasión, que le resultaba difícil pensar en otra cosa” (1 Cel 84). Sus escritos testimonian que ve a Cristo en

la gloria del Padre, en la humillación de la cruz, en el triunfo de la resurrección, en la Eucaristía, en la Iglesia, en cada hombre y en cada ser creado.

Francisco se siente amado por el Cristo Salvador; éste es el motivo por el cual corresponde con un amor singular de donación y de entrega comprometida, sin ningún tipo de reservas. “Diaria y continuamente conversaba con sus hermanos acerca de Jesús. Su boca hablaba de la abundancia del corazón y parecía que el manantial limpiísimo del amor que llenaba su alma rebosaba al exterior a borbotones... Jesús en su corazón, Jesús en sus labios, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús en todas partes” (1 Cel 115).

Francisco ha alcanzado el conocimiento de Cristo mediante la experiencia mística. No es el iniciador de esta piedad centrada en los aspectos humanos de la vida del Redentor. Antes de él san Bernardo y otros maestros de la escuela de San Víctor, los expresaron en sus respectivas experiencias místicas.

Sin embargo, el Santo da a estos “encuentros místicos” unas notas peculiares. Su amor a la Navidad, a la Pasión, al anonadamiento, a la pobreza de Cristo así lo demuestran. San Buenaventura verá la vida toda de Francisco como una marcha ascendente hacia la transformación total en Cristo crucificado. Y en realidad ésa era la aspiración íntima del Pobrecillo de Asís.

Para san Francisco seguir a Cristo es ver toda la vida como un gran empeño apostólico. Quien ha conocido a Jesús, quien lo ha experimentado no puede callarlo. Ha conocido al amor y el amor es expansivo. Francisco había descubierto a Cristo como a un ser pacífico. Así lo quería transmitir. Por eso aconsejaba a los hermanos con estas palabras: “Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando van por el mundo, no litiguen, ni contiendan de palabra, ni juzguen a otros; sino que sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene” (Reg B 3,10-12).

San Francisco ¿cómo es Dios? ¡Cuéntenoslo!

Llegados a este punto de nuestra reflexión, y dejando un tanto aparte lo literal de las citas que corresponden a los escritos de san Francisco, podemos hacer esa pregunta del encabezamiento: ¿Cómo es Dios, Francisco, tú que tal bien lo conociste?

A finales del siglo XIX, ya en su ancianidad, el famoso profesor Ernesto Renán conversaba con unos alumnos que, antes de salir del aula, se habían agrupado en su alrededor. Entre los alumnos se encontraba Paul Sabatier, el gran biógrafo franciscano de fe protestante. Renán en tono solemne, mirándoles a los ojos, les dice: “A san Francisco lo necesitamos; y si queremos conseguirlo volverá”. Nosotros necesitamos también a san Francisco. Un enamorado de Dios tan grande no merece el olvido.

En iguales o parecidas palabras san Francisco nos diría lo siguiente: Dios es el Santo por excelencia. Dios es el Bueno, la fuente de la bondad. Dios es Misericordioso, Compasivo, Clemente. Dios es Omnipotente, para El nada hay imposible, nada. Dios es Entrañable, Cariñoso y Tierno con todas sus criaturas. Dios es Amable, Cortés, Educado, tan sólo nos habla si le escuchamos, no se impone a la fuerza. Dios es Inasible, no se deja dominar, no se deja delimitar, no se deja encerrar. Dios es el Lavadero de los corazones: hasta los más sucios pueden quedar, en virtud de su fuerza y santidad, limpios como la nieve más pura. Dios es el Consolador mejor que tenemos, es nuestro mayor Amigo, el más fiel que tenemos o que podamos imaginar. Dios es la fuerza mayor que existe, ante El todo tiembla, nada ni nadie se resiste. El es el gran Rey del Universo, emperador de cielos y tierra. Dios es la Roca de nuestro apoyo, es nuestro Refugio, nuestra Seguridad. Dios es humilde.

Dios está vivo, es la fuente de la Vida. Es el Creador del universo. Dios es Verdad. Es Manso como un cordero. Es Sencillo como una paloma. Dios es Sabio, jamás se equivoca. Dios es Indulgente, pues perdona una y otra vez nuestros pecados, nuestras infidelidades, nuestras inconstancias. Dios

es Pacificador, su paz es la que verdaderamente merece la pena; es una paz que el mundo no sabe dar. Dios es Silencioso y habla en el susurro del silencio. Dios es el Vivificador de los cuerpos y de las almas. Dios es el Imprevisible pues lo podemos esperar por un camino y nos vendrá por el camino más insospechado. Dios es libre como el viento. Dios es nuestra Esperanza, lo último que nos quede. Dios es ternura. Dios es un Niño eterno, su corazón es como el de los niños buenos. Dios es amor, es Caridad, es Donación total.

Dios es reparador de los que se mueren, de los angustiados, de los tristes, de los que se encuentran solos, de los que lloran, de los deprimidos, de los explotados, de los humillados, de los olvidados. Dios es la Palabra eterna que todo lo sabe, que cumple lo que dice. Dios es Espíritu Santo vivificador de todo lo muerto. Dios es Padre amante y mimoso con todos sus hijos. Dios es Jesucristo, es el Hijo del Dios enamorado de nosotros. Dios es el Amigo fiel que nunca traiciona, que nunca olvida, que siempre ama, que siempre ayuda. Dios es Bendito y el que será Alabado por toda una eternidad, en una historia eterna de amor. Dios es Puro, está incontaminado, inmaculado. Dios es Invisible, Cercano y Trascendente a la vez, Intimo y Universal.

Dios es el Confidente que siempre escucha y que siempre sugiere al que lo escucha. Dios es Uno y Trino. Dios es el Juez Justo en el que prima más la misericordia que lo legal. Dios es Glorioso; no nos podemos imaginar su aspecto, por eso, si lo viéramos ahora moriríamos. Dios es Prudente, sus palabras están medidas, no les sobra ni una tilde. Su amor no tiene límite. Dios es comunicación, o es Diálogo constante. Le encanta hablar con nosotros y sobre todo que le escuchemos, que le dediquemos nuestro tiempo, que le consagremos nuestros afanes, nuestros proyectos. Dios es liberador de ídolos, de los ídolos que esclavizan a las personas, de los ídolos que esclavizan los corazones. Dios es el Principio del cual todo lo creado procede y es el Fin al que todo tiende. Dios es Servidor porque es un Dios Sacrificado por sus hijos. Dios es el único Maestro. Es el Guía que nunca se equivoca en su itinerario. Dios es el Centinela que nos guarda de día y de noche.

Dios es la fuente de todo bien en el que pensemos. Dios es el Altísimo, está por encima de todos, de todo. Dios es el defensor de los pobres, de cualquier necesitado; por eso escucha rápidamente sus gritos. Dios es el Inamovible, el Jefe de todos, el Infinito. Dios es el Eternamente Enamorado de todos los seres humanos. Dios es el Médico de los cuerpos y de las almas, el Resucitador a la vida. Dios es Alegría y la fuente de toda alegría imaginable e inimaginable. Dios es el Padre Providente que se preocupa de las necesidades de sus hijos y que hace salir el sol sobre buenos y malos. Dios es nuestra Esperanza, la última que nos quede.

Dios es el gran Limosnero de bendiciones. Es nuestro Amigo. Es nuestro Alimento. Dios es la Luz que nos guía. Dios es el Fundamento de todo, la explicación última de todas las cosas. Dios es el Esposo de nuestras almas. Dios es la Hermosura suma, el manantial del cual toda la belleza fluye, el espejo en el cual toda la belleza se refleja. Dios es Quietud pacificante. Dios es Gozo infinito que quiere comunicarse a sus hijos, los hombres. Dios es el Protector de quien lo reclama como tal. Dios es el Defensor del asediado. Dios es Calor en las noches frías y oscuras, es Refrigerio en los días de bochorno, en los días de ansiedad. Dios es Luz. Dios es Custodia de nuestra vida, de nuestros pasos. Y Dios es mucho más que todo esto...

Buscando la voluntad de Dios

Está bien el conocer a Dios, pero si tratamos de conocerle es para amarle cumpliendo su voluntad. La gran tarea de todo aquél que quiere seguir a Jesucristo es la de hacer la voluntad de Dios en su propia vida. Jesús de Nazaret vino al mundo a eso. Según san Francisco, lo primero que hemos de preguntarnos en nuestra vida es: ¿Cuál es la voluntad de Dios en mí? Una vez que lo sepamos debemos pasar a la realización de la misma.

Por lo dicho anteriormente tenemos una triple tarea en referencia a Dios nuestro Padre celestial:

1) Tener interés en conocer la voluntad de Dios y preguntarnos por ella. Hemos de hacernos la pregunta: ¿Cuál es la voluntad de Dios sobre mi vida?

2) Después de preguntarnos por la voluntad divina, hemos de buscarla. San Francisco tuvo durante su vida esta gran preocupación y éste no chico trabajo: Buscar en toda ocasión el querer divino. Buscó en su propia vida, buscó en las criaturas, buscó en el Evangelio, buscó a través de los hermanos. Su más repetida pregunta fue ésta: “¿Qué quieres, Señor; que yo haga?”. Su vida fue una respuesta a tal pregunta.

3) Cuando uno busca, encuentra. Si buscas a Dios ten la seguridad que lo vas a encontrar porque El mismo se va a hacer presente en tu vida. Tú sólo tienes que buscar. Sucede lo mismo con esto de la voluntad divina. Quien la busca, la encuentra. A nosotros nos corresponden los esfuerzos de interrogarnos por la voluntad divina, buscarla y una vez encontrada, intentar cumplirla en nuestra propia existencia.

San Francisco al buscar la voluntad de Dios parte de un presupuesto importante: Dios es nuestro Padre celestial bueno. Su voluntad sobre nosotros no es ciega e indiferente, sino una voluntad amante. San Francisco es consciente de que toda su vida ha sido un ir junto a Dios. Ha experimentado cómo Dios se hace presente en todos los pasos de nuestra vida y se ha dejado guiar, confiadamente, por El. No ha necesitado Francisco muchos guías humanos en su andadura espiritual. Se ha dejado guiar directamente por el Espíritu divino.

En una de sus poesías, monseñor Casaldáliga, obispo claretiano en Brasil, decía estas palabras:

“Y llegaré Señor de noche
con el gozoso espanto
de ver que anduve
día tras día
en la misma palma
de tu mano”.

Creo que no necesita demasiados comentarios. Es la fe de un hombre en Alguien que está vivo y que nos acompaña a lo largo de nuestra existencia, y que anda –según palabras

de santa Teresa– hasta “entre los pucheros”. Francisco sabía que Dios trata continuamente de llevarnos hacia las fuentes de su corazón, de su ser más íntimo. Para ello hemos de estar vigilantes porque el Señor habla en “el susurro” más que en el ruido.

El Santo de Asís veía claro que la tarea de todo buen cristiano era la de esforzarse en cumplir en su vida el querer divino. A veces uno obraría de forma distinta, pero el querer divino nos indica por dónde hemos de ir. No es fácil el volver la otra mejilla al que te ha golpeado, ni perdonar setenta veces siete, ni creernos que hay más alegría en dar que en recibir, ni darse del todo... pero ésa es la voluntad de Dios. Hemos de pensar según los planes de nuestro Padre celestial. Él desea para nosotros lo mejor.

San Francisco, vivencialmente, con “fray ejemplo” como decía él, nos ha recordado la gran lección del Maestro Jesús: Estamos en la vida no tanto para divertirnos como para rendir. Su experiencia mística le ha llevado a esa conclusión. Hemos de rendir, y rendir consiste en hacer la voluntad de Dios.

La pureza de corazón: base de la mística Franciscana

Todos conocemos la importancia que tiene el corazón, en la vida humana. Es un músculo que bombea infatigablemente la sangre a todo el cuerpo. Lo hace a través de las palpitaciones. El corazón es un órgano vital para la persona.

En la cultura bíblica el corazón ocupa un lugar privilegiado. En él se sitúan los afectos. Es la parte más íntima de cada individuo. En el corazón de cada persona hay un espacio para el encuentro entre Dios y el hombre.

San Francisco ruega a sus frailes “que trabajen por servir, amar y honrar al Señor nuestro Dios con limpio corazón y puro espíritu, que es lo que El quiere sobre todas las cosas” (RNB 22,23). El mismo Santo siempre ha destacado en la hagiografía cristiana por la fama de su candor, de su pureza. Su biógrafo Celano nos dice: “¡Cuán hermoso, atractivo y aureolado de gloria se mostraba –Francisco– con la inocencia de su vida, con la pureza de corazón, con su aspecto casi angélico” (1 Cel 83).

Entre la abundante bibliografía Franciscana hay un librito encantador: *“La sabiduría de un pobre”* de Eloi Leclerc. Sus ediciones son múltiples. El libro es algo parecido a unas “florecillas” escritas en el siglo, para gente de nuestra época, pero con la misma autenticidad, sencillez y profundidad con las que vivió el pobre de Asís.

Eloi Leclerc nos presenta, con matices líricos, el tema de la “pureza de corazón”. La ocasión la da un idílico paseo que hacen san Francisco y su compañero fray León. En un momento determinado, después de un silencio, san Francisco pregunta a fray León: “Sabes tú, hermano, lo que es la pureza de corazón?”.

– “Es no tener ninguna falta que reprocharse”–contestó León sin dudarlo.

– “Entonces comprendo tu tristeza –dijo Francisco– porque siempre hay algo que reprocharse”.

– “Sí –dijo León– y eso es, precisamente lo que me hace desesperar de llegar algún día a la pureza de corazón”.

– “¡Ah!, hermano León; créeme –contesto Francisco–, no te preocupes tanto de la pureza de tu alma. Vuelve tu mirada hacia Dios. Admírale. Alégrate de lo que Él es, Él, todo santidad. Dale gracias por Él mismo. Eso mismo, hermanito, es tener puro el corazón. Y cuando te hayas vuelto así hacia Dios, no vuelvas más sobre ti mismo. No te preguntes en dónde estás con respecto a Dios. La tristeza de no ser perfecto y de encontrarse pecador es un sentimiento todavía humano, demasiado humano. Es preciso elevar tu mirada más alto, mucho más alto. Dios, la inmensidad de Dios y su inalterable esplendor. El corazón puro es el que no cesa de adorar al Señor vivo y verdadero. Toma un interés profundo en la vida misma de Dios, y serás capaz, en medio de todas tus miserias, de vibrar con la eterna inocencia y la eterna alegría de Dios. Basta que Dios sea Dios”. Esta es la experiencia mística de san Francisco: un ayer, para un hoy.

FRAY JESÚS-LUCAS RODRÍGUEZ, OFM

El Bautismo, fuente de la Vida Espiritual

Una espiritualidad sacramental

Los sacramentos de la iniciación cristiana son la puerta de entrada a la Iglesia y además el constante reclamo de la misma. Reactualizar esta iniciación y potenciar el caudal espiritual que lleva anejo en sí es tarea propia de la espiritualidad litúrgica que es fundamentalmente una espiritualidad sacramental.

Se ha definido la espiritualidad litúrgica como la actitud permanente o el estilo de vida cristiano basado en la asimilación o identificación con Cristo producido por el bautismo y la confirmación y nutrido en la plena participación de la Eucaristía, en los sacramentos y en la oración de la Iglesia, según el ámbito fundamental del año litúrgico.

Iremos examinando los distintos sacramentos para ver como todos ellos son fuente de nuestra vida espiritual. Partimos también de un texto del Concilio de Florencia (1438-1445), en su decreto para los armenios, que dice así:

Siete son los sacramentos de la nueva ley, a saber, el bautismo, confirmación, Eucaristía, penitencia, extremaunción, orden y matrimonio... de estos, los cinco primeros están ordenados a la perfección espiritual de cada hombre en sí mismo, y los dos últimos al régimen y multiplicación de la Iglesia. Por el bautismo, en efecto, se renace espiritualmente por la confirmación aumentamos en gracia y somos fortalecidos por la fe; y una vez nacidos y fortalecidos, somos alimentados por el manjar divino de la Eucaristía. Y si por el pecado contraemos una enfermedad del alma, por la penitencia somos espiritualmente sanados; y espiritualmente también

y corporalmente, según conviene al alma, por medio de la extremaunción¹.

La vida espiritual nos conduce a través de los misterios de la fe hasta el “misterio de Dios” y estos misterios son por excelencia los sacramentos que nos hacen revivir todo el misterio de Cristo.

El bautismo, nacimiento a la vida de Dios

La vida cristiana es una vida en el Espíritu, según san Pablo, cfr. Rm 5, 5; 8, 23; Ef. 2, 22 y es toda ella un misterio de muerte y resurrección. Toda la vida cristiana es la realización cotidiana de la muerte y resurrección místicas del bautismo. Santo Tomás de Aquino estudiando los efectos del bautismo en la *Summa Theologiae* (cuestión 69 a. 5), dice que:

a través del bautismo uno es regenerado a la vida espiritual, que es propia de los fieles de Cristo.

Y más adelante:

por el bautismo uno es pasivamente reengendrado a la vida espiritual. Como de la cabeza fluye a los miembros la sensibilidad y el movimiento, así de la cabeza espiritual, que es Cristo, fluye a sus miembros la sensibilidad espiritual, que es un impulso de gracia.

Ciertamente el bautismo es una regeneración espiritual, una vida nueva en Cristo resucitado. Esta realidad se expresó de múltiples maneras en los primeros siglos de la Iglesia. La arquitectura no estuvo ajena a ella. Los antiguos baptisterios son fiel reflejo de una teología, de una praxis y de una espiritualidad profundamente bautismal.

El Papa Sixto III (432-440) mandó hacer el baptisterio de Letrán, dándole forma octogonal. En él se encuentra una magnífica inscripción bautismal llamada “célebre monumento teológico”. El autor sería el archidiácono León, que luego sucedería a Sixto III en el pontificado con el nombre de León

1. DENZINGER, N.º 695.

y sería San León Magno (440-461). Se trata de un poema de ocho dísticos que estaba escrito sobre los travesaños de las columnas que sostenía el baptisterio, un dístico en cada lado.

Aquí esta la fuente de la vida, que purifica el mundo entero, ya que su origen lo toma de la herida del costado de Cristo.

El bautismo es visto como *fons vitae* como fuente de vida espiritual y la vida cristiana puede y debe construirse a partir de nuestro bautismo. El Papa Símaco (499-516) en el baptisterio del Vaticano, del siglo VI mandó escribir estos versos.

Recibid la vida eterna que brota de este santo manantial: aquí comienza el camino de la fe, donde sólo la muerte muere.

El bautismo, el gran sacramento de la fe

El Bautismo hemos de verlo como el gran sacramento de la fe (Hech 8, 36-38). La fe aparece como la condición previa al bautismo. Así lo expresaban los Padres de la Iglesia:

Los apóstoles comenzaron por enseñar a naciones y después de haberles enseñado, bautizaron en el agua. Es imposible que el cuerpo reciba el sacramento del bautismo, si antes el alma no ha recibido la verdad de la fe².

Así la fe de nuestro bautismo es la puerta y el camino de toda la vida espiritual porque es la primera virtud cristiana, necesaria para quien se acerca a Dios; sin ella es imposible agradarle. El Concilio de Trento lo expresa de esta manera: el bautismo es el sacramento de la fe, sin la cual nadie ha podido ser justificado (sesión VI, cap. 7).

El bautismo, profesión de fe

Actualmente tenemos dos rituales del bautismo, el ritual del bautismo de niños y el de adultos. En el rito de entrada en el catecumenado del Ritual de la Iniciación cristiana de adultos = RICA en el n° 75 se dice:

2. Comentario de San Mateo 28, 19. SC 259, 316-317.

¿Qué pides a la Iglesia de Dios?

La fe

¿Qué te otorga la fe?

La vida eterna

Lo que se pide a la Iglesia es la virtud de la fe, y también la enseñanza de la fe porque es la fe la condición principal del bautismo, y es en la enseñanza de la fe en lo que consiste previamente la preparación al sacramento. Nadie podrá ser iniciado en los misterios del sacramento más que si ha recibido una primera iniciación en los misterios de la fe. En el RICA 87 se dice:

...para que siguiendo las primeras enseñanzas por las que pueden vislumbrar tu gloria, mediante la observancia de tus mandatos, lleguen a la gloria del nuevo nacimiento.

El catecúmeno va a ser bautizado, y para ello hace falta creer, pero nuestra fe no es un sentimiento religioso, vago y confuso, sino que tiene un objeto que no es otro que Jesucristo y la Iglesia fundada por él. Es preciso que este objeto sea presentado al que va a ser bautizado; de ahí la importancia de la catequesis que debe preceder siempre al bautismo. De este modo entre bautismo y catequesis hay el mismo lazo que entre bautismo y fe. Y será en el preciso momento en que se afirma la fe en Cristo y en la Trinidad, en el momento mismo de esta profesión, cuando el cristiano es bautizado, regenerado, iluminado y se convierte en criatura nueva, miembro del cuerpo de Cristo e hijo de Dios.

Por todo esto es considerado como el sacramento de la fe, y la gracia del bautismo es el sello de la fe y la respuesta de Dios a la fe del bautizado. San Basilio en el Tratado sobre el Espíritu Santo dice:

El bautismo es el sello de la fe, la fe es la adhesión a la divinidad. Es preciso primero creer para después ser sellados por el bautismo.

Esto es fundamental para la espiritualidad litúrgica: en la base de toda vida espiritual perfecta está este deseo insaciable de Dios y esta búsqueda ávida de la verdad que se ha recibido

en el bautismo. Los ritos del bautismo expresan de manera incluso dramática y solemne el compromiso contraído.

Es Cristo quien suscita este compromiso, lo sanciona y lo sella. El bautizado está sellado, tiene el *sphragis*; así lo indica 2 Cor 1, 22 “nos ha marcado con su sello”, y esta palabra será empleada en la antigua literatura cristiana para designar el Bautismo. El compromiso bautismal expresa una realidad mística. Cristo nos ha tomado y nosotros hemos entrado en él no como en un vestido que nos quitamos o nos ponemos sino como una nueva naturaleza, renovados espiritualmente. San Pablo lo expresará con claridad en Ef 4, 24:

os revestís del hombre nuevo creado a imagen de Dios, para llevar una vida verdaderamente recta y santa.

Y en Gál 6,15: somos una criatura nueva. El bautismo es un misterio de unidad con Cristo. La fe crea entre Cristo y nosotros una secreta y profunda unidad; se realiza entre él y nosotros como una mutua habitación, es por la fe que Cristo habita en nosotros, en nuestros corazones, Ef. 3,17. Así bautismo y fe son inseparables. San Pablo en Gál 3,26-27 dirá:

Todos vosotros sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo habéis sido revestidos.

Hay una unión misteriosa entre el bautismo de Jesús y el de los cristianos. Convertidos en otros Cristos, toda nuestra vida se convierte en cristiana, toda ella está bajo la esfera divina, de su vida, de su gracia, de su espíritu, y así ésta es la vida de Cristo en nosotros, hasta llegar a decir “es Cristo quien vive en mí” (Gál 2, 20). Pablo no expresa una experiencia mística extraordinaria, indica lo que debe ser la vida de todo cristiano por su propio bautismo.

Puesto que está bautizado toda su actividad es cristiana, es la del mismo Cristo. Así para vivir como cristiano deberá permanecer estrechamente unido a Cristo y en dependencia de él. La fe del bautismo es como el germen que siempre debe crecer y desarrollarse. La vida del bautizado es una criatura

nueva, debe crecer en un incesante progreso hasta llegar a la edad adulta, al hombre perfecto (Ef 4, 13).

En este marco la espiritualidad que brota del bautismo y que está marcada por la fe es el cauce y el ambiente de toda la espiritualidad cristiana. Cada año cuando llegue la Vigilia Pascual renovaremos las promesas de nuestro bautismo y el compromiso contraído el día de nuestro bautismo. De ahí que la Pascua sea la gran fiesta del bautismo y de todos los bautizados porque es la gran fiesta de la Iglesia.

El bautismo puerta de entrada en la Iglesia

El sacramento del bautismo que es la puerta de la vida espiritual hace de nosotros miembros de Cristo y nos hace entrar en el cuerpo de la Iglesia. San Agustín dirá:

La Iglesia es la que da a luz a todos por el bautismo, ya sea que nazcan de su mismo seno, ya fuera de él, pero engendrados todos del semen de su esposo, procedan de sí misma o de la esclava³.

Incorporados a Cristo por el bautismo, los bautizados constituyen el pueblo de Dios (RICA, Pren. n° 2). El santo bautismo al hacernos miembros de Cristo nos hace entrar en el cuerpo de la Iglesia. Los apóstoles, tras la resurrección del Señor y el envío del Espíritu Santo, son enviados para fundar la iglesia (Mc 16,15), y comienzan a predicar y bautizar (Mt 28, 19. 20, Hech 2, 37-38. 40. 41).

La Iglesia ha nacido del costado abierto de Jesús, el nuevo Adán dormido sobre la cruz, como la primera Eva había nacido del costado abierto de Adán dormido. Así del agua del bautismo brotado del costado de Jesús es de donde nace la Iglesia y es con su sangre como es nutrida. San Agustín dirá que “la Iglesia es la que engendra en sus sacramentos”⁴. El mismo San Agustín en el sermón 119, 4 dice que el seno materno es el agua del bautismo. Y San Cirilo de Jerusalén, catequesis 18, 26, exhorta a los neófitos:

3. *Tratado sobre el bautismo*, I, XV, 23.

4. *Tratado sobre el bautismo*, I, X, 14.

permanecer siempre fieles a la santa Iglesia católica en la que habéis sido engendrados a una vida nueva... Ella es madre, nuestra madre, la esposa de nuestro Señor Jesucristo.

El catecúmeno está llamado a ser por su bautismo el templo de Dios. El cuerpo de Cristo resucitado será el centro del culto en espíritu y en verdad (Jn 4, 23), el lugar de la presencia divina (Jn 1,14), el templo espiritual de donde brota la fuente de aguas vivas (Jn 7, 37-39). Miembro vivo de este cuerpo, el bautizado es también templo vivo de Dios. En su cuerpo santificado, Dios está presente, como en su templo.

En el RICA 90 en el ingreso en el templo se dice:

entrad en el templo,
para que tengáis parte con nosotros
en la mesa de la Palabra de Dios.

El bautismo introduce en la Iglesia; introduce en la liturgia de la iglesia y en la Eucaristía, centro y suma de todo el culto cristiano. El catecúmeno, al contrario, no está aún admitido en la liturgia eucarística. Éste es el sentido de la “disciplina del arcano”: los santos misterios están envueltos en un velo de secreto que no se abre más que para aquellos que han sido iniciados en el bautismo. Más que una medida de precaución, es un procedimiento pedagógico destinado a sostener la atención y el deseo de los catecúmenos los cuales aún no son capaces de entender los misterios.

El iniciado, en cambio, es plenamente introducido en la Iglesia y puede participar en su culto y puede presentar al altar su ofrenda y recibir el Pan y el Vino que son el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Santo Tomás, *Summa*, III, cuestión 73, 3 dirá:

Si el bautismo» es la puerta de la vida espiritual, la Eucaristía es la consumación.

Más tarde en el siglo XIII los teólogos reflexionarán sobre el carácter sacramental y verán en él la marca y la impronta de Cristo, la configuración y la participación en su sacerdocio, un poder espiritual por el cual los fieles son deputados para tomar parte en el culto cristiano que deriva del sacerdocio de

Cristo. El bautizado es sacerdote a su manera, tiene un verdadero sacerdocio sacramental aunque no jerárquico. Su carácter permite al bautizado no sólo recibir el cuerpo y la sangre de Cristo sino crecer con el pan y el vino consagrados. En la liturgia no es solo asistente, espectador mudo u oyente pasivo, sino que por su bautismo toma parte activa en el drama sacro, en el misterio de la fe. Es celebrante en y de la liturgia.

El bautismo, un misterio de iluminación

El bautismo es un misterio de luz. La operación propia del bautismo es abrir los ojos a la luz que traen los demás sacramentos. Dice San Justino:

Este baño es llamado iluminación, porque aquellos que reciben esta enseñanza tienen el espíritu iluminado⁵.

El bautismo es una iluminación (Ef 5, 14, un antiguo himno litúrgico). Por el bautismo se recibe el Logos, la luz verdadera que ilumina a todo hombre. Se puede evocar el esplendor de la liturgia bautismal en las vigili­as pascuales al rayar el alba de pascua, cuando aparece Cristo resucitado, luz del mundo. Cuando a partir del siglo IV Oriente comienza a conferir el bautismo en Epifanía, lo hace en medio de una gran fiesta de luz.

El bautismo nos libera del pecado, de las tinieblas y nos abre a la luz que es Cristo. San Agustín comentando el evangelio del ciego de nacimiento refiere que la ceguera es la infidelidad; la iluminación es la fe. Y Cirilo de Alejandría lo expresará así:

Por la gracia del bautismo y de la iluminación del Espíritu se obtiene la plena participación en el Verbo encarnado, y el conocimiento perfecto y verdadero de Dios⁶.

5. Apología I, 61, 12.

6. Comentario sobre el Evangelio de San Juan, 3, 5.

Así todo el misterio de Dios mismo para el bautizado, se convierte en luz y ve en todo a Dios. Santo Tomás dirá que la luz de la fe hace ver lo que se cree. El bautizado está llamado a la contemplación. Por la fe de su bautismo ha sido dado al cristiano conocer los secretos del reino. San Basilio dirá:

el que no ha sido bautizado no ha sido iluminado. Y sin esta luz, el ojo no puede ver su objeto, ni el alma recibir la contemplación de Dios⁷.

La contemplación queda siempre en la fe y no es otra cosa que el desarrollo y la expansión normal de la fe recibida en el bautismo; pero esta fe debe estar siempre en progresión. Fundamentalmente se le inicia al neófito en el misterio de la liturgia pues desde entonces tiene todas las gracias de contemplación, si Dios en su liberalidad se las da plenamente.

El bautismo, un sacramento de muerte y resurrección

El bautismo es un misterio de muerte y resurrección, (cfr Mc 16, 16; Jn 3, 5). Nadie puede entrar en el reino de Dios si no nace del agua y del Espíritu. Los cristianos somos insertados en Cristo y esta es la gran liberación pascual. No hay liberación del pecado y nacimiento a la vida eterna más que por la muerte y la resurrección de Cristo, en el cual hemos vencido al demonio y a la muerte y hemos nacido a una vida nueva, gloriosa y luminosa, en el esplendor de la mañana de Pascua.

Para salvarnos nos es preciso entrar en este misterio de muerte y de resurrección. El bautismo nos une simbólicamente a la muerte y resurrección del Salvador. El catecúmeno está inmerso en el agua como Cristo ha sido inmerso en la muerte y depositado en la tumba, donde sepultó con él nuestro pecado y nuestra muerte. El neófito sale del agua como Cristo ha salido de la tumba, glorioso y vencedor, viviendo la vida nueva de resucitado. San Cirilo de Jerusalén lo expresará con estas bellas palabras:

7. Homilía 13 sobre el bautismo, 1.

Lo que fueron para Cristo la cruz y la tumba, lo ha sido para nosotros el bautismo pero no del mismo modo: él murió y fue sepultado en cuanto a la carne, nosotros en cuanto al pecado⁸.

El bautismo significa y realiza místicamente nuestra muerte y nuestra resurrección, de las cuales la muerte y la resurrección de Jesús han sido el signo y la causa. Se comprende que todo el misterio de Pascua sea el misterio de nuestro bautismo y que toda la liturgia pascual sea una evocación del bautismo cristiano. El bautismo, misterio de muerte y resurrección compromete nuestra espiritualidad, que es toda entera a la vez muerte y vida. San Pablo lo dirá claramente: consideraos muertos al pecado pero vivos para Dios (Rom. 6, 11).

El bautismo, una vida nueva

De todo lo anterior se deduce la novedad que supone para los cristianos el bautismo. La vida cristiana es la vida de Cristo en el cristiano (Gál 2, 20). Cristo y el Espíritu de Cristo son para el bautizado el principio interior y el motor de su acción, de su amor, de su vida. Y la vida cristiana es también la vida del cristiano en Cristo.

Esta vida nueva supone una muerte. Morir al pecado es la primera condición a la que debe someterse el que quiera vivir de esta vida nueva en Cristo Jesús. El misterio de Cristo es un misterio de muerte y de resurrección. Unido por la fe y los sacramentos de la fe a esta muerte y a esta resurrección, la vida del cristiano es también un misterio de muerte y de resurrección. El bautismo supondrá una auténtica muerte al pecado; por la mortificación diaria llegará la muerte a las consecuencias del pecado; por la penitencia, segundo bautismo, se efectuará una muerte al pecado que no cesamos de cometer cada día (Rom 6, 4).

El misterio del bautismo, misterio pascual, misterio de muerte y resurrección, ha inaugurado para nosotros una vida nueva, en Cristo.

8. Catequesis mistagógica II, 4.

En el baptisterio lateranense existe esta inscripción: “el agua sacará nuevo, al que había recibido viejo”. La liturgia antigua conocía un símbolo para expresar esta novedad así después del bautismo se daba a gustar al neófito una mezcla de leche y miel. Los testimonios de Tertuliano o de la *Traditio apostólica* n° 21 son buena prueba de ello. Después del largo éxodo del catecumenado a través de las aguas del bautismo, el bautizado ha entrado en la tierra prometida, tierra donde mana leche y miel (Ex 3, 8), pero leche y miel son también la comida de los niños que deben crecer, ver el introito del domingo II de Pascua: “Como el niño recién nacido, ansiad la leche auténtica, no adulterada, para crecer con ella sanos” (1 P. 2, 2).

El Padre Nuestro es llamado por San Agustín el bautismo cotidiano (Sermon. Morin 1, 1). Y es que el bautismo nos permite llamar a Dios “Padre Nuestro” porque él nos ha hecho nacer a la vida de los hijos de Dios. Engendrado por el baño, el bautizado puede tener la pretensión y la audacia de llamar padre a Dios. Tal es la confianza filial, la virtud que el N.T. y la antigua literatura cristiana expresaba con la palabra intraducible parrhesia: audacia y libertad de palabra (Hech 2, 29; 4, 13. 29. 31; 28,31).

El salmo 22 se cantaba en el curso de la liturgia pascual cuando la procesión de los bautizados avanzaba hacia el altar para tomar parte en la Eucaristía por vez primera. Los Padres de la Iglesia veían en este salmo como un resumen de todos los ritos de la iniciación cristiana insistiendo en su significado eucarístico.

El bautismo, un misterio esponsal

El misterio de las bodas de Dios con su pueblo se ha realizado una primera vez en la cruz, y después se realiza cada día en el bautismo, a la espera que se realice finalmente en las bodas gloriosas del Cordero y de la nueva Jerusalén (Ap 19,7-8; 21, 2). Lo que pasa en la iglesia pasa también en cada alma cristiana que Cristo ha purificado en el agua del bautismo para hacerla su esposa; por eso la liturgia y los tratados sobre

el bautismo han visto en el bautismo un “misterio de bodas”. Así lo expresaba Dídimo de Alejandría:

En la piscina bautismal el que ha hecho nuestra alma la toma por esposa⁹.

Este significado nupcial del bautismo se engrandece cuando se ve como los Padres de la Iglesia leían el Cantar de los Cantares desde una perspectiva bautismal. La fuente de esta experiencia misteriosa de Dios oculta, pero presente y actuante, no es otra que la fuente mística de la que hablan los espirituales de la Edad Media, la fuente bautismal donde Cristo y la Trinidad se unen con el alma para hacer, por el sacramento, su morada. Los místicos lo expresaron con gran claridad.

La alegría bautismal es una alegría nupcial, el bautismo inaugura entre el alma y Cristo una unión que deberá ir siempre en progresión y que podrá llegar hasta la más estrecha unión. Así la unión mística es el fruto más alto y más auténtico de la gracia bautismal.

San Gregorio Nacianceno compara la procesión solemne de los neófitos, vestidos de blanco y llevando cirios y entrando en la iglesia y aproximándose al altar, a la parábola de las vírgenes, una imagen y anticipo de la entrada en el santuario celeste, prefiguración de la gloria de allí arriba.

JUAN JAVIER FLORES, OSB
Abadía de Santo Domingo de Silos

9. *De Trinitate* II, 13. PG 89, 692.

Glosas a las Constituciones Concepcionistas

1. *A modo de introducción*

Sabemos, sobradamente, que la contemplación de las cosas divinas y la asidua unión con Dios en la oración es la primera y principal misión de las almas consagradas. Las contemplativas han sido llamadas a una peculiar vocación de entrega total a Dios en la soledad y en el silencio, en la cual vocación se abandonan a la acción divina y se preparan para la eterna y definitiva contemplación. Las contemplativas, con su vida y peculiar misión eclesial, imitan a Cristo orando en el monte y, dando cada día testimonio del señorío de Dios sobre la historia y el mundo, anticipan la gloria futura. En este sentido, todos los monasterios extendidos por el orbe deben velar por mantener el ambiente necesario para poder desarrollar la vida contemplativa, cuyos elementos externos, pero necesarios, son la soledad y el silencio en un clima de clausura material.

En este sentido, la exhortación apostólica postsinodal sobre la vida consagrada (publicada en marzo de 1996), al tratar de la fidelidad en la novedad, el papa Juan Pablo II habla explícitamente de la clausura material y afirma, con contundencia, que *la clausura es una vocación y una misión eclesial* que “responde a la exigencia, sentida como prioritaria, de estar con el Señor” (núm. 59). Además, prosigue el Papa, al elegir un espacio circunscrito por la clausura material como lugar de vida, las contemplativas “participan en el anodamiento de Cristo mediante una pobreza radical que se manifiesta en la renuncia no sólo de las cosas, sino también

del 'espacio' de los contactos externos, y de tantos bienes de la creación".

Radicada en esta orientación espiritual, la clausura no es sólo un medio ascético de inmenso valor; sino también "un modo de vivir la Pascua de Cristo", tal como muy acertadamente señaló ya la Instrucción "*Venite Seorsum*" en el año 1969. La clausura, por tanto, afirma Juan Pablo II en "*Vita Consecrata*" nos evoca aquella 'celda del corazón' en la cual cada uno está llamado a vivir la unión con el Señor; por eso "acogida como don, y elegida como libre respuesta de amor; la clausura es el lugar de la comunión espiritual con Dios y con los hermanos, donde la limitación del espacio y la limitación de las relaciones con el mundo exterior, favorecen la interiorización de los valores evangélicos". Es por todo esto que el Papa se complace en animar a las religiosas contemplativas, que felicita con estas palabras: "les expreso mi reconocimiento, a la vez que las aliento a mantenerse fieles a la vida de clausura según el propio carisma".

Todo, absolutamente todo, en los monasterios debe estar dispuesto en función de la valiosa misión contemplativa en el corazón de la Iglesia, de tal manera que cada hermana de la comunidad tenga conciencia de estar construyendo, día a día, la ciudad celeste y preparando la llegada de Cristo. Es por todas estas razones que San Francisco de Asís, en la primera Regla indicaba que: "nada nos sirva de obstáculo, nada nos distancie o nos separe, nada se interponga entre Dios y nosotros"; y Sta. Clara, dotada de un extraordinario espíritu contemplativo, exhorta a lo más bello y profundo de la experiencia contemplativa con estas sugestivas, bellas y estimulantes palabras: "aplica tu mente al espejo de la eternidad, deja que tu alma se sumerja en el esplendor de la gloria, dirige tu corazón hacia el rostro de Dios, y transfórmate totalmente por la contemplación en la imagen de su divinidad" (carta III a S. Inés de Praga). Y todo esto, prosigue la Santa, "para que también tú experimentes lo mismo que experimentan los amigos cuando saborean la dulzura escondida que el mismo Dios tiene reservada desde el principio para sus amadores".

Efectivamente, en la mirada de Cristo, “imagen del Dios invisible” (Col 1,15) y “resplandor de la gloria del Padre” (He 1,3) se percibe la profundidad de un amor eterno e infinito que toca las raíces del ser. Quien se deja seducir por Él, necesariamente tiene que abandonarlo todo y seguirlo (Mc 1, 16.20; 2,14; 10, 21.28), y como San Pablo, debe considerar que todo lo demás es pérdida “ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús”, ante el cual no duda en considerar todas las cosas “basura para ganar a Cristo” (Flp 3,8); ya que su aspiración es identificarse con Él, asumiendo su mentalidad, sus sentimientos, su forma de vida, su oración.

2. *Orar siempre sin desfallecer*

Jesús oraba; toda su vida estaba orientada hacia Dios-Padre en incesante ofrenda, en escucha permanente, en un himno interior de adoración, de amor, de acción de gracias e intercesión perpetua. Jesús, mediante la oración, permanecía tan unificado y tan unido a Dios que por esto podía afirmar que vivía en el Padre y el Padre en Él. Y de tal manera desarrolló Jesús su vida filial, que resplandeció como luz y, viéndolo a Él se podía ver al Padre. Por eso la contemplativa ha de mirar a Jesús sin cansarse, ya que sólo Él puede enseñarnos el camino de la verdadera oración contemplativa. No en vano las constituciones de las religiosas concepcionistas, [en los núms. 71, 73 y 77], se afirma que “las concepcionistas buscan el principio y fin de todas las cosas en la oración”, de tal modo que “a imitación de María a los pies de la cruz, y en espera de la resurrección de su Hijo Jesucristo, procuran orar siempre sin desfallecer”, dedicándose también todos los días a la lectura y meditación del Santo Evangelio y de las Sagradas Escrituras; puesto que la Palabra de Dios tiene un peculiar vigor y fuerza para introducirnos en la comunión con el Padre y para hacernos llevar una vida conforme a su voluntad.

Sabemos por experiencia que la oración es muy difícil. Es el lugar por excelencia de la gratuidad, de lo incomprensible; también de lo inefable y, muchas veces, de lo insensible. En

este sentido la oración es un combate espiritual hasta el último suspiro, por eso las contemplativas han de luchar “el buen combate de la fe’, conquistando la vida eterna a la cual hemos sido llamados, sin poner nunca la dicha en aquello que podemos entender o sentir de Dios en la oración, sino más bien en aquello que no podemos sentir ni entender; como María, que guardaba contemplativamente en su corazón las cosas que entendía junto con aquellas que todavía no entendía. Así, de este modo, la contemplativa encuentra en la oración la paz, la luz y la alegría fecunda; más todavía, a través de la oración se hace dócil a la voluntad de Dios, y en el cumplimiento de esta voluntad divina se le va revelando progresivamente la verdad completa. Poco a poco, la oración debe conducir las almas contemplativas a la pura escucha del único que tiene Palabras de vida eterna; orando en aquella intimidad donde solamente cuenta la densidad de la presencia de Dios, que irá aumentando gracias a la oración hecha en el secreto de la soledad.

Es de este modo que Dios vive en nosotros y nosotros en Él. Para esta experiencia de Dios, la clausura material es esencial (como ya hemos indicado) para la vida contemplativa, y tal como se afirma en el núm. 59 de las constituciones concepcionistas, “la clausura en la orden de la Inmaculada Concepción entraña una opción de silencio que facilita la oración, la paz, el orden y la unidad de la persona para el encuentro con Dios”, y más adelante en el núm. 61 leemos: “viviendo la clausura por amor a Cristo, las concepcionistas se convierten en semilla fecunda que apunta desde el surco la resurrección”.

3. *Vida de pobreza y humildad*

En la Regla de San Francisco y de Santa Clara, el trabajo manual es llamado “gracia del Señor”, y es condición inseparable de la vida contemplativa en pobreza y humildad. Siguiendo, pues, la valiosa experiencia del monacato primitivo, la contemplativa debe cumplir con su misión de orar incluso trabajando, metiendo la oración en el trabajo, trabajando con temblor y respeto, sabiendo que Dios está ahí

obrando para llevar adelante sus maravillosos designios. Y debe trabajar con espíritu de pobreza y humildad; es por eso que Sta. Clara señaló para todas sus seguidoras, las hermanas pobres, que ellas tenían la misión primordial de servir a Dios en pobreza y humildad, en desapropio total y, en este sentido, la religiosa contemplativa en la familia franciscana, totalmente fiel a la vida pobre que libremente ha abrazado, debe saberse contentar con lo imprescindible y no andar buscando comodidades no adecuadas con una vida pobre, la cual debe ser reflejo de la vida de Cristo pobre y crucificado; puesto que cuanto más desprendidas se hallen, mejor logran la pureza del corazón, a la cual Jesús promete la visión de Dios.

Las constituciones concepcionistas, en su núm. 41, señalan con gran acierto teológico que, “la pobreza evangélica es participación en el anodamiento de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros”. Más todavía, “la pobreza evangélica se alimenta de la contemplación de Cristo, que escogió en este mundo la pobreza; y de la de María que practicó la humildad y el menosprecio”. A propósito de esto, las constituciones de las religiosas concepcionistas, en el núm. 43, afirman que ellas “eligen vivir en pobreza por amor al Señor y de su Madre Santísima. Esta pobreza las hace gratas a Cristo y las conduce a la tierra de los vivientes”. El camino que conduce a la verdadera riqueza pasa, necesariamente, por la pasqua de la pobreza; en seguimiento del Cristo pobre y crucificado que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros para enriquecernos con su pobreza.

Se trata no solamente de renunciar a uno mismo, sino de negarse a sí mismo, entonces, al no ser nada lo recibimos todo; por eso, tal como leemos en el núm. 44 de las constituciones: “la [religiosa] concepcionista, para vivir la pobreza que prometió al Señor, ha de usar vestidos pobres, habitar en casas conforme a la santa pobreza, utilizando con sencillez las cosas necesarias y sometiéndose con alegría a la ley común del trabajo, aceptando vivir en la inseguridad y, a veces, en la falta de lo necesario, esforzadamente sobria y desprendida de las riquezas terrenas”; más todavía, se debe evitar también toda forma de seguridad, sin acumular ni

siquiera las cosas necesarias. En los monasterios e iglesias de la familia franciscana, y en todo cuanto usan las religiosas debe ser manifiesta la pobreza y la humildad; de tal manera que, la condición de pobres no necesite de explicaciones, viviendo de tal manera que puedan ver, aun los más necesitados, a verdaderas pobres.

4. *Un silencio contemplativo que favorezca la vida de virginidad*

La vivencia de la castidad, escogida voluntariamente por amor a Cristo y por su Reino, ha de ser estimada como un don insigne de la gracia. La vida de castidad libera de tal forma los corazones que los dispone para el amor sin división hacia Dios y a todos los hombres. A través de esta vivencia se sigue muy de cerca la vida virginal de Cristo y de su Madre Santísima. Es por todas estas razones que las constituciones de las concepcionistas en su núm. 55 indican que “por la virginidad consagrada, la contemplación se hace en la concepcionista respuesta de amor que sirve, ama, honra y adora con limpio corazón y mente pura; y la conduce a los pies del Señor para escuchar su palabra en silencio y soledad”. Se ha de buscar, pues, el silencio con amor y vigilancia; sin embargo la contemplativa ha de desconfiar del falso silencio; que no puede ser solamente sistemático, o puramente disciplinar, y mucho menos rigorista o tenso. El silencio verdadero abre a la paz, a la adoración y al amor.

La contemplativa debe vivir el silencio por fuera y gustarlo interiormente; así experimenta la perfecta alegría, la de aquellos que saben guardar en su corazón los mandatos divinos, y saben permanecer silenciosa y contemplativamente en el amor de Dios, amando también la castidad y la virginidad consagrada, porque es el camino que conduce a Dios. En este sentido, la vivencia de la castidad, ayudará a saber renunciar a lo que es pasajero e ilusorio, y manifestará el rostro verdadero de la vida; sin entristecerse nunca por lo que se deja, mas bien alegrándose por lo que Dios nos da cada día, amando mejor, amando cada día más. Y tal como indica San Francisco en el Cap. XXII de la Regla no Bulada, “esforcémonos por

servir, amar y honrar al Señor Dios con limpio corazón y mente pura, que es lo que quiere por encima de todo”.

5. *Continuadoras de la obediencia de Cristo*

La vida de obediencia es participación en la obediencia de Cristo que hizo de su sumisión amorosa al Padre el instrumento de la salvación del mundo. La contemplativa debe recordar cada día que por amor a Dios ha renunciado libremente a la propia voluntad y que, por esto, con gran docilidad al Espíritu Santo ha de unir todos los esfuerzos para descubrir y realizar la voluntad de Dios. De una forma muy perfilada las constituciones de las concepcionistas, en el núm. 37, indican que la “obediencia en la orden de la Inmaculada Concepción es una relación de amor, de confianza y de respeto”, y en los núms. 30 y 31 de dichas constituciones se nos ofrecen las bases teológico-doctrinales de la afirmación anterior, porque “la obediencia evangélica es la ofrenda total de la propia voluntad como sacrificio de uno mismo a Dios, un seguimiento de Cristo que se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

También las concepcionistas encuentran en María “modelo destacadísimo en la fe y en la caridad, la cual, creyendo y obedeciendo, engendró en la tierra el mismo Hijo de Dios, cooperando, por la obediencia, a la restauración de la vida sobrenatural de las almas”. Y es que la obediencia no es ninguna invención humana, sino que es la expresión misma del ser de Dios. Por medio de la obediencia Dios quiere introducir a la contemplativa en el corazón mismo de su misterio divino; y es que, el modelo más perfecto de la obediencia está en el misterio de la Trinidad, donde entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo todo es comunión, escucha, acogida y –don. De esta total dependencia nace la suprema– libertad; y del respeto a la diversidad de Personas nace la comunión perfecta. Por eso Jesucristo, Hijo de Dios y hombre verdadero, que nos ha amado hasta el extremo, se hizo obediente; ya que sufriendo aprendió a obedecer. Por la obediencia se aprende a amar, y cuanto más se obedezca más amaremos, cuanto

más se ame más obedientes se volverán las vidas de las religiosas contemplativas, porque poniendo la mirada más allá de las apariencias, con la obediencia se expresa siempre la fe. No obstante, la verdadera obediencia es ante todo una conversión y, aquella obediencia que exige información previa no es auténtica obediencia. Cuando la obediencia empieza a ser difícil, entonces empieza a ser más verdadera. La ofrenda cotidiana de la obediencia, al mismo tiempo que eleva al plano de los designios amorosos de Dios, libera de las limitadas perspectivas personales y ayuda a la realización de la madurez individual y comunitaria, entrando en el plano de lo sobrenatural.

6. *Conclusión*

Acabemos recordando y gustando el sabor de estas estimuladoras palabras de San Francisco: “grandes cosas hemos prometido, pero muy mayores son las que nos ha sido prometidas por Dios”. Todo lo podemos en Aquel que nos da fuerzas. Él conoce nuestra fragilidad y nos comunicará toda la fuerza de su gracia para poder cumplir cada día sus designios y su voluntad. Que el Espíritu Santo nos asista, y que nos guíe maternalmente la Virgen Inmaculada, aquella que en gracia fue concebida, que es nuestro ideal y modelo de consagración a Dios en el marco de aquel clima favorable que únicamente es posibilitado por la vida oculta en Dios: la vida contemplativa en clausura material. María es, en efecto, ejemplo sublime de perfecta vida de consagración por su entrega total a Dios.

FR. VALENTÍ SERRA DE MANRESA, OFM
Santuario de N. S. de Pompeya
Barcelona

La Legión de María (II) Su Misión

1. *Introducción*

Explicaba el padre Lino Herrero en el anterior artículo de esta serie dedicada a la Legión de María, que dos son los núcleos, “que a modo de pilares”, la sustentan: “la tarea o trabajo (misión)... y el talante o la fuerza interior (espiritualidad)...”. Habiéndose dedicado él al estudio de la espiritualidad legionaria, nos incumbe a nosotros el ocuparnos de la misión o tarea que está llamada a desempeñar.

En el propio Manual oficial de la Legión de María, edición 19.^a, se explica esta dualidad de la que participa la Legión. Así, en su capítulo XXXVIII podemos leer: “La Legión, sin su espíritu propio, sería un cuerpo sin alma. Pero este espíritu –que obra tan grandes transformaciones en los socios– no vaga por los aires, esperando que alguien lo respire. No, este espíritu vital es resultado de la gracia divina y del esfuerzo humano: depende del trabajo que hagan los legionarios y cómo lo hagan. Si no hay esfuerzo, ese espíritu se transforma en una luz mortecina, próxima a apagarse”. Puede observarse aquí un notable equilibrio: se huye de una suerte de espiritualismo etéreo y vago, pero también se evita caer en un puro activismo sin base mística. Este equilibrio es, a nuestro juicio, especialmente importante en una asociación de seglares.

Habiendo remarcado esta dicotomía misión-espiritualidad, no nos queda sino ocuparnos de aquélla, comenzando por decir que la tarea o misión que la Legión de María está llamada a desempeñar adquiere su faz más precisa y explícita en lo que en la jerga legionaria se denomina “trabajo”. Ni

labor, ni acción, ni ningún otro término que no sea el de “trabajo”, y esto, por supuesto, sin dejar de tener presente que no deja de ser un servicio, y un acto de amor a Dios y a su Iglesia. Como demostración de la importancia que tiene el trabajo en la Legión de María, baste decir que al menos dieciocho de los cuarenta capítulos que contiene su Manual, presentan de un modo, más o menos explícito, relación con ese “trabajo”. A lo largo de estas páginas intentaremos mostrar de la manera más clara las peculiaridades del trabajo legionario.

2. *Lugar que ocupa el trabajo dentro del sistema legionario*

Cabe citar numerosas muestras de hasta qué punto es primordial el lugar que ocupa el trabajo en el sistema legionario. De entrada, la propia Legión de María establece como finalidad propia, “la gloria de Dios por medio de la santificación personal de sus propios miembros mediante la oración y la colaboración activa –bajo la dirección de la jerarquía– a la obra de la Iglesia y de María...” (Manual, capítulo II). Vemos así, cómo, en lo más profundo de la razón de ser de la Legión de María, los instrumentos de los que se vale el legionario son la “oración y la colaboración activa”. Esta última colaboración activa comprende primordialmente el “trabajo legionario”.

Asimismo, en fin, y sin ánimo de insistir demasiado en este tema, pues creemos que ya ha sido suficientemente remarcado, podemos leer en el capítulo VIII del Manual legionario que “ante todo y sobre todo, la Legión de María se vale como medio esencial para sus fines– del servicio personal activado por el influjo del Espíritu Santo”. Ese servicio personal no es otra cosa que el “trabajo”.

Desde otro punto de vista es también reseñable la importancia singular que adquiere el trabajo en el sistema legionario, pues sirve de criterio clasificador, entre otros, a la hora de dividir a los miembros legionarios en “activos” y “auxiliares”. Nos explicaremos: la Legión de María no está abierta únicamente a aquellos que puedan o quieran desempeñar un servicio activo, sino también a todos aquellos que deseen asociarse a ella emprendiendo en su nombre un servicio de oración.

Estos son los llamados socios “auxiliares”, que no dejan de ser verdaderos miembros de la Legión, y cuya ayuda es, sin duda, de un valor inestimable. Los que además de un servicio de oración, desempeñan un servicio activo (trabajo), amén de otros requisitos, son los denominados socios “activos”.

3. *Característica del trabajo legionario*

3.1. Algo más que un trabajo

Varios son los deberes que la Legión establece para sus socios activos, pero en lo esencial quedan sintetizados en cuatro que reciben el nombre de Ordenanzas Fijas. La tercera de esas ordenanzas prescribe “la ejecución de un trabajo legionario activo y sólido, hecho con espíritu de fe y en unión con María, en forma tal que, en las personas por quienes trabaja y en sus propios compañeros, María vea y sirva de nuevo a la Persona de nuestro Señor”. El legionario se encuentra aquí, no sólo ante un deber, sino ante un verdadero ejercicio de meditación. Cada vez que vaya a cumplir con el trabajo que se le haya encomendado, no será él quien acuda, sino la propia Madre, y aquel con quien se encuentre no será otro sino Jesús, de acuerdo con un principio que a más de ser legionario, es típicamente evangélico. Por otra parte, y a la luz de este mandato, es fácil comprender por qué algunos legionarios gustan de contestar a la pregunta de qué es la Legión de María con un sintético: “María en acción”.

Tiene, en fin, claro el legionario, que su “trabajo activo no es sino una forma de oración” y que “hay que aplicarle las reglas de la oración”. Y prosigue el Manual legionario en su capítulo XXVIII: “Ningún trabajo durará mucho si no está encuadrado en este marco sobrenatural, porque, una de dos: o es fácil, y en este caso se hará cansino y monótono; o es difícil y estará marcado con las contradicciones y el fracaso aparente. En ambas hipótesis sobrarán razonamientos humanos, aconsejando que se desista de la obra comenzada. En lugar de esto, el legionario tiene que aprender a penetrar con la mirada más allá de la neblina de los sentimientos naturales,

y mirará las cosas en su verdadera perspectiva sobrenatural. Cuanto más tenga su trabajo de cruz y sufrimiento, tanto más lo debe apreciar". Si este es el aspecto más genuino del trabajo legionario, hay, no obstante, otros muchos que terminan por configurarlo.

3.2. Un trabajo organizado

En primer lugar, el trabajo que desempeña cada legionario no es aquel que libre e independientemente desee realizar, sino aquel que cada semana le señala y concreta el grupo, ("*praesidium*" en lenguaje legionario), al que pertenece. Los legionarios se reúnen, nos reunimos semanalmente, y en esa reunión que llamamos "junta", entre otras cosas se reparten los trabajos que deberán desempeñarse esa semana. En concreto, la distribución de tareas la determina el máximo responsable del grupo, su presidente. Éste deberá tener en cuenta, al menos, las capacidades de los diferentes legionarios, su veteranía, la dificultad de los trabajos y la urgencia de los mismos.

De hecho, los propios trabajos son asumidos, no por legionarios a título personal, aunque sean ellos quienes deban desempeñarlos, sino por los *praesidia*, en razón de sus posibilidades. Lo que sí podrá y deberá hacer el legionario es proponer posible trabajos a su *praesidium* para que éste los acoja como tarea propia, si fuera posible.

3.3. En pareja

Por otra parte, los presidentes de los grupos no sólo determinan qué trabajo realizará cada socio, sino también con quién, siguiendo la tradición legionaria de actuar por parejas. Esto obedece a varias razones. Por un lado es una forma de proteger a los legionarios frente a cualquier imprevisto o situación difícil en la que pudieran verse envueltos; por otro, proporciona una sencilla ocasión para el ofrecimiento de mutuo ánimo. Finalmente, salvaguarda la disciplina, al no depender de una sola persona el desempeño de un trabajo acaso poco grato.

Sobre esta característica de la tradicional ejecución de los trabajos en pareja, cabe hacer dos observaciones. En primer lugar, es de gran ayuda para la rápida incorporación efectiva a las filas de la Legión de personas recién llegadas a los grupos, pues permite que desde el primer día puedan realizar servicio activo de la mano de un legionario experto bajo el sistema “maestro y aprendiz”, que la Legión tiene a gala emplear. En segundo término, hay que decir que no ha de aparecer esta peculiaridad como un obstáculo en modo alguno. Habrá trabajos que por su naturaleza tengan que ser realizados en solitario, como pueda ser la labor catequética; en ocasiones, un miembro de la pareja fallará; a veces simplemente será conveniente que la pareja se separe, en la visita, por ejemplo, a un hospital... En todos estos casos el legionario actuará con entera libertad, procurando que el trabajo se realice, con la única salvedad de abandonarlo para mejor ocasión, en el caso de que, realizado sin compañía, pueda suponer algún riesgo para su persona.

Junto a estas consideraciones de orden eminentemente práctico, hay también que hacer notar otra fundamental de orden espiritual. Cuando los legionarios actúan de dos en dos, ese número “dos” no dejará de tener una significación mística: el amor, del que depende toda fecundidad, y será, además, recuerdo del envío que hizo Jesús de sus discípulos de dos en dos (Lc 10, 1).

3.4. Al menos dos horas a la semana

Reza el Manual de la Legión de María que el trabajo que se le encomienda al legionario deberá tenerlo “bien ocupado... durante dos horas cada semana”. Lo cierto es, que a Dios gracias, ya sea por mérito del legionario, o por la propia dinámica que la vida legionaria transmite, el común de los legionarios dedica bastante más tiempo que esas dos horas, aparentemente tacañas, pero que en los tiempos modernos advienen valiosísimas en un seglar. Por otra parte, es además un hecho, que el socio de la Legión de María se precia, las más de las veces, de estar de servicio las veinticuatro horas del día,

y que, aborreciendo el ser tachado de “cristiano de domingo”, tampoco desea ser “legionario de dos horas”, pues sabe bien que lo que la Legión le pide es ser “personificación atrayente” del “cristianismo verdadero”. La expresión máxima de la entrega legionaria “a tumba abierta”, reside en los llamados “*incolae Mariae*”, socios generosos que se ofrecen a la Legión para, en algún lugar lejos del hogar, prestar un servicio durante seis meses, un año, o acaso más.

3.5. Contenido del trabajo

La Legión de María se encuentra totalmente volcada en la tarea de “buscar primero el Reino de Dios y su justicia (Mt 6, 33)”, según leemos en el capítulo IX de su Manual, y por tanto, sus trabajos predilectos son aquellos “encaminados directamente a salvar a las almas”. Esta última expresión resultará a algunos quizás trasnochada, y preferirán el verbo “evangelizar”. Para nosotros, a pesar de nuestra condición legionaria e implícitamente guerrera, la polémica terminológica carece de importancia.

Lo que sí debe quedar claro es que en la jerarquía de valores de la Legión de María lo primero es convertir (evangelizar), lo segundo conservar la fe, y lo tercero consolar. Ciertamente, que, en la práctica, resulta difícil y confuso diferenciar estos tres aspectos. A la vez, a la Legión le han venido por añadidura otros bienes que no buscaba directamente, por ejemplo su valor como factor social.

Por último, decir que debe ser un trabajo serio y sólido, no sirviendo por tal oraciones u otros ejercicios de piedad, por valiosos que sean; y que deberá estar inspirado en su correspondiente principio doctrinal, para que adquiera así un sentido espiritual.

3.6. Trabajos habituales

El primer trabajo al que se dedicó en sus inicios, hace ahora 75 años, la Legión de María, fue la visita a un hospital, en concreto al Hospital Unión de Dublín, y esa labor de

visita a enfermos en hospitales ha continuado siendo una de las actividades predilectas de los legionarios.

El segundo trabajo al que se dieron los legionarios, fue la acción en favor de las llamadas, en ambientes legionarios, "chicas de la calle". Como anécdota que habla de lo desacomodado que era en aquellos tiempos este tipo de acciones, he leído en alguna parte, que cuando el siervo de Dios Frank Duff, comenzó a escribir en los años cuarenta unos artículos sobre la tarea realizada en el barrio de la prostitución de Dublín, parece ser que el Arzobispo prohibió su publicación alegando que daba ¡¡¡mala fama a la ciudad!!! Hoy, el trabajo con las chicas de la calle se continúa, y adquiere su carácter más radical y organizado en el llamado "rescate callejero", en el que parejas de legionarios acuden al encuentro de las mujeres en los ambientes más degradados.

A estos dos trabajos, se han unido, lógicamente otros muchos. Aquí sólo pretendemos dar una somera panorámica de los mismos, pero lo fundamental es comprender que, con independencia de la tradición, la Legión de María se encuentra siempre dispuesta a emprender nuevas acciones, consciente de que cada lugar y cada tiempo tienen sus necesidades particulares.

A modo de catálogo podemos indicar que son trabajos legionarios, habitualmente realizados, además de los dos ya referidos, los siguientes: visitas a socios auxiliares, enfermos y ancianos, en sus hogares y en residencias; colaboración con las parroquias en tareas de catequesis, censo, liturgia, administración de sacramentos, celebraciones marianas...; reuniones de oración, patricios (método legionario de formación religiosa a través del libre intercambio de ideas); grupos de prejuveniles (niños y adolescentes a los que se forma en la fe cristiana, y a los que además se inicia en el conocimiento de la Legión de María); visitas a hogares y contactos callejeros; gestión de asuntos sociales; colaboración con Congregaciones Religiosas y otros movimientos; ayuda a drogodependientes; visitas a centros penitenciarios; distribución de literatura católica...

3.7. Los trabajos heroicos

Si hay una palabra que aparezca habitualmente unida al sustantivo “trabajo” en los círculos legionarios, esa es, sin duda, el adjetivo “heroico”. Dejando al margen el significado exacto del concepto “heroico” y qué trabajos pueden ser considerados tales, lo cierto es que la Legión de María pide con insistencia que no se la prive de obras difíciles y que requieran gran iniciativa. Y esto no lo hace de un modo general o vago, sino que explícitamente exhorta a todos sus *praesidia* para que al menos desempeñen un trabajo que reúna estas características.

En esto podemos ver el carácter audaz y aventurero, por amor a Dios, que debiera ser propio de todo legionario, y que choca, por otra parte, con la imagen que desgraciadamente tienen algunos de la Legión de María, al concebirla como un mero “grupo de mujeres mayores que rezan el rosario”. Y decimos esto, reconociendo que, sin duda, también somos los legionarios responsables, en parte, de esta falsa percepción.

Lo cierto es, que, dejando tópicos a un lado, “obras son amores y no buenas razones”, justo es señalar que, a lo largo y ancho de todo el mundo, miles de legionarios se han distinguido y se distinguen por su entrega a la atención de los más desamparados: prostitutas, drogodependientes, enfermos terminales de SIDA..., y al explícito anuncio del Evangelio, aun donde las condiciones son menos propicias. Algunos de ellos, como es el caso de muchos legionarios en China a principios de los años cincuenta, pagaron su entrega a Jesús a precio de sangre.

3.8. El trabajo legionario y la acción pastoral parroquial

Si negativo es para la Legión de María que se la conciba como puro foro de reunión de amantes del rosario, peores se nos antojan aún las consecuencias que se derivan de la idea que a veces se tiene sobre cómo se entroncan los grupos legionarios dentro de las parroquias. Muy a menudo, tenemos la impresión de que personas, no precisamente poco formadas, creen que los grupos legionarios, *praesidia*, por decir más

exactamente, están replegados sobre sí mismos, ajenos al devenir de las parroquias. Y no hay nada más alejado de la realidad: de por sí, un *praesidium* está radicado en una parroquia concreta, a la cual no pretende sino servir, poniéndose desde el principio a disposición de la misma, y más concretamente de su párroco, que es, de oficio, el director espiritual del propio *praesidium*, *praesidium* que precisamente por ello le ha de considerar en primer lugar principio vital de su vida espiritual.

Así las cosas, párrocos y parroquias no debieran ver en la Legión de María, un elemento disgregador de la realidad parroquial, sino por el contrario, un factor coadyuvante de la misma. Los *praesidia* son, en realidad, instrumentos de los que cualquier párroco despierto puede sacar notable fruto para su labor pastoral, y los trabajos legionarios no debieran ser vistos sino como actos de servicio a la comunidad parroquial.

3.9. La acción simbólica

Uno de los elementos más genuinamente legionarios, a nuestro juicio, lo constituye la llamada “acción simbólica”. Ya hemos señalado que absolutamente necesarios para la Legión son los trabajos heroicos, difíciles, arduos. Ya nuestro propio fundador, el siervo de Dios, Frank Duff, bromeaba diciendo que “no se utilizan elefantes para cazar hormigas”. Sin embargo, es cierto también que en algunas ocasiones esos trabajos se presentan como verdaderamente imposibles. En estos casos la respuesta legionaria reside en el “esfuerzo en toda circunstancia y en todo trance” según se puede leer en el capítulo XXXIX del Manual, a la par que en un acto de total confianza en la verdad evangélica de que para Dios nada es imposible.

Además, se nos dice también en ese capítulo, que es consigna legionaria en estos casos que “cada imposibilidad es divisible en treinta y nueve pasos, cada uno de los cuales es posible”. Parece una contradicción, pero no es sino el resultado de la aplicación del sabio principio: “divide y vencerás”. Y de un segundo elemento: la conciencia de que lo que se

necesita es acción. Lo que hay que hacer en todo caso es dar un primer paso, y si no se tuviera ni siquiera una vaga idea de cómo debiera ser esa iniciativa, en esas circunstancias, lo legionario es, no cruzarse de brazos, ni contentarse con rezar, sino hacer “algo positivo que, aunque, al parecer no tenga un valor práctico, por lo menos tienda a nuestro objetivo y tenga alguna relación con él”. Este gesto final y retador es lo que la Legión ha dado en llamar acción simbólica.

3.10. La ayuda material

Uno de los aspectos que suelen resultar más llamativos a los recién llegados a la Legión de María, y que llega a producirles un rechazo casi instintivo, es la prohibición que ésta establece, de proporcionar “socorro material, por poco que sea; ni siquiera ropa vieja” (Manual, capítulo XXXVIII). La verdad es, que dicho así, casi suena escandaloso, pero lo cierto es que los legionarios se preocupan, y de qué modo, por las necesidades, de todo tipo, que puedan tener aquellos a los que frecuentan.

La Legión de María aprecia la bondad de la limosna material, pero su campo de acción es bien distinto, el de la comunicación de bienes espirituales, y para esta tarea el desempeño de socorro material podría resultar incluso contraproducente, pues entre otras cosas, personas no necesitadas de esta ayuda podrían entonces evitar el trato con los legionarios, por no parecer carentes de recursos económicos. Por otra parte, ya hay en el seno de la propia Iglesia asociaciones dedicadas a esta tarea, y de hecho, en los orígenes de la Legión de María, esto fue fundamental, pues habiendo tenido las Conferencias de San Vicente de Paúl parte importante en el nacimiento de la Legión, no se juzgaba menester que ésta se metiera en un terreno en el que aquéllas daban sobrada prueba de trabajar a la perfección.

Pero entonces, ¿es el legionario indiferente a los casos de pobreza con los que sin duda se encontrará en sus trabajos? En absoluto, y en esos casos tiene dos vías concretas de actuación a las que la propia Legión le exhorta: por un lado,

en la medida de sus posibilidades podrá hacer una dádiva anónima mediante un tercero; por otro, deberá informar a aquellas asociaciones dedicadas a este tipo de actividad.

Por último, es preciso además destacar, que las obras de prestación personal no se entienden como socorro material. Gestionar la percepción de una ayuda social o formalizar los papeles de un inmigrante, sí podrán ser, por ejemplo, trabajos legionarios.

4. *El informe del trabajo*

Si la realización de un trabajo es un deber básico para un legionario “activo”, no menos deber es añadir a la ejecución de esa tarea, un informe de la misma. Según la primera de las Ordenanzas Fijas, esa síntesis de los mandatos legionarios de la que ya hemos hecho mención, el legionario está obligado a la “asistencia puntual y regular a la junta semanal del *praesidium*, donde se presentará en voz clara un informe suficiente sobre el trabajo realizado”. Así las cosas, los socios de la Legión se reúnen todas las semanas, y en esa reunión, entre otras cosas, exponen, sencillamente, un informe, instructivo e interesante, del trabajo que se les había encomendado la semana anterior.

Varios comentarios se pueden hacer al respecto de este “informe”. En primer lugar, cabe resaltar el destacadísimo puesto que ocupa en el entramado legionario, según se desprende de su presencia en las Ordenanzas Fijas. Hablan también de su importancia el que en el capítulo XXVIII del Manual legionario podamos leer que es deber básico del legionario: “Informar de viva voz en la junta sobre el trabajo de la semana”, y que en el capítulo XXXV del mismo, se nos explique que “El informe es, a su manera, de tanta importancia para la junta como las oraciones”.

¿Por qué resulta tan importante informar sobre los trabajos? La respuesta es sencilla y tiene a la vez varias vertientes. Ante todo, hay que recordar lo que hemos dicho más arriba (punto 3. 2), al indicar que los trabajos no son asumidos por los legionarios a título personal, sino por los *praesidia*

(grupos). Así pues, es lógico que obligatoriamente los *praesidia* necesiten tener en todo momento noticia clara de que es lo que está sucediendo en los diferentes frentes en los que se ha comprometido. En este sentido se expresa el Manual de la Legión de María en su capítulo XXXVI, al indicar que “el centro de la acción, del informe y de la caridad legionaria no es ni el socio individual, ni la pareja de visitantes, sino el *praesidium*, y al *praesidium* se deben referir en detalle todos los casos ordinarios”.

Por otra parte, el informe del trabajo adviene importante elemento de formación, pues de un lado, los socios pueden ver cómo han actuado sus hermanos en casos concretos, y de otro, los socios que informan reciben a su vez comentarios y sugerencias del resto de legionarios. Finalmente, el informe del trabajo debiera producir un último fruto, al promover el contacto espiritual entre los que escuchan los informes y las personas y lugares visitados.

Explicado el porqué, o los porqués del informe, llega el momento de hacer frente a los posibles inconvenientes que puedan verse en tal práctica. El principal será el de que se puede caer en indiscreciones si en la junta legionaria se exponen con amplia libertad los pormenores de una visita. A este respecto el proceder legionario es claro: “Los informes deben revestir el carácter de secretos de familia. Lo mismo que éstos, deben discutirse de puertas adentro, pero con amplia libertad” (Manual, capítulo XXXVI). ¿Y puertas afuera? El legionario conoce la cuarta y última de las ordenanzas Fijas que le obliga a “la guarda de un secreto absoluto con relación a todos los asuntos discutidos en la junta o conocidos en el ejercicio del trabajo legionario”. En cualquier caso, y dentro del ámbito de la propia junta también recuerda la Legión que pueden “darse circunstancias excepcionales, que aconsejen en algún caso extremo un silencio absoluto”. En esos casos se recurriría al director espiritual.

La otra objeción, que a veces hemos oído, a la práctica de informar sistemáticamente sobre los trabajos, no deja de ser sino una ilusión o fantasía de objeción pues argumenta que obrando de esta manera se falta a la humildad. Habiéndonos

ya referido a la razón de ser del informe, nos parece innecesario hacer hincapié en lo erróneo de esta lectura: con el informe se busca, entre otras cosas, eficacia, y no lucimiento. Remembranza de interpretaciones teresianas de la humildad sobran en este caso tan obvio.

Por último, nos gustaría resaltar lo moderno que, a nuestro juicio, resulta, el informe del trabajo, en tanto en cuanto instrumento de evaluación de la tarea realizada. Nos parece muy destacable esto, pues precisamente en un momento en que en la vida cotidiana, todo parece que ha de ser evaluable y evaluado, en una época en la que se nos hacen continuamente encuestas para ver si han sido de nuestro agrado los más variopintos servicios que se nos hayan prestado, o se crean por parte de la Administración todo tipo de organismos evaluadores, o se promulgan incluso leyes dedicadas en parte a la “evaluación”, piénsese por ejemplo en el terreno de la educación en la Ley Orgánica de Participación, Evaluación y Gobierno de los Centros, en una época así, nos parece, en fin, notable que desde sus inicios, los legionarios, anticipándose a estas “fiebres evaluadoras”, no hayan hecho sino evaluar sus acciones a través de los informes de trabajos.

5. *A modo de conclusión*

La primera junta de la Legión de María tuvo lugar en Dublín un miércoles, siete de septiembre de 1921, de la mano de quince mujeres que se reunieron, en compañía de un sacerdote, el padre Toher, y un laico, el hoy siervo de Dios, Frank Duff, porque querían servir a la Madre. Deseaban, entre otras cosas, hacer cada semana un trabajo del que habrían de dar cumplido informe. Además, querían tener claro con qué espíritu iban a desempeñar esa tarea. En este último apartado, la pauta fue marcada por el capítulo 25 del Evangelio de San Mateo, a cuya lectura y estudio se dieron con entusiasmo aquel mismo día.

DAVID LUCAS CUESTA
Miembro de la Curia “Ntra. Sra. de la Vega”
 Legión de María. Salamanca

Testigos

M.^a Celeste Crostarosa (1696-1996)

Presentación

M.^a Celeste Crostarosa, una mujer que ha permanecido en el misterio y anonimato desde hace más de dos siglos, tiene algo que decimos hoy. Su experiencia es una llamada, un reto, una esperanza. Vamos a conocer a M.^a Celeste que ha penetrado el misterio de Dios; y además ha dejado varios escritos, habiendo aprendido a escribir sin maestro; ha tenido fenómenos sorprendentes en su experiencia de Dios; ha recorrido varios monasterios siendo reformadora y fundadora; ha sido una mujer viva, agraciada e incluso seductora. Sí, una mujer que ha sabido encarnar el verdadero tipo napolitano del siglo XVIII.

M.^a Celeste mujer

Nápoles: sol y Vesubio. Los dos polos que van a determinar el carácter napolitano, armonizados por la bahía que hacen de Nápoles tierra de una belleza extraordinaria y de contrastes trágicos. Su gente apasionada como el volcán, alegre como el sol y soñadora como su mar.

Es el otoño de 1696. El 31 de octubre. En la casa que la familia Crostarosa-Caldari tiene en el barrio noble, nace una niña. Su aspecto delicado y débil hace temer lo peor, y al día siguiente se la lleva a bautizar con la pompa y alegría que corresponde al rango de la familia. En la parroquia de San José se le administra el bautismo, recibiendo los nombres de Julia, Marcela y Santa, que cambiará más tarde por el que la conocerá la historia: M.^a Celeste.

Giuseppe Crostarosa ejerce la magistratura en Nápoles. Su posición acomodada le permite atender holgadamente a su numerosa familia. Battistina Caldari es la expresión acabada de la mujer napolitana. Alegre y dinámica, apasionada y dulce, se dedica a la educación de su crecida familia. Allí la convivencia es fácil, la libertad se acrisola, el compartir se estimula, la lealtad se exige y la fe se robustece en una espiritualidad centrada en los santos, y en los sacramentos, como es propio de una familia católica del “settecento” napolitano. En este ambiente se abre a la vida la pequeña Julia. Pronto será el centro por sus dotes, y sus hermanos verán con gusto que ella los capitaneé.

Del conjunto de sus escritos se descubre que M.^a Celeste no es una conceptual, ni racional-lógica. Narra la experiencia de su vida. Su alma femenina, cien por cien, se manifiesta en expresiones como: “vestidura de cristal”, “las labores finísimas”, “el brillo de los cristales”, “el sol de Nápoles lo dora todo”. Ella siente y escribe. Quien se acerque a sus escritos podrá descubrir clara intuición y originalidad, pero siempre encontrará a la mujer. Ternura femenina que intuye, descubre y saborea la infinita ternura de Dios. Descubre lo femenino en Dios. En su amor de benevolencia, Dios se revela como Padre y Madre. Por su femineidad, tal vez, experimenta así este amor. Por eso M.^a Celeste puede decir refiriéndose a Dios: “me parece que eres para mí más que una buena madre, por tanta solicitud y amor como muestras”. Dios es una madre. Cada uno y, toda la humanidad, nace y vive en su seno. M.^a Celeste experimenta por la fe, que Dios le da a entender: “te llevo como a un niño en mi seno”.

Otras veces aparece la mujer apasionada, por lo que alguien podrá decir al leer sus expresiones: “eso, entusiasmo desmedido de una mujer apasionada, y para colmo napolitana”. Así leemos “Cuando oí tu nombre quedé sobrecogida... ante nombre tan bello, tan dulce, tan querido, tan agradable, tan grande, tan lleno, tan amable, tan admirable, tan divino”. ¡Nueve adjetivos! Enamorada, el nombre de Jesús no evoca una idea, una imagen, sino una persona realmente presente

en ella. Y todo su amor apasionado le “fuerza las palabras”, como ella misma dice.

Mujer que sabe armonizar las características más genuinas de su sexo y al mismo tiempo posee la reciedumbre de un carácter varonil, y de los “muy barbados”, como diría Santa Teresa. Tiene un carácter decidido, enérgico, fuerte, leal y que exige lealtad del otro. Cuando madura una idea, una decisión, la pone en acción con la misma energía. No es cerrada en sus ideas. Busca, y cuando encuentra, la certeza la lleva a unas convicciones fuertes. Dignidad y libertad de conciencia serán las características de su personalidad.

En el momento histórico de M.^a Celeste, el confesor tiene una importancia decisiva en la vida de un monasterio. Incluso muchas veces se llega a hacer voto de obediencia al director espiritual quien, con bastante frecuencia, impone sus criterios personales. M.^a Celeste opina que la labor del director es para animar, pero no para dar pistas hechas. Más aún, llega a decir que si el director es velo y no transparencia de Cristo, es mejor quedar cierto tiempo sin director, pues a quien es así “no lo podemos escuchar”. Es preferible quedarse sin director y Cristo suplirá. Según ella el director espiritual es para asegurar un camino, confirmar una vivencia, contrastar siempre; pero no para imponer.

Dignidad y libertad de conciencia, que no va a ser ocasional y se va a manifestar en todo su actuar. Por el único delito de ser libre va a tener que dejar el monasterio de Scala en contra de su voluntad. Este sentido de la dignidad y de la libertad de conciencia va a determinar uno de los fundamentos de su espiritualidad, y, habida cuenta del siglo en el que M.^a Celeste está viviendo, nos parece que expresa una revolución, una intuición, una apertura al futuro. Una cierta independencia del elemento masculino.

Alcanzada por Dios

Esta mujer de rica personalidad fue alcanzada por Dios. Dios irrumpe de manera imprevisible. Como quiere, cuando quiere, y en quien quiere. Un día será Moisés, otro Elías,

otro... La lista se haría muy larga. “En Él nos movemos y existimos”, dirá Pablo. Dios no es alguien fuera de nosotros. A Dios, se le siente, se le vive y esto sin que se llegue a comprender. No se trata de “saber” como entendimiento, sino de “sabor”, como gusto. Así lo dice Santa Teresa.

M.^a Celeste no tiene más que cinco o seis años. Es una “bambina” normal en sus juegos y con sus hermanos. Su madre lee vidas de santos a sus pequeños y les instruye en la vida de la fe, de acuerdo con su edad. La pequeña empieza a experimentar un sentimiento no corriente de intimidad con Jesús, cosa anormal a sus años. Quizás en este momento no le parezca cosa anormal, tal vez piensa que eso le pasa a todas las niñas de su edad. Lo vive con naturalidad y así lo cuenta: “Teniendo cinco o seis años, comenzó el Señor a darme conocimiento de su divinidad, sin yo hacer nada, tan suave, que concebí el deseo de amarlo y de servirlo... me llamaba y me urgía a amarlo con unas breves palabras interiores, sin que yo supiera qué era aquello”. ¡Cómo lo iba a saber! Experiencias totalmente interiores. Nada externo que cautive su mirada infantil. Simplemente le habla al corazón con palabras silenciosas.

En general éste va a ser el estilo de intimidad de Jesús con M.^a Celeste durante el resto de su vida: una transformación interior, profunda, desde dentro. En estos primeros años ella la llama “la compañía secreta” y esta compañía con Jesús continúa sin la más pequeña interrupción hasta los nueve o diez años. Edad en la que atraviesa un período de “crisis”. Lo vive así: “Comencé a hablar con algunas sirvientas de casa inclinadas hacia la vida mundana. Apartándome del Señor empecé a deleitarme con las noticias del mundo... a desear cosas del mundo”. Parece excesiva la valoración que hace. Más bien es la búsqueda natural de orientación en una adolescente que va descubriendo la realidad que le rodea. Es un ritmo normal de adolescencia. Sin embargo, teniendo en cuenta la intimidad que experimenta con Cristo, tiene sentido su dolor. Y desemboca en una confesión general. El confesor se da cuenta de que está llamada a un alto nivel de espiritualidad, le perdona los pecados y le enseña la oración mental.

M.^a Celeste está dispuesta a todo para agradecer a Dios. En su plan entra dedicar diariamente media hora a la meditación, bien por la mañana, bien por la tarde, siguiendo las instrucciones del confesor y con el método que él le ha enseñado. Por eso, llegado el tiempo de la oración, hace el acto de fe en la presencia de Dios y lee los puntos de la meditación sobre la pasión del Señor. Pero se siente atraída por una misteriosa fuerza que actúa en el interior de su alma. Le abrasan las llamas de un amor extraordinario que le hace entrar en un recogimiento profundo. El libro se le cae de las manos. Pasa la media hora sin darse cuenta. Cuando vuelve en sí piensa que no es más que una principiante, que tal vez no ha sabido aprovechar el tiempo, y vuelve a releer el punto de meditación, trabajando por hacerse dueña de sus facultades, sin que el éxito sea ahora mayor que al principio. Para ser fiel, y creyendo que no lo sabe hacer, cambia la lectura, siguiendo el consejo del confesor. Esto una y otra vez, cerca de dos o incluso tres horas muchos días. De impotencia y poca disposición lo califica ella. En un simple arranque del corazón llega a la cumbre de la oración, y no sabiendo que está en la cima, desciende de nuevo para seguir la trillada senda que trabajosamente va serpenteando por la falda de la montaña.

Hasta que un día: “Leí la meditación sobre la lanzada que sufrió en la Cruz nuestro Señor Jesús. Entonces quedé absor-ta por el amor de este divino Señor, invitándome Él a permanecer en su divino corazón herido; quedé tan herida de amor que a partir de ese momento no volví a coger libros para meditar. Y en esta luz quedé con tal recogimiento en mi alma que duró cerca de dos meses”. M.^a Celeste empieza a vivir su manera propia de hacer oración.

En este ambiente de presencia de Cristo ocurre algo que todos los místicos sufren en algún momento de la vida, antes o después; y ordinariamente es una experiencia personal que siempre es amarga. Esta es la lección: hasta los mejores pasan por la sombra. Después de tantas luces y de tanta fidelidad a Cristo, M.^a Celeste pasa por un período de tinieblas y oscuridad. Ella se cree responsable. Su director espiritual le asegura que no hay ofensa a Dios, que en balde se atormenta

y que nada tiene que temer. “Estás pasando, le dice, por la doble prueba: la purificación de los sentidos y la del alma, pronto acudirá Dios a socorrerte”.

Después de cinco meses, en la misa de Resurrección, ella escribe: “Sentí mi alma totalmente revigorizada y restaurada... me desapareció aquel temor interior... Tú entraste en mi corazón,... me dijiste: ‘que la paz esté contigo’. Al escuchar esta palabra mi alma se perdió en ti y absorbida en ti quedé unificada”. M.^a Celeste ha participado en el misterio de Muerte-Resurrección en forma plena. Puede repetir con San Pablo: “Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí”.

A partir de ahora hay una confirmación fundamental: seguir y dejarse guiar confiadamente por Cristo. Un guía y un amor que conviene entender de manera precisa: “... con tu luz divina esclareciste mi entendimiento e hiciste que te conociera, y tu divino amor, con el que me amaste, engendraba en mi corazón el amor para que yo te amase”. Hay ahora una clara conciencia de que nuestro amor por Cristo “es engendrado” por el amor con que Él nos ama a nosotros; ya no es tanto amar como dejarse amar. “Tú imitarás mi vida, le dice el Señor”, y ella va ensayando maneras de imitarle. M.^a Celeste se deja guiar por Dios. Cada vez más intensamente Cristo le va llevando hacia él, en lo más interior de sí misma.

En este proceso evolutivo descubre el misterio de Cristo viviendo en su alma: “El Señor... me mostró cómo vive y es vida del alma justa... En íntima unión de amor, realizaba en el alma, con su gracia divina, una dulce semejanza de vida eterna, hasta comprender aquellas palabras del evangelio: ‘yo soy el camino la verdad y la vida’...”. Llega a escribir uno de los textos más densos: “Y por tanto se concluye que El se hace viviente (viador) en aquellos que están unidos por amor y unión verdadera en Dios por fe, obras santas y por gracia en el Espíritu Santo. Y todos aquellos que están unidos... son una sola cosa con Él, una sola es la persona que en Cristo Hombre Dios asciende al cielo”. Es la cumbre de su desarrollo espiritual: Un Dios Padre que en Cristo, por la acción del Espíritu Santo nos hace participar de su misma vida divina.

Cristo es el acceso al Padre. M.^a Celeste tiene claro el seguir confiadamente a Cristo. Imitándole en su vida, por una compañía y unión amorosa de Él, termina por encontrar el Cristo Viviente y Vida en ella misma. Más que imitar es acoger. Imitar su vida se convierte en recibir como propios los rasgos y las obras de Cristo, es decir, el vivir de Cristo viador en nosotros viadores. Esto no lo comprende como una doctrina, lo experimenta y lo vive. Quedan así contenidos los elementos principales de su espiritualidad: El Padre por el Espíritu imprime en el alma la imagen del Verbo. –Una espiritualidad de imagen, es decir, hay una semejanza divina impresa en el alma; Cristo es la clave para la verdad y la vida; es totalmente camino; Cristo vive de nuevo hoy como viador en quienes creen en Él; –todos los creyentes unidos con Él se hacen individualmente uno con Él, y todos juntos forman una sola persona en Cristo. La espiritualidad crostarosiana, marcadamente cristocéntrica, va quedando configurada; se acerca el momento de que fructifique en forma comunitaria. M.^a Celeste se convierte en:

Fundadora, maestra y guía espiritual

En el silencio de la oración percibe como experiencia fuerte de fe que Dios desea una nueva familia religiosa en la Iglesia que haga presente en medio de los hombres la expresión de su amor: "...‘quiero hacerte madre de muchedumbres de almas que salvaré por tu medio’ e indicándole que debía de fundar un Instituto". En ese momento M.^a Celeste no entendió todo el alcance. Más tarde en su autobiografía cuenta: "Se operó en mi alma de nuevo, aquella transmutación de mi ser en el de nuestro Señor Jesucristo... Todos los bienes preciosos de la vida del Señor, se imprimían en mi corazón. Y entonces me pareció entender que aquel sello lo imprimía no sólo en mi corazón, sino también en todas las almas que por mi medio habían de tener vida en El. Comprender entonces que quería poner en el mundo un Instituto por mi medio. Que en la vida de Él, estaban contenidas todas las leyes de su vivir y de sus reglas...".

La vida de Jesús está en la base y M.^a Celeste se propone “imitarlo” pues en su corazón resonaba; “me agrada que vivas en mi vida”. Y así ella: “debía cambiar su vida en la de Él, para que lo hiciese nacer para el mundo”. El nuevo Instituto “...no debía aparecer con títulos de fundadores ni fundadoras sino que Cristo debía ser la piedra fundamental del mismo; las semillas de su divina palabra eran la argamasa; el corazón de la Religiosa, la tierra de este edificio; y su Padre el arquitecto del mismo”. El llevar a cabo la fundación de este Instituto va a ser para M.^a Celeste el comienzo de sus dificultades.

En dicha fundación juega un papel importante el teólogo Alfonso de Liguori, amigo y confidente, que afirma que la obra es de Dios y no una ilusión tal como se había juzgado. Más tarde cuando de la misma savia surja la rama misionera, será Alfonso quien dé vida y forma a la Congregación de Misioneros Redentoristas. La fundadora es una auténtica madre. Recibe de Dios el carisma que debe transmitir a su descendencia según el espíritu propio. Su experiencia es el germen del nuevo Instituto, al mismo tiempo que su mejor expresión. En este sentido M.^a Celeste es una Madre y Maestra.

Después, casi dos siglos y medio de su muerte, en los monasterios de monjas redentoristas se ha conservado la intuición original de M.^a Celeste. Aunque la Regla ha tenido modificaciones, siempre ha conservado la inspiración inicial de M.^a Celeste. Y al contrario de lo que suele ocurrir, la Regla nace antes que el Instituto. Por eso no es una norma de urgencia disciplinar, sino más bien la necesidad de dar forma a un ideal. La diferencia es muy grande. M.^a Celeste no pretende dar leyes para vivir; presenta la ley hecha persona y vida: Cristo. Propone una manera de vivir esta ley. Regla que se aleja del estilo jurídico de la época; tiene más bien el estilo espiritual que la acerca, de algún modo, a las Reglas monásticas. Podemos afirmar, que M.^a Celeste es una maestra espiritual con un cristocentrismo con matices propios.

Hemos dicho que ella comenzó a “imitarle”. Sin embargo el sentido de la “imitación” va tomando un significado cada vez más marcado de actualización. Hacer real la verdadera imagen del Hijo hecho hombre. Se trata de una participación

salvífica en la vida de Cristo, es decir, en su mismo ser. A pesar de posibles malentendidos de estos textos como panteístas, M.^a Celeste no duda en decir que la “imitación” es el proceso por el cual el Redentor está vivo por una participación del ser del Salvador en el interior del creyente: “...Me has pedido el don de la perfecta imitación... para que puedas realizar una verdadera imitación mía en el amor y en las obras, ...¿qué eres tú en tu espíritu, en tu ser, sino una imagen viviente, un retrato vivo pero dependiente de mi ser?”.

En el proceso de transformación, de asimilación, de unión participativa es esto la quinta esencia, lo que M.^a Celeste llama “imitación”. Se trata de una participación en el plano del ser. Esta espiritualidad cristocéntrica se refleja en el Instituto que ha de ser cristológico en sus medios: para expresar al Hijo tiene que reproducir su imagen: “grabad en vuestro espíritu su vida y la verdadera imitación, para ser en la tierra vivos y animados retratos de mi querido Hijo”. A esto va encaminada toda la Regla cuya idea central es la ‘imitación’. Imitación que en M.^a Celeste aparece como un principio teológico vivo, de alto valor pedagógico, y al que ha llegado a través de su experiencia personal.

A simple vista, en su Regla desarrolla sólo este aspecto pedagógico; por eso se ha visto carente de originalidad: se limitaría a ofrecer la imitación ascética común en su época. La “imitación” que M.^a Celeste vive y que presenta no es la imitación ascética común en su época. Hay como una especie de resonancia bíblica del “Shemá, Israel”. El Instituto debe de ser para los hombres *Memoria Viva* de las obras realizadas por Cristo. Memorial, o sea, actualización de estas obras. Por eso debe vivir en este clima de recuerdo, no como relación de hecho a hecho, sino el recuerdo continuo de que la vida de hoy debe ser actualización de la vida de Cristo. No una copia del gesto, sino un descubrir el espíritu que lo anima; entrar en él y dejarse invadir por él para que sea el mismo espíritu quien se exprese a través del lenguaje del signo y del gesto que exige nuestra corporalidad. Por la ‘imitación’ el Instituto se constituye en continuador del Misterio

de Jesús obrando las mismas obras de Jesús porque vive de Él como de un principio interior.

No es por la práctica de las virtudes que llega a participar M.^a Celeste de la vida de Jesús, sino que, porque participa de su vida, en ella se manifiestan las virtudes de Jesús, o mejor, la fuerza salvadora de Jesús contenida en sus acciones. La participación en la vida de Cristo exige algo más que ejercicio ascético de virtudes, supone la muerte total de sí misma para que Cristo viva plenamente. Para M.^a Celeste imitar es convertirse en recuerdo vivo del Hijo Salvador, es conformarse a Él en su misterio de Muerte-Resurrección, y mostramos así como hijos revelando anticipadamente lo que un día seremos. Ciertamente que este vivir el misterio de Jesús como misterio del amor salvífico del Padre, es la razón de ser de la Iglesia.

Imitación, por tanto con las características de: sacramental, salvífica y eclesial. Por estos tres aspectos la imitación es para M.^a Celeste convertirse en 'recuerdo vivo' del Hijo Salvador, manifestando, al conformarnos con su misterio de muerte y resurrección, lo que un día seremos. El efecto de la Memoria Viva es reproducir copias vivas del Salvador para cada época: "Por eso, para que mis criaturas se acuerden... del amor que les he manifestado en Cristo, me he complacido en escoger este Instituto para que sea '*Viva Memoria*' para todos los hombres del mundo". El cristocentrismo de M.^a Celeste es una concepción vivencial, personal y poco frecuente, al mismo tiempo que profundamente teológica, que difiere con relación a la teología de su época.

Esto es el núcleo de la espiritualidad de M.^a Celeste y la doctrina que enseña en su regla y en sus escritos. Sin embargo, al elegir el camino de la fidelidad consigo misma, escogió el camino de los pobres de verdad; optó por Dios y defender lo que en conciencia debía defender: la obra del doble Instituto y no someterse a un director espiritual que coartaba la libertad cuando es lo que Dios ama (Cfr. Ga 5, 13). Eso fue su sentencia: fue expulsada del Monasterio de Scala. La verdadera humildad de esta mujer radica en que fue tenaz en buscar siempre la verdad de sí misma y de los acontecimientos.

M.^a Celeste va a Pareti a un monasterio dominicano que la acoge. Allí será reformadora y se mostrará también como guía o acompañante espiritual. En Pareti, las religiosas estaban bastante relajadas y el obispo pide a M.^a Celeste que sea priora en ese convento con la idea de que lo reforme... Y así comienza a dialogar con cada una de las Hermanas de tal forma que ellas mismas, van descubriendo sus llagas. Algo insólito a nuestro parecer en el siglo XVIII, M.^a Celeste decide darles ella misma los Ejercicios Espirituales pues: “no sabía si encontraría entre los confesores de aquel lugar una persona celosa y espiritual”. Este hecho llama la atención y fueron las mismas Hermanas las que después de esos Ejercicios piden un confesor. M.^a Celeste sigue dirigiendo sus vidas completamente transformadas.

El resultado del cambio de conducta de las religiosas se extiende por toda la comarca. El bien realizado no es sólo hacia dentro del monasterio, también hacia el exterior. Muchas personas de la ciudad van a pedir consejo en cosas de su espíritu. Hasta un joven de una vida libertina y escandalosa es invitado para hablar con M.^a Celeste. Después del encuentro hubo una transformación y en determinado momento el joven pidió confesarse. Así lo hizo y el confesor le dijo que siguiera dirigiéndose con M.^a Celeste y sólo fuera una vez al mes para que él lo escuchara en confesión. Se podría prolongar los ejemplos pero nos parece suficiente. Ya en Foggia, en el monasterio del Salvador fundado por ella y en el que establece su Regla, un señor ya de edad que quería ser sacerdote llega a comprar una casa cerca del monasterio para facilitar el ser dirigido por la “santa priora”. Se le nombra, ya que después dejó la casa para el monasterio. Era uno más entre las personas que se aconsejaba y dirigían con M.^a Celeste.

Aquí y ahora

M.^a Celeste trascendiendo el espacio y el tiempo continúa aquí y ahora. Su obra, su mensaje, sigue siendo presente. Los profetas, los místicos siempre están en el hoy. Después de casi dos siglos y medio de su muerte, la experiencia de

M.^a Celeste sigue siendo válida para nuestra época. Sus palabras, como semillas llenas de vida y de energía, pueden producir hoy el mismo fruto. Sólo necesitan ser acogidas con un corazón abierto y bien preparado.

En conceptos teológicos transmite su vivencia, su experiencia de Dios, incluso cuando escribe una Regla para quienes se sienten llamados a seguirla. Ha recibido un mensaje y tiene que darlo. Pero la luz que brota de la experiencia espiritual sólo puede ser entendida desde una experiencia semejante. Cosa que no se dio a su alrededor en su tiempo. Sin embargo, ella tiene una misión profética y la cumple con el dolor. Por esto podemos decir que M.^a Celeste trasciende su momento histórico.

No hay duda de que M.^a Celeste ha sido una mujer de su tiempo. Por ella corre la sangre caliente napolitana y la influencia cultural de su época. Todo ha tenido un efecto en su crecimiento espiritual. Pero M.^a Celeste no sólo es una mujer de su tiempo, sino también una mujer para su tiempo. Y esto de forma muy significativa:

- denuncia al absolutismo, incluso eclesiástico, de su momento; su aventura es un canto a la libertad expresada en la carta a los Gálatas (cfr. Ga 5, 13);
- denuncia todo rigorismo moral y formalismo ascético que son factores opresivos en la vida de quien busca una unión profunda con Cristo; en ella desaparecen;
- denuncia una seudomística desencarnada y etérea (quietismo), centrandose en la humanidad de Cristo 'hombre viador', toda su vivencia espiritual;
- denuncia la limitación de la salvación a un grupito selecto, como opinan los jansenistas, pues el Dios en el que ella se centra es en un Dios-Padre cuyo plan amoroso es siempre un plan de salvación universal, un plan de amor en Cristo por el Espíritu;
- denuncia que una profunda vida interior de oración sea privilegio de unos pocos afirmando que es de todos, un don del amor del Padre a todos y cada uno, incluso el don de oración de contemplación.

Por esta afirmación, M.^a Celeste ya no es de su tiempo y para su tiempo, es también de toda actualidad. Hoy las puertas del siglo XXI seguimos necesitando la misma lección. Para muchos la oración de contemplación es considerada como un lujo o superfluidad, más bien que como el término normal de la vida de oración, de la dimensión contemplativa del hombre y de la mujer.

El doble Instituto –la Orden del Santísimo Redentor y un año más tarde la Congregación del Santísimo Redentor–, ha sido pensado y querido por Dios para seguir expresando en el mundo en todo tiempo que su amor salvador es universal y que se ha manifestado en alguien que tiene un nombre y un rostro: Cristo Salvador.

Las *Redentoristas*, extendidas por todos los continentes, actualizan el carisma de M.^a Celeste y lo hacen presente en el mundo de hoy. Se saben llamadas a contemplar a Dios Padre como se manifiesta en Cristo Redentor, y a continuar en sus vidas la misión salvadora que El recibió de su Padre.

Si se tuviera que hablar de ministerio diríamos que lo que mejor define a las Redentoristas es: *Ser Signo Profético*

- ser signo de salvación.
- ser signo en el mundo del amor del Padre manifestado en Cristo Jesús.
- ser Iglesia en su sentido más profundo.
- ser *Eucaristía viva*, signo de comunión para el mundo.
- ser como María el signo callado y escondido pero fecundo y salvador.

Es decir, una vida de transparencia irradiante de Cristo. Su forma de evangelizar es la propia vida. Y gritan desde su silencio -haciendo tuyas las voces de los hombres sin voz- que la salvación de Jesús es la que plenifica. Y desde su soledad, asumen el dolor y el gozo, la esperanza y la inquietud de los hombres. Atentas siempre a los signos de los tiempos y sus valores. Despojándose de todo aquello que produzca falsas seguridades, falsos refugios.

Crónica del Congreso Internacional sobre Teresa de Jesús: Vida, escritos y pensamiento

Se celebró en Avila, ciudad natal de Sta. Teresa de Jesús, un congreso con el propósito de poner al día las investigaciones acerca de su vida, escritos y pensamiento. Bajo estos tres rótulos se dividió este congreso que comenzó el día 1 de mayo de 1996 y que terminó el día 4. En su discurso de apertura, el director del congreso *Salvador Ros García* dijo que se enfocarían estos días en el tema de la importancia de la Mística Abulense en los umbrales del siglo que viene. A continuación tomó la palabra el Señor Obispo de Avila, *D. Antonio Cañizares*, que por su parte recordó a los congresistas que estábamos en la tierra de la santa, y que este congreso, celebrado a los 25 años de la declaración del doctorado teresiano por la Iglesia, quiere recordarnos en esta época de la secularización de nuestra necesidad de maestros espirituales. Según sus planteamientos la verdad del hombre es inseparable en la realidad de Dios. Después, habló la Sra. Alcaldesa de Avila, que también es la Presidenta del Centro Internacional de Estudios Místicos, que organizó y patrocinó el congreso, *Dra. María Dolores Ruiz-Ayúcar Zurdo*. Ésta subrayó que Avila no se puede entender sin la Santa; y viceversa. Después de su ponencia el congreso fue declarado inaugurado.

El primer día se consagró a la dimensión biográfica e histórica. Primero habló el *Prof. Teófanés Egido*, de la Universidad de Valladolid, sobre la "Prehistoria familiar y condición social de Teresa de Jesús"; luego *Salvador Ros* pronunció su conferencia sobre "Teresa y su condición de mujer", afirmando el tipo de feminismo de la santa. Por la

tarde, la estadounidense *Josi Bilinkoff* de la Universidad de Greensboro, Carolina del Norte, leyó su ponencia sobre la Avila de la Santa. Después tomó la palabra el Catedrático de la Pontificia Salmantina *José Ignacio Tellechea* y expuso las “Corrientes Espirituales en el Siglo XVI”. El trabajo de Tellechea versó más bien sobre las corrientes presentes en los escritos teresianos para delimitar un tema amplísimo. A continuación el *Prof. J. García Oro*, de Santiago de Compostela, habló de “El reformismo castellano”, que trató del Reino de Castilla y la reforma a nivel popular por aquellas calendas. La última ponencia de la tarde fue la del Economista de la Autónoma de Madrid, *José A. Álvarez Vázquez*, quien nos hizo ver cómo administraba la Santa sus fundaciones y con muchos detalles. Por ejemplo la santa compraba carne para sus conventos. Por ello, se concluyó que de tacañería nada, sobre todo si se refería a la comida. Por la noche hubo un Recital de Música Tradicional del siglo XVI a cargo del musicólogo *Ismael*. A mi juicio, las ponencias sobre la vida y la historia de la Santa no abordaron ninguna novedad importante.

El día siguiente fue consagrado al tema literario. La primera ponencia de la mañana corrió a cargo del Académico de la Lengua *Víctor García de la Concha*, titulada “Mística, Estética y Literatura”, que es más bien una repetición de las aportaciones de su libro de consulta obligatoria *El Arte Literario de Santa Teresa* (Barcelona, 1978). Lo mismo ha de decirse acerca de la ponencia que siguió a la de D. Víctor. Me refiero a la del Catedrático de Valladolid, el *Prof. Germán Vega García-Luengos*, cuyo título era “La dimensión literaria de Santa Teresa”. Bastaría leer sus antiguas publicaciones para saber lo que se trató en su conferencia. Después hubo una mesa redonda con la escritora italiana *Rosa Rossi*, con la periodista teresiana *Ninfa Watt* y con el biógrafo, el *P. Efrén de la M. de Dios*, quien padecía de un cáncer terminal de páncreas; ahora ya no está entre nosotros. Dios lo tenga en su gloria. Rossi habló del “yo autobiográfico” en Santa Teresa y alabó la voluntad de decir lo que no se puede decir en los escritos teresianos sin elaborar. A continuación la Hermana

Ninfa Watt habló del “Problema del Estilo en Teresa de Jesús” desde la clave de la intencionalidad hispana, habló de un tema del que ya es especialista: La Afectividad Femenina en los Escritos de Sta. Teresa. Lástima que no hubiera un intercambio de impresiones sobre este último tema importante sobre todo entre las varias interpretaciones de la misma como las de Tomás Alvarez, Daniel de Pablo Maroto, Maximiliano Herraiz, etc. Otger nos hizo ver el papel de la afectividad en la vida mística.

Por la tarde se habló de los escritos. Abrió la sesión de la tarde el Presidente del Teresianum de Roma, el conocido liturgista y teresiano, *Jesús Castellano Cervera*, que habló de un tema dominado por él: “El Castillo Interior Teresiano”, con una interpretación desde la mística cristiana, antropología y la mística comparada. Luego fue desgranando su lectura de la obra teresiana a través de la clave bíblica, interpretación doctrinal teniendo presente la corriente biográfica subyacente. Después tomó la palabra la filóloga de la Universidad de Salamanca, *María Jesús Mancho Duque*, que habló de los aspectos lingüístico-léxicos presentes en el Camino de la Perfección de la santa. He de confesar que fue la primera vez que oí algo así sobre el Camino, pero no esclareció nada en términos doctrinales. El próximo ponente fue *D. Antonio Mas Arrondo*, sacerdote diocesano de Zaragoza y conocido especialista en los autógrafos teresianos. Nos habló del autógrafo del “Libro de la Vida”, empezando con su historia hasta el proyecto de hacer una edición facsímil del autógrafo. Después el hispanista francés *Bernard Sesé*, habló del epistolario teresiano entroncándolo en el arte epistolar del siglo XVI español. Sesé afirmó que cada carta es un mundillo en sí mismo. Por último, el profesor de la Universidad de Beirut, *Antoine Khater*, informó a los asistentes de las “Versiones de Teresa al Arabe”. La sesión de la tarde resultó novedosa. El objeto de comentario fueron los textos teresianos pero hubo varios enfoques: doctrinal, filológico, crítico, literario e informativo. Mi único reparo es que hay otra gente más cualificada para hablar de textos teresianos, como por ejemplo Enrique Llamas, Daniel de Pablo Maroto, Luis

Rodríguez Martínez... Por la noche, tuvo lugar un recital literario de textos teresianos a cargo de la muy conocida actriz vallisoletana *Concha Velasco*.

Al día siguiente les tocó a los especialistas del pensamiento teresiano exponer sus aportaciones. La sesión matinal fue inaugurada por el conocido historiador del pensamiento hispano, *Pedro Cerezo Galán*, de la Universidad de Granada, que habló de la "Experiencia de la Subjetividad de Teresa de Jesús", en que interpretó el "yo teresiano" como "yo dialógico", teniendo como fondo la experiencia de la subjetividad del sujeto moderno. ¿Hablabla el buen profesor de una mujer sencilla del siglo XVI o de una mujer conceptual fabricada por su sugerente filosofar? La interpretación del ilustre profesor me recordó a Baruzi y el reproche del P. Crisógono a éste. La segunda sesión por la mañana estuvo centrada en el tema de la "Fenomenología Mística", en la que el gran especialista sobre el Lenguaje Religioso del área española el *Prof. Juan Martín Velasco* presentó un marco teórico para comprender la experiencia mística, es decir, expuso las características de una experiencia mística. Fue una exposición lúcida, pero habló más bien desde la óptica de S. Juan de la Cruz y tuvo muy en cuenta la tradición mística occidental. El reconocido maestro de teresianos y codirector del congreso, el P. *Tomás Álvarez*, clausuró la sesión matinal con su ponencia "El pensamiento de Teresa", en la que con su ya conocida gran habilidad trazó las líneas y temáticas maestras de los escritos teresianos: su mismidad, la vida, el mundo sociológico, la inquisición, la mujer y la teología. Afirmó la calidad de Teresa como pensadora, tuvo muy en cuenta la situación actual, como un Quijote defendió a su Dulcinea (Teresa) de uno de los ataques contemporáneos a la mística, esto es, el rótulo que se le puso a la Santa el de "Ilustre Epiléptica".

Por la tarde habló el actual director del Centro Internacional Teresiano-Sanjuanista de los PP. Carmelitas Descalzos, el P. *Maximiliano Herráiz*. Su ponencia estuvo centrada en el tema del "Amor humano, Amor divino", en la que habló de la teología del amor de Teresa cuyo gran objeto era Jesús:

Dios y Hombre, el Capitán de Amor. No pudo asistir debido a razones de salud el veterano teresiano y sanjuanista, *D. Baldomero Jiménez Duque*, sacerdote de la Diócesis de Avila. Después habló el vice-decano de Teología de la Pontificia de Comillas, el Carmelita *Secundino Castro*, sobre la “Mística y humanidad de Cristo”. Castro expuso una teoría controvertida que afirma que Teresa fue la primera mística puramente cristiana sin elementos neoplatónicos y la Santa en el Libro de la Vida 1-2 hablaba del Dios Hebreo, del Dios Veterotestamentario. Fue sólo a partir de Vida, 3 que habló del Dios Neotestamentario con la entrada de Cristo. Elló suscitó una discusión muy, muy animada que el eminente editor sanjuanista y también muy competente teresiano, el P. José Vicente Rodríguez comenzó. Las observaciones de José Vicente fueron secundadas por Tomás Alvarez que a su vez defendió a Sta. Catalina de Sena, afirmando la pureza cristiana de su mística. Cabe recordar que la Santa de Avila fue declarada doctora junto a la santa dominica. La última ponencia estuvo a cargo del Prepósito General de los Carmelitas Descalzos, el mexicano *Camilo Macise*, que pidió un aterrizaje después de los vuelos por las alturas de las ponencias del día. El P. Camilo habló de la actualidad de Teresa o de las respuestas a las preguntas del hombre a Teresa. Dentro del marco del ateísmo, el P. Camilo afirmó que Dios es el Unico Necesario citando el ejemplo de Teresa y también habló brevemente de la eclesiología de comunión; de que somos hijos e hijas de Dios, hermanos y hermanas según el modelo de la santa reformadora. Después tuvo lugar la Presentación del libro “El Sol a medianoche” que recoge las Actas del Congreso sobre Mística Comparada celebrado en 1995.

Sábado, por la mañana, la exposición “Castillo Interior. Teresa de Jesús y el siglo XVI” fue explicada por *José I. Piera Delgado* (autor del guión de la exposición), y los hermanos *Sonsoles Barroso González* y *Juan I. Barroso González* (arquitectos de la exposición) con diapositivas. A continuación se clausuró el Congreso. El discurso de clausura corrió a cargo del que fuera Primado de España, *Marcelo Cardenal González*.

El cardenal habló de los obstáculos al doctorado de Teresa, "*Obstat sexus*". Y trazó simplemente algo ya muy sabido; la evolución del pensar de la Iglesia al respecto. Por la tarde, se recorrió la Exposición: "Castillo Interior. Teresa de Jesús y el siglo XVI", en la Catedral Abulense por vez última.

Todo esto, el congreso, la exposición y la convivencia fraternal nos acercó a la figura y las enseñanzas de una gran mística cristiana: Teresa de Jesús. Los ponentes son gente muy competente, algunos geniales. Las ponencias en su conjunto fueron sólidas, es decir, tuvieron base. Y esperamos la publicación de las actas con gran ilusión. Pero faltó algo: ratos de oración aunque sea para comenzar el día o acabarlo. Creo con Von Balthasar que la teología se hace de rodillas. No se puede hablar de alta mística sin la oración sobre todo si se trata de una gran maestra de la oración. No hubo ningún momento en que los congresistas pararon, aunque sea brevemente, para invocar al Señor, el Esposo del alma de Teresa que también es nuestro. Creo que en España la gente sabe hablar muy bien de Dios. Pero hablarle a El es otra cosa. Escuchemos a la Santa: "¡Oh, hermanas mías en Cristo! ayúdame a suplicar esto al Señor, que para eso os juntó aquí; éste es vuestro llamamiento, éstos han de ser vuestro negocios, éstos han de ser vuestros deseos, aquí vuestras lágrimas, éstas vuestras peticiones..." (Camino de la Perfección-Valladolid, 1. 5).

MACARIO OFILADA MINA

Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Manila

Bibliografía

"*Vida Sobrenatural. Revista de Teología Mística*". Indices, 1921-1995. Editorial San Esteban. Salamanca 1996.

La Revista "Vida Sobrenatural" apareció por primera vez en 1921 a imitación de la "*Vie Spirituelle*" de los Padres dominicos de Toulouse con los que el P. Arinterio había convivido en Salamanca a fines del siglo pasado cuando fueron expulsados los religiosos de Francia. Para esta época el P. Arinterio estaba en su etapa final de la vida después de haber sido profesor de Ciencias Naturales, de Apologética, de Sagrada Escritura y publicado muchos libros de las respectivas materias. Por temperamento el P. Arinterio era muy piadoso y poco intelectualista, y tenía una fe de carbonero que se refleja en sus publicaciones. Le preocupaba trasfundir sus ideas sobre la vida de oración y meditación a las almas sencillas. Por eso, la nueva Revista tiene carácter de divulgación de temas místicos. Va dirigida a todos los cristianos piadosos, pero sobre todo a los miembros de las Ordenes contemplativas con las que él tenía mucho contacto. Partía del hecho de que todos los cristianos están llamados a la cima de la santidad, idea que había destacado S. Francisco de Sales, y en Francia la estaba divulgando Augusto Saudreau, que había publicado su obra titulada "*Les Degrés de la Vie Spirituelle*" a fines del siglo pasado.

El P. Arinterio era un trabajador incansable con la obsesión de comunicar sus ideas. Así, en los siete años que dirigió la Revista publicó 51 artículos, a un promedio de siete por año. El primer lleva un título sugestivo que refleja su mentalidad teológico-mística: "*El deseo de la íntima unión con Dios*", es decir, el ideal de la vida contemplativa como plenitud de la vida cristiana. El estilo de sus libros y artículos es farragoso y poco sintético, con múltiples ampliaciones colaterales. Y considera la "vida mística" como plenitud de la "vida cristiana integral"; habla de "la vida mística y la deificación". Es decir, se mueve en la línea de los antiguos escritores místicos, a partir del Pseudo areopagita, quien aplica las teorías neoplatónicas a la estructura de la vida espiritual de la alta contemplación cristiana. Plotino partía de lo múltiple a lo Uno como ruta ascensional, y el areopagita va en busca de la vinculación con el Dios uno y trino de la tradición cristiana.

Al morir el P. Arinterio, le sucede como director de la Revista el P. Ignacio G. M. Reigada, profesor de Teología Moral en San Esteban, quien tenía una clara inteligencia, buen estilo y capacidad de síntesis; y escribió 39 artículos, especializándose en el estudio de los dones del Espíritu Santo y combatiendo la teoría de la "contemplación adquirida". Le sucede como Director de la Revista el P. Sabino M. Lozano a partir del año 1933, quien era a la sazón Maestro de Novicios en el Convento de San Esteban. Está menos dotado en el arte de escribir, pero con todo, escribió 39 artículos en la Revista. El primero sobre "la ciencia Sagrada y la vida santa", destacando "*la unidad de la vida espiritual*". Al morir en 1966 le sucedió en la dirección de la Revista el P. Arturo Alonso Lobo, profesor de Derecho Canónico en la Universidad Pontificia de Salamanca; y dejó 99 artículos, destacando en una serie de ellos

al P. Arintero como apóstol del Amor Misericordioso. Como postulador del proceso de beatificación del P. Arintero dejó varios artículos; y destacan sus estudios sobre *"la mediación de las almas del Purgatorio"*. Al morir en 1983 le sucede el P. Armando Bandera, Profesor en la Facultad Teológica de San Esteban, y deja 132 artículos, destacando los relativos a la *"mediación de la Santísima Virgen"* y el *"culto mariano"*. Finalmente, en 1994 le sucede como Director de la Revista el P. Pedro Fernández, liturgista vinculado a las organizaciones ecumenistas y al *"camino neocatecumenal"* quien escribió 23 artículos, destacando el relativo a *"los carismas en la misión de la Iglesia"*.

En la Revista no faltan colaboraciones femeninas como la de *"Sula mitis"* que deja escrito 67 artículos, destacando los relativos a los *"dones del Espíritu Santo"*, *"la vida religiosa"*, y la promoción del Amor Misericordioso. Otra dominica, Sor Amada, deja 34 artículos o poesías. En 1937 el P. Lozano publicó la vida y revelaciones de una dirigida por el P. Arintero, una mujer humilde que en 1928 anunció la tragedia de la Cruzada española de 1936. Se llamaba Francisca Soto. Y por su altura mística destacan los escritos de la pasionista J. Pastor con su 78 artículos realzando que *"la santidad es amor"*. Finalmente, la Revista se hizo eco de la tragedia de la *"Cruzada Española"* entre 1936-1939, y el P. Lozano tiene un sentido artículo titulado *"Pensamientos de la gran Batalla de España"*. No faltan las descripciones de algunos martirios y el relato de la cautividad del P. Colunga, colaborador de la Revista con 29 artículos, quien escribió sobre la *"pasión de unos adoradores del Santísimo Sacramento"* en un pueblo de Asturias.

Total, que a través de esto *"Índices"* de la *"Vida Sobrenatural"* se ve el fruto de la semilla sembrada por el P. Arintero hace 75 años. Sigue con «pujanza y *"lozana"*, y es la precursora de las otras tres Revistas de espiritualidad de investigación españolas» (*"Manresa"* de los jesuitas, *"Espiritualidad"* de los carmelitas y *"Teología espiritual"* de los dominicos de Valencia). En estos momentos de hipercrítica teológica, la Revista, fundada por el incansable P. Arintero, sigue su línea ortodoxa y tradicional como alimento espiritual para las almas selectas que buscan la perfección evangélica a través de la contemplación mística.—*Maximiliano García Cordero, O.P.*

Armando Bandera, O.P., *Religiosos en la Iglesia. ¿Avances? ¿Retrosesos?* BAC Popular (D. Ramón de la Cruz, 57. Madrid), 1995, 278 pp.

IDEM., *De Vida Consagrada a Vida Religiosa. La voz del Sínodo -94*. Ed. San Esteban. Paradosis 11 (Apdo. 17. 37080 Salamanca, 1996), 258 pp.

De entrada, he de afirmar que para comprender adecuadamente el sentido de las obras que se están presentando, es preciso tener en cuenta otras dos obras. Por un lado, la exhortación apostólica (e.a.) de Juan Pablo II, *Vita Consecrata* puesto que estos dos libros fueron escritos antes de la publicación de esta e.a. Por de pronto, pudiera afirmarse que las especulaciones acerca de la e.a. en estos libros ya no tienen actualidad. Esto se debería en parte a los retrasos editoriales o también al afán del autor(a) de hacer oír su voz; por otro lado, un libro anterior del P. Bandera, *Sínodo-94. Entre Código y Cristología* (Salamanca, Ed. S. Esteban, 1994), que es el comprendio de varios artículos y trabajos breves del autor como por ejemplo: *"Un armonioso concierto con un silencio elocuente"*, en *Vida Sobrenatural* (enero-febrero 1996), pp. 7-27; *"Un Sínodo para la historia y una mal comienzo"*, (Salamanca, 1993); *"Catequismos de la Iglesia Católica"*, en *Ciencia Tomista* 120

(1993), pp. 243-268, etc. Cabe afirmar que estos dos libros que estoy evaluando son reelaboraciones y, en parte, repeticiones de estos mencionados trabajos.

Ambos libros pretenden ser libros de teología. También son crónicas personales del autor de sus experiencias, no siempre agradables y a veces triunfantes, con el Sínodo sobre la Vida Consagrada. El P. Bandera, como se puede ver con la lectura de estos libros, es como un Quijote que lucha por su ideales, en este caso, el lugar de los religiosos en la Iglesia y de la distinción de la vida religiosa de los demás sectores (como institutos seculares) dentro de la misma Iglesia. Al respecto, el P. Bandera ha luchado mucho. Ha combatido a favor del Origen Divino de la Vocación Religiosa, de una eclesiología de enfoque cristológico frente a lo que él llama "servilismo" al Código de 1917 (sobre todo la presencia de éste en el *Nuevo Catecismo de la Iglesia Católica* y en los *Lineamenta* del último sínodo que tiene una diferencia abismal con el *Instrumentum Laboris*), y de la integración de la teología de la vida religiosa en una eclesiología total. Por todo ello, merece el P. Bandera nuestra alabanza. Pero, es de lamentar que a veces se haya detenido tanto en las materialidades de la tesis y de sus *autores*. Por eso, es inevitable que estos libros tuviesen una buena dosis de polémica. De veras, Bandera es un teólogo valiente. ¿Estará imitando al Santo Tomás de *Contra Impugnantes*? Sí, pero también se ha hecho un poco quijote puesto que estos teólogos, a quienes critica, no son monstruos, sino más bien molinos inofensivos. Los teólogos siempre tendrán sus tesis, pero estas teologías siempre se rendirán ante la verdad del magisterio eclesial. Y en este caso, frente a esta e.a. que es una gran sorpresa por su profundidad vivencial y enfoque trinitario. Esta e.a., y sé que estará de acuerdo conmigo el P. Bandera, es única en su género.

1. Me hubiera gustado que en este libro de dos partes –la primera contiene el magisterio personal de Juan Pablo II acerca de la Vida Religiosa y Consagrada– que en la segunda, el a. comentara las ricas enseñanzas del actual papa acerca de la Vida Religiosa. A mi humilde parecer, es un magisterio muy vivencial que entra en lo místico. El a. comparte la esperanza del papa: ¡ha llegado el "kairós"! Si el libro fuera escrito de este modo, el P. Bandera habría prestado un gran servicio al público en hacernos ver la génesis y el desarrollo de la e.a. El librito, no obstante, tiene el mérito de trazar la línea desde el concilio hasta nuestros días acerca del tema del lugar de los religiosos en la Iglesia. Además, sugiere, no impone, la respuesta al interrogatorio que es también el subtítulo: "¿Avances? ¿Retrocesos?".

2. Cualquier lector de Bandera siempre se lleva más de una sorpresa por sus muchas veces desapercibida genialidad y originalidad. Pues, me ha sorprendido, de manera agradable, el enfoque trinitario y mariano de varios párrafos del segundo libro. Es como si Bandera hubiera previsto el enfoque de la e.a. Conjugar estos dos ejes no es muy común en libros de teología de la vida religiosa. De esta conjugación sale un rosario de temas: los sacramentos, la escatología, la santidad, etc. Pero siempre a la luz del Concilio Vaticano II en que el autor contextualiza sus planteamientos. Los gérmenes del planteamiento mariológico en contexto eclesial del P. Bandera puede verse en un libro suyo publicado hace años: *La Virgen María y los Sacramentos* (Madrid, Rialp, 1978). Todo esto, tiene sus raíces en el enfoque

crisológico que debe tener la eclesiología (Cfr. A. Bandera, *La Iglesia. Imagen de Cristo*. Guadalajara, OPE, 1969).

Quien quiera ver las aportaciones de estos dos libros ha de examinarlos, como es claro. Concluyo, deseando al a. tiempo, energía, y nuevos enfoques mientras esperamos su comentario a la e.a. Me gustaría saber cuál es su reacción ante la insistencia de Juan Pablo II en la expresión "Vita Consecrata". Con su estilo dialogal, hecho patente en estos dos libros, el P. Bandera hará que la e.a. sea más dialogal aún con su comentario. Sólo cabe desear que salga pronto.—*Macario Ofilada Mina*.

OTTO BETZ-RAINER RIESNER, *Jesús, Qumran y el Vaticano. Puntualizaciones*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1994. 228 p. 2.500 ptas.

ANTONIO M.^a ARTOLA, *La Escritura inspirada. Estudios sobre la inspiración bíblica*. Universidad de Deusto (Apartado 13. 48080 Bilbao), 1994. 256 p.

El primer libro informa ampliamente sobre el desarrollo de los acontecimientos relacionados con los rollos de Qumran. Una historia muy completa de todo lo que se ha hecho hasta hoy. La intención principal de los autores está expresada muy exactamente en el subtítulo. Se trata, en efecto, de puntualizar, léase de 'rectificar' una serie de afirmaciones que algunos amigos de lo sensacional difundieron en tono muy dogmático. La rectificación más llamativa —tanto que aparece en el título— es la relativa a un supuesto "complot del Vaticano" (p. 55) para impedir la publicación de algunos documentos, un complot fraguado en medio de circunstancias extrañas. Otras rectificaciones se refieren a los posibles autores de los rollos, al juicio que, según estos rollos, habría que hacer de Jesús... Todo está tratado sin prisas en un lenguaje que invita y casi fuerza a leer.

El autor del segundo libro es bien conocido en el mundo de los estudios bíblicos. El tema de la inspiración es tratado con una extensión y una hondura que no se encuentra frecuentemente. Quiero destacar de manera especial la exposición y el juicio acerca de la teoría de Loretz, que declaró la muerte de la inspiración y a quien se deben algunos trabajos que merecen plena aprobación por un personaje —una teóloga— cuyo nombre es citado hoy en todas partes: Schüssler-Fiorenza (p. 57). Creo que todo el mundo sabe en qué línea se coloca esta distinguida teóloga. La inspiración es dato clave para otro tema de máximo interés actual: la unicidad de la Escritura (p. 72-77). Me parece, por tanto, que este estudio es de máximo interés para conocer a fondo un tema clásico en relación con la Biblia y, además, para responder a cuestiones tan candentes como las planteadas por la teología de la liberación, la teología feminista...—*A. Bandera, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

La Iglesia necesita sacerdotes santos

El Papa Juan Pablo II instituyó la Jornada Mundial por la Santificación de los Sacerdotes en su Carta con motivo del Jueves Santo de 1995; en España esta Jornada se celebra el día de la Fiesta de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote; este año, el 22 de Mayo, Jueves después de Pentecostés. En Roma, el pasado año se celebró el 1 de Noviembre, coincidiendo con las Bodas de Oro Sacerdotales del Papa Juan Pablo II. Además, con motivo de la Peregrinación de los Sacerdotes hasta la Puerta Santa del Año Santo del Tercer Milenio, la Congregación Vaticana del Clero, bajo la invitación del Papa, ha organizado unos Encuentros Internacionales de sacerdotes; el año pasado fue en Fátima; este año será en Costa de Marfil; el próximo año en el Santuario Mariano de Guadalupe, el de la Ciudad de Méjico; en 1999, el Encuentro Sacerdotal tendrá lugar en Jerusalén; y el año 2000 en Roma

En fin, la Jornada Mundial por la Santificación de los Sacerdotes del presente año me impulsa a presentar la identidad del sacerdote y su vocación a la santidad, de tal modo que pidamos siempre a Dios vocaciones sacerdotales y religiosas "santas", pues lo que la Iglesia necesita son santos. Y ¿cómo no unir la santificación de los sacerdotes y la petición de sacerdotes santos a los desvelos de la Virgen María,

madre especial de todos los sacerdotes y entregada al cuidado espiritual de ellos? El Pontificado del Papa Juan Pablo II está sirviendo para devolver la esperanza al mundo, para convocar a la Iglesia a una nueva evangelización de la humanidad y, sobre todo, para la gestación y desarrollo de nuevos sacerdotes y predicadores santos que ya se están preparando en los nuevos movimientos, nuevos seminarios y nuevos matrimonios. A nuevos problemas, nuevas respuestas. Todo está bajo la Providencia del Altísimo y Bondadosísimo Señor.

La identidad espiritual del sacerdote

La creación implicó un orden estupendo, perdido con el pecado. Por eso Dios restauró el orden primitivo con la redención de Jesucristo, presente en la Iglesia, sacramento de salvación, como se advierte principalmente en la Eucaristía y en quienes la presiden y consagran. La Iglesia y el sacerdocio, nacidos del Corazón de Cristo, reciben la misión de iluminar a todos los pueblos con la fe y la gracia. Ahora bien, todo sacerdote es un alma víctima, en cuanto está unido a la víctima por excelencia que es Cristo; el sacerdote que no se ofrece al Padre como víctima en Cristo para la gloria de Dios y el perdón de los pecados de todo el mundo pierde el sentido de su sacerdocio. Las almas víctimas suben con Cristo a la Cruz y sintiendo la grandeza y la miseria de la Iglesia se ofrecen por ella. ¡Felices los sacerdotes, que iniciados en su vocación, son conscientes de la dignidad de su ministerio, una dignidad participada de Cristo Redentor, que les otorga una misteriosa responsabilidad! Los bautizados ofrecerán oraciones y sacrificios por la conversión y santificación de los sacerdotes.

La Fiesta de Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, es providencial para advertir que el alma y el centro de la vida del sacerdote es la Eucaristía; el sacerdote es discípulo, adorador, consagrador, guardián y maestro de la Eucaristía. Su vida, conformada con Cristo Sacerdote y Víctima por la consagración sacramental, llega a su plenitud en la celebración

de la Eucaristía, donde debe transformarse en un hombre de sacrificio, de comunión y de presencia en medio de los hombres; el sacerdote participa de la esponsalidad de Cristo con la Iglesia, de tal modo que tiene que entregar su vida en obediencia hasta la muerte por el honor de Dios y la honra y santidad de la Iglesia. El sacerdote, no solo adquiere por el sacramento del Orden una autoridad espiritual que le relaciona con Cristo Cabeza para presidir la comunidad cristiana, sino también debe enseñar, santificar y cuidar al Pueblo de Dios con aquel amor característico que brota del Corazón de Cristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia. San Agustín llama "oficio de amor" al ministerio de apacentar la grey del Señor. (*In Evang. Joh.*, tract. 2, 123, 5).

Todo sacerdote que no se sienta atraído por Jesús Sacramentado es un sarmiento desgajado de la vid, y no puede dar fruto. La gracia sobrenatural del sacerdocio hay que vivirla sobrenaturalmente; la gracia del sacerdocio se recibe en una comunidad cristiana, crece en el oasis del Seminario y se desarrolla en la vida de una comunidad cristiana. La gracia de la vocación sacerdotal, sembrada por Dios en los elegidos, se cuida y se desarrolla con la oración humilde y vigilante y en un contexto de adoración a la eucaristía y de tierna devoción a la Santísima Virgen María. Bases doctrinales de la formación son la conversión personal, la ortodoxia absoluta y la fidelidad al Papa, desarrolladas en el estudio de las ciencias sagradas, pues los dones naturales no sirven en el reino de Dios sin su gracia. Muchas almas se han ofrecido víctimas por la regeneración de los Sacerdotes y de las Congregaciones Religiosas; pero ha faltado en muchos sensibilidad a las mociones de Dios. Por eso, ha sido mejor un Seminario cerrado o vacío que confiado a quienes destruyen la fe y las virtudes cristianas.

La caridad pastoral es, según la Exhortación Apostólica *Pastores dabo vobis* n.º 23, el principio interior y dinámico que inspira y unifica la formación y el desarrollo de la vida del sacerdote, quien debe alimentarse de un intenso y real trato filial con Dios Padre en Jesucristo y de una manifiesta vida social, al servicio de la comunidad cristiana; el minis-

terio sacerdotal, si se experimenta como una vida de relación real con Dios y con los hombres, se convierte en una vida sorprendente. Mas los sacerdotes ancianos están acostumbrados a trabajar individualmente; los sacerdotes de mediana edad se encuentran cansados después de tantas iniciativas fallidas; y los sacerdotes jóvenes están tentados de fideísmo frívolo, viendo el fracaso pastoral de la generación anterior y advirtiendo la seguridad que les da la pertenencia a un Movimiento Eclesial. Estos datos exigen reflexión más que fanatismo; es urgente redescubrir la identidad real del sacerdote de tal modo que, asumiendo el papel propio del sacerdote en la comunidad cristiana, desde su autoridad sacramental y sin abandonar su propio puesto, se integre en estas nuevas relaciones intracomunitarias, donde ni el sacerdote lo hace todo, ni tampoco el seglar dirige la comunidad asumiendo la autoridad que no tiene, ocultando el papel del presbítero.

Afirman algunos que no hay vocaciones cristianas, pero más bien lo que sucede es que la vocación no es acogida por parte de los cristianos. Si la vocación es una llamada de Dios a la santidad que va implícita en el Bautismo y en cada una de las vocaciones paradigmáticas de todo fiel cristiano, lo que pasa es que el egoísmo y la soberbia nos impiden tomar decisiones que nos parecen muy dolorosas; por eso, los seminarios y los conventos se vaciaron allá por el año 1968 y las pocas vocaciones sacerdotales y religiosas actuales se gestan sólo donde se vive con exigencia la vida cristiana, como en algunos Movimientos Eclesiales. Hoy se dice que es la hora de los seglares en la Iglesia; pero ¿qué pueden hacer los seglares sin la presencia de los sacerdotes y de los religiosos? En consecuencia, lo que Dios esta suscitando en la Iglesia es una nueva relación entre los bautizados, sean sacerdotes, religiosos, matrimonios o célibes por el reino de los cielos, donde cada uno reconoce los papeles de los demás sin renunciar al propio.

Una Iglesia regenerada

Dios esta regenerando a la Iglesia sirviéndose de sacerdotes, que no cuentan, y de movimientos eclesiales con defectos, confundiendo así a los soberbios y a quienes llenos de sí mismos han llenado muchas comunidades cristianas de errores sobre la fe, al servirse de ellos el Diablo para infectar con el pecado hasta la misma Iglesia. Es verdad, si no nos hacemos como niños, no entraremos en el reino de los cielos. Aceptemos, pues, este plan de salvación para la Iglesia, que Dios mismo está gestando de nuevo en el seno y en el corazón de la Virgen María; Dios quiere salvar a la Iglesia en la humildad y en la obediencia. Aceptemos esta historia de salvación de Dios. Busquemos primero el reino de Dios y su santidad, y todo lo demás se nos dará por añadidura. Dios necesita sólo pequeños instrumentos, y ya los está reuniendo, para vivir y defender con la propia vida el Evangelio, la Redención de Cristo y la Iglesia; una comunidad sabia y vigilante capaz de luchar y vencer a Satanás mediante el triunfo de la fe, de la justicia y de la paz. Pero el instrumento frágil deber ser humilde, fiel y discreto.

El mundo no puede seguir así, acumulando crímenes y sufrimientos cada día mediante los abortos y divorcios, entre otros pecados personales y sociales. El hombre es libre para hacer el bien; pero cuando hace el mal se destruye a sí mismo. Muchos sacerdotes han caído en la herejía de la acción; y algunos seminarios se han convertido en incubos de herejías y corrupción. Los encargados de corregir estas situaciones han tenido respeto humano y no se han atrevido a padecer por Dios. Ante esta situación, los cristianos verdaderos serán los únicos capaces de iluminar, sazonar y fermentar el mundo y la Iglesia con el evangelio y la fe. Pero cuando el mal supera la reacción de la Iglesia, Dios interviene e intervendrá; la Sangre de Cristo no ha sido derramada en vano. ¿Quiénes realizarán hoy en la Iglesia la misión que en otros tiempos realizaron con tanto esplendor los monjes después del Imperio Romano, los dominicos y franciscanos desde la Edad Media y los jesuitas en la Edad Moderna? La

Comunión de los Santos nos asegura que quienes nos han precedido en el reino nos acompañan y animan para no desfallecer en el combate de la fe.

Necesitamos sabiduría sobrenatural, pues sin Dios nada somos y nada podemos hacer; y con todo hemos sido llamados a rehacer la Iglesia desde los cimientos. Los tiempos de tinieblas, que hemos visto en el mundo y en la Iglesia debido a la cizaña sembrada por Satanás en tantos guías ciegos, serán seguidos de tiempos de luz. Vendrá una nueva primavera para la Iglesia, un nuevo Pentecostés. Pero los buenos serán sometidos a muchas pruebas, que tendrán que vencer con harta paciencia. Hay que estar preparados a asumir los planes de Dios para la salvación de los hombres. La humildad de la Virgen María triunfará sobre la soberbia de Satanás, quien será descubierto y la Iglesia regenerada. El gran problema de la Iglesia, y al mismo tiempo su gran alegría, somos los cristianos, especialmente los sacerdotes, frailes y religiosas. El problema principal de la Iglesia no es el mundo, sino nosotros mismos, pecadores. Que no caiga sobre nosotros esta maldición divina: “Y ahora os toca a vosotros, sacerdotes. Si no obedecéis y no os proponéis dar la gloria a mi nombre os enviaré mi maldición... Pues yo os haré despreciables y viles ante el pueblo por no haber guardado mis caminos”. (Malaquías 2, 12.9).

Terminemos esta reflexión con las últimas frases de la oración de Juan Pablo II, con motivo de sus Bodas de Oro Sacerdotales: “Y tú, María, Madre de Cristo, que bajo la Cruz nos has acogido como hijos predilectos con el Apóstol San Juan, sigue velando sobre nuestra vocación. A ti confiamos los años de ministerio que la Providencia nos concederá todavía vivir. Permanece junto a nosotros para conducirnos por este mundo al encuentro con los hombres y las mujeres, que tu Hijo ha redimido con su sangre. Ayúdanos a cumplir plenamente la voluntad de Jesús nacido de Ti para la salvación del hombre. ¡Oh, Cristo, tú eres nuestra esperanza!

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

El Amor Misericordioso en “La Vida Sobrenatural”

“La Vida Sobrenatural constituye un tesoro de incalculable valor intrínseco, por la doctrina espiritual expuesta en ella durante tantos años por los mejores autores de teología mística, y es, además, fuente insustituible para conocer la marcha del movimiento de espiritualidad suscitado en la Iglesia durante lo que va de siglo por el P. Arintero”¹. Estas palabras de Arturo Alonso Lobo —que fue director de ‘La Vida Sobrenatural’— sirven de pórtico a las páginas que siguen en las que intentaremos aproximarnos a una de esas manifestaciones de doctrina espiritual, que durante un buen número de años ha difundido la revista ‘La Vida Sobrenatural’. Me refiero a la devoción al Amor Misericordioso.

Hablar del Amor Misericordioso en ‘La Vida Sobrenatural’ implica remontarnos a 1921, año en el que, debido al empeño y al entusiasmo del P. Arintero, nació la Revista. Conocemos gracias a sus biógrafos cómo Juan González Arintero, a través de un Centro de Propaganda del Sagrado Corazón en Lyon, entró en contacto con los escritos de María Teresa Desandais, religiosa francesa de la Visitación, de Dreux. Desde 1922, los escritos de la Madre Desandais comenzaron a aparecer en las páginas de la revista ‘La Vida Sobrenatural’, firmados con el seudónimo *Sulamitis*. En ocasiones firmaba como *A. Sulamitis*, en otros casos como *P. M. Sulamitis o*, simplemente, con las iniciales *P. M.*

1. ALONSO LOBO, A., *A los cuarenta años del P. Arintero*, en *La Vida Sobrenatural*, 69 (1968) 3. A partir de ahora utilizaremos la abreviatura VS para referirnos a *La Vida Sobrenatural*.

La profunda sintonía que se estableció entre el P. Arintero y los escritos de *Sulamitis* hay que buscarla en el hecho de que, desde el primer momento vio en ellos la expresión, en fórmulas sencillas y asequibles a todos, de su doctrina teológica acerca de la mística. Recordemos que el P. Arintero venía predicando, infatigablemente, la llamada universal a la mística. Recordemos asimismo dos devociones muy queridas por él y muy significativas: su profundo aprecio por la devoción al Sagrado Corazón de Jesús —que difundió de un modo nuevo mediante la entronización espiritual—, y, su afecto por la doctrina espiritual de Teresa de Lisieux.

Uno de los biógrafos del P. Arintero, el P. Adriano Suárez, describía con estas entusiasmadas palabras la recepción de la devoción del Amor Misericordioso entre los lectores de 'La Vida Sobrenatural': "Los misteriosos artículos de *P. M. Sulamitis* dieron en general mucho que pensar (...), excitaron entusiasmos, estremecimientos insólitos, como ante la invasión y corriente de una nueva ola sobrenatural, que venía a despertar al mundo de las almas para ganarlas e inflamarlas en el divino amor. No fue como el relámpago que brilla sin dejar huellas (...), sino el humilde preludio de la gran corriente que va invadiendo todos los ámbitos"².

Durante la vida del P. Arintero se publicaron en 'La Vida Sobrenatural' aproximadamente unos cincuenta artículos de la M. Teresa Desandais. Parece que hemos de identificar la difusión de la doctrina contenida en los escritos de esta religiosa francesa con lo que se conoce como Obra del Amor Misericordioso. La historia de esta empresa apostólica está aun por hacer en profundidad, pero lo que conocemos de ella gracias a los biógrafos del P. Arintero y de la lectura de la propia Revista nos llevan a pensar así. Concretamente —por lo que se refiere a la Revista— en 1925 apareció en la sección de Bibliografía un breve artículo en el que se habla de los escritos de esta religiosa como de la *Biblioteca de la Obra del Amor*

2. SUÁREZ, A., *Vida del M R. P. Fr. Juan G. Arintero*, (Cádiz 1936), t. 2, p. 288.

*Misericordioso*³. Al año siguiente, otra vez en la sección de Bibliografía, volvemos a encontrarnos con un artículo similar. En esta ocasión se hace referencia a esos escritos como *Colección <La Vida Cristiana>, o sea la Obra del Amor Misericordioso*⁴. Por ello, aunque no es objeto de estas páginas abordar el estudio de la Obra del Amor Misericordioso, puede ser interesante hacer una breve referencia a ella para contextualizar mejor los escritos de *Sulamitis*.

Como dijimos, el primer contacto del P. Arintero con los escritos de *Sulamitis* se produjo en 1921. A partir de este año, el P. Arintero se empeñó generosamente en su propagación y fue comisionado por *Sulamitis* para garantizar la correcta difusión de esa obra en España. A partir de 1925, superadas algunas diferencias habidas entre sus promotores, se incrementa la difusión, tanto de los escritos de la religiosa francesa, como del cuadro del Amor Misericordioso que ella misma había pintado. Juana Lacasa —madre de familia y dirigida del beato P. José Rubio, que también colaboró en esta tarea— será su más eficaz colaboradora. En abril de 1926 la Obra del Amor Misericordioso recibe aprobación pontificia. En 1927 la representación del Amor Misericordioso comienza a recibir culto público en la madrileña iglesia de los padres dominicos de Atocha.

El objetivo de la Obra del Amor Misericordioso era la difusión del reinado social de Cristo mediante un conocimiento cada vez más práctico de la vida cristiana. Así se pone, explícitamente, de manifiesto en los siguientes párrafos, tomados de un artículo publicado en 1923: “Esta colección de ‘La vida cristiana’, ha sido presentada al Sumo Pontífice en homenaje de filial sumisión y testimonio del deseo de responder plenamente al movimiento que él se

3. *Biblioteca de la Obra del Amor Misericordioso*, en VS, 10 (1925) 426-428.

4. *Colección «La Vida Cristiana», o sean la Obra del Amor Misericordioso*, en VS, 12 (1926) 285.

digna comunicar al universo entero, tocante al Reinado de Nuestro Señor Jesucristo”⁵.

El artículo también recoge el texto de una carta en la que el secretario de estado, Card. Gasparri, transmite de parte del papa unas palabras de estímulo: “Me es singularmente agradable comunicaros la benevolencia con que el Soberano Pontífice recibió el homenaje que le habéis hecho de numerosas publicaciones piadosas, con el fin de promover y adelantar el Reinado Social de Jesucristo por un conocimiento cada vez más práctico de la vida cristiana”⁶.

Pero yendo directamente al objeto de estas líneas: ¿cuál es el contenido teológico y espiritual de la devoción al Amor Misericordioso tal y como se difundió desde ‘La Vida Sobrenatural’ en los años veinte? Nos referiremos en primer lugar a las fuentes, que como tales son reconocidas por los mismos promotores de esta devoción.

En los escritos de la Obra del Amor Misericordioso —los escritos de *Sulamitis*— se describe perfectamente un itinerario espiritual que partiendo del Evangelio sigue el sendero trazado por Margarita María Alacoque, y recibe el influjo de otras dos figuras: Teresa de Lisieux y Sor Benigna Consolata. Un itinerario que se presenta como la progresiva revelación del Sagrado Corazón al mundo. Así se expresa *Sulamitis* poniendo las palabras en labios de Cristo: “Cuando Yo me dirigí en otro tiempo a Margarita María y la dije: *He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres y de quienes es tan poco amado*, no lo decía para ella solamente, era para que toda la tierra Me oyera (...). No era cosa nueva, sino la repetición de lo que ya os dije durante mi vida mortal. (...). ¿Por qué me he complacido en glorificar de una manera sorprendente y maravillosa a Teresita de Lisieux?... Porque por su medio debía mostrar a las almas el camino de la sencillez y de la infancia que les llevase a creer y a corresponder a las efusiones de mi Amor Misericordioso”⁷.

5. *Ibid.*

6. *Ibid.*

7. SULAMITIS, A., *La obra del Amor Misericordioso*, en VS, 12 (1926) 182 y 184.

La presencia de la doctrina de Teresa de Lisieux es constante en los escritos acerca del Amor Misericordioso. Hay que recordar que la Santa francesa, fue declarada venerable por Benedicto XV en agosto de 1921, y beatificada y canonizada por Pío XI, en 1923 y 1925 respectivamente. El nexo explícito entre la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y el “camino de infancia espiritual” propuesto por Teresa de Lisieux no parece que sea algo único y exclusivo de la devoción al Amor Misericordioso. A lo sumo, se hace explícito ahora lo que ya se encuentra anteriormente ‘in nuce’. Como hace notar Franchini, “Santa Teresa de Lisieux, sin haber practicado personalmente la devoción al Sagrado Corazón, se ha convertido en un punto de referencia clave para esta espiritualidad”⁸.

Tanto Margarita María Alacoque como Teresa de Lisieux son sobradamente conocidas. No se puede afirmar lo mismo de Sor Benigna Consolata. Sor Benigna de la Consolación Ferrero—del monasterio de la Visitación de Como (Italia)—había nacido en Turín, en 1885: era por tanto estrictamente contemporánea de Teresa de Lisieux y como ella también murió joven. A lo largo de los ocho primeros años de ‘La Vida Sobrenatural’, encontramos más de diez artículos dedicados a esta religiosa que se autodenominaba la *secretaria* del divino Corazón de Jesús. En uno de ellos se pone de relieve explícitamente la conexión entre Sor Benigna y Teresa de Lisieux: “La que Jesús llamaba *su Gozo, su Benjamina, la secretaria de su divino Corazón*, venida inmediatamente después de Teresita del Niño Jesús quien decía: ‘Dios es para nosotros el Amor Misericordioso’, tuvo por misión hacer creer en la misericordia divina, levantar las frentes abatidas por los más tristes recuerdos, dilatar los corazones desesperados, y hacer se lanzaran hacia su ‘Salvador’, hacia su ‘Padre celestial’, los prodigios más encenagados”⁹.

8. FRANCHINI, E., *Renovare una tradizione*, en *La Spiritualità del cuore di Cristo*, (Bologna 1990)

9. DURIAUX, R., *El apóstol de la divina misericordia: Sor Benigna Consolata*, en VS, 11 (1926) 175.

Una vez repasadas las fuentes de esta espiritualidad, vamos a acercarnos a ella tal como se nos presenta en los artículos de *Sulamitis*. Para ello comenzaremos presentando sus cuatro elementos más característicos: la oración de la ‘Ofrenda al Amor Misericordioso’; la representación del Amor Misericordioso; la ‘Novena al Amor Misericordioso’ y la ‘Legión de los Verdaderos amigos de Jesús’. A partir de estos cuatro elementos procuraremos sintetizar sus principales contenidos teológicos y espirituales.

La oración de la ‘Ofrenda al Amor Misericordioso’ fue compuesta por la misma *Sulamitis* y se reprodujo en la mayor parte de sus escritos. El texto de dicha ofrenda rezaba así: “Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, vuestro amado Hijo y me ofrezco a mi mismo en El —con El— por El— a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas”. La Obra del Amor Misericordioso recomendaba renovar a diario este ofrecimiento, de modo particular, durante la misa, en el momento de la elevación de la Sagrada Hostia¹⁰.

La expresión plástica de la devoción al Amor Misericordioso la encontramos en un cuadro que, según afirman los más próximos a *Sulamitis*, fue pintado por ella misma siguiendo una inspiración divina. En esa representación, difundida ampliamente en la época, aparecen los elementos más característicos de esta devoción: Cristo vivo en la cruz con su corazón en llamas en el que aparece escrita la palabra *charitas*; la Sagrada Hostia como fondo de la imagen; a los pies el libro de los Evangelios que, iluminado por unos rayos que parten del corazón de Cristo, deja leer las palabras del “mandatum novum” y junto a él la corona, símbolo de la realeza de Cristo; en la parte inferior de la representación campea la leyenda “El Amor Misericordioso”¹¹.

10. La Ofrenda había sido indulgenciada —300 días de perdón ‘toties quoties’, e indulgencia plenaria ‘semel in mense’ recitando esta oración cada día— con las condiciones acostumbradas (Pío XI, 10 de junio, 1923). Cfr. M. A. M., *Rica ofrenda*, en VS, 7 (1924) 46.

11. Sobre el Amor Misericordioso y su representación ver MUÑOZ MAYOR, M. J., *Amor Misericordioso. El cuadro*, en VS, 70 (1990) 241-256; 339-345; 414-425; 71 (1991) 28-40; 107-119; 179-188 y 253-262.

‘La Vida Sobrenatural’ difundió, junto a la Ofrenda, otra práctica devocional que facilitara vivir esta espiritualidad: la *Novena Perpetua al Amor Misericordioso*. Consta de las siguientes oraciones: 1) Padre Nuestro, Ave María, Gloria Patri; 2) la ofrenda de Jesús al Padre; 3) la oración a María Medianera; 4) la invocación a S. Miguel, heraldo del Amor Misericordioso y 5) prácticas para cada día, que podrían sintetizarse del siguiente modo: “Concentrar toda la atención y todos los desvelos únicamente: en conocer, estudiar a Jesús (lectura y meditación del Evangelio), en reproducir la imagen viva de Jesús (en las menores cosas —pensamientos, palabras, acciones—), en ofrecerse continuamente a Jesús (por un movimiento continuo del corazón. Aspiraciones)”¹².

Llega así el cuarto elemento que apuntábamos: *La Legión de los Verdaderos Amigos de Jesús*: una asociación de carácter espiritual, difundida desde las páginas de ‘La Vida Sobrenatural’, a la que se pasaba a formar parte *mediante un firme propósito* (los votos quedaban explícitamente excluidos). *Sulamitis* sintetizaba sus características con estas palabras: “Una legión de almas pequeñas pero llenas de espíritu de sacrificio, que al igual que Santa Teresita se ofrezcan como víctimas de amor para la gloria de Dios y la salvación de las almas”¹³. Hay que destacar el carácter abierto con el que se presenta esta iniciativa: “No creáis que para esta gran obra sea preciso sustraerse a los deberes de cada estado. Mientras no llega esa hora, el que tiene una familia conságrese a ella como Yo mismo lo hice... ¿No viví treinta años de este modo, así como María, mi Santa Madre, la más perfecta de las criaturas? (...) No todos son sacerdotes, pero todos pueden ser auxiliares de mis sacerdotes, todos pueden ser mis Apóstoles y mis Amigos... Todos pueden ayudarme a conseguirlos... a fin de que en todos los lugares de la tierra, bajo la bendición del Santo Padre, estos trabajos de apostolado contribuyan a hacer que penetre en todas las clases sociales el fermento

12. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *El Padre Nuestro*, en VS, 7 (1924) 53-55 y SULAMITIS, A., *Un tesoro escondido*, en VS, 5 (1923) 113.

13. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *El Padre Nuestro*, en VS, 7 (1924) 57.

divino de las virtudes cristianas y religiosas, propias de cada condición”¹⁴.

Los elementos mencionados y los escritos de la M. Desandais permiten esbozar los principales rasgos de esta espiritualidad. En primer plano se nos presentan unas devociones, que podemos calificar de basilares: el Sagrado Corazón de Jesús, la Sagrada Eucaristía, el Santo Evangelio, y la Virgen María. Como fruto del esfuerzo por adquirir sólidamente estas devociones, la espiritualidad del Amor Misericordioso aspira a llevar al cristiano a una actitud fundamental que se desarrolla en varios estadios: conocer, amar, imitar el amor misericordioso del corazón de Jesús; ofrecerse, en fin, a Dios con aquél mismo Amor Misericordioso que nos ha sido dado en el Corazón Eucarístico de Jesús. Pero contemplemos por pasos.

El ‘objeto material’ de esta devoción—que se hace patente tanto en la representación pictórica como en la *Ofrenda*—es el Sagrado Corazón de Jesús manifestación del infinito Amor Misericordioso de Dios. “¿Qué es el amor Misericordioso?, se pregunta *Sulamitis*; y responde: “Es el Amor de un Corazón que se da a la miseria; es el nombre del corazón del Buen Dios; el nombre del Corazón de Jesús; nombre que nos revela él solo todo su misterio, no pudiendo ningún otro expresar mejor su carácter que él”¹⁵.

La Eucaristía es el *locus princeps*. En razón de sacramento esconde a la vez que señala y muestra el Amor Misericordioso. Así lo vemos gráficamente representado en el cuadro del Amor Misericordioso. Por eso precisamente se recomienda hacer la *Ofrenda* durante la celebración de la Eucaristía, concretamente en el momento en que la Sagrada Hostia es mostrada al pueblo después de la consagración: “Hagámosla sobre todo, durante la misa, en el momento de la elevación, y que sea nuestro primer acto después de la comu-

14. SULAMITIS, A., *La obra del Amor Misericordioso*, en VS, 12 (1926) 267.

15. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”: *el Amor misericordioso*, en VS, 6 (1923) 336-337.

nión”¹⁶. Y eso, para unirse a la única ofrenda de verdadero valor, la ofrenda que el Corazón de Jesús ofrece al Padre, ofrenda de reparación, de alabanza, de adoración y petición que se perpetúa de modo incruento sobre el altar: “¡En este instante, sobre todo, aprovéchate del don de Dios!... ¡Tan pronto como me hayas recibido, ofrécame a mi Padre... por lo que tú mismo le debes... por el mundo entero por todo cuanto El quiere y por lo que espera que yo sea ofrecido! ¡Ofrécame, y ofrécete a ti mismo en mí totalmente, como gloria del Padre, como satisfacción!”¹⁷.

La Eucaristía, según *Sulamitis*, es al mismo tiempo la máxima expresión del Amor Misericordioso y el modo de lograr la más íntima unión con Dios y entre los hombres: “¡Espíritu de Amor, daos a conocer! ¡Corazón de mi Dios, hacéos amar! ¡Vos que nos habéis amado hasta la Cruz, hasta la Eucaristía!”¹⁸. “Es una operación misteriosa, divina, hasta en tus venas hace circular verdaderamente mi sangre y el ardor de mi caridad, que vierte en tu propio corazón todo el amor de tu Dios”¹⁹. “Porque yo estoy en ellos, tienen acceso al Padre; porque yo estoy en ellos, pueden ser uno entre sí. El cemento de esa unión es mi Eucaristía, justamente llamada comunión..., común unión”²⁰.

El Evangelio. El Amor Misericordioso es presentado como realidad anclada en el Evangelio: no como una novedad sino como una profundización en el Evangelio: “Quisiera hacer comprender a las almas que mi Amor Misericordioso no es una cosa nueva; es lo que mi Iglesia enseñó desde el principio. (...). No quisiera Yo que los que en él crean abrazando esta devoción esperen encontrar en ella alguna nueva forma de espiritualidad”²¹. En los escritos sobre el Amor Misericordioso el Evangelio se presenta siempre como la

16. M. A. M., *Rica ofrenda*, en VS, 7 (1924) 46.

17. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”: *el don de Dios*, en VS, 6 (1923) 108.

18. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”: *Secretos del amor divino*, en VS, 5 (1923) 326.

19. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”: *el don de Dios*, en VS, 6 (1923) 109.

20. SULAMITIS, A., *Jesús lazo de unión*, en VS, 4 (1922) 42.

21. SULAMITIS, A., *La obra del Amor Misericordioso*, en VS, 12 (1926) 188.

fuelle: precisamente en ellos se nos revela el Amor Misericordioso y en ellos está contenido el precepto del amor: “¡No se conoce a nuestro buen Dios!... ¡El Evangelio nos lo revela!”²². “Quisiera que hubiera Amigos míos íntimos y Apóstoles de mi caridad, en todas las esferas sociales, no es una obra nueva la que yo pretendo; es dar la verdadera vida a las obras que ya existen, haciendo circular por ellas la savia de la caridad... (...). Solamente el Evangelio es el que conseguirá la restauración de la sociedad”²³.

El cuarto pilar de esta devoción es María. En la devoción del Amor Misericordioso, María, como se pone de manifiesto en la misma oración de la *Ofrenda*, ocupa un lugar específico: Ella es la medianera. A través de ella, el Amor Misericordioso se entregó a los hombres y esa participación en la mediación de Cristo la continúa ejerciendo constantemente. Los títulos que ostenta para llevar a cabo esa mediación son eminentemente trinitarios y cristológicos. Ella es la Hija, Madre y Esposa de Dios y ha sido de modo singular asociada a la misión redentora de Cristo. Ella ha sido escogida como Medianera de gracias y de amor, por ella nos vienen todos los dones del Corazón de Jesús y por ella debemos también ir a Jesús y llegar así más fácilmente hasta el Padre. Vemos estos aspectos recogidos en las siguientes palabras de *Sulamitis*: “Sí, María: sois bienaventurada, porque Dios ha obrado en Vos grandes cosas!... Ninguna mayor que descender a vuestro seno... eleiros por Madre suya... entregarse como salvador por mediación vuestra... servirse de vuestra cooperación para manifestarse al mundo, para realizar la obra grandiosa de la Redención!... Portentosas maravillas hizo en Vos, pero no las hizo sólo para Vos. Aún continúa su ministerio ¡Quiere asociaros a su misión! ¿No es cosa todavía mayor, que el Señor del mundo, en vez de obrar directamente, divi-

22. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *el Amor misericordioso*, en VS, 6 (1923) 336.

23. SULAMITIS, A., *¡El Amor no es amado! (Mensaje a los amigos del Corazón de Jesús)*, en VS, 9 (1925) 402.

namente, quiera servirse de un instrumento humano, quiera ser llevado a las almas por medio de su Madre?”²⁴.

Junto a los trazos principales de esta devoción, también encontramos en los escritos de *Sulamitis* lo que podríamos llamar las actitudes que corresponde al cristiano adoptar ante el Amor Misericordioso. ¿Cómo debe comportarse el hombre ante este Dios que se revela como Misericordia? En la hora presente, escribe *Sulamitis*, el Amor quiere ser “conocido, amado, imitado y ofrecido para gloria suya y gloria del Padre”²⁵.

Tal es la tesis —por decirlo así—, que compendia el camino del «*Conocido*: bueno y misericordioso como El lo es; y para ello, estudiado en el Evangelio. *Amado*: con amor de confianza, de reconocimiento, de conformidad, de fusión, de intimidad. *Imitado*: en sus disposiciones y obras; en su misericordiosa caridad; en el amor a nuestros hermanos; amándolos como El nos amó a nosotros, a nosotros personalmente; pues quien ha sido más amado, más prevenido, más soportado, más perdonado, está más obligado a su vez, a practicar esto mismo. Indulgencia-abnegación-bondad. *Ofrecido*: «Conocido:» en todo momento, en cada uno de nuestros actos —y nosotros en El y con El— como nuestro rescate y como único homenaje por medio del cual nuestro Dios pueda ser dignamente glorificado”²⁶.

Es muy clara *Sulamitis* al compendiar el ‘iter’ psicológico —ascético y místico también— en esos pasos, profundamente humanos, que son presentados a la vez como coyuntura y lugar de encuentro del hombre con Dios: conocer, amar, imitar, entregarse. ¿Acaso hay otra senda de Amor? Por eso son ‘leit motiv’ de sus escritos, que vale la pena glosar.

Conocer. La obra del Amor Misericordioso se presenta, en primer lugar, como una tarea eminentemente evangelizadora:

24. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *el Amor misericordioso*, en VS, 6 (1923) 341.

25. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *el Amor misericordioso*, en VS, 6 (1923) 336.

26. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *el Amor misericordioso*, en VS, 6 (1923) 336.

dar a conocer a todos las riquezas ignoradas del Corazón de Jesús que se manifiestan en el Evangelio. El Evangelio nos revela la misericordia divina. Dios encuentra su complacencia en entregarse a la miseria del hombre para llenarlo con su gracia colmando de este modo el abismo insondable que se abre entre El y la criatura pecadora: “Sí, te amo a pesar de tu miseria —a causa de tu miseria— porque mi gloria será transformar tu miseria. Mi gloria será fabricar, hacer en esta miseria, en este átomo de polvo, que eres tú, mi... ¡Cielo de amor sobre la tierra!”²⁷.

Amar. Ante el amor misericordioso de Dios sólo cabe por parte del hombre la respuesta de un amor de confianza, de conformidad, de fusión y de intimidad. Estas son las características del amor filial, dimensión de la vida espiritual que está muy presente en los escritos de *Sulamitis*. Así escribe *Sulamitis*: “Quiere que llamemos a Dios nuestro Padre, y que seamos sus verdaderos hijos... Para ello, es preciso tener fe viva en el Padre, acudir a El como hijos amantes, respetuosos, sumisos... como niños que se dan cuenta del amor de su Padre... que no buscan sino dar gusto a su Padre... que llevan en si los rasgos y fisonomía de El... que pareciéndose a El, son su gloria y su alegría”²⁸.

En los escritos de *Sulamitis* el tema del amor filial conecta además, directamente, con la búsqueda confiada de la identificación con la voluntad divina: “Si de veras amamos a Jesús, no sólo le amaremos a El, sino también todo cuanto es de El, y todo lo que procede de El! (...) Y bien, a los pequeños ¿qué cosa les puede apenar?, ¿qué les puede causar daño? ¿Por ventura no tienen acá en la tierra la más feliz de las suertes? Todo sucede bien, y siempre muy a gusto suyo, cuando el padre o la madre han dispuesto algo para ellos. ¡Vosotros sois, oh mi Dios, el Padre más cariñoso, la Madre más tierna!”²⁹. No hemos de perder de vista que el funda-

27. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *el don de Dios*, en VS, 6 (1923) 110.

28. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *El Padre Nuestro*, en VS, 7 (1924) 48.

29. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *el don de Dios*, en VS, 6 (1923) 115 y

mento de esta confianza filial y de esta identificación con la voluntad divina hay que buscarla en la fe. Fe teológica que se presenta, en los escritos del Amor Misericordioso, en estrecha relación con el magisterio de la Iglesia. “Mas, para ser del número de estos pequeñuelos hay que ser sencillos, y creer, creer lo que la Iglesia nuestra Madre nos enseña”³⁰. Y desde el reconocimiento de la realidad de la filiación divina, *Sulamitis*, lanzará su invitación a la búsqueda de la santidad: “Nos dirigimos —añade— al Padre Santo, conociendo así, que como hijos suyos, debemos llevar en nosotros su carácter y ser santos nosotros mismos para responder a la voz del Señor que nos dice: Sed santos, porque Yo soy Santo, Yo el Señor vuestro Dios”³¹.

El amor filial, que lleva a la identificación con la voluntad divina, desemboca en la *imitación* que es, en los escritos de *Sulamitis*, otro hito del humilde y transformaste camino hacia el Amor Misericordioso. El tema de la *imitación* presenta dos dimensiones relacionadas entre sí: la abnegación personal y la necesidad de demostrar el amor a Dios con obras, de modo particular, con obras que implican la puesta en práctica del precepto de la caridad.

La abnegación personal encuentra su expresión culminante en la ofrenda personal como *víctima* de amor: “¡Yo te he amado, y me entregué por ti! He dado mi vida por ti! ¡Ámame, date a ti misma, entrega tu vida en holocausto a mi Amor... muere a ti misma, en cada instante, a todo lo que te es propio, a todo lo que sientes, y ponme a mí en lugar tuyo; pues es lo que ansío y espero! (...) Por esta santa renuncia lograrás que te sustituya constantemente. Cuando te venga un pensamiento no conforme a los míos, sacrifícalo y pon mi pensamiento en lugar del tuyo. Haz lo propio con tus sentimientos y deseos”³².

30. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”: *Secretos del amor divino*, en VS, 5 (1923) 328.

31. M. A. M., *Rica of renda*, en VS, 7 (1924) 42.

32. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”: *el don de Dios*, en VS, 6 (1923) 111.

Sulamitis sitúa la importancia de la virtud —interpretando con gran justeza a san Agustín— en el centro mismo de la vida espiritual. *Ama et fac quod vis*, reza el conocido axioma agustiniano, que interpela la autenticidad del intérprete legítimo: “No puede decirse que haya verdadero amor en un alma, si no se manifiesta, si no se traduce en obras. El amor se manifiesta por la virtud —*virtus est ordo amoris...*—. La virtud es la obra, la expresión, el fruto del amor. La virtud es el amor que se da a conocer”³³.

De este modo llegamos al cuarto estadio de la senda hacia el Amor Misericordioso; la entrega, en el que tiene su horizonte y su auténtico encuadre la oración de la *Ofrenda*. Como se pone de manifiesto con frecuencia en los escritos de *Sulamitis*, ante la nada de la criatura, sólo la ofrenda que Jesús hace a su Padre tiene valor. Con estas palabras explica el significado de la *Ofrenda*: “Aunque tuviérais en vuestra posesión todos los actos heroicos de los elegidos, todos los sufrimientos de los mártires, las virtudes de todos los santos que han existido y existirán hasta el fin de los tiempos, aun los de la Santísima Virgen, ¡todo esto no será más que un átomo, un granito de arena, al lado de una sola ofrenda de Jesús! (...) Ofrecer a Jesús es tomarle en todas partes, en cualquier lugar que estemos, en todo cuanto hagamos, en todo sufrimiento, en todo cuanto sintamos, en el bien como mal, para santificar lo uno y reparar lo otro”³⁴.

En otro lugar *Sulamitis* interpreta así el contenido de la fórmula: “Esta sencilla oración, contiene en breves palabras lo más excelente que podemos decir y hacer, tanto por la gloria de Dios, como por la salvación de las almas y nuestra propia santificación. Si estamos penetrados de esta gran verdad, de que nada podemos intentar sin la gracia, pues no podemos ni aun pronunciar eficazmente el nombre de Jesús sino con ayuda del Espíritu Santo, comenzaremos por entregarnos a Él, para decir esta oración (...). Hagamos con frecuencia, con gran frecuencia esta ofrenda con toda la sinceridad de nues-

33. SULAMITIS, A., “Centellitas”: *El Padre Nuestro*, en VS, 7 (1924) 56.

34. SULAMITIS, A., *Un tesoro escondido*, en VS, 5 (1923) 110-111.

tra alma. No temamos jamás entregarnos demasiado a Dios y darnos a El... ¡Dios es bueno! ¡Es misericordioso! —es Padre.— Nunca tomará nada de nosotros sin damos su gracia en mayor abundancia, y nos dará fuerza y luz seguidas de paz y alegría íntima a modo de compensación (...). Vendrá a ser (nuestra alma) una viva imagen de Jesús, cada vez más semejante a El... Comprenderá el alma que el don de sí misma al Padre, en Jesús, con Jesús, por Jesús, debe manifestarse por el don hecho a Jesús en el prójimo, y se hará en consecuencia, más caritativa, y buena; abnegada, misericordiosa, la expresión entre los hombres, de la propia bondad del corazón de Jesús, la cual habrá tomado en El y hará desbordar para El, a fin de atraer a otras almas a su amor y adelantar su Reinado”³⁵.

A lo largo de este breve recorrido por los escritos de *Sulamitis* se ha hecho patente —creo— los fundamentos teológicos y espirituales que encierra la devoción al Amor Misericordioso. Podríamos decir que se trata de una devoción de firmes convicciones trinitarias, cristológicas, eucarísticas, evangélicas y marianas; que se despliega en una propuesta de santidad que se hace realidad en la identificación con Cristo, mediante el ofrecimiento como víctimas; ofrenda que se traduce en entrega al prójimo. Desde esa perspectiva el reinado social de Cristo, central en su planteamiento, resulta inteligible en coordenadas a la vez apostólicas y contemplativas, es decir, en una dimensión netamente espiritual. En este sentido *Sulamitis* puede escribir: “*El reino de Dios está dentro de vosotros. Ahora bien; ¡el Rey está dentro de su reino! El gran Rey de Amor está en vosotros. Ahí es donde espera vuestros homenajes... Ahí es donde quiere ser obsequiado, servido y honrado...; ahí quiere que le reconozcáis por Rey... por vuestro <Rey de amor>...¡El espera! ¡espera!... y esta tan larga espera no le ha desanimado ni servido para rechazaros... ¡no!... porque él os ama...*”³⁶.

35. M. A. M., *Rica Ofrenda*, en VS, 7 (1924) 46.

36. SULAMITIS, A., “*Centellitas*”. *Secretos del amor divino*, en VS, 5 (1923) 331.

De hecho el Amor Misericordioso más que como una devoción, se nos presenta como una perspectiva desde la que contemplar todo el misterio cristiano. Así se manifiesta claramente en los escritos de *Sulamitis*: “Sabadlo bien: cuando decís *la obra del Amor Misericordioso*: esto equivale a la obra del Espíritu Santo, a la obra del Corazón de Jesús, o a la obra de Amor y de Misericordia del Padre... A la obra de la Santa Iglesia... A la vida cristiana... Todo eso es UNO en nosotros”³⁷. Una espiritualidad —compendiada en la *Ofrenda al Amor Misericordioso* que parece superar la meto-dización y el devocionalismo, dos rasgos que se presentan habitualmente como característicos de la vida espiritual del momento. Armando Bandera afirma que esta doctrina ha encontrado su reconocimiento magisterial en la encíclica *Dives in misericordia*³⁸. Las diferencias de tono entre la encíclica de Juan Pablo II y los escritos de Sulamitis son claras, pero también lo es el acento puesto en la misericordia, y esto autoriza sin duda la comparación.

FEDERICO M. REQUENA

OFRENDA AL AMOR MISERICORDIOSO

Padre Santo, por el Corazón Inmaculado de María, os ofrezco a Jesús, vuestro amado Hijo, y me ofrezco a mí mismo en El, con El y por El, a todas sus intenciones y en nombre de todas las criaturas.

37. SULAMITIS, A., *La obra del Amor Misericordioso*, en VS, 12 (1926) 190.

38. BANDERA, A., *Juan González Arintero, O.P. Una Vida de Santidad*, (Salamanca 1993) p. 353.

La Oración Franciscana: una lección para siempre

Introducción

Hoy día, vivimos en medio de un mundo tremendamente ajetreado. El activismo reina por doquier. La competitividad impulsa a la rapidez de las realizaciones laborales, impulsa al “sálvese quien pueda”, impulsa al egoísmo más sofisticado.

El ruido lo invada todo. Las ondas de radio llegan hasta los más recónditos monasterios. Las palabras lanzadas por los medios visuales y auditivos desbordan la capacidad humana de recepción. Se escriben libros y más libros, se lanzan continuamente nuevos programas de ordenador, las revistas y periódicos se multiplican tanto que es preciso talar bosques y bosques para la fabricación de su papel.

En medio de este movimiento desquiciado de las palabras, las ondas, las personas, las sociedades —y no digamos cuando aparecen las guerras—, la oración franciscana se presenta como una opción por la gratuidad. La oración franciscana lleva a la persona que la practica a un mundo sin prisas, a un mundo donde lo gratuito es lo que prima.

San Francisco fue un místico pero también fue un maestro. Sus palabras, lo mismo que sus ejemplos, perduran en el tiempo porque fue su vida un tesoro carismático para repartir entre todos los que buscaran a Dios.

1. *La necesidad del silencio*

Necesitamos el silencio porque es parte de nuestra naturaleza. Del silencio venimos y tras la muerte vuelve a apare-

cer el silencio, ese silencio que es compañero del hombre a lo largo de su existencia.

En nuestro mundo somos marionetas del ruido y del activismo. Las consecuencias de los mismos las sufrimos en seguida: estrés, desorganización vital, nerviosismos, pérdida de la calma. Con estas consecuencias la vida es dura y hasta insoportable, por eso debemos de salir de esa vorágine. Si nos damos cuenta del problema no hemos hecho poco.

La televisión, la radio lanzan al espacio más y más noticias. Cuando éstas no se dan, se inventan o se lanzan hipótesis que luego se desmentirán. Los periódicos buscan con afán noticias nuevas para saciar la curiosidad de los que han caído en la espiral del “tener que saber todo”. Hay gente que necesita leer todos los días varios periódicos, escuchar varias veces las noticias de la radio o de la televisión y hacerlo en pocas horas, “no siendo que haya alguna novedad desconocida”. Esas personas han caído en una gran esclavitud.

San Francisco de Asís fue un hombre amante del silencio. Su oración siempre tuvo ese clima indispensable. Deseaba que la oración de los hermanos se desarrollara en una atmósfera de simplicidad, quietud, sin prisas. La conversión de san Francisco tuvo lugar en horas y horas adornadas de silencio.

El Santo vivió experiencias fuertes de silencio. La prisión que sufrió en Perusa y la enfermedad que tiempo más tarde le humilló en Asís le llevaron al silencio que trae consigo la impotencia. Nació así para él un ambiente apto para la “escucha” del Dios que habla en el susurro. El silencio es una actitud interior y espiritual. Dios habita en el silencio, nos habla desde el silencio, escucha desde el silencio o desde el grito silencioso.

Una persona puede hacer silencio interior en medio de una muchedumbre y estar llena de ruido aunque habite en un desierto. Por eso es cierto que el silencio es antes que nada una actitud de la cual hay que enamorarse. Si permitimos que por nuestra cabeza pasen incesantes ruidos, distracciones, preocupaciones, proyectos... no tenemos silencio. El silencio se corresponde con el abandono de nuestras preocupaciones en los brazos amorosos de Dios. Optar por el silencio es urgente en nuestros días: o nos silenciamos o enferma-

remos. Nuestra sociedad está enferma porque huye del silencio purificador.

La compañera inseparable de un sano silencio es la soledad. La verdadera soledad ha forjado a los más grandes hombres de acción, a los pensadores más creativos y a los santos más audaces. Siempre que el Señor Jesús tomaba decisiones importantes, las precedía de un espacio de soledad, de un ambiente de silencio y de una actitud de oración confiada hacia el Padre. Ese es el motivo por el cual solía retirarse a orar al monte y buscaba las horas nocturnas para encontrarse con su "Abbá".

El silencio, y vuelvo a repetir, es una necesidad vital para la persona humana. Necesitamos encontrar la sana pedagogía del silencio. El hombre, o mujer, que no sabe escuchar la voz de su conciencia en lo más profundo de sí mismo, tampoco sabe escuchar a los demás.

El silencio, según la pedagogía de san Francisco, es un derecho que hemos de reclamar y defender. El silencio es la mejor escuela del hombre. Y Tomás de Kempis afirmaba: "El que en todo calla, en todo tiene paz". Francisco enseñaba a sus frailes a estar horas y horas en silenciosa contemplación. Era ahí donde se forjaba el santo, donde nacía el apóstol, donde se realizaba la persona.

Si amamos el silencio será éste nuestro mejor maestro. El silencio nos enseña a ver con los ojos del corazón. El silencio nos lleva hacia la paz porque "apacigua" nuestros pensamientos, nuestras afecciones. Con el silencio llegaremos hasta Dios y oiremos, sólo entonces, con nitidez su "susurro". El silencio nace de la humildad y conduce a la humildad del "pasar sin ser notado". Al ser el silencio el clima apropiado para la escucha, observamos que sólo desde ahí nos moveremos en la humildad del siervo atento a las palabras de su señor.

La vida religiosa, la vida de comunión con Dios necesita el silencio. Sin el silencio aparece el vacío. Una persona sin silencio es una viruta enrollada alrededor de su propio vacío. El silencio es lo que da consistencia a una vocación. Sin el silencio podemos estar viviendo como religiosos pero sin ser religiosos. Sin el silencio podemos pasar años y años sin darnos cuenta de quienes somos, olvidando nuestra misión, olvi-

dando nuestra consistencia más íntima, nuestra llamada más personal. Para “re-cordar” (volver a pasar por el corazón) necesitamos silencio. Sin recordar no tendremos memoria histórica y nuestra identidad personal quedará marcada por el sinsentido más cáustico.

San Francisco se dio cuenta de que el silencio es el ambiente indispensable para escuchar a Dios y para acoger su comunicación. Veía él que la misma vida de Dios estaba rodeada de silencio respetuoso. Aunque no lo expresó en palabras el Santo se dio cuenta de que el silencio presenta dos planos diferentes, pero a la vez complementarios: externo a la persona (de palabra, de acción) e interno (es el silencio que evita lo que perturba a la paz interior). Uno y otro son saludables. Uno y otro son enriquecedores, por eso necesitamos tiempos amplios de silencio. El silencio exterior es necesario para lograr el dominio y la paz de la persona humana en sus movimientos externos. El silencio exterior nos sirve para adquirir la plena posesión de las facultades internas (atención, escucha, serenidad, gozo).

2. *La oración ante el crucificado de San Damián*

Corrían los primeros meses de 1206. Francisco anhelaba conocer cuál era la voluntad de Dios sobre él. Este interrogante sería el más repetido a lo largo de su vida: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?”. Una y otra vez lanzaba la pregunta para saciarse con una respuesta certera. La oración de san Damián es la más antigua de las que los escritos nos han dejado de la vida del Santo. Dice así:

“¡Oh alto y glorioso Dios!
Ilumina mi corazón.
Dame fe recta,
esperanza cierta,
caridad perfecta,
humildad profunda,
sentido y conocimiento
para cumplir en todo
tu santa voluntad. Amen”.

Mediante esta oración san Francisco buscaba la luz. Buscaba la luz que iluminase su corazón. Y la buscaba en el Señor del cielo, por que bien sabía que sólo El era la luz verdadera. El Santo también, como nosotros, había vivido en los días en los cuales la niebla lo invadía todo. La “noche oscura” del alma, que dijera san Juan de la Cruz, había pesado sobre la existencia del Santo. Y sólo Dios era su esperanza.

Francisco pedía la iluminación del corazón, que es el órgano con el que mejor se ve lo esencial. Francisco pedía el sentido, el conocimiento, en definitiva el acertar con el querer divino. Francisco sabía que su obligación era hacer lo que debía y desaparecer de la escena. Aún recordaba las palabras del Maestro: “Cuando hayáis hecho todo lo mandado, decid: “Somos unos pobres siervos, hemos hecho lo que teníamos que hacer” (Lc 17, Sabía que no tenía que esperar a que le aplaudiese nadie. Tenía por cierto que lo que llena es el darse, el hacer lo que se debe hacer. Cinco o seis siglos antes de Cristo ya decía el sabio chino Lao Tse: “Una vez cumplida la obra, retírate, tal es la ley del cielo” (“Tao Te King”, IX).

El pobrecillo de Asís se consideraba iletrado, pero era sumamente sabio. Participaba de ese conocimiento que sólo reciben los grandes amigos de Dios mediante la experiencia mística. Por eso sabía pedir al Señor lo que verdaderamente interesaba e interesa a las personas espirituales, cristianamente maduras. Suplicaba una “*fe recta*”. Fe recta para caminar por la justa senda sin equívocos. Una fe recta para no dudar, no titubear en las decisiones importantes, para apoyarse en la roca que constituye, inamovible, el Altísimo Señor del cielo.

Suplicaba una “*esperanza cierta*” porque su joven corazón presentía que en la vida había cosas inciertas, sentencias engañosas, frases equívocas, sendas confundidas, situaciones confusas, situaciones límites, apariencias ilusorias, ídolos engañosos, objetivos tenebrosos. Buscaba certezas. Donde hay certezas —pensaba— no hay extravíos. Anhelaba Francisco la “*caridad perfecta*”. Reconocía que la caridad era el máximo mandamiento de Cristo. Sabía que sin caridad en la vida espiritual no se iba a ninguna parte. Recordaba que Dios era

Amor, que por amor se había encarnado Jesús, que por amor había nacido pobre y había muerto en la cruz aún más pobre.

Pedía san Francisco también la *"humildad profunda"*. Jesús había venido a nosotros a través del camino de la humildad; nosotros debíamos ir a Jesús a través de la misma senda. La humildad era una virtud de Dios y nosotros debíamos imitar al Señor en sus virtudes. Por eso la pedía san Francisco y trataba de vivirla predicándola con su ejemplo.

Esta oración al crucifijo de san Damián es intemporal. Conserva la frescura de aquellos primeros meses de 1206. Hoy la podemos recitar. Con sólo recitarla podemos aprender mucho. Podemos aprender la sabiduría más profunda, fraguada en el silencio, de una vida santa: la del Santo de Asís. La oración al crucifijo de san Damián busca una unión más íntima al Señor. Busca la unión mística. Busca el caminar con el corazón iluminado, dentro de un sendero cierto, sin desvíos, sin pérdidas llevados de la mano de la virtud preferida por Dios: la de la humildad.

Ante esta oración Francisco recibió una respuesta de Dios: "Francisco, ¿no ves que mi casa se derrumba? Anda, pues, y repárala". Otros santos también han sentido parecida inspiración. Nosotros al recitarla hoy podemos recibir del Señor respuestas inquietantemente parecidas, respuestas que nos muevan de nuestras comodidades, respuestas que nos hagan sentir la presencia cercana y vivificante del Espíritu.

3. *Contenido de la oración franciscana*

Francisco, desde el inicio de su conversión, entra en diálogo con su Dios. Busca todavía Francisco el estar junto a sus amigos pero no encontrará más el gozo en estos encuentros. Un día, tras un banquete, es visitado de imprevisto por el Señor: "Y en el encuentro tuvo tanta dulcedumbre que no podía moverse ni hablar" (3 Comp 7). Desde aquel momento se alejaba a lugares solitarios a rezar. Comenzaba a gustar la oración y a sentir de ella necesidad. Los primeros biógrafos nos dicen que con frecuencia iba a una gruta.

Lleno de incertidumbre, porque no sabía lo que el Señor le pedía, Francisco encuentra refugio y luz en la oración. Ya hemos visto como un día, en los primeros meses de 1206, entró en la iglesita de san Damián y recitó una de sus oraciones más bellas y profundas ante aquel Cristo bizantino de san Damián, un Cristo no muerto, un Cristo lleno de serenidad y vida. Con el tiempo Francisco sería “verdaderamente ocupado con Jesús. A Jesús lo llevaba siempre en el corazón, Jesús en los labios, Jesús en los oídos, Jesús en los ojos, Jesús en las manos, Jesús en todos sus miembros” (1 Cel 115).

La vida de Francisco será una continua oración y meditación: “Su puerto seguro era la oración no de cualquier minuto, o vacía, o pretenciosa, sino profundamente devota, humilde y prolongada al máximo. Si la iniciaba a la tarde, a duras penas lograba separarse de ella a la mañana. Siempre tendía a orar, cuando caminaba y cuando se sentaba, cuando comía y cuando bebía. De noche se acercaba a las iglesias abandonadas y desperdigadas para rezar” (1 Cel 71). Venía frecuentemente visitado por el Señor en diversos momentos y situaciones: “Transcurría todo el tiempo en santo recogimiento... Buscaba siempre un lugar apartado, donde pudiese unir, no sólo el espíritu, sino todo su ser a Dios. Y si de improviso se sentía visitado por el Señor, por no permanecer sin celda, se hacía una pequeña con el manto” (2 Cel 94).

Pero será, sobre todo, en los momentos importantes de su vida cuando tenga más presente la oración. Así, por ejemplo, en situaciones de crisis e incertidumbre, cuando se encuentra de frente a los primeros frailes que quieren unirse a él sin saber qué hacer, en la duda para elegir una vida eremítica o una vida apostólica, cuando está a punto a probarse la regla, en los momentos anteriores a la estigmatización.

¿Cuál es el contenido de la oración de san Francisco? En la oración delante del crucifijo de san Damián busca la voluntad de Dios. En las “Alabanzas para cada hora” trata de alabar y bendecir al Señor. El “Oficio de la Pasión” es un intento de alabar y honrar a Cristo crucificado. El “Comentario al Padrenuestro” es un intento de expresar lo más profundo de su fe. Alabanzas son el “Cántico de las

Criaturas”, las “Alabanzas de las Virtudes”, el “Saludo a la Virgen”, las “Alabanzas al Dios Altísimo”¹.

Francisco se convierte en maestro de oración no tanto con su palabra como con su ejemplo. Desea que los frailes recen siempre. Recomendaba, ante todo, “el espíritu de oración y devoción al cual todas las cosas temporales deben servir” (2 R 5). Por eso “deben desear por encima de otra cosa tener el Espíritu del Señor y sus obras, rezar siempre con corazón puro y tener la humildad, paciencia en las persecuciones y en la enfermedad y amar a aquellos que nos persiguen y nos reprenden y calumnian” (2 R 10).

El Santo aconsejaba la unión entre la oración y la vida, pues ésto constituye la prueba auténtica de nuestra oración. Decía: “Hay muchos que aplicándose insistentemente a oraciones y oficios, hacen muchas abstinencias y muchas mortificaciones en sus cuerpos, pero por una sola palabra que parece injuriosa a su persona, o por alguna otra cosa que se les quita, escandalizados, se irritan...” (Adm 14).

Para facilitar el desarrollo continuo del espíritu de oración, Francisco propone otro medio: el eremitorio. El eremitorio se convierte en un tiempo fuerte de oración y de convivencia fraterna en medio de un ambiente de silencio. El eremitorio tiene esta doble finalidad: crear las mejores condiciones externas para la intimidad con Dios (silencio, naturaleza) y para el encuentro con los frailes en un clima de apertura y de simplicidad.

¿Qué decir de la oración litúrgica? Al principio los frailes no tenían libros para la oración, pero “Francisco les ha enseñado a leer otros tres libros: el Evangelio, la Cruz y la naturaleza”. Más tarde Francisco acoge con alegría el “Breviarium” de la curia romana, o sea, la forma simplificada y abreviada del Oficio Divino. A los inicios, en los primeros momentos de fraternidad, los frailes no tenían oratorios ni iglesias, pero participaban en la Misa y en otras celebraciones integrándose en la

1. Tanto las oraciones como las biografías de san Francisco pueden verse en SAN FRANCISCO ASÍS, *Escritos, biografías y documentos de la época*, BAC, Madrid 1980.

comunidad cristiana del lugar. Luego vendrá un largo proceso de monastización.

La oración de san Francisco es sobre todo escucha. Desea conocer la voluntad de Dios en él. Es simplicidad y humildad profunda delante del Dios Altísimo, es alabanza, acción de gracias, gozo. Es amor de hijo hacia el Padre, de hermano hacia el Cristo crucificado, de esposo hacia el Espíritu Santo. Trataba de meditar los misterios de Cristo sobre todo el de su pobreza y humildad.

Francisco no necesitaba técnicas de oración. Tenía en ello una gran creatividad. Oraba en todo momento. “No era un hombre orando, sino todo él hecho oración” nos repetirá su biógrafo Celano. Descubre que Dios es espíritu y hay que adorarlo “en espíritu y verdad”. Quien ha descubierto su pequeñez, su pobreza, su ser pecador, y la bondad, el amor y la transcendencia divina, siente la oración como necesidad vital. La oración franciscana es afectiva, caracterizada por la libertad y la espontaneidad. El alma franciscana ve a Dios en lo íntimo, en la Biblia, en la creación, en la existencia de cada hombre, en la historia.

Conclusión

Su oración es para Dios que fue el centro de toda su existencia. Sus palabras así lo confirman: “No tengamos otro deseo, otra voluntad, otro gusto y otro gozo que nuestro Creador, Redentor y Salvador, el único verdadero Dios que es el Bien cumplido, entero, total, verdadero y soberano; que sólo es el bueno, misericordioso y amable, suave y dulce; que sólo es santo, justo, verdadero y recto, sólo benévolo, inocente y puro, de quien y por quien y en quien está todo perdón, toda gracia y toda gloria para todos” (1 R 23, 27-30). ¡Tanto nos queda por aprender de san Francisco!².

Fr. Jesús-Lucas RODRÍGUEZ GARCÍA, OFM CAP

3. Para más información ver: L. IRIARTE, *Vocación franciscana*, Valencia 1989.

Doctrina

El tiempo de la Virgen María en la Vida Consagrada

Necesito seguir reflexionando con pasión sobre la situación espiritual de la Vida Consagrada, porque es mi vida y es lo que vivo y lo que amo. Esta urgencia es debida a que la Vida Religiosa sigue navegando entre el discernimiento, que nos lleva a la reiniciación, y el optimismo ingenuo que nos conduce al suicidio provocado. No deseo plantearme aquí la cuestión de si este suicidio es un plan previamente pergeñado por los enemigos de la Iglesia, o es un simple fruto de la carencia de discernimiento en los responsables; reconozco que el discernimiento cristiano va unido a la Cruz y a la santidad. En fin, no escribo para fragmentar más las personas y las comunidades, sino para suscitar la santidad en todos nosotros y sembrar la esperanza en el Resto de Israel.

El proceso que voy a seguir es muy sencillo; se trata del método conocido del ver, juzgar y actuar. Que Dios me ilumine y ponga en mi corazón salvación, no condenación; que mis palabras aunque reflejen desilusión, no siembren amargura, y que mis juicios gesten amor y no desdén, pues la comunicación que prescinde de la comprensión, está en el origen del fanatismo. Pero, el bien de la esperanza es siempre arduo y se necesita siempre fortaleza y valentía para salir de las tinieblas en las que nos encontramos y llegar a caminar en la luz, como los hijos de Dios que siguen a Jesucristo. Entiendo que a los religiosos nos falta hoy día vino, como en las bodas de Caná; por eso pongo estas reflexiones bajo la protección maternal de la Virgen María, Nuestra Señora.

1. *Meditar en la situación*

Se trata de analizar la situación en la que se encuentran muchas Ordenes y Congregaciones religiosas, preguntándonos sobre cuáles han sido los pecados y errores que hemos cometido los religiosos; es evidente que el mal procede siempre del error y del pecado; donde hay pecado, hay división y conflicto. Es cierto que nos hallamos desde hace tres décadas ante un cambio cultural, que ha entrado en la Iglesia Católica, especialmente en la Vida Religiosa, como un vendaval que ha arrasado muchas costumbres y personas, originando muchos problemas de identidad personal y de pertenencia comunitaria. Mas lo decisivo no ha sido el cambio cultural, sino la infidelidad de muchos religiosos y religiosas. Algunos hechos y señales de esta infidelidad son: las ideologías, la agresividad, el individualismo, el abandono de la disciplina espiritual, la pérdida de la capacidad evangelizadora, etc.

No olvido muchos aspectos positivos que ofrece actualmente la Vida Consagrada, pero lo que me mueve a escribir ahora es investigar sobre los motivos de la crisis en que nos encontramos. Es cierto que los religiosos siguen haciendo muchas cosas buenas y el compromiso de la *solidaridad* con los marginados sociales aparece particularmente en muchos; hay abundancia de reuniones con el deseo de estar juntos, dialogar, celebrar acontecimientos y fechas especiales, viajar, comer juntos, etc. Pero esta movida ha supuesto en la vida de bastantes consagrados una lucha y posteriormente una ruptura ideológica y, a veces, también generacional en las Congregaciones Religiosas. No se trata de afirmar que lo que se hace con frecuencia sea algo malo, sino que no es lo que corresponde propiamente a nuestra vocación consagrada, como se ve en los resultados. Los trabajos inadecuados han sido siempre la tumba de Religiosos y hasta de Comunidades y Congregaciones Religiosas. ¿Manifiesta todo esto al mundo pública y eficazmente el estilo de vida seguido por Jesucristo en su existencia terrena? Estos compromisos, ¿nos hacen creer en el ardor de la evangelización o nos están invitando a aceptar una vida cómoda y superficial, más propia de solte-

rones que de religiosos? ¿Acaso no es lógico, gracias a Dios, que algunas Ordenes y Congregaciones tengan vocaciones y otras no las tengan, pues no saben qué hacer con ellas, sino es desorientarlas en su vida cristiana?

Las *ideologías* han dividido a las Comunidades, destruyendo el lenguaje común, el espíritu corporativo, el entusiasmo y la autoestima. Se han gestado grupos ideológicos, que poco a poco han logrado a veces secuestrar las comunidades y hasta las mismas Congregaciones apoderándose de los puestos de poder. Esta división en realidades fundamentales ha motivado heridas profundas en muchos consagrados. Por ejemplo, poner los colectivos por encima de las personas; sustituir el don de discernimiento por la psicología y la dinámica del Espíritu por la dinámica de grupos; confiar más en los dones naturales que en los dones de la gracia, de modo que unos siempre tienen razón y otros casi nunca, a unos se les escucha y a otros no; pensar que el quicio de la Vida Religiosa está en la Comunidad y no en la Consagración; creer que la misión es fruto de la Comunidad y no de la Consagración; confiar más en la acción que en la adoración a Dios; imposición de la ley democrática en los capítulos de las Comunidades Religiosas, entendiendo la democracia cristiana como número de votos y no como búsqueda de unanimidad y fraternidad; hemos olvidado que la ley de las mayorías y minorías es extraña a la verdadera comunidad cristiana, etc.

El maligno aumenta la *agresividad* de las personas al establecerlas en el engaño y en la mentira o al no tolerar con paciencia estas situaciones de profundos sufrimientos. Surgen envidias y juicios duros de unos contra otros, originándose pequeños grupos enfrentados en las comunidades religiosas; hay personas cansadas y frustradas; unas por el engaño en que han vivido y otras por las impaciencias no controladas; es un remedio de lo que pasa en muchas otras áreas de la vida social y política. El agresivo con los demás está herido o también espera demasiado de los demás o lo que los demás no le pueden dar. Las consecuencias de la agresividad en las Comunidades Religiosas son terribles, pues las perso-

nas tienden a convivir sin entrar en unas relaciones fraternales con los demás y crece en ellas un inquietante sentimiento de autosuficiencia, destruyendo las posibilidades de la gracia. Ahora bien, el hombre necesita entrar en relación con los demás para lograr un desarrollo normal de su personalidad.

El *individualismo* exacerbado es otro de los síntomas que se advierten en muchas religiosas y religiosos, pues mientras se relegan la comunión y subsidiaridad se fomentan dentro el sentido de la autonomía y de la autodefensa, buscando fuera de la propia comunidad el desarrollo de los propios valores, el respeto y el amor a los demás. Un fruto de esta situación es la existencia en la misma comunidad de religiosos claustrales (quienes se ocupan de los problemas comunitarios) y extra-claustrales (quienes se despreocupan de lo que pasa en la comunidad y viven una vida externa, pues lo de dentro les parece frivolidad). Todo esto es irracional y veneno para las comunidades consagradas. Ahora bien, además de este individualismo existe en nuestro tiempo un miedo a ser distintos y a expresar nuestras opiniones, si no reflejan el pensar común de los demás; por eso, la fidelidad hoy va unida a un ánimo valiente.

La *destrucción de la Comunidad* entre los que viven y conviven en la misma casa. Es verdad que la Comunidad Religiosa no es una familia humana, basada en lazos de sangre y de amor humano, y es insensato esperar de la Comunidad lo que sólo puede darte Dios. Pero sí somos una familia espiritual: Dios es nuestro Padre, y nuestra Madre, la Virgen María, Nuestra Señora, refleja misteriosamente este amor divino en nuestras vidas, y nosotros somos hijos de Dios y hermanos en la filiación divina y en la vocación que Dios nos ha regalado. Con todo, hoy ha disminuido el sentido y la fecundidad psico-espiritual del comportamiento paternal, desvalorizado éste de muchos modos en nuestra cultura. Así, con frecuencia, el padre está presente, pero su presencia no es suficientemente eficaz para el desarrollo armónico de los hijos; a veces el padre renuncia a su responsabilidad en aras de un aumento de la fraternidad; mas el principio "todos hermanos", cuando falta el padre,

se transforma en una anarquía y en un individualismo feroz.

El *abandono de la disciplina espiritual*, concretada en la fidelidad a las Constituciones, Estatutos y santas costumbres, ha sido nefasto, pues nuestra naturaleza humana tiende al mal, debido a la concupiscencia de la que no nos ha librado el Sacramento del Bautismo. El saber pensar, vivir, y hacer, la profesionalidad religiosa en una palabra, es parte del buen orden espiritual de nuestra vida, que nos permite ser signos de Dios inteligibles en el mundo que nos rodea. Hay tres realidades en la Vida Consagrada que fundamentan y caracterizan nuestra vida: la *lectio divina* en relación con una biblioteca adecuada donde aprendamos a llenar nuestro corazón y nuestro espíritu de cosas santas para poder rezar y después dar razón de nuestra fe; el Oficio Divino en relación con el espacio coral donde todos podamos llegar a tener experiencias concretas del amor de Dios; y el testimonio apostólico tal como se muestra en frutos evangelizadores.

Lo que los hombres y mujeres de nuestro tiempo esperan de nosotros es que sepamos hablarles de Dios y de su amor; que tengamos respuestas religiosas y espirituales a las cuestiones que oprimen a los hombres y a la sociedad. Por ejemplo, ante el terrorismo, ¿no tiene la Iglesia ninguna palabra que anuncie la conversión a los terroristas y el perdón a los que padecen sus consecuencias? Ante el tremendo crimen de los abortos y el pecado generalizado del divorcio, que están oprimiendo profundamente nuestra sociedad, ¿no tiene la Iglesia ninguna palabra de Dios para detener estos pecados personales y sociales cuya responsabilidad recae también sobre quienes se callan y no hacen nada en contra?

2. *Discernir la situación*

¿Quién ha sembrado esta cizaña en la Iglesia y en la Vida Consagrada? El responsable de esta situación no es el mundo, sino nosotros, pues el mal se gesta siempre en el propio corazón, como nos dice el Santo Evangelio, y quien ha sembrado la cizaña en los corazones ha sido el enemigo de nuestra sal-

vación. Por eso, el presupuesto de toda reiniciación cristiana es advertir la *acción del maligno* y de sus servidores en las Comunidades Religiosas, quienes siguen sembrando cizaña en medio del trigo; no es fácil advertir a veces la presencia del maligno, cuando se reviste de ángel de luz. Así pues, es de suma importancia advertir que la lucha que habrá que desarrollar no es de unos contra otros, sino de todos juntos contra el maligno; el cristiano, consciente de su condición pecadora, no tiene enemigos en su comunidad, pues no se resiste al mal, pide perdón, perdona y pone siempre la otra mejilla, cargando con el pecado del prójimo.

En consecuencia, el fundamento es advertir que estamos necesitando con urgencia el arrepentimiento de nuestros pecados y la *conversión* a Dios nuestro Padre, rico en misericordia. Si el motivo último de nuestra situación agónica es el pecado, no hay otro remedio más que el don de la conversión; pero una conversión concretada en el reconocimiento y rechazo de los propios pecados, que nos permita recobrar la armonía y el gozo de la propia vocación. Cuando se vive de la fe en la Palabra y en los Sacramentos, de la esperanza en las Promesas del Bautismo y de la Profesión Religiosa y del amor derramado en nuestros corazones surgen necesariamente la reconciliación con Dios, con nosotros mismo, con los demás y hasta con la misma creación.

Una vez que las personas están convertidas se cambia el modo de ver las cosas, advirtiendo que todo tiene remedio en el plan de Dios, pues todo contribuye al bien de los que aman al Señor. Lo primero que acontece en quien se convierte es la salida de la *apostasía generalizada*, tan corriente en tantos sacerdotes y religiosos actuales, que perdieron la fe vivida, el entusiasmo por las cosas de Dios y el celo por la evangelización de todos los hombres y mujeres. Cuando uno se convierte abandona la melancolía y, renovada su fortaleza espiritual, deja atrás la pusilanimidad ante la situación y recobra el ánimo y la capacidad para no sembrar más con su vida y su palabra nuevas tempestades y desesperanzas. En fin, cuando uno se convierte recibe de nuevo la capacidad de amar apasionadamente la propia vocación y la propia Orden

a la que Dios nos ha llamado, por más problemas que se adviertan en ella.

Un pecado, que nos impide salir de nuestra situación de *abandono espiritual*, es la pasividad, el dejar hacer, el sometimiento insensato a la ley de la mayoría, la pérdida individual y social de la propia identidad consagrada, la dejadez de la autoridad, la cómoda doble pertenencia; hay muchos religiosos paralizados y encerrados en sí mismos y en sus conventos.

En fin, juzgar con prudencia cristiana la situación espiritual en la que se encuentra la Vida Consagrada implica advertir que nos encontramos ante un reto, es decir, ante un tiempo providencial de la Vida religiosa. Dios ha permitido todo esto para nuestra salvación, para nuestra purificación. No se trata de meros errores históricos, sino de auténticas provocaciones providenciales a la Vida Religiosa. Hay que saber interpretar los signos de los tiempos, a la luz de lo que el Espíritu de Dios está realizando en la Iglesia y en el mundo. Hay que salir de nuestras torres de marfil, de nuestras falsas seguridades, y entrar en el plan de Dios. No se trata de leyes que seríamos incapaces de cumplir, sino de entrar en la corriente profética del Espíritu, que nos introduce en la voluntad de quien nos ama y nos salva. Y actualmente son evidentes algunas de estas corrientes proféticas en la Iglesia, las cuales, aunque no debemos copiar, sí debemos dejarnos iluminar y vivificar por ellas.

3. *Actuar ante la situación*

La buena actuación concreta se fundamenta en la prudencia y al mismo tiempo en la experiencia. En este contexto hay que advertir que muchas de las opciones tomadas en el Posconcilio han sido equivocadas, si las juzgamos desde los resultados que han originado en la Vida Consagrada. Por eso, es preciso comenzar por asumir las consecuencias de los errores cometidos y advertir que los caminos de Dios no son nuestros caminos, ni los pensamientos de Dios son nuestros pensamientos. Así nos libraremos de caer dos veces en los mismos errores; además, tendremos la suficiente humildad para

aceptar que muchas experiencias actuales de Dios hayan comenzado por dar grandes golpes de timón en su modo de pensar y proceder.

En segundo lugar, tengamos presente que Dios sigue actuando en la Iglesia y éste es el fundamento de nuestra esperanza. Ahora bien, la cuestión es actuar, no desde la ideología, sino desde la profecía. No se trata de confiar en nuestras fuerzas y en nuestros planes, sino en el Espíritu, pues el Sermón de la Montaña no se puede cumplir desde la razón, sino sólo desde la gracia. En consecuencia, hay que ser conscientes de la identidad de nuestra consagración religiosa, que nos habla de la radicalidad evangélica y del particular seguimiento de Jesucristo mediante los consejos evangélicos y las bienaventuranzas, expresión de amor oblativo. La base de este estilo de vida, escrito y para siempre o hasta la muerte, está en la vocación de Dios, don que gesta cada día el sentido y la forma de nuestra vida. El ser es anterior al quehacer y el ser nos lo da la fidelidad al propio carisma en la creatividad espiritual, exigencia de la novedad histórica en la que vivimos.

En tercer lugar, sabemos que lo primero en intentar es lo último en conseguir, según el dicho clásico. En consecuencia, es fundamental saber desde el principio a dónde queremos ir. Se trata de regenerar a los Religiosos y Religiosas mediante la gestación de Comunidades evangelizadas y convertidas. Ahora bien, la vida procede del anuncio de la Palabra y de la Celebración de los Sacramentos. Se precisa, pues, un Catecumenado adoptado a la situación de la Vida Consagrada o una nueva Evangelización de la Vida Religiosa. El proceso seguido por algunas nuevas Congregaciones Religiosas y por algunos nuevos Movimientos Eclesiales pueden iluminar el discernimiento al que Dios nos invita a los religiosos; no se trata de copiar, sino de quedar iluminados por el modo de actuar Dios en la Iglesia. Ahora bien, cuando dejamos actuar a Dios no sólo se dan reflexiones bonitas y espirituales, sino también se pergeñan cauces operativos y decisiones concretas de la voluntad de Dios hoy día para nosotros. En el verdadero contexto espiritual no se confunde la tolerancia con la

ausencia de certidumbres y de formas concretas de vida, es decir, cuando se da la verdadera conversión las personas y las comunidades se transforman.

Las experiencias, que encontramos en la vida de la Iglesia hoy día, pueden hacernos entrar en el diálogo fraterno, en orden a valorar los trabajos de los hermanos, compartir los trabajos apostólicos, ayudar a los hermanos agobiados, etc. El diálogo fraternal es una verdadera terapia comunitaria en contra del individualismo. Este diálogo presupone el conocimiento y aceptación de la historia de la propia Orden o Congregación, con su espiritualidad y los carismas con los que Dios ha adornado a quienes han formado parte o integran actualmente el propio Instituto y Comunidad. Algunos de nuestros Monasterios o Conventos están llenos de historia riquísima de santidad y de cultura y es una flojera irresponsable no transmitir estos tesoros con respeto y amor a tantos turistas como nos visitan, buscando descanso, sabiduría y también, de algún modo, a Dios.

Ahora bien, el diálogo para que sea fecundo tiene que alimentarse de la Palabra y de los Sacramentos, de las propias Constituciones y de la historia espiritual de la propia Orden o Congregación. Nuestros diálogos son fecundos cuando estamos abiertos a Dios y a las necesidades actuales de la Iglesia y del mundo; cuando nos cerramos en nosotros mismos perdemos el tiempo discutiendo si hay que hablar de evangelización o de nueva evangelización. Y estas cuestiones bizantinas, propias de clérigos satisfechos en la mente y vacíos en el corazón, explica que la transmisión de la fe haya pasado hoy día de las familias, de las parroquias y de los conventos a los Movimientos Eclesiales. Discutir es ignorar el gozo y la dicha del misterio de estas palabras: “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar”. (*Evangelii Nuntiandi*, 44).

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.

La Confirmación, afianzamiento en la vida espiritual

Si el bautismo es la fuente de la vida espiritual, la confirmación es el afianzamiento o robustecimiento de la misma. Si el bautismo se daba con la inmersión en el agua, la confirmación se dará con el gesto de la imposición de manos como gesto donador del Espíritu Santo. La confirmación hay que verla en la misma línea del bautismo.

Lo podemos examinar en algunos textos de los Hechos de los Apóstoles en los que se ve una doble efusión del Espíritu: la que procede del «bautismo» primero y después la de la «imposición de las manos» de los apóstoles. Es muy claro el texto de Hech. 8, 16-17 en donde se nos dice que los habitantes de Samaría «sólo habían recibido el bautismo en el nombre de Jesús, el Señor. Entonces les impusieron las manos, y recibieron el Espíritu Santo» «sólo».

La Tradición reservará a esta imposición de manos un segundo sacramento, que con el tiempo se denominará confirmación. La expresión «confirmación» aparece en la Galia en el I Concilio de Orange (441), en su canon 2º; antes de este momento los documentos hablan más bien de *consignatio*.

1. *La existencia de la Confirmación*

Cuando nos encontramos con los primeros rituales (s. III) nos hallamos en presencia de un conjunto a la vez complejo y único que sería la tradición del santo bautismo, bautismo de agua, del don del Espíritu y de la participación en la Eucaristía, es decir, toda la iniciación cristiana. En ella tras el bautismo de agua hay un segundo rito desde los orígenes que

está reservado a los apóstoles y después a los obispos, sus sucesores, que da el Espíritu Santo. Este rito consiste en la imposición de las manos, gesto muy antiguo de bendición y consagración que significa la toma de posesión del alma por el poder de Dios y la plenitud del Espíritu. Esta imposición de manos la encontramos en Occidente desde los primeros testimonios para la segunda etapa de la iniciación cristiana, el segundo sacramento o sacramento del Espíritu o de la confirmación. Veamos algunos testimonios:

Tertuliano en su obra *de carnis resurrectione* n° 8, hacia el 200 después de haber hablado de la unción con el óleo santo bendecido, que el neófito recibe al salir del baño, añade:

Después se nos imponen las manos llamando e invocando al Espíritu Santo para una bendición

Cipriano en su carta 73, 9, unos 50 años más tarde, conoce también la unción postbautismal que le recuerda cómo Pedro y Juan son llamados para imponer las manos a los nuevos bautizados de Samaría y añade:

Ocurre que pasa ahora incluso entre vosotros que los que están bautizados en la Iglesia sean presentados a los jefes de la iglesia y por nuestra oración y la imposición de manos reciben el Espíritu Santo y el sello del Señor que consuma su iniciación.

Así en Hipólito, la confirmación parece ser la disposición para la oración, la preparación para el sacrificio que sigue inmediatamente.

Antes de haber recibido lo que precede (el bautismo y la confirmación), ellos no podrán orar con los fieles ni intercambiar con ellos el beso de paz". *Traditio*, cap. 21.

San Ambrosio presenta la confirmación con un marcado carácter espiritual-teológico en su obra *De Sacramentis* VI, 6-7:

Encontrarás en seguida esto de particular: es Dios quien te ha llamado, mientras que en el bautismo es con Cristo con quien has sido crucificado de una manera particular y en seguida hay algo de especial cuando tú recibes el sello espiritual: ves

la distinción de personas, pero que todo el misterio de la Trinidad se encadena en ellas.

En San Ambrosio el Espíritu Santo dado en la confirmación hay que comprenderlo a la luz de Is. 11, 2-3, como el sello del desarrollo de la gracia septiforme y la oración. Mientras *San Agustín* destaca cómo el Espíritu Santo se le dio a los apóstoles en Pentecostés para robustecer su fe y así lo que sucedió en el cenáculo a los apóstoles sucede aquí a cada uno de los cristianos que reciben la confirmación. En los Padres la iniciación cristiana no está completa si no se ha recibido la confirmación; si no se ha recibido del Obispo la signación y si no se ha recibido de él el don del Espíritu que consuma la iniciación.

Incorporado el cristiano al Cuerpo de Cristo por el Bautismo, ha recibido el don del Espíritu, que le prepara a vivir su vida de miembro de este cuerpo. La confirmación lo habilitará, con la nueva donación del Espíritu Santo, para llevar a término la buena nueva del Evangelio, para el testimonio de la Palabra y para la lucha contra el demonio hasta la cruz. La confirmación acaba así el equipamiento espiritual del cristiano que está ya bien dispuesto de todo lo que es necesario para vivir en plenitud su vida de bautizado, de consagrado también para el servicio.

Si nos acercamos al siglo IV, siglo de oro de la liturgia, no puede dejar de maravillarnos el relieve tan importante que se le da al bautismo y a los demás sacramentos de la iniciación cristiana, en todas las regiones de la iglesia, relieve que aparece ya desde los edificios, baptisterios monumentales que surgen junto a las grandes basílicas, pero sobre todo en las grandes catequesis.

En esta época y con estas catequesis se funda la vida cristiana no en la heroicidad de los esfuerzos humanos, sino en la transformación objetiva y ontológica que por la participación en los sacramentos, toca a la integridad de la persona humana y que ayuda al hombre a llegar a convertirse en lo que significan estos sacramentos a través de la fuerza transformante y dinámica del Espíritu Santo que está presente en cada uno y actúa

2. *Bautismo y confirmación*

¿Se trata la Confirmación un nuevo sacramento o de un desdoblamiento de la unción bautismal? ¿Es distinto del bautismo? ¿Cuál es la gracia que confiere? ¿Un nuevo don del Espíritu? Si el bautismo es completo por sí y ya da el Espíritu Santo, ¿por qué un nuevo sacramento para darlo de nuevo? O, al contrario, ¿si hay un rito especial para dar el Espíritu Santo, el bautismo no lo ha dado o lo ha dado incompleto? Sin embargo, esto es un falso planteamiento, porque el E. S. está presente en el bautismo y actúa para producir en el alma del neófito todos los efectos maravillosos que ya hemos visto.

El cristiano ha renacido del agua y del Espíritu y se puede hablar de un don del Espíritu Santo en el bautismo, pero este don ¿acaso puede excluir otro don que viene por la imposición de las manos o por la crismación? Según los Padres de la Iglesia este don puede ser complementario del bautismo sin que el bautismo sea incompleto o insuficiente por sí. Para ello hemos de acudir a los hechos históricos de la vida de Jesús que son como los signos o sacramentos de la vida del cristiano. El Catecismo dice también muy acertadamente:

Las palabras y las acciones de Jesús durante su vida oculta y su ministerio público eran ya salvíficas. Anticipaban la fuerza de su misterio pascual. Anunciaban y preparaban aquello que El daría a la iglesia cuando todo tuviese su cumplimiento (n° 115).

Se puede hablar a propósito de Jesús y de su misión de una doble intervención del Espíritu: a) la primera tuvo lugar en la Encarnación, en el seno de su Madre; allí el Espíritu constituye a Jesús. b) pero el Evangelio en el Jordán, nos presenta otra venida del Espíritu Santo a Cristo que fue la ocurrida en su bautismo.

Lo que el descenso del Espíritu Santo en el bautismo significa y manifiesta en Jesús, lo significa y opera en el bautizado este segundo sacramento de la iniciación cristiana. Pero del mismo modo que en la vida de Jesús encontramos estas dos efusiones del Espíritu, ahora en la Iglesia Cristo dona su

Espíritu en el Calvario, cuando muriendo nos entregó su Espíritu y también en el cenáculo el día de Pentecostés, con los signos extraordinarios que manifiestan la nueva efusión del Espíritu, cfr. Hech 4, 31.33. La Iglesia ha recibido en *Pentecostés* toda la plenitud de su vida, de una vida que va ahora a expandirse y comunicarse por fuera; hablamos de su poder de expansión misionera hasta los confines de la tierra. El cristiano que ha nacido en el bautismo del agua y del espíritu recibe en la confirmación-Pentecostés del cristiano- el poder del Espíritu en vistas del testimonio o como vimos antes del servicio litúrgico.

3. *El Pentecostés del cristiano*

En el sacramento de la confirmación, el Espíritu Santo es dado a cada uno tal como fue dado a los apóstoles en Pentecostés; como el bautismo nos hace participar en la muerte y resurrección de Cristo, así la confirmación hace partícipes del acontecimiento de Pentecostés. Los teólogos están de acuerdo en ver el sacramento de la confirmación como la sacramentalización de Pentecostés. Dice Pablo VI en la Constitución Apostólica que acompaña el Ritual de la Confirmación:

El día de la fiesta de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió realmente, de un modo extraordinario, sobre los Apóstoles reunidos con María, Madre de Jesús, y con los demás discípulos: quedaron tan llenos de él, que inflamados por el soplo divino, comenzaron a proclamar las maravillas de Dios... Desde aquel tiempo, los Apóstoles, en cumplimiento de la voluntad de Cristo, comunicaban a los neófitos, mediante la imposición de las manos, el don del Espíritu Santo, destinado a completar la gracia del bautismo... Es esta imposición de manos la que ha sido con toda razón considerada por la tradición católica como el primitivo origen del sacramento de la confirmación, el cual perpetúa, en cierto modo, en la Iglesia la gracia de Pentecostés.

La idea sin embargo no es nueva. Santo Tomás dice que este sacramento otorga a los bautizados el Espíritu Santo

para vigorizarles, como se le dio a los apóstoles el día de Pentecostés. Así lo expresa en la *Summa Theologiae*, III, c. 72, a 7. Y en la q. 63 y ss. dice que la confirmación es un crecimiento espiritual, que se ordena a promover al hombre hacia una perfecta edad espiritual. La confirmación ofrece al bautizado la plenitud de la vida sacramental y de los actos públicos de culto, especialmente la Eucaristía. Pública y libremente el confirmado podrá afirmar su fe a través de los actos sacramentales que realice. En otro sitio el mismo Doctor Angélico dice:

como el bautismo es una regeneración espiritual para la vida cristiana, así la confirmación es un crecimiento espiritual por el que el hombre alcanza la edad espiritual perfecta... otorga al hombre una potestad espiritual para ejercer unas acciones sagradas distintas de las que puede realizar con la potestad del bautismo... por la confirmación uno recibe la potestad para ejercer acciones destinadas al combate espiritual contra los enemigos de la fe. (III q. 72, 5).

Para Santo Tomás la confirmación viene a ser con relación al bautismo lo que el crecimiento al nacimiento. Y no se debe comprender sólo que en la confirmación se trata de una fuerza dada para el testimonio, sino como dice Nocent de: «*una gracia que permite el libre acceso, públicamente y con conciencia, a los sacramentos y particularmente a la Eucaristía*»¹. En este sentido podemos decir que redescubrir el Espíritu de Dios en nosotros es redescubrir la liturgia de la Iglesia así como redescubrir la liturgia es redescubrir el Espíritu Santo.

4. *El vigor espiritual del don del Espíritu Santo*

El Espíritu Santo que se nos comunica en la confirmación es el autor y el maestro de nuestra santidad y el que nos capacita para ser adoradores del Padre en el Espíritu y la verdad, así como para celebrar dignamente la sagrada Eucaristía. Y

1. A. Nocent, *Significato teologico liturgico della confermazione cristiana nella chiesa latina ieri e oggi*. Studi Ecumenici 3 (1985), 313-333.

en otro sitio dice el mismo Santo Tomás que: el efecto de la confirmación es un vigor espiritual c. 72 1. 6. Prácticamente es lo que ya decía a principios del siglo III la Tradición Apostólica de Hipólito.

El Espíritu Santo que ha sido ya recibido en el sacramento del bautismo es un primer don del Espíritu, en el agua del bautismo, que le hace nacer a la vida cristiana (Jn. 3, 5) y le incorpora al cuerpo místico que es la Iglesia (1a Cor. 12,13); ahora una segunda misión del Espíritu le dota de todos los dones necesarios para vivir con plenitud la vida del cuerpo, para responder a la misión de la Iglesia y para ofrecer el culto en espíritu y en verdad en el templo verdadero que es el cuerpo de Cristo. Todas estas ideas están plasmadas en los documentos más recientes del Magisterio, la constitución *Divinae consortium* de Pablo VI, del 15 de agosto de 1971, el *Ordo Confirmationis* y el Catecismo de la Iglesia católica, la confirmación es puesta en referencia al bautismo y vista dentro del proceso sacramental de la iniciación cristiana.

La iniciación cristiana se realiza mediante el conjunto de tres sacramentos: el Bautismo, que es el comienzo de la vida nueva; la confirmación, que es su afianzamiento; y la Eucaristía, que alimenta al discípulo con el Cuerpo y la Sangre de Cristo para ser transformados en El (Catecismo, 1275)

Dice Pablo VI en la constitución apostólica *Divinae consortium naturae*.

Con el sacramento de la confirmación los renacidos en el bautismo reciben el don inefable, el mismo Espíritu Santo, por el cual «se enriquecen con una fortaleza especial» y, marcados por el carácter del mismo sacramento, «se vinculan más estrechamente a la Iglesia», y «se obligan con mayor compromiso a difundir y defender la fe, con su palabra y sus obras, como verdaderos testigos de Cristo.

De los tres documentos del más reciente magisterio se deduce que:

la confirmación es el afianzamiento del bautismo; confiere plenitud al bautismo; crecimiento y profundidad a la gracia

bautismal; une más firmemente a Cristo; perfecciona la gracia bautismal; completa la gracia del bautismo; perpetúa en la iglesia la gracia de Pentecostés.

Así vemos que la espiritualidad de la confirmación no es una espiritualidad nueva sino la misma espiritualidad del bautismo bajo un nuevo aspecto. Se distingue del bautismo como la vida adulta se distingue de la edad del nacimiento. La confirmación significa una profundización en la integración de la vida de Dios y un acercarme a a aquél amor perfecto que de ellas brota. Desde los primeros rituales de la iglesia romana hasta hoy la confirmación es vista como el don específico del Espíritu. La *signatio* en la frente con el crisma se acompañaban, antes del cambio en el ritual de Pablo VI, de estas palabras: *Signum Christi in vitam aeternam*. Ahora en el nuevo ritual se dice: «Recibe por esta señal el don del Espíritu Santo». Son palabras por las que se confiere el sacramento que nos testifican ese don del Espíritu Santo que se recibe para vigorizar nuestra vida cristiana, fortalecer nuestra fe, incorporarnos más plenamente a la Iglesia a la que ya se pertenece por el bautismo y predisponernos para la oración y la vida litúrgica.

Conclusión

De la Tradición podemos concluir que la espiritualidad del sacramento de la confirmación es la plenitud para el culto y la liturgia con los testimonios de Hipólito, Ambrosio y Tomás de Aquino. El Espíritu Santo que se nos da más en plenitud en la confirmación es el autor y el maestro de nuestra vida espiritual y nos capacita para el nuevo culto, para ser adoradores del Padre en el Espíritu y la Verdad.

Del Magisterio más reciente podemos concluir, completando lo anterior, que la espiritualidad de la confirmación es la de perpetuar el don del Espíritu Santo recibido por la iglesia el día de Pentecostés. Es el mismo Espíritu que alentó a la Iglesia apostólica y que la hizo misionera y evangelizadora la que alienta sobre el bautizado que recibe nuevamente el sello

y el don del Espíritu en vistas a fortalecer su vida cristiana y su vida espiritual. Es cuanto dicen los prenotandos del *Ordo Confirmationis*:

Por esta donación del Espíritu Santo los fieles se configuran más perfectamente con Cristo y se fortalecen con su poder para dar testimonio de Cristo y edificar su Cuerpo en la fe y en la caridad (nº 2).

Es lo que afirmaba el Pseudo-Dionisio cuando veía aquí el sacramento de la *teleíotes*, de la perfección. Y así lo entiende Nicolás Cabasilas cuando habla del *sacramento de los proficientes*, por oposición al bautismo, sacramento de los principiantes. Todo esto pone de relieve el nexo entre la confirmación y la vida espiritual, considerada como desarrollo de la gracia germinal del bautismo. Igualmente, adquiere pleno sentido la noción de confirmación: se trata de consolidar la vida espiritual, todavía frágil en el bautizado y que va robusteciéndose bajo la acción del Espíritu Santo².

JUAN JAVIER FLORES, OSB

INDICES DE LA REVISTA VIDA SOBRENATURAL, 1921-1995

Los 75 años de la REVISTA VIDA SOBRENATURAL son un acontecimiento histórico en la Espiritualidad Española del siglo XX. Sus páginas, obra de prestigiosos teólogos y maestros de la vida sobrenatural, integran un patrimonio importante de experiencia y de doctrina espiritual que es conveniente conocer. Con este motivo, se han publicado estos **Indíces de Vida Sobrenatural**.

Pedidos a: VIDA SOBRENATURAL (o Editorial San Esteban)
Apartado 17
37080 Salamanca (España)

Precio: 2.000 ptas. más 200 de envío. Suscriptores, 1.700 ptas.

2. J Danielou, *Sacramentos y culto según los SS. Padres*. Ed. Guadarrama, Madrid, 1962, 185.

Testigos

El siervo de Dios Francisco Pfanner (1825-1909). Fundador de Mariannahill

1. *Semblanza de un atleta de Cristo*

Su grito fue: *Corred pues, de modo que lo alcancéis*. El fue el primero de los atletas misioneros de Mariannahill porque fue él quien dio comienzo a esta carrera por Cristo y porque siempre marchó a la cabeza de todos. Tenía prisa por hacer más cosas; tenía prisa por llegar a más gente; tenía prisa por enrolar a más participantes en la misma carrera, porque lo que de verdad le quemaba por dentro era predicar el Evangelio de Cristo. Decía: «*Nuestro campo de trabajo es una parte del Reino de Dios y éste no tiene fronteras*».

Con espíritu emprendedor y superador de dificultades, el *Abad Francisco* comenzó la aventura de Mariannahill a sus 54 años. Cuando murió, veintisiete años después, su Monasterio contaba con más de 300 monjes misioneros y de aquella casa madre dependían casi una veintena de estaciones misioneras. Colaboraban con él medio millar de mujeres fuertes, de la mejor escuela misionera.

El pelo rojo de su cabeza delató desde niño la fogosidad de su carácter. La práctica de deportes como el *Hosenlup* austríaco —especie de lucha leonesa— y del alpinismo; los trabajos agrícolas realizados en la labranza familiar; la autodisciplina que durante su vida practicó ayudaron a forjar en él ese espíritu superador de dificultades. La oración, la disciplina y penitencia trapense, las fatigas apostólicas, las humillaciones y sufrimientos mantuvieron siempre tonificado este espíritu.

El 24 de Mayo de 1909 con la candela de los moribundos en la mano, a modo de testigo propio de la carrera de relevos, y gritando la palabra «Luz», alcanzó la corona de gloria que no se marchita: el laurel eterno. (Cfr. 1 Cor. 9, 25). Había dejado escrito: «*Fíjate en el cielo y alégrate. Alégrate porque estarás delante de Dios y le verás. Luchemos y suframos con alegría, coraje y perseverancia hasta el fin*». No podía hablar de otra manera el que vivió como esforzado atleta de Cristo.

2. Entrenamiento y primeras competiciones

Cuando nació el 21 de Septiembre de 1825 en Langen (Austria) los Pfanner le pusieron de nombre *Wendelin*. Estudió en la escuela de su pueblo simultaneando trabajos en el campo y con el ganado. La Secundaria la realizó en el Instituto de *Feldkirch*. Pasó luego a las Universidades de *Innsbruck* (Austria) y Padua (Italia). Estando en esta ciudad italiana, a los 21 años, descubrió que Dios quería de él algo especial: *ser sacerdote*.

Entró en el Seminario de *Bruceu* con mucha ilusión y poca salud. Fue en aquellos años de seminarista cuando empezó a interesarse por la realidad de los misiones. Así nos lo cuenta años más tarde en sus memorias: «*En aquellos tiempos se solía recitar diariamente el salmo 50 —el Miserere— en el que se dice: “Enseñaré a los malvados tus caminos y los pecadores volverán a ti”. Cada vez que se recitaba estas palabras me acordaba de los muchos que no conocen a Dios. Con el tiempo me convencí de que “las misiones” eran mi único deseo. Decidí comunicárselo a mi director espiritual, y éste se lo expuso al obispo y la decisión final fue que, dada mi débil situación física, nunca podría ir a América - en aquellos días sólo se pensaba en América al hablar de misiones*».

Por ello, cuando a los 25 años fue ordenado sacerdote —28 de Julio de 1850— su destino no fue América sino la parroquia de *Haselstauden*. Parroquia dura y difícil, que logró cambiar a base de mucho tacto, tenacidad y confianza en Dios. Los problemas que tuvo en la parroquia tampoco ayudaron a su salud. Con todo su talante luchador le llevó a ofrecerse

voluntario como capellán castrense cuando Napoleón III declara la guerra a Austria en 1859.

Otra fue la *competición* en la que su obispo le pidió participar. Su lugar estaba en un convento de Hermanas de la Caridad en la ciudad de Agram, en la antigua Yugoslavia. Con humor él mismo comenta el nombramiento: *«Ciertamente no sé por qué el obispo me honró con este nombramiento. Sospecho que sería por las siguientes razones: Habría oído del superior de los Pasionistas que yo tenía experiencia de confesionario, al ayudarles cuando daban misiones en los pueblos o quizás el interés que tenía yo de ir como capellán “al frente”. Pero quizás la verdadera razón fue que el obispo me tenía por un hombre firme y que un poco de mano dura era necesaria para guiar a las monjas en su vida espiritual. Fuera por la razón que fuera, yo fui a Agram».*

Y allí en el convento se puso manos a la obra: librar de los escrúpulos de conciencia a muchas de las monjas que en el lugar vivían. Y fue allí donde empezó a acariciar la idea de entrar en religión en alguna comunidad. Pensó en los Jesuitas con los que había estudiado en *Innsbruck*, pero... —él mismo nos lo cuenta— *«mientras dudaba qué hacer llegaron dos hermanos trapenses al convento. Tuvimos una larga conversación y me fascinó su forma de vida. Mientras hablaba con ellos una idea se cruzó en mi mente como un relámpago: “Esto es para ti”. Despedí a los hermanos y en mi cuarto pensé: “Esto es para mí, aunque es duro, pero sobre todo porque es duro”. Esto será la mejor preparación para mi muerte. Ahora no me importan los jesuitas. He decidido que si tengo que morir, mejor será haciendo penitencia que estudiando».* Pide permiso a su obispo, el de *Brixen*, y en espera de su respuesta emprende viaje a Tierra Santa. A su vuelta le tuvo que insistir hasta que, por fin, consiguió el permiso.

El día antes de partir hacia su nuevo lugar de *competición* se despide por carta de los suyos en casa: *«Lo hago porque creo que es la voluntad de Dios, como hace trece años me hice sacerdote por el mismo motivo.... No quiero ser rico ni alcanzar puestos de honor en este mundo, sino vivir pobre y desconocido en la soledad... Viví de formar que un día nos volvamos a encontrar en el cielo... No me compadezcáis. Elijo libremente*

esta vida austera. Nadie me obliga a ello. Al contrario, tuve que librar una enconada batalla para poder salir de aquí».

Preparó luego las maletas y se despidió de las monjas: «*Mañana por la mañana voy de viaje; me marchó a la Trapa de María Wald*». El capellán pelirrojo, de sotana y misa corta —como le llamaban— se les iba.

Aquella noche en la capilla el P. *Wendelin Pfanner* rezó su oración: «*Vosotros, Santos de Dios, por los méritos del Preciosísima Sangre de Cristo, obtenedme la gracia de que pueda hacer siempre la voluntad de Dios. Estar siempre unido a Dios. No pensar en otras cosas sino en Dios. Hacer todas las cosas solamente por Dios. Buscar en todas las cosas el honor y la gloria de Dios. Entender perfectamente mi propia nada. Conocer más y mejor la voluntad de Dios. Mantener el recogimiento en Dios*».

La Trapa de *María Wald* está en Alemania y allí fue admitido el 9 de Octubre de 1863, a la edad de 38 años. Dejó de llamarse *Wendelin* para ser desde entonces conocido como el P. *Francisco*. La vida regular, la dieta frugal y el trabajo duro le devuelven la salud y el que entró en la Trapa para prepararse a bien morir, encontró en el monasterio la paz interior y recobró la salud.

En el monasterio ha entrado con la más recta de las intenciones. De él mismo es este testimonio: «*En el monasterio las personas cambian. Hasta el superior. Ahora uno bueno, luego otro tibio. Pero las personas no hacen el monasterio. Sería señal de gran imperfección entrar en el monasterio por cariño a una persona u otra; o abandonar el monasterio porque un hermano, aunque sea el superior, no es de nuestro gusto. Se entra en el monasterio por Dios y no por los hombres*».

Esta convicción con la que entró en religión le será de gran utilidad a la hora de ir superando las dificultades de índole comunitaria que no tardando mucho le van a ir saliendo al paso.

Pronto ocupó puestos de responsabilidad en el monasterio y, debido a su alto grado de autoexigencia, aunque no la imponía a los demás, se empezaron a levantar y oír voces de descontento. Con la fin de acallarlas se le encarga la fundación de

un nuevo monasterio en algún lugar dentro los términos del entonces Imperio austríaco. Y estando ocupado en esta encomienda, una carta de los superiores de la Orden le aconseja: «*Vuelva usted al mundo. Abandone la Orden*». Desorientado, pide consejo a un obispo amigo suyo, *Mons. Fessler*, que le dice: «*Vete a Roma*». Ya en Roma, el *P. Francisco* y el *Hno. Zacarías* que le acompaña, en espera de que su caso se resolviera, son encargados de reconstruir el Monasterio de “*Tre Fontane*” en las afueras de Roma. El *P. Francisco* nos cuenta un hecho insólito que allí le ocurrió: «*Mientras trabajaba en la huerta, me sorprendió la presencia de un anciano de pelo blanco. Tras darle un pedazo de pan, según la costumbre, seguí trabajando, pero el anciano continuaba mirándome. Me dijo: “Por qué perder el tiempo aquí ? Véte a Turquía, allí tendrás más trabajo que en Roma”. Ciertamente que me fascinó aquel anciano y al mirar de nuevo, había desaparecido sin dejar huella...*».

A los pocos días de este suceso le comunican que su causa había sido resuelta. Se le dice que su temperamento fogoso era demasiado para la Trapa de *María Wald*; que seguía siendo trapense y que quedaba en pie el mandato de fundar un nuevo monasterio.

Con alegría el *P. Francisco* y el *Hno. Zacarías* emprenden viaje hacia el este. Llegan a Bosnia, entonces Turquía, y tras no pocas dificultades legales fundan un monasterio que llegaría a ser el más grande de Europa. *María Stern* es el nombre de la nueva fundación. Sus piedras son hoy testigos de la guerra que no cesa en la antigua Yugoslavia.

Estando allí una visión le anuncia una nueva fundación. El mismo nos cuenta el suceso: «*En 1874, decidí visitar a la famosa visionaria de Wittelsheim en Alsacia. Entre las cosas desconcertantes que me anuncia, dice que me ve en relación con una nueva fundación monacal dedicada a Santa Ana en cuya seno está la Virgen con el Niño. María llevaba un ancla en la mano. Esto último fue lo más desconcertante para mí*».

Pasando el tiempo Dios se encargará de irle desvelando el significado de la visión. En Septiembre de 1879 asiste al Capitulo General de los Trapenses en *Sept-Fons* (Francia). En esa reunión el Priorato de *María Stern* sería elevado a la cate-

goría de Abadía y el *P. Francisco* sería nombrado primer Abad. Antes de empezar las sesiones, por cortesía, se da la palabra a *Mons. Ricards*, obispo en la Provincia del Cabo en Africa del Sur; que con carta de recomendación del Papa León XIII, pide monjes para fundar un monasterio en aquella parte del mundo. Hubo silencio en la Sala Capitular. El obispo se disponía a marcharse, interpretando el silencio como respuesta negativa a su petición, cuando se oyó una voz: «*Si nadie va, iré yo*». Grande fue la sorpresa por la frase misma, pero mayor aún al darse todos cuenta de quién la había dicho: el *P. Francisco Pfanner*, que estaba a punto de ser elegido abad del monasterio por él fundado.

Realizados los arreglos pertinentes, vuelve a *María Stern*. Allí escoge 32 monjes que le acompañarán en la aventura y se despide de los demás diciéndoles: «*Mantened la disciplina para que el Señor no se enoje y no os desviéis del camino recto*».

3. *Atleta en la gran competición: Mariannahill*

El 28 de Julio de 1880 la expedición trapense llega a *Dunbrody*, al terreno que el obispo *Ricards* había escogido para la nueva fundación. Aquello se parecía más a un desierto que a una tierra manando leche y miel, de la que les había hablado el obispo.

Al día siguiente el *P. Francisco*, en presencia de *Mons. Ricards*, pronuncia un discurso: «*A Bosnia llegué con sólo 4 hombres, aquí he traído más de 30. Allí encontré un gobierno degenerado y no tuve protección jurídica alguna; aquí encuentro un gobierno y una administración regulares. En Bosnia tuve primero que comprar el terreno; aquí ya lo tengo. Allí tuve que conseguir por mí mismo los medios financieros; aquí cuento con un tesoro y protector: el señor Obispo. Por eso estoy decidido a vivir y morir aquí. Como los españoles cuando llegaron a Méjico que quemaron las naves para verse obligados a seguir adelante. Yo quemó el puente declarando públicamente 'No retrocederé jamás*».

El *P. Francisco* nos describe con su personal ingenio cómo fueron los primeros pasos en *Dunbrody*: «...en el borde extre-

mo de una roca, un hermano se ocupa de las abejas que acaba de capturar. A un tiro de piedra, otro hermano enfoca la cámara fotográfica hacia una variedad de cactus. Frente a éste, en una fragua a medio construir, otro hermano forja una reja de arado, mientras otro arrastra espinos gigantes con un caballo, para que un padre construya con ellos una valla para la cuadra de las vacas. Algo más lejos, un hermano riega unos renuevos de vid que él mismo había plantado antes en el campo de cactus. A otro hermano se le ve haciendo pan en un horno portátil, mientras algunos "religiosos del coro" se ocupan de la colada en un lavadero. Muy cerca de ellos, un hermano fabrica un carro nuevo y otro una regadera de hojalata, ambos al aire libre, por falta de talleres. Cuando pienso en esta multitud de trabajadores tocados con sombreros: uno de pico, otro redondo, el uno de fieltro, el otro de paja, uno blanco, otro de color negro, el uno a la última moda de París, el otro según los gustos de 1848, cada cual con lo que había podido pillar en la apresurada salida de Bosnia..., apenas puedo reprimir una sonrisa».

Pasaron dos años, rezando y trabajando, y la tierra no daba el fruto esperado y al obispo se le acabaron los recursos para mantener a los monjes que se había traído de Europa. El P. Francisco se volvió a Europa a buscar medios materiales y personal. El nos cuenta aquella campaña de propaganda: «Recorrí desde el mar del Norte al mar Mediterráneo, y desde el mar Negro al Océano Atlántico... Di la voz de alarma, predicando y pidiendo.... por activa y por pasiva. Me presenté en catedrales e iglesias rurales, en capillas y casas de labranza, en centros de todo tipo, llegando a veces a pronunciar tres o cuatro sermones o conferencias en un mismo día... Durante todo este tiempo nunca estuve afónico ni constipado, ni siquiera cansado. En estos viajes comí habitualmente de mi bolsillo: pan y fruta».

Realizando esta campaña el P. Francisco se entera que el obispo Ricards ha presentado quejas contra él y, aunque luego se retractará de tales acusaciones, el P. Francisco desde Europa ordena a sus monjes que salgan de Dunbrody. El emprende viaje de vuelta y sus monjes salen para el Natal, donde el obispo Jolivet les acoge benévolamente. Recién lle-

gado de Europa se le ofrece un terreno, que no convence al *P. Francisco*: «*He cometido ya una tontería y no quiero que se cometa otra*». El mismo *P. Francisco* se encarga de comprar el terreno más idóneo para sus propósitos. El 4 de Diciembre de 1882 formaliza la compra de una finca cerca de *Pinetown*. Los monjes celebran la Navidad en las afueras de *Durban* y al día siguiente todas las carretas de aquel «*Monasterio rodante*» se ponen en marcha.

La primera pareja de bueyes iba guiada por *Eduardo Shelela*, joven africano y buen conocedor del terreno y del oficio. Llegados al lugar las órdenes eran encaminarse hacia la colina, pero los bueyes se negaron y la carreta se atascó junto a una higuera. «*Descargad* —ordenó el *P. Francisco Pfanner*— *aquí nos quedaremos; aquí edificaremos nuestro monasterio. Es la voluntad de Dios... Y se llamarán "Mariannahill"; María: porque nuestros monasterios están siempre dedicados a María...; Ana: porque éste en particular está dedicado también a Santa Ana..., y Hill (en inglés: colina): porque se levantará sobre un majestuoso cerro*».

Llegados al lugar, ¿qué hacer? El *P. Francisco* no duda: manos a la obra; a rezar y a trabajar. Y un año después de la llegada, el *P. Francisco* nos narra lo que ha ocurrido allí: «*Se alza aquí toda una maraña de construcciones y entre ellas tres secciones del monasterio, ocupadas por un gran dormitorio, una sala capitular y un oratorio. Hay, además, una herrería, cerrajería, sastrería, zapatería, carpintería y una era para trillar. La imprenta y topografía han encontrado por fin un emplazamiento fijo después de muchos cambios. Una hospedería y junto a ella un taller de fotografía. Entre todos estos edificios hay almacenes y vestuarios. Junto al refectorio se ha construido una cocina y adosada a la iglesia una sacristía. Más abajo está la escuela ..., y al otro lado, a cierta distancia, las cuadras. Para el transporte se han construido varios ramales de carretera, trazados a base de romper la roca viva, y dos puentes de piedra sobre el río. En la imprenta han editado nuestros hermanos un catecismo, las "Hojas volantes" y otras publicaciones en inglés y alemán ... Si el número de postulantes va en aumento con tanta rapidez como hasta ahora, en el curso del próximo*

año nuestra comunidad contará con 100 personas. Cuando veo la cantidad de personas que cada día se sientan en la mesa para comer, a veces se apodera de mi la preocupación y me pregunto: ¿Cómo dar de comer y vestir a tanta gente? Pero, por otro lado, la vista de tantas personas animosas, diligentes y sacrificadas me llena de gozo y consuelo. Ellas son mi riqueza. Si cuento con muchos padres y hermanos podré llevar a cabo muchas cosas y, realmente, los resultados del primer año son clara prueba de la gran bendición de Dios sobre nosotros...».

El balance del primer año de estancia en Mariannahill no fue motivo de autocomplacencia para el *P. Francisco*, sino un acicate para seguir adelante. Muchos eran los que movidos por la curiosidad se acercaban al monasterio y muchas eran las facetas y áreas de la vida humana que debían ser atendidas. El *P. Francisco* tenía claro desde un principio que evangelización y promoción humana no se oponen y han de ir a la par. «*Los trapenses —escribe— no sólo quieren promocionar a los africanos, sino también hacerlos cristianos... El africano ha de unir y abarcar en sus dos manos los beneficios de la civilización y del cristianismo*».

Esta visión global de toda la actividad que se desarrollaba en torno al Monasterio en actividades de *culto, cultura y agricultura* se plasmó en el lema evangelizador de Mariannahill: «*Mejores campos, mejores casas, mejores corazones*». Para que este propósito se hiciera realidad empezó a llamar a mujeres jóvenes desde Europa y a seglares comprometidos. Las primeras vinieron a ser las *Misioneras de la Preciosa Sangre*. Y para que el propósito fuera eficaz empezó a mandar a sus monjes fuera del monasterio y argumentó así esta medida: «*¿No trabajamos para un Rey cuyo reino no tiene límites? Mariannahill es parte de este reino y no se puede limitar a un solo sitio*».

Cuando se le preguntó si era posible que monjes trapenses pudieran ser misioneros, él apeló a la historia de la Iglesia recordando que los que evangelizaron Europa fueron los monjes benedictinos y en carta al Director del periódico «*Natal Mercury*», escribe: «*Mientras San Agustín salió de Roma, yo salí de Bosnia. El fue enviado por el Papa Gregorio*

Magno. Yo recibí la misión del Papa Pío IX. El desembarcó con 40 monjes en Inglaterra, yo en Africa del Sur con 30. Fueron San Fridolín y San Columbano quienes llevaron la fe a Alemania y al Norte de Francia..., y todos estos misioneros fueron monjes. Construyeron monasterios y evangelizaron». El estaba seguro que la máxima benedictina ORA ET LABORA no sólo era el mejor lema de vida monástica sino también el mejor método de trabajo misionero.

Respeto a la *oración* como método de evangelización escribe: «*Hasta ahora los africanos no sabían casi nada de un Dios invisible, omnipotente y omnipresente. Pero desde que viven entre nosotros y ven cómo nuestros hermanos se arrodillan siete veces al día para la oración, sea en el surco del campo, o en el andamio, en el lavadero o junto al yunque, reconocen con claridad que este Dios es invisible, omnipotente y que todo lo sabe. De esta forma cada hermano, esté labrando o cuidando los bueyes, es para ellos un misionero y su ejemplo les enseña más sobre la oración que todo el "tratado de la oración perfecta" del Padre Rodríguez.*».

Respeto al *trabajo manual* como método de evangelización escribe: «*¿Acaso tenemos el derecho de molestar a otros con nuestro mendigar? ¿Es que no tenemos, igual que los casados, la obligación de ganar nuestro pan de cada día?.. ¿No corresponde más al espíritu religioso trabajar más tiempo antes que mendigar? Entre nosotros todos parten de la actitud optimista "Dios proveerá". Yo también cuento con la Divina Providencia, pero sólo para los que se esfuerzan, no para los que se quedan con los brazos cruzados. ¿Es que hay un medio de penitencia más práctico para el cuerpo que el cansancio que impone el trabajo intensivo? El cansancio le quita al hombre el orgullo, la exaltación y la concupiscencia... Supongamos que dejáramos de trabajar. Entonces tendríamos que dejar el trabajo en manos de unos empleados asalariados. ¿Qué gastos ocasionaría ésto para la casa?.. Todos estos ahorros los podemos emplear para el bien de los niños y huérfanos que acogemos, para enseñarles y educarles. Así podemos proporcionar a los niños pobres una educación gratuita, incluso cuando el gobierno no nos dé ninguna subvención...*

Si no somos capaces de enseñar a trabajar al africano, tampoco le convertiremos».

En este esfuerzo y trabajo misionero el *P. Francisco* alentó empresas que se adelantaban a su tiempo. Así finalizando el siglo pasado el *P. Francisco* veía clara que la evangelización de Africa iba a depender de los mismos africanos, por ello alentó las vocaciones del lugar. De hecho en 1898 los primeros sacerdotes africanos zulúes de Mariannhill fueran ordenados en Roma. Unos años antes al inaugurar la capilla de la estación misionera de San Wendelin, dijo a los cristianos africanos presentes: «*Cuando aquí en San Wendelin necesitéis un nuevo párroco, uno de vosotros tendrá que serlo. Yo no os voy a dar más sacerdotes*».

Hace bien poco que en Sudáfrica ha quedado abolido el *apartheid*, la segregación de las personas a base de la raza, y el *P. Francisco* ya en el siglo pasado tenía claro que *apartheid* y cristianismo no se casan: «*En nuestras instituciones y escuelas no hacemos discriminación por razón del color o de la religión. Todos los muchachos que estén en nuestra escuela reciben cama, comida y enseñanza, sean paganos, mahometanos, protestantes o católicos, blancos o negros. Duermen todos juntos, comen en la misma mesa, reciben la misma comida, se sientan en los mismos bancos...*».

Otros signos proféticos por los que el *P. Francisco* se adelantó a su tiempo fueron el involucrar a los seglares en la obra misionera que se desarrollaba en Mariannhill y el crear toda una red de apoyo espiritual y material para su obra gracias a toda una empresa de propaganda que montó por medio de la prensa.

4. *División de opiniones: aplausos y silbidos*

El *P. Francisco*, atleta de Cristo en la gran competición de Mariannhill, tuvo que luchar fuerte y el juicio de los que fueron testigos de su obra no fue unánime. Hubo división de opiniones. El *P. Francisco* corría, puesto los ojos en Cristo. No llevaban los trapenses todavía 3 años en Mariannhill, cuando el 11 de Abril de 1885 el obispo *Jolivet* de Natal reci-

be instrucciones de Roma para preparar y presidir la elección del primer Abad de Mariannahill. El 26 de Diciembre de ese año, tres años después de que se atascara la carreta junto a la higuera, tuvo lugar la elección. Todos los votos fueron para el P. *Francisco*. Al día siguiente se celebró la consagración, que los periódicos del país consideraron como algo jamás visto. El nuevo Abad escogió como lema: «*Currite ut comprehendatis*» y puso en su escudo una estrella y una sartén (aludiendo a su apellido). Cuando al terminar la celebración, el nuevo abad de las barbas rojas salió a la explanada delante de la Iglesia del Monasterio revestido con la capa, la mitra, con báculo, pectoral y anillo, todos doblaron la rodilla y un grito unánime salió de las gargantas de los zulúes, cristianos, catecúmenos y personas allí congregadas. Gritaron: «*INKOSI*»- Señor. Los aplausos siguieron en aumento, las vocaciones también y pasados los años, el Monasterio llegó a tener hasta 300 monjes: La Trapa más grande de la Iglesia. Las monjas superaban el medio millar y las estaciones misioneras, dependientes del Monasterio, se multiplicaban.

Pero comenzaron los reproches. En Mayo de 1890 el Vicario General de la Orden manda un documento en el que se acusa al Abad de serias faltas. El Abad lo acepta. Pero su comunidad protestó e hizo a llegar a Roma este escrito: «*Somos conscientes de las dificultades y obstáculos que constantemente se ponen en el camino de cualquier gran obra de Dios, en parte por la malicia del enemigo y en parte por el intriga de hombres perversos. Somos también conscientes del gran mérito que nuestro venerable padre ha ganado en cada acción y estamos dispuestos a continuar asistiéndole en palabra y obra. Pedimos al que guarda la vida de todo ser humano, que nos conserve a nuestro amado superior por muchos años más, por el bien de la Orden, de las misiones y para mayor gloria de Dios*».

Esta defensa hizo que el Vicario General investigará más detenidamente el asunto y envía un visitador, que llegó a Mariannahill en Enero de 1892. El *Abad Francisco*, para facilitarle el trabajo, abandona el Monasterio. Cuando finaliza la visitación, el Visitador dice haber observado grandes fallos en

la observancia de la regla trapense, lo que le lleva a una dura medida: *el Abad es destituido y suspendido en sus funciones; se le prohíbe toda intromisión en Mariannahill y se le manda guardar silencio*. El Abad Francisco, al enterarse, dijo: «*Creo que Dios en su sabiduría y bondad permitió todo esto para el bien de mi alma*».

Se retira a *Emaús*, la última estación misionera por él levantada. Allí, recién llegado, reza: «*Señor, te doy gracias porque me has acompañado a esta soledad. En mi pobreza haces brillar la gloria de tu resurrección, como ante aquellos discípulos que llevaban el corazón triste y dolorido. Te pido como ellos a las puertas de Emaús: Quédate conmigo, pues cae la tarde y el día está para terminar*». Tenía entonces 70 años.

Y allí, en el exilio de *Emaús*, llevando una vida regular de oración y trabajo, estuvo hasta su muerte. Allí pasó los últimos 14 años de su vida. Escribe cartas y artículos y sigue soñando con empresas misioneras. Un obispo le dijo: «*Véte al Líbano; allí es donde deberías estar. Planta tu callado en la tierra una vez más y volverá a florecer*». Como es lógico sus superiores no se lo permitieron.

En 1906 Roma aprueba la Congregación de las Misioneras de la Preciosa Sangre, por él fundada y comúnmente llamadas «*Hermanas Rojas*» por el color del hábito. A la *Madre Paula*, elegida Superiora General, le escribe: «*Me parece que no hay lugar en el mundo donde con más urgencia se necesiten las Hermanas Rojas que en China... No perdamos de vista el Sudán. Es una pena que yo no tenga 30 años. Iría delante con usted por todas partes buscando terrenos y comenzando misiones*».

Como queriendo grabar sus sentimientos, el anciano Abad labra sobre una roca dura un *Vía Crucis*, que una vez terminado, recorría diariamente meditando y rezando sus estaciones. Mientras tanto en el Monasterio las cosas no acababan de encontrar su cauce. Desde su destitución ha habido dos abades y un Administrador venido de la Trapa de Getsemaní en los Estados Unidos. El 2 de Febrero de 1909 el Papa S. Pío X decreta la separación de Mariannahill de la Orden Trapense y sus monjes vienen a ser una congregación

misionera: Los Misioneros de Mariannahill. Al Abad se lo ocultan, para no causarle más pena.

El esforzado atleta se está acercando a la meta. Al principio de Mayo de 1909, un día después de celebrar la misa y apoyado en su amigo *Pablo Kantolo*, quiere subir a la montaña para hacer el *Vía Crucis*: «*Me gustaría subir, aunque sólo fuera una vez más. Allá arriba me he sentido siempre feliz. Hoy está el cielo tan claro que podían verse las cumbres blancas. Pero es imposible. Debo esperar y contemplarlas en el cielo*». En aquel momento un peñasco se desprendió de la cumbre, rodando ladera abajo, vino a pararse a los pies del anciano. El Abad permaneció con los ojos fijos en la roca y dijo: «*Los árabes tienen un proverbio: "Si el profeta no va a la montaña, la montaña viene al profeta. Como yo no podía subir a la roca, la roca ha venido hasta mí. Me parece que estoy contemplando la losa de mi tumba*».

En la madrugada del 24 de Mayo, mientras esperaba la llegada de *P. José*, que había salido para atender a un moribundo y se había perdido en la noche, el *Abad Francisco* entró en agonía. Al ver que no llegaba el *P. José*, dice: «*Sí, también aceptaré este sacrificio*». Toma un cirio encendido y pronuncia la última palabra: «*Luz*». Las campanas de la torre de Mariannahill y de todas sus 28 estaciones misioneras repican *a muerte*, pero suenan *a gloria*. Su cuerpo es trasladado a Mariannahill, para encontrar su último reposo bajo una higuera cargada de fruto. Allí descansa los restos del apóstol de los zulúes, el «*umfundisi*» de aquellas Iglesias.

Había escrito: «*Quiero encontrarme con mi querido Señor y Salvador el día de mi resurrección, aunque para verle tenga que subirme a una higuera como Zaqueo*».

5. *Atletas de su equipo*

Mariannahill es hoy una Congregación religiosa y exclusivamente misionera (CMM). Congregación internacional formada por sacerdotes y hermanos. Desarrolla su actividad misionera en Sudáfrica, Zimbabwe, Zambia, Brasil y Papúa-Nueva Guinea. *Mariannahill* cuenta también con comunidades

en Alemania, Austria, Suiza, Holanda, Italia, Polonia, Canadá, Estados Unidos, y España, que se dedican a la animación misionera del Pueblo de Dios y a la formación de jóvenes con vocación misionera. Mariannahill colabora estrechamente con las Hermanas de la Preciosa Sangre (CPS), fundadas por el *Abad Francisco*.

Niños, jóvenes, familias, enfermos forman también parte de la *Familia Mariannahill*. Como familia cada día se reza en Mariannahill por los que ayudan y por los que ayudaron.

La *espiritualidad* de Mariannahill tiene su centro en Cristo Redentor; al que los Misioneros de Mariannahill siguen en comunidad. A él han consagrado sus vidas; porque ha venido a ser para ellos su único bien (pobreza), su único amor (castidad) y su único señor (obediencia).

Notas características de su espiritualidad son la oración al Corazón de Cristo, luz de los pueblos, para que a todos alcance su salvación; la celebración diaria de la Eucaristía para que la Sangre del Redentor siga lavando a la humanidad entera; y la devoción a María, que presentó a su Hijo al mundo como verdadera luz de las naciones.

El proceso para la beatificación del *Siervo de Dios Abad Francisco Pfanner* se abrió en 1964. Todas aquellas personas que, en cualquier necesidad o dificultad pidan ayuda a Dios, poniendo por intercesor al *Abad Francisco*, y crean haber recibido la ayuda esperada, pueden comunicar estos favores a la Procura de los Misioneros de Mariannahill en España (C/. Los Zúñiga, 2 - 37004 Salamanca)

P. LINO HERRERO PRIETO CMM
Misionero de Mariannahill

La Legión de María (III) Semblanza de Frank Duff

La semblanza del fundador de la Legión de María, Frank Duff, la delinearemos intentando bucear en su talante. *El legionario se presenta ante el mundo armado solamente con la "palabra" y el "talante"* (del Manual Oficial de la Legión de María). Por talante entendemos una forma de estar, una actitud ante la vida.

1. *Talante irlandés de Frank duff*

La geografía y la historia marcaron el talante de este irlandés universal. El amor a su patria lo llevaba en lo profundo de su alma. Publicó el Manual de la Legión de María en su lengua nativa. Publicó un pequeño libro con el título "Verdadera devoción a la nación". Después de su muerte, la Iglesia y el Estado le rindieron honores. El pueblo, al que él había amado y servido, aclamó a esta figura mundial.

Este hombre había nacido en Irlanda el 7 de junio de 1889. Murió el 13 de noviembre de 1980. Había estado 60 años con la Legión de María. La madre de Frank Duff fue funcionaria; Frank Duff, también. A los 25 años se hace de las Conferencias de San Vicente de Paúl, cuyos esquemas influirán en la Legión de María. Aquí descubre la verdadera devoción a María, de Monfort. En la fundación de la Legión de María, constatará él que "hubo demasiados altos designios y muy poca intervención humana".

Nace la Legión el 7 de septiembre de 1921. La Legión de María forjó a Frank Duff y Frank Duff forjó la Legión de María. Toda la Legión se desarrolló con él y bajo su dirección. El origen de la Legión de María fue una innovación profunda en la Iglesia. Seglares mujeres la iniciaron. No vamos a contar todo. En 1921, un varón contaba la visita a un hospital de Dublín. Las mujeres que lo escuchaban le preguntaron: "¿No podríamos hacer nosotras una asociación para visitar las salas de mujeres?". Fijaron como fecha para la reunión el 7 de septiembre. Estaban presentes 15 señoritas de unos 20 años. Allí estuvo presente el Rosario, el Espíritu Santo, la *allocutio*, el Cuerpo Místico de Cristo. Se notó la influencia de las Conferencias de San Vicente de Paúl. Esta primera reunión formal (1921) se tendría que remontar a reuniones informales desde 1917. El nombre de "Legión de María" fue adoptado en 1925, bajo propuesta de Frank Duff. Frank Duff coge de la Legión romana "lealtad, valor, disciplina, resistencia y poder conquistador". La promesa del legionario, "una verdadera obra maestra en lo que concierne a la belleza del texto y su contenido". Que el Espíritu actúa siempre por medio de María, fue una gran intuición de Frank Duff, que la dejó entre el pueblo irlandés, tan devoto.

A los primeros legionarios después de sólo tres meses de experiencia legionaria les dijo que "estaban destinados a conquistar el mundo". En 1928 la Legión de María comienza a extenderse fuera de Irlanda. Sus "enviados", entre los cuales se cuenta Edel Mary Quinn, llevan la Legión de María a todo el mundo. María y su genial apostolado lo hacen posible.

Cinco Papas recibieron a Frank Duff: Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II. Juan Pablo II ha elogiado el "ardor misionero" de los irlandeses. Los primeros monjes irlandeses hicieron "ni más ni menos que una Peregrinatio Pro Christo", dirá luego Frank Duff, a quien también se le llamó "el milagro irlandés".

El año 1932, Frank Duff es recibido por Pío XI. Cuando oyó del Papa la frase: "Esto viene de Dios", se le fueron los miedos y respiró tranquilo. Años más tarde se dirá de la Legión de María que es un "milagro del mundo moderno". Y

el trabajo legionario se definirá como un "acercamiento espiritual de alma a alma"; lo que hoy llamamos "contacto personal", "rescate callejero", etc.

Frank Duff renuncia en 1933, a los 44 años, a su puesto de funcionario. Vivirá de una modesta pensión y totalmente dedicado a la Legión. Así servirá a Irlanda.

La cumbre fue la invitación que hizo Pablo VI a Frank Duff para que asistiera al Concilio en calidad de "perito y auditor laico". Tales son los honores de la Iglesia a Frank Duff, "el sencillo hombre de Dublín". Para acabar, estas líneas definitorias de Frank Duff. Era bajo, solterón, ciclista, fotógrafo, austero, madrugador, despachador de correspondencia, popular, comunicador, tenía buen humor, hábil conversador, pobre, humilde, "el mayor líder" seglar de este siglo. Juan Pablo II lo llamó "joven hasta la muerte". Y Frank Duff dijo de sí mismo que "no se veía haciendo el vago en el cielo".

2. *Talante espiritual de Frank Duff*

Estuvo dotado por el Espíritu Santo de una gran sencillez y firme honradez para defender lo que él creía que era verdad. Era humilde. No le gustaba impresionar, ni ver cosas sobrenaturales allí donde la mano del hombre no podía intervenir. No hizo milagros; pero su mayor milagro fue sacar adelante la Legión de María. La espiritualidad de la Legión está basada en la espiritualidad de San Luis María de Monfort. Pero Frank Duff le dio un carácter dinámico. El sistema legionario es María en acción. La Legión de María contempla a María para transformar el mundo.

El orden y la disciplina forman parte de este sistema, pero en segundo lugar. El talante espiritual de la Legión de María está, sobre todo, impregnado de amor, de dulzura, de acogida de los más pobres; la Legión es María que consuela a Jesús en el rostro de los necesitados. La Legión presta su tiempo, como Frank Duff, sobre todo, a los que tienen más necesidad de Dios. Pero Dios visto en el hombre.

Hablando de su talante espiritual hay que decir que no hubo hombre más sensato y prudente a la hora de evitar exce-

sos en materias espirituales. Tenía un gran sentido común que transmitió íntegro a sus legionarios. La confianza de Frank Duff fue inamovible. Y nunca "gocé", decía, "de favores místicos especiales. Siempre fui conducido de una forma muy normal".

Armonizó muy bien, podemos decir, la consagración mariana de San Luis María de Monfort con la doctrina del Cuerpo místico de Cristo. Era manso y humilde de corazón como Jesús; pero también era fuerte de cuerpo y espíritu. No favoreció los actos extraordinarios de penitencia. Algunos se preguntaron en vida si Frank Duff era santo o no. Uno contestó: "Posee reservas espirituales extraordinarias". Le preguntaron a Frank Duff sobre una tercera persona y contestó: "¿Qué se entiende por santo?" Y se encogió de hombros.

Frank Duff aparecía como un hombre excepcionalmente bueno, extrovertido, hombre de acción. Su espiritualidad mariana lo llevaba a rezar por lo menos cinco misterios diariamente. En una ocasión dijo que lo rezaba tan cansado de noche que lo hacía sin pensar en nada. Rezaba el breviario todos los días. La misa diaria. Pobre en la manera de vestirse y desprendido de todo. Limpio. Comida buena y sencilla.

De los fundadores se ha dicho que hay que tener en cuenta siempre la intuición fundamental. La intuición fundamental del talante espiritual de Frank Duff fueron los laicos. Así lo confirmó el Papa Juan Pablo en el telegrama de pésame tras la muerte de Frank Duff. "La asociación por él fundada ha despertado en los católicos seculares la necesidad indispensable de la evangelización y santificación, y, a través de esta asociación, los católicos han aprendido a ser apóstoles efectivos y celosos".

El Papa ha unido "evangelización y santificación". Para acabar esta reflexión sobre el talante espiritual de Frank Duff, podíamos decir que el medio más noble que tiene la Legión de María para desarrollar su enorme acción evangelizadora es la santidad. La santidad en la Legión no es únicamente un fin, como en muchos otros movimientos, sino también un medio de evangelización. El legionario santo es el que mejor evangeliza, como Frank Duff. Resumiéndose a sí mismo, Frank Duff dirá: "Amar es actuar".

3. *Talante apostólico-organizador de Frank Duff*

En Frank Duff todo (evangelización y organización) arranca del interior del hombre. Pero nada, ni aun las doctrinas más elevadas, se quedan en mera contemplación. Todo pasa a la acción: la doctrina del Cuerpo místico, la maternidad universal de María, la mediación de María, el culto popular al Espíritu Santo... todo. El talante de la Legión de María es el talante de María en acción. El espíritu de la Legión de María es el amor que actúa, que se hace disciplina, organización, pedagogía... Otra característica del amor evangelizador de Frank Duff es que siempre estuvo en proceso de hacerse a sí mismo como apóstol.

En el apostolado fue radical. El "mutismo", el silencio en la fe, fue lo que más combatió. Los seglares tenían que ser evangelizadores organizados. No solamente uno a uno, sino también organizados en *praesidia, curiae, senatus, concilium...* Esperó durante cincuenta años la conversión de un amigo. Decía: "Deben darse tres elementos en todo trabajo espiritual meritorio: oración, trabajo y sufrimiento". El tenía amplia experiencia de los tres.

Evangelizó mucho por correspondencia. Nunca dejó de contestar una carta. Tuvo ternura por los enfermos mentales. Consoló a sus hijos e hijas espirituales; y se dejó consolar por sus legionarios. A un director espiritual le dijo: "Anímeles siempre a conquistar el mundo para Cristo". Al Director espiritual del *Concilium* le dijo: "no deje que le esclavice el cargo". Siempre amante de la libertad. Hábil evangelizador solía decir: "los caminos de Dios rara vez son cómodos".

La aventura del barrio chino fue su mejor constatación. A las madres solteras que albergó en el *Regina Coeli* no les quitó los hijos, sino que los tenía con ellas. Para los hombres vagabundos organizó el "*Morning Star*". La asociación "*Mercier*" la instituyó para dialogar con los protestantes; lo mismo el "*Círculo Paulino*", después del Concilio. La *Peregrinatio Pro Christo*, era lo que habían hecho los monjes irlandeses hacía muchos siglos; son la premonición de los modernos voluntarios. Su ideal, dejarlo todo por Cristo. Pocos años antes de su

muerte inició los "*incolae Mariae*", seglares que dejaban sus casas y se iban a evangelizar al extranjero.

Su talante mariano forma parte de su talante evangelizador. Toda la evangelización la resumía en una frase: "Ayudar al trabajo de Nuestra Señora" que quiere a todos los hombres como hijos suyos. Fue un gran conversador, un gran comunicador. Escribía y hablaba para el pueblo, y a pesar de su voz monótona, y la de precisión en las palabras, tenía éxito. Lo que importaba era el Evangelio. Por último, gozaba de una alegría inmensa en su tarea de evangelizador, tenía buen humor y se reía a carcajadas. También de sí mismo. Así lo habla aprendido en la vasta experiencia de su vida.

4. *Talante intelectual de Frank Duff*

No fue un intelectual propiamente dicho, pero sí fue un hombre inteligente que leía el Evangelio y la sociedad de una manera original. Leyendo sus libros, se ve que era un pensador; pero un pensador que llevaba a la acción lo que reflexionaba. Las juntas legionarias encierran dentro de sí tres actitudes importantes. En ellas se mezclan la acción, la oración y la reflexión. Quizás una de las razones por la que la Legión de María ha decaído es la falta de reflexión. Los legionarios tienen que seguir pensando como pensó Frank Duff; y a cada pensamiento hay que darle una respuesta práctica. No pensamos para recrearnos en lo pensado, sino para actuar con "nuevo ardor, nuevo método y nueva expresión".

Si todo esto lo dice el Papa de la Nueva Evangelización, igualmente lo diría de la Legión de María. La Legión de María es un sistema que hay que renovar cada día, expresándolo con nuevas fórmulas y actualizándolo con nuevo ardor. El peligro de la Legión de María es que por pereza deje de ser el verdadero rostro de la Iglesia. Esta expresión es de Juan XXIII. La vuelta a los orígenes es siempre buena para una asociación cristiana. La Legión de María tiene que tener una memoria fresca de quién es Frank Duff; pero tiene que ser profecía del futuro. Hay que recordar para avanzar. El bautismo de fuego y de sangre no tiene que ser únicamente

memoria, tiene que ser también anuncio de nuevas gestas legionarias.

Frank Duff nos quiere despiertos; es decir, que no sólo repitamos el pasado, sino que inventemos el futuro. Y no hay que contentarse únicamente con ser fecundos en el tercer mundo. La Legión de María, nacida en Europa, tiene también como misión evangelizar Europa. La Legión de María tiene que unirse al carro de la Nueva Evangelización, como hecha a su medida. Cualquier legionario que sea santo está llamado a abrir nuevos caminos a la Legión de María. La Legión tiene que producir nuevos santos y santas, y ellos se encargarán de releer el Evangelio y la sociedad como lo hizo Frank Duff. Mientras tanto, somos nosotros los herederos del pensamiento y de la acción de Frank Duff. El pensamiento evolutivo, activo y revolucionario de Frank Duff le hacía decir: "una cosa viene tras otra".

El pensamiento de Frank Duff se aplicó con constancia a los problemas sociales: ancianos, pobres, marginados, prostitutas..., además de organizar actividades religiosas. A todas estas actividades aplicaba no sólo la técnica, sino la fe. La jerarquía en los trabajos de la Legión nos enseña su manera de pensar: primero, la conversión. Segundo, la conservación de la fe, y en tercer lugar, el consuelo. Así distinguía lo esencial de lo que no lo era. Bella manera de pensar. Su Legión no era un elefante encargado de matar hormigas. El impulso misionero le guiaba.

Un idealismo y un dinamismo en alto grado lo llevaban a decirle a María: "Me daré por entero a ti".

5. *Conclusión, y oración final de Frank Duff*

Vamos a concluir. Frank Duff fue un don de Dios a la Iglesia; al mismo tiempo que fue "el muro de las lamentaciones para sus hermanos". Llamaba a las persecuciones "tormentas del diablo". Fuerte como una roca y tierno como un padre, oyó decir que la Legión de María "es un milagro de los tiempos modernos" (Monseñor Riberi).

Frank Duff no quería ni que lo llamasen místico ni que lo llamasen santo. Quería que tanto él como sus legionarios fuesen "un católico normal". Sintió la necesidad de incluir a María en el esfuerzo apostólico. Su intuición fundamental fueron los laicos. Prefirió la calidad de sus legionarios antes que la cantidad. Por cambiar del trabajo con los enfermos al trabajo con prostitutas, lo llamaron loco. Testamento de Frank Duff: CONVERTIR.

Un autor espiritual dice: "cuando los dones del Espíritu Santo obran poderosamente en una persona, ésta se caracteriza por unas actitudes o formas de actuar, que son algo sazonado y exquisito, revestidas de gran suavidad y dulzura. Estas actitudes se llaman frutos. Estos frutos caracterizan la forma de ser (el talante), de estar, de presentarse y comportarse de un cristiano. Con ellos, un cristiano da razón de sí mismo. Estos dones santifican y hacen que el cristiano sea: un ser que ama, que es positivo, alegre, pacífico, paciente con todos, bondadoso, indulgente, de corazón grande, nada agresivo, lleno de fe, de coraje, no se engríe, es modesto, tolerante, tiene un gran dominio de sí, es servicial y comprensivo, apostólico...". La conclusión es la siguiente: Frank Duff tuvo todos estos dones, luego estuvo lleno del Espíritu Santo aunque él intentase ocultar su vida mística.

"¡Oh, Dios mío... De aquí en adelante me daré por entero a Ti! No quiero grandes cosas, sino sencillamente aplicarme, seguir firmemente, incansablemente, la vida común que, día a día, se extiende ante mí, mostrándote en ella que te amo y haciendo que seas amado. ¡Parece tan difícil ser grande en cosas tan pequeñas, ser heroico en la realización de lo vulgar! Pero, no obstante, esta vida es tu voluntad para mí... y, por tanto, yo estoy contento. (*Frank Duff*).

MARCOS MELLADO HERNÁNDEZ
Director Espiritual
Legión de María . Salamanca

Información

Recordando al Padre Marceliano Llamera, OP

El año 1992, en la editorial de San Esteban de Salamanca, el Padre Marceliano Llamera publicó un libro, creo que el último suyo, titulado: *Los santos en la vida de la Iglesia*. Posteriormente todavía publicó algún artículo más pero no libros. Este libro tenía como subtítulo *según el Padre Arinterro*.

Los que hemos tenido la gracia de dedicar muchas horas al estudio de la doctrina del Padre Arinterro, nos sentimos sumamente gratificados al saber que un teólogo de la talla y de la valía del Padre Llamera le consagraba este libro. Es bien sabido, que uno de los grandes maestros en la vida espiritual, del Padre Llamera, fue precisamente el P. Arinterro, al que ha dedicado hermosos y profundos estudios.

Con ocasión de la muerte del Padre Llamera (II/17/1997), he intentado reflexionar un poco sobre su vida y sobre su pensamiento místico y volví a releer este hermoso libro, que tengo personalmente dedicado con estas palabras: "*Al P. Juan José Gallego con la más sincera amistad Fr. M. Llamera, OP*".

El índice del libro es el siguiente:

- I. Primacía de la Santidad en la Vida de la Iglesia
 1. Principalidad de la vida íntima divina de la Iglesia.
 2. Organos jerárquicos y órganos carismáticos.

- II. INFLUENCIA GENERAL DE LOS SANTOS
 1. Predilectos de Dios.
 2. Influencia beneficiosa general.

III. INFLUENCIA ILUMINADORA DE LOS SANTOS

1. La revelación divina y su desarrollo.
2. El proceso vital iluminador.
3. Influencia iluminadora de las revelaciones privadas extraordinarias.
4. Epílogo: "*Los santos evangelios vivos*".

IV. INFLUENCIA RENOVADORA, TESTIMONIAL, EXPIATORIA E INTERCESORA DE LOS SANTOS

1. Influencia renovadora.
2. Influencia testimonial y ejemplar.
3. Influencia expiatoria.
4. Influencia intercesora.

Y en el prólogo nos dice que ya que este trabajo no lo realizó el Padre Arinterero, le parece de sumo interés, supliendo en lo posible lo que él no hizo, coleccionar y ordenar sus enseñanzas, intercaladas y dispersas en la vastedad de sus obras. Será, sin duda, grato y provechoso para los lectores —continúa diciendo el P. Llamera— poseer en su rico y bello conjunto este tesoro doctrinal arinteriano.

Y nos precisa su intención con estas palabras: "partimos de la comprobación de que el Padre Arinterero pondera a veces la influencia beneficiosa general de las almas santas, y muchas otras las diversas dimensiones de este influjo. Todas ellas provienen de la especial relevancia con que los santos reviven e irradian la vida santísima de Jesucristo. Porque son los santos los que más ahondan en la verdad de los misterios de Cristo, y de ahí su influencia iluminadora. Son también los santos los que poseen con mayor pujanza el valor vivificador de la gracia, y de ahí su influencia renovadora. Son igualmente los más identificados con las virtudes del Señor, y de ahí su influencia testimonial. Alcanzan también la mayor configuración con Cristo Redentor y la más estricta asociación a su obra salvadora, y de ahí su influencia expiatoria. Son por todo ello los más íntimos

amigos de Jesús y, por tanto, los más poderosos valedores ante El, y de ahí su influencia intercesora”.

Después de leer estas palabras, reviven en mi interior los consejos que siendo joven estudiante nos daba y me daba personalmente en la confesión el Padre Llamera. Yo me atrevo a decir que este pequeño libro es una síntesis maravillosa de la doctrina arinteriana, pero al mismo tiempo lo es también de la doctrina llameriana, pero con mejor orden, con menos repeticiones y con más claridad que en las obras del Padre Arintero.

Yo me atrevo afirmar que, en este pequeño libro, tenemos el testamento espiritual de este hombre de Dios, que dedicó su vida, con su palabra y con su pluma, a orientar y hacer realidad esa dimensión de Dios maravillosamente en la Federación de la Inmaculada Concepción de Dominicas contemplativas. Estas dominicas, como gesto de agradecimiento, han querido que reposen sus restos mortales en su Iglesia del Monasterio Federal de Torrent, (Alter, 4-V, 46900 TORRENT - Valencia) desde donde seguirá siendo ejemplo y testimonio en alma y cuerpo de Dios mediante la oración y la influencia renovadora, testimonial, ejemplar, expiatoria e intercesora.

Descanse en la paz de Dios quien a tantos nos la posibilitó con su vida y con su doctrina.

Valencia 15 de enero de 1997.

FR. JUAN JOSÉ GALLEGO SALVADORES, O.P.

Bibliografía

VILÉM FLUSSER, *Los gestos. Fenomenología y comunicación*. Traducción del alemán por C GANCHO. Herder (Provenzal 388. 08025 Barcelona) 1994. 212 p. 2.500 pts.

Un libro muy original, que se lee con verdadero placer; tal vez no sea del todo fácil captar la intención y el planteamiento del autor; porque —si se puede hablar así— escribe en su propia clave. Hay frecuentes referencias a diversos sistemas filosóficos, por ejemplo, a la fenomenología; pero el libro no se inscribe en ninguno de esos sistemas. Un indicio de la originalidad puede ser que no hay ni una sola nota, fuera de la inicial, que ha sido escrita por el traductor para dar cuenta de algunas peculiaridades de lenguaje. Intentaré decir algo. El gesto no es simple fenómeno; es “una interpretación codificada” de la persona (p. 9). El problema es descodificarlo para hacerle hablar, de modo que su mensaje pueda ser entendido. La descodificación no se hace en base a sistemas, porque éstos suelen encajar el gesto en algún apriorismo. El gesto, en cuanto reacción vivencial, pertenece al orden de la comunicación, va de persona a persona, sin sujeción a esquemas previos. El autor pone el ejemplo de levantar el brazo por causa de un dolor sentido de repente. Ese hecho puede ser ‘gesto’ o no. ¿Cuándo lo es? El autor responde así: “Una especie de cuña se introduce en la concatenación [de los hechos], una codificación que confiere al movimiento una estructura específica, de modo que para aquellos que conocen el código resulta un movimiento adecuado para comunicar el significado de dolor. Ese código y no una teoría otorga al observador el derecho a decir que el movimiento ‘expresa’ el dolor que yo he experimentado. Mi acción representa el dolor, es su símbolo; y el dolor es su significado” (p. 11). Es imposible entrar en detalles. Pero repito que me parece un libro interesante, muy personal, y que merece la pena ser leído. Tal vez las ideas del autor estén determinadas, al menos en parte, porque su identidad hebrea le hizo ser objeto de persecución, de la que se libró exiliándose.—A *Bandera, O.P.*

JUAN CARLOS GIL-JOSÉ ANGEL NISTAL, “New Age”. *Una religiosidad desconcertante*. HERBERT HAAG-EUGEN DREWERMANN, *No os dejéis arrebatar la libertad*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1994. 280 y 110 p. Pts. 2300 y 1400.

El primer libro describe ampliamente el movimiento llamado “Nueva Era” [New Age], que tiene considerable desarrollo en Estados Unidos. A pesar de presentarse bajo el signo de la novedad, el movimiento, en el fondo, es una amalgama de teorías y de prácticas religiosas muy antiguas, como, por ejemplo el gnosticismo, que fue el gran error de los primeros tiempos de la Iglesia. Intervienen también otra serie de factores que es difícil saber por qué se han juntado; quizá la razón esté, al menos parcialmente, en el desconcierto cultural de los últimos años. Los autores dedican largo espacio al tema ‘nombres propios’. Bajo variados conceptos (precursores, divulgadores, etc.) figura una larga lista. Son indicados también los procedimientos de que se sirven para difundir la teoría. Es un libro que merece ser leído por la abundancia de información y por la fuerza con que el movimiento se presenta. No

figura el nombre de Mateo Fox; creo que hoy es uno de los personajes que juegan un papel muy importante en todo esto.

El segundo libro, por razón de la 'cantidad' de contenido, no pasa de folleto, y por la calidad no sé si habría que colocarlo en el género de panfleto. Todo es alardear de libertad, quejarse amargamente de que no la tienen... Ello, sin embargo, no impide que hagan uso de una libertad intolerable, por no decir insultante. ¡Y no pueden hablar! ¡Oh, si pudieran! El escrito —no me atrevo a definirlo— lleva como subtítulo "por un diálogo abierto en la Iglesia". Me pregunto con quién se podrá dialogar en la sintonía que marcan con tanta fuerza.—A. *Bandera, O.P.*

NAHUM N. GLATZER, *Lenguaje of faith. A selection from the most expressive Jewish Prayers*. Schocken Books, New York 1988, 336 p.

GIANFRANCO RAVASI, *El libro del Génesis (12-50)*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1994. 312 p. 2650 pts.

El primero de estos libros llega con mucho retraso. Es una joya de oraciones tomadas sea del Antiguo Testamento, sea de otras fuentes hebreas, y distribuidas por temas: creación, presencia de Dios, conocimiento, ciclo de la vida... La página de la derecha reproduce el original hebreo y la de la izquierda contiene la traducción inglesa. Un excelente libro. Probablemente *Vida Sobrenatural*, en su ya larga historia, no ha tenido ocasión de hacer una reseña semejante.

El libro de Ravasi ha sido editado conjuntamente por Herder, que es quien lo envía, y por Ciudad Nueva. Contiene la historia de los patriarcas del pueblo hebreo. Los once primeros capítulos del Génesis habían sido expuestos ya por el mismo autor. Son capítulos muy especiales; condensan lo que se podría decir teología de la providencia de Dios para con la humanidad entera. Después de haber mostrado que Dios es Dios del universo, el autor sagrado dirige su atención al pueblo de Israel, que será el sujeto de la historia bíblica —al menos el sujeto principal— hasta la venida del Mesías. Los temas tratados están envueltos en oscuridades, entre otras razones, porque la redacción del texto es muy posterior a los hechos narrados. En todo caso, el autor es un gran experto en la materia y bajo su guía se pueden aclarar algunos al menos de los enigmas en que abunda esta historia.—A. *Bandera, O.P.*

MANUEL CABADA, *Querer o no querer vivir. El debate entre Schopenhauer, Feuerbach, Wagner y Nietzsche sobre el sentido de la existencia humana*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona) 1994. 456 p. 3.300 pts.

Es un libro muy documentado, muy especializado, muy original. Creo exacto decir que el tema, en el sentido y dentro del contexto en que es tratado por el libro, estaba inédito. Yo no me atrevo a juzgar el contenido; pienso que estará al nivel de la calidad que externamente se puede apreciar. La novedad del estudio despierta en el autor gran entusiasmo por los escritores estudiados. Quizá no hubiese estado mal añadir algo al debate que estos personajes mantienen entre sí y a las dificultades que uno pone contra los otros. Tratándose de un libro filosófico, no hay lugar introducir criterios y menos aún exposiciones de fe. Pero pienso que desde la filosofía misma se podría decir algo que situase el tema en otra perspectiva más genuinamente humana. No sé por qué se atribuye a estos autores tanta originalidad en el estudio de un tema tan humano, como es la vida. Ciertamente los autores estudiados se enfrentan con el tema vida y voluntad de vivir de un modo nuevo. Pero no sé que la novedad del modo haya de ser extendida al tema en sí mismo. Yo

más bien diría que ese modo no ha sido muy acertado; tampoco trajo beneficios. Nadie ignora que algunos de los personajes de la lista se encuentran en el origen de tremendas tragedias universalmente conocidas. Ya hacia el final del libro, el autor reconoce que la temática planteada por los escritores de que él se ocupa, tal vez sea eterna, “es decir, identificada con el mismo ser del hombre (...), y en este sentido irresoluble” (p. 435). Pienso que esta observación hubiera estado mejor muy al principio del libro, el cual —repite— es muy original en el desarrollo del tema.—A. Bandera, *O.P.*

PETER L. BERGER, *Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en época de credulidad*. Traducción del inglés por J. A. Iglesias. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1994. 168 p. 2500 pts.

Es un libro algo complejo para quien lo lea con mentalidad católica, que no es la del autor, aunque él se manifiesta cristiano. En relación con la Iglesia católica, el autor piensa que algunas concretas definiciones dogmáticas son indicio de espíritu retrógrado, aunque, por otra parte, reconoce no muy coherentemente que “cada sociedad humana posee su propio bagaje de sabiduría oficialmente acreditada” (p. 18). Me pregunto: ¿Por qué la Iglesia no es sabia en su propio bagaje? No hay respuesta. Pero el autor tampoco es agresivo. Simplemente está distante, y creo que es la sola distancia la que da origen a expresiones no siempre felices. Desarrollando el tema de la sabiduría, el autor emplea un método un tanto recurrente, mezclando ‘ocurrencias’ personales con un fondo bíblico; el lector necesita una cierta capacidad de adaptación para no sentirse molesto a través de la exposición, en la que hay buena diversidad de ‘ingredientes’ sin excluir lo que se podría llamar optimismo ingenuo. Berger se proclama liberal, no se siente mayormente preocupado por la secularización, se muestra convencido de que su fe continuará vigente sin problemas, aunque haya de cambiar lugar geográfico, porque si hoy se la encuentra en Nueva York, mañana podrá estar en Madrás. Al lado del tema fundamental, que es la fe y su futuro, aparecen otros de manifiesta gravedad, como el aborto, con el cual, sin embargo, el autor no se enfrenta; creo que no pasa de ciertas divagaciones sociológicas.—A. Bandera, *O.P.*

Paul Poupard, *El horizonte de la libertad. En camino hacia la nueva Europa*. Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid) 1994. 174 p.

El Cardenal Paul Poupard es Presidente del Pontificio Consejo para la Cultura. En este libro reúne y publica los textos de los participantes en los encuentros de Madrid y Praga. Va en cabeza un trabajo del Cardenal mismo que tiene el siguiente: *Una conquista y un reto: la nueva libertad religiosa en el Este y el liberalismo del Oeste* (p. 13-26). Los países del Este conquistaron la libertad con la caída de los regímenes comunistas; pero, desde el punto de vista de la fe, esta conquista es bastante problemática por una serie de razones, entre otras porque después de tantos años de opresión la sociedad carece de órganos que garanticen el ejercicio de una libertad genuina. Siguen tres colaboraciones que desarrollan más ampliamente la situación real de esos países en orden a vivir la libertad. Sigue un segundo bloque de trabajos que analizan la oferta de libertad hecha por el liberalismo y los problemas que origina en relación con la fe; son de distinto género de los planteados por el ateísmo sistemático de los países del Este; pero no quiere decir que no sean graves. Un tercer bloque trata *sobre Fe en Dios y libertad hoy en Occidente*. Al cabo de toda estas exposiciones resulta claro que, en nuestro mundo, no hay ninguna situación, o es muy rara, en que la proclamada libertad sintonice

con las exigencias de ella. Mons. Javier Martínez, obispo auxiliar de Madrid, escribe la Conclusión que trata sobre *El testimonio de la Iglesia como testimonio del Dios vivo y de la libertad en la vida cotidiana*. La Iglesia tiene y tendrá que hacer siempre un gran esfuerzo para salvaguardar la genuina libertad, la que construye, pero que también pide renuncia a tantas manifestaciones del egoísmo humano.—A *Bandera, O.P.*

VARIOS, *Dios amor en la tradición cristiana y en los interrogantes del hombre contemporáneo*. Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid) 1994. 290 p.

Un libro de alta espiritualidad y de gran actualidad. Los dos primeros artículos son estrictamente bíblicos; tratan del amor de Dios, uno en el Antiguo y otro en el Nuevo Testamento. Quizá el de más novedad es el primero, porque hasta no hace mucho tiempo se insistía casi machaconamente en que el Antiguo Testamento es del temor; cierto que no llega a la medida del Nuevo en que se rebasa toda medida, pero ya entonces el amor de Dios tiene expresiones tan tiernas, tan profundas que no pueden menos de impresionar; además el autor ha sabido manejar bien los símbolos que encuentra en la letra bíblica, como, por ejemplo, el que le sirve para concluir su estudio y que dice así: “Yahvé se sienta en lo alto y se inclina para mirar”. Siguen otros artículos sobre el amor de Dios en los Padres de la Iglesia y en los grandes teólogos, sobre la experiencia de Dios amor en los místicos. Por último, dos estudios analizan la situación actual. *¿Es Dios amor?* se pregunta el primero, porque ciertamente hoy la sociedad está lejos de experimentar a Dios como amor; lo ve como exigencia, como quien recorta la libertad..., siempre de manera considerablemente negativa. El último trabajo se titula *Dios amor y la sociedad contemporánea: una perspectiva sociológica*. Repito que me parece un gran libro, muy ajustado a la situación actual. Sólo me ha extrañado una cosa: un místico de la talla del P. Arinterro que escribió sobre el amor de Dios, sobre la inhabitación... cosas maravillosas, no tienen ninguna presencia en este libro. Creo que es un vacío manifiesto.—A *Bandera, O.P.*

SAN JERÓNIMO. *La perpetua virginidad de María*. Introducción, traducción y notas de GUILLERMO PONS. Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid), 1994. 102 p.

Este opúsculo de San Jerónimo es uno de los escritos más vigorosos en defensa de la perpetua virginidad de María y, al mismo tiempo, de exaltación de la virginidad cristiana. San Jerónimo marca muy bien la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento; mientras que en aquél se podía leer “maldita la estéril que no ha procurado descendencia a Israel”, ahora, en cambio, debemos decir que “la virgen se preocupa de las cosas de Dios, para ser santa en el cuerpo y en el espíritu”. Y enfrentándose con el gran adversario, que es Helvidio, lo reconviene con estas palabras: “¿Por qué ladras? ¿Por qué resistes? Es aquél que es vaso de elección quien habla de esta manera” (p. 84). Helvidio fue un hereje que negó la perpetua virginidad de María, alegando, entre otras razones, que el evangelio habla de hermanos de Jesús. San Jerónimo explica este modo de hablar y seguidamente se enfrenta una vez más con su gran adversario, diciendo: “Hemos reproducido estos textos a fin de que Helvidio no pueda proferir calumnias y decir a voz en grito que hemos eliminado aquellas cosas que van en su apoyo (...). ¡Oh ciego delirio! ¡Oh mente insensata abocada a tu propia ruina!...” (p. 67, 68). Y al final del libro, de nuevo recrimina a este personaje con duras expresio-

nes. “Me imagino —dice— que una vez que has sido vencido por la fuerza de la verdad, te dedicarás a injuriarme y a desacreditar mi vida (...). En previsión de esto, afirmo que serán para mí una gloria tus insultos y que, con la misma boca con que denigraste a María, me desgarres a mí” (p. 89-90). La defensa de la virginidad de María da a San Jerónimo una buena ocasión de esclarecer la grandeza de la virginidad cristiana, advirtiendo que ello no implica desestima y menos aun censura contra las nupcias: “Al hacer algunas comparaciones”, que dan preferencia a la virginidad, “suplico a los lectores que no piensen que estoy denigrando las nupcias con el fin de exaltar a los que guardan virginidad” (p. 83). El traductor ha situado muy bien el momento en que escribió San Jerónimo y resume su labor de maestro espiritual entre un selecto grupo de damas cristianas, cuya figura más conocida es Santa Paula (cf. p. 8-13).—*A Bandera, O.P.*

CHARLES DE FOUCAULD, *Viajero en la noche. Notas de espiritualidad*. Introducción y notas por Bernard Jacqueline. Ciudad Nueva (Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid) 1994. 304 p.

Carlos de Foucauld es uno de los más grandes personajes de la Iglesia en estos últimos tiempos. Su persona y su obra están ligadas inseparablemente a una de las más difíciles tareas de la Iglesia: dar a conocer el evangelio dentro del ‘mundo’ musulmán. Sin duda, Dios ha querido ofrecer, en Carlos de Foucauld, un modelo de apóstol adaptado a las exigencias de este difícil campo. Por eso mismo la espiritualidad típica de semejante ministerio, tal como brilla en Carlos de Foucauld, puede resultar un tanto difícil de comprender. Se trata de un campo en el que el futuro vendrá cargado de novedades. Dios se adelanta; en el camino pone señales de su providencia, para que empecemos a pensar.

Pero este gran modelo tuvo una vida en la que el sufrimiento abunda; la imagen de la noche lo expresa muy bien. Quien ha sido elegido por Dios para introducir luz en nuestros caminos, es “un viajero en la noche”: se ve personalmente envuelto en tinieblas. Nosotros decimos que son tinieblas ‘luminosas’, y efectivamente lo son; pero quien tiene que soportarlas no siempre lo ve así, y siente todo el peso del sufrimiento. Las notas de la espiritualidad de este viajero en la noche abarcan desde 1888 hasta 1916. Un gran libro para momentos difíciles de la vida de la Iglesia.—*A. Bandera, O.P.*

El Rosario del Papa. Doble cassette. EDIBESA (Madre de Dios, 35bis. 28016 Madrid), 1994. 1300. pts.

El comentario a cada uno de los quince misterios del rosario y el rezo de los mismos es de Juan Pablo II. Además del rosario, hay también ejercicio del viacrucis, con textos de inspiración bíblica, preparados por el P. Martínez Puche, O.P., el cual hace la introducción y organiza la totalidad de los materiales aquí reunidos. Todo es sólido, todo sencillo, bien apropiado para practicar estas devociones con fruto espiritual.—*A. Bandera, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Anunciemos el Evangelio de Cristo

Aunque el cristianismo está de moda, no lo está la fe cristiana, pues nos hallamos con frecuencia ante un cristianismo secularizado o acomodado a la razón. Cuando la fe cristiana se entiende como simple práctica de la solidaridad, no es sólo que lo sagrado deja de ser violento, es que convertimos la redención y al mismo Dios en algo irrelevante. Los que piensan que la caridad se puede vivir sin la gracia no son cristianos, como tampoco se puede ser cristiano sin Cristo o sin Iglesia. Europa es cristiana en su vocabulario y sus símbolos; pero existen diversas interpretaciones ideológicas del Cristianismo que disuelven la identidad de la fe cristiana: la fe en Jesucristo crucificado y resucitado, en el perdón de los pecados, en la resurrección de los muertos y en la vida eterna. La solidaridad laica, situada fuera del contexto del pecado y de la gracia, no es la caridad cristiana. Somos psicológicamente libres para ser cristianos o no serlo; pero el cristiano verdadero no sólo practica la filantropía, sino que ha encontrado a Cristo, en quien se apoya y a quien se adhiere.

LA CARIDAD ES MÁS QUE SOLIDARIDAD

El tolstoísmo es uno de los vehículos todavía actuales del vaciamiento substancial del mensaje evangélico, bajo la exaltación inadecuada de una ética y de un amor por la humanidad que se presentan como valores cristianos supremos y en la práctica a veces exclusivos. El contraste entre Wladimir Sergejewitsch Soloviev (m. 1900) y León Nicolaievich Tolstoy (m. 1910) queda patente en una carta dirigida por Soloviev a Tolstoy en 1894: “Los motivos de nuestro desacuerdo se pueden condensar todos en un hecho: la resurrección de Jesucristo”. Efectivamente, la diez palabras y el sermón de la montaña, por muy buenos que sean, necesitan para su aceptación y cumplimiento del misterio de Cristo crucificado y resucitado, que es la única fuente del amor verdadero, vale decir, concreto y real, a la humanidad. El núcleo del cristianismo, lo más precioso, es Cristo mismo, el Verbo de Dios encarnado. Los valores del Evangelio, la solidaridad con el hombre, por ejemplo, no tienen sentido para nosotros sino es en Jesucristo mismo y su experiencia exige la gracia; la ortopraxis es imposible sin la ortodoxia. Es insensato un cristiano que viva sólo para este mundo, pues no podemos reducir la Caridad a la piedad.

Este planteamiento no es una mera discusión entre intelectuales; es el drama actual de muchos cristianos, incluso personas consagradas, que permanecen radicalmente paganos, por muy bien intencionados que sean. La cultura, un bien innegable siempre cultivado en la Iglesia, es también un riesgo, para quienes han de nacer de nuevo, haciéndose niños, y así entrar en el reino de Dios; morir al propio yo para dejar el señorío de nuestra vida a Dios es algo que viene sólo de arriba y exige antes morir a nuestra soberbia. Los protagonistas de tu historia y de la mía, lo sepamos o no, son: Cristo victorioso en la Cruz o el Diabolo vencido; la verdad o la mentira; la conversión o la rebeldía, sin negar esa ambigüedad existente siempre en todos los que peregrinamos por esta tierra. El hombre y la mujer somos seres heridos por el pecado y siempre atraídos por el bien perdido y añorado.

LUCIDEZ ANTE ALGUNOS PROBLEMAS

La imparcialidad de los católicos ante los problemas de la sociedad no es signo de tolerancia, sino señal de irrelevancia, pues cuando la sal se vuelve insípida se rechaza y los hombres la pisan. Cuando el catolicismo se reduce a una religión inocua, no es generosidad, sino oportunismo o pérdida de identidad. La moral cristiana no puede dejar de molestar; ni admite pactos o consensos; ante Jesucristo no podemos ser neutrales, o estamos con El o en contra de El. Si la Iglesia no toma partido ante los problemas de la sociedad, quiere decir que la Iglesia ha dejado de ser luz y fermento, pues la fe nos dice que siempre hay algo que hacer por el prójimo. En fin, el Cristianismo no es un sistema de pensamiento, sino una persona y una vida que se anuncia y se transmite y nos transforma, venciendo el pecado que anida en nuestro corazón; el cristiano no es un hombre bueno, sino un hombre redimido. Nadie puede atravesar esta vida sin llevar el escarnio y la gloria de la Cruz de Jesucristo.

El mundo está necesitando escuchar el anuncio de Jesucristo Señor y Salvador, como en tiempos de los Apóstoles. Pero la diferencia es que algunos de los que tenían que evangelizar están ahora discutiendo sobre el sacerdocio femenino, el celibato de los curas, la democracia en la Iglesia, la valoración positiva de la sexualidad y una moral feliz. En fin, la Iglesia orante e itinerante se ha sustituido por la iglesia pensante y sedente. Las ideologías, por muy atrayentes que sean, no pueden ocupar el puesto de la transcendencia en nuestra vida cristiana. Un cristianismo ideologizado es un cristianismo débil, reducido, gnóstico, acomodado a nuestros gustos humanos. La miseria de muchos cristianos es que han perdido el sentido del misterio; no rezan y cuando viene la primera tempestad, enfermedad o persecución, sucumben por falta de raíces.

El problema de algunos católicos intelectuales es que quieren seguir siendo católicos, no cambiando ellos, sino cambiando el Cristianismo; un riesgo de los cristianos, que se nota más en el catolicismo que en el protestantismo, es

jugar a serlo, sin serlo de verdad, pues donde hay más verdad se advierte mejor la falsedad; una buena terapia espiritual para todos es librarnos de las incoherencias teóricas y prácticas. En tiempos de crisis en el pensamiento necesitamos testigos de la fe, que nos hablen con la palabra y con la vida, no de sistemas, sino de contenidos o dogmas, pues mientras el sistema es sólo asequible al intelectual, el dogma es aceptado tanto por el intelectual como por el iletrado, pues cuando se rechaza una fe reducida, purificada, secularizada, gnóstica, sin dogmas, ni mandamientos, se puede anunciar la verdadera fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Mucho mal en la Iglesia ha hecho una cierta alergia a la verdad, que no ha querido escoger entre Dios y el hombre, entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas. Reduciendo a la Iglesia a una presencia testimonial y a una función de mediación y consenso, se pretendía rechazar la arrogancia de la fe y de la verdad y aumentar la distensión. Por eso se ha usado un lenguaje sin perfiles para no exasperar las contradicciones. Mas se ha olvidado que la realidad o la verdad es conflictiva, como Jesucristo que ha venido a este mundo a traer la guerra y no la paz; ésta se consigue sólo después del combate. Entre las utopías extendidas por el optimismo ingenuo posconciliar una de las más nefastas e insensatas es vivir como si se pudiera resucitar antes de morir y conocer la paz de Dios antes de haber vencido todas las raíces y consecuencias del pecado en nosotros mismos. Vivimos en una sociedad abierta y no podemos olvidar que el precio de la verdad es su búsqueda y el precio de la libertad es la vigilancia. No obstante, es más real y sana la ironía que la tragedia.

SALVAGUARDAR LA IDENTIDAD CATÓLICA

Ante esta realidad presente en el Catolicismo y en la Iglesia, Dios nos da la fuerza para la acción y la esperanza en el triunfo final. Dios nos saca de la confusión y del no

saber qué hacer, concediéndonos la conciencia de lo que somos y el discernimiento para el saber hacer mediante los tres primados: el de la conciencia eclesial (criaturas e hijos de Dios en comunidad), el del compromiso social (justicia y caridad) y el de la pluralidad de vocaciones (laicos, religiosos y sacerdotes). Lo primero y fundamental es ser y saber que somos Iglesia, una comunidad cristiana, en la que caminamos en fraternidad bajo la guía el Espíritu y de los Pastores, alimentando una cultura de la pertenencia, reciprocidad y participación, llegando a la comunicación desde la comunión. Lo segundo, consecuencia de lo anterior, es la misión de la Iglesia en el mundo, cada uno según la vocación que de Dios haya recibido, el laico actuando como tal, el religioso desde su propia identidad públicamente manifestada y el sacerdote, presidiendo la celebración de la Palabra y de los Sacramentos para alimentar, santificar y pastorear a la Iglesia.

La misión nos obliga a abandonar toda actitud defensiva, saliendo de nuestros baluartes, para estar en los tiempos y lugares de la vida ordinaria de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, que son quienes han de escuchar el anuncio de Jesucristo. Los evangelizadores no pueden estar al margen de lo que acontece, ni lejos del hombre, a quien hay que conocer y amar para poder después hablarle de Jesucristo. El evangelio debe gestar también en nuestro tiempo hombres nuevos y nuevas sociedades. No se trata de que la fe se encuentre con la cultura, sino de que la fe se anuncie y se viva con tal realismo y verdad que geste una nueva cultura, consecuencia normal después de haber gestado nuevos hombres y mujeres. Lo primero es buscar el reino de Dios y su santidad; después todo lo demás se nos dará por añadidura, también la nueva cultura. Así pues, la relación fe cultura no se entiende como confrontación, sino como experiencia vital de la originalidad de la fe cristiana en el Espíritu de Jesucristo.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Doctrina

El amor misericordioso en la vida y obra del P. Juan G. Arintero, O.P. (II)

La espiritualidad del P. Arintero (1860-1928), reconocido Maestro de espíritus, se caracteriza por el amor, la confianza y el abandono. De ahí, su empeño en animar la espiritualidad que él vivía con la *Obra del Amor Misericordioso*. En concreto, el P. Arintero es, con fundamento, Apóstol y Místico del Amor Misericordioso, en cuyo ámbito muy pronto surgió su fiel e infatigable colaboradora, Dña. Juana Lacasa de Moreno, Terciaria Dominica, “la más intrépida y propagadista del Amor Misericordioso”¹.

1. *Juana Lacasa escribe al P. Arintero*

Desde hacía tiempo Dña. Juana Lacasa venía soñando cómo realizar sus grandes ansias apostólicas; pero no encontraba el modo². En Agosto de 1922, veraneando en Pendueles (Asturias), se encomendó a Santa Margarita María Alacoque para que le alcanzase del Señor una forma de apostolado. Dos meses más tarde, como si Dios respondiera a su petición, recibió una carta de sus hermanas, donde le comunicaban la existencia de una revista hermosísima, *La Vida Sobrenatural*, cuya lectura llenaría por com-

1. A. SUÁREZ, *Vida del M. R. P. Fr. Juan G. Arintero, Maestro en Sagrada Teología de la Orden de Predicadores*. vol. II. Cádiz 1936, p. 288.

2. Nos servimos para la redacción de este trabajo de los Documentos escritos por Dña. Juana Lacasa, entre 1926-1929, titulados “Noticias que a mí han venido de la Obra del Amor Misericordioso en Francia”. Archivo P. Arintero: APA.

pleto los anhelos de su espíritu. El P. Superior de la Iglesia del Rosario, (Calle Torrijos, Madrid), frente a la cual vivían las hermanas de Dña. Juana, P. Buenaventura García de Paredes, O.P., (1866-1936)³, proporcionó a estas señoras el número de Noviembre de esta Revista, en la cual Dña. Juana leyó el primer escrito de P. M. (Petit Main) o Sulamitis, es decir, la M. María Teresa Desandais (1876-1943), Monja Salesa de Dreux, Francia, sobre el Amor Misericordioso titulado *Los amigos de Jesús*⁴.

La lectura de estas páginas suscitó en el ánimo de Dña. Juana las siguientes reflexiones: "Si cada uno en el círculo de sus amistades levantase los corazones de 10, 20, 30 personas, ¡qué ejército, qué legión de amigos de Jesús, podría levantarse y unirse para servirle y para establecer su Reinado". Con tan ardientes deseos de apostolado, acudió a sus hermanas para que el P. Buenaventura les informase sobre el autor de tal escrito y su dirección. El P. Buenaventura les dijo solamente que se trataba de un alma extraordinaria que recibía comunicaciones divinas, mas no sabía su nombre; de todos modos, les dijo podían escribir al P. Arintero, Director de La Vida Sobrenatural, que residía en el Convento de San Esteban, en Salamanca, quien podría informarles más cumplidamente.

El P. Arintero contestó a Dña. Juana, diciéndole podía comunicarse con la Srta. M.^a Luisa Fariñas, profesora de francés residente en Pamplona (Tejerías), y con la Srta. Elvira Ortúzar, residente en Château-Gontier (Lyon, Francia), quienes le informarían ampliamente sobre la incipiente Obra del Amor Misericordioso. Unos doce días después, escribió Dña. Juana a la Srta. Fariñas, de quien a la semana recibió la respuesta, en la que mostraba el entusiasmo que le causaba su decisión de dedicarse a propagar la devoción al Amor Misericordioso, indicándole daría mucha gloria a Dios y que algún día sabría lo providencial de tal

3. Futuro Maestro General de la Orden de los Dominicos (1926-1929) martirizado en la Cruzada Española, 1936.

4. Cf. La Vida Sobrenatural IV (1922) 332-337.

impulso espiritual; en la carta recibió también algunas hojas sueltas de esta devoción. Desde entonces Dña. Juana Lacasa se dedicó a imprimir y propagar hojas del Amor Misericordioso, como la titulada “Llamamiento a los amigos de Jesús”, con la ayuda de su familia y con el permiso de su director espiritual, el P. José M.^a Rubio Peralta, S. J. (1864-1929)⁵.

2. *Juana Lacasa conoce al P. Arintero*

El 1 de Marzo de 1923 tuvo lugar la apertura solemne del Congreso Teresiano en la Iglesia de San Jerónimo el Real en ocasión del tercer centenario de la canonización de Santa Teresa de Jesús, con asistencia de preladados y autoridades. Entre los Congresistas estaba el P. Arintero, quien anteriormente había escrito a Dña. Juana que con este motivo se saludarían en Madrid. He aquí las primeras impresiones de esta Señora: “Y cuando pienso ahora la sabiduría, la ciencia, las virtudes y las singulares dotes de bondad extraordinaria y humildad sin límites que se escondían bajo aquella apariencia poco favorecedora, no puedo menos de pensar que Dios se digna esconder a veces a los ojos de los hombres las grandes bellezas del alma, bajo las más vulgares cortezas, como se esconde la perla entre las asperezas de la concha”.

El Congreso Teresiano se celebró en la Residencia de los Luises (Calle Ayala) y allí vió de nuevo Dña. Juana al P. Arintero quien, acompañado del P. Albino G. Menéndez Reigada (1881-1958), uno de los ponentes en el Congreso, nombrado Obispo de Tenerife en 1924, repartía con una expresión sencilla y palabras amables a los presentes hojas del “Llamamiento a los Amigos de Jesús”. En esta ocasión presencié Dña. Juana una controversia del P. Arintero con los Padres Carmelitas sobre la cuestión de la contemplación adquirida, poniéndose esta Señora de parte del P. Dominico sin saber las razones en las que se apoyaba, sino solamente

5. Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II el 6 de Octubre de 1985.

por el amor que profesaba él a la Obra del Amor Misericordioso. El P. Arintero defendía que la contemplación mística, por principio, es siempre sobrenatural o infusa, debida a la acción de los dones del Espíritu Santo⁶.

Durante esta estancia del P. Arintero en Madrid visitó, acompañado del P. Albino, a Dña. Juana Lacasa en el domicilio de ésta; en esta primera entrevista supo Dña. Juana que la autora de estos escritos sobre el Amor Misericordioso era una Religiosa Salesa de Francia y la grandeza de las comunicaciones que el Señor la hacía, comprometiéndose ambos a colaborar con celo y constancia en la difusión de esta obra que tanta gloria habría de dar a Dios. En esta ocasión, el P. Arintero encomendó a Dña. Juana la traducción del texto titulado "Un tesoro escondido"⁷. Dña. Juana sabía correctamente el francés, aprendido en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús.

La Srta. Fariñas, con quien seguía escribiéndose Dña. Juana, puso a ésta en relación con el Primer Monasterio de las Salesas de Madrid y le animó a escribir a la Srta. Ortúzar, quien por ser de habla española, procuraba desde Francia la difusión del Amor Misericordioso en España y en Chile, donde ella había nacido. Ortúzar puso en comunicación a Dña. Juana también con la responsable de la obra propagadora en Francia, Mlle. Blanck. Pensando las Srtas. Fariñas, Ortúzar y Blanck en relacionar la red española de la Obra, indicaron a Dña. Juana se comunicara con Dña. Petra, Condesa de Montegil, residente en Jerez de la Frontera. Siendo ésta suscritora de la revista La Vida Sobrenatural, ya había recibido del P. Arintero hojas sueltas

6. Cf. P. I. MENÉNDEZ-REIGADA, *La contemplación adquirida o la escuela pseudoterresiana. Contestación a la Carta abierta del Rvdo. P. Fr. Juan Vicente de Jesús María, C.D., dirigida al Rvdo. P. Fr. Juan Arintero, O.P.* Fides. Salamanca 1925. Esta Carta Abierta dificultó la propagación de la Obra del Amor Misericordioso; por ejemplo, el P. Rubio tuvo alguna prevención con el P. Arintero a causa de esta Carta Abierta. Cf. A. SUÁREZ, *Vida del M. R. P. Fr. Juan G. Arintero, Maestro en Sagrada Teología de la Orden de Predicadores.* vol. II. Cádiz 1936, pp. 299-300.

7. Cf. La Vida Sobrenatural V (1923) 110-113.

del “Llamamiento a los amigos de Jesús”, y mediante ella, conoció su Director Espiritual, P. Fernando Vives del Solar, S. J.⁸, la Obra del Amor Misericordioso, quedando él también entusiasmado.

3. *Se constituye en Madrid la Junta de la Obra del Amor Misericordioso*

Mlle. Blanck indicó la conveniencia de celebrar una reunión en Madrid para coordinar la Obra del Amor Misericordioso en España. Con este motivo, se desplazaron a Madrid desde Francia Mlle. Blanck, desde Salamanca el P. Arintero, y desde Jerez de la Frontera la Condesa de Montegil con su hija, llamada Elena. En las reuniones, habidas en la Casa de las Reparadoras, donde se hospedaba la Condesa y su hija, y más tarde también Mlle. Blank, estuvieron presentes las personas mencionadas y además la Hna. María Regina Martyrum⁹ y Dña. Juana Lacasa. Allí se expusieron los fines y planes de la Obra. se procedió a formar una especie de Junta Directiva, y el P. Arintero, que había sido designado por Sulamitis responsable de la doctrina del Amor Misericordioso, propuso que fuera nombrada Presidenta la Condesa de Montegil y que el cargo de Secretaria y Tesorera lo asumiera Dña. Juana; ésta, no aficionada a sobresalir, se opuso a aceptar estos cargos; mas el P. Arintero, le dijo: “Cállese, hija mía, yo sé porqué lo hago”.

Al día siguiente, Mlle. Blank, enviada por la Condesa, comunicó a Dña. Juana que parecía natural que el cargo de Secretaria lo asumiera la hija de la Condesa. El P. Arintero, advirtiendo lo que esto podría originar, se opuso; mas de

8. El P. Fernando Vives del Solar, Jesuita, nacido en Chile en 1871, residió en Jerez en 1923; en Madrid (Asociación Española de San Rafael para protección de emigrantes, Zorrilla, 29) desde Junio de 1923; en Barcelona (Residencia Palau, 3) desde primeros de Julio de 1925; y en 1926 se encuentra destinado en Manresa.

9. La Hna. M.^a Regina Martyrum, un tanto exaltada y anteriormente dirigida del P. Arintero, fue designada por las Hnas. Reparadoras para que las representase en la Obra del Amor Misericordioso.

nuevo la bondadosa ingenuidad de Dña. Juana se puso de la parte de la Condesa, sin preveer el futuro. Dada la probada humildad del P. Arintero, nada de esto le afectó; pero siendo él el responsable de la doctrina de la Obra del Amor Misericordioso y residiendo en Salamanca, quiso que se aceptara a un representante suyo en la persona del P. Buenaventura García de Paredes, para que en su nombre asistiera a las sesiones de la Junta como Responsable. Cuando lo propuso el P. Arintero, con una rapidez y vehemencia inadecuadas se dirigió la Hna. M.^a Regina Martyrum al P. Arintero, diciéndole: “No, no. Eso no puede ser. Tiene que ser el P. Vives; ha de ser el P. Vives”. El P. Buenaventura, con sus manos cruzadas bajo el escapulario y sin contraerse un músculo de su cara, recibió en ella aquel latigazo, refiere Dña. Juana.

El P. Arintero, con el gran aprecio que al P. Buenaventura tenía y con su mesura característica, protestó ante aquella declaración tan fuera de razón, pues mal podía cumplir la misión que le había encomendado Sulamitis, si no recibía los documentos que llegaban, ya que él era el responsable de la doctrina. Pero, las diferencias ya estaban creadas y los partidos tomados, de tal manera, que la Condesa, su hija, Mlle. Blank y la Hna. M.^a Regina se inclinaron por el P. Vives. La razón que aportó la Sra. Condesa es que bien se veía la voluntad de Dios en el traslado providencial de su Confesor a Madrid, medio por el cual Dios lo unía a la Obra para altos fines; es de notar que también ellas se trasladaron a la Villa y Corte de Madrid para estar donde se hallaba el Director, como escribe Dña. Juana.

Regresó el P. Arintero a Salamanca y advirtiendo Mlle. Blank la precaria situación en la que quedaba la Obra en Madrid, queriendo poner remedio antes de regresar también ella a Lyon, pidió a Dña. Juana le acompañara a visitar al P. Buenaventura, rogándole con respeto y afabilidad aceptara ser suplente del P. Arintero y asumiera la dirección de las juntas como había sido la voluntad del P. Arintero. Mas con toda sencillez, el P. Buenaventura respondió a Mlle Blank, “que no se preocupase, pues si ésta era obra de Dios, los que

en ella trabajasen con pureza de corazón y desinteresadamente, serían los que permaneciesen fieles a ese llamamiento divino y, por el contrario, los que sólo móviles diferentes llevasen en esta Obra, por sí mismos se retirarían y desaparecerían de ella. Profecía que se cumplió andando el tiempo de una manera extraordinaria”, anota Dña. Juana ¹⁰.

4. *Se cumple el pronóstico del P. Buenaventura*

A partir de la sesión mencionada de Mayo de 1923, el P. Vives con la colaboración de la Condesa, de la hija de ésta y de un sobrino de la Srta. Ortúzar, D. Diego de Castro, diplomático, que empezó a asistir a las reuniones, comenzaron a dirigir la Obra del Amor Misericordioso, “determinando cuanto había de hacerse, sin dar cuenta casi para nada al P. Arintero y apenas enterarme a mí”, escribe Dña. Juana. Diego estaba entusiasmado por la Obra y experimentó una profunda conversión al conocerla; acompañando a su compatriota chileno, el P. Vives, visitaron al Sr. Obispo de Madrid, al Sr. Nuncio, al Cardenal Benlloch y a otros, con el fin de que recomendaran y bendijeran la Obra. La primera reunión de la Junta Directiva tuvo lugar el 11 de Noviembre de 1923 en el Oratorio Privado del Amor Misericordioso, Martín de los Heros, 67. El acto estuvo presidido por el P. Vives y los asistentes fueron tres religiosas y tres seglares.

10. Es llamativo el conflicto creado en aquel grupo de mujeres, caracterizadas más por su buena voluntad humana que por la prudencia cristiana; de ello se sirvió el enemigo para desbaratar los primeros fundamentos de la Obra del Amor Misericordioso en España, mediante la discordia, fruto de las pasiones humanas. Anota Dña. Juana Lacasa, porque quiere decir la pura verdad, que cuando vió por primera vez a la Condesa y a su hija no la inspiraron mucha confianza; y sobre la Hna. M.^a Regina dice que no la pareció tan santa como decían. En este contexto, los Padres Arintero y García de Paredes lo tuvieron fácil y se retiraron prudentemente; mientras que el P. Vives, que lo tuvo más difícil, se encontró dentro del torbellino.

El P. Vives y D. Diego de Castro visitaron a Sulamitis en su Monasterio de Dreux, Francia, posiblemente a principios de 1924. Ella abrió su alma al P. Vives, asumiendo éste su dirección y ambos convinieron en que cuantos documentos el Señor la diera, en vez de ser enviados a Mlle. Blanck y al P. Arintero, como hasta entonces a veces se hacía, fueran enviados directamente al P. Vives, quien por desconocer el francés acudía a Dña. Juana para la traducción de la correspondencia sostenida por él con esta religiosa salesa. En esta visita, Sulamitis les entregó unos folletos con dedicatoria de su puño y letra, titulados “El Mes del Rey del Amor” y “Las Almas de amor”. Al regresar de Francia el P. Vives y D. Diego comenzaron a tratar a Mlle Blanck del mismo modo que al P. Arintero, es decir, prescindían de ella, pues pensaban “que fuese a echar a perder la Obra”, relata Dña. Juana, no obstante ser la delegada francesa para mantener la Obra en España.

Con todo esto, la escisión ya establecida en España se amplió ahora a Francia. Mlle. Blanck no sólo se sintió desplazada, sino también no estuvo conforme con el P. Vives, la Condesa y Castro, quienes para afianzar la Obra del Amor Misericordioso redactaron unas Constituciones, pensando en una especie de Convento —hogares cristianos, decían ellos— en el que cohabitarían solteras, casadas y viudas, dando unas culto al Amor Misericordioso y otras dedicadas a la propaganda. La Condesa y su hija, animadas especialmente por la Hna. M.^a Regina, se trasladaron a Madrid, cuyo piso quedó convertido en el hogar del culto a la imagen del Amor Misericordioso. El P. Vives no estaba totalmente de acuerdo con estas decisiones. En este contexto, encargaron a Castro presentar las Constituciones en Roma para su aprobación. El Vaticano terminaría en 1926 bendiciendo la Obra, pero rechazando tan descabellado proyecto.

Ante esta situación, Mlle. Blanck se entrevistó con el P. Reginaldo Duriaux, O.P., que trabajaba ya en Francia en la Obra del Amor Misericordioso, desde el otoño de 1923. Mlle. Blanck le informó sobre el conflicto y le brindó la posibilidad de presentarse a Sulamitis, para poder recibir una información más directa sobre la Obra del Amor Misericordioso.

Después de la entrevista con Sulamitis, el P. Duriaux asumió su dirección espiritual, y Mlle. Blanck sorprendió a la Junta Directiva de Madrid al comunicarles que el P. Duriaux había sido reconocido por Sulamitis como Director de la Obra del Amor Misericordioso en el mundo entero. Este golpe de timón y de responsabilidad desconcertó a la Junta Directiva española. De todos modos, en Francia no gustaba que siendo la Pequeña Mano del Amor Misericordioso francesa, fuera dirigida ella y la Obra desde España.

El nuevo rumbo de la Obra del Amor Misericordioso sorprendió también a la Srta. Elvira Ortúzar, la cual estaba muy unida al P. Vives, como su sobrino D. Diego de Castro, en cuanto a los criterios según los cuales había que dirigir la Obra del Amor Misericordioso. Así pues, es normal la carta que la Srta. Ortúzar escribe al P. Vives el 25 de Junio de 1924, en la que le dice: "Es absolutamente necesario hablemos de los caros intereses de la Obra. Hay muchas cosas que es menester Ud. sepa y que no es posible hacerle saber por carta. Cada día se hace más urgente esta entrevista y quiera Dios realizarla como lo esperamos". En una carta anterior de la misma al P. Vives, fechada el 29 de Mayo de 1924, le dice: "No celebro menos los arreglos que está Ud. haciendo en Madrid para hacerse dueño de todas las publicaciones de la Obra".

Lo sucedido en Francia trajo como consecuencia la escisión en dos grupos: de un lado, el P. Duriaux con Mlle. Blanck y sus allegadas; del otro, la Srta. Ortúzar y las que con ella trabajaban en Francia en la Obra; con este segundo grupo estaba la Junta Directiva de Madrid. En esta tesitura, la Condesa de Montegil y su hija, muy airadas, recriminaron al P. Vives, a quien le habían entregado la dirección de la Obra y le atribuían poco tacto, porque se había dejado arrebatar desde Francia el cargo. Desde que se produjo este desbarajuste, nada salía al derecho. Por ejemplo, la impresión del "Mes del Rey del Amor" en los meses de Mayo y Junio de 1924 motivó grandes discusiones entre el P. Vives, que quería su impresión, y la Condesa, que temiendo cargar ella con los costes, mandó parar el trabajo de impresión, perdiéndose en el trabajo ya hecho 400 ptas. de entonces. En medio de

estas dificultades, el P. Vives dice en carta, fechada el 30 de Mayo de 1924, a Dña. Juana: “Lo más delicado para mí es que no puedo ponerme al frente de la obra y cargar con las consecuencias, porque no tengo permiso para ello, ni me lo darán”. Esto confirma las presiones que recibía el P. Vives de sus Superiores, en contra de su trabajo en la Obra.

Estando así las cosas, en el verano de 1924 recibió Dña. Juana, quien estaba desolada por todo lo que estaba ocurriendo, una carta de la Srta. Ortúzar en la que, perdida ya su fe en Sulamitis por haberse entregado en manos del P. Duriaux desdiciéndose del P. Vives, e indignada especialmente contra Mlle. Blanck, exponía con sarcásticas consideraciones todo lo que le había impulsado a retirarse de cooperar en la Obra, desengañada por completo. La Condesa, por su parte, perdida toda esperanza también, entregó la documentación de la Obra del Amor Misericordioso que tenía, como Presidenta de la Junta, a Dña. Juana Lacasa, terminando por regresar en 1926 con su hija a Jerez de la Frontera. En este momento, en el que aparece de modo especial la bondad de Dña. Juana Lacasa, pues con ella todos tenían confianza, el P. Vives, la Condesa, la Srta. Ortúzar, se dedicó ella a pacificar los ánimos de unos con otros, iluminando la situación al decir que era el enemigo quien había levantado entre todos rencillas y discordias para destruir la Obra de Dios. Dña. Juana afirma que ella nunca perdió la fe en la Obra del Amor Misericordioso, no obstante todo lo que había sucedido.

5. *El P. Reginaldo Duriaux, O.P.,
Director General de la Obra*

El P. Vives tiene por entonces algunas expresiones duras sobre Sulamitis, el P. Duriaux, O.P., y Mlle. Blanck. En el mes de Agosto, con motivo de asistir a la Semana Social habida en Rennes, visitó el P. Vives a la Srta. Ortúzar en Chateau Gontier, desde donde escribió una carta, fechada el 5 de Agosto, a Dña. Juana Lacasa, en la que dice: La Srta.

Ortúzar “está perfectamente de acuerdo con nosotros en todo y cree que Marie (Sulamitis) padece de cierta alucinación producida por el P. Duriaux. Como no he recibido contestación a mi carta no me he atrevido a ir a Dreux, pero le escribo diciéndole que si cree útil mi visita me escriba a París comunicándomelo”.

El mes siguiente, el 20 de Septiembre de 1924, escribe el P. Vives a Juana Lacasa desde la Cueva de Manresa: “Como mis esfuerzos por hacer comprender a Marie la sinrazón de poner al P. Duriaux como amo y señor absoluto no dieron resultado... De Francia no podemos por ahora esperar gran cosa. Pedí a Mlle. Ortúzar que continuase sus relaciones con la “Source” (Sulamitis) para informarnos de lo que pasa y seguir recibiendo documentos, y entretanto roguemos a Dios que ilumine a quien tan iluminado se cree. Vendrá pronto el desengaño y todo volverá a su cauce. La pobre Marie no tiene experiencia ninguna del mundo y cuando Dios no se la comunica directamente es peor que una niña. Mlle. Blanck es una fanática dominante y ultrafrancesa. El P. Duriaux, a lo que veo, no quiere nada con nosotros y se preocupa tal vez demasiado del negocio, lo que Nuestro Señor tendrá que castigar”.

Veamos ahora qué hace el P. Arintero ante el nuevo contexto. El 24 de Enero de 1925 escribe el P. Arintero a Dña. Juana Lacasa, quien el 22 de Diciembre le había escrito después de algún tiempo, tratando de reanudar la relación y el trabajo conjunto en la Obra del Amor Misericordioso, dada la práctica desaparición de la Junta de Madrid. En esta carta, el P. Arintero, refiere la aceptación del P. Duriaux por Sulamitis y el deseo de ambos de que todos en España trabajaran en paz y concordia. También le expone el plan del P. Duriaux, parecido al primitivo del P. Arintero, es decir, que la organización sea la imprescindible para cuidar la pureza doctrinal y fomentar la propaganda; desea que trabajen juntos teólogos de distintas Ordenes, uno de ellos el P. Vives, siendo responsable del grupo el P. Arintero; pero sin estatutos, ni nada parecido. En la misma carta se habla de la traducción de “El Mes del Rey del Amor”, que pudo publicarse

gracias a la ayuda del Primer Monasterio de las Salesas de Madrid. A este respecto, hay que señalar fue bueno que no se pudiera publicar este libro anteriormente, pues la traducción preparada había sido mutilada y no respondía al original, como advirtió Dña. Juana cuando preparó el texto.

Esta nueva situación, al asumir el P. Duriaux la dirección general de la Obra, había causado también sorpresa al P. Arintero; pero al ver el campo yermo, después del final práctico de la Junta de Madrid, y la posibilidad de trabajar en libertad de nuevo junto con la colaboración de Dña. Juana Lacasa y con el apoyo del P. Duriaux, comenzó una etapa de máximo empeño en la propagación de la Obra del Amor Misericorioso, convirtiéndose la revista "La Vida Sobrenatural" en el órgano de difusión de la Obra. El 2 de Junio de 1925 escribe de nuevo el P. Arintero a Dña. Juana: "Siento que el buen P. Vives se haya molestado de que éste (El Amor no es amado) saliera en La Vida Sobrenatural¹¹. ¡Ojalá saliera también y lo anunciaran todo lo posible en las tuyas y otras muchas..., pues lo que se busca es que haga bien y darlo a conocer... Algo se explica por su natural sentimiento por todo lo que ha ocurrido; pero ... más tuvimos que sentir nosotros y callamos¹². Así que procure Ud. tenerle las debidas atenciones; pero sigamos lo mismo... Quiera Nuestro Señor bendecir a todos los que con amor trabajan en la Obra... Y Ud. procure, como ahí le dije, no soltar nada de lo que tiene en depósito, a fin de que no se vuelvan a enredar las cosas, que ahora van tan bien".

A principios de Julio de 1925 el P. Vives se traslada a Barcelona y desde aquí escribe el 6 de Julio a Dña. Juana Lacasa, comunicándole el traslado tan rápido, que no pudo despedirse. En esta carta escribe: "De ninguna manera estoy desanimado respecto a la obra; es sin duda de Dios y nos ofrece el espíritu más puro de la religión y la quinta esencia del

11. La Vida Sobrenatural IX (1925) 329-337; 398-407.

12. El P. Arintero, desde Mayo de 1923 hasta Diciembre de 1924, humillado, fue paciente en las adversidades. En concreto, el año 1924 sólo se publicó un artículo de Sulamitis en la Revista La Vida Sobrenatural.

13. Esta Fiesta tuvo lugar el 30 de Octubre de 1926.

cristianismo. Marie no es una ilusa, pero su papel no va más allá que comunicar los designios de Dios. Tendremos que esperar un poco de tiempo para que acabe de desengañarse del sacerdote a quien ha entregado la obra; ésta entrará en el cauce que Nuestro Señor quiere”. En otra carta posterior del P. Vives a Dña. Juana, fechada el 8 de Febrero de 1926, escribe: “Me parece muy bien que haya entrado en relaciones directas con Marie, pues así recibirá más directamente los efluvios de la gracia, que por medio de ella se transmiten... En esta marcha providencial de la Obra, entra mucho, sin duda, en los designios de Dios la cooperación del P. Rubio, pues teniendo tanta fama y muy merecida de santidad, toda propaganda que haga será muy fructífera... Si vuelve a escribir al P. Duriaux no deje de saludarle muy cariñosamente de mi parte”.

En el verano de 1926 escribió el P. Duriaux a Dña. Juana Lacasa, donde le dice: “Asistiré en Roma a la Misa de Su Santidad en la fiesta de Cristo Rey¹³; trataré de recogerme lo más fervorosamente que me sea posible para ofrecer la Obra del Amor Misericordioso. Tendré una unión más especial aún con la Obra de España, uniéndome a los RR. PP. Arintero, Rubio y Vives, para que todos unidos y consumados en Uno, en el Corazón de Jesús sean Uds. instrumentos dóciles y por tanto fructíferos. Ruegue Ud. también para que yo permanezca en El, a fin de no hacer otra cosa que su Obra”. El plan del P. Duriaux de que en España pudieran trabajar juntos Dominicos y Jesuitas no fue posible, dado lo que anteriormente había sucedido. En Noviembre de 1926 visitó por segunda vez Mlle. Blanck Madrid, trayendo el Cuadro del Busto del Amor Misericordioso, con el que tanto trabajó Dña. Juana para dar a conocer esta Devoción al Amor Misericordioso.

Siendo ya Maestro General de los Dominicos, el P. Buenaventura García de Paredes, quien fue elegido el 22 de Mayo en 1926, se ocupó de la Obra del Amor Misericordioso, como se comprueba en una carta escrita a Dña. Juana Lacasa desde Madrid el 8 de Septiembre de 1926, en la que, agradeciendo el cuadro de la Imagen del Amor Misericordioso que por su medio le hizo llegar

Sulamitis, dice: “He escrito a Friburgo encargando que avisen al P. Duriaux para que se entreviste conmigo en París o en Friburgo. Espero en el Señor que tendrá lugar la entrevista. En Oviedo vi y hablé con el P. Arintero. Hablamos de Ud. y de allá y me mostró cartas que tenía del P. Duriaux”.

En otra carta del Maestro General a Dña. Juana, fechada en Roma el 11 de Junio de 1927, responde a lo sucedido en Francia, por lo que no es prudente tratar entonces de la aprobación de la Obra del Amor Misericordioso en la Curia Romana. “El Santo Padre había concedido una indulgencia con bendición apostólica para la edificación de una Iglesia en Annecy, en honor de San Francisco de Sales y Santa Juana de Chantal. En Francia añadieron “en honor del Amor Misericordioso”. Esto causó desagrado en Roma, porque la Santa Sede no ha aprobado aún tal devoción y no suele hacer nada hasta que examinada la cuestión por la vía ordinaria haya merecido aprobación. Así es que salió una rectificación en el *Osservatore Romano*, periódico oficial del Vaticano. Esto nada quiere decir en contra de la devoción del Amor Misericordioso, sino solamente que no se mete en ella la Santa Sede antes de haber examinado y decidido. Es prudente esperar algún tiempo para hacer algo en orden a la aprobación. Entre tanto no sólo no está prohibido, sino que es lícito, santo y meritorio trabajar por extenderla entre los fieles. La devoción por su objeto es santísima y necesaria en los tiempos actuales para atraer a Dios las almas. Creo que cuantas almas se dediquen a propagar la devoción al Amor Misericordioso con la sumisión consiguiente a lo que manda nuestra Madre la Iglesia, merecerán del Señor mucha gracia y mucha gloria. Ánimo, pues, y a trabajar con el santo entusiasmo con que Ud. lo hace”¹⁴.

Las circunstancias de la vida cambiaron de nuevo el rumbo de la Obra del Amor Misericordioso, como se mues-

14. Es de notar que en Francia, quizá debido también a este hecho, los Monasterios de la Orden de la Visitación, a la que pertenecía Sulamitis, no fueron afectos entonces a la Obra del Amor Misericordioso.

tra en esta Carta que el P. Duriaux escribe el P. Arintero el 11 de Enero de 1928 desde Friburgo (Suiza), le dice: “He hablado con el Rvdmo. P. General, que no puede intervenir oficialmente, pero quiere que la Orden permanezca unida a esta Obra, teniendo en cuenta que hay muchas cosas escritas sobre la Obra. En Francia por imprudencias, por una miseria personal evidente, ha existido el último año algún movimiento de inquietud... Por eso, es preciso que Ud. sólo conserve la dirección general de la Obra y de la M. M.^a Teresa. Yo espero poder indicarle próximamente algún dominico francés, si lo desea, que le pueda ayudar.. He descartado a Mlle. Blank de Lyon; anteriormente la había dejado sin la dirección de los volúmenes, porque ella no obstante su entrega y generosidad tenía métodos muy comerciales”. Pero por estas fechas, el P. Arintero se encontraba ya enfermo y moriría al mes siguiente, el 20 de Febrero, en Salamanca.

6. *El B. José M.^a Rubio Peralta, S. J. en la Obra del Amor Misericordioso*

El P. Rubio (1864-1929), al ser el Director Espiritual de Dña. Juana Lacasa, siguió el desarrollo de todos los avatares de la Obra del Amor Misericordioso desde el principio. Por otra parte, en la Semana y Congreso Ascéticos habidos en Valladolid durante los días 23 al 30 de Octubre de 1924 con motivo del tercer centenario de la muerte del Vble. P. Luis de La Puente, S.J., tuvo el P. Arintero una ponencia sobre la formación espiritual de los seminaristas según la doctrina del P. La Puente, siendo uno de los asistentes el P. Rubio; allí se saludaron. Al ver el dominico al P. Rubio, aquél se arrodilló ante él y le pidió su bendición; pero el jesuita se arrodilló también ante el P. Arintero, suplicándole le permitiera besarle los pies. En este contexto, es lógico que los PP. Duriaux, Arintero y Vives desearan la participación del P. Rubio en la Obra del Amor Misericordioso, lo mismo que Dña. Juana Lacasa. No obs-

tante, el P. Rubio se mantuvo siempre vacilante con respecto a esta nueva devoción¹⁵.

En relación con el P. Rubio una vez más aparece Dña. Juana Lacasa, quien, apoyándose en unos y en otros y siendo siempre un punto de unión y concordia entre todos, desarrolló un apostolado sorprendente en la Obra del Amor Misericordioso. Dña. Juana, escribiendo al P. Buenaventura García de Paredes una larga carta, el 25 de Marzo de 1928, donde le da el pésame por la gran pérdida para todos y para la Obra del Amor Misericordioso con la muerte del P. Arintero, le da cuenta de lo últimamente sucedido en su apostolado con la Obra del Amor Misericordioso¹⁶. Después de decirle que tuvo la suerte de conocer en Segovia al P. Ignacio Menéndez-Reigada, cuando éste acompañó al P. Arintero, —así pudo conocer a quien había de suceder al P. Arintero en la dirección de La Vida Sobrenatural, de la Obra del Amor Misericordioso y en la dirección espiritual de Sulamitis—, escribe Dña. Juana:

“Pero cuando más me acordé de Ud. fue a mi llegada a Madrid. Cuando esos santos triunfos, creía yo, llenarían de gozo a mi amado confesor, el Rvdo. P. Rubio, fue un torrente de calumnias e improperios los que me tenía preparados con toda su buena fe, a causa de las descabelladas noticias que almas caritativas le habían llevado. (Hablo a Ud. como en confesión). Y lo que más llenó de desolación mi alma no fue el que me las levantaran, sino el que las diera crédito el Padre, que dirige mi conciencia hace ocho años. Fue tal mi impresión..., mi terror..., y mi torrente de lágrimas al oírle que buscase otro Director..., que él no quería dirigir a una

15. La relación del P. Rubio con la Obra del Amor Misericordioso está descrita en C. STAEHLIN, *El Padre Rubio. Vida del apóstol de Madrid*. Edit. Egda. Madrid 1974, pp. 247-251. También, cf. A. SUÁREZ, *Vida del M. R. P. Fr. Juan G. Arintero, Maestro en Sagrada Teología de la Orden de Predicadores*. vol. II. Cádiz 1936, pp. 299-304.

16. Se refiere a la peregrinación con el Cuadro del Amor Misericordioso, iniciada hacia el final de 1926 por distintas regiones de España. Cf. M. J. MUÑOZ, *El Amor Misericordioso. El Cuadro*. La Vida Sobrenatural, 1990-1991.

loca, que abandona sus deberes de madre y de casada por un falso celo... En fin, me callo por creer yo que en aquel entonces, no era el P. Rubio, sino el enemigo quien hablaba por él... Pues jamás le vi ni oi tratar a nadie y en público con aquellas terribles maneras... él que es todo dulzura y bondad.., y que está harto de saber que jamás abandono yo mis obligaciones sino que tengo un marido tan bueno, y tan lleno de luz y gracia de Dios, que él mismo me insta a que vaya a propagar la obra con que Dios honró mi casa...¹⁷.

Pasando por alto mil circunstancias con que Dios nuestro Señor vino en mi auxilio, el Padre Rubio, una vez pasado ese momento y al ver mi extremadísima desolación, fue a consultar al P. López¹⁸, (que es considerado el gran teólogo de la Compañía de Jesús), exponiéndole mis amarguísimos lamentos y mi verdadera actuación en la obra. ¡Y supe, por voluntad de Dios, que dicho P. López encontró fuera de razón que el Padre se negase a dirigirme! ¡Y es más que llegó a reprocharle porque me cortaba las alas de ese modo, y me prohibía que le nombrase al hablar de la obra, toda vez que Dios quería que me amparase con su sombra!.. etc. etc... ¡De resultas, el Padre Rubio me llamó, y extremando entonces la bondad y la caridad, prestóse de nuevo a continuar mi dirección y recobré el aliento y la salud que seriamente la tuve quebrantada!..

En la misma carta, más adelante, refiriéndose al entusiasmo del P. Rubio por la Obra del Amor Misericordioso, después de unas conferencias del P. Tomás S. Perancho (1893-

17. Este relato no dice nada en contra de la santidad del P. Rubio, pues todos sabemos que hasta el justo peca siete veces al día; además, en el caso de los santos, estos fallos siempre redundan en bien de su humildad y de la santidad de los demás. El esposo de Dña. Juana Lacasa fue D. Juan Francisco Moreno, ingeniero de caminos.

18. Trátase del P. Juan Francisco López (1860-1928), Director espiritual de la Madre Maravillas de Jesús (1891-1974) durante su adolescencia y juventud, siendo el Padre entonces Director de la Asociación del Apostolado del Corazón de Jesús, (Casa Profesa, c/ de la Flor). Este P. López dirigió por espacio de 14 meses (1917-1918) a la Sierva de Dios, M.^a Angélica Alvarez Icaza (1887-1977), Monja Salesa de Méjico, residiendo ésta en el Segundo Monasterio de Madrid; pero no pudo captar el estado místico en que se encontraba.

1969) en la Iglesia de Atocha, tuvo otra experiencia dolorosa referente a la Obra, pues un grupo de Señoras pertenecientes a las Conferencias de San Vicente, dirigido por el P. Rubio, quiso que se llamase también del Amor Misericordioso con su beneplácito; pero entonces, el P. López, director general de las Conferencias de San Vicente, se opuso aduciendo que ni la Sagrada Congregación de Ritos, ni el Santo Oficio, habían aprobado todavía la devoción al Amor Misericordioso, sin que ello suponga que él ataca en modo alguno la doctrina. “¡Puede Ud. calcular, amado Padre, el golpetazo que con esto recibió la obra! El P. Rubio, siempre tan timorato, y para una vez que se siente valiente y decidido, declara entonces que no quiere ya oír hablar de ese nombre! Las señoras empiezan a dudar de si no será todo esto una ligereza, y si habrá algún motivo u obstáculo desconocido...”.

* * *

Dña. Juana Lacasa, ejemplar esposa y madre de familia, recorrió los caminos de España para dar a conocer con entusiasmo la devoción al Amor Misericordioso; ella recibió del Amor Misericordioso esa divina impaciencia que El da a las almas que, fieles a su amor, ya no pueden vivir sin darlo a conocer. Con este motivo, Dios regaló a Dña. Juana grandes satisfacciones y no pequeños sinsabores; el ramito de mirra que reciben, como el P. Arintero, los que siguen el camino de Jesucristo. Dña. Juana Lacasa de Moreno falleció el 19 de Febrero de 1934 y en tal ocasión, Sulamitis, escribía a los hijos de aquélla estas frases: “Mi reino no es de este mundo. Aquellos que se hayan esforzado en hacerle reinar en este mundo, reinarán con El en los cielos. Amados hijos, tened confianza; alzad los ojos, no estáis huérfanos; amaos los unos a los otros; permeneced siempre unidos. Acordaos, Señor, de la que tanto ha trabajado por la gloria de vuestro Amor Misericordioso y que tan generosamente se ha sacrificado por El, con todo lo que más amaba”.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.
Salamanca

Liturgia

La Eucaristía, consumación de la vida espiritual

Si el bautismo es la puerta de la vida espiritual y la confirmación su afianzamiento, la Eucaristía será la consumación de esa vida espiritual que recibimos en las aguas bautismales. Una oración del Misal de Pablo VI lo expresa admirablemente:

Recibe, Señor, las ofrendas de estos hijos tuyos, configurados hoy más perfectamente con Cristo, que con su muerte nos mereció el don del Espíritu, y concédenos que la participación en la Eucaristía, memorial de la Pascua del Señor les impulse a dar testimonio de Jesucristo¹.

Ya Santo Tomás decía que el bautismo es principio de la vida espiritual y puerta de los sacramentos mientras que la Eucaristía es coronación de la vida espiritual y fin de todos los sacramentos²; por eso la estudiamos detenidamente dentro de esta línea espiritual de la celebración y la vida litúrgica que estamos destacando en estos artículos sobre la espiritualidad litúrgica.

1. Oración sobre las ofrendas del formulario de la Misa de la administración de la confirmación (A).

2. *Summa Theologica*, III q. 73 a. 3. En otro sitio dice el mismo Santo Tomás que la «Eucaristía no ha sido instituida para satisfacer, sino para alimentar espiritualmente por la unión con Cristo y con sus miembros, de la misma manera que el alimento se une a quien se nutre de él» (III, q. 79, a. 3) y previamente había dicho que «todos los efectos que producen la comida y la bebida material en la vida corporal, como son el sustentar, el crecer, el reparar y el deleitar, los produce este sacramento en la vida espiritual (III, q. 79, a. 1).

1. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO PASCUAL

La reflexión teológica actual está dominada por una visión pascual de la Eucaristía. Mucho han contribuido a ello los estudios del gran liturgista Salvatore Marsili, entre otros, para devolver el nexo existente entre Pascua y Eucaristía, es decir, entre la pascua veterotestamentaria y la pascua del Nuevo Testamento.

Ya el concilio de Trento hizo una lectura típica de la Pascua cristiana afirmando la íntima relación existente entre la cena pascual, la Eucaristía y la Cruz de Cristo. Trento hace una lectura típica de la Pascua antigua viendo la Eucaristía en relación con la historia de la salvación en sus dos momentos extremos de anuncio profético (acontecimiento y rito pascual del A.T.) y realidad (Cristo-Pascua del N.T.). De ahí que sea necesario el conocer la pascua judía para comprender en toda su profundidad la pascua de Cristo y de la Iglesia.

La Pascua hebrea

La Pascua es un hecho histórico: Exodo, liberación. Ex 12, 23.27: conmemora el éxodo que liberó a los hebreos de la servidumbre de los egipcios. La Pascua es una celebración ritual, una fiesta que se inicia con una cena en la cual se come el cordero pascual con hierbas amargas y con los ázimos y que dura ocho días durante los cuales no se come pan fermentado, sino ázimos.

Cristo, Pascua del Nuevo Testamento

El hecho que dará pleno sentido y realidad definitiva a la liberación de Egipto y a la alianza será el mismo Cristo. En su muerte-resurrección culminará el acontecimiento pascual del Nuevo Testamento. La muerte de Cristo es la Pascua del N.T. El es el cordero pascual inmolado (cf. 1 Cor 5,7) y su muerte es un sacrificio ofrecido una vez por todas (Heb

9, 26.28; 10, 10.14). El sacrificio pascual de la Cruz funda la nueva alianza de modo que la antigua alianza ha sido sustituida; la sombra ha dejado paso a la luz y se nos ha dado la plena realidad. Se ha consumado la vieja pascua y se ha instituido la nueva. Jesús ocupa ahora el puesto de la víctima pascual y al morir efectúa su propio éxodo.

La Eucaristía, Pascua de la Iglesia

La Eucaristía perpetúa en la Iglesia el sacrificio pascual de Cristo. El insertó en la celebración de la Pascua hebrea el nuevo significado pascual haciendo realidad lo que sólo era sombra. Podemos decir que ya la Pascua hebrea ha acabado; se ha inaugurado con el Misterio Pascual de Cristo la nueva pascua dando pleno cumplimiento de la antigua. Desde ahora el cuerpo de Cristo es el cordero pascual y su sangre es la sangre de la nueva alianza.

Según todo esto a la eucaristía hay que verla ahora como «*el sacramento del sacrificio pascual de Cristo*» (Marsili), es decir, la celebración sacramental del sacrificio pascual de Cristo. El Vaticano II lo ha expresado así: n.º 47:

Nuestro Salvador, en la última Cena, la noche en que fue entregado, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y su sangre para perpetuar por los siglos, hasta su vuelta, el sacrificio de la cruz y confiar a su Esposa amada, la Iglesia, el memorial de su muerte y resurrección, sacramento de piedad, signo de unidad, vínculo de amor, banquete pascual en el que se recibe a Cristo, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura “³.”

La constitución de liturgia habla también de la Eucaristía en otros lugares, cf. S C n.º 2, 6, 7, 10 y 12, como lo hacen otros documentos, especialmente *Lumen Gentium* 11. Juan Pablo II ha hablado sobre ella en distintas ocasiones, así en la carta del Jueves Santo de 1980.

3. Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Sagrada Liturgia, n.º 47.

La celebración de la Eucaristía, comenzando por el cenáculo y por el Jueves Santo, tiene una larga historia propia, larga cuanto la historia de la Iglesia. En el curso de esta historia, los elementos secundarios han sufrido ciertos cambios; no obstante, ha permanecido inmutable la esencia del *mysterium*, instituido por el redentor del mundo durante la última cena. También el Concilio Vaticano II ha aportado algunas modificaciones, en virtud de las cuales la liturgia actual de la misa se diferencia en cierto sentido de la conocida antes del Concilio”⁴.

Esta carta del Papa contiene una invitación explícita a conocer a fondo las virtualidades del actual rito de la Misa y a aplicarlas con espíritu de fidelidad al Señor y a la Iglesia, para lograr una participación en la Eucaristía de manera consciente y activa. Acerquémonos ahora al sacramento celebrado.

2. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO CELEBRADO

«La misa podemos decir que consta de dos partes: la Liturgia de la palabra y la Liturgia eucarística, tan estrechamente unidas entre sí, que constituyen un solo acto de culto, ya que en la misa se dispone de la mesa, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, en la que los fieles encuentran formación y refección»⁵. Esta doble mesa, de la Palabra y de la Eucaristía, son el alimento de la Iglesia, la cual progresa en su conocimiento gracias a la una (Mesa de la Palabra) y en su santificación gracias a la otra (Mesa de la Eucaristía).

La Mesa de la Palabra

Se ha dicho que la nueva distribución de las lecturas bíblicas es lo más conseguido de la reforma litúrgica promovida por el Concilio Vaticano II. Los prenotandos u *Ordo*

4. JUAN PABLO II, *Carta Dominicae Cena*, de 24, II, 1980, n.º 8 (AAS 72 (1980), 113-148; trad. española A. PARDO (Ed.), *Documentación litúrgica postconciliar. Enchiridion*, Barcelona, 1992, n.º 1041.

5. Ordenación General del Misal Romano, n.º 7.

lectionum Missae (OLM) son la invitación a adentrarnos personalmente en la función y funcionalidad de la Palabra de Dios en la Eucaristía. En ellos se ponen de relieve las líneas más sobresalientes del valor de la Palabra de Dios en la celebración litúrgica.

En la celebración litúrgica, la Iglesia sigue fielmente el mismo sistema que usó Cristo en la lectura e interpretación de las Sagradas Escrituras, puesto que El exhorta a profundizar el conjunto de las Escrituras, partiendo del hoy de su acontecimiento personal (OLM n.º 3).

La celebración en que se proclama la Palabra de Dios se convierte en un acontecimiento nuevo y enriquece la Palabra de Dios con una interpretación y una eficacia nuevas. Porque no podemos olvidar que:

La Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres (OLM n.º 4).

Los fieles que participan en las celebraciones litúrgicas han de comprender que tanto más participan en la acción litúrgica cuanto más se esfuerzan, al escuchar la Palabra de Dios en ella proclamada, por adherirse íntimamente a esta Palabra. De este modo, la Iglesia en su doctrina, en su vida y en su culto, perpetúa y trasmite a todas las generaciones lo que ella es y todo lo que cree, de modo que, en el decurso de los siglos, tiende constantemente a la plenitud de la verdad divina hasta que en ella tenga su plena realización la Palabra de Dios (OLM n.º 8).

Por la audición de la Palabra acompañada de la fe, hoy los cristianos reciben de Dios la palabra de la alianza, y de esa forma se van convirtiendo cada día más en el pueblo de la nueva Alianza, el pueblo que escucha y que realiza lo proclamado. Será necesario escuchar la Palabra de Dios, con veneración interior y exterior, que, a los oyentes/celebrantes, les haga crecer continuamente en la vida espiritual y los

introduzca en el misterio celebrado. Se necesitará una fe viva, la cual se actualizará por la audición de la palabra proclamada. La Palabra iluminará a los fieles, arrastrándoles a vivir en su totalidad el misterio del Señor.

Los fieles participarán atentamente y en lo posible se prepararán con anterioridad por medio de un mayor conocimiento de la Sagrada Escritura. La Liturgia de la Palabra, en cuanto proclamación, pertenece a los ministros, pero en cuanto escucha activa, meditación y respuesta, es un acto de toda la asamblea. Esta parte de la celebración es un diálogo entre Dios y su pueblo. La Palabra de Dios, proclamada, escuchada, recibida y asimilada conduce directamente a la Eucaristía.

Conviene, por tanto, tener siempre en cuenta que la Palabra de Dios, leída y anunciada por la Iglesia en la liturgia, conduce, por así decirlo, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la Eucaristía, como a su fin propio (OLM n.º 10).

La Mesa de la Eucaristía

El mejor modo de conocer esta mesa de la Eucaristía será adentrarse en la estructura de una plegaria eucarística que es el centro de esta mesa eucarística y de la celebración. Toda plegaria eucarística consta de las siguientes partes:

Prefacio-Santo-Transición
Epíclesis preconsecratoria
Relato Institucional
Anamnesis
Epíclesis postconsecratoria
Intercesiones
Doxología

Veamos cada parte:

La *anamnesis* es la oración destinada a hacer memoria del Señor según el mandato que El mismo nos dio al instituir la Eucaristía. En todas las liturgias el relato de la institución y la anamnesis son dos elementos que van estrechamente unidos. Si el fin de la asamblea eucarística es hacer memorial del

Señor, nosotros lo hacemos recordando sus grandes acciones salvíficas: pasión, muerte y resurrección. En la anáfora de San Basilio se menciona como objeto de la anamnesis la sepultura de Cristo, su sesión a la derecha del Padre y su segunda venida al final de los tiempos, también la cruz vivificadora y el descenso de tres días al sepulcro. Otros manuscritos medievales añaden la Natividad. Por estos misterios redentores, hechos presentes, la Iglesia puede ofrecer al Padre la misma víctima que El le ha ofrecido para la redención del género humano. Aquí se ve cómo la Eucaristía es memorial de todos los misterios de la vida de Cristo y no sólo de su muerte. Es memorial de toda la obra de la redención.

El *relato institucional* en todas las liturgias es el centro de la Eucaristía y a la vez de toda la misa. Las palabras de la consagración se presentan en forma de relato histórico y convierten al pan y al vino en sacramento de su persona y acción salvadora.

La *epiclesis*. Ocupa un lugar posterior a la anamnesis. En las plegarias eucarísticas el Espíritu Santo es invocado para la transformación de la ofrenda (*primera epiclesis*). La *segunda epiclesis* con vistas a la comunidad que va a recibir los dones. Lo esencial de la epiclesis está en la invocación del nombre de Dios y por esta invocación la epiclesis tiene una fuerza santificadora; y al estar dirigida al Espíritu Santo acaba de completar la estructura trinitaria de la plegaria eucarística.

Las peticiones sobre los dones y sobre la asamblea son correlativas. La acción del Espíritu Santo sobre la asamblea se desenvuelve también en función de la Eucaristía: santifica la Iglesia allí congregada, para que sea digna de acercarse a los santos misterios. De modo que la operación de la potencia de Dios sobre los dones y sobre la asamblea es convergente: actúa en los dones en vistas a la asamblea y actúa en la asamblea para conducirla dignamente a la Eucaristía. De este modo lo expresa la Anáfora de San Basilio:

...a fin de que tu Santo Espíritu venga sobre estos tus siervos del mismo modo que sobre estas tus ofrendas.

Las *intercesiones*. La bendición bíblica comprende también una cláusula impetratoria; ciertamente la intercesión ha sido siempre un brote del gran tronco de la bendición eucarística. Tras la epiclesis postconsecratoria se hace una petición por vivos y difuntos, así como la conmemoración de los santos, la consagración o relato institucional queda así rodeado de la plegaria impetratoria.

La *Doxología* es la conclusión trinitaria de la plegaria eucarística.

3. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO ADORADO

La adoración sacramental eucarística debe ser vista en su totalidad y en su globalidad, es decir, en la misma celebración y fuera de la celebración eucarística. La plegaria eucarística, con el prefacio y el canto del Santo, son el momento y la circunstancia más apropiada para adorar el sacramento eucarístico, en su misma fuente, es decir, en la misma celebración. Pero también la celebración pide la prolongación⁶.

Podemos decir que el culto a la Eucaristía fuera de la celebración surge en la Edad Media más como devoción que como extensión de la misma celebración eucarística. Sin embargo, la devoción al Santísimo Sacramento en el tabernáculo puede considerarse consecuencia de otra devoción especial que tiene lugar dentro de la misa: la de ver la hostia y el cáliz consagrados; un deseo que originó la elevación después de la misma consagración. No es un rito antiguo, pues los primeros testimonios de la elevación son del 1200 para la hostia y de finales del trece para el cáliz y aparece en un Misal de París aunque no fue prescrito universalmente hasta el misal tridentino de 1570.

En relación con el deseo de ver a Dios en la sagrada hostia estaría el monumento o túmulo del Jueves Santo y la creación misma de la fiesta del *Corpus Christi*. La exposición

6. Sobre este tema se puede leer: C. GONZÁLEZ, *La adoración eucarística. Apuntes para una teología litúrgica*, E. Paulinas, Madrid, 1990.

solemne se practica ya en el siglo XIV, en este tiempo se crearon los altares y capillas del Santísimo Sacramento en los que se exponía el Santísimo mientras en el altar mayor se celebraba la misa. Pero fue en el siglo XV cuando empieza a implantarse la costumbre de exponer el Señor permanentemente, en el sentido explicitado.

Podemos decir con el Magisterio de la Iglesia que el banquete eucarístico y la comunión sacramental piden la prolongación sacramental fuera de la Misa. Con razón la Iglesia ha querido rodear a la Eucaristía del máximo honor y veneración sabiendo que es la presencia permanente y sacramental del mismo Cristo entre nosotros. El Concilio de Trento manda que:

los cristianos tributen a este Santísimo Sacramento, al adorarle, el culto de latría que se debe al Dios verdadero, según la costumbre bien aceptada en la Iglesia católica. *Porque no debe dejar de ser adorado por el hecho de haber sido instituido por Cristo para ser comido*» (D. 1643).

El 18 de octubre de 1973 se publicaba el *Ritual de la Sagrada Comunión y del Culto eucarístico fuera de la Misa* que en gran parte recogía ya muchas de las normas y de la teología litúrgica de la Instrucción *Eucharisticum Mysterium* del 25-V-1967, la cual se orientaba hacia que «no sólo se tengan a mano los principios más generales que hay que enseñar al pueblo en la catequesis del Misterio eucarístico, sino que sean más inteligibles los signos por los que se celebra la Eucaristía como memorial del Señor y se venera en la Iglesia como sacramento permanente» (n.º 4).

En esta instrucción se relaciona la adoración eucarística con la misma celebración de la Eucaristía de donde debe brotar.

«Acuérdense de prolongar por medio de la oración ante Cristo, el Señor, presente en el sacramento, la unión con él conseguida en la comunión y renovar la alianza que les impuso a mantener en sus costumbres y en su vida la que han recibido en la celebración eucarística» (n.º 81).

Jesús instituyó su Eucaristía para ser tomada como alimento, de ahí los fines de la reserva eucarística que son, según la *Eucharisticum Mysterium* (E. M.), tres:

Fin primero y primordial: la administración de la Eucaristía bajo forma de Viático y *fines secundarios*: la distribución de la comunión fuera de la misa y la adoración eucarística.

Y se añade:

«pues la reserva de las especies sagradas para los enfermos ha introducido la laudable costumbre de adorar este manjar del cielo conservado en las iglesias. Este culto de adoración se base en una razón muy sólida y firme: sobre todo porque a la fe en la presencia real del Señor le es connatural su manifestación externa y pública» (E. M. n.º 49).

El citado ritual recomienda la devoción privada y pública a la santísima Eucaristía... pues

«el sacrificio eucarístico es la fuente y el punto culminante de toda la vida cristiana... Los fieles, cuando veneran a Cristo presente en el Sacramento, recuerdan que esta presencia proviene del sacrificio y se ordena al mismo tiempo a la comunión sacramental y espiritual» (79 y 80).

Es interesante la vinculación a la Eucaristía vista como Misterio Pascual en lo que dice:

«la piedad que impulsa a los fieles a adorar a la santa Eucaristía los lleva a participar más plenamente en el misterio pascual y a responder con agradecimiento al don de aquel que por medio de su humanidad infunde continuamente la vida en los miembros de su Cuerpo. Permaneciendo ante Cristo, el Señor, disfrutan de su trato íntimo, le abren su corazón por sí mismos y por todos los suyos y ruegan por la paz y la salvación del mundo. Ofreciendo con Cristo toda su vida al Padre en el Espíritu Santo sacan de este trato admirable un aumento de su fe, su esperanza y su caridad. Así fomentan las

disposiciones debidas que les permiten celebrar con la devoción conveniente el memorial del Señor y recibir frecuentemente el pan que nos ha dado el Padre» (Ritual, n.º 80).

Una forma excelente de adoración de la Santísima Eucaristía es la llamada Exposición de la Santísima Eucaristía (Ritual n.º 82-100).

«La exposición..., sea en el copón, sea en la custodia, lleva a los fieles a reconocer en ella la maravillosa presencia de Cristo y les invita a la unión de corazones con El, que culmina en la comunión sacramental. Así promueve adecuadamente el culto en espíritu y en verdad que le es debido» (n.º 82).

Es fundamental la vinculación con la misma Eucaristía de donde procede el culto fuera de la Eucaristía. Así lo indica los prenotandos del ritual:

«Hay que procurar que en tales exposiciones el culto del Santísimo Sacramento manifieste, aún en los signos externos, su relación con la misa. En el ornato y en el modo de la exposición evítese cuidadosamente lo que pueda oscurecer el deseo de Cristo, que instituyó la Eucaristía ante todo para que fuera nuestro alimento, nuestro consuelo y nuestro remedio». (*Ibid.*).

La adoración de la Eucaristía será siempre un modo de adentrarse en el misterio celebrado, para vivirlo mejor y traducirlo en la vida.

4. LA EUCARISTÍA, SACRAMENTO PERMANENTE

La Eucaristía no se agota en la celebración litúrgica, sino que es el sacramento permanente, el continuo viático de la Iglesia, el pan que la alimenta en su camino terrestre hasta el Padre, la consumación de su vida espiritual.

El documento *Christus, Lumen Gentium*, del Congreso Eucarístico Internacional de Sevilla, habla de un serie de

pistas para una espiritualidad eucarística y propone en su capítulo 5°, «Adoradores en espíritu y en verdad, cuatro modos de acercarse a la única Eucaristía:

Eucaristía celebrada: renovación y participación
 Eucaristía adorada: contemplación y solidaridad
 Eucaristía vivida: adoradores en espíritu y en verdad
 Eucaristía confesada: anticipo y prenda de la gloria futura.

En la Eucaristía confluyen la celebración, la adoración y la vida. Porque hay celebración, hay adoración y de ahí procederá la vida que lleve en sí el germen recibido para fructificar. Este es uno de los temas dominantes en las oraciones para después de la comunión. La liturgia de la Eucaristía se prolonga en la vida de cada día.

Una oración del Misal de Pablo VI lo expresa así:

Concédenos, Señor todopoderoso, que de tal modo sacie-
 mos nuestra hambre y nuestra sed en estos sacramentos,
 que nos transformemos en lo que hemos recibido⁷.

Hay que despertar en los cristianos el deseo de dialogar con Jesús, de profundizar en la intimidad más profunda con él buscando la humanidad del Señor en su proximidad eucarística con nosotros. La Eucaristía es el sacramento de la máxima espiritualidad, decía Dionisio el cartujo, y la liturgia galicana la define como «la suma de todas las espiritualidades». Celebrar, adorar y vivir la Eucaristía serán tres realidades conexas entre sí e interpenetradas. La celebración adoración y vida espiritual.

JUAN JAVIER FLORES, OSB
Abadía de Santo Domingo de Silos

7. Domingo XXVII del Tiempo Ordinario.

Testigos

Predicador de la Misericordia P. Lafaste (1932-1869)¹

1. *La vocación de dominico*

Alcides Lataste nació en la ciudad de Cadillac, cerca de Burdeos, el 5 de septiembre de 1832. Desde su más tierna edad desea ser sacerdote. Esta vocación naciente le lleva a entrar en el seminario menor de Burdeos en 1841, donde pasará cinco años. Allí encontrará por primera vez a un dominico, y no de los menores, el Padre Lacordaire, durante su visita al establecimiento en 1842. Prosigue su escolaridad en el colegio de Pons (Charente-Maritime) a partir de 1846. Este establecimiento comprendía una sección de “eclesiásticos” para los que se destinaban al sacerdocio, y una sección de “laicos” para los demás. Alcides llega a la escuela con la convicción interior de que un día será sacerdote, aunque tiene un sentimiento profundo de su indignidad. Sin embargo, su padre, no queriendo contrariar su vocación sino probar su solidez, obtiene del superior su inscripción en la otra categoría. El choque es rudo y Alcides quedará muy turbado por esta prueba. Las “malas compañías” y las turbaciones de la adolescencia contribuirán poco a poco a poner en duda su vocación. Revisa sus proyectos y abandona casi totalmente toda idea de sacerdocio.

Después de su bachillerato y de un año pasado en casa entra en la administración de las Contribuciones en la que trabajará de 1851 a 1857. Siendo controlador supernumerario, los traslados le llevan a Privas el 29 de marzo de 1853.

1. Cf. JEAN-MARIE GUEULLETTE, O.P., *Prêcheur de la Misericordie*. Du Cerf, París 1992.

Es precedido de una reputación bastante halagüeña, especialmente en el medio de las Conferencias de San Vicente de Paúl en las que había entrado dos años antes en Burdeos. La actividad caritativa y el ambiente comunitario de estos grupos fueron para él la ocasión de descubrir una nueva forma de compromiso dentro de la Iglesia. Alcides, piadoso y emprendedor, encuentra a Leónida Cecilia de Saint-Germain, joven distinguida por su piedad y por su nacimiento, que queda particularmente impresionada por la profunda inclinación del muchacho hacia la religión y por su valiente independencia frente a los espíritus fuertes que se burlaban de su conducta. La mutua atracción de los jóvenes es tan fuerte que sus padres son consultados sobre una eventual unión. Pero los padres de Alcides temen que su hijo sea todavía muy inexperimentado y poco seguro de su porvenir (no es aún titular) para permitirse considerar el matrimonio con una joven de tal rango. El padre consigue que Alcides sea trasladado rápidamente a Pau, lejos de todo peligro. Esta ruptura afectiva es vivida por el joven en una soledad que no tarda en colmar con actividades caritativas en la Conferencia de San Vicente de Paúl. Los escasos textos en que este hombre pudoroso expresa sus sentimientos muestran que su amor por Cecilia se hace más espiritual, y que su fe y su preocupación por servir a los pobres son para él poderosos factores de equilibrio.

Sin embargo las pruebas no han terminado, pues conoce sucesivamente la muerte de su hermana Rosy y la de Cecilia. Su hermana era su madrina. Entrada en la congregación de las Hijas de la Sabiduría, había sido sin descanso, incluso en los años difíciles del colegio de Pons, el testigo de la vocación de su hermano, un testigo exigente, recordándole regularmente la época de la primera llamada. No dudó nunca de la vocación de su hermano, y su muerte ocurrida el 14 de octubre de 1855 parece haber sido el choque decisivo que llevó a Alcides a entregarse a Dios. En su última enfermedad, contará al joven religioso encargado de cuidarle: “Quince días después, mi decisión estaba tomada”. Y como para confortarle en esta decisión, Cecilia muere súbi-

tamente de fiebre tifoidea el 17 de noviembre. La llamará desde entonces “su hermana del cielo”.

Ascendido a controlador numerario, es asignado a Nérac y, por primera vez le es preciso instalarse en una ciudad donde no existen las Conferencias de San Vicente de Paúl. Quince días después de su instalación ha remediado esta carencia. Presidente fundador de la Conferencia de Nérac, despliega una importante actividad entre los pobres, especialmente con la puesta en marcha de un “horno económico”. Pero su trabajo profesional y su compromiso caritativo no le hacen perder de vista su objetivo, la búsqueda de la forma que va a tomar su deseo de entregarse a Dios.

Alcides Lataste no parece haber pensado en la vida de sacerdote secular. La conciencia muy viva de su indignidad y de su debilidad le empuja a buscar en la vida religiosa los hermanos y la regla que le guiarán. Comienza a interesarse por los carmelitas y los promonstratenses, cuando un retiro predicado en Pau por tres dominicos le orienta hacia los Predicadores. La vida dominicana había sido restaurada en Francia en 1843 por el P. Lacordaire. En la época en que Alcides toma contacto con él, el P. Lacordaire está casi al fin de su carrera. Alcides le escribe: pide a los superiores de tres órdenes (Premonstratenses, Carmelitas y Dominicos) que le envíen sus constituciones. El examen es concluyente, queda en contacto con Lacordaire y se decide a entrar en la Orden. Hace algunos días de retiro en el convento de Burdeos, a fines de octubre, para fortalecer su decisión. Desde entonces las cosas van muy de prisa y, sin haber hablado con sus padres, se presenta a la puerta del noviciado de los Frailes Predicadores, en Flavigny, Borgoña, el miércoles 4 de noviembre de 1857.

Los primeros años de su vida religiosa están marcados por la enfermedad, que le mantiene en un estatuto particular y le impide seguir normalmente la vida regular. Un panadizo en una mano, mal cuidado durante su noviciado, parece desembocar en una amputación del dedo, que le impediría así ser ordenado sacerdote. Más tarde, una osteomielitis en la cadera afectará todo el período de sus estudios. Como su estado de salud no le permite hacer profesión al final de

su noviciado simple, es enviado al convento de Toulouse para un cambio de aires. Hace allí profesión simple un poco más tarde, el 10 de marzo de 1859. En seguida se reúne con los frailes estudiantes en el convento de Chalais, cerca de Grenoble, donde permanece algunas semanas. Parte de allí con todo el estudiantado dominicano, Lacordaire a la cabeza, para tomar posesión de nuevo del convento real de Saint-Maximin, en Provenza.

Los trabajos teológicos redactados durante sus años de formación, muestran la entrada progresiva en la reflexión teológica de un espíritu serio y cuidadoso de la salvación de sus contemporáneos. Su correspondencia es la de un joven religioso entusiasta, que enrolaría en la orden, de buena gana, a todos sus amigos, prometiéndoles la felicidad que él mismo ha encontrado en ella; propone así a un amigo que haga un retiro en el convento: “Seríais bienvenido; pero tened cuidado, la vida aquí es buena y dulce para el alma y podríais sucumbir a la tentación de quedaros”.

Su encuentro fundamental de estos años de formación no es el de Santo Tomás o el de la teología, que no parece haberle apasionado aunque se haya dado a ella honestamente, sino más bien el de María-Magdalena. A partir de 1959, le es casi imposible hablar del amor de Dios, de la adhesión a Cristo, del perdón, sin nombrarla. Parece fascinado por el trabajo de la gracia obrando en esta mujer.

A causa de su enfermedad será admitido, raro privilegio, a besar la venerada cabeza de María-Magdalena, cuando las grandes ceremonias que rodearon la traslación de las reliquias a un nuevo relicario, el 20 de mayo de 1860. Guardará un recuerdo muy vivo de este acontecimiento y lo relatará a menudo en su predicación: “Besando esa cabeza en otro tiempo envilecida, hoy sagrada, yo me decía: es, pues, verdad que los más grandes pecadores, las más grandes pecadoras tienen en ellos lo que hace los más grandes santos; quién sabe si un día no llegarán a serlo...”. La esperanza puede renacer en las tierras más devastadas; de los mayores pecadores, Dios puede hacer los mayores santos; he aquí la maravilla de la misericordia obrando en el corazón del hom-

bre; he aquí la maravilla que le será dado contemplar a él mismo algunos años más tarde.

Ordenado sacerdote el 8 de febrero de 1863 en Marsella, es asignado al convento de Burdeos durante el verano. Curado al fin después de varias curas en las aguas termales de Barèges, puede entregarse a una vida intensa de predicación, la de los Frailes predicadores de la época. Sermones con ocasión de la Adoración perpetua en las parroquias, cuaresmas, advientos, mes de María, novenas y octavarios; los frailes eran llamados a menudo lejos de su convento para estas predicaciones que tenían lugar por la tarde y que se asemejaban más bien a conferencias. Cuatrocientos treinta y siete sermones del P. Lataste han sido conservados, la mayor parte redactados íntegramente, sobre todo los del principio de su ministerio, otros están reducidos al estado de plan o esquema. Se advierte en ellos la recurrencia frecuente de ciertos temas, como el amor de Dios, la eucaristía, la Virgen María y María-Magdalena.

2. *El momento de Dios*

La misericordia, la eucaristía, María-Magdalena: todo está ya a punto para que el acontecimiento se produzca y, cuando entra en la prisión de Cadillac, en aquella mañana de septiembre de 1864, está pronto para recibir la llamada de esas mujeres a las cuales va a anunciar la misericordia y ofrecer el perdón de Dios.

Si se pregunta hoy a una hermana dominica de Betania qué es lo que constituye la originalidad de su congregación, su respuesta puede comenzar así: “Comenzó en 1864: un joven dominico, el Padre Lataste, fue enviado a predicar un retiro para mujeres detenidas en la cárcel de Cadillac-sur-Garonne”. Tal es en efecto el acontecimiento fundador, el encuentro que trastornó profundamente la vida de este hombre y lo lanzó a una aventura en el curso de la cual morirá, antes de que transcurran cinco años.

La predicación de ese retiro es una etapa decisiva de su itinerario. Trastornado por las maravillas que la gracia opera

en el corazón de las detenidas, y que puede contemplar en los centenares de confesiones que oye en aquellos días, convertido él mismo por las palabras de esperanza que les dirige, se inquieta por el porvenir de su auditorio. Hélas aquí perdonadas por Dios, totalmente inocentes ya a sus ojos, pero expuestas siempre al desprecio y a la desconfianza de la sociedad. En oración con ellas una tarde ante el Santísimo Sacramento entrevé a grandes rasgos un proyecto que ya nunca abandonará. Para acoger a las detenidas, cuya conversión es tan profunda que están dispuestas a dejar el mundo que las ha perdido para entregarse a Dios que las ha salvado, es preciso fundar una congregación en que religiosas contemplativas aceptarían no sólo recibirlas y albergarlas a su salida de la prisión, sino recibirlas entre ellas sin ninguna clase de distinción, después de un tiempo de probación.

En aquella época varios establecimientos tenían la función de acoger a las mujeres que no podían volver a su familia. Las casas más célebres entonces eran los Refugios atendidos por las Hermanas del Buen Pastor de Angers o por otras congregaciones, que recibían mujeres arrepentidas que salían de la prisión, pero más todavía de la prostitución, y cuya conversión no estaba aún muy asegurada. Encontraban allí un asilo, trabajo, y un marco de oración y de penitencia propicio, en la pedagogía de la época, para un retorno real hacia Dios y la virtud. Era estatutariamente imposible, incluso para las mejores, esperar llegar a religiosas; en el mejor de los casos podían entrar en una especie de Orden Tercera. Estos establecimientos agrupaban a veces un centenar de mujeres.

La originalidad del proyecto de Betania está pues, precisamente, en la fusión de las religiosas y de las arrepentidas en una sola familia. La distinción de los orígenes se hace imposible. La entrada de las antiguas criminales en la vida religiosa, testimonia ante la sociedad la total rehabilitación que el perdón de Dios había ya realizado.

Sin perder tiempo, el P. Lataste presenta el proyecto a sus superiores y al arzobispo de Burdeos. Éste no se opone a la Obra, pero rehusa una fundación en su diócesis para no hacer concurrencia con el Refugio de Burdeos que acaba de abrirse

bajo su protección y se inquieta por el proyecto. Las tareas de la predicación impiden al Padre proseguir sus investigaciones, pero su corazón queda ya vuelto para siempre hacia las detenidas de Cadillac. Cada vez que pasa por la ciudad, acude a la prisión para mostrarles su fidelidad, aunque el reglamento le impide hablarles. Ante su gran sorpresa se le pide de nuevo predicar el retiro con motivo de la Adoración perpetua, en septiembre de 1865. Se enterará después de que las detenidas habían estado rezando para que volviese.

Por aquella época es nombrado por el capítulo provincial subprior del convento de Flavigny y maestro de los novicios profesos, es decir de los estudiantes profesos. Recibe este cargo con aprensión, pero también con alegría. Realizará seriamente su tarea de formador del 1 de octubre de 1865 al 28 de julio de 1866, feliz de volverse a encontrar en el clima tranquilo de un convento de formación después de una primera experiencia de vida apostólica. Es entonces cuando toma de nuevo la palabra en la prisión de Cadillac. La experiencia del año precedente le ha mostrado la importancia de los contactos personales con las detenidas, así esta vez no hace más que una predicación por día, para consagrarse a oírlas en confesión. El estilo de su predicación es más directo, se siente "en familia". Es el primer sermón hace alusión a sus visitas: "He venido aquí tan a menudo como me ha sido posible; no podía deciros nada pues la regla estaba ahí, pero pensaba que solo mi presencia sería un signo de amistad y os consolaría, y leía en vuestros rostros que así era". La última noche del retiro, es propuesta a las detenidas la adoración del Santísimo Sacramento. El predicador esperaba verlas turnarse por cortos períodos, como en las parroquias: ¡cuál no es su sorpresa al verlas dividirse la noche en dos grupos de ciento cincuenta detenidas, cuyo fervor hubiese honrado a los mejores conventos! La predicación que les dirige al día siguiente para concluir el retiro es un canto a la misericordia de Dios, redactado allí mismo, rápidamente, como un grito de felicidad: "¡He visto maravillas!".

Esta experiencia lo conforta en su idea de fundación. Desde entonces las cosas van muy de prisa. Somete a sus superiores y

después a los obispos un informe de su proyecto. Situando a guisa de preámbulo las respuestas más favorables que recibe, lanza para el gran público, en mayo de 1866, "Las Rehabilitadas", folleto de presentación del grave problema de la salida de prisión de las detenidas profundamente convertidas. La solución que propone es la fundación de una congregación que se haga testigo de la plena rehabilitación de la cual se han beneficiado a los ojos de Dios, permitiéndoles el pleno acceso a la vida religiosa. Esta publicación recibe una acogida bastante buena y le proporciona los primeros donativos destinados a la fundación. El Padre Saudreau, su antiguo prior en Burdeos, le envía dos religiosas de la Presentación de Tours que desean consagrar su vida más directamente a los más pobres. El joven fundador las acoge con alegría; ellas creían unirse a una fundación en curso y descubren que son sus primeras piedras. No obstante, aceptan el desafío, y una de ellas, la futura Madre Henri-Dominique, es designada como primera superiora. En la espera de un lugar para abrir la fundación, y de hermanas para constituir una verdadera comunidad, son acogidas muy fraternalmente por las hermanas de Nancy, que se encargan de su formación dominicana. Se encuentra una casa el día de la fiesta de Santa María-Magdalena, requerida por el P. Lataste para que ponga manos a la obra. La compra puede llevarse a cabo rápidamente gracias a una rica bienhechora..! que se había instalado imprudentemente en el mismo compartimento de tren que él! La Casa de Betania es fundada el 14 de agosto de 1866, en Frasnésle-Château, cerca de Besançon.

Los cuidados de fundador de una obra delicada, unidos a las obligaciones de la vida de predicador, son una pesada responsabilidad para el P. Lataste: el provincial le descarga de su tarea de padre maestro y los asigna al convento de Dijon, a fin de acercarlo más a Betania. Lo deja libre para ocuparse de la fundación, a condición de asumir normalmente su parte de predicación, especialmente en adviento y cuaresma.

La pequeña comunidad comienza a crecer poco a poco. La primera rehabilitada que entra en Betania, el 4 de septiembre, es una antigua pensionista del Refugio de Metz. Progresivamente, otras candidatas se presentan para ser

hermanas, o rehabilitadas, y la primera liberada de una prisión llega en febrero. El fundador es autorizado para hacer breves permanencias en Betania, pero mantiene una correspondencia casi diaria con M. Henri-Dominique.

3. *La Fundación sostenida por Dios*

Poco a poco se despiertan reticencias cada vez más fuertes en los superiores, así como en numerosos frailes dominicos, en relación con Betania. Las reticencias que proceden de la provincia de Francia habían comenzado desde el proyecto de publicación de “La Rehabilitadas”, que comprendía una petición de sostén financiero. Un cierto número de frailes temieron una confusión con las cuestaciones hechas por la provincia, y por ello una concurrencia en el espíritu de los bienhechores de la Orden. Es por lo que la publicación fue autorizada solamente si iba precedida de una nota explicando la ausencia de un vínculo orgánico de la Obra con la Orden y manteniendo el anonimato sobre su autor. Poco tiempo antes de la fundación, creyendo que uno de sus amigos va a abandonarle, el P. Lataste deja entender que el apoyo de sus hermanos no ha sido tan vivo como él podía esperar: “Si os retiráis, mi pena será viva, pero estoy dispuesto a todo. He visto retirarse a aquéllos con los que más contaba y he recibido las más cálidas y eficaces simpatías de los que no conocía. Será lo que Dios quiera; él sabe mejor que nosotros lo que necesitamos y no nos fallará”.

En octubre de 1866, el consejo provincial examina la cuestión de la fundación de Betania. Los informes de los debates muestran claramente que la unanimidad está lejos de conseguirse. A la pregunta: “¿Se debe dejar al P. Lataste proseguir su obra comenzada o se le debe prohibir que se ocupe en adelante de la rehabilitadas?”, el Consejo responde favorablemente, pero con esta fórmula: “El Consejo soporta la necesidad creada por el hecho consumado y autoriza al P. Lataste a proseguir su obra instándole a exonerarse de ella lo más pronto posible”. En la sesión siguiente, la palabra “autoriza” es borrada del acta para ser reemplazada por la palabra “deja”.

¿Cómo explicar tal distancia y tal rigor? La cuestión de la autorización de la fundación es delicada. Los documentos dejan pensar que una cierta ambigüedad ha reinado en las autorizaciones concedidas por los superiores del P. Lataste, el provincial de Francia y el P. Jandel, Maestro de la Orden, a propósito de la publicación del folleto o de la fundación de Betania. Por el contrario, es más fácil precisar uno de los argumentos mayores de quienes “veían esta fundación con desagrado”; es el que recae directamente sobre la originalidad de la intuición del P. Lataste: la rehabilitación total de las almas perdidas, por su asimilación completa a las religiosas dominicas. Uno de los ataques más abiertos ha venido de las hermanas dominicas de enseñanza que temían que esta asimilación recayera sobre el conjunto de la Orden e hiciera temer a algunos padres, que las dominicas a las cuales confiaban sus hijos eran antiguas criminales. El provincial redacta una nota para los archivos, que comienza así: “Habiéndome escrito las religiosas de la Tercera Orden enseñante para pedirme en nombre de cuatro de sus conventos, que fuese prohibido a personas reputadas infames como son las rehabilitadas de Betania, llevar el hábito de Santo Domingo...”.

El P. Lataste trata siempre de vivir en la confianza y la obediencia a sus superiores, a pesar de las dificultades que no hacen sino aumentar. Los ataques, sin embargo, van a enrarecer y perturbar sus relaciones con algunos hermanos. El capítulo provincial, reunido en septiembre de 1867, recibe peticiones procedentes de los adversarios de la fundación, “para que sea desligada la solidaridad de la provincia con la Obra de la Rehabilitadas”. Los capitulares conceden al P. Lataste dos años con la condición expresa de dejar la dirección de la Obra después de este plazo. El nuevo provincial, poco favorable a la Casa de Betania, no cesará de recordar este vencimiento al fundador... que morirá seis meses antes de tener que dejar, por obediencia, a sus hijas.

El P. Lataste está muy cargado durante los breves años que separan la apertura de Betania de su muerte: correspondencia con los bienhechores, los proveedores, las her-

manas y las eventuales postulantes; predicación de retiros y de estaciones que le son confiados. Así se ve llevado a predicar la cuaresma en Grenoble en 1867, y en la catedral de Nîmes en 1868. A despecho de sus numerosas ocupaciones, despliega toda su energía en predicar, durante estas estaciones de cuaresma y adviento, sobre los temas que le son caros: el amor de Dios, la eucaristía. Algunas predicaciones son destinadas a los hombres en particular, y consagradas a temas apologeticos; trata de llevar a la práctica sacramental, renovando las nociones de Iglesia y de fe, a los ciudadanos afectados por la secularización y el racionalismo.

Antes de que lleguen las primeras betanianas, el P. Lataste había propuesto un contrato amistoso a su mejor colaborador en la fundación: San José. Escribe a la M. Henri-Dominque: "El 19 de marzo he visto con pena que no teníamos misa propia para San José y he notado con más pena todavía que su nombre no figura en el canon. He hecho voto de emplearme con todas mis fuerzas en obtener del Santo Padre estas dos cosas para su gloria, si él, San José, lleva a buen fin la fundación de Betania de aquí a dos años. De aquí a dos años. Ya veis, no estaba muy seguro de mí ni del éxito de mis proyectos. Por eso le he dado tiempo a San José, pero él no ha querido más que cinco meses para hacerla".

Su salud comienza a deteriorarse durante el invierno 1867-68. Poco tiempo antes de su marcha a Nîmes, en Betania, una erisipela se declara. Escribe al provincial para preguntarle si no sería prudente retrasar su salida con el fin de reposar un poco. La respuesta es negativa. Aunque su estado de fatiga no haya mejorado, parte al día siguiente, por obediencia. El cansancio suplementario de una estación de cuaresma le hace más frágil, y cae enfermo después de haber tenido que confesar en una sacristía húmeda, después de predicar. La tuberculosis ya no lo dejará. Vuelve a Betania para recibir algunas profesiones unos días después de Pascua y, es entonces, el 13 de mayo de 1868, cuando hace la ofrenda de su vida en favor de San José: éste había sostenido los primeros pasos de Betania, pero su ayuda parece muy útil de nuevo: los adversarios de la joven funda-

ción se hacen cada vez más apremiantes, y el plazo fijado por el capítulo provincial se aproxima. El P. Lataste sabe que no tiene más que un año y medio como máximo para dedicarse a Betania, le es preciso preparar el porvenir dejándola en buenas manos. El P. Jandel revelará, después de una visita al P. Lataste, que éste ha hecho don de su vida para obtener que San José sea declarado patrón de la Iglesia universal, a cambio de su protección sobre la Obra. Retengamos con atención este don total de sí mismo hecho por el P. Lataste en favor de Betania, este precio que está dispuesto a pagar por la salvación de “sus hijas”.

En agosto de 1868, el provincial, que no parece inquietarse por el estado de salud de su religioso, piensa que es llegado el momento de recordarle de nuevo el plazo que se aproxima: según las decisiones del capítulo, deberá dejar Betania en septiembre de 1869. “No tengo en absoluto la intención de escatimaros las semanas y los meses que os ha concedido el capítulo provincial, mi querido Padre, estad seguro. ¡Pero no perdáis de vista el 15 de septiembre 1869! Tanto peor para vos y para vuestra Obra si ella no puede pasarse sin vos: de bueno de mal grado os será preciso separaros de ella, y solamente conservaréis las relaciones de buena amistad y de dirección epistolar que no entrañan ninguna responsabilidad”.

La respuesta del P. Lataste, aun manteniéndose respetuosa, muestra bien a las claras que ha puesto toda su confianza en Dios, y que Aquél a quien considera como el verdadero fundador de Betania, será capaz sin duda de hacer cambiar de opinión a un superior si eso fuera necesario...

“No es la primera vez, Rvdmo. Padre, que me recordáis la fecha del primero de septiembre de 1869. No la he olvidado y no la pierdo de vista. Únicamente que yo no puedo hacer lo imposible: he puesto mi confianza en Dios, y estoy seguro que su protección no nos faltará. Si me veo en la necesidad de dejar que la Obra se hunda, por obedecer a mis superiores, no dudo que la Providencia intervendrá como ya lo ha hecho. Dios sabe cambiar los corazones como a él le place. Esta confianza no impide que haga todo lo que me es posible para realizar el voto del Capítulo y el vuestro”.

Una mejoría pasajera le permite predicar el retiro en Betania a principios del mes de octubre y recibir a una nueva postulante. El provincial que parece muy lejos de darse cuenta de la gravedad de su estado de salud, le anuncia ya, con un año casi de antelación, su próxima asignación. El 16 de septiembre, al expirar el plazo de dos años acordado por el capítulo, deberá acudir al convento de Abbeville, sin duda el convento de la provincia más alejado de Betania. Le será ya imposible volver allí. El P. Lataste prosigue como puede la redacción de las constituciones de Betania, con la ayuda de M. Henri-Dominique. El día de Navidad, celebra con dificultad y por última vez la misa. Ese mismo día había tenido la gran alegría de dar, por primera vez, el hábito de hermanita a una rehabilitada: la que de ahora en adelante será Sor Noël había sido disuadida del suicidio por el joven predicador de Cadillac, cuatro años antes...

Los meses que siguen son los de un lento descenso hacia la muerte. Los períodos de lucidez sobre su estado se alternan con momentos de confianza en el porvenir. Consagra todas las fuerzas que le quedan a Betania, tratando de hacer avanzar lo más posible el trabajo de las constituciones. El convento de Flavigny le envía un hermano estudiante que lo había conocido como padre maestro, y cuya hermana era religiosa en Betania: Fray Dominique Rolland lo asistirá hasta su muerte. La angustia crece en Betania, y especialmente en M. Henri-Dominique, al ver desaparecer al fundador mientras que la aventura no hace sino comenzar y el provincial da a comprender claramente que la joven comunidad no debe esperar ningún socorro de la provincia después de la desaparición del P. Lataste. El P. Jandel, Maestro de la Orden, que había visitado Betania durante el verano, se inquieta por el estado de salud del joven fundador, a quien había animado sin poder sostenerlo de manera oficial. La crónica de Betania relata que una semana antes de su muerte, el P. Lataste, ante sus hijas, expresó públicamente su perdón a quienes no lo habían tratado bien durante los últimos meses, y su gratitud hacia su provincia: "Doy gracias a la Orden de Santo Domingo entera por haberme dado el Santo Hábito; doy gra-

cias en particular a nuestra querida provincia de Francia. Doy gracias y bendigo, al morir, a todas las personas que han aprobado mi empresa y me han ayudado con sus oraciones y consejos, con su influencia y sus donativos... Perdono a todos los que me han desaprobado, contradecido, combatido, en particular al Rvdmo. P. X. Pido a Dios que los bendiga a todos. Bendigo también a los religiosos del noviciado que me han tenido por padre maestro. Bendigo a toda mi familia y sobre todo a aquél de mis hermanos que me ha sostenido tanto en la fundación de la Obra. Ha, ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios? Como el ciervo sediento suspira por el agua de las fuentes, así mí alma suspira por vos, ¡oh Dios mío!

Es el 10 de marzo de 1869 cuando Fray Marie-Jean-Joseph Lataste exhala su último suspiro, rodeado de sus amadas hijas. La crónica de sus funerales en "El Año Dominicano", boletín de la Tercera Orden, es la primera alusión a Betania aparecida en este periódico: "Dominicas y Rehabilitadas mezclan en un común abrazo sus lágrimas... realización elocuente, y quizá hasta aquí desconocida, del ideal supremo del P. Lataste: la Rehabilitación de la falta expiada, hasta la fusión más íntima con las puras Esposas de Jesucristo. "Los tiempos que siguieron fueron extremadamente difíciles para M. Henri-Dominique, que vio cómo el provincial le rehusaba todo socorro; después de múltiples intercambios de cartas, obtuvo que el P. Raymond Boulanger, gran amigo del P. Lataste, y defensor de Betania desde su origen, fuese autorizado a terminar la redacción de las constituciones. En 1870, la comunidad deja la que ha sido su primera casa, para trasladarse a una propiedad más cerca de Besançon, llevando con ellas el cuerpo de su Padre. Hoy continúan llevando su vida de oración y de misericordia en torno a su tumba, en Montferrand-le-Château.

JEAN-MARIE GUEULLETTE, O.P.
Paris

TRAD. DOMINICAS DE SANTORIN
Grecia

Escuela de Vida

La palabra de Dios ilumina la condición racional y pneumática del cristiano

I. EL CONOCIMIENTO DEL PROPIO PECADO

La Palabra Viva de Dios ilumina la condición del hombre carnal o psíquico, que vive en el orden de la razón natural, y la condición del hombre espiritual o pneumático, que vive en el orden sobrenatural de la fe y hace realidad los designios de Dios en su vida. La Parábola del Sembrador (Mat. 13) nos hace ver que la semilla es Cristo que cae en tierra y muere para darnos vida (Jn. 12, 24); pero esta semilla se desarrolla o se ahoga según sea el corazón, que es nuestra tierra. La primera condición para que esta semilla crezca es entregarnos a la Palabra con mansedumbre, abandonando toda clase de maldad (Sant. 1, 21). La segunda condición es aplicar toda la persona, mente y corazón, pasiones y sentidos, a la Palabra, ofreciendo un espíritu purificado y un corazón de carne, sin piedras, ni espinas, es decir, una tierra buena.

Para construir el proceso de nuestra santificación sobre un corazón bueno o sobre roca y no sobre arena (Mat. 7, 25-27), es decir, para ser realistas en nuestro proyecto de vida cristiana, necesitamos saber no sólo que Dios es bueno y ha sido siempre bueno con nosotros, sino también que nosotros, hombres y mujeres, somos pecadores. La condición pecadora del hombre explica su ambigüedad, su mentira, su egoísmo, su crueldad y su incansable soberbia y vanidad al seguir confiando siempre en sí mismo o en los demás, que como él no son más que hombres. Advertir que sin la purificación de nuestra naturaleza pecadora no podemos iniciar

el camino del seguimiento e imitación de Jesucristo es una cuestión fundamental.

El hombre ha sido engañado y humillado por el pecado; incluso después del bautismo, debilitado por su concupiscencia, sigue siendo acechado por los enemigos de su vida cristiana, el mundo, el demonio y la carne. Tratemos ahora de iluminar nuestra precariedad espiritual, dándonos cuenta de nuestros pecados incluso ocultos, aceptando la lucha interior y exterior en contra del pecado junto con sus raíces y consecuencias. El hombre en pecado tiene una existencia triste, y mientras desconozca el motivo de su disgregación interna tenderá siempre a autojustificarse mediante la razón (señalando culpables), mediante la voluntad (buscando poder) y mediante las emociones (dejándose llevar por el amor o el odio), viviendo esclavo de sí mismo y de los demás por miedo a la muerte (Hebr. 2, 15), es decir, por miedo a perderlo todo, sin saber aprovechar los tiempos de salvación que nos invitan a quedarnos sólo con Cristo.

Esta es la alternativa del cristiano: autojustificarse, echando las culpas a los demás, o aceptar la ley de la Cruz, que exige vivir en permanente combate en contra del pecado, como San Pablo, que llevaba en su propio cuerpo la muerte de Cristo y en su razón la contradicción de la existencia humana (Rom. 7, 14). Entre las explicaciones falsas a esta realidad humana están el pesimismo maniqueo y la frivolidad. En cambio el Evangelio nos invita a vencer el mal con el bien, desde la perspectiva de la muerte de Cristo en la Cruz.

1. *El Pecado Original*

Dios todo lo creó bueno; sin embargo, el hombre desobedeciendo a Dios destruyó la justicia original. Así nos encontramos en los orígenes de la vida del hombre y de la mujer con la existencia personal del diablo, con la realidad del mal y con el *pecado original originante*, que consistió en la desobediencia histórica de nuestros primeros padres, motivada por las apariencias engañosas y la mentira diabólica; fruto del pecado fue la frustración y la mutua acusación

(Gén. 2, 16-17; 3, 1-19). No es la sociedad la que hace malo al hombre, sino es el hombre el que hace mal y extiende el mal en la sociedad. Este es el realismo de la fe cristiana, que nos lleva al pecado de los orígenes.

El *pecado original originado* nos habla de las consecuencias del pecado original en cada uno de nosotros. El Bautismo nos quitó la culpa y la pena eternas debidas al pecado original; pero nos ha dejado la tendencia al pecado o concupiscencia, las heridas causadas por este pecado y las penas temporales derivadas de él. Por el pecado original el hombre quedó interiormente dividido, de manera que la imagen y semejanza de Dios en nosotros quedaron desfiguradas. El espíritu del hombre ya no es lazo de unión con Dios; por eso tenemos miedo a Dios y somos capaces de desear y de hacer el mal. El hombre, destinado a la unión esponsal con Dios, experimenta ahora la frustración, el odio y hasta el infierno. Cuando el hombre rechaza a Dios, su Señor y Salvador, queda bajo el dominio del pecado. Éste es el hombre carnal, frustrado, siendo sus principales heridas: las tinieblas en el espíritu, la falsedad en la mente, el egoísmo en la voluntad, la crueldad en el corazón, los rencores y rechazos en las emociones, y los sufrimientos en este valle de lágrimas. En definitiva, en el hombre carnal la semilla de la Palabra se ahoga bajo el desorden de las pasiones y las heridas del pecado original.

2. *El Pecado Mortal*

Consiste el pecado mortal en un acto malo caracterizado por la materia grave, la advertencia plena del entendimiento y el consentimiento pleno de la voluntad. Cuando la materia es grave se presupone conocimiento y consentimiento plenos en personas normales. El pecado mortal produce almas tullidas y entenebrecidas, que necesitan la gracia para salir de ese estado y poder salvarse. Hay que distinguir entre los pecados mortales por ignorancia, (cuando es invencible exime de culpa), que nos recuerda la responsabilidad de quienes mucho han recibido pues mucho se les pedirá; los

pecados mortales de fragilidad, de quienes son más débiles de voluntad que malos de corazón; los pecados mortales de indiferencia, de quienes acostumbrados a pecar ya no sienten el remordimiento; los pecados mortales de obstinación, de quienes son violentos con las cosas de Dios, con la Iglesia, e incluso con Dios mismo. Es importante y necesario hoy día predicar el temor de Dios, para que nos ayude a hablar con respeto del amor de Dios y tener auténtico miedo a caer en pecado mortal.

3. *El Pecado Venial*

Nos recuerda este pecado que el mal moral, por pequeño que sea, es peor que todos los males físicos juntos, como las enfermedades. El pecado venial consiste en la desviación, no en la adversión, de la voluntad en orden a Dios; por eso produce la enfermedad del alma, no su muerte. El pecado es venial por parvedad de materia o por imperfección del acto; pero puede convertirse en mortal, no por la acumulación de actos, sino por la intención. El pecado venial contrasta al Espíritu Santo (Ef. 4, 30) y nos impide en este mundo el proceso de la santificación, pues nos priva del fervor de la caridad, de las gracias actuales y del ejercicio de las virtudes; y en la otra vida nos resta gloria en el cielo y nos obliga a la purificación del purgatorio. El Señor nos invita a combatir también los pecados veniales mediante una vida austera y penitente, que nos permita rezar, escuchar a los hermanos santos y ser dóciles a las mociones del Espíritu Santo. No hablemos demasiado y sepamos escuchar también a los que no cuentan.

4. *El Mundo*

El mundo, con su estilo de vida seculariza y desacraliza hoy reinante, pasa de Dios, es decir, ha vuelto al paganismo. Muchos hombres y mujeres viven hoy como si Dios no existiera y sus máximas, placeres y diversiones suponen para los cristianos burlas, escándalos y hasta persecuciones.

No nos extrañe que el mundo nos odie, pues no somos del mundo, y el discípulo no es mayor que el maestro (Jn. 17, 14-16). El mundo dificulta la vida espiritual e influye negativamente en los cristianos. Por eso nos manda el Apóstol San Juan: “No améis al mundo, ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama al mundo, no está en él la caridad del Padre. Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo. Y el mundo pasa y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Jn. 2, 15-17).

¿Cómo combatir el mundo? Consideremos la vanidad de las cosas de este mundo. ¿De qué nos vale conquistar el mundo entero, si perdemos el conocimiento y el amor de Dios? No hagamos caso del qué dirán; huyamos de las ocasiones; avivemos la fe. Recordemos a los primeros cristianos, quienes por el bautismo renunciaban a los espectáculos de los paganos y a las profesiones que consideraban incompatibles con la fe cristiana. Ha llegado el momento de recordar que por el Bautismo renunciamos a las pompas del diablo, es decir, a las diversiones paganas, como las sesiones basura de la televisión, del cine, del teatro, etc. Ciertamente, hoy día hay diversiones y medios de comunicación social que están destruyendo comunidades y familias cristianas.

5. *El Diablo*

Tratando del diablo, otro enemigo de nuestra vida cristiana, hay dos peligros: hablar demasiado o no hablar nunca. La influencia diabólica se advierte hoy especialmente en los centros de poder: política, economía, medios de comunicación. La confusión moral, mental y afectiva, basada a veces en mentiras ya descaradas ya refinadas, está muy presente, incluso en personas consagradas con puestos de gobierno. Se intenta cambiar la fe y la moral, que es peor que su destrucción.

El oficio del diablo y sus ángeles malos es tentar o engañar mediante su acción en el apetito sensible, en el cuerpo material y en la inteligencia a través de la imaginación. Dios

permite las tentaciones no para incitarnos al mal, sino para probarnos; por eso las tentaciones nunca superan nuestras fuerzas. Estemos atentos para no caer tampoco en las obsesiones diabólicas, sean internas (tentaciones fuertes y continuadas a través de imágenes vivas) o sean externas (pecados reiterados contra Dios, contra nosotros o contra los demás, como echar la culpa a Dios, el abuso sexual o la envidia). A veces Dios permite incluso la posesión diabólica para algún bien, cuyas señales son: la glosolalia, la fuerza notable y la revelación de secretos. Vigilemos y oremos, pues, para no caer en la tentación, ni en la obsesión; cuando llegue la tentación combatamos resistiendo mas no dialogando; cuando llegue la obsesión pidamos humildemente la oración de la Iglesia y de los hermanos en la fe.

6. *La Carne*

Cuando hablamos de la carne nos referimos a todo nuestro ser humano, especialmente la razón y la voluntad, abandonadas a sí mismas o sin la ayuda de la gracia de Dios. Por tanto, combatir la carne para someter nuestro cuerpo al espíritu es preguntarnos: ¿me doy cuenta del egoísmo, de la mentira y de las envidias que hay en mí? ¿Me doy cuenta del protagonismo, de los rencores, de la crueldad, de los celos, de las discordias que hay en mi corazón? ¿Tengo las ideas claras sobre Dios y su voluntad, sobre el hombre, sobre la Iglesia, sobre mi condición pecadora? ¿Conozco la vocación que Dios me ha dado y la acepto de corazón? ¿Vivo en un agnosticismo práctico o espero un cambio en la moral?

La naturaleza humana, sin la ayuda de la gracia, se caracteriza por la sed insaciable de gozar; por el horror al sufrimiento y el pánico a la muerte. Hay que distinguir entre el placer honesto y el placer que nos hace mal y destruye en nosotros la atracción por las cosas de Dios. Combatamos la ociosidad, luchemos en la oración, frecuentemos los sacramentos y hagamos memoria de los novísimos: muerte, purgatorio, cielo, infierno. Amemos los frutos del sufrimiento, imitando así la vida de Jesucristo y de la Virgen Santísima.

Cuando nos llegue la enfermedad, aprovechemos ese tiempo difícil para desprendernos poco a poco de la tierra, para expiar nuestros pecados y para anhelar el cielo. Meditemos la Pasión de Jesucristo y aceptemos voluntariamente los sufrimientos de la vida; incluso ¡qué don más grande sería recibir de Dios la vocación de ofrecernos como víctimas de amor y expiación a Dios nuestro Padre!

Dios nos llama a purificar nuestra naturaleza humana en sus tres niveles: los sentidos externos e internos; las pasiones y las potencias del alma. Aprender a discernir la necesidad de estas purificaciones activas es imprescindible para poder entrar en el verdadero proceso de la santificación cristiana, como nos enseñan los maestros de la Vida Espiritual. Además, es importante darnos cuenta que la vida de la gracia se desarrolla básicamente en el nivel de la inteligencia y sobre todo de la voluntad; no confundamos, pues, los actos de nuestros sentidos o de nuestras pasiones son las verdaderas acciones de la gracia de Dios, aunque ésta llegue también a transformar toda nuestra vida pasional y sensitiva.

Los *sentidos externos*, es decir, la vista (miradas nocivas, lecturas), el oído y la lengua (curiosidad, críticas, difamaciones), el olfato (usar perfumes y no tolerar olores desagradables), el gusto (gula), y el tacto (combatirlo con el cilicio y las disciplinas). Y los *sentidos internos*, es decir, el sentido común (cuidar la información recibida de los sentidos externos), la estimativa (depende de una imaginación correcta y de un temperamento sereno), la imaginación o fantasía (cuidar mucho los sentidos externos, de donde provienen las imágenes, de donde proceden tantas tentaciones y disipaciones en la vida cristiana, y la memoria sensitiva o intelectual (olvidar las injurias recibidas y los recuerdos pecaminosos, recordando los dones y beneficios divinos).

Las *Pasiones*, es decir, ese conjunto de 11 movimientos del apetito sensitivo en respuesta al bien o al mal sensibles, aprehendidos con alguna conmoción orgánica. En este sentido, están las seis pasiones del apetito concupiscible: tres referentes al bien aprehendido (amor, deseo y gozo, según el bien captado sea futuro o presente), y tres referentes al mal

aprehendido (odio, fuga y tristeza, según el mal captado sea futuro o presente); y las cinco pasiones del apetito irascible: con respecto al bien arduo ausente (esperanza y desesperación, según sea posible o imposible); con respecto al mal arduo ausente (audacia y miedo, según sea superable o insuperable); y con respecto al mal arduo presente (ira). Es fácil advertir la importancia que tienen las pasiones en la vida humana y la necesidad de educarlas y sobre todo purificarlas para nuestro bien desde la perspectiva de la fe cristiana. Ahora bien, no olvidemos que estamos todavía en el nivel de las realidades sensibles; es decir, no confundamos el amor sensible y pasional con el amor de caridad.

Las *Potencias del alma* son el entendimiento y la voluntad, es decir, estamos en el reino de las ideas fruto del raciocinio y en el amor fruto de la bondad de las personas y de las cosas. Purificar el entendimiento supone aceptar la penitencia de instruirse, superando la curiosidad malsana, los pensamientos inútiles y los juicios precipitados. El hombre psíquico tiene pensamientos carnales de realidades divinas y vive de estos pensamientos equivocados. Por ejemplo, tantos gnosticismos actuales y tantas otras realidades, como la meditación transcendental, el control mental, las religiones orientales, en los cuales el hombre se busca tantas veces a sí mismo, llevado por la soberbia. El hombre carnal confunde la firmeza profética con la arrogancia humana, la humildad con la humillación, la libertad de los hijos de Dios con la indisciplina espiritual. En fin, los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni tampoco sus caminos son los nuestros.

Y con respecto a la voluntad hay que distinguir entre el amor sensual, el concupiscible, el de benevolencia y el de amistad. Ahora bien, purificar la voluntad supone la abnegación de sí mismo y el desprendimiento de todas las cosas creadas. Mas no olvidemos que nos encontramos todavía en el orden natural de la razón. Las divisiones interiores del corazón (discordias) y las exteriores entre las personas son señales de la situación carnal. Los corintios tenían carismas; pero estaban divididos (1 Cor. 10-13); les faltaba sabiduría de la Cruz y les sobrecababa sabiduría humana (1 Cor. 1, 18-19).

El que no ha tenido experiencia del señorío de Jesucristo utiliza los dones de Dios desde el protagonismo humano, sin aceptar la locura de la predicación y el escándalo de la Cruz. No sirve a Dios, sino se sirve de los carismas de Dios. Necesitamos someternos de corazón a la autoridad de Dios en todo nuestro ser, cuerpo y espíritu; de lo contrario, aunque los dones sean verdaderos, en vez de transmitir vida, llevaremos confusión y deslumbramiento.

La falta de raíces nos lleva a actuar de un modo fluctuante, mostrando cómo en nosotros la Palabra de Dios está oculta todavía por nuestros sentimientos e ideologías. Satanás maneja a su placer al insatisfecho, al agresivo, al que ni acepta su pecado ni tampoco, por lo mismo, la misericordia de Dios. La verdadera conversión es incompatible con el fariseísmo, con los escrúpulos y con los complejos de culpabilidad. El desánimo espiritual es otra inconsistencia carnal. Afirmar que uno no puede cambiar, que no tiene remedio, es un pecado contra el Espíritu Santo, pues niega el poder de la gracia de Dios y la omnipotencia de su amor misericordioso.

Si no tomamos en serio el combate contra el pecado en nuestras vidas no tendremos discernimiento, ni tampoco entraremos en el reino de Dios. ¿Qué condescendencia tengo yo con el pecado y los pecados en mi vida? ¿Qué pecados concretos hay en mi vida? Si no acepto el Evangelio como buena noticia de salvación; si no acepto a Cristo como el Señor y Salvador de mi vida; si no destruyo en mí los ídolos, viviré siempre esclavo de mí mismo y de los demás por miedo a la muerte (Hebr. 2, 15). Convertirse al Señor no es una idea, ni una opción humana, sino un don de Dios, pues la conversión es la destrucción de los ídolos que anidan en nuestro corazón y en nuestra mente, renunciando a los bienes supérfluos y a los afectos desordenados. “Israel ha rechazado el bien y el enemigo lo perseguirá. Se dieron reyes, pero no elegidos por mí; constituyeron príncipes sin yo saberlo; de su oro y plata se hicieron ídolos, mas para su perdición... ¿Hasta cuándo no lograrán purificarse? Porque de Israel son, son obra de artífice, no son de Dios... Siembran vientos, recogerán tempestades” (Oseas 8, 3-7).

7. *La inteligencia de la Cruz*

Cristo crucificado es la salvación y la sabiduría del cristiano, Hay que reducir el hombre viejo a la impotencia, de modo que mientras vemos cómo el hombre viejo se desmorona, advirtamos también cómo el hombre nuevo, Cristo, crece en nosotros. Dios no nos exige ser perfectos, sino que seamos humildes y aceptemos nuestra condición pecadora en orden a combatir el combate de la fe contra el pecado. Así podremos entrar y permanecer en el reino de Dios, no dejándonos influir por la sabiduría del mundo. Esta impotencia del hombre carnal es el fruto de la Cruz, que no es venganza divina, sino gloria de Dios y salvación del hombre.

¿Conozco el poder de la Cruz de Jesucristo, que es poder de Dios, para transformar mi vida? ¿Me doy cuenta que la renovación de la Iglesia y de mi vida se realiza a través de la muerte y resurrección de Jesucristo? “El mundo está crucificado para mí y yo para el mundo” (Gál. 6, 14). ¿Es Jesucristo el centro de mi vida? ¿He dejado a la gracia de Dios que transforme mi corazón y mi mente? La gracia, capaz de renovar mi vida, no es una idea, sino la fuerza de Dios en mí; hay que interiorizar el poder de la gracia. ¿He experimentado la compunción y el rompimiento de mi corazón? Es preciso llorar de dolor por los propios pecados y de gozo por la misericordia de Dios, reconociendo por experiencia el mal que nos hemos hecho y el mal que hemos hecho a los demás. La conversión verdadera nos da otro modo de pensar, de sentir, de vivir.

El mensaje fundamental del Evangelio es la salvación del hombre en la Cruz de Jesucristo para la gloria de Dios. El hombre pecó y el Hijo de Dios se encarnó para salvarnos mediante el perdón de nuestros pecados. Ésta es la buena noticia de la Palabra de Dios: el hombre puede y debe salvarse. Proclamar la Palabra de Dios no es pronunciar una frase más o menos atrayente, sino transmitir la vida de Jesús; éste es el lenguaje del Espíritu Santo.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.

Información

Francisco Franco, un católico al servicio de España¹

Finales de septiembre y principios de octubre de 1975. El ambiente internacional está enrarecido con respecto a España por razón del último proceso de Burgos contra los terroristas. El cardenal Tarancón está en Roma y frecuenta aquellos días el Vaticano. Oigámosle: “Bajo preocupadísimo a ver a Benelli y éste me lo nota: no sabía aún la noticia. Le digo que yo he enviado un telegrama. Ustedes verán si conviene hacer algo para contrarrestar el clima que existe allá (en España). Benelli me dice que enviarán una comunicación y entra en el asunto.

Le he llamado, me dice, por dos razones principalmente: quiero que vea ante todo cómo, por fin, Franco ha escrito al Papa pidiéndole perdón por no haber podido acceder a sus peticiones. Es la primera vez, en todos los años del pontificado de Pablo VI, en la que Franco escribe en este plan de sinceridad y humildad al Santo Padre.

Efectivamente, leo la carta firmada por Franco, de la que me presenta Benelli una fotocopia —encargándome, como es lógico, absoluta reserva sobre el contenido de la misma—, en la que Franco le llama Padre al Papa, se manifiesta hijo devoto suyo y le dice que siente en el alma no haber podido acceder a su petición porque razones graves de orden interior se lo impedían” (V. E. Tarancón, *Confesiones*, Madrid, 1996, p. 846).

1. Pueden consultarse, MANUEL GARRIDO, *Francisco Franco, cristiano ejemplar*, Madrid, 1985; FAUSTINO MORENO VILLALVA, *Francisco, héroe cristiano en la guerra*, Madrid, 1985.

A los pocos días el cardenal Tarancón tuvo una audiencia privada con Pablo VI. Era el dos de octubre. Franco murió el 20 del mes siguiente. Tarancón dice que Pablo VI le habla con elogio de Franco y le dijo estas palabras: “Franco ha hecho mucho bien a España y le ha proporcionado un desarrollo extraordinario y una época larguísima de paz. Franco, continúa, merece un final glorioso y un recuerdo lleno de gratitud...” (*Ibid.* p. 852).

No conocemos el contenido de esa carta, pero por la impresión que causó en el Vaticano a dos personas no muy adictas al Caudillo de España podemos deducir que su contenido era de un valor religioso sumamente extraordinario. Esto no se improvisa. Esto responde a una vida cristiana sumamente ejemplar. Es lo que intento exponer a continuación.

He estudiado muy profundamente el aspecto cristiano del Generalísimo Franco. Tengo un rico material documental. En parte lo utilicé en mi obra “*Francisco Franco, cristiano ejemplar*” que ya va por la cuarta edición. Es imposible trasladar aquí ese material por el espacio reducido de que dispongo, pero expondremos lo más principal y que sea suficiente para dar una idea, lo más exacta posible. Nada digo si no está respaldado por uno o varios testigos presenciales, o consta por documentos fidedignos. Esto es lo que da valor. Publicar sobre el Generalísimo Franco sin estar documentados o no usar los testimonios de los que lo han tratado, no una sino muchas veces, no significa nada. Esto es lo que hacen generalmente los que escriben sobre él para difamarlo y calumniarlo.

1. *Virtudes cristianas*

De los años de Franco antes de ser Jefe del Estado Español en el aspecto cristiano son muy pocos los datos que poseemos, pero son de inmenso valor. Su hermana Pilar ha publicado que era muy religioso cuando niño y que esto se lo debió principalmente a su madre. Ella misma nos dice

que el día de su primera comunión se emocionó tanto que lloró; esto indica la gran preparación que tenía cuando por vez primera se acercó a la Mesa eucarística. Su primo el General Francisco Franco Salgado-Aurajo, en su obra "*Mi vida junto a Franco*" afirma que nunca le oyó criticar de nadie y que no le gustaba que se criticase. Volveremos sobre esto. Otro dato importante antes de llegar a ser Jefe de Estado es que al salir de la Academia de Toledo y ser destinado a El Ferrol se inscribió en la Adoración Nocturna como socio activo y era tal su comportamiento que quisieron hacerle presidente. No pudo aceptar por sus obligaciones en el Cuartel, pero fue vocal de la junta directiva. Se ha publicado el acta de su inscripción con motivo del XXXV Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Barcelona en 1952. Más tarde, cuando estuvo destinado en Baleares organizó un turno de adoradores eucarísticos formado sólo por militares. Se sabe que rezaba todos los días el rosario con su esposa y que siempre acudió a la Misa dominical. Más datos en el sentido cristiano no tenemos en esa época, en la que hay que subrayar su vida moral, ejemplarísima, como atestiguaron muchos de sus compañeros militares.

Son muchas las personas que han tratado al Generalísimo Franco durante el largo período de Jefe del Estado Español y han declarado muchos aspectos de la vida cristianísima que siempre llevó el Caudillo de España. De su amor a la Patria que obliga a todos por el cuarto mandamiento del decálogo, pero más a un militar y Jefe de Estado, han testimoniado muchos ministros de Franco en diversos períodos de tiempo. Navarro Rubio llega a decir que Franco "se había hecho el decidido propósito de sacrificarse al máximo por su Patria. Lo cumplió de un modo perseverante y ejemplar hasta en los más mínimos detalles". No insistimos más en este aspecto pues lo trataremos con mayor amplitud en la última parte de este trabajo al hablar de su servicio a España.

Es imposible una vida cristiana sin el exacto cumplimiento del deber. Lealtad es el cumplimiento de lo que exigen las leyes de la fidelidad y las del honor y hombría de

bien. El deber de Franco hay que verlo como padre de familia, como militar y como Jefe de Estado. Es bien explícito el testimonio del general Don Manuel Díez Alegría, Académico de la Lengua, quien el 21 de noviembre de 1975 escribió en ABC un interesante artículo sobre *el soldado Francisco Franco*. Dice que no quiere tratar a Franco como político, ni Presidente del Gobierno, ni Jefe de Estado, ni como protagonista de la Historia Universal, ni como cristiano, o padre de familia, ni simple ser humano “aspectos todos en los que él destacó”. Lo estudia sólo como soldado y dice: “El oficial Franco fue en todo momento un hombre de honor. Nunca faltó a su palabra y aun en la vida azarosa de la guerra su conducta fue ejemplar. Pocos como él han sentido la llamada del deber que le lleva una y otra vez al combate, posponiéndole sus grandes amores: su madre, su esposa... Es un canon su concepto de la disciplina, esa virtud, columna vertebral de los ejércitos y de las naciones que —y son sus palabras— reviste su verdadero valor cuando el pensamiento aconseja lo contrario de lo que se nos manda, cuando el corazón pugna por levantarse en íntima rebeldía o cuando la arbitrariedad o el error van unidos a la acción de mando”. Díez Alegría lo muestra hasta con testimonios de dos adversarios suyos: Barea y Prieto. Termina con estas palabras: “¡Que los militares españoles pongan toda su abnegación de que su espíritu es capaz en emular a distancia los ejemplos que en su vida militar nuestro adalid Francisco Franco a todos nos legó!”.

Podríamos llenar muchas páginas mostrando cómo Franco no quiso la guerra. Escribió a los ministros para que pusieran remedio al caos en que se hallaba España. Pero como escribió uno de los que intervinieron en el conflicto “No fue posible la paz”. No tuvo más remedio que unirse al movimiento salvador. Conservo más de diez testimonios de diversos Ministros del tiempo de Franco, en diversas épocas, y afirman lo mismo.

El espíritu de servicio incondicional está en conexión con lo dicho anteriormente. Es casi un aspecto de lo mismo, pero lo concreta más aún. Es muy expresiva la

información que dio Don Federico Silva Muñoz, ministro de Franco, en un trabajo que publicó en el diario “Ya” el 20 de noviembre de 1975: “La figura de Franco está ya en el cuadro egregio de los más grandes hombres que hicieron y rigieron el país desde los albores de nuestra nacionalidad... de su irrepetible personalidad se ha hablado mucho, pero quizá no se ha subrayado debidamente su sacrificio, intuitido por los españoles, pero realmente desconocido; vivió perfectamente entregado al servicio de los demás, en medio de riesgos incalculables, pendiente de cada decisión en que le iba la vida de la nación entera. Muchas veces he pensado, cuando veía a mis compatriotas en la normalidad de su trabajo o gozando de sus vacaciones, de sus diversiones y de sus espectáculos, hasta qué punto no conocían que todo aquello descansaba en el sacrificio, en la vigilia y en la entrega a sus servicios de un hombre silencioso, íntegro, tenaz y abnegado que, en guardia permanente, había de vivir la zozobra y la preocupación de cada hora en el tiempo y en el espacio de la entrañable tierra de España. Franco en su dilatada obra de gobierno deja una España nueva; aquella España que fue slogan de los años heroicos, es una realidad. Las piedras hablan y los espíritus también. Los nuevos españoles son hijos, quierase o no, de la paz de Franco”. Corroboran esto mismo con datos impresionantes Don Pedro González Bueno, Don Carlos Rein Segura, Don José Lacalle Larraga, Don Licinio de la Fuente, Don Rafael Cabello de Alba y Gracia, Don Alfonso Alvarez Miranda y cientos de testimonios.

Sencillo, humilde, austero. Impresiona ver estas tres virtudes en un hombre que estuvo cerca de cuarenta años en la cúspide del poder de su Patria. También antes, como militar tuvo que ejercer el mando. Y aún impresiona más el número de veces que consignan esto sus inmediatos colaboradores y personas que trataron con él. Don José Antonio Girón Velasco dice que Franco era “sencillo, afable y austero”; Don José Luis Arrese atestigua que la visión que tuvo de Franco es magnífica también “por la austera norma de vida franciscana”; Don Mariano Navarro Rubio afirma que “Franco era

bueno, sencillo humilde” y que se pueden contar anécdotas a centenares que dejarían atónitos a los que tienen formado de él un juicio congruente con su aspecto político, porque por encima de su figura política sobresalía su natural modesto. Subraya la sobriedad de Franco para con los gastos ordinarios y su largueza para con los de inversión y añade que “su sobriedad personal no cubría siquiera los límites de las exigencias normales”. Don José María Oriol y Urquijo siempre lo encontró “afable, sencillo y extraordinariamente considerado con sus interlocutores”. Don Laureano López Rodó afirma que “desde el primer contacto con él se producía una impresión de llaneza, bien distinta de la supuesta imagen de hombre autoritario; por el contrario era abierto y practicaba constantemente la autocrítica”. Lo mismo proclaman Don Juan Castañón de Mena, Don Enrique Fontana Codina, Don Licinio de la Fuente, Don Vicente Mortes que indica que su máquina de escribir era una Underwood casi prehistórica. Y otros muchos que afirman que su imagen era sencilla, “ejemplarmente sencilla”.

Prudencia, serenidad, moderación. Tres virtudes que han de regir toda la vida de un buen gobernante. Son muchos los que han comprobado estas virtudes en el Generalísimo Franco. He aquí sólo unos testimonios que lo acreditan: González-Bueno dice que en ninguna ocasión vio a Franco de mal humor, ni excitado, sino con una tranquilidad que inspiraba confianza. González Gallarza afirma que era “de una excepcional serenidad”; Rein segura afirma que esa serenidad se manifestaba hasta en los momentos más críticos y que “escuchaba con paciencia, no se irritaba prácticamente nunca y no le gustaba imponer sus criterios personales”; López Bravo añade que cuando en los Consejos de Ministros aparecían opiniones divergentes, esperaba con gran paciencia hasta que se producía la unidad y podía lograrse una fórmula aceptable para todos. Don Juan Castañón de Mena ha manifestado que “Franco como prudente escuchaba, ponderaba y decidía en el momento preciso. En unos casos lo prudente era esperar; en otros, actuar rápidamente”. Lo mismo afirman Don Julio Salvador y

Díaz-Benjumea, Don Luis Rodríguez de Miguel y otros muchos. Traigo aquí un testimonio de Winston Churchill que escribe en sus *Memorias*”: Franco consiguió una vez más ir capeando el temporal y mantener a España fuera de la guerra, con inestimables ventajas para la Gran Bretaña, cuando ésta se encontraba sola... Empero el gran peligro de la intervención española había pasado ya, aunque lo ignorásemos; y, lo que era más, había pasado para siempre. En el tiempo actual está de moda insistir en los defectos del general Franco y, por lo tanto, me satisface poder dar aquí testimonio de la habilidad del Caudillo que acreditó en sus tratos con Hitler y Mussolini”(Vol. 2, Barcelona 1946, pp. 261-262, 272 y 283).

El amor de Franco al prójimo, su auténtica caridad cristiana en todos los aspectos, ha sido comprobado por multitud de personas en ocasiones diversísimas. Ya hemos dicho que su primo Franco-Salgado, que le acompañó casi toda su vida, afirma categóricamente que jamás escuchó de sus labios una crítica contra el prójimo, cualquiera que éste fuera. Más aún, no consentía ni siquiera que en su presencia se murmurase del prójimo. Existen multitud de testimonios de personas muy cualificadas. Oigamos el testimonio de Don Manuel Fraga: “Los siete años que estuve a su lado en el Gobierno fueron una experiencia extraordinaria... Dejaba hablar, delegaba muchísimo, era generoso con sus colaboradores. En siete años sólo una vez reprendió a un ministro y la causa fue que había atacado despiadadamente a otro en la misma reunión... España ha tenido muy pocos gobernantes de su calibre”(ABC, 21 de nov. de 1975). En una de las visitas que hizo al Valle de los Caídos conversó afablemente con todos. El Padre Justo Pérez de Urbel, que tenía una gracia especial para llevar la conversación contando anécdotas interesantes, en una de ellas un superior religioso no salía bien parado. Se notó que Franco estaba violento. Mostraba que no le agradaba aquello, pero por otra parte le parecía incorrecto corregir al abad delante de su comunidad y con gran amabilidad y delicadeza dijo: “Fray Justo, mire qué panorama más bello se divisa desde aquí” (estaban en la

base de la cruz monumental). Con esto se pasó a otro tema. Esto es más notable cuanto que ese superior religioso había hecho unas declaraciones adversas a Franco y a su régimen. El Padre Barcón que le dirigió en una ocasión los Ejercicios Espirituales, pues los hacía todos los años juntamente con su esposa, me dijo en una carta que conservo: “Una cosa que no admitía era la murmuración contra cualquier persona que fuese”. Pero no sólo esto de la murmuración, sino también otras muchas manifestaciones de verdadero amor hacia el prójimo. Su último médico, Don Vicente Pozuelo, ha publicado que cuando se hizo cargo de la asistencia médica del Caudillo le dijo que deseaba continuar también con los enfermos del ambulatorio de la Seguridad Social que él atendía desde hacía varios años. Franco le contestó: “Sus enfermos son los primeros”. Hechos bellísimos de caridad cristiana cuentan González Gallarza, Don Alfredo Sánchez Bella, Don Alberto Martín Artajo, Don Vicente Mortes, Don Fernando Suárez y otros muchos. Aunque muchos no lo crean Franco aunó todo cuanto se podía unir.

Era lo más opuesto a un dictador. Son muchos los ministros de Franco que subrayan que siempre tuvieron una gran libertad de acción. Don Fermín Sanz-Orrio dice que “Franco mandaba porque no tenía más remedio, casi a pesar suyo”. Don Alfredo Sánchez Bella atestigua: “Con absoluta objetividad no se puede calificar como dictatorial el sistema de gobernar de Franco. Gobierno de autoridad es como mejor pudiera calificarse... Autoritario, no totalitario. La diferencia es sustancial”. Pero oigamos el testimonio de Don Gonzalo Fernández de la Mora que ha insistido mucho en este aspecto: “En fondo su humildad era impresionante. No había nada tampoco de pretendida infalibilidad, ni autoritarismo, ni pasión por el poder, ni proclividad hacia los efectismos, ni intuicionismos súbitos”. Luego añade: “Por eso he dicho alguna vez que Franco por su comportamiento y por su psicología, estaba en los antípodas del dictador: Modestia en lugar que arrogancia, oyente antes que magistral, enemigo de la retórica, parco en el ejercicio de sus inmensos poderes, autocrítico y prudentísimo a la hora de decidir. Como

hombre de Estado no se le puede situar en la línea de Bonaparte, sino en la de Felipe II. Era la contrafigura del dictador. Su verdadera efigie no se parece nada al retrato que, para consumo ultrapirenaico, divulgan sus enemigos, que lo son también de España”(ABC, 21 de nov. 1976). Seis años más tarde confirma también este juicio.

Religioso, fidelísimo a la Iglesia. Ya hemos manifestado algunos aspectos de la religiosidad de Franco desde niño. Lo mismo también con respecto a su fidelidad a la Iglesia, sobre todo cuando inició su mandato como Jefe del Estado Español. Inmediatamente comenzó a suprimir las leyes laicistas de la Segunda República Española con un sentido eminentemente cristiano como tendremos ocasión de escuchar a supremos jerarcas de la Iglesia. Tengo cartas de Don Antonio María Oriol de Urquijo, que fue ministro de Justicia con Franco en las que me manifiesta que la religiosidad de Franco era ejemplarísima como se puede mostrar con muchísimas anécdotas. Es de todos conocidos lo que hizo con respecto al monumento al Corazón de Jesús en el Cerro de los Angeles y las veces que allí renovó la consagración de España al Corazón de Jesús y en los Congresos Nacionales Eucarísticos y lo mismo a la Virgen María. Tengo cartas del Padre capuchino que le confesó durante mucho tiempo en El Pardo y se manifiesta siempre sumamente edificado de su humildad. Lo apreciaba tanto que encomendaba a su oración los problemas de la Iglesia y siempre le respondía que lo hacía continuamente. Era muy adicto a las enseñanzas de la Iglesia y quería que todo se celebrase con dignidad en el culto litúrgico. Se sabe que fueron los jerarcas de la Iglesia española los que quisieron que Franco tuviera el derecho de presentación de los obispos. El no lo quería, como me escribió Don Joaquín Ruiz Jiménez. Fue ejemplarísimo en lo referente a la libertad religiosa. Lo quiso antes. No se lo consintieron. Luego, cuando ya España no tenía necesidad de ello, se lo pidieron para acomodarse al Concilio Vaticano II y él accedió y lo explicó con toda exactitud en las Cortes, ya que algunos mostraron recelo sobre esto.

Podríamos seguir enumerando las virtudes cristianas de Franco. Pero no podemos alargarnos más. Sólo deseamos indicar una cuestión de la que se ha tratado no pocas veces sin fundamento. Y es las penas de muerte. En realidad Franco no firmó ninguna, pues los Jefes de Estado no firmas penas de muerte, sino indultos, como lo hizo muchas veces el Generalísimo Franco. Para esto ya expusimos al comienzo de este trabajo la actitud de Franco en el último proceso de Burgos con respecto a los terroristas y la óptima impresión que esto causó en el Vaticano. Con respecto al proceso de Burgos de 1970 hay un dato sumamente revelador de Don Licinio de la Fuente, publicado en la obra *“Franco visto por sus ministros”*, Barcelona, 1981, p. 239, y dice así:

“Otro dato que podría recordar, para comprender los valores humanos de Franco, fue su actitud con los condenados en el famoso consejo de guerra de Burgos. Dentro de la máxima tensión interna e internacional, el Consejo de Ministros se convocó en la tarde del 27 de diciembre de 1970, para informar al Jefe del Estado sobre la conveniencia de otorgar o denegar el indulto a los siete condenados a muerte. Yo recuerdo que la noche anterior apenas si pude dormir. Había siete vidas en juego y una situación política enrarecida como pocas veces. Sentados a la mesa del Consejo, Franco, con una serenidad y conocimiento del proceso impresionantes, hizo leer diversos particulares de la causa, citando aspectos y hasta folios concretos, y luego pidió la opinión de los ministros. Uno a uno fuimos dándole. Cuando terminamos de hablar y como la opinión fuera unánime en favor del indulto, recuerdo que dijo con gran alivio y con evidente emoción: *Muchas gracias, me han quitado ustedes un gran peso de encima*. Y concedió el indulto. Estoy casi seguro de que si nuestro consejo hubiera sido contrario, el indulto no se hubiera dado, porque, seguramente, él hubiera considerado que era su deber. Pero en el fondo de su corazón lo deseaba y por ello respiró aliviado cuando se lo aconsejamos. Es de tener en cuenta que pidió a todos que habláramos en conciencia; y no dijo nada que prejuzgase su intención o criterio. Franco habló el último,

después de oírnos a todos, con las palabras que ya he comentado”.

Esto hay que tener en cuenta en todos los consejos de guerra. ¡Qué diferencia y lejanía de lo que se ha propalado que firmaba las penas de muerte mientras desayunaba chocolate con picatostes! Ni siquiera le gustaba el chocolate. Ya vimos al principio la carta que envió al Papa Pablo VI con respecto al consejo de 1975 en el que sólo pudo conceder la mitad de los indultos y el impacto que causó en el Vaticano.

2. *Juicios de la jerarquía de la Iglesia*

Tenemos docenas de testimonios de jerarcas eclesiásticos sobre el Generalísimo Franco. Todos ellos interesantísimos. Aquí sólo escogemos cinco: Tres Papas, un cardenal y un arzobispo. De los cinco se ha iniciado el proceso de su respectiva beatificación y canonización.

El primero es de Pío XII. En el mensaje que envió a España al finalizar la guerra en 1939 decía: “La garantía de nuestra firme esperanza son los nobilísimos y cristianos sentimientos de que han dado pruebas inequívocas el Jefe del Estado y tantos caballeros, sus fieles colaboradores, con la protección legal que han dispensado a los supremos intereses religiosos y sociales, conforme a las enseñanzas de la Sede Apostólica”.

El mismo Pontífice concedió a Franco en 1954 la Suprema Orden de Cristo, que es la más alta condecoración que tiene el Vaticano y supone en aquellos a quienes se concede una fe probada. En el Breve Pontificio el Papa hace alusión a la colaboración que prestaron las autoridades civiles en la celebración del 35 Congreso Eucarístico Internacional, celebrado en Barcelona, al Concordato, a la adhesión de Franco a la Cátedra de Pedro puesta muy de manifiesto... Por esta y otras razones, dice el Papa le concede esa altísima condecoración que, en tiempo de Franco sólo la tenían cinco personas y en la actualidad ninguna. Franco fue hasta la fecha el único Jefe del Estado Español al que se le ha con-

cedido. Pío XII tuvo otras muchas ocasiones de exaltar la religiosidad y comportamiento cristiano del Caudillo de España.

De Juan XXIII sólo traemos un testimonio breve, pero muy explícito. Son las palabras que dijo al Vicario Apostólico de Fernando Poo, Monseñor Francisco Gómez, CMF: “Franco da leyes católicas, ayuda a la Iglesia, es un buen católico. ¿Qué más se quiere?”.

De Pablo VI ya hemos dicho al comienzo de este trabajo los elogios que hizo de Franco al cardenal Tarancón. En la carta que Pablo VI escribió a Franco el 29 de abril de 1968 dice:

“No queremos dejar esta ocasión histórica sin testimoniar a Vuestra Excelencia el debido aprecio por la gran obra que ha llevado a cabo en favor de la prosperidad material y moral de la Nación Española y por su interés eficaz en el resurgimiento de las instituciones católicas después de las ruinas de la trágica y luctuosa crisis de la guerra civil”.

Don Angel Herrera Oria, cardenal y obispo de Málaga habló muchas veces sobre el Generalísimo Franco. Escogemos aquí algunas de esas intervenciones suyas:

El 6 de junio de 1949 dijo: “Como individuo, como Jefe de Estado, como jefe de familia, ha dado un ejemplo a toda España... Sería por mi parte una ingratitud y hasta una cobardía si yo, con santa libertad apostólica y obedeciendo al mandato de mi conciencia, no recordara aquí al que, en la cumbre del Estado, al primer magistrado de la nación, da a diario un alto ejemplo por el honrado cumplimiento de su deber. Deber que él concibe no como una orden impuesta por la disciplina militar, ni como un mandamiento político, ni como un sacrificio patriótico, sino como algo más alto, que recoge y eleva estos tres nobles aspectos del mismo; lo concibe como un deber religioso, convencido de que su conducta, tan llena de gravísimas responsabilidades, tendrá que dar cuenta un día a Dios”.

El 5 de marzo de 1955 fueron éstas sus palabras: “Espero que tal como queda habrá complacido al ministro (se refiere a la ley de prensa y al ministro Arias Salgado) y compla-

cerá a otro a quien tengo sinceros deseos de ayudar, porque cada día se ve más claro que es hombre político de mucha altura (Franco) a quien Dios nuestro Señor con gracias especiales asiste”.

El 21 de marzo de 1962 escribió: “Es cierto lo que repetidas veces he dicho en público: que en España se reparte inequitativamente la renta nacional. Deseo, sin embargo hacerte una aclaración, y es que no se ha de culpar al general Franco de tal injusticia. El hace todo lo posible por mejorar la condición del pueblo y por elevarlo en el orden económico. Su legislación social es muy avanzada, pero no siempre encuentra el concurso que podía y debía esperarse en el elemento capitalista y en los grandes propietarios. Cuando él estuvo en Málaga yo pronuncié un discurso del que te envío una copia. El general no solamente lo recibió muy bien, sino que habló en el mismo sentido en Córdoba”.

El 26 de junio de 1963 fueron estas sus palabras: “...seríamos inconsecuentes e injustos si no sirviéramos con la misma lealtad al egregio varón que ha dado a su patria más de veinticinco años de paz, sinceramente amante del pueblo; que ha logrado elevar el nivel de vida social fomentador de la educación nacional en todos sus grados y que emplea, con la más recta intención, todas las competencias políticas y técnicas que España le ofrece. Respetuosísimo, en fin, de los derechos de la Iglesia y con la cual colabora en la evangelización del pueblo”.

Al año siguiente, el 8 de abril, dijo de Franco: “Merece la gratitud de todos el hombre providencial que durante estos veinticinco años ha llevado el timón de la nave. Los tres grandes resortes de su voluntad, tan enérgica como dúctil, son: Dios, España y el pueblo. Ha hecho por el pueblo lo que ha podido, y más hubiera querido hacer”.

El 31 de enero de 1965 escribía así: “Yo le sirvo y le sirvo con fidelidad, porque es el ministro de Dios. Le he prestado siempre mi modesta colaboración, porque representa el bien común de mi pueblo. Le guardo profunda gratitud y le profeso respetuoso afecto porque ha dado a mi patria veinticinco años de paz”.

En 1968, el mismo año en que muere Don Ángel Herrera Oria, afirma que Franco “merece la gratitud y el respeto de todos”.

Podríamos citar más textos de Don Ángel. Bastan los ya expuestos. Los elogios de Don Ángel a Franco no se deben al mero posibilismo que muchos le atribuyeron de aceptar y colaborar con el poder legítimamente constituido. Es algo inmensamente más, pues ha comprobado la honradez, la eficacia y el espíritu cristiano que brilla en toda la obra del Caudillo de España. Los que estaban junto a Don Ángel así lo han corroborado, pues veía en él al “hombre de Dios”.

Monseñor José María García de Lahiguera dirigió por dos veces los ejercicios espirituales a Franco y a su esposa, en la homilía que tuvo con motivo de la Misa que se celebró en Valencia con motivo de la muerte del Caudillo pronunció una homilía preciosa que luego fue publicada en el Boletín Oficial del Arzobispado de Valencia. De ella presentamos aquí sólo algunos párrafos:

“...¿Quién no habla del Caudillo? ¿Quién no habla del Generalísimo? Pero yo hablo con otro conocimiento: he estado con él, muchas horas, muchísimas horas; en silencio los dos solos, en la intimidad de unos días imborrables en que quiso que yo le dirigiera los ejercicios espirituales el año 1949 y también el año 1953. Y me dio pie a escuchar, me dio pie a observar, me dio pie a contemplar, me dio pie a profundizar; sin pensar que con el tiempo yo tendría que hablar de su alma, para poder mejor rezar..., para poder mejor orar con conocimiento de causa.

I. Franco era un hombre de fe. Hay muchísimas cosas que se conocen en la intimidad del trato de las personas y que parece que se contradicen con lo que de fuera interpretan los demás. Franco era un hombre pendiente siempre de Dios. Pendiente siempre de la fe que anidaba en su alma, en la que nunca jamás hubo crisis...

II. Franco fue un hombre de caridad. En las conversaciones íntimas con él, en el marco de los ejercicios espirituales, hablando de muchas cosas, no hubo ni una palabra

contra la caridad... no escuché ninguna palabra contra ninguna persona; ni una palabra de mala ironía. Siempre con naturalidad, lo más que se permitía era una palabra de buen humor; del buen humor, que es el manto con que se cubren aquellas cosas que no dicen bien de nadie cuando no hay más remedio de hablar de ellas...

III. Extrañará a todas las gentes otra característica del alma de Francisco Franco... Hablo con sinceridad: la virtud de humildad. Aclamado, siempre entre aplausos, guardó la virtud de la humildad. En tantas horas de conversación ni una sola palabra sobre sí mismo; ni una vez refirió lo que él hizo... Por mis conversaciones con él no podía yo deducir al Caudillo de la Victoria, ni al Generalísimo de los Ejércitos, ni al Jefe del Estado... Al preguntarle algo que podía redundar un poco en su alabanza, noté que con disimulo y naturalidad me empezó a hablar de la sequía que en aquel tiempo tanto perjudicaba a los campos de España... El cuerpo murió pero el alma vive eternamente. Franco vive por toda la eternidad. No digamos: Así sea, sino: así es”.

Podíamos insertar testimonios de multitud de religiosos y de sacerdotes que lo trataron por diversos ministerios sacerdotales. Todos ellos hablan con encomio de la religiosidad, de la vida espiritual del Caudillo, tan llena de virtudes cristianas.

Tenemos que tratar de otro aspecto que, aunque se refiere al resurgir material y espiritual de España, nos da también datos preciosos de su vida interior, como buen católico.

3. *Al servicio de España*

Mucho de lo que llevamos dicho nos ha dado a conocer la disponibilidad de Franco para servicio de todos. Veamos esto más detenidamente. El ministro José Solís recordaba que cuando Franco viajaba llevaba un bloc en el que tomaba nota de todo aquello que veía y consideraba que debía arreglarse, como carreteras, pueblos mal cuidados, montes en los que debía hacerse una sabia repoblación forestal,

viviendas abandonadas, campos mal cultivados, etc. De ese bloc pasaban luego las indicaciones a los ministros correspondientes para que las pusieran en práctica en la medida de lo posible. Sánchez Bella afirma que Franco buscó siempre el bien de España y lo muestra con datos estadísticos muy precisos, como el de la renta nacional que en tiempo de Franco fue siempre en aumento y comenzó a bajar cuando él faltó. El Oscar de Oro de las naciones que en 1973 se otorgó a España fue el reconocimiento mundial de la labor realizada por Franco en bien de su Patria. Durante la tercera etapa del gobierno de Franco España se colocó en el segundo lugar del “ranking” mundial por su tasa de crecimiento económico. El patriotismo de Franco fue efectivo y no sólo de palabras. Amó a su Patria con verdadera pasión y puso a su disposición todo cuanto era para engrandecerla.

Sin embargo el Caudillo de España no se ufana, sino que pone el primado de lo espiritual sobre el material. En el mensaje al final del año 1972 dice: “En una época en que el mundo se debate ante una ola de materialismo que pretende destruir la moral individual y familiar en aras de un desenfrenado disfrute de los bienes materiales, con abandono de cuanto significa sacrificio y esfuerzo personal, nosotros proclamamos, una vez más, la supremacía de los valores espirituales del hombre”.

Esto nos da ocasión de mostrar el pensamiento cristiano del Generalísimo Franco que es también un servicio al pueblo español mediante sus muchos discursos. En la Clausura del III Congreso Sindical, celebrada en Madrid el 23 de enero de 1945, decía Franco que no es un Estado caprichoso el que salió de nuestra Cruzada, sino un Estado Católico, eminentemente social, que está constituido sobre la base de cuanto nos une y en el que todos los españoles son iguales ante la Ley y tienen acceso a los puestos del Estado, considera al hombre como portador de valores eternos y, por eso, ampara su libertad y lo dignifica. Luego añadía:

“El inspirar un sentido católico a todas las actividades del régimen es peculiaridad que nos caracteriza y que no permite que se nos confunda. Nuestras leyes y disposiciones están

impregnadas del mismo espíritu católico que animó a España en las grandes empresas de su historia, que proclaman la generosidad sin límites de un pueblo que se funde con las razas que civiliza, sin par en la historia de las colonizaciones. Este sentido católico que alumbró toda la vida española es la más sólida garantía para los gobernados contra la arbitrariedad o los excesos, siempre posibles, del poder”.

En la abadía de Montserrat, el 12 de junio de 1952, dijo:

“La Historia de España está íntimamente ligada a su fidelidad a nuestra Iglesia santa. Cuando España fue fiel a su fe y su credo, alcanzó las más grandes alturas de su historia; en cambio, cuando olvidando o negando su fe, se divorció del verdadero camino, España cosechó decadencia y desastres... Y es que, naturalmente, sobre la vida de las naciones, por encima de la voluntad y los propósitos de los hombres, están las manos del Señor derramando bienes y favores o imponiendo tribulaciones”.

El 23 de septiembre de 1953 se inauguró el nuevo seminario de Orense. Su obispo entonces, Monseñor Angel Temiño me dijo que al mostrarle las diversas dependencias del mismo a Franco, desde uno de los balcones le mostró el panorama y le dijo que en los planos estaba la construcción de otro pabellón, pero que no lo iban a edificar, pues con lo construido tenían bastante para el servicio de la diócesis. Franco le dijo entonces: “Señor obispo, por qué no piensa en Hispanoamérica”. Se había firmado ya el Concordato con la Santa Sede y Franco dijo en el discurso que allí pronunció después de la inauguración del seminario:

“Libertad de la Iglesia como sociedad perfecta, no en un confusionismo de Iglesia y Estado, sino en una razonable coordinación de la Iglesia y del Estado en servicio de la fe y en beneficio de la Patria, es el espíritu del Concordato que firmamos con la Santa Sede, que antes de firmarlo estaba presente en nuestros corazones y en los de todos los españoles”.

“Si somos católicos, lo somos con todas las obligaciones. Para las naciones católicas, las cuestiones de la fe pasan al primer plano de las obligaciones del Estado: La

salvación o perdición de las almas, el renacimiento o la decadencia de la fe, la expansión o reducción de la fe verdadera, son problemas capitales ante los cuales no se puede ser indiferentes...". (26-XI-1953. Discurso ante las Cortes Españolas).

"Los seminarios no son solamente templos de nuestra fe, sino creadores de hombres de fe, forjadores de hombres para la Patria... En vuestra vida religiosa no solamente habéis de resolver problemas teológicos y problemas espirituales; muchas veces, acudirán a vosotros los hombres de vuestra parroquias a consultaros sus obligaciones y sus deberes, sus dudas y vacilaciones más o menos nimias, y entonces empezará vuestra responsabilidad, los problemas de vuestra conciencia; del consejo oportuno, de vuestra serenidad de juicio, muchas veces dependerá su vida entera". (21-VIII-1954. Inauguración Seminario de San Sebastián).

"Desde los primeros días de nuestra contienda, empezamos a reconstruir nuestro edificio social en los principios de aquella encíclica papal de León XIII, la "*Rerum Novarum*", plena de doctrina. Incluso fuimos más lejos de lo que en ella se establecía. Nos manda la Iglesia santificar las fiestas; nosotros creíamos desde el primer momento que no cabía plena santificación sin jornal, y así establecimos los salarios de los domingos; que no cabía la conservación de la familia si no disponía de un lugar salubre. Y por eso empujamos la construcción de las viviendas; pero no era posible la existencia de la familia numerosa si no se bendecía el hogar con el salario familiar. Y aún esto no nos bastaba; necesitamos la extensión de la cultura, que la cultura llegue a todos los rincones de la Patria, que no se perdiese ninguna inteligencia por falta de medios. Y hemos llegado este año a dedicar mil doscientos millones, todo el importe del impuesto sobre la renta, para becas de estudios y aprendizaje para las clases menos dotadas... ". (17-VII-1962. San Blas, Madrid).

En el mensaje de fin de año de 1964 elogia al Papa Pablo VI y las tareas del Concilio Vaticano II. Muy expresivos son los párrafos siguientes:

“Si todos los hombres han de felicitarse del vigor y clarividencia de una institución que a todos dignifica, de modo muy especial hemos de sentir con auténtica alegría la grandeza del tiempo que estamos viviendo quienes formamos parte de un país católico, en el que el catolicismo es consustancial con nuestra personalidad colectiva y cuyos principios y leyes fundamentales consagran la doctrina católica en la clave de nuestra convivencia civil.

La divina inspiración origen de la eterna lozanía de la Iglesia está brillando con luz resplandeciente en la actividad personal de nuestro Sumo Pontífice, Su Santidad Pablo VI, y en las tareas trascendentales del Concilio Ecuménico.

La amenaza común del materialismo y ateísmo contra la fe de los pueblos, el abandono de las prácticas católicas por tantos bautizados, la persecución que sufre nuestra fe en los países comunistas, el daño que produce la falta de unidad entre los cristianos, la diversidad de situaciones que en cada parte del mundo se encuentra nuestra Iglesia y tantos otros motivos que a nosotros se nos escapan, han movido a nuestros Sumos Pontífices a convocar el II Concilio Vaticano y frente a los hondos cambios que en el mundo se están produciendo, renovar la táctica a emplear para la expansión de la fe en tiempos tan cambiantes.

La Iglesia está acometiendo una inteligencia y oportuna puesta al día para el mayor servicio de la eterna y altísima misión que le fue confiada por Cristo, cuyos frutos están ya produciéndose en todos los órdenes y, muy principalmente, en la cada vez más amplia proyección de su universalidad y la cada vez mayor capacidad de su mensaje para llegar fraternalmente a la conciencia de todos los hombres, inclusive de aquellos que aún no militan en su Cuerpo Místico”.

Como ha podido verse en Franco hubo una perfecta coherencia entre su fe religiosa, su vida práctica, su actuación y su pensamiento. Esto ha sido una brevísima síntesis de lo mucho que se podría decir.

MANUEL GARRIDO BONAÑO, O.S.B.
Valle de los Caídos

Bibliografía

ENRIQUE FERNÁNDEZ, O.P., *Profetas del siglo XX en México*. Ed. Don Bosco, México 1994. 150 p.

El libro da el nombre de 'profetas' a personajes muy representativos de la vida de santidad en México durante el presente siglo. Por excepción se incluye un dominico del siglo XVI, Fray Cristóbal de la Cruz, O.P. (1515-1569), conocido con el nombre de "el Provincial leproso", de quien se ocupó Cervantes en *El rufián dichoso*, porque en su juventud vivió efectivamente como un rufián; pero se convirtió, abrazó la vida religiosa en la Orden de Santo Domingo y escaló rápidamente las cimas de una altísima virtud. Ofreciéndose a Dios como víctima para la conversión de una pecadora, fue probado por Dios con la lepra. Todos los demás son mexicanos de nuestro siglo: sacerdotes y seglares, hombres y mujeres... Un excelente 'muestrario' de santidad vivida en nuestros mismos días por personas que tropezaban con nuestras mismas dificultades, agravadas a veces por duras persecuciones como las lanzadas contra la Iglesia por Carranza y Calles.—A *Bandera*, O.P.

JUAN PUJANA, *San Juan Bautista de la Concepción*. Carisma y misión. BAC Normal (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid) 1994. L-836 p.

Un libro imponente por la extensión, la documentación, la penetración en la espiritualidad trinitaria, la información sobre la personalidad humana, la cultura, los escritos... de este gran personaje de nuestra historia en el campo de la espiritualidad. Una vida no larga (1561-1613) le dio tiempo para realizar una tarea inmensa. Su nacimiento lo coloca, cronológicamente, en la cumbre de la grandeza nacional, a la cual añadió nuevos títulos de engrandecimiento. Los largos capítulos titulados *Vocación de reformador* (p. 123-227) y *Defensa y formulación de la identidad de la reforma* (p. 377-409) hacen contemplar situaciones bastante conflictivas que abundaron en aquellos tiempos de reforma. Y este gran reformador participó en la suerte de otros que realizaron un ministerio parecido en sus respectivas órdenes: completó su tarea sufriendo la prueba de la marginación. Repito mi juicio inicial: Una obra digna del personaje que protagonizó una gran misión eclesial.—A. *Bandera*, O.P.

LORENZO HERRERA, *Historia de la Orden del Císter*. T. V. Espiritualidad monástica. Las Huelgas (09001 Burgos) 1994. 378 p.

Este tomo abarca desde 1789 hasta nuestros días. Sus principales secciones son la extinción, la restauración y la unión de 1892. Hay estudios particulares de las fundaciones que tuvieron lugar en este tiempo, destacando las llevadas a cabo en países de misión. Se dedica también especial atención a las monjas de la Orden. Actualmente el monacato se encuentra en período de revisar bastante a fondo su propia configuración; en sectores, cuya amplitud no puedo medir, se pretende deslindar no ya en teoría, sino en la vida del monasterio, lo que es o se dice ser característico de la vocación monástica, la cual puede ser vivida en plenitud sin necesidad de asociarla al sacerdocio. Este libro puede orientar la reflexión sobre un punto, cuya transcendencia es manifiesta.—A. *Bandera*, O.P.

M.^a VICTORIA TRIVIÑO, *Escritos de Sor Ana de la Cruz Ribera*. Bibliofilla Montillana, Montilla (Córdoba), 1994. 174 p.

Ana de la Cruz (1606-1650) es una religiosa clarisa del monasterio de Montilla, donde vivió y murió con gran fama de santidad. Precisamente por la santidad que en ella se manifestaba, su confesor le dio "mandato apretado" de escribir "algunas cosas de su vida que antecedieron al tiempo en que tal confesor gobernó el alma de dicha Madre". Todo esto, con otras cosas que se omiten, se encuentra al frente del llamado *Quaderno principal*, que es el que ahora se publica, y que, según la autora de la edición fue escrito hacia 1647. El Confesor que dio "mandato apretado", fue el P. Cristóbal del Viso el cual, además de mandar, tuvo cuidado de poner por su cuenta notas explicativas que se pueden ver ahora como notas al pie de página. La edición es bella. Pero lo verdaderamente importante es el mensaje que esta mujer, nacida de padres acomodados, y con un porvenir humano tentador, transmite al hacerse religiosa y renunciar a todo lo de este mundo para seguir un llamamiento a la santidad que resonó poderosamente en su interior desde la edad de ocho años y que en años posteriores se manifestó varias veces con fuerza arrolladora. El llamamiento, sin embargo, no la eximió de tener que librar verdaderas batallas para poner orden en su afectividad. El proceso empieza a desarrollarse de manera perceptible cuando Sor Ana tenía ocho años. Fue entonces cuando la niña sintió "su primera vocación", es decir, una "vocación a la santidad", la cual penetró en ella tan hondamente que produjo una verdadera transformación. "Dios cautivó su alma (...). Fue tan fuerte el atractivo, la fascinación de lo divino, que no supo amar otra cosa en aquel tiempo" (p. 105). Después, de los trece a los quince años, hubo de mantener las batallas para no dejarse envolver en amistades de contenido simplemente humano. A los quince años, Ana "valora, elige y decide". Decide consagrarse a Dios poniendo en él todo su corazón y "la paz vuelve" (p. 113). Es una historia encantadora que hoy nos es accesible en edición hecha con una elegancia nada común.—A. Bandera, O.P.

FRAY LUIS DE GRANADA, *Obras completas. Y: Libro de la oración y meditación*. Fundación Universitaria Española (Alcalá, 93. 28009 Madrid) 1994. 664 p.

Fray Luis de Granada es un personaje que no necesita presentación. En el mundo de las letras y de la espiritualidad va en cabeza. Es verdaderamente increíble la cantidad de libros que escribió y de obras que realizó. Y, sin embargo, no cuenta con una edición de sus obras que esté al nivel de otros escritores menos sobresalientes. Ahora, con este volumen, comienza la publicación de sus *Obras completas*, que será la primera de este género, porque otras que se anuncian como completas no lo son en realidad. El P. Alvaro Huerga, en una breve Presentación (p. 11-14), da información sobre lo que se hizo en el pasado y sobre lo que se intenta hoy. Se quiere, efectivamente, la publicación de todas las obras, en una edición que esté libre de las corruptelas que se deslizaron en otras; será edición 'crítica' en este sentido, no en el de llevar el aparato de variantes propio de las que son rigurosamente críticas. La edición comprenderá un total de cuarenta volúmenes, de los que se da ya el diseño, y se espera publicar cuatro por año: un ritmo ciertamente rápido para esta clase de publicaciones. La empresa cuenta con importantes subvenciones y es de esperar que el proyecto anunciado se realice. Un gran servicio a la espiritualidad no sólo española, sino también mundial, porque los libros de Fray Luis recorrieron el mundo. Éste, que trata de *La oración y meditación*, es de los más conocidos y de los más importantes que salieron de su pluma.—A. Bandera, O.P.

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

Entremos en el misterio de la debilidad de Dios

La Cruz Gloriosa de Jesucristo

¡Oh don preciosísimo de la Cruz! Es un árbol que engendra la vida, sin producir la muerte; que ilumina sin deslumbrar; que introduce en el paraíso sin excluir a nadie. Es el madero al que subió Cristo, como rey todopoderoso, para derrotar al diablo que detentaba el poder de la muerte y librarnos de su esclavitud a la que estábamos sometidos. Este madero en el que el Señor, cual valiente luchador en el combate, fue herido en sus divinas manos, pies y costado, curó las huellas del pecado y las heridas que el malvado dragón había infligido en nuestra mente, en nuestra voluntad y en toda nuestra naturaleza.

La Cruz es la gloria del Padre, el poder del Espíritu y la hora del Hijo. Por tanto, no sólo no debemos avergonzarnos de la muerte de nuestro Dios y Señor, sino que hemos de gloriarnos en la Cruz por encima de todo y confiar en ella con todas nuestras fuerzas, pues al tomar de nosotros la muerte que en nosotros encontró a causa del pecado, nos prometió con su fidelidad divina, que nos daría en sí mismo la vida que nosotros nunca habiéramos podido llegar a poseer por

nosotros mismos. Confesemos, en consecuencia, intrépidamente, hermanos, la fe y anunciemos con dignidad y eficacia que Cristo fue crucificado por nuestra liberación; y hagámoslo no con miedo, sino con júbilo, no con vergüenza, sino con santo orgullo. El apóstol Pablo, poseído por este misterio, lo proclamó con su título de gloria. La muerte destruyó la vida natural de Cristo, pero luego fue destruida aquélla por la vida sobrenatural del Señor. ¡Gloria a ti, Jesucristo, que con tu Cruz elevaste un estrecho puente sobre la misma muerte, para que nosotros podamos pasar de la muerte a la vida!

El valor inmenso de la Sangre de Cristo, brotada de su costado abierto por la lanza del soldado, se manifiesta en la Eucaristía entonces gestada, con la que nos alimentamos. Si la sangre de Cristo, ofrecida como víctima de amor en virtud del Espíritu, es la prueba del amor que Dios nos tiene, entremos en la celda del conocimiento de Dios y de nuestro propio conocimiento llevados por el anonadamiento de la Cruz. Este es el camino para llegar a ser de verdad humildes: la experiencia de la grandeza del Dios Crucificado. Inmolémonos nosotros mismos a Dios por amor, ofrezcámosle todos los días nuestro ser con todas nuestras acciones. Estemos dispuestos a dar esta vida por causa del Verbo; imitemos su pasión con nuestros padecimientos, honremos su sangre con nuestra sangre, subamos decididamente a su Cruz. “Si eres Simón Cireneo, coge tu cruz y sigue a Cristo. Si estás crucificado con El como un ladrón, como el buen ladrón confía en tu Dios. Si por ti y por tus pecados Cristo fue tratado como un malhechor, e incluso si estás crucificado por tu culpa saca provecho de tu mismo pecado y compra con la muerte tu salvación” (San Gregorio Nacianceno, Sermo 45, 23-24: PG 36, 654-655).

La Cruz gloriosa de Jesucristo es la prueba de que la potencia de Dios se manifestó en la debilidad del cuerpo de Jesucristo (2 Cor 12, 9). Pero ¿cómo se manifestará en la debilidad, vulnerabilidad y dependencia de nuestro cuerpo? Es cierto que Cristo ha venido para que tengamos vida y la tengamos abundante. Pero, ¿cómo tendremos nosotros abundantemente esa vida eterna que se nos anuncia? Los

cristianos somos hombres como los demás; la diferencia está en la fe, que da una dimensión diversa a nuestra Vida. Nosotros sabemos que la muerte en Cruz era infame para los romanos y maldita para los judíos (Deut 21, 23). Nosotros sabemos que Cristo no murió en la Cruz con la aureola del mártir, sino con la infamia del blasfemo, que no debe seguir viviendo en medio de la comunidad en la que había nacido, según la profecía de Caifás. Cristo, sin haber cometido pecado alguno, murió fuera de la ciudad, rechazado y excomulgado como un pecador; siendo hijo de Dios, Jesús, no tuvo miedo en rebajarse a ser también hombre y morir en una Cruz. “Jesús, a fin de santificar con su propia sangre al pueblo, padeció fuera de la puerta. Salgamos, pues, hasta El fuera del campamento, cargados con su oprobio, pues no tenemos aquí ciudad permanente, antes buscamos la celestial” (Hebr 13, 12-13).

Que en nuestra debilidad aparezca la Gloria de la Cruz

Nuestro mayor pecado sería permanecer insensibles ante Cristo Crucificado. Contemplemos, pues, el Misterio de la Cruz de Jesucristo para que lleguemos a vivirlo; sólo así, reconociéndolo no creándolo, experimentaremos el don de nuestra redención. Es preciso revivir la Pasión de Jesús, entrando dentro, para aceptar que Cristo derrama su sangre por nosotros, que también le hemos traicionado. El profundo conocimiento de nosotros mismos nos anonada, al conocer nuestra miseria, nuestra muerte y nuestros pecados, cometidos o no suficientemente rechazados. Cuando uno está enfermo y solo, o cuando el moribundo entra violentamente en el desarraigo completo de las cosas y personas que le rodean, ¡qué regalo es la fe que te invita a apoyarte y descansar en Dios Padre, aceptando la precariedad de la vida humana! Y esto es posible, porque uno antes que tú, Jesucristo, en la debilidad de la Cruz, cargado con toda nuestra debilidad, se apoyó y descansó en Dios Padre. Sólo ante Dios, en total soledad, pues finalmente se pierde incluso la posibilidad de apoyarse en uno mismo. ¡Es bueno llegar a la debilidad completa,

cuando la víctima sobre el altar ya no puede moverse como Cristo clavado en Cruz, siendo agradable a Dios!

Necesitamos un corazón sensible y dócil para dejarnos moldear por el Espíritu y aceptar este amor excesivo de Dios, es decir, la lógica de quien sigue en la Cruz en cada hombre y en cada mujer humillados; necesitamos un corazón oprimido por el propio pecado, sin fuerzas, para no resistirnos al mal, no lamentarnos de nada, no juzgar a nadie; necesitamos un corazón de carne para ser capaces de amar a todos los despreciados y abandonados y gozar de la comunicación fraternal, no interesada; necesitamos un corazón humilde y sencillo, como el de Cristo, para quedar sorprendidos ante la ternura de Dios con el hombre; no hay verdadero amor a Dios y al prójimo si no va acompañado también por el dolor. ¡Bueno es, Señor, que me hayas humillado! ¡Bueno es, Señor, que me haya dado cuenta muchas veces que no soy más que un hombre! Agradecemos a Dios todos esos sufrimientos o alegrías que con las lágrimas han roto nuestro corazón, destruyendo en nosotros el corazón de piedra, con el que Dios nos castigó, como al faraón, cuando de El libremente nos alejamos.

Todo es gracia y todo lo que acontece cada día es tiempo de salvación para quien busca de corazón el reino de Dios. Aceptemos a Cristo humillado en la Cruz; aceptemos la Iglesia manchada a veces por los pecados de sus hijos y débil en sus sacerdotes y consagrados. Aprovechemos las limitaciones, los fracasos, los errores, sobre todo, las heridas de nuestros pecados, para convertir el mal en ocasión providencial de bien para nuestra salvación; si somos humildes, Dios se mostrará fuerte y poderoso en nosotros. La ancianidad es un momento estupendo para entrar en el misterio de la debilidad de Jesucristo a través de la propia debilidad. La enfermedad también es tiempo de salvación. Aceptar el no ser para llegar a ser: ésta es la paradoja de los verdaderos cristianos. Entremos en la Cruz de Cristo –lo único que nos salva– mediante la aceptación serena de las cruces que la vida nos depara. La ciencia del saber morir es la más difícil de aprender. Aprovechemos, pues, los fracasos y las enfermedades como regalos del Dios que nos quiere.

“Nuestros cuerpos, nutridos con esta Eucaristía, depositados en tierra y desintegrados en ella, resucitarán a su tiempo, cuando la Palabra de Dios les otorgue de nuevo la vida para la gloria de Dios Padre. El es, pues, quien envuelve a los mortales con su inmortalidad y otorga gratuitamente la incorrupción a lo corruptible, porque la fuerza de Dios se realiza en la debilidad” (San Ireneo, *Contra las herejías*, V, 2, 2: SC 153, 38).

Proclamemos la victoria de Jesucristo en la Cruz y anunciemos con la vida nuestra propia victoria sobre la muerte mediante la fe en Jesucristo. Gracias a Dios, la Cruz de Jesucristo nos saca de esta vida falsa de quienes viven como si Dios no existiera o de esa religiosidad difusa y superficial, que no llega a una verdadera experiencia del Dios vivo. En fin, la Cruz nos libra de las utopías de quienes no llegando a la raíz de la realidad ofrecen soluciones atractivas, mas parciales y engañosas. Del temor del Señor está llena la tierra. Anunciemos a los hombres con dignidad y eficacia, cual predicadores de Jesucristo, el amor de Dios protegido por el temor del Señor.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Salamanca, 14 de Julio, 1997

Nos solidarizamos en el amor de Cristo con la familia de Miguel Angel Blanco Garrido, con el pueblo vasco y con España entera, ante el vil asesinato de un hombre. Pedimos a Dios perdón, no violencia; justicia, no venganza. Y que Dios llene nuestras mentes y corazones de ira santa para sembrar paz donde hay guerra, anunciando el pecado y la conversión a quienes juegan con la vida sagrada de los hombres, sean adultos, adolescentes y niños nacidos o no nacidos.

Las Noches de Santa Teresa de Lisieux

Teresita es un misterio, un milagro de Dios. Sus intuiciones geniales habrán sido motivadas a veces por algunas lecturas (Kempis, Arminjon, Juan de la Cruz...), y por algún encuentro de pasada de algún sacerdote (P. Pichon, P. Prou, P. Madelaine...; los carmelitas no tuvieron apenas influencia ni jurídica ni espiritual en el Carmelo francés; ni uno aparece en toda la vida de Teresita, sólo de oídas el ex P. Loyson para pedir por él. El que aparece es Jesús y su palabra escrita. El fue su director, su camino, su vida. El la explica totalmente en su misterio total: Niño Jesús y Santa Faz. Pero, claro, algunos matices del ambiente socio-religioso en que vivió han ejercido influencia en su personal espiritualidad. Aquí vamos a acercarnos a ella desde una perspectiva especial, a fin de darnos mejor cuenta de la obra tan profunda de los dones divinos en Teresa de Lisieux.

Teresa ha respirado una formación religiosa en el ambiente de una familia cristianísima (sus padres han sido ya declarados “venerables” por la Iglesia). Una familia entrañable, bastante cerrada, tradicional, de una cultura modesta típica de las familias y colegios de clase media; económicamente, sin ser ricos, bien. La pequeña es inteligente, intuitiva, y desde Navidad de 1886, fecha de “su conversión” (dice ella), ha superado los trastornos de enfermedades raras, nerviosas, de escrúpulos, etc., de tal modo que el resto de su vida dio pruebas de una sensatez y equilibrio psicológico admirable. Redacta bien, pero sin arte, sus poemas son pobres, pero contienen los sinceros sentires de la autora. Esta desde niña, ha sentido ya atracción a la vida religiosa consagrada, en concreto al Carmelo, donde han entrado ya sus dos hermanas

mayores (María y Paulina). En 1888 logra su entrada en el mismo, después de un forcejeo grande, que llega hasta pedir el permiso al mismo Papa en una peregrinación a Roma a finales de 1887. Y en el Carmelo de Lisieux se encuentra con una y difusa *noche*.

1. *La noche del Carmelo*

Teresa no ha ido al Carmelo de Lisieux buscando el poder vivir la vida religiosa junto a sus hermanas. Al contrario, desde el primer momento ha evitado la menor concesión a seguir viviendo una vida “de familia”. Y se enfrentó con el ambiente mediocre y tibio de un Carmelo provinciano sin vitalidad. Vivía aún una de las fundadoras, M. Genoveva de Sta. Teresa, tenida por todas como una santa, pero anciana y enferma; su influencia no era grande, estaba aparcada. El convento venía regido mucho tiempo ya, directa o indirectamente, por M. María de Gonzaga, de familia noble, gran conversadora en el locutorio, que había hecho mucho por la terminación material de la casa, y que dominaba a la mayoría de la comunidad, casi toda formada por monjas sin apenas formación humana, ni espiritual. M. Gonzaga, junto a algunas buenas cualidades, tenía sus grandes defectos: autoritaria, voluble... Un episodio basta para calificarla y medir su calidad de carmelita: tenía un gato al que mimaba con alimentación especial y exquisita, y que si se extraviaba algunas noches, hacía andar al noviciado buscándole por todas partes. Una superiora en conjunto inepta. El monasterio era, pues, de una mediocridad impresionante. Las hermanas Martín (cuatro, pues Celina entró después que Teresita, más una prima hija de los tíos Guernín) fueron un fermento de renovación, pero a costa de dividir a la comunidad. Cuando entró Celina le dijo la perspicaz Teresa: ya se habrá dado cuenta de que se encuentra entre una colección de buenas solteronas, no sea v. c. una más.

En medio de ese ambiente (nocturno) tuvo que hacerse santa la pequeña, soslayando heroicamente las pobres circunstancias que la rodeaban. Las hermanas carnales como si

no lo fueran, la maestra de novicias una buena rutinaria, la priora le atraía, pero evitó todo trato inútil con la misma. El caso es que se ganó la confianza de aquella mujer difícil, que, cuando un trienio fue priora Paulina (M. Inés de Jesús) fue nombrada auxiliar del noviciado, y que al volver M. Gonzaga al priorato, ésta la mantuvo en el cargo, siendo monja de toda su confianza, y llevando de hecho el noviciado como si fuese la maestra, sin título, pues lo era la misma M. Gonzaga como ya lo había sido durante el priorato de la M. Inés. Ser auxiliar de M. Gonzaga durante tanto tiempo es casi un milagro, debido al espíritu y a la habilidad de la monjita. Pero que supone un esfuerzo de equilibrio extraordinario. Pero así a la vez se santificó ella, se forjó con una naturalidad que no podía esperarse de una niña de tan pocos años. Hay que hacer constar que M. Gonzaga no la mimó ni en lo más mínimo. Al contrario, la humilló cuanto pudo. Y lo mismo M. Inés que, a pesar de ser su “madrecita” en el mundo, fue la monja con quien menos trató durante su priorato.

Sin director, sin apenas ayudas humanas, en un ambiente pobre, sin excepciones en la austeridad de vida (que ésa sí se observaba) en Lisieux, en algunos detalles tanto o más que en San José de Avila, tuvo que realizar su “carrera de gigante” llevada por la mano de Dios. A propósito de excepciones, alguna hubo: por ejemplo, hasta la mayoría de edad (21 años) se le hacía desayunar con una onza de chocolate que ella aderezaba con ajeno. Por lo demás las excepciones eran al contrario: para Teresita lo último, lo que no quería nadie, pues ella nada pedía, nada rehusaba: la famosa tortilla, que después de rodar una semana, se le dio a ella que la comió como si fuera una suela de alpargata. El frío húmedo de Lisieux lo sufrió “de muerte”. Así en todo. Y con los alfilerazos a veces de las faltas de caridad contra la joven hermanita.

Pero siempre con la sonrisa en los labios, irradiando caridad y paz, aunque alguna vez protestase valientemente ante todas, porque “algunas pruebas no se pueden hacer”, como quería hacer M. Gonzaga con alguna hermana.

2. *Otra noche de la vida en el Carmelo teresiano en cuanto tal*

Teresita ha vivido su vida carmelitana acentuando un aspecto de la vida cristiana de perfección que ella misma ha llamado “su caminito”. La palabra puede engañarnos. No se trata de una vida cómoda y fácil. Al revés: se trata de una ascética interior sencilla, pero no menos exigente. Entre 1894 y 1895 ella llega a madurar bien su doctrina que es a la vez su experiencia. Y que se basa en las palabras de la Biblia, fuente bien pura. (Is. 66, 13. 12, Proverbios 9,4), y las frases de Jesús y su comportamiento con los niños.

Es decir, se trata de ser humilde de raíz, de vivir la humildad con todas sus consecuencias. Ser niños, reconocerse niños, débiles, imperfectos, pero a la vez totalmente confiados a su “papá” (abba). Humildad y confianza, que, eso sí, practicará las obras pequeñas con todo el amor que pueda. No obras grandes, extraordinarias, sino las que puede el niño, que todo lo entrega a su Padre divino, quedándose para sí con las manos vacías. Esto, vivido de verdad, y desde una vida carmelitana de silencio y oración, de penitencia no insignificantes, de detalles delicados de caridad con todos... es heroico. Y es como ella lo ha vivido. Algo que todos lo podemos hacer en unas u otras circunstancias, sólo sabiendo humillarse y confiar, cosas que a El mismo hay que pedir y esperar de su misericordioso amor.

Tal como Teresa ha vivido su camino de infancia espiritual yo confieso que a mí me da miedo, pues, según los testimonios de los que la conocieron y sobre todo de sus mismos escritos, es una santidad de respiraciones, de infinidad de pequeñeces, engrandecidas por el amor y envueltas en sonrisas y en alegría, pero posibles por eso mismo, ya que siempre hay que vivirlas en un santo abandono filial en los brazos de Dios.

3. *Otra noche que hubo de soportar Teresa fue la que la proporcionaron sus hermanas carnales*

Sí. En familia no fue mimada; aunque en los Buissonnets todo se llevaba con una suavidad admirable, había un orden

que todos aceptaban y vivían fielmente. En el Carmelo, ya dijimos, tampoco se la mimó. Y ella hubiera ido al mismo (o hubiera partido a uno de Indochina como estuvo amenazada) con la misma tranquilidad que si sus hermanas no existieran. Ellas tampoco parece la trataron como si estuvieran en la casa familiar. Únicamente les hizo compartir intensamente el dolor por la enfermedad del buen padre que perdió la cabeza. Por cierto que no faltaron murmuraciones en Lisieux que lo achacaban a haberle dejado sus hijas, sobre todo la pequeña, “su reinécita”.

Sin embargo, ellas se fueron dando cuenta de la valía espiritual y humana de la misma. La habían ayudado en su formación de base, pero en el Carmelo ella les adelantó a todas y fue de todas “maestra”. Su maduración en todo. Y su “ángel” se fue convirtiendo en “su santita”, sobre todo a partir de su enfermedad. Esto fue un bien para nosotros. Pues por esa admiración de sus hermanas tenemos los manuscritos de la “historia de un alma”, cartas y textos verbales recogidos por ellas, sobre todo por M. Inés. Así hemos podido conocer a la santa y su mensaje doctrinal llegado a todo el mundo. Pero hay que ser críticos al manejar esos documentos. “La Historia de un Alma” se publicó manipulada y con una redacción que no era la auténtica (Hoy ya la tenemos). Las “conversaciones” hay que cribarlas un tanto. Y las “declaraciones” de sus hermanas en los procesos para su beatificación matizarlas un poco: para ellas la santita fue ideal en todo. La han santificado a su manera, y nos han ofrecido una santita a través de sus gustos y sentimentalismo: la santita de las rosas, cuya imagen ha habido que modificar poco a poco después de su glorificación. Ella tan humilde y amiga de la verdad lo habrá agradecido.

Esto en vida le hizo sufrir. Aquel acoso de preguntas para, lápiz en mano, anotarlas como podían, a veces ante ella misma, era para marear a cualquiera. Y muchos datos, que a ellas les parecieron menos edificantes, ha habido que irlos descubriendo en rincones de la documentación. Datos que no sólo no son insignificantes sino al revés nos dan una imagen más completa y sobre todo más real, más santa, más

atrayente, que la que propagó la sensiblería de aquellos primeros tiempos teresianos coincidentes con los de la “belle époque” que comenzaba entonces. Verdaderamente la santa más grande, si se quiere, de los tiempos modernos. Frase muy socorrida, pero cuya exactitud sólo Dios la sabe, aunque se atribuye nada menos que a San Pío X. Un “genio”, pero sin exageraciones: ella no lo ha dicho todo, muchos aspectos del misterio cristiano no han sido ni aludidos por ella, no nos ha ofrecido una síntesis de vida espiritual, pero sí algo esencialísimo en la misma y con una gracia especial. Gracias, Carmelo de Lisieux, nos habéis en definitiva dado a conocer y a compartir con vosotras vuestro tesoro.

4. *La noche de la enfermedad*

Teresa, una vez superadas las crisis nerviosas de sus primeros años, gozó de buena salud. Era alta, vigorosa, un poco lenta en los quehaceres materiales, pero activa, siempre haciendo algo. Pero ella se había ofrecido al amor misericordioso de Jesús sin condiciones (luego hablaremos), y El la había aceptado.

Una de las manifestaciones de esa aceptación fue la enfermedad. En 1894 aparecieron los primeros síntomas: dolor de garganta. En las noches del 3 y 4 de abril del 96 las primeras hemoptisis. Ella no lo dio importancia y consiguió que M. Gonzaga tampoco se la diera. Pero lentamente la enfermedad fue deshaciendo aquella vida joven, que inconscientemente se resistía a morir. Desde mayo del 97 todo se fue rápidamente agravando. La “peste blanca” era de suyo incurable en aquellos tiempos. Los remedios ineficaces y contraproducentes muchas veces: friegas absurdas, botones de fuego (más de quinientos alguna vez)... Los microbios de la tuberculosis campaban a gusto ante muchos de esos remedios que sólo servían para debilitar las defensas. Teresita la padeció como otro cualquier enfermo: dolores, tos, vómitos, fiebres, asfixias... Gime, llora, sufre... El P. Guacher OCD., obispo auxiliar de Lisieux, nos ha descrito la “pasión” por menorizada de Teresa. Aquí no la vamos a repetir. Temió

siempre morir asfixiada y asfixiada murió: sólo le quedaba un trozo del pulmón izquierdo para poder respirar. Los bacilos habían anidado hasta en los intestinos.

En conjunto estuvo bien cuidada. Sus hermanas hubieran querido que la visitara más veces el Dr. La Nech especialista en esas enfermedades, y casado con su prima Juana (aunque hubiera sido inútil; sólo bastante más tarde la pudieron superar los antibióticos). Pero M. Gonzaga fue corta en eso, quizá por atención al médico de casa; en alguna ocasión de las que permitió su entrada, armó después una escena despotricando contra el médico, la familia (que era la provisoría principal del pobre convento) y contra la enfermita. Esta se fue agravando rápidamente con alternativas: inmovilizada, atendida bien, pero sin faltarle indelicadezas, aún de parte de Celina, su principal enfermera. Hasta sufrió la humillación, típica en estos enfermos: para ellos, para Teresa en especial, tomar alimento era un martirio; pero por unos días, a fines de agosto, se despertó en ella un ansia feroz de comer, no se ven hartos, y con caprichos de determinados platos, que su tía Guerin procuraba satisfacer; antojos que pronto se acabaron.

Así, agotada, deshecha, moría asfixiada después de una agonía de Calvario, el 30 de septiembre de 1897. "Nunca creí que fuera posible sufrir tanto". "Sólo mi deseo de salvar almas lo explica". "No me arrepiento de haberme entregado al amor". "Yo también lo quiero, yo también lo quiero...". "He buscado siempre la verdad; creo que soy humilde..." Los últimos instantes un éxtasis iluminó su rostro y selló su vida. La infancia espiritual no excluye el dolor, lo permite vivir con confianza y abandono, con paz.

5. *La noche de la fe*

Seguramente fue la noche más dura. Hasta la Pascua de 1896 Teresa había gozado de una fe luminosa; ir al cielo era para ella el más allá de la vida. Pero de repente casi ese sentimiento desapareció y fue sustituido por el contrario. Su voluntad se agarraba a su fe, pero como quien vive en un túnel. Y así año y medio hasta morir.

Ella nos ha dejado escrito algo de ese sentimiento trágico, en una página estremecedora. Y, sin embargo, sería muy pálida comparada con la realidad. *“Me parece que las tinieblas, apropiándose la voz de los pecadores, me dicen, burlándose de mí: “Sueñas con la luz, con una patria aromada de los más suaves perfumes. Sueñas con la posesión eterna del Creador de todas esas maravillas. Crees salir un día de las brumas que te rodean. ¡Adelante ! ¡Adelante !” Gózate de la muerte, que te dará, no lo que tú esperas, sino una noche más profunda cada día, la noche de la nada”*. Ella no confiará a nadie su inmensa pena, más que al capellán-confesor. Cuando ya esté gravemente enferma dirá: *Se impone a mi espíritu el razonamiento de los peores materialistas: con el tiempo la ciencia, a base de nuevos e incesantes progresos, llegará a explicar todo de un modo natural y nos descubrirá las razones de todo lo que existe y que para nosotros es un misterio, pues aún quedan muchas cosas por descubrir, etc., etc.* Esa noche le sirve para pedir por todos los pecadores e incrédulos: *“Señor, vuestra hija ha comprendido vuestra divina luz. Os pide perdón para sus hermanos. Se resigna a comer, por el tiempo que vos lo tengáis a bien, el pan del dolor, y no quiere levantarse de esta mesa llena de amargura, donde comen los pecadores, hasta que llegue el día por vos señalado... Pero ¿acaso no puede ella también decir en su nombre, en nombre de sus hermanos: Tened piedad de nosotros, Señor, porque somos unos pobres pecadores?... ¡Oh Señor, despedidnos justificados!... Que todos los que no están iluminados por la antorcha de la fe la vean, por fin, “brillar... ¡Oh Jesús!, si es necesario que un alma que os ama purifique la mesa que ellos han manchado, acepto comer sola con ella el pan de la tribulación, hasta que os plazca introducirme en vuestro luminoso reino”*. Tinieblas espesas, como un muro, así hasta el final. El asunto del engaño seudomasónico de Diana Vaughan agrava sus sufrimientos. Pero ¿cómo explicar este misterio? Parece como si se diera en Teresita una doble personalidad: su sensibilidad y la parte inferior de su alma en una noche sin estrellas; la parte superior abrasada de amor, que es el que explica este fenómeno extraño, que hace a Teresa tan actual,

tan cercana al hombre de la posmodernidad. Ella misma ha aludido al misterio de Getsemaní como a algo parecido de lo que pasaba en su vida.

6. *La noche del amor*

No nos escandalicemos. El amor lo explica todo (el amor *ágape*, no filía ni menos eros), *el amor misericordioso*.

En Francia la gran eclosión espiritual fue el siglo XVII con Berulle etc. Pero quedó muy debilitada por tres movimientos: el galicismo, el jansenismo y el quietismo, que, entre otros, llevaron a la Enciclopedia, al liberalismo doctrinal y a la revolución francesa. En el siglo XIX hubo en conjunto una gran reacción, sobre todo por la devoción al Sdo. Corazón de Jesús. Pero en el ambiente se sentían aún miasmas de jansenismo, por ejemplo. Teresita tuvo también la misión de subrayar el amor misericordioso del Señor. Algo que se combinaba muy bien con su caminito de infancia y con su vocación de salvar almas y de ayudar a los sacerdotes. Ella, hija fiel de Teresa de Avila, asimiló sus grandes consignas: “aprovechar” almas de pecadores, de infieles, y rogar por la santificación de los sacerdotes. (Cuando en 1927 Teresita fue proclamada patrona de las Misiones, comentaba su hermana Celina: podía haberlo sido la Santa Madre, pero podríamos haber corrido el riesgo de engañarnos, porque ella fue una contemplativa cien por cien, pero a la vez una mujer de acción desbordante, y la Iglesia quería enseñarnos que “un poco de este amor puro y silencioso” (San Juan de la Cruz) hace más bien a la Iglesia que muchas obras hechas con poco amor; Teresa de Lisieux fue una carmelita químicamente pura nada más, misionera por amor y deseo de todas las misiones sin salir de su monasterio). La contemplación amorosa bien entendida, es misionera; es apostólica, porque ha de ser eclesial.

Pues bien, el 9 de junio de 1895 Teresa se siente inspirada a consagrarse al Amor Misericordioso, a lo cual invitó a sus novicias a seguirla. “*A fin de vivir en un acto de perfecto amor, yo me ofrezco como víctima de holocausto a vuestro amor*

misericordioso, *suplicándoos que me consumáis sin cesar, dejando que se desborden en mi alma las olas de ternura infinita que están encerradas en vos, para que así llegue a ser mártir de vuestro Amor, ¡oh Dios mío!...*”.

Pocos días después haciendo en el coro el Vía-crucis sintió que una invasión de amor atravesaba su alma hasta casi morir de amor. Dios había aceptado su ofrenda, que era su gran vocación. Este es uno de los pocos fenómenos “místicos” de su vida espiritual.

Por eso el 8 de septiembre de 1896 escribe esa página sobre el amor, mejor, el redamor de su alma al Amor (acompañada de una carta de envío a su hermana mayor María), página que es un documento antológico de toda la literatura cristiana universal. En su retiro ella se pregunta por su personal vocación; y querría tener todas: guerrero, sacerdote, diácono, apóstol, doctor de la Iglesia, mártir... Pero misionero en todas las partes y hasta el fin de los tiempos, mártir con todos los martirios... Y se pregunta: “Oh Jesús mío, ¿qué responderás a todas mis locuras? ¿Hay acaso un alma más pequeña, más impotente que la mía?”. La respuesta la encontró en San Pablo, en el capítulo 13 de la Carta a los Corintios: “*La caridad me dio la clave de mi vocación. Comprendí que si la Iglesia tenía un cuerpo compuesto de diferentes miembros, no le faltaría el más necesario, el más noble de todos. Comprendí que la Iglesia tenía un corazón, y que este corazón estaba ardiendo de amor. Comprendí que sólo el amor era el que ponía en movimiento a los miembros de la Iglesia; que si el amor llegara a apagarse, los apóstoles no anunciarían ya el Evangelio, los mártires se negarían a derramar su sangre... Comprendí que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que el amor abarcaba todos los tiempos y todos los lugares... en una palabra, ¡que el amor es eterno!*”

Entonces, en el exceso de mi alegría delirante exclamé: ¡Oh Jesús, amor mío!... Por fin, he hallado mi vocación. ¡Mi vocación es el amor!

Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡oh Dios mío!, vos mismo me lo habéis dado...: en el corazón de la

Iglesia, mi Madre, ¡yo seré el amor! ¡¡¡Así lo seré todo..., así mi sueño se verá realizado!!!

“¡Oh Jesús, que no pueda yo revelar a todas las almas pequeñas cuán inefable es tu condescendencia !... Siento que si, por un imposible, encontrase a un alma más débil, más pequeña que la mía, te compadecerías en colmarla de favores mayores todavía, con tal que ella se abandonara con entera confianza a tu misericordia infinita. ¡Te suplico que acojas una legión de pequeñas víctimas de tu amor.

Ella ha podido terminar el segundo cuaderno de la Historia de un Alma con estas palabras impresionantes: *“Vuestro amor me previno desde la infancia, creció conmigo, y ahora es un abismo cuya profundidad me es imposible medir. ¡Oh Jesús mío ! Tal vez sea una ilusión, pero creo que no podéis colmar un alma de más amor del que habéis colmado la mía. Aquí abajo no puedo concebir una mayor inmensidad de amor que la que os habéis dignado prodigarme gratuitamente sin mérito alguno por mi parte”.*

Amor, humildad, confianza como un niño hasta el total abandono... en Dios nuestro Padre. Este es su mensaje, evangelio puro, nada más. Ciertamente, en el fondo es el *Camino de Perfección* de Teresa de Avila, y de manera radical las *nadas* y las *noches* de Juan de la Cruz. Todo lo demás, son consecuencias: formar con tanta pedagogía humana y sobrenatural a sus novicias; sus hermanos sacerdotes misioneros (muy del ambiente misional de Francia en aquellos tiempos); sus deseos de querer pasar el cielo haciendo bien en la tierra: la lluvia de rosas..., todo se ha cumplido, todo se sigue cumpliendo. El mensaje y la misión de la auténtica Teresa son universales en el espacio y en el tiempo. Pero ella hubo de atravesar para ello sus noches transidas de amor; hubo de ser víctima del amor misericordioso... *“Yo no muero, yo entro en la vida”.*

B. JIMÉNEZ DUQUE, PBRO.

La sabiduría del carisma franciscano

La sabiduría, que nos ayuda a ir por la vida con esperanza alegre, es un don que nos da Dios para hacerlo florecer; pues el carisma lo mismo que la vocación tiene una misión en servicio de la comunidad. Ya nos refiere la Sagrada Escritura que la sabiduría es un gran tesoro y que el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Mucha gente a lo largo de la historia ha visto en la sabiduría una joya, que se ha conservado en el pueblo a través de tradiciones orales, a través de refranes, a través del conocimiento que transmiten los libros.

San Francisco ha sido un gran amigo de Dios; uno de los mayores que ha tenido Dios a lo largo de la historia. El Señor lo revistió de grandes carismas que encerraban en sí mismos una fuente inagotable de sabiduría. Pretendemos, en este artículo, presentar a la persona de Francisco en su vertiente sapiencial y carismática. No podemos abarcar todos los aspectos de su rica personalidad pero si estudiamos su sabiduría, la sabiduría que nos ha transmitido, no será en vano el trabajo realizado. San Francisco tiene muchas cosas que decirnos todavía. Si escuchamos la voz de su espíritu reflejada en sus escritos y biografías podremos aprender mucho de él.

1. *La persona de san Francisco*

San Francisco es uno de los santos más estudiados del mundo. Miles de artículos y libros se han publicado sobre él. Su encanto continúa. A san Francisco lo han admirado todos: católicos, protestantes, panteístas, racionalistas y gente de muy poca devoción.

Francisco es uno de los hombres de quienes la humanidad se mostrará siempre orgullosa. Sus cualidades mueven a

simpatía. Sus defectos, si los tiene, invitan a la esperanza. Su santidad nada tiene de esotérico, de afeminada, de temible. Sus dones naturales suscitan general admiración. Su enseñanza derrama tal frescura, tanta poesía y serenidad, que aún los ánimos más hastiados pueden encontrar en ella razones para amar la vida y creer en la bondad divina.

Francisco deja los honores para otros, rehuye los conflictos, no piensa en el mañana, cede su rústico albergue al borriquillo que porfía en ocuparlo. Mientras tiene dinero, se lo da a quien lo apetece; cuando no le queda blanca, corre tras los mendigos para darles su propio vestido.

Todos los hermanos disfrutan de su afecto. Ocupan el primer lugar los leprosos; siguen luego los salteadores de caminos y demás pecadores, para los cuales tiene indulgencia y ternura inagotables. Hace lo posible y lo imposible para llevarlos a su Dios. A nadie juzga, reservando todo su desprecio para sus propias debilidades. A todos trata con respeto, a todos habla con gentileza y cortesía. Ve lo ruin del corazón humano, pero prefiere considerar lo más noble del alma y dejar al malvado la suficiente estima de sí mismo como para lograr la propia rehabilitación.

La alegría que derrama es grande. Francisco es jovial y exige alegría de quienes a él se allegan. Se alegra con el alegre y anima al triste aconsejándole siempre la oración. Sabe que la envidia peor, la de peor calaña, es la envidia del que se entristece porque al hermano le va bien en la vida.

Las austeridades que practica a nadie incomodan. Su fe no es agresiva ni intolerante. No gusta esclavizar las voluntades, antes bien, deja a cada cual seguir la voz del Espíritu Santo. No discute, ni porfía, antes prefiere limitarse a predicar la paz con su palabra y con su propia vida.

Poeta siempre inspirado, descubre las correspondencias misteriosas de las cosas. Crea fórmulas imprevistas, prosopopeyas maravillosas, dramatiza, escenifica a la manera de los juglares, y cuando las palabras no bastan, recurre a la música.

Ama a las plantas y a los animales, e incita a los elementos a unírsele en las alabanzas del Común Bienhechor.

Cautiva al hermano lobo con su mansedumbre y éste le ofrece con cariño su pata, el hermano fuego templado con el Santo su acostumbrado rigor, sus hermanas alondras acuden a los sermones que les predica.

Es un hombre de buena fe cuyo trato encanta a cualquiera que se precia de ser hombre. Es un hombre que se consideró pecador, que luego encontró la felicidad y luego comunicó a sus hermanos la receta para hallarla. Es un hombre embriagado por el amor, iluminado por la luz divina y preservado del error por su humildad. Expone lisa y llanamente, sin aspereza ni rodeos, en palabras que todos pueden entender, las pocas verdades necesarias para la vida del alma. Es un maestro de liberación interior y un intercesor universal.

El mismo confiesa ser iletrado atestiguando no haber tenido otro maestro que el Altísimo. Y, de hecho, salvo algunas canciones populares, los textos litúrgicos, el catecismo y el Evangelio, nada más había aprendido. A ningún sistema se adhirió, ni intentó crear algo nuevo. Por eso lo que él dijo es de todas las épocas. No ha sufrido mengua la herencia que nos dejó.

Francisco no tuvo enemigos conocidos porque fue el más humilde. Este Santo siempre ha fascinado las almas sensibilizadas al misterio y a la belleza. ¡Cuántas no aprendieron la santidad en su escuela! ¡Cuántos poemas no lo celebraron! Los literatos y los artistas siempre se han interesado por este “hombre iletrado”. Dante, por la semejanza con Cristo, lo pone por encima de todos los doctores y fundadores de Ordenes religiosas. El autor de “La Imitación de Cristo” (“El Kempis”) a ningún otro santo que a Francisco cita y alaba.

“Una mañana de diciembre de 1884, terminada la lección de hebreo en el Colegio de Francia, Ernesto Renán conversaba con unos cuantos alumnos que, antes de salir del aula, se habían agrupado en su alrededor. Esperaban ellos que el maestro, con su habitual familiaridad, añadiera a la lección técnica alguna reflexión de orden general, donde se manifestase no ya el sabio y el erudito, sino el filósofo, el padre, el anciano en el ocaso de la vida, más preocupado por las cosas eternas de lo que quería aparentar...

Repitiendo un versículo del Evangelio que frecuentemente citaba, esa vez les dijo: “Sí, María ha elegido la mejor parte; lo más permanente en el fondo de la historia es el esfuerzo religioso. Ahí está el alma, ahí está la vida”. Luego, mirando al suelo, como se hubiese contemplado abierta su tumba agregó: “Cuando comencé mi carrera, soñaba con dedicar mi vida al estudio de tres períodos. ¡Benditas las ilusiones de la juventud!

¡Tres períodos! Los orígenes del cristianismo con la historia de Israel, la Revolución Francesa, y la maravillosa renovación religiosa llevada a cabo por san Francisco de Asís. Yo no he podido terminar sino el primer tercio de mi programa. Pero usted, dijo a Paul Sabatier, poniéndole la mano en el hombro para que no se negara, usted será el historiador del seráfico Padre. Le envidio: san Francisco siempre halagó a sus historiadores... El salvó a la Iglesia en el s. XIII, y su espíritu ha permanecido extraordinariamente vivo desde entonces. A san Francisco lo necesitamos; y si queremos conseguirlo volverá”¹.

2. *Visión del hombre en san Francisco*

Francisco desarrolla una visión antropológica en el contexto teocéntrico de la época. Si habla del hombre lo ve siempre en relación a Dios. “Quien eres Tú, oh Dios... ¿qué soy yo?” (Consideraciones de las Llagas). Sólo en relación a Dios el hombre descubre su propia identidad. Por eso “el hombre vale tanto cuanto es delante de Dios, eso vale y nada más” (Adm 20, 2).

Francisco ve al hombre bajo una fuerte experiencia de relación creatural. La consistencia del hombre reside en Dios; por tal motivo la persona humana debe dar gloria a Dios y sólo a Dios. Francisco experimentó una relación viva con Dios Creador. Busca siempre y ante todo la adoración en la unión perfecta y exclusiva con el Creador (Cfr. 1 Cel 91).

El hombre ha sido creado por Dios. Francisco confiesa siempre su fe en el Dios Creador de todas las cosas espirituales y materiales. Con esta convicción Francisco se distingue

de los Cátaros, los cuales enseñaban que Dios es sólo creador de las cosas espirituales; las cosas materiales, por el contrario, habían sido creadas por el demonio.

El hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Cristo (Adm. 5, 1). Cuerpo y espíritu están hechos a su semejanza. Con anterioridad se hablaba sólo de la semejanza del alma, no de semejanza del cuerpo y alma con Dios. Es un pensamiento original de san Francisco.

Otro fundamento de la grandeza del hombre viene constituido, para el Santo, del hecho de la Encarnación y de la Redención. En ellas ha manifestado, además de en la creación, Dios su amor hacia el hombre.

Signo inequívoco del amor de Dios es la humildad de Cristo, su encarnación humilde, sus vivencias humildes. La Eucaristía no es otra cosa que la continuación de la Encarnación. Quien no cree en la Encarnación de Cristo, ¿cómo puede creer en la Eucaristía? La Eucaristía es la “encarnación” de Dios en lo más sencillo, un trozo de pan y un poco de vino. Bajo esas simples especies de pan y vino, Dios no asusta a nadie.

Toda la existencia del hombre nos habla del amor. Dios es amor, crea al hombre por amor y para amar. La esencia del hombre debe ser encarnar el amor de Dios. Esa es la respuesta al amor divino.

Pero a pesar de su grandeza el hombre también es débil, pecador. Su gran dignidad, con frecuencia, es destruida por el pecado. Francisco dice por eso que la única propiedad del hombre la constituyen “sus vicios y sus pecados” (1 R 17, 8).

El pecado consiste esencialmente en la desobediencia y en el apropiarse de los bienes del Señor. Es un concepto de pecado, el de Francisco, profundamente bíblico (cfr. Gen 2, 16-17; 3, 13; Rom 5, 12-19). Las tres fuentes de pecado que desapegan al hombre de Dios son para san Francisco tres: la carne, el mundo, el diablo.

1. P. SABATIER, *Etudes inédites sur saint François d'Assise*, Paris 1932, 69-70. La “*Vie de saint François*” de Paul Sabatier, publicada en 1894, se leyó y tradujo en todo el mundo.

“Por nuestra culpa —dice Francisco— somos falsos, miserables y contrarios al bien, prontos por el contrario al mal. Como dice el Señor en el Evangelio: del corazón de los hombres vienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, las maldades, las tibiezas, las impudicias, las envidias, los falsos testimonios, las blasfemias, la soberbia, la idiotez, la lujuria”. Todas estas cosas malas proceden del centro del corazón del hombre, y son estas cosas las que lo contaminan” (1 R 22, 5-8).

Francisco habla de odiar no la carne, el cuerpo como tal, sino sus vicios y pecados. La fuente de nuestro pecado es el corazón que se apega a cosas y personas, por tal motivo dice el Santo: “Hay muchos que mientras pecan o reciben una injuria, con frecuencia echan la culpa al diablo o al prójimo. Pero no es así: porque cada uno tiene en su casa el enemigo, o sea, el cuerpo por medio del cual peca. Por eso beato aquel siervo que tenga siempre prisionero a su enemigo... si hace esto ningún otro enemigo visible o invisible le podrá dañar” (Adm 10)

El cuerpo físico puede convertirse en el enemigo si viene puesto al centro de las preocupaciones del hombre, llevándolo a olvidar su vocación. Por eso “si alguno se turba o se irrita contra Dios o contra los hermanos, o si quizá pide con ansia medicinas, preocupado en demasía por la salud de la carne, que no tardará en morir y es enemiga del alma, eso le viene del maligno, y él es carnal, y no parece ser de los hermanos, porque ama más el cuerpo que el alma” (1 R 10, 7).

Toda la vida del hombre es una tensión entre el espíritu de la carne y el Espíritu del Señor. El Espíritu del Señor busca: que la carne sea mortificada y despreciada, busca la humildad y paciencia, la pura y simple y verdadera paz del espíritu, desea el temor divino y la divina sabiduría y el divino amor del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (cfr. 1 R 17, 14-16).

El mundo es otro enemigo del hombre. Para Francisco el mundo es todo aquello que es contrario a la voluntad de Dios. No se trata de huir del mundo, sino de aquello que va por otros caminos diferentes a la senda de Dios. En la Regla bulada se nos dice: “Aconsejo y exhorto en el Señor Jesús, que se guarden los frailes de toda soberbia, vanagloria,

envidia, avaricia, de los cuidados y preocupaciones de este mundo, de la detracción, de la murmuración” (2 R 10, 8).

Guardarse del mundo es evitar todo aquello que proviene del amor propio, del egoísmo. El mundo es enemigo no porque sea malo en sí mismo, sino por la debilidad del hombre que se deja esclavizar por él.

El diablo es el tercer enemigo del hombre. Para Francisco el diablo es un ser real que busca separar al hombre de Dios, apartando de El su mente y su corazón. Con los bienes de este mundo trata de conquistar su corazón.

Podemos deducir que la concepción de Francisco es pesimista; sin embargo, no pierde Francisco su visión optimista del hombre. El hombre tiene la posibilidad de vivir según el Espíritu del Señor. Esta posibilidad se le abre a través de la penitencia. El hombre puede volver a su estado inicial, a la dignidad conferida por el Creador, a través de una lucha continua contra el espíritu de la carne, a través de la ascesis, la mortificación, la penitencia.

3. *La alegría del darse*

Tenemos una serie de valores en esta sociedad en la que vivimos, que son poco evangélicos. El Evangelio de Jesucristo nos lleva siempre por otras sendas, que son más altas que las nuestras. El Evangelio del Señor Jesús nos invita a darnos, a compartir tanto nuestros bienes como nuestras personas.

Esto del “darse” no está de moda en la sociedad competitiva actual. Hay la sensación de que la alegría nos va a venir del recibir. Jesús nos enseña lo contrario. Jesús con sus palabras y con sus obras nos viene a contar que “hay más alegría en dar que en recibir. Ya decía el santo Agustín de Hipona que el darse crea una alegría indescriptible. Nos invitaba a observar las golondrinas. Decía que esos pájaros se afanan mucho para construir su nido y se afanan más para dar de comer a sus polluelos. Y no se dan en esa tarea para que el día de mañana esos polluelos los cuiden a ellos, sus progenitores. La pareja de golondrinas se afana y se fatiga con la alegría natural que tiene el darse.

Podemos observar la alegría que sienten la mayoría de los padres por sus hijos. Les han costado muchos sudores, pero si los hijos están bien todo ha merecido la pena. Su felicidad ha consistido en darse. Podemos observar también la alegría que sienten nuestros misioneros al haber gastado su vida: fueron jóvenes y han vuelto ancianos, pero esa donación de la vida, de su única vida, ha merecido la pena.

San Francisco, como todos los místicos, experimentó la alegría del darse en una locura de amor a Dios. Era su secreto proclamado luego a los cuatro vientos.

San Francisco animó a los suyos, a sus hermanos y a toda la gente de bien a dar, a desprenderse de las posesiones, a darse del todo. La doctrina del Santo consistía en aprender a darse. Todo era darse. Era darse para que el Señor del cielo fuera amado y respetado. Era darse en la oración horas y horas en un holocausto de amor. Era darse en el perdón para olvidar las ofensas. Darse era el llevar una vida ejemplar según la ley de Cristo, porque muchos hermanos necesitaban de ese ejemplo, para seguir adelante.

4. *La opción por el optimismo*

La alegría es un constituyente esencial dentro del ánimo de la persona. Con la alegría se conquista el optimismo, y con el optimismo las tareas se hacen cuesta abajo y la misma vida resulta agradable.

San Francisco decía a sus frailes: “Guárdense de aparecer tristes, ceñudos e hipócritas; antes bien, muéstrense contentos en el Señor, alegres y religiosamente graciosos” (1 R 7, 15-16).

El Santo al leer el Evangelio se encuentra en seguida con el tema de la alegría. Ve que el Reino de los cielos se parece, y es comparado, a una fiesta nupcial (Mt 22, 2). Lee con admiración que Cristo es causa de alegría para el Bautista aún en el seno materno (Lc 1, 44), para María que canta el “Magnificat” (Lc 1, 46), para los pastores que lo visitan (Lc 2, 10), para los magos que lo adoran (Mt 2, 10), para los apóstoles que lo ven resucitado (Mt 28, 8). Por eso, para imitar en todo a Cristo, Francisco quiere vivir en la alegría para

crear en sí o alrededor de sí un buen clima de optimismo. Sus biógrafos nos lo presentan siempre alegre.

El Santo de Asís encuentra en la oración la fuente de la alegría que le desborda actuando también en los demás. Trata de tener siempre el gozo en su corazón, pues sabe que la tristeza es un campo abonado para caer en la tentación; en cambio, la alegría aparta de las tentaciones. Insiste Francisco, siempre, en la “perfecta alegría” que consiste en afrontar las pruebas que nos trae la vida sin desánimo, con una sonrisa en los labios, sin perder la calma, sin ponernos nerviosos.

San Francisco aseguraba que la alegría “vence las astucias del enemigo”. Sabía que la fuente de la alegría estaba en Dios, Sumo Bien, Fuente de todo Bien, de toda belleza, de todo gozo, de todo lo bueno. Por este motivo cuando está turbado recurre a la oración hasta que se llena de serenidad y gozo. Nos dice su biógrafo Tomás de Celano que “a veces huía la compañía de los hermanos porque no lograba mostrarse a ellos en su habitual serenidad” (2 Cel 3). A los demás les recomendaba lo mismo: “Un día vio a un compañero con la cara triste y melancólica, va y le dice: el siervo de Dios no debe mostrarse a los otros triste, sino siempre sereno. Medita tus pecados en tu habitación, en la presencia de Dios; llora y gime. Pero cuando retournes entre los hermanos, deja la tristeza” (2 Cel 128).

Conclusión

Se cuenta que le preguntaron a un maestro cuáles serían las dos o tres cosas que de verdad cambian a una persona. En seguida contestó: “Si un hombre puede vencer la superficialidad, el no hablar mal de los demás, y el buscar espacios para la gratuidad y la contemplación, muy pronto llegará a conocerse a sí mismo, a los demás, y la realidad desde Dios. Sólo entonces será sabio”².

FR. JESÚS-LUCAS RODRÍGUEZ GARCÍA, OFM. CAP.

2. Citado por R. BERZOSA, *Parábolas para una nueva evangelización*, 4.ª ed. (Burgos 1996) 203, sobre una idea de Y. Nomura.

La resanación espiritual de la penitencia

Venimos describiendo la espiritualidad litúrgica como la actitud del cristiano que lleva a su vida el núcleo y la esencia de la liturgia, que es el Misterio Pascual de Jesucristo. Por tanto la espiritualidad litúrgica será siempre una espiritualidad pascual polarizada por el hecho divino de la salvación, es decir, por el Misterio Pascual en cuanto realizado por Cristo en su Pasión-Muerte-Resurrección.

Y decir espiritualidad pascual es decir espiritualidad sacramental en su conjunto y específicamente de cada uno de los sacramentos, los cuales son reactualizaciones de la Pascua de Cristo. Cada uno de los siete sacramentos reproduce a su manera la Muerte y Resurrección de Jesucristo, que es el núcleo del Misterio Pascual, en cuanto tiene de vida y de muerte.

La dimensión penitencial y de conversión, que se manifiesta en la celebración del misterio del perdón de Dios, no puede faltar en la espiritualidad de la iglesia, antes al contrario tendrá que estar muy dentro de ella.

La espiritualidad de la conversión cristiana es la espiritualidad de la resanación espiritual, de la vuelta a la perfección espiritual a la que estamos llamados en virtud de nuestro compromiso bautismal; nos hemos comprometido a vivir la conversión cristiana, puesto que somos “hijos de Dios en Cristo”, hijos de la luz y no de las tinieblas.

Y esta realidad cristiana en la que estamos inmersos nos hace también reconocer que hay enfermedades del alma que hay que curar, sanar, para conseguir la salud espiritual que es lo que pretende este sacramento de la resanación espiritual en el que el pecado queda muerto y el cristiano queda

revivificado plenamente para seguir viviendo la novedad de su vida cristiana. Recordemos el texto del Concilio de Florencia en su decreto para los armenios:

“Siete son los sacramentos de la nueva ley, a saber, el bautismo, confirmación, Eucaristía, penitencia, extrema unción, orden y matrimonio... de éstos, los cinco primeros están ordenados a la perfección espiritual de cada hombre en sí mismo y los dos últimos al régimen y multiplicación de la Iglesia... y si por el pecado contraemos una enfermedad del alma, por la penitencia somos espiritualmente sanados¹.”

Santo Tomás de Aquino dice que “algunos sacramentos están destinados por sí mismos a la salvación del hombre, como es el caso del bautismo, que es una generación espiritual; la confirmación, que es un crecimiento espiritual, y la eucaristía que es un alimento espiritual. Pero la penitencia está destinada a la salvación del hombre de modo accidental, es decir, en el supuesto de que el hombre peque. Porque si el hombre no cometiese un pecado personal, no tendría necesidad de penitencia, aunque sí tendría necesidad del bautismo, de la confirmación y de la eucaristía... por eso la penitencia ocupa un segundo lugar con respecto al estado de integridad que se confiere y se conserva por los referidos sacramentos. Por eso se la llama metafóricamente *segunda tabla de salvación después del bautismo*”².

1. *La Penitencia: segunda tabla de conversión después del bautismo*

Un modo de revivir el realismo del bautismo en la iglesia antigua era la penitencia, que era llamada ya por Tertuliano la segunda tabla de conversión después del bautismo o incluso un segundo bautismo. Existe para el bautizado una necesaria ley de la ascesis, la cual según Gregorio de Nisa, no es otra cosa que el bautismo continuado y vivido, o más precisamente, la realización de la gracia bautismal en un doble

1. Denzinger, 695.

2. *Summa Theologica* III, q. 84, a 6.

aspecto de purificación e iluminación, o también de despojamiento del hombre viejo y revestimiento del hombre nuevo.

Si nos acercamos al Ritual de la penitencia pública de la Iglesia romana antigua que se encuentra en el Sacramentario Gelasiano, n.º 352-359, podemos comprender el valor que se daba a la penitencia como reintegración pública a la Iglesia de la que el propio pecado había sido la causa de la expulsión. El diácono que pedía al obispo la reconciliación se expresaba con estas bellas y expresivas-palabras:

Nos multiplicamos con los regenerados y crecemos con los que vuelven a la Iglesia. Lavan las aguas, lavan las lágrimas. De aquéllas brota el gozo por la incorporación de los llamados a la Iglesia; de éstas la alegría por la absolución de los penitentes.

La idea aparece también en San Ambrosio cuando dice que la Iglesia “posee el agua y las lágrimas, es decir, el agua del bautismo y las lágrimas de la penitencia”³. El pecador debía venir a la penitencia con los sentimientos del catecúmeno que se presenta a recibir el bautismo. Cada confesión deberá marcar un esfuerzo más vigoroso y una etapa nueva en este movimiento de conversión y de progreso espiritual inaugurada en el bautismo y que jamás terminará en esta vida.

En este Ritual de la Iglesia antigua, el Obispo decía una solemne oración de reconciliación de los penitentes que es una súplica confiada al Dios de todas las misericordias:

Dios, creador misericordioso del género humano, que por la sangre de tu Hijo Unigénito redimiste al hombre, expulsado de la vida eterna por envidia del diablo: devuelve, pues, la vida a quien de ningún modo deseas ver muerto y acoge en su corrupción a quien no abandonas en su extravío. Que te muevan a compasión, Señor, los suspiros y lágrimas de este siervo tuyo. Cura tú sus heridas, alarga tu mano saludable a este abatido para que tu iglesia no sufra amputación en miembro alguno de su cuerpo ni tu rebaño padezca detrimento⁴.

3. Epístola 41, 12 (citado en los Prenotandos de la edición típica del Ritual Romano) cfr. *Ritual de la Penitencia*, n.º 2).

4. Sacramentario Gelasiano, ed. Molhberg, 359.

Con estas mismas o parecidas ideas se expresa una antigua oración del Pontifical Romano-Germánico, siglo X, para la penitencia pública, que ha sido repristinada en el Ritual de la Penitencia:

Oh Dios, santo y misericordioso,
 que has creado y redimido al género humano
 y has devuelto al hombre, por la sangre de tu Hijo,
 la vida eterna que había perdido por las insidias del diablo;
 vivifica con tu Espíritu Santo
 a los que no quieres que caigan en la muerte,
 y acoge en la verdad
 a los que no quieres que permanezcan en el error.
 Que la humilde y confiada confesión de estos tus hijos
 te conmueva, Señor.
 Cura sus heridas,
 extiende tu mano salvadora a los que están postrados,
 para que tu Iglesia no sufra en alguna parte de su cuerpo,
 tu rebaño no padezca disminución,
 el enemigo no se alegre con el daño de tu familia
 y la muerte eterna no alcance
 a los que han renacido en el bautismo salvador.
 A ti, Señor, te dirigimos nuestras humildes preces
 y el llanto de nuestro corazón⁵.

En el sacramento de la penitencia debe resonar en nosotros la alegría del bautismo que es una alegría pascual; al salir de la confesión como al salir del bautismo brillará la alegría de la inocencia recuperada. Se puede hacer una equiparación entre: alegría bautismal = alegría pascual = alegría penitencial. ¿Acaso no es la tarde de Pascua cuando Cristo entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para nuestra salvación (Rom 4, 25) ha confiado a su Iglesia el poder de perdonar? (Jn 20, 19.23). De la Resurrección de Cristo brota nuestra fe, nuestro bautismo y nuestro eterno perdón.

5. Ritual de la Penitencia, 2.^a ed., Apéndice II, Esquemas de Celebraciones Penitenciales. I. Para el Tiempo de Cuaresma, p. 135.

2. *La continua conversión que exige la penitencia*

En la empresa de su santificación el cristiano tendrá continuamente fallos, por eso está llamado a la penitencia, a la metanoia, a la conversión continua, a tener conciencia de su propia miseria y de los propios pecados, a renovarse y conformarse continuamente con Cristo. Esto lo realiza con una *penitencia cotidiana*, a la que invita el acto penitencial de la misa o de la hora de completas, pero grandes ocasiones serán la santa cuaresma, o el adviento con la llamada del profeta y precursor Juan Bautista, las celebraciones comunitarias y la acción litúrgica del sacramento de la penitencia que se realizará con una frecuencia considerable.

Todas estas ocasiones en la liturgia del día o en el año litúrgico son momentos privilegiados para la conversión cotidiana a los que hay que saber darles la fuerza celebrativa-espiritual que tienen. Unidos todos ellos: completas –acto penitencial de la misa– celebraciones de la penitencia– tiempos privilegiados de penitencia podemos hablar de una espiritualidad de continua conversión cristiana que invadiendo nuestra vida de esa diaria exigencia de convertirse y de crecer espiritualmente nos lleva por el camino del Bien hacia la total integración en Cristo.

3. *El spatium paenitentiae: la cuaresma, itinerario de conversión*

La penitencia cuaresmal está envuelta en la iglesia antigua en una serie de actos, reuniones, oraciones que envolvía a toda la comunidad. La organización penitencial, cambiante y oscilante, era el conjunto de elementos, reuniones y oraciones que acompañaba al pecador a la vuelta a la Iglesia. Se trataba de salvaguardar la santidad de la Iglesia en sus miembros y como un medio pedagógico para mantener la disciplina social de la Iglesia. El término disciplina se debe entender en su sentido original de enseñanza, educación, amaestramiento, así como el conjunto de normas que regulan el comportamiento del grupo.

La liturgia de estos días cuaresmales está llena de expresiones penitenciales, que manifiestan la esperanza que pone la Iglesia en el perdón que viene de Dios y que envuelve al hombre.

Conviértenos a ti, Dios Salvador nuestro; ilumínanos con la luz de tu palabra, para que la celebración de esta Cuaresma produzca en nosotros sus mejores frutos⁶.

El *spatium paenitentiae* hay que ponerlo en relación con el catecumenado, pero mientras el catecumenado se dirigía a la recepción –celebración de los sacramentos que aceptan o hacen entrar en la iglesia, el *ordo paenitentiae* es ese mismo sacramento– *mysterium* para la recuperación de cuanto está relacionado con los tres sacramentos de la iniciación cristiana.

4. De la fe a la conversión

La celebración del sacramento de la penitencia es siempre un acto de fe, signo de la Pascua de Cristo, que pasa por las partes de que consta la celebración del sacramento: contrición, confesión, satisfacción y absolución.

Son importantísimas las acciones con que el fiel penitente participa en el sacramento. Se trata de un proceso que va del Cristo reconciliador por medio de la Iglesia reconciliadora y que acaba en el cristiano reconciliado. Lo que se llaman “los actos del penitente”, contrición, confesión, satisfacción, se convierten en la expresión visible, eclesial y cultural, de la aceptación de restablecimiento de las relaciones filiales cara a cara con Dios y de la solidaridad fraterna con los demás y esta aceptación está unida a todo esfuerzo penitencial del creyente y de la misma iglesia que colabora activamente en su conversión y curación.

Los actos del penitente, de diversa importancia, pero indispensables cada uno para la validez e integridad del signo, o

6. Misal Romano, Lunes de la primera semana de cuaresma, Oración colecta.

para que éste sea fructuoso juntamente con la absolución sacramental del sacerdote, son las realidades o partes que componen el signo sacramental del perdón y de la reconciliación (*Dejaos reconciliar con Dios*, n.º 58).

El cristiano ha experimentado la misericordia de Dios y manifiesta ahora en su vida la renovación y resanación espiritual que ha recibido. Los actos del penitente deben manifestar su conversión, pero también su prolongación en la vida de lo celebrado para que haya así una total interpenetración entre fe, celebración y vida, según las leyes de la liturgia.

Los actos del penitente son la culminación del proceso penitencial y a su vez el comienzo de la espiritualidad penitencial; podemos decir que “la muerte ha encontrado su término y la vida eterna su principio”⁷.

En perspectiva antropológica la conversión implica un sentido general de cambio o mudanza. En perspectiva religiosa cristiana, conversión designa la transformación que se realiza en el hombre a raíz de su contacto con las Tres personas divinas. Como la gracia del bautismo, la del sacramento de la penitencia se extiende a toda la vida para hacer cada día esta muerte con Cristo inaugurada en el bautismo.

La absolución sacramental es anuncio que hace presente de manera eficaz el amor de Dios a los hombres, concretado en este caso, a cada persona en su propia e intrasferible situación (*Dejaos... 58*).

5. *Función mediadora de la Iglesia*

El sacramento de la penitencia es un signo que anuncia la dimensión escatológica, inherente al Misterio Pascual, en cuanto es la anticipación real, aunque incompleta y provisoria, de la victoria definitiva y completa sobre el pecado, de la plena conversión escatológica de los pecadores arrepentidos y de su total reconciliación con Dios y entre ellos mismos.

7. Sacramentario Gelasiano, ed. Mohlberg, n.º 352.

Todo esto significa que en la celebración del sacramento de la penitencia, el pecador arrepentido y toda la Iglesia liberada del pecado y reconciliada con Dios y con los demás, por medio de esta nueva inserción en el Misterio Pascual, debe esforzarse en realizar la conversión y la reconciliación escatológica que se construye día a día. Así este sacramento se hace contemporáneo del acontecimiento de la Pascua del Señor que nos ha reconciliado con el Padre.

La celebración del sacramento hace visible el acontecimiento pascual, porque tiene lugar *in Ecclesia, cum Ecclesia, pro Ecclesia*. En este sacramento la Iglesia ejerce una doble mediación: descendente y ascendente. La Iglesia ofrece la gracia y el amor de Dios a los hombres y a su vez reconcilia al pecador consigo mismo y restablece su justa relación con Dios y con la Iglesia.

En virtud del carácter bautismal, el cristiano pecador continúa perteneciendo realmente a la Iglesia aunque por el pecado se aleje de ella. Y todo los pasos penitenciales, inspirados y sostenidos por la gracia de Dios que llama al penitente y lo invita a convertirse, son la expresión y el ejercicio de su carácter bautismal y de su pertenencia a la Iglesia.

El penitente, puesto que es un bautizado arrepentido, coopera a la realización del sacramento y en esto se siente cercano a todos los bautizados, pues el sacerdocio bautismal, común a todos los bautizados, se ejerce en el acompañamiento y en el ejercicio de este sacramento. El sacramento de la penitencia expresa la fe del individuo y la fe de la Iglesia. Sólo por la fe del cristiano acepta el plan de salvación del modo que experimente en su vida la manifestación visible de la misericordia y de la gloria de Dios.

El pecador convertido muestra a la Iglesia y al mundo que está unido a Cristo en su lucha continua contra el pecado bajo todas sus formas. Así visibiliza la Pascua de Cristo y se puede ver cómo todo el sacramento es un anuncio de la Palabra de Dios y un acto de culto que perdona. El sacramento nos incita a fundar nuestra vida sobre la gracia de Dios y a confesar su alabanza desde nuestra poquedad. El sacramento hay que centrarlo en la fe que es

confianza en Dios, más allá de nuestras infidelidades, así el misterio del pecado es vencido definitivamente por la misericordia de Dios.

6. *De la conversión a la vida*

Ciertamente la conversión comprende un camino especial y personalizado; hay siempre una fase inicial en la que la persona acepta a Jesucristo; una segunda etapa está caracterizada por un trabajo de consolidación que lleva a una confrontación total a Cristo. Son las dos tablas de salvación, el bautismo, primera tabla de salvación, y la penitencia-reconciliación, la segunda. Esta fe y estas dos tablas de salvación están en celebraciones que se encuentran siempre en la cercanía de la Pascua, es decir, en la semana que se llamará por excelencia Semana Santa y que tendrá su centro en el Triduo Pascual.

En el esquema de reconciliación de la iglesia, la fe que se manifiesta en la conversión y que busca la confesión-absolución debe brotar de la actitud permanente de cambio y de vuelta. Esta conversión continua hace pasar de la increencia a la fe; la fe deberá llevar a una coherencia de la vida, es decir, a un comportamiento que ratifique la ruptura con el mundo y con la manera de vivir propia del mundo para conformarse al modo de vivir de Cristo.

El convertido se caracteriza por la necesidad de convertirse siempre más y de vivir en estado de conversión. No sólo es consciente de su estado, sino que también lo reconoce, da gracias por él y se acuerda de la bondad de Dios que le revista de su misericordia. Se trata de ir de la contrición del corazón a la plena realización de la contrición en el cambio de vida.

FR. JUAN JAVIER FLORES, OSB
Abadía de Santo Domingo de Silos (Burgos)

Semblanza espiritual de Edel Mary Quinn (1907-1944)

La prueba de la santidad de Frank Duff no fue su propia santidad; sino la santidad de su mejor hija espiritual: Edel Mary Quinn. Como San Ignacio de Loyola fue favorecido por el Espíritu Santo dándole como discípulo suyo a San Francisco Javier; y como San Juan Bosco fue bendecido con la santidad de su discípulo Santo Domingo Savio, así también el Siervo de Dios, Frank Duff, fue hecho fecundo con la santidad de Edel Mary Quinn.

Nos toca bosquejar ahora la semblanza espiritual de Edel. La dividiremos en dos partes: antes de Africa y en Africa.

1. *Edel antes de experimentar la llamada de Africa*

a) La salud

Y ante todo afirmamos: la salud de Edel fue siempre noticia. La salud, mejor dicho, la falta de salud fue siempre la “cruz” de Edel. Como ella decía, “la presencia” del amor de Dios sobre ella. Su debilidad física la veía ella como “alegría” y “participación en los sufrimientos de Cristo”. Su don era la “aceptación” de la “falta de salud”. Esta falta de salud la aceptaba “jubilosamente”. “Dulzura” y “felicidad” son los frutos del sufrimiento en ella. Decía: “los sufrimientos son preciosos”. Y relacionaba amor, sufrimiento y alegría de la siguiente manera: “Sufrir por amor es mi mayor alegría”. Aunque de la alegría nos ocuparemos después, ya desde ahora notamos que la falta de salud es origen de gozo, júbilo, alegría...

Edel Mary Quinn nace en Irlanda el 14 de septiembre de 1907 y muere el 12 de mayo de 1944 a los 37 años de edad en

Africa. Toda su vida fue una lucha contra su mala salud. Empieza a estar enferma desde joven.

En enero de 1932, cuando tenía pensado entrar en las Pobres Clarisas de la observancia de Belfast, se puso enferma e ingresó en un sanatorio. Una íntima amiga suya, que después sería cartuja, califica este hecho de “¡sorpresa!”. Fue sorpresa, pero no fue extrañeza. Ayunaba a menudo, se saltaba el horario de las comidas, no tomaba leche, ni mantequilla, ni carne...

Mala salud sí tenía: pero nunca se quejó de ella. Dejó de considerarse enferma para dedicarse a algún trabajo generoso: secretaria... No descansaba casi nunca; mejor dicho, un día, cuando se le encharcaron los pulmones de sangre.

Austera en su vida, el trabajo la dejaba libre para organizar su vida a su manera. Pero en su tiempo libre se olvidaba totalmente de sí misma, para pensar en los demás. Desde su más tierna infancia nunca pensó en sí misma. Fue una enferma que nunca se tomó muy en serio los juicios de los médicos sobre ella. Se abandonaba, más bien, en Dios.

En lo que se refería a su salud tenía la prudencia que el Espíritu Santo le comunicaba, aunque hay que decir que Edel no desatendió nunca totalmente su salud. La alegría le proporcionaba siempre nuevas energías. A quien le preguntaba por la salud, le solía responder: “¡Magnífica, gracias!”. Y ella seguía durmiendo en una cama tan dura como una tabla.

b) La alegría

La sonrisa de Edel se ganó todos los calificativos. Edel se caracterizó por el brillo de los ojos y el encanto de su sonrisa. Iba a la moda y tenía un gusto exquisito en la manera de vestir. Modesta sin ñoñería, no usaba el lápiz de labios. Tenía una personalidad atractiva, gran cordialidad, su saludo desbordaba de afecto; saludaba: “¡Qué agradable sorpresa!”; tenía una gran alegría y un excelente buen humor.

Equilibraba una profunda vida interior con su juventud, encanto, elegancia, gran sentido del humor y una inteligencia brillante; talento para la música y los deportes: tenis, baile, golf, ciclismo. Resumiendo, se pasaba de su presencia a la

presencia divina. Se adivinaba en ella el recogimiento de su persona. Era muy sensible. Y, por ejemplo, tocaba el piano para entretener a los demás pacientes.

La sonrisa radiante de Edel hincaba su raíz en el amor. En el Dios-Amor. Dios era para ella su amigo más íntimo, la vida de su alma, la alegría de su corazón, la luz.

La operaron de apendicitis y a su amiga le dijo con un gran buen humor: “siempre habías pensado que yo era un poco desequilibrada, y ahora es un hecho”. (Por el peso del apéndice). Edel, que fue siempre una joven frágil, desahuciada por los médicos, nunca disculpó sus penitencias por sus enfermedades. Madrugaba para ir a misa; pide ir a Inglaterra y la mandan a Africa. Es débil y, al mismo tiempo, fuerte y viril.

Edel era una muchacha alegre, pero paradójicamente en el hondón de su alma habitaba “el más elevado reposo y el más elevado silencio”, el de la Santísima Trinidad. También era una joven mariana y se sentía esclava de amor de María en Jesús. Esta devoción fue fuente de apostolado y de alegría. Acabamos de indicar la fuente de su alegría: la inhabitación de la Trinidad en su alma. Recordamos también lo que ella decía de sí misma: que las tres cuartas partes de su alegría procedían de su forma natural de ser, el resto era virtud.

Podíamos intentar una viva descripción de Edel así: Frágil y atractiva en sus palabras, su mirada, el tono de su voz, la radiación espiritual de sus ojos, su gentil distinción, su refinada sensibilidad, su espíritu penetrante, su aire juvenil y jubiloso, su excepcional sentido común, su buen humor, su carácter juguetón y alegre... Siempre estaba sonriendo... tan simpática que su jefe francés le propuso que se casara con él. Era una belleza poco común, pero discreta, era una muchacha deliciosa, alegre y amable, adorable... Su alegría domina al sufrimiento y es contagiosa. Creaba en torno a sí un clima de lozanía, juventud y espiritualidad. Si de Jesús decimos que era tan humano, tan humano que tenía que ser Dios; de Edel decimos que era tan humana tan humana que tenía que ser santa. El Espíritu Santo la había poseído desde su más tierna infancia.

c) La vocación legionaria

Edel lo dejó todo por la Legión. Y Edel es modelo no sólo de los legionarios de María, sino de todos los laicos que intentan santificarse por medio del apostolado. Edel conoció la Legión de María, después de haber pertenecido en su colegio a la Congregación de la Virgen; y después de haberse prometido a Dios y aspirar a una verdadera santidad.

La Legión de María nació el 7 de septiembre de 1921. Edel había nacido el 14 de septiembre de 1907. Tenía 14 años Edel, cuando nació la Legión de María. El encuentro de Edel con la Legión de María fue casual, en 1927, cuando tenía 20 años y trabajaba aún de secretaria. A una amiga que declinó su invitación con un “imposible, el jueves tengo reunión de la Legión de María”, Edel le respondió: “Déjame asistir a esa reunión!”. Y allí se quedó para siempre.

Algunas de las impresiones que causó en la/os demás legionaria/os las resumimos: débil, reservada, personalidad radiante, silenciosa, espíritu de oración, hermana espiritual de Santa Teresa del Niño Jesús...

En cuanto a la acción, Edel consagraba cinco tardes al trabajo legionario. Y, sin embargo, diría una y otra vez: “detesto las visitas”. He aquí la Edel apóstol. Además de las visitas por parejas, Edel tuvo pronto casos propios, fuera de serie y programa. Fue presidenta de su grupo a los dos años de pertenecer a la Legión de María.

Edel en el trabajo legionario, acoge, adivina sus pensamientos, comparte sus desgracias, soporta miradas malévolas, injurias, burlas, críticas, fatiga, ingratiudes... A estas circunstancias, las llamaba Edel: “los sacramentos de la voluntad de Dios”. El motor de este trabajo legionario es la Eucaristía: “Siento un gran vacío el día que me faltan la Misa y la Comunión”.

Para Edel el trabajo es oración, pero quiere tener tiempo para consagrarlo ininterrumpidamente a Dios. Edel, que es capaz de llorar lágrimas de fuego, hay que juzgarla más bien por sus efectos que por lo que ella dijera. Y uno de estos efectos fue el trabajo misionero que, sobre todo, desarrollaría en

Africa. Indiscutiblemente el Espíritu Santo la había favorecido desde su más tierna infancia.

2. *En Africa*

No nos metemos de lleno en su aventura exterior africana, sino en su espíritu. Recordamos unas palabras de Edel: “¡Qué confianza tan ilimitada deberíamos tener en el amor de Dios! Nunca podremos amarlo demasiado; démonos a Él totalmente sin preguntar por el premio; Dios responderá fielmente a nuestra fe. Hagamos por El lo que podamos, y confiemos en Él, que nos dará cada día fuerzas para cumplir el trabajo que nos ha encomendado”.

Este es el itinerario espiritual de Edel tan importante como su itinerario africano. Pero empecemos: el 30 de octubre de 1936 parte en barco para Africa. Muere el 12 de mayo de 1944. Dura, por tanto, su aventura ocho años y muere en un jardín.

Edel, para dejar atados todos los cabos, y consciente de su fragilidad, dirá: “Si fracasamos, la culpa será mía”. La pluralidad de lenguas, el hecho de ser mujer, hacen que algunos piensen en un “absurdo”. Su más íntimo pensamiento: “No es cristiano quien no va hacia el hermano para darle a Jesús”.

Su estancia la expresa: “Me agrada mucho estar aquí”. La respuesta se la darán: “Jamás podré expresar suficientemente lo que ella hizo por mi pueblo”. Y también: “su paso será siempre un precioso recuerdo”. Su pena, su falta de consuelo: la Eucaristía. Dice: “¡Qué solitaria sería la vida sin Eucaristía! Tenemos que agradecer infinitamente a la Trinidad este don, y acompañar al Señor en el Santo Sacramento. Queremos estar unidos a El, darnos a El por completo. Nuestra fe nos dice que El está en la Eucaristía. Vayamos a buscarle allí. Si supiéramos dónde encontrarle en la tierra haríamos cuanto pudiésemos para llegar hasta allí”. Notamos su espiritualidad sponsal: “darnos a El por completo”, como una esposa a un esposo.

La vida de Edel puede suponer una valiosa ayuda para las multitudes. Su espiritualidad es un don del Espíritu a su

Iglesia; pero Edel reconoce que por medio de la Legión de María. Dirá: "Mi vocación es legionaria". Y confiesa: "María (actúa) a través de mí". Y otra pincelada más de su espiritualidad mariana misionera: "Si por María se ha dado todo a Jesús, no se tiene derecho a perder el tiempo". Para escribirle a su sucesora: "Nuestra Señora aporta una ayuda especial, en las giras más difíciles". Su alma se alimentaba leyendo y releendo "El secreto de María" de De Monfort.

Algunos datos. Edel llegará de Europa a Nairobi y morirá al cabo de ocho años en Nairobi. Recorrerá Africa Oriental sentada en un viejo coche conducido por "Alí Babá", mahometano. Hará gala de su gentil sonrisa, su buen humor, impertérrita, risueña, feliz, jovial, nada le hará perder la alegría, a través de marismas, bosques..., dispuesta siempre "a estirar las piernas", viviendo mil anécdotas que no voy a contar.

Amada por el pueblo, respetada como ninguna otra persona, era algo fuera de lo corriente, inmunizada contra el respeto humano, nada existía que le causara miedo o temor, incansable, ajena al desaliento, pronta al sacrificio, caminaba de un lugar para otro... Salió de la Isla de San Mauricio "deshecha en lágrimas"; y despertaba la cooperación de los africanos en la evangelización de su propio continente. Resumiéndolo todo, dice Frank Duff, ofrecía a Dios "el terrible sacrificio de su propia vida". De gran belleza antes de partir para Africa, al final parecía una mujer de 60 años. Se entregó toda totalmente.

Toda persona es un misterio. El misterio de Edel podríamos resumirlo en estas paradojas. Ultra-sensible, amaba profundamente a su familia, pero nunca intentó volver a ella desde Africa; sentía un tremendo cariño por el círculo de sus amistades, pero huía de ellas cuando era menester... Paradjica Edel. Toda de Dios, lo dejó todo por la Legión de María y el apostolado. Edel no hablaba de Dios a la gente, les daba a Dios. Y lo daba más a través de su persona que a través de su palabra. "Y, sobre todo, irradiaba siempre de su persona una gracia y una paz, tan llenas de encanto, que sus interlocutores quedaban embelesados" (Frank Duff).

Para concluir esta semblanza copiamos literalmente el recuerdo de su amiga íntima cartuja: “Lo que me parece más maravilloso de Edel es la perfección con la que lograba armonizar elementos aparentemente muy contrarios: el atractivo y las maneras de una joven moderna de su tiempo, y una profunda vida interior; la sabiduría de un anciano y el carácter juguetón de un niño; un espíritu de austeridad y una amabilidad delicada, constante –e incluso una gran indulgencia– hacia los demás; una inviolable reserva sobre su propia vida interior y una manera de ser espontánea y cordial; una sensibilidad delicada y una inagotable paciencia y dulzura en todos los sufrimientos y pruebas; una debilidad física debida a la enfermedad, y una valentía y fuerza de espíritu capaz de superar todos los obstáculos. Finalmente, una capacidad excepcional para consolar a aquellos que pasaban penas o sufrimientos y una fuente inextinguible de alegrías en las profundidades de su alma; una alegría que ella podía –y de hecho así lo hizo– compartir con los que sufrían, sin herirles, pues no era sino “la alegría del Señor”, por encima de todo sentimiento. Su alegría era el desbordamiento del más profundo amor, y así, podía volcarlo sobre quienes sufrieran, para consolar y para curar”.

¿Cuál es el secreto de este equilibrio psíquico y espiritual y de esta riqueza de dones y actitudes? El Espíritu Santo que tomó posesión de ella ciertamente en su más temprana edad. Que el Espíritu nos ayude a todos los legionarios y no legionarios, a seguir e imitar a esta heroína del Apostolado, Edel Mary Quinn, quien no vivió ni un intimismo sin compromiso, ni un activismo sin intimidad con Cristo. Edel inculturizó en el hombre y mujer africanos el espíritu de la Legión de María. ¡Gracias Edel!

MARCOS MELLADO HERNÁNDEZ

La Palabra de Dios ilumina la condición racional y pneumática del cristiano

II. MEMORIA DEL PECADO Y DON DE LA CONVERSIÓN

Hablar hoy del pecado, de la conversión y de la virtud no sólo no está de moda, sino que molesta y es considerado como un discurso ya superado; el pecado no está presente en la conversación corriente de los hombres, incluso cristianos. La crisis de la moral es indudablemente la manifestación más grave del empobrecimiento de la cultura moderna. Y el problema no está principalmente en que existan hombres y mujeres que vivan sin códigos morales de ningún tipo, sino que los mismos intelectuales nieguen la existencia de normas morales universalmente vinculantes, pues rechazan la posibilidad de fundar racionalmente una moral natural, es decir, la vida licenciosa de algunas personas va unida al relativismo de los moralistas. Ahora bien, el silencio no arregla las cosas; por eso nosotros, convencidos de la necesidad de la nueva evangelización, invitamos a que el hombre se acepte como pecador que debe restablecer su relación con Dios, nuestro último fin.

1. *El pecado esclaviza al hombre*

Cuando el hombre se olvida de Dios y de la propia responsabilidad personal ante el pecado, no sólo se hace cómplice del mal que oprime al mundo y destruye a los hombres y mujeres, sino también entra en el caos moral, que levanta el muro del miedo, de la violencia, de la agresividad y de la

incomprensión. En Europa cayeron los muros de piedra y se han levantado los muros invisibles del egoísmo, debido a la pérdida de la conciencia cristiana ante pecados sociales que claman al cielo como, por ejemplo, los abortos y divorcios. Europa occidental se construye bajo la promesa de la abundancia, pero se olvida de los derechos de Dios; y el centro y este europeos, dominados antes por la dictadura marxista, han renunciado a analizar los crímenes padecidos: intentan olvidarse del pecado y tampoco han perdonado; por eso han entrado en el caos moral y económico.

El muro invisible que nosotros construimos para vivir como si Dios no existiera y desterrar de nuestro lenguaje el pecado, olvidándonos del deber de la propia conciencia, tiene un nombre: es el egoísmo, por el que excluimos al que molesta y lo que molesta. El conocimiento lúcido de uno mismo implica conocer y reconocer el mal y los pecados concretos que hay dentro del propio corazón y la propia responsabilidad ante el mal de la sociedad que oprime a tantas personas. Afirmar que Europa tiene que reconstruirse sobre el Cristianismo, no es apropiarse de la historia secular de los pueblos, es sencillamente sacar las consecuencias personales y sociales de la fe cristiana.

Quien sufre las consecuencias del pecado se alimenta con la violencia gestada por el mal, mientras no experimente el estupendo don de la conversión. En este contexto, la Providencia de Dios nos saca del pecado y nos devuelve un corazón de carne llevándonos mediante un proceso lento al misterio de la transformación interior, mediante la enfermedad y otros acontecimientos humanos, donde aparecen evidentes nuestras limitaciones y fracasos. Es preciso aprovechar todas las ocasiones posibles para salir del pecado, reconocer nuestros pecados con sus nombres y apellidos; Dios nos libre de perder la conciencia del pecado o de acostumbrarnos a vivir con el pecado, que es lo más terrible que nos puede suceder, como se advierte en las consecuencias asumidas por Jesucristo y sufridas por nosotros mismos.

Pero es imposible hablar bien del pecado si no hablamos al mismo tiempo de la conversión, presupuesto para el

perdón de nuestros pecados, que incluye la curación interior y la reconciliación con Dios, con la Iglesia, con nosotros mismos y con la misma creación. Es verdad que también debemos alegrarnos de la sorprendente capacidad de perdonar a quienes nos han hecho el mal, pero este gozo es exclusivo de quienes antes han experimentado en sí mismos la presencia del pecado, la necesidad de la conversión y el gozo de ser perdonados. Ahora bien, estamos hablando de dones de Dios, cuya consecución no está en nuestras fuerzas humanas.

2. *Conocer y aceptar que somos pecadores*

Comencemos hablando de una disposición necesaria para la conversión, que es el don de conocer el propio corazón y lo que dentro de él hay. Cuando no partimos del conocimiento propio, advirtiendo si lo que hay dentro del corazón es tierra endurecida, piedras, espinas o tierra buena, estamos convirtiendo el proceso de la vida espiritual en frivolidad, ideología o entretenimiento. Ahora bien, este conocimiento propio no es autoanálisis psicológico, sino dejarnos juzgar por la Palabra de Dios, espada de doble filo que penetra hasta lo más profundo del corazón e ilumina la historia de nuestra salvación. El edificio de la vida espiritual no tiene otro fundamento que nuestra pobreza y el pobre auténtico es el que se conoce y se acepta pecador.

El hombre lleva en sí mismo después del pecado original el conflicto interior, pues advierte una división entre el cuerpo y el alma, entre la concupiscencia que el pecado ha dejado incluso después del bautismo y las urgencias sobrenaturales de la gracia cristiana; con frecuencia queremos una cosa y hacemos otra. Además, muchos hombres no superan el nivel de las pasiones en su vida; por eso son víctimas de las influencias de sus concupiscencias, de los pecados del prójimo, del mundo y de Satanás, a través de los sentidos, de la imaginación y del apetito sensible.

Reconocernos pecadores y conocer nuestros pecados concretos es un don de Dios, que implica por nuestra parte

asumir el conjunto de humillaciones y frustraciones, consecuencia de fracasos, errores y pecados. Asumir los conflictos interiores, las enfermedades, las injusticias sufridas, los pecados cometidos, la misma muerte y sus circunstancias que Dios ya conoce. Asumir lo que hubiéramos deseado que nunca hubiera sucedido. Vivo en una cárcel estrecha; todo me punza: la tierra no es lo mío y el cielo no lo alcanzo.

Bendecir a Dios Padre por nuestra historia de pecado es un don de Dios; bendecir no por haber pecado, sino porque Dios se sirve de nuestro pecado para que podamos llegar a experimentar su amor misericordioso. El don de Dios está en que podamos salir del pecado estando en la debilidad y esclavitud por él producidas; el don de Dios está en que podamos seguir amándonos después de la humillación del pecado; el don de Dios está en que podamos tratarnos con ternura al ver que así nos trata Dios Padre. Bendecir a Dios no es no tener problemas, sino poder vivir en paz en medio de ellos.

Alégrate, pecador, porque Jesucristo se ha hecho hombre y ha salido en tu búsqueda; por eso, no te detengas en el pecado; sal tú también en deseos del perdón de Dios. Necesitas el perdón; necesitas a Jesucristo, Señor y Salvador. Goza en el arrepentimiento y no infrinjas una nueva ofensa a tu corazón o al prójimo. Alégrate por el perdón al que Dios te invita; por el hermano que intercede; por el hermano que perdona.

3. *Anunciar al hombre su pecado*

Nadie es capaz de conocer el propio pecado, si no se lo anuncian. He aquí una de las características de la verdadera comunidad cristiana y de los auténticos hermanos en la fe, que son quienes te anuncian el propio pecado y te ayudan a que entres en la verdad de tu vida de pecado. ¿Acaso no era éste el sentido espiritual del conocido Capítulo de Culpas en las Comunidades Religiosas? ¿Acaso los nuevos movimientos eclesiales no han descubierto este principio de la vida sobrenatural mediante la convivencia mensual o rueda de experiencias?

Los Profetas de Dios, Juan el Bautista, Jesucristo, los Apóstoles comenzaron su misión anunciando a los hombres su pecado y la invitación urgente a la conversión. Nuestra enfermedad más grave es alejarnos de Dios y ésta tiene nombres concretos: calumnias, mentiras, odio, blasfemia, fornicación, injusticias, crueldades, depravaciones, pereza, rabia, orgullo, celos, resentimientos y el egoísmo desmesurado y soberbio, que es la raíz de todo pecado, cuyas consecuencias nos revelan su gravedad.

Pero hay que anunciar el pecado al hermano no desde nosotros mismos, llenos de pecados también, sino desde el amor de Dios, pues es preciso reflejar la misericordia divina, no nuestra miseria. Anunciamos, pues, un juicio de misericordia, sin idolatrar el pecado, ni detenernos demasiado en él; el pecado es para destruirlo, no para contemplarlo; y el pecado se destruye únicamente mediante la conversión y mediante el perdón divino.

Muchos cristianos están espiritualmente bloqueados por sus pecados; no dan frutos porque quien no tiene vida tampoco puede darla a los demás. Aunque entregamos al Señor algunas cosas, no terminamos de entregar plenamente toda la vida al Señor. Nos encontramos incapacitados para aceptar de corazón la voluntad de Dios. Estamos en estructuras cristianas, pero el cristianismo no está en nuestro corazón, porque no hemos muerto a nosotros mismos, que es el nacimiento nuevo por el que se entra en el reino de Dios. Vivimos de apariencias y de ilusiones; nos hemos acomodado y tenemos miedo a dejar aquello en lo que se afirma nuestra vida. Damos vueltas a nuestros problemas y seguimos justificándonos, encontrando siempre algún culpable.

La acción del Espíritu Santo en nosotros implica, no sólo la iluminación del corazón, sino también la transformación de nuestra vida, que comienza por el conocimiento del propio pecado. Dios quiere manifestarnos dónde está y cuál es la raíz de nuestro pecado y de nuestros pecados concretos, que está en rechazar la luz de Jesucristo o en preferir nuestras tinieblas al seguimiento verdadero de Jesucristo. Nos gusta alimentar nuestras emociones religiosas con los pobres del

tercer mundo y hasta nos solidarizamos con las naciones en guerra y los derechos de quienes están lejos, pero no toleramos que nadie nos hable sobre el propio desorden moral: el aborto, el divorcio, la degradación sexual. Quitamos la pena de muerte a los criminales y se la imponemos a los niños indefensos. Hablamos de justicia y nos olvidamos de la voluntad de Dios; hablamos de libertad y despreciamos la verdad; nos asustamos ante las torturas lejanas y toleramos las próximas.

Ahora bien, lo que nos da propiamente conciencia del propio pecado es el conocimiento y aceptación de corazón de la voluntad de Dios. Esto nos exige no conformarnos a este mundo; ofrecer nuestros cuerpos como sacrificio agradable a Dios; morir como el grano de trigo a nosotros mismos, pues lo demás son sentimentalismos vacíos y maneras de servirnos de la religión para nuestro propio provecho. Aceptar la voluntad de Dios significa abandonarse a los designios de Dios y dar gracias por la vocación que el Señor nos ha regalado con inmenso amor. En fin, la raíz del pecado es que desconocemos la Palabra de Dios y, en consecuencia, no podemos cumplirla.

“Si os entregáis en mis manos, yo os purificaré. Necesito un pueblo bien dispuesto con las armas del Espíritu, fuertes en la voluntad, firmes en la fe y llenos de confianza en mi poder. Os alimentaré día a día con mi Palabra y yo os llevaré donde vosotros no sabéis y os alegraréis. No tengáis proyectos humanos. Encomendadme vuestros caminos y yo actuaré. Mi corazón es un horno donde todo queda transformado”.

4. *Las heridas del pecado*

Como Dios nos ha creado por amor y para amar y ser amados, cuando experimentamos la carencia de amor gratuito, ya desde los primeros años de nuestra vida, incluso antes de nacer, quedamos heridos y surgen necesariamente insatisfacciones, frustraciones, agresividades y desórdenes morales. Durante la historia de nuestra vida hemos sufrido indudablemente acontecimientos dolorosos que han originado

traumas, los cuales tratamos de olvidar creyendo que el tiempo lo cura todo, pero el tiempo no cura nada; lo único que hace es echar tierra encima, que habrá que quitar cuando advirtamos que estamos heridos en zonas profundas de nuestro ser. La memoria impregna toda nuestra vida; nos da la conciencia del tiempo y no podemos prescindir de ella.

La necesidad más grande del hombre y de la mujer es relacionarse con Dios, con los demás y con la misma creación. Ahora bien, las heridas causadas por las injusticias sufridas en nuestro corazón nos impiden una relación correcta con Dios, con los demás, con la creación y hasta con nosotros mismos. En esta situación, es fundamental advertir que Dios quiere curar interiormente todos estos recuerdos dolorosos de nuestra vida, destruyendo en nosotros las experiencias de amor egoísta y llenándonos de su amor gratuito.

Nuestra vida es como un iceberg; sólo vemos la parte superior y nos confesamos únicamente de lo que vemos, no de todo el pecado que hay en nuestra vida. Para llegar a conocer el pecado con sus raíces y consecuencias, presentes en nuestro corazón, necesitamos de la oración y de la ayuda de Dios. Por eso, después de las confesiones seguimos con los mismos pecados, pues no hemos llegado a las raíces y tampoco han podido ser curadas y perdonadas sus consecuencias. La soberbia nos lleva a autojustificarnos y seguimos echando la culpa a los demás; pero el pecado sigue dentro y nos sigue haciendo mal.

Ante las heridas, como ante el pecado, caben tres posturas: la del frívolo, el cual ha perdido ya el sentido del pecado. Vive como si Dios no existiera; como si no existiera el pecado; como si no necesitara la redención. Reduce el cristianismo a entusiasmos emocionales localizados en el tiempo y en el espacio, individuales o comunitarios, sin dar relieve alguno a la fe y al comportamiento creyente en la vida real.

La postura del fariseo aparece en aquellos hombres y mujeres que piensan que pueden salir ellos mismos del pecado, aunque normalmente viven en la ilusión, más allá del bien y del mal. Son personas soberbias que rechazan sus propios pecados, nunca llegan a conocer sus propios

límites, y, por ello, tampoco gozan experimentando la ternura de Dios.

La postura del publicano, que sin quitar importancia al pecado se acepta como pecador y se deja amar y perdonar por Dios Padre, rico en misericordia. Así, Dios se encarna en la pobreza de su vida.

Ahora bien, hablando de las heridas producidas por el pecado en nuestro corazón, es preciso distinguir entre el acontecimiento origen del trauma y la interpretación o reacción personal, que es lo que propiamente traumatiza, poniendo una carga afectiva negativa en el hecho. Y no olvidemos que los traumas son consecuencias más de la carga afectiva, que hemos puesto, que de las mismas injusticias padecidas.

El hecho origen del trauma se reduce siempre a una experiencia de amor que la persona tenía que haber recibido gratuitamente y se ve privado de ella. Por ejemplo, quien fue concebido en contra del deseo de los padres; quienes estando en el seno materno fueron rechazados por los padres; en la agonía del nacimiento; en los primeros años de vida, cuando se forma la propia imagen, la imagen de los padres y la imagen de Dios; en la adolescencia, cuando surge la necesidad de desarrollar la afectividad independientemente del núcleo familiar y se puede manifestar una inseguridad arrastrada ya desde la infancia; en la madurez de la vida, no habiendo aceptado las limitaciones o fracasos vocacionales, profesionales, matrimoniales o las envidias ajenas que torturan a una persona hasta reducirla en sus capacidades profesionales, etc.

Pero la raíz del trauma está en la carga afectiva, que permanece en la memoria aunque el hecho haya sucedido ya hace 50 años. La carga afectiva, al encerrar un rechazo lógico de lo que hace sufrir, provoca agresividad y violencia o sencillamente marginación y búsqueda del desarrollo de la personalidad en contextos ajenos a la comunidad donde se vive; de tal modo que una persona puede ser muy diferente según los ámbitos en los que se encuentre. Evidentemente, la agresividad o la marginación son mecanismos de autodefensa y modos de sobrevivencia, pues si no se reaccionara de ese

modo, la violencia ajena, llena a veces de odio y crueldad, destrozaría a las personas y las llevaría a la muerte, primero psíquica y después física. Pero esta violencia introduce a las personas en el engaño y la mentira, siendo muy difícil desengañarse. Por ejemplo, un adolescente que haya sido maltratado por sus padres, se negará a reconocerlo, porque los necesita, y entonces esa mentira gestará en él diversas neurosis. La culpabilidad se manifestará, desplazándose, en miedos y obsesiones.

5. *El don estupendo de la conversión*

Para llegar a discernir el don de la conversión debemos comenzar diciendo lo que no es o cuáles son las características de la falsa conversión. Por ejemplo, la conversión moral o legalista es la que se basa en nuestras fuerzas; es frívola o inhumana, según se fundamente en el optimismo o en el pesimismo. Esta conversión moralista va unida normalmente a una angustia de culpabilidad, a una necesidad de autoafirmación moral, a un complejo de inferioridad, a esfuerzos o propósitos programados, etc. Junto a esta conversión legalista está también otra conversión falsa, conocida como conversión laica, es decir, la experiencia del desengaño, del desdén, que provoca ironía o menosprecio ante quienes, fundamentados en la gracia de Dios, confían en salir del pecado y regresar a la felicidad para la que Dios nos ha creado. Esta conversión no salva espiritualmente, aunque humanamente ofrezca la posibilidad de superar algunos problemas.

Por el contrario, la verdadera conversión es un don de Dios para el cual hay que disponerse y conduce al perdón de Dios, a la curación interior del corazón, a la reconciliación exterior con el prójimo, la comunidad y la creación y a las obras de penitencia. Esta conversión se capta desde la fe, que capacita para darse cuenta y experimentar que Dios nos ama y nos ha amado siempre. De este modo, se advierte que la agresividad violenta se transforma gracias al amor de Dios en paz ante quien ha sido injusto, e incluso el que ha sufrido la

injusticia termina agradeciendo al ofensor, pues Dios se ha servido de estas injusticias padecidas para que lleguemos a conocer mejor el propio pecado y el amor divino, que nunca nos ha abandonado.

La conversión cristiana es una experiencia sorprendente de la bondad de Dios, al saborear la misericordia de Dios que llega a la pobre realidad de la vida humana y la rehace con el amor gratuito. Es una verdadera fiesta salir de la mentira en que nuestra soberbia herida nos había introducido; es una fiesta comenzar a tratarnos con ternura en medio de nuestra debilidad; es una fiesta totalmente nueva ver que es verdad el amor de Dios en nuestra vida, y lo vemos en las consecuencias que produce en nuestro corazón y en nuestro comportamiento con él y con los demás.

La experiencia de la conversión nos mete dentro del Corazón traspasado de Jesucristo en la Cruz; allí nos escondemos; allí comprendemos lo que antes no entendíamos, estando envueltos por la mentira de nuestra soberbia herida; allí recibimos un corazón de carne, que nos capacita para entablar un diálogo de descanso y de amor con Dios, que se transforma en un gozo profundo y en una aceptación profunda y pacífica de toda nuestra historia, pues a quienes antes considerábamos enemigos por el mal que nos hicieron, ahora las vemos como personas que Dios ama y también nosotros las miramos de otro modo, con amor aunque no siempre pueda, ni tampoco deba, haber una relación de amistad con ellas.

La experiencia de la conversión es la prueba del Dios inmensamente bueno y poderoso, el nunca bastante, el todo y todas las cosas, pues nos da lucidez ante el propio pecado y ante su misericordia. La conversión nunca es bastante, pues Dios nos desplaza para que podamos contemplarle en el centro y nadie pueda quedarse ilusamente con su gloria; así actúa como nuestro único Señor y Salvador. Esta conversión se traduce en la aceptación de la vocación recibida y de los designios salvadores de Dios. Experiencia de que es posible ser libres ante el pecado y permanecer incondicionalmente disponibles a la voluntad de Dios, una vez que el

Señor nos ha reconciliado en El con nuestra propia historia. La conversión no es un sí a un programa de vida, sino un sí a Jesucristo, quien dice: “Hablad de mí; traédmelos a mí, que yo los curaré”.

La parábola del Hijo Pródigo nos revela el misterio de la misericordia de Dios Padre y el misterio de nuestra conversión. El pecado está en abandonar la casa del padre, en querer vivir al margen de Dios, siendo nosotros los únicos protagonistas de nuestra vida. Por el contrario, la conversión está en darse cuenta que tenemos un Dios Padre que nos ama y nos perdona y espera, y que tenemos una casa, pues el proyecto que teníamos de vivir como si Dios no existiera es imposible para el hombre y nos destruye sin remedio alguno. Por eso, al llegar a casa el Hijo Pródigo, el Padre le abrazó, no dejó que le contara sus miserias e hizo una gran fiesta. El pecado nos dejó una herida y la conversión es la curación de esa herida.

Así pues, convertirse es dejar a Dios que entre en la historia de nuestros pecados y aceptarnos y amarnos como pobres pecadores hasta la misma Cruz. Dios nos amó primero cuando éramos pecadores; por eso, seremos felices si ahora nos dejamos amar por Dios en la pobreza de nuestros pecados. En fin, para convertirnos necesitamos experimentar y concienciarnos de nuestra pobreza radical, desde un corazón quebrantado y humillado, es decir, desde el espíritu humillado por el propio pecado y el cuerpo quebrantado por sus consecuencias. ¿Quién es pobre, sino el que se da cuenta que sólo tiene a Dios y que sólo Dios puede salvarlo? La señal inequívoca de haber entrado en estado de conversión es ciertamente la compunción del corazón, el corazón quebrantado y humillado, el corazón que Dios no desprecia, sino que acoge, perdona y consuela.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, OP

Información

Venerable María del Carmen González-Valerio Sáenz de Heredia

LA NIÑA QUE SE ENTREGÓ AL AMOR POR AMOR

Así la llamó el Siervo de Dios D. José M.^a García Lahiguera en una homilía de la Misa concelebrada para dar gracias al final de su Proceso Diocesano en Madrid, año 1982. Este santo Arzobispo la conocía bien ya que llevó todo el Proceso desde el principio hasta el fin. Y con este título pasará a la historia esta niña que “se entregó”, como ella misma dejó escrito en su cuadernito cerrado con el sello de “secreto”.

Mari Carmen, como así se la llamaba familiarmente, correspondió al Amor que el Espíritu Santo derramó en ella, hasta poder decir un Sacerdote que la confesó en el colegio a la edad de 8 años: “Esta niña está llena del Espíritu Santo”. También años más tarde, leyendo su biografía el Emmo. Sr. Cardenal de Toledo, D. Marcelo González, escribió de ella: “...He leído con emoción la vida de Mari Carmen. ¿Cómo es posible que pueda darse un prodigio así sin la acción especial del Espíritu Santo?”.

Vamos a dar una breve reseña de este ángel que pasó por la tierra rápidamente, pero que a todos nos dejó un mensaje de Amor. Amor a Dios y amor a los hombres. Nació Mari Carmen en Madrid el 14 de marzo de 1930. En el seno de una familia profundamente cristiana, siendo la segunda de sus cinco hermanos (Julio, Pedro, M.^a de Lourdes y María). Su madre, Carmen, la consagró a la Virgen antes de nacer, pidiendo la “Pureza” para su hija. Ella misma lo cuenta en una carta así de sencillamente: “Mari Carmen nació el 14 de marzo. Antes de nacer la consagré a la Virgen del Carmen durante la novena que en el mes de julio le hice a la Virgen,

ocho meses antes de que naciera, pidiéndole la Virtud de la Pureza y ofreciendo que hasta los tres años la niña que naciera llevaría los colores de la Inmaculada, y así fue, Mari Carmen hasta los tres años sólo vistió de blanco y azul. Siendo aún muy pequeñita, iban sus padres de Santuario en Santuario Mariano ofreciéndosela a la Reina del Cielo en diversas peregrinaciones, tanto que alguien la llamó: “La romerita de la Virgen”. Tuvo prisa el Señor en hacerla suya, disponiendo que recibiera el santo Bautismo a las pocas horas de nacer. A los dos años recibió el sacramento de la Confirmación de manos del entonces Nuncio de S.S. el Papa en España, Monseñor Federico Tedeschini. El Espíritu Santo iba llenando a Mari Carmen más y más de todos sus frutos y dones.

Pronto empezó a revelarse su fisonomía y carácter, tan peculiares suyos, acentuándose cada día más. Tenía un carácter fuerte, pese a su innata timidez y nada le hacía doblegarse cuando veía claro cuál era su deber. Odiaba todo lo artificial. Alma recta junto con un entendimiento claro, sincero, constante, sensibilidad exquisita y un sentido común muy superior a su edad. Así nos la describen sus testigos en las declaraciones que hicieron en el Proceso de Canonización. Ya desde entonces se notaba en ella síntomas de una vida interior inexplicable a su edad, si no es por obra de la gracia. Con ansias incontenidas por recibir a Jesús-Eucaristía, se preparó con entusiasmo, seriedad y un interés impropio de su corta edad, a su Primera Comunión, que hizo a los seis años el 27 de junio de 1936, día de la Virgen del Perpetuo Socorro a quien su padre Julio, le tenía mucha devoción desde la academia de Artillería de Segovia. Las Religiosas Esclavas del Sagrado Corazón, donde la niña recibió a Jesús por primera vez, en la casa de Ejercicios de Martínez Campos 8, le cantaron “Qué bueno eres Jesús, qué bueno eres...”, del P. Otaño. A Mari Carmen se le quedó tan grabado en su alma que, cuando se estaba muriendo, le pedía a su madre: “Anda, mamá, cántame aquello tan bonito que me cantaron las Madres el día de mí Primera Comunión, ¡Jesús, qué bueno eres!”. Al final hizo su Consagración a la Virgen.

Para ella *todo* se concentraba en “Jesús”. Tenía mucha devoción a su Corazón, a su Amor Misericordioso y gastaba sus ahorros en propagar esta devoción. Su abuela materna (Marquesa de Almaguer) conocía mucho al Siervo de Dios P. Juan G. Arintero, O.P. y tenía en su casa el “Secretariado de la devoción al Amor Misericordioso”; su nieta conocía el apostolado de la abuela y ella también quería colaborar a extender el Reino del Amor Misericordioso, le decía: “Abuelita, con estas cinco pesetas tráeme estampas del Amor Misericordioso para repartirlas” y luego, cuando iba con sus hermanos y la Institutriz a pasear a la Castellana, se las iba dando a los transeúntes que se cruzaban con ella. Todavía hay algunas personas que guardan estampas que les dio Mari Carmen como las hijas del ama Balbina. Esta señora que estuvo en su casa varios años dice de ella: “Mentaba mucho, al hablar conmigo al Sagrado Corazón de Jesús, y me decía que era muy bueno. Yo le decía que también yo le tenía fe, y ella me insistía: Se la tenga Vd. siempre, ama”. También tenía una tierna devoción a la Virgen y con sólo seis años le gustaba guiar el santo Rosario que se rezaba todos los días en su casa; le pedía a su madre: “Anda mamá déjame a mí llevarlo”. Y su madre cuenta que daba risa oír la repetir las Letanías en latín (que se las sabía de memoria como los Misterios).

Sentía gran repugnancia hacia la mentira, siempre decía la verdad y no se disculpaba aunque supiese que la iban a regañar por alguna cosa..., también exigía a los demás que le dijese siempre la verdad. Era muy agradecida a cualquier servicio que se la hiciera y quería mucho a las muchachas que estaban en su casa. Todos se sentían felices a su lado. La fe alumbraba toda su vida y ya desde pequeña tenía claro el concepto de la Santidad, siguiendo el ejemplo de Cristo. A su hermano mayor, Julio, le dijo en una ocasión: “Para ser santo hay que *chincharse*”, con esta típica expresión de “sacrificarse”. Sus virtudes predilectas fueron: La pureza y la caridad. de la primera dio pruebas constantes defendiéndola a cualquier precio, no le gustaba nada ir a las playas, y ponerse en traje de baño menos. Cuando estaba en la Iglesia quería ir con los bracitos cubiertos y así se lo pedía a su madre. No

consentía que entrasen en su cuarto cuando se vestía o aseaba y en el colegio, dicen sus compañeras, que en estas cosas era distinta de todas y tampoco consentía que se hablase delante de ella cosas menos edificantes tocantes a la pureza.

El amor a Dios lo manifestaba de mil maneras. En el colegio no era obligatoria la asistencia a Misa, era la de Comunidad de las Monjas muy temprano, pero Mari Carmen, asistía a ella siempre hasta que se puso enferma. A sus Profesoras les pedía: “Hábleme de Jesús”. Cuando su abuela le decía que rezase para ponerse buena, ella respondía: “No abuela, que se haga la voluntad de Dios”. Así siempre y este amor a Dios se extendía a los demás que la rodeaban y a los que estaban lejos..., sobre todo a los pobres. Cuando llamaba un pobre a la puerta de su casa, les daba sus ahorros y luego les decía que volviesen a llamar para que les diese más su madre. Cuando llegaban las Navidades y los Reyes, pedía a su madre que sus juguetes se los diesen a los niños pobres. También por las Misiones trabajaba con mucho interés, tanto, que al quedarse una muñeca sin tocar a nadie, en una rifa que se hizo en el colegio por el DOMUND, decidieron las Profesoras regalársela a Mari Carmen por ser la niña que más había trabajado vendiendo papeletas, etc...

Pero su amor llegó al heroísmo “entregándose a sí misma”. A su querido padre lo fusilaron el 29 de agosto de 1936, ella se dio cuenta de todo y no sólo no odiaba a sus enemigos, sino que rezaba por ellos para que se salvaran y fuesen al Cielo. Se cree que su “entrega” la ofreció por ellos. El Jueves Santo de 1939, cuando contaba 9 años recién cumplidos, en la Comunión hizo su *entrega*. El Señor aceptó su ofrenda victimal y cae en seguida enferma, una niña que jamás había padecido enfermedad seria. Ella lo dejó escrito así en su agenda: “*Me entregué en la parroquia del Buen Pastor, 6 de abril 1939*”. Que sólo se encontró después de su muerte.

Empezó con una escarlatina, que no se la entendieron en el colegio y se complicó con una septicemia. La trajeron a Madrid y allí la hicieron la trepanación, luego tuvo flebitis doble con fiebres altísimas. Ella sin una queja con una paciencia inalterable, obediente a todos y repitiendo siempre

los nombres de Jesús y María. Se daba cuenta de su estado y le decía a la enfermera: “Pobre mamá, papá murió mártir y yo muero *víctima*”. Su enfermera, M.^a Petra Múgica, declara: “Nunca pedía nada, aunque sufría mucho, era un verdadero martirio. Se interesaba mucho por las cosas de los demás, de ella no hablaba. Cuando le llevaban regalos, los agradecía, pero luego los dejaba encima de la mesilla sin interesarle, a ella le interesaba las cosas de Dios, rezar... ¡cómo se recogía!, nunca nadie le animó a rezar, salía de ella, cerraba sus ojitos y estaba tan ensimismada que la dejábamos sola. Nunca dejó de hacer sus oraciones...No alardeaba de santidad, lo hacía todo con una sencillez como la cosa más natural. Conservó el conocimiento hasta el último momento. Recibió todos los Sacramentos dándose cuenta de todo. Veía seres Superiores..., cosas que nosotros no veíamos, hablaba de que la Virgen venía a buscarla rodeada de ángeles que cantaban..., estaba transfigurada. Cuando amaneció el día 17 le dijo a su madre: “Hoy me muero, hoy me voy al cielo” y le pidió que le ayudase a prepararse. Pidió perdón”.

Los médicos que la trataron también declararon cosas preciosas de ella. Dice el Dr. Calderón que la operó: Durante todo este tiempo de su enfermedad, con padecimientos dolorosísimos y a pesar de la edad de nueve años, soportó todos los padecimientos y dolores con una resignación cristiana verdaderamente ejemplar, y era curioso observar como al intentar comenzar la cura o la aplicación de una inyección, actos todos dolorosos especialmente por el estado hiperestésico que padecía, le bastaba a la niña decir “*Jesús*” para soportarlos sin una queja y en una inmovilidad que jamás encontramos los médicos en estas edades”... Y el Dr. Carlos Blanco Soler, dice de ella: “En la última enfermedad en que yo la traté lo que note fue que jamás se dejó llevar del desaliento y ella fue la que alentaba a todos en las lógicas depresiones de un pronóstico tan grave...estaba plenamente entregada a la voluntad de Dios. El contenido amoroso de esta niña era tan extraordinario que rebosaba su propio cuerpecito entero y en cada mirada y en cada gesto o en cada ademán se notaba aquel místico y profundo amor que la niña

mantenía en su corazón. Estoy convencido de que el grado de obediencia en la enfermedad fue heroico, que obedecía hasta en las cosas más difíciles aún con el convencimiento de que de nada le servían... Como médico me produjo asombro en mi larga vida de práctico porque no he visto nada que pueda parecerse dentro de las circunstancias que concurren en esta niña y por tanto yo la considero como santa”.

Su madre cuenta así su muerte: “Unos momentos antes de morir, mirando a todos los familiares que rodeábamos la cama, nos aconsejó diciendo: “Amaos los unos a los otros”, y poco después abriendo los brazos e incorporándose un poco como quien está hablando con la Virgen o con los ángeles, dijo: “Dejarme, dejarme ir ya”. La abuelita le preguntó: “¿pero dónde quieres ir Mari Carmen?” y ella contestó: “Al cielo abuelita, ¿no ves que ha venido ya la Virgen a buscarme?”, e incorporándose un poco como para coger algo cayó sobre la almohada, muerta, sin agonía y sin ninguna alteración del rostro. Al poco recobró el color natural y la lozanía de que había gozado antes de la enfermedad. El médico forense no creía que la niña estaba muerta, tenía flexibilidad y a pesar del calor de entonces en Madrid estuvo así dos días por ser fiesta nacional el 18 de julio, pues no se la pudo enterrar hasta el 19. Las flores que pusieron a su alrededor se conservaron frescas hasta el entierro”.

En seguida de su partida al Cielo se empezó a escribir de Mari Carmen. Por sus Profesoras las MM. Irlandesas del Colegio de la B. Virgen María de Zalla en Bilbao”, se extendió rápidamente su fama de Santidad, pues hacía muchos favores y aún milagros por su intercesión... hasta que el 11 de julio de 1961 se introdujo su Causa de Canonización en el Arzobispado de Madrid cuyo Presidente del Tribunal fue el entonces Obispo Auxiliar de la Diócesis D. José M.^a García Lahiguera. El 10 de mayo de 1983 se lleva todo el Proceso a Roma a la Sagrada Congregación de los Santos donde es aprobado y el 12 de enero de 1996 es declarada *venerable* por el Santo Padre Juan Pablo II, después de aprobar sus Virtudes en grado heroico. En el Decreto que mandó publicar el Santo Padre se lee, entre otras cosas: “...Fortalecida con el Pan

Eucarístico ya no vivió para sí, sino para el Señor, al que amó y sirvió con todas sus fuerzas, y para el prójimo. Para agradar a Jesús cumplió su voluntad con gusto y diligencia, observó los divinos mandamientos, de buena gana hacía sus rezos privados y participaba en los familiares y comunes... Dominó su carácter vivo y fuerte y creció en bondad y caridad... Fue obediente, dócil, humilde, sincera, alejada de los bienes del mundo, paciente en las enfermedades, prudente en el hablar y en las costumbres y aprovechó todas las ocasiones, favorables o adversas, para progresar en la perfección evangélica... A ejemplo de santa Teresita el Niño Jesús, hacia la que sentía una particular veneración, se ejercitó continuamente en pequeños actos de virtud, y no sólo perdonó a los asesinos de su padre y a aquellos que habían sido causa de dificultades y sufrimientos para su familia, sino que rezaba por ellos y ofrecía sus sufrimientos por su conversión y salvación... Como fiel discípula de Cristo, mostró su plena y consciente conformidad con la voluntad de Dios, su asiduo espíritu de oración, de meditación y de devoción, y su constante aceptación de la cruz... La Sierva de Dios gozó de fama de santidad durante su vida, especialmente en su enfermedad y muerte. Esta fama creció cuando se supo por sus escritos que ella se había ofrecido víctima a Dios..., etc...”.

Mari Carmen nos deja un Mensaje de amor y de entrega a Dios y a los hombres y si Dios lo quiere y se aprueba uno de los muchos milagros que hace, esta bendita niña puede ser la santa madrileña, más pequeña del calendario de la Iglesia, modelo de los niños, patrona de los inocentes, intercesora de todos los que desean seguir a Cristo por caminos de sencillez y amor.

Sus restos mortales se conservan en la Iglesia de las Madres Carmelitas Descalzas, en 28023 Aravaca Madrid. Ellas llevan todo lo relacionado con su Proceso de Canonización. Si alguien desea informarse más o pedir algún libro o estampa de la Venerable Mari Carmen, se pueden dirigir a ellas.

Bibliografía

“JESÚS LÓPEZ MEDEL, *Constitución democrática y enseñanza religiosa*. Epílogo de ELISA RAMÍREZ. Colección TAU (San Juan de la Cruz, 7. 05001 Avila) 1994. 214 p.

Este libro responde a una gran necesidad del momento en que vivimos. Prueba de ello es que en poco tiempo ha llegado ya a la tercera edición. Aquí no es posible presentar todo el contenido; para ello sería necesaria una reseña excesivamente larga. Quizá uno de los temas principales sea la necesidad que una organización democrática de la sociedad tiene de la religión para impartir una enseñanza que esté al nivel de la persona humana. Una democracia genuina necesita dar a los ciudadanos, en la escuela y luego a través de otras instituciones no sólo un cúmulo de conocimientos, sino también, y sobre todo, una educación o formación que les proporcione criterios válidos de comportamiento. Sin la enseñanza religiosa, esos criterios o no se asimilan nunca o en todo caso, no tienen la firmeza necesaria para guiar la conducta en momentos difíciles.

No se trata solamente de proponer una doctrina. Hay también información sobre la necesidad de cambios en esta materia experimentados por aquellos mismos que en algún momento creyeron que un país podía organizar la enseñanza prescindiendo de la religión materia. Dada la importancia de la enseñanza religiosa para la formación de la persona, se trata el modo asegurarla; en esta tarea entran una serie de personas, que han de trabajar con sentido de colaboración. Una responsabilidad especial cae sobre los padres de alumnos, que necesitan organizarse para defender sus derechos: con lo cual prestan a la sociedad un servicio incomparable. No me queda más que recomendar la lectura de este libro a quienes tienen responsabilidad en el campo de la enseñanza.—A. Bandera, O.P.

LUGI SARTORI, *La 'Lumen gentium'. Traccia di studio*. Edizioni Messaggero (Via Orto Botanico, 11. 35123 Padova), 1994. 204 p.

El libro consta de dos partes. La primera desarrolla el guión de estudio, la segunda contiene la constitución *Lumen gentium* en traducción italiana. Como se comprende, sobre esta segunda parte no tengo nada que decir. La primera es, efectivamente, un guión (p. 5-120), pero de tal naturaleza que el autor, al diseñarlo, toma partido en puntos importantes. Entre éstos se cuenta su manifiesto interés en valorizar el laicado, cosa que a mí me agrada, pero que no logro comprender bien cuando al mismo tiempo compruebo una tranquila despreocupación por la vida religiosa, como si lo que se refiere a esta específica vocación cristiana estuviese del todo resuelto y fuese universalmente admitido. Cuando se leen libros de eclesiología hay un hecho que salta a la vista inmediatamente: sólo por excepción se encuentra alguno que diga algo sobre vida religiosa. Todos, en cambio, tratan, más o menos extensamente, de laicado. A mí no me 'duele' lo que dedican al laicado, antes bien me deleita. Pero derrochar mimo con el laicado y, a la vez, despreocuparse de la vida religiosa es cosa que no comprendo ni logro asimilar, sobre todo

cuando se dice y se repite que la eclesiología del Vaticano II es eclesiología de comunión. ¿Dónde está la comunión, qué es la comunión cuando los religiosos son 'desconocidos'? Este guión atribuye a los laicos algo bien importante. Hablando de su don profético, relaciona la esperanza cristiana con los bienes y las estructuras temporales, con las palabras que ahora traduzco: "Sin esa esperanza proporcionada por los laicos, se podría decir que los sacramentos no llegan a poseer plena significación y que su orientación hacia el futuro parece tan sólo sueño y utopía..." (p. 83). Con exageraciones así, creo que se consigue poco. A pesar de mis reparos, quiero y debo decir que el libro respira amor a la Iglesia.—A. *Bandera, O.P.*

CARLOS CREMONA, *Pablo VI*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. 320 p.

Es una obra bellamente escrita con sentido de admiración hacia el protagonista. De su interioridad es poco lo que se habla de manera directa. Sin embargo, aparecen pinceladas sobre su 'espíritu' al describir sus diversos destinos, los cuales le daban ocasión de bromear. También aparecen situaciones de profundo dolor, como la que Pablo VI experimentó con motivo del asesinato de Aldo Moro. Un libro de tema interesante y de grata lectura.—A. *Bandera, O.P.*

JOSÉ C. R. GARCÍA PAREDES, *Mariología*. BAC Manuales 10. (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1995. XXII-418 p.

El mes de Mayo con el H. Rafael. Selección de textos por M.^a Damián Yáñez Neira. 2.^a ed. Radio Santa María (45002 Toledo), 1995. 98 p.

El primer libro pertenece a la colección Sapientia fidei que está compuesta por una serie de manuales de teología dogmática. Teniendo en cuenta lo corriente en libros de esta índole, la mariología que ahora tengo el gusto de presentar es manifiestamente extensa. En cuanto al contenido, el lector advierte desde el primer momento que el libro no es de los de rutina, sino que tiene 'personalidad' propia. Un dato clave para la comprensión es el modo como el autor define el método adoptado. "Privilegiaré —dice— el método estructural, retórico-narratológico, porque, a mi modo de ver, resulta más adecuado a la síntesis teológica que pretendo elaborar" (p. XIX). Lo narratológico o narrativo está teniendo una cabida que se agranda sin cesar. Pienso que, en cuanto al uso de este método, se debería proceder con mayor moderación y sobre todo con un rigor verdaderamente científico para no caer en fáciles ilusiones que dejan los problemas como estaban. Desde las primeras páginas se advierte que lo narrativo está bien acreditado; al autor le interesa decir muy pronto que Jesús era un judío 'marginal'; con ello queda dicho también que su Madre y la aldea donde nació quedan algo así como atrapados dentro de la marginalidad. Una vez encontrada y fundamentada la marginalidad aquí, es fácil aplicarla a otros temas, de los cuales el autor se ocupa con frecuencia. El género de vida que llamamos vida religiosa es un hecho marginal o liminal. No sé si el autor junta los dos temas; el que lee, sin estar en posesión de otras informaciones, tiene base para un juicio afirmativo. El método adoptado da origen a una organización de la materia en que abundan las repeticiones, dispuestas de tal modo que lo narrativo venga decir algo así como la última palabra. Sigo pensando que se requiere mayor rigor en el uso del método, si se mantiene el proyecto de una exposición científica.

El segundo libro es una joya de espiritualidad. Tanto el autor de los textos como el que seleccionó los publicados aquí tienen un sentido profundo de la fe y ofrecen alimento substancioso para cultivar con sencillez y, al mismo tiempo, con profundidad vital los contenidos marianos de esta fe. Lo resumo todo, diciendo: Un magnífico libro. Sí. Una joya.—A. Bandera, O.P.

ARMANDO BANDERA, O.P. *El Espíritu que ungió Jesús*. Edibesa (Madre de Dios, 35 bis. 28016 Madrid). 1995, 374 pp.

He aquí un excelente y bello libro pese a que fue escrito con mucha prisa, de tal manera que el lector podrá percatarse de algunas repeticiones innecesarias, un orden de exposición un poco asistemático y la falta de desarrollo de algunas tesis e intuiciones importantes, originales y sugerentes. Trata de exponer el papel del Espíritu Santo en la Vida Cristiana, sobre todo en clave litúrgica. Ello tiene las siguientes consecuencias: a) en primer lugar, la función necesariamente cristológica del Espíritu Santo, puesto que es el Espíritu en la Vida Cristiana que ungió a Jesús y que nos unge Jesús, lo cual no se ha puesto de relieve en el libro; b) en segundo lugar: el contexto necesariamente eclesial de la Vida Cristiana; y c) en tercer y último lugar: la inseparabilidad de estas dos consecuencias de una raíz necesariamente trinitaria. O sea, el Espíritu Santo que ungió a Jesús y con que nos unge Jesús es la tercera persona de la Trinidad y Jesús (la Segunda Persona) junto con el Padre (la primera persona) nos manda este Espíritu.

El autor expone la temática guiado por Sto. Tomás de Aquino. Pero no el Aquinate de la muy gastada SUMMA, sino más bien el de los comentarios bíblicos, que no son muy leídos ni citados. El resultado es una visión refrescante del Doctor Común de la Iglesia: a) místico, b) espiritual, y c) vivencial. Y esto es lo que ha querido ser este libro en vez de ser teórico o de teología dura. Estoy convencido de que la lectura de esta obra hará gran bien a los lectores de nuestra revista y también brindará sugerencias a los estudiosos y teólogos. El P. Bandera nos recuerda con Santo Tomás que el comportamiento de los Santos es la gran clave de interpretar la Biblia (p. 22, p. 148). Siendo así, nosotros somos llamados con nuestras vidas —en cuanto están abiertas al Espíritu de Jesús— a ser los intérpretes vivos de la Palabra de Dios.—Macario *Ofilada Mina*.

FRANCISCO FAUS, *Lágrimas de Cristo. Lágrimas de los hombres*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. 128 p. 725 pts. HANS URS VON BALTHASAR, *Gott mit seinem Ebenbild. Umrissen einer biblischen Theologie*. 254 p. Johannes Verlag, Einsiedeln.

Junto aquí estos dos libros, porque, aun siendo muy distintos entre sí, guardan semejanza en el sentido de ser libros que tratan de fijar posturas espirituales fundamentales. El primero, *Lágrimas de Cristo...* hace notar la diversidad de motivos que inspiran las lágrimas. Llorar por motivos específicamente cristianos o por razones solamente humanas, coinciden en que nos colocan en una situación de sufrimiento; pero la actitud espiritual puede ser enormemente diversa y quizá contradictoria.

El libro de von Balthasar va dedicado especialmente a los laicos, a quienes se propone ofrecer consideraciones que les den seguridad en medio de tantas conmociones que han creado desconcierto en los espíritus.—A. Bandera, O.P.

ANTONIO ROYO, *¿Se salvan todos?* BAC Minor (Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1995. 192 p. 1.575 pts. VICENTE GARCÍA SEGURA, *Reportajes monásticos*. EDAPOR (Núñez de Balboa, 115. 28006 Madrid), 1995. 130 p.

El P. Royo es sobradamente conocido y no necesita presentación. Escribe sobre un tema de gran hondura cristiana y lo desarrolla con la competencia y sencillez que brillan en sus escritos, largamente difundidos. El P. Royo, en este libro, se adentra en el misterio de la misericordia divina que es inagotable y que se complace en intervenir para salvación; una expresión típica es la voluntad salvífica universal.

El segundo libro responde efectivamente al título. Oración, arte, teología se dan cita en sus páginas. Es una lectura amena que pone en contacto con inmensas riquezas espirituales.—A. *Bandera, O.P.*

J. A. RAMOS GUERREIRA, *Teología Pastoral (Sapientia Fidei, 28)*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1995. 14,3 x 21,5. 450 pp. (D. Ramón de la Cruz, 57. Madrid).

Este Manual de Teología Pastoral tiene dos partes: la pastoral fundamental y la pastoral especial, y en sus páginas encontramos mucha información y una amplia bibliografía. El autor, partiendo de que la pastoral es una ciencia teológica independiente y no un simple corolario a cada disciplina teológica, ha querido fundamentar con buen acierto la práctica pastoral en la reflexión teológica; además, tiene en cuenta que está hablando de la pastoral de una Iglesia ministerial, es decir, una pastoral en la que están invitados a colaborar todos los bautizados, en la línea pastoral del Concilio Vaticano II.

De todos modos, me permito sugerir el deseo de una ordenación más adecuada de los contenidos de la Teología Pastoral, a partir, por ejemplo, de las simples preguntas: de dónde procede, qué pretende, qué es y quiénes la realizan. Me hubiera gustado ver también la pastoral del Papa, que es el gran Pastor de la Iglesia Universal, y cuya labor sobresale por encima de la atonía pastoral de algunas diócesis y parroquias, como es evidente.—*Pedro Fernández, O.P.*

FRANCO PIERINI, *La edad antigua. Curso de historia de la Iglesia. I*. San Pablo (Protasio Gómez, 11. 28027 Madrid), 1996. 270 pp. 1.650 ptas.

El autor es un distinguido historiador italiano, especialmente versado en los temas de los primeros siglos de la Iglesia. Como fruto de sus propias investigaciones, propone un modo nuevo de hacer la distinción-división entre las diversas etapas o edades de la historia de la Iglesia. Para Pierini, la edad antigua de la Iglesia termina a mediados del siglo V, con dos acontecimientos muy significativos que son la celebración del concilio de Calcedonia (año 451) y la caída del imperio romano de Occidente (año 476). Después viene ya la edad media, a la cual estará dedicado el tomo siguiente.

En este tomo primero, además de la novedad relativa al tiempo historiado, hay también otra que merece ser destacada. El autor está convencido de que el personaje conocido como "Hipólito de Roma" es "figura de tres caras", porque bajo un nombre único están contenidos datos que se refieren a tres distintas personas" (pp. 108-110). Al final se encuentran tablas de cronología comparada (imperio, Iglesia), guión sobre corrientes heréticas, índice de conceptos, bibliografía.—A. *Bandera, O.P.*

JEAN LAFRANCE, *Morar en Dios*. Traducción del francés por MARÍA TABUYO y AGUSTÍN LÓPEZ. San Pablo (Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid), 1996. 284 pp.

El autor es bien conocido por sus numerosas y excelentes obras sobre el tema oración. Su práctica orante y su profunda sintonía con la palabra divina, particularmente con la palabra que habla de interioridad, de intimidad, de inmersión en Dios... dan a sus escritos una viveza y una fuerza que inútilmente se buscaría en tantos otros, relacionados con el mismo tema. Jean Lafrance busca a Dios, vive la intimidad con Dios... Pero todo esto lo vive desde Dios mismo, si es que se puede hablar así. Tiene, en efecto, y transmite la convicción de que es Dios quien nos busca. La oración es respuesta a la palabra divina que nos interpela; es acogida de esa palabra; es, sobre todo, dejar que Cristo en nosotros ore al Padre, adorando y alcanzando para nosotros el don del Espíritu Santo. Un libro excelente por el contenido y por una exposición tan viva que invita siempre a continuar la lectura.—A. Bandera, O.P.

BRUNO FORTE, *Breve introducción a la vida cristiana*. San Pablo (Protasio Gómez, 11. 28027 Madrid), 1996. 126 pp. 900 ptas. ROBERTO MORETTI, *Teresa d'Avila e lo sviluppo della vita spirituale*. San Paolo (Piazza Soncino, 5. 20092 Cinisello Balsamo. Italia), 1996. 260 pp. 24.000 Liras.

El libro de Bruno Forte, traducido del italiano, es lo que dice el título. Dada la distribución de la materia, tal vez haya que acentuar la brevedad. Virtudes, mandamientos, oración... Sólo algunos temas básicos en la vida cristiana. Quizá lo mejor del libro sea su orientación litúrgica. Todo converge hacia la alabanza de Dios, entendida a la luz de la doxología conclusiva de la Plegaria eucarística: "Por Cristo, con él y en él, a Ti, Dios Padre..."

El libro de Moretti es de lo muy bueno que hoy se puede leer sobre Santa Teresa, con quien el autor tiene profunda familiaridad, al cabo de buen número de años de vivencia teresiana. Resumiendo, para dar idea del libro, creo que lo mejor es aceptar la clave que el autor mismo da: en la enseñanza de Santa Teresa esa clave es la oración, una oración centrada en Cristo a quien se contempla para imitarlo y para dejarse llevar por él hacia la meta de la contemplación mística. El P. Moretti hace resaltar la índole mística del lenguaje de Santa Teresa. La Santa tiene el don de fascinar. A ella le gustaba engolosinar las almas con el deseo de bienes tan grandes. El camino de la oración tiene sus etapas que el autor describe con minuciosidad. Se detiene especialmente a mostrar cómo desde la cuartas moradas hasta las séptimas, la oración se caracteriza por la unidad, unidad de nivel contemplativo místico; sin duda hay variantes, pero contenidas todas dentro de lo contemplativo y de lo místico. En suma, un gran libro. Por eso, sin duda, el Cardenal Ballestrero ha puesto una breve *Presentazione*.—A. Bandera, O.P.

JOSÉ ALCÁZAR GODOY, *La oración, escuela de amor*. Editorial San Pablo (C/. Resina, 1, 28021 Madrid). Colección "Nuevos fermentos", n.º 26. Año, 1996. 116 pp. 925 ptas.

D. José Alcázar es sacerdote de la Diócesis de Sevilla y ejerce su labor pastoral en una parroquia de la ciudad y en la atención espiritual a jóvenes. Es sacerdote universitario: licenciado en Biológicas por la Universidad

Complutense de Madrid, es Director del Laboratorio de Antropología del Museo Arqueológico de Sevilla y autor de diversos libros y artículos de carácter científico y de espiritualidad.

Llama la atención que un sacerdote con este "currículum" escriba sobre la oración. Se trata de un interesante libro de espiritualidad sobre la oración personal, escrito con estilo joven, ágil y ameno. Cada capítulo, o vías de oración, va seguido de reflexiones y compromisos que resumen sus contenidos y los hacen operativos.

El Autor no deja de pensar en los seglares que desean perseverar en la vida de la gracia. ¿Cómo puede orar el seglar bautizado en medio del mundo, de la familia, del ejercicio de su profesión? ¿Cómo hacer oración y penetrar el trabajo de espíritu de oración?

Es claro que la oración es necesaria para preservar en la vida de la gracia sobrenatural como lo es el oxígeno para la vida natural. Hablar hoy de la oración "es noticia" porque existe inquietud por la oración. ¿Cómo adentrarse en el conocimiento, amor e imitación de Jesucristo por el camino de la oración?

El autor va explicando cómo la oración es posible desde el amor de amistad, esto es, desde la intercomunicación: dejarse amar por Dios, entregarse al amor de Dios y ser testigo del amor de Dios en medio del mundo. El amor-amistad lleva a la oración. A su vez, la oración conduce crecientemente a la experiencia y a la intimidad de la intercomunicación en el amor sobrenatural. Por eso, la oración es escuela de amor.

El libro conduce por "los ejercicios" de la oración desde el amor sobrenatural como camino de crecimiento en la amistad de Dios con las exigencias que ello va planteando. La oración es un encuentro con el Amor en el amor. La persona descubre y vive que Dios le ama. Se siente movida a hacer de su vida una respuesta de amor al Amor que tiene su mejor expresión en la oración. La vida se transforma, se purifica, se renueva, se rejuvenece. Su misión, su comportamiento, su trabajo... se proyecta como testimonio del Amor; amando y dándose a los hermanos desde lo que vive y experimenta. Desde la oración, como trato de amistad con Dios, el bautizado estará en condiciones de realizar el mejor apostolado: la consagración del mundo con capacidad para poner amor donde hay desamor.

Quiera Dios que este libro, actual en su contenido y en su lenguaje, pueda ser conocido y divulgado. Ha de animar a entrar por el camino de la oración como trato de amistad con el Señor y a ser testigo de su amor. Lo considero muy interesante para sacerdotes, personas consagradas, catequistas... y, especialmente, para seglares y jóvenes.—P. Carlos Lledó, O.P.

ADOLFO LIPPI, *San Pablo de la Cruz, místico y evangelizador*. Sígueme, Salamanca 1994. 334 pp. GABRIELE CINGOLANI, *Gabriel de la Dolorosa*. San Pablo, Madrid 1994. 142 pp. FERNANDO PIÉLAGOS, *Peregrina del amor*. Antonietta Farani, 1906-1963. Suore Passioniste, Roma 1995. 264 pp.

He aquí tres grandes personajes de la Congregación de la Pasión. El fundador, San Pablo de la Cruz, fue conocido siempre. Pero desde hace algunos años su figura se agiganta, sobre todo en las dos perspectivas señaladas en el subtítulo. La alta calidad de su misticismo puede ser valorada mucho mejor ahora que se conoce su escrito sobre la muerte mística. De modo semejante, su labor evangelizadora ha ido esclareciéndose cada vez mejor. El libro ha

sido editado con verdadero primor por Ed. Sígueme. La biografía de San Gabriel de la Dolorosa es de índole más popular; su breve vida casi no da posibilidad para enfrentarse con grandes problemas de la sociedad o de la Iglesia. Pero el camino de la santidad requiere el enfrentamiento heroico con multitud de inclinaciones viviosas que abundan en el corazón. Antoniea Farani es también una religiosa pasionista, nacida en Curitiba (Brasil), de padres italianos emigrantes. Su proceso de beatificación está tocando ya el final. En 1992 Juan Pablo II declaró que Antonieta había practicado las virtudes en grado heroico. En nuestros mismos días Antonieta es un admirable ejemplo de lo que puede el amor de Dios cuando una persona se le abre y se le entrega. Es un libro que se lee casi con pasión. Los tres libros llevan ilustraciones en color. Ellos solos bastarían para mostrar la vitalidad del carisma de la Congregación Pasionista.—A. *Bandera, O.P.*

WILHEM HÜNERMANN, *El padre de los pobres. Vida de San Vivente de Paúl*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. 368 pp. 2.200 ptas.

Las misericordias del Señor. Autobiografía del P. Bernabé de Larraul. Curia Provincial PP. Capuchinos. Pamplona 1994. 160 pp.

Hünermann es un brillante escritor que ha escrito numerosas vidas de santos y otros distinguidos personajes, con algunos tintes de novela que hacen la lectura verdaderamente apasionante. San Vicente de Paúl ofrece numerosas posibilidades para describir objetivamente su vida y para salir hacia lo un tanto pintoresco, que da "salsa" al relato. Sobre San Vicente de Paúl se han escrito muchas cosas; este libro no sobresale por la aportación de documentación nueva. Pero, en cierto sentido, es único, por razón de las cualidades literarias del autor. Advuértase, sin embargo, que no se trata de una obra de literatura, sino de la descripción de una densa historia de realizaciones admirables, destinadas al servicio de los pobres.

El otro libro es una autobiografía, en la cual abundan los fenómenos místicos, como en los mejores tiempos de la mística española. El P. Bernabé pasó muchos años de su larga vida en Ecuador; teniendo que realizar una labor ministerial desbordante. Nada de esto fue impedimento para una veloz marcha hacia la santidad mística, antes bien la estimuló. El P. Bernabé es un admirable ejemplo de santidad en nuestros mismos días: murió en 1988. El texto autobiográfico es presentado y anotado por el P. Rufino María Grández. Lleva también algunos complementos para rellenar el último cuatrienio, cuya historia no figura en el texto del P. Bernabé (pp. 131-144) y para dar cuenta de las honras fúnebres (pp. 1.445-160).—A. *Bandera, O.P.*

JUAN PABLO II, *Varón y mujer. Teología del cuerpo*. 1995. 166 pp. CONGREG. PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *El misterio de la Iglesia y La Iglesia como comunión*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1994. 194 pp.

El primer libro contiene el texto de una serie de Alocuciones pronunciadas por Juan Pablo II en la Audiencia general a partir de septiembre de 1979. El conjunto equivale a un verdadero tratado sobre teología del cuerpo: cosa que los mismos teólogos de profesión no han hecho todavía. La riqueza doctrinal y la novedad de estos textos son puestas de relieve en un buen *Prólogo* (pp. 2-24), firmado por Blanca Castilla Cortázar.

El segundo libro contiene dos Instrucciones de la Congr. para la Doctrina de la Fe sobre los temas indicados. Cada documento es comentado por expertos en los diversos puntos de que trata. Es gran cosa poder tener a mano documentos de gran actualidad, a los que siempre es necesario acudir.—A. Bandera, O.P.

JUAN PABLO II, *El celibato apostólico*. JOSÉ GAY (coordinador), *39 cuestiones doctrinales*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. 160 y 376 pp. 1.400 y 2.692 ptas.

Dos libros de la misma Editorial, publicados casi a la vez, y bien interesantes, cada uno en su género. El primero contiene "catequesis" de Juan Pablo II; iniciadas el 11 de septiembre de 1981, llegan hasta fin de julio de 1982. Se dividen en dos partes, indicadas en el subtítulo: la resurrección de la carne, la virginidad cristiana. Un interesante prólogo de Juan José Espinosa, Director de la Editorial, analiza muy bien la relación entre ambas partes; en cristianismo, la carne está llamada a una cierta espiritualización, no en el sentido de que pierda su corporeidad, sino en cuanto que, por la resurrección, ha de participar en la bienaventuranza del alma y en su vida inmortal. La espiritualización no se reserva toda para el futuro; ya aquí tiene un cierto comienzo en la práctica de la virginidad, la cual ha sido comprendida siempre como signo expresivo de la vida futura y, a la vez, como un anticipo de ella. Son aspectos importantes de la vida cristiana, sin los cuales sería difícil comprender la distinción de vocaciones al mismo tiempo que su complementariedad para constituir la única Iglesia de Jesucristo en la cual cada uno tiene su propio don.

El segundo libro expone cuestiones de gran actualidad, que versan fundamentalmente sobre moral y sobre sacramentos; son estudios de alta calidad científica que permiten tener una idea precisa de problemas que afectan hoy a la vida humana; y más importante que la información es la orientación que dan, siempre en coherencia con la enseñanza de la Iglesia. A este respecto, es particularmente interesante la serie dedicada a la vida, planificación familiar, matrimonio. La sociedad, después de haber perdido el sentido del pecado, perdió también el sentido de la vida, y, pregonando derechos de la persona, comete graves y frecuentes atentados contra lo más primario y lo más fundamental de la dignidad humana.—A. Bandera, O.P.

ARMANDO BANDERA, O.P., *Redención, mujer y sacerdocio*. Ed. Palabra (Castellana 210. 28046 Madrid), 1995. 378 pp. 2.350 ptas.

Este libro no se parece en nada a los muchos que actualmente se publican sobre el sacerdocio de la mujer, ya se le considere como objeto de un derecho cuyo efectivo reconocimiento la mujer puede reivindicar, ya como una de tantas posibilidades que sería necesario tener en cuenta. Desde el principio del libro queda claro que el sacerdocio no nace de derechos humanos. Lo humano, por noble que sea, no puede tener influjo en el origen de un misterio de gracia. El autor sitúa el tema en campo estrictamente teológico y lo estudia desde diversos ángulos o perspectivas, todas las cuales convergen en un resultado teológicamente firme, según el cual la Iglesia no tiene poder de admitir la mujer a la recepción del sacramento del orden. Merecen especial atención temas como la "recapitulación" que implica la inserción de la sexualidad en el plan salvífico, como fuente de los mismos

dones salvíficos; y el relativo al dictamen de la Pontificia Comisión Bíblica: un dictamen que ha sido magnificado, quizá por desconocido, pero que es impropio de tan alto organismo. El texto es reproducido en apéndice (pp. 357-371), para que todo el mundo puede juzgar.—*P. Arenillas, O.P.*

ENRIQUE MOLINÉ, *Los Padres de la Iglesia. Una guía introductoria*. 3.^a edición revisada y aumentada. Ediciones Palabra. Paseo de la Castellana, 210. 28046 Madrid 1995. 672 pp.

Los Padres de la Iglesia son testigos y maestros permanentes de nuestra fe y, sobre todo, de la espiritualidad de esta misma fe cristiana. He aquí el por qué de su constante actualidad, hoy renovada en muchas comunidades cristianas y movimientos eclesiales. En este ámbito se explica la acogida que ha tenido este libro que se caracteriza por sus valores pedagógicos, como se advierte en los cuadros, mapas e índices que aparecen al final. Aunque no es original en sus planteamientos, pues sigue a los grandes maestros como B. Altaner y J. Quasten, se adapta tan perfectamente a las necesidades del público que se encuentra ya en la tercera edición en sólo 13 años.

El lector encontrará en estas páginas una historia sabrosa de los primeros siglos del Cristianismo, hasta mediados del siglo VIII. Tanto la presentación biográfica, histórica y doctrinal de los Grandes Santos Padres y de otros muchos escritores eclesiásticos, como los resúmenes doctrinales de estas épocas, sirven para explicitar las inmensas riquezas de nuestra fe y prepararse para dar razón de nuestra vida a quien por ella nos pregunte. Por eso, nos encontramos ante una obra muy recomendable para nuestros lectores.—*Pedro Fernández, O.P.*

JOSÉ M.^a PEMÁN, *El divino impaciente. Cisneros. La santa virreina*. 252 pp. 2.200 ptas. JOSÉ IGNACIO DE ARANA, *Los jóvenes y el alcohol*. 152 pp. 1.400 ptas. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid).

Estos libros son muy diferentes entre sí. Los junto en la reseña, porque acaban de ser publicados por la misma editorial. El primero contiene tres obras de Pemán en verso. Son ya conocidas. Con su publicación, Ediciones Palabra se suma a los homenajes tributados a este gran escritor con motivo del decimocuarto aniversario de su fallecimiento.

El segundo libro obliga a pensar seriamente en un problema que nuestra sociedad tiene planteado, pero al que no se presta la debida atención. El alcohol causa verdaderos desastres. Los jóvenes suelen ser sus principales víctimas. Las estadísticas son impresionantes. La exposición es sobria, muy ceñida al tema y basa en una argumentación que parece no tener réplica posible. Confiemos que las familias y los organismos que cuidan la salud adopten alguna medida eficaz para prevenir a tiempo males que, después serán irremediables.—*A. Bandera, O.P.*

REGINALDO GARRIGOU-LAGRANGE, *Las tres edades de la vida interior*. Traducción del francés por LEANDRO DE SÉSAMO. Octava edición en castellano. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. Dos vols. con 1.286 pp. 6.442 ptas.

He aquí una obra excepcional, de las que uno se complace en hacer reseña, consciente de que la riqueza que ofrecen no cabe en una reseña. El P. Garrigou trató en Roma al P. Arinterro durante el curso que éste pasó allí

como profesor de eclesiología. El mismo P. Garrigou reconoce que aquel encuentro fue para él de importancia decisiva. Le señaló el camino de su dedicación preferente y le dio orientación muy segura acerca de los sistemas de espiritualidad que entonces trataban de imponerse. Sin el P. Arintero el P. Garrigou no sería totalmente él mismo; lo cual no quiere decir que no sea un escritor muy personal, ni equivale a negarle originalidad; se trata sencillamente de señalar un influjo que contribuyó a la configuración de esta gran personalidad teológica, que es el P. Garrigou.

En la teología espiritual del P. Garrigou, "tres edades" significa lo mismo que las tres ordinarias etapas de que habla la generalidad de los escritores; no siempre se les da el mismo nombre, pero la realidad es siempre la misma. Ya los teólogos que escribieron en latín, entre ellos Santo Tomás, distinguían, en el proceso de crecimiento espiritual, el estado de incipientes, adelantados y perfectos. El hecho de que el tema tratado sea siempre el mismo, no quiere decir que todos los teólogos coincidan en el sentido y contenido de cada "tramo" del proceso global, ni en el modo como se relacionan entre sí. ¿Constituyen, todos juntos, un camino único? ¿Cada tramo empuja, por su propia naturaleza, hacia el siguiente? A estas preguntas, el P. Arintero respondió siempre afirmativamente. El P. Garrigou da también respuesta afirmativa, con un tipo de razonamiento que mejora el del P. Arintero y le da mayor consistencia teológica. Me parece que no cometo ninguna exageración diciendo que esta obra del P. Garrigou es lo mejor que hay en el orden de la espiritualidad.

Posteriormente surgieron cuestiones de que el P. Garrigou no se ocupa. Pero el tratamiento de estos temas nuevos no haría cambiar en nada lo que aquí se dice. La enseñanza contenida en esta obra da luz suficiente para adentrarse de manera correcta en las nuevas cuestiones. Estamos, pues, ante una obra de gran calidad y de gran actualidad. Leerla es uno de los mejores medios para adquirir una capacitación que permita afrontar las nuevas cuestiones con lucidez y con garantía de acierto.—A. *Bandera, O.P.*

AURELIO FERNÁNDEZ, *Compendio de teología moral*. 774 pp. 3.600 ptas. F. FERNÁNDEZ-CARVAJAL y P. BETETA, *La filiación divina que vivió y predicó el Beato José M.* "Escrivá, Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. 248 pp. 1.346 ptas.

El primer libro es un excelente instrumento para el estudio y docencia de la moral, un tema que hoy resulta no sé si decir preocupante, dada la multitud y gravedad de los problemas que afectan especialmente a este campo. Basta pensar, por ejemplo, en matrimonio y familia, el acceso a un empleo y el conjunto de la vida laboral y tantas otras cuestiones, sean que estén cercanamente vinculadas a éstas, o que se sitúan en el terreno de la moral general. Cuando hay un sector fácilmente vulnerable, su presencia se hace sentir un poco por todas partes. Por eso este libro responde no sólo a lo que directamente trata; dando un criterio moral objetivo, inspirado en lo primario y fundamental, crea una sólida base para la formación de la conciencia en toda la extensión del campo moral. La calidad de la obra está acreditada por la Presentación que hace Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao y Presidente de la Comisión para la Doctrina de la Fe.

El segundo libro es índole espiritual. Pero al mismo tiempo, sirve también como comprobación experimental de la enseñanza expuesta en el

primero. Vivir la filiación divina es, ante todo, un inestimable don de gracia, pero es también una luz que esclarece las sendas que el cristiano debe recorrer. Como Santo Tomás dice muchas veces, la virtud poseída enseña a juzgar connaturalmente sobre el modo de practicarla: es el conocimiento por connaturalidad. La filiación divina abarca la totalidad de la vida cristiana. Vivir como hijos de Dios significa poseer internamente una luz que guía en todos los caminos de esa vida: enseña razonando. El don crea un “instinto” que discierne con gran seguridad.—A. Bandera, *O.P.*

JULIA SAINZ, *Medios de comunicación. Aprender a ser críticos*. 142 pp. 1.300 ptas. EUSEBIO FERRER, *Educar al adolescente sobre el sexo, la fe y el divorcio*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995.

Son libros que abordan de manera sencilla, pero bien documentada, problemas que a todos afectan seriamente. Sin duda, muchas personas lo tienen claro para sí mismas; pero esto no basta. Los problemas tratados, o variamente aludidos, recaen sobre la sociedad en cuanto tal. Y mientras no estén resueltos en la vida social no han logrado la solución o respuesta que necesitan. De esto se trata. Los libros señalados quieren avivar la conciencia de que también la sociedad, en cuanto tal, necesita servicios apostólicos cualificados o idóneos para resolver los problemas desde su vertiente social.—A. Bandera, *O.P.*

SIMÓN LÉGASSE, *El proceso de Jesús. La historia*. 192 pp. R. N. WHYBRAY, *El Pentateuco. Estudio metodológico*. Desclée de Brouwer (Henao, 6. 48009 Bilbao), 1995. 264 pp.

El primer libro intenta rehacer la historia “histórica” del conjunto de acontecimientos ocurridos durante los últimos días de la vida de Jesús, los que culminaron en su pasión y muerte. El autor muestra gran preocupación por llegar a lo que efectivamente ocurrió o que razonablemente se puede pensar que ocurrió, aunque para ello sea necesario desechar ciertos revestimientos, dentro de los cuales nos han llegado a nosotros los relatos que actualmente tenemos en los evangelios. Légasse encuentra multitud de esos revestimientos. Es rara la escena en la cual no haya que recortar elementos introducidos por los evangelistas para exaltar la persona de Jesús. Un caso especialmente significativo es el del “título” o letrero colocado sobre la cruz de Jesús para explicar el motivo de su crucifixión. Refiriéndose al modo como lo transmite el cuarto evangelio, Légasse dice: “El énfasis y la abundancia de este último testimonio se resienten fuertemente del pensamiento y de la teología del evangelista, y se duda de que Pilato haya hecho tanto caso a un condenado a la cruz” (p. 146). Y así en multitud de ocasiones. Las burlas contra el crucificado no parecen tener garantía histórica, las últimas palabras de Jesús en la cruz tampoco (cf. pp. 147-150). Por último, Légasse da un considerable corte al cuarto evangelio, diciendo: “Juan se hace señalar, introduciendo en el grupo (de quienes están al pie de la cruz) a la madre de Jesús así como “al discípulo que Jesús amaba”, con la mirada puesta en una escena de gran importancia a los ojos del evangelista, pero cuyo desarrollo en este lugar y en estas circunstancias resulta altamente problemático” (p. 154).

El segundo libro me da la impresión de ser altamente científico. Pero está tan ceñido a los métodos por medio de los cuales se ha querido explicar

el origen y redacción del Pentateuco, que solamente los muy especializados en tales métodos podrán emitir un juicio autorizado sobre él. Yo me limito a dar cuenta de que ha sido publicado.—A. *Bandera, O.P.*

JOSEPH MOINGT, S.I., *El hombre que venía de Dios*. Vol. I: *Jesús en la historia del discurso cristiano*. Vol. II: *Cristo en la historia de los hombres*. Traducción del francés por MIGUEL MONTES. Desclée de Brouwer (Henaio, 9. 48009 Bilbao), 1995. 206 y 328 pp.

El autor es un veterano profesor de teología, el cual, por lo que se puede apreciar en este libro, está experimentando y gozando el vigoroso empuje de una segunda juventud, que irrumpe cuando se corre ya por la avanzada meta de los ochenta años. El espíritu no envejece. Hay que decir también que el espíritu, aunque sea juvenil, no es garantía de acierto. Digo esto, porque las ironías con que se inicia la obra, no me parecen el modo más apropiado de hablar. Decir, por ejemplo, que las clases escolares para exponer el tratado *De verbo incarnato*, eran impartidas bajo una forma inspirada en Hegel y que se pretendía asegurar la lógica de la historia (cf. p. 7), parece difícilmente tolerable, sobre todo cuando tanto insistimos en el necesario respeto a las personas. No se trata de un simple detalle; es como la atmósfera que se respira a través de toda la obra, la cual, por lo demás, puede ser leída con provecho; realmente contribuye a renovar la mentalidad sobre importantes temas cristológicos, como, por ejemplo, la resurrección de Jesús, su muerte para remisión de los pecados según las Escrituras, y tantas cosas más. Pero es una renovación “problematizada”, que lleva una dosis, no insignificante, de agresividad; la mente del lector no queda serena, no “cristianizada”; queda —permítaseme decirlo— no poco ideologizada. ¡Y esto, en nombre de Cristo! Bien la renovación. Pero de otro modo.—A. *Bandera, O.P.*

ERICA PUCHS, *Deseo y ternura. Fuentes e historia de una ética cristiana de la sexualidad y del matrimonio*. Traducción del francés por JEREMÍAS LERA. Desclée de Brouwer (Nenaio, 9. 48009 Bilbao), 1995. 266 pp.

Es un libro interesante y renovador en el estudio y presentación del tema, cuya actualidad no es necesario ponderar. Para comprender y valorar mejor, sea la exposición en conjunto, sea alguno de los aspectos concretos, hay que tener en cuenta que el autor pertenece al “mundo” de lo que antes, para entendernos de alguna manera, llamábamos protestantismo. La obra, hablando en general, representa un saludable esfuerzo por superar rigideces antiguas, que hoy ejercen un influjo nocivo o que, en todo caso, causan tropiezo y no sirven, como en otro tiempo sirvieron, para cultivar un saludable ascetismo. Dejando a salvo este juicio general, altamente positivo, creo que habría que matizar más lo que se dice sobre la permanente ambigüedad del cristianismo en tema de sexualidad (p. 85ss.), sobre el desprecio de la mujer y sobre la consiguiente infravaloración de las cualidades femeninas (p. 112ss.). No quiero mencionar otros puntos que son, por lo menos, revisables, para no dar la impresión que hablo en nombre de “prejuicios católicos”. Lo importante es que con personas como el autor de este libro se puede dialogar, aunque no se llegue, al menos de inmediato, a un acuerdo.—A. *Bandera, O.P.*

RAFAEL REDONDO, *Callegón con salida*. Desclée de Brouwer (Henao, 6. 48009 Bilbao), 1995. 166 pp. ALAIN BOUDRE, *Limpiacristales y arzobispo. Biografía de Mons. Miloslav Vlk*. Ib., 188 pp.

Dos libros de la misma editorial, muy distintos entre sí, tanto que, en cierto sentido, se contradicen. El autor del primero ha pasado por amargas experiencias que parece haber afrontado con un bagaje filosófico insuficiente, en el que la insuficiencia más de una vez significa deformación. Aquella situación se refleja en críticas de un crudo realismo ante la sociedad actual y el modo que están organizados buen número de servicios. Este penoso recorrido desemboca en experiencias de plenitud que constituyen la parte tercera y última del libro. Estamos ya en la salida del callejón. Pero aquí está el problema. En el callejón, el autor abrió una salida que vale para él, pero quizá para ninguno más; muchos de sus hipotéticos acompañantes quedarían atrapados en el callejón. Entre las experiencias de plenitud está un encuentro con Jesús a quien el autor del libro dirige una carta (cf. pp. 131-133), de la cual no digo nada, porque tendría que decir demasiado.

Aquí entra, como correctivo, el segundo libro. Su protagonista es uno de los personajes sobresalientes de la Iglesia católica en Europa. Sañudamente perseguido por el régimen comunista de Praga, pasó diez años limpiando cristales en aquella capital, donde el gobierno le prohibía todo ministerio sacerdotal y vigilaba todos sus pasos para evitar sorpresas de un ministerio clandestino. En esta situación se sintió sacerdote a tope, aceptó valerosamente la prueba como muestra de un especial amor de Jesús, y en la comunión eclesial encontró una perenne fuente de energías con que renovar y fortalecer diariamente el espíritu. La Iglesia que, en el primer libro, sólo sirve para estorbar, aquí es el gran misterio de comunión con Cristo y con los hombres. Al autor del primer libro lo invito a leer el segundo, que recibiría un complemento sustancial mediante el trato con quien hoy es Cardenal, Presidente de la Unión de Conferencias Episcopales Europeas. Una gran persona. Un egregio miembro de la Iglesia católica.—*A. Bandera, O.P.*

MARTÍN BIALAS, *La nada y el todo. Meditaciones según el espíritu de San Pablo de la Cruz*. 92 pp. LÁZARO ALBAR, *Espiritualidad y praxis del orante cristiano*. 277 pp. BERNHARD HÄRING - VALENTINO SAVOLDI, *Oro porque vivo, vivo porque oro*. Desclée de Brouwer (Henao, 6. 48009 Bilbao), 1995. 112 pp. SEVERINO GINER, *En la tierra de Dios. Crónica de un viaje*. BAC Popular (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1995. 278 pp.

Los tres primeros opúsculos, editados por Desclée de Br., representan un encomiable esfuerzo por revalorizar la oración. El más personal es el tercero; su verdadero autor es Häring; Savoldi se limita a hacerle hablar a base de una especie de encuesta. En relación con el primero, creo que el subtítulo dice con suficiente claridad de qué trata y qué espíritu lo informa. El más extenso, y también más diversificado, es el segundo, en el cual se encuentra doctrina sobre oración, algo sobre métodos de oración, oraciones para rezar en diversos momentos...

El último libro, el publicado por la BAC, contiene la narración de un viaje a tierra santa. Lo cual quiere decir que en él hay bellas descripciones de los lugares santificados por la presencia de Jesús. En otra serie de páginas, el autor descubre sus sentimientos sea ante los lugares en su relación con

Jesús, sea al comprobar la situación en que hoy se encuentran, lo cual tantas veces es un testimonio de las divisiones existentes entre cristianos, las cuales, precisamente en los lugares más santos, tienen su más evidente y penosa manifestación. Como se comprende, es un libro por donde desfila poco menos que el conjunto de la vida cristiana.—A. *Bandera, O.P.*

JULES CARLES, *El primer hombre*. 104 pp. MONIQUE HÉBRAD, *Feminidad en una nueva edad de la humanidad*. Desclée de Brouwer (Henaio, 6. 48009 Bilbao), 1995. 164 pp. ANNE PRIMAVERESI, *Del Apocalipsis al Génesis*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1995. 384 pp.

El primer libro es poco más que un folleto; su brevedad no le permite decir más que algunas generalidades: sobre la condición humana a través de la historia, con una palabra acerca de la evolución antropológica; hay también alguna generalidad sobre el primer hombre, sobre la justicia original que recibió de Dios y sobre el pecado por el que lo perdió todo; se toca también el problema del monogenismo y poligenismo. Todo es muy elemental; además, lo perteneciente a la teología está envuelto en vaguedad. El segundo libro tiene mayor consistencia. Decididamente toma postura a favor de la mujer, cosa que nadie le reprochará. La autora, para desarrollar su pensamiento, sigue la senda trillada, de reprobar una vez más las injusticias de que la mujer ha sido víctima. Ciertamente, esto es parte de una historia lamentable. Pero, reconociendo y lamentando todo eso, me pregunto si la mujer no cometió en el pasado ninguna injusticia, si hoy mismo las mujeres, sobre todo desde altos puestos de gobierno, desde puestos directivos en organismos de cultura..., no cometen ninguna injusticia. En relación con Dios, la autora da renovado testimonio de algo que se ha hecho general: No se puede soportar que Dios sea expresado en lenguaje masculino, con atributos o símbolos masculinos; en cambio, es encantador el lenguaje y el símbolo femenino. En el libro hay un aspecto muy valioso que necesitaría mayor desarrollo. Me refiero al tema 'hombres y mujeres ante el desafío de la asociación' (p. 115). La transformación de la sociedad y del mundo requiere el trabajo conjunto del hombre y de la mujer. Bien. Pero, para estar bien de verdad, debería haber sonado desde el principio. Al final, después de tantas páginas de queja amarga, no podrá lograr gran cosa.

El tercer libro, el publicado por Ed. Herder, es considerablemente largo. La autora quiere recorrer el tiempo de la revelación bíblica, caminando hacia atrás: del Apocalipsis al Génesis. Este caminar hacia atrás entraña un cambio de actitud, la cual, a su vez, reclama otra larga serie de cosas. La autora quiere introducir cambios en temas básicos, mediante saltos cuya justificación no se ve. Así, por ejemplo, "la valoración ecológica de la procreación sitúa la cuestión de la sexualidad femenina/humana en el contexto más amplio de nuestra relación con la creación entera, como parte integrante del hecho de estar vivos, más que como simple combinación de los géneros con miras a la procreación de hijos..." (p. 91). Ya se comprende que este cambio, por afectar al origen mismo de la vida, no podrá hacerse efectivo sin otros muchos cambios. Efectivamente, se llega a un punto de suma gravedad: es necesario replantear la gran cuestión del canon bíblico (cf. pp. 248-266). Desde el punto de vista filosófico y teológico, el razonamiento es pobre. Pero la autora no se arredra.—A. *Bandera, O.P.*

MERCEDES NAVARRO, *Guía espiritual del Antiguo Testamento. Los libros de Josué, Jueces y Rut*. 170 pp. BENITO MARCONCINI, *El libro de Isaías (1-39)*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona) 178 pp.

Estos dos libros, de la colección 'Guía espiritual del Antiguo Testamento' han sido publicados por Herder en coedición con Ciudad Nueva. Están en la línea de los ya publicados; sirven para un primer contacto con el tema, que es lo que se proponen.—A. *Bandera, O.P.*

HERIBERT SMOLINSKY, *Historia de la Iglesia en la edad moderna*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1996. 256 pp. 2.000 ptas. Paul Christophe, *Breve diccionario de la historia de la Iglesia*, Desclée de Brouwer (Henao, 6. 48009 Bilbao), 1995. 124 pp.

Dos libros de tema semejante, aunque organizados de diverso modo. El primero pertenece a un grupo de pequeñas monografías, las cuales, reunidas, abarcan la entera historia de la Iglesia. El libro de Smolinsky estudia un determinado período, que es el que va desde la aparición de la Reforma hasta la Ilustración. Es un estudio forzosamente resumido, pero que da una idea bastante aproximada del conjunto, que es lo más a que se puede aspirar en la serie de manuales dentro de la cual se inscribe este libro, el último en cuanto a fecha de publicación entre los de contenido histórico.

El segundo libro es también histórico. Pero su modo de estructurar la exposición no es nada frecuente. Cincuenta conceptos básicos, con multitud de remisiones de unos a otros, dan un resultado de conocimientos históricos bastante superior a lo que se podría esperar de la brevedad de la obra.—A. *Bandera, O.P.*

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, *Los trabajos y los días de un misionero enamorado. Juan Vicente Cengotita*. 290 pp. ALEJANDRO FERNÁNDEZ POMBO y SANTIAGO DEL VADO, *Vida y obra de Dolores R. Sopeña*. 230 pp. VARIOS, *José Rivera, sacerdote, testigo y profeta*. 258 pp. LUCINIO RUANO DE LA IGLESIA, *El amén de Dios*. 250 pp. BAC Popular (Don Ramón de la Cruz, 57. 28001 Madrid), 1995.

Estos libros han sido publicados casi a la vez por la BAC, en su colección Popular. Tienen de común que en todos ellos el protagonista es alguien que se ha consagrado a Dios de manera especial, en el sacerdocio, en la práctica de los consejos evangélicos, o en ambas cosas. Tienen de común también que están bellamente escritos e invitan a la lectura. Los dos primeros personajes, o sea, del P. Juan Vicente y Dolores Sopeña van camino de los altares; para ambos ha sido declarada ya la heroicidad de virtudes. Lástima que, en el caso de Dolores, una errata impedirá a no pocos lectores enterarse de esto. La información está dada en el párrafo penúltimo de p. 226, pero, en vez de práctica de virtudes "en grado heroico", se dice "en grado teórico". Dolores es un gigante de la santidad y del apostolado moderno; suscitó diversas obras apostólicas y enriqueció a la Iglesia con fundaciones. El P. Juan Vicente fue un gran misionero carmelita descalzo. José Rivera fue un sacerdote de la diócesis de Toledo; sobre él escriben varios de sus compañeros, cada uno de los cuales destaca algún especial aspecto de su rica personalidad, son cuadros de vida, no una biografía propiamente dicha. El último libro, o sea, *El amén de Dios* comienza tratando del sentido bíblico del *amén* en el Antiguo y Nuevo

Testamento, para centrarse después en el uso que de esta palabra hizo Santa Teresa de Jesús. Es una delicia leer todo esto. Y resulta impresionante la sola enumeración de pasajes donde Santa Teresa se sirvió del *amén* para expresar sus vivencias y disposiciones espirituales. A ello está dedicado todo un capítulo con el título "antología teresiana del amén" (pp. 103-139).

Estas obras, aunque publicadas todas en la colección Popular, están sólidamente documentadas, evitando, sin embargo, todo lo farragoso.—*A. Bandera, O.P.*

EUGEN DREWERMANN, *Giordano Bruno o el espejo del infinito*. Traducción del alemán por CLAUDIO GANCHO. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1995. 304 pp. 3.220 ptas.

Este es un libro cuyos detalles están todos cargados de sentido, empezando por el título. 'Giordano Bruno' tiene poco que ver con el personaje histórico que llevó este nombre. Es un modo como el autor se 'autodefine'. El es alguien que sufre una intolerable injusticia.

El libro está escrito con admirable elegancia; quien recorre sus páginas tiene el deleite de estar leyendo páginas de óptima calidad literaria. El tono es sumamente sosegado; no hay una palabra más alta que otra. Pero esto no impide que el libro, desde el principio hasta el fin, respire una hostilidad implacable; esto hace pensar en cualidades del autor que no suelen andar juntas. Nadie pensaría que un lenguaje tan sereno en las expresiones verbales, fuese portador de una actitud absolutamente intransigente: la actitud de quien no concede nada a quien no se le rinde en todo. Alguien quizá se extrañe de este modo de juzgar. Para quien se encuentre en esta situación, sólo puedo pedirle una cosa: que lea.

Ya hacia el final del libro y poniendo siempre por delante a Giordano Bruno, el autor habla con una claridad que se refleja sobre el conjunto de la obra. "Por lo que a mí se refiere —dice— sigo mi camino hasta el final: a un lado el bosque de abedules, junto a mí los campos de cultivos, cubiertos por la nieve de fulgor azulado. Tú me recogerás, cardenal, pues eres para mí la muerte en persona, y tu bala invisible, perfectamente dirigida, hará blanco entre mis omoplatos. En el sueño era una muerte fría y sin dolor (...). Un breve tiempo es el que todavía nos separa, a ti, el verdugo, a mí, tu víctima..." (p. 335). No me atrevo a reproducir el sarcasmo que se lee al fin de p. 337 y que continúa resonando después. ¡Increíble! Nunca pensé ni siquiera en la posibilidad de semejante actitud en una persona como el autor.—*A. Bandera, O.P.*

RICHARD HEINZMANN, *Filosofía de la Edad Media*. Traducción del alemán por V. M. HERRERA. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1995. 484 pp. 3.750 ptas.

Un gran libro sobre historia de la filosofía; en él sobresale un personaje: Tomás de Aquino. El autor lo conoce y lo expone bien. Cuando llega el momento de hacer una valoración global, muestra bien hasta qué punto la persona y la doctrina de Tomás de Aquino le es familiar y el grado de admiración que siente por él. "Tomás de Aquino —dice— se cuenta entre los pensadores más destacados de la historia de las ideas de Occidente. En el ámbito cristiano solamente Agustín se le puede comparar. La característica más señalada de su pensamiento es su extraordinaria facultad de síntesis..." (p.

325). Me parece también muy interesante lo que el autor dice sobre la historia del influjo de Santo Tomás; la historia se abre con oposición que llegó hasta la condenación de algunas proposiciones por el obispo de París Esteban Tempier; la fecha para ejecutar esta decisión fue intencionadamente escogida: el 7 de marzo de 1277, tercer aniversario de la muerte del maestro. Posteriormente, la historia del tomismo no siempre fue luminosa. En cuanto al momento actual, el autor concluye así: "Sólo en nuestro siglo [el pensamiento de Tomás de Aquino], liberado ya de distorsiones y falsas interpretaciones tomísticas y neoescolásticas, ha sido redescubierto, convirtiéndose de nuevo en un interlocutor de la filosofía" (p. 328).

El libro no trata solamente de Tomás de Aquino. Pero en relación con los demás autores estudiados, la exposición es de gran valor y creo que poco frecuente en libros actuales de esta índole. A una obra así sólo cabe desear gran difusión.—A. Bandera, O.P.

AMBROGIO SPREAFICO, *El libro del Exodo*. Traducción del italiano por M. VILLANUEVA. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1995. 220 pp. 1.900 ptas.

Este libro forma parte de la colección *Guía espiritual del Antiguo Testamento*, editada por Herder juntamente con Ciudad Nueva. Sobre el Génesis han sido publicados ya dos tomos. Ahora aparece éste, dedicado al Exodo. Este libro ha tenido y sigue teniendo un influjo enorme en todo lo relacionado con la espiritualidad bíblica. El éxodo aquí narrado tiene manifiesto contenido espiritual. Moisés pide que se conceda al pueblo salir de Egipto para ofrecer a Dios un sacrificio. El texto sacerdotal, que se lee en 6, 2-9 informa la totalidad del libro. El pueblo de Israel no sólo recibe el don de libertad, sino que, además, se sirve de esta libertad para ocuparse en la alabanza divina. Cierto que esta misión sacerdotal tiene considerables fallos; el pueblo que ha de llevarla a cabo es de 'dura cerviz'. Pero la infidelidad humana nunca es capaz de anular la misericordia divina. Dios se comprometió a fondo con el pueblo y su amor es irrevocable. Uno de los temas que puede resultar más atrayente para discernir la situación de la humanidad en nuestros días es el que lleva como título *El amor de Dios y la Resistencia de Israel* (pp. 99-111). Habría que citar casi todo el libro. Todo él es sencillo en la exposición y rico en contenido espiritual: responde bien a la finalidad de la colección de la cual forma parte.

El libro del Exodo refiere unos acontecimientos que se convirtieron "en un paradigma salvífico", es decir, informan otra serie de escritos posteriores que "describen y anuncian la salvación como un éxodo. El anuncio más conocido, en este sentido, es el del Deutero-Isaías (Is 40-55), un profeta que vivió en la época del exilio babilónico..." (p. 17). En la biblia hay un libro del Exodo; pero a la vez, muchas formas de éxodo. Estas formas penetran a fondo en el Nuevo Testamento.—A. Bandera, O.P.

M. DEVILLIER, *San Antonio el Grande, padre de los monjes*. 194 pp. LORENZO HERRERA, *Historia del Císter, VI: Documentos relativos a la Orden Cisterciense*. Espiritualidad Monástica (Monasterio de las Huelgas. 09001 Burgos), 1995. 602 pp.

El primer libro se divide en dos partes. La primera, de índole biográfica, es semejante a tantas otras biografías que de este santo se vienen publicando

desde hace años. La segunda lleva por título 'apoteogmas de San Antonio', en los que se expresa lo que podríamos llamar espiritualidad de San Antonio, una espiritualidad que lo convierte en padre de los monjes. Los apoteogmas son una serie de sentencias basadas en algún hecho, más o menos real, que sirve para adoptar una determinada postura interior.

El segundo libro contiene solamente documentación relativa a la Orden Cisterciense. El bloque mayor de los documentos aquí reunidos es antiguo y, en notable proporción, giran en torno a la liturgia. Son reproducidos en latín y de ellos se da traducción española. Hay otro importante bloque relativo a la llamada *Orden cisterciense de estricta observancia*. Las últimas páginas están dedicadas a 'Estatuto de asociación de la CCSB a la OCSO'.—A. Bandera, O.P.

KILIANO HEALY, O. Carm., *El profeta de fuego*. Ediciones Carmelitas, Roma-Madrid, 1995. 252 pp. *Il P. Kolbe e la conoscenza del mistero dell'Immacolata e della Trinità*. Edizioni dell'Immacolata, Bologna 1995, 36 pp. JUAN FÉLIX BELLIDO, *El corazón de la Granada. Un Santo llamado Juan de Dios*. Desclée de Brouwer, Bilbao 1995. 204 pp. EUGENIO AYAPE, *Semblanza de San Ezequiel Moreno*. Ed. Augustinus, Madrid 1994. 140 pp. JOAQUÍN L. ORTEGA, *Santa Magdalena Softá Barat*. Un símbolo blanco. BAC Popular, Madrid 1995. 226 pp. GEORGE HOURDIN, *Dietrich Bonhöffer, víctima y vencedor de Hitler*. Desclée de Brouwer, Bilbao 1995. 118 pp.

He aquí una lista de insignes testigos de la fe; casi todos son de nuestro tiempo. Evidentemente, el nombrado en primer lugar y definido como el profeta de fuego, o sea, Elías, pertenece a todos los tiempos y los rebasa todos, porque Yahvé, a quien sirvió con entera fidelidad, le encomendó proclamar un mensaje que permanece para siempre. El libro tiene una estructuración original. El esquema está dado por las escenas bíblicas que presentan los momentos culminantes del ministerio de Elías, según los textos de los libros de los Reyes; viene después un breve comentario exegético, un espacio más largo dedicado a los modos como la tradición carmelitana entendió el pasaje bíblico que sirve de base y, por fin, una aplicación del texto a la actualidad, es decir, a algún personaje distinguido dentro del 'mundo' carmelitano, entre los cuales figura, por ejemplo, Santa Teresa de Lisieux, el P. Bartolomé Xiberta, el beato Tito Brandsma. Es una lectura de gran interés espiritual y, a veces, también cultural. El folleto sobre el P. Kolbe hace poco más que explicar el título. Es, en cambio, muy bueno el libro sobre San Juan de Dios, no sólo por razón del protagonista, sino también por otros motivos de interés histórico, como, por ejemplo, las informaciones que da acerca de la organización sanitaria de entonces, dentro de la cual, superándola, se encuadra la obra del Santo. San Ezequiel Moreno fue un gran obispo y un gran evangelizador en zonas bien difíciles de Colombia; con lo que fue y con lo que hizo tiene importantes palabras que decir en orden a lo que hoy llamamos nueva evangelización y al modo de llevarla a cabo. La biografía de Santa Sofía Barat ha sido escrita primorosamente. El autor la define como 'símbolo blanco'. La expresión tiene origen en la condición del lugar—edificaciones y campos— donde se situó para iniciar y poner en marcha su obra: todo aquello eran terrenos 'negros' por la relación que tenían con despojos perpetrados de manera nada limpia. La Santa, con

su persona y con la obra que allí estableció, quitó la negrura e hizo que todo fuese blanco, en el orden de la cultura y de la difusión de la fe. La idea principal del libro sobre Bonhöffer está en el subtítulo: un hombre que fue víctima de un tirano, pero que, habiendo sido asesinado por él, en realidad lo venció; y, si se puede hablar así, continúa vencéndolo. Lástima que, en sus reflexiones teológicas, Bonhöffer no estuvo a la altura de su comportamiento.—A. Bandera, *O.P.*

ENRIQUE MONASTERIO, *El Belén que puso Dios*. Ed. Palabra (Castellana, 210. 28046 Madrid), 1995. 126 pp. 962 ptas.

El evangelio para cada día del año. Selección de textos por J. A. Mart. Puche, O.P. Edibesa (Madre de Dios, 35 bis. 28016 Madrid), 1995. 192 pp. 100 ptas.

Dos escritos muy diversos entre sí, pero muy apropiados al momento. El primero va considerablemente más allá de su propio título. El vocabulario, los símbolos, los misterios comentados o más o menos aludidos, sitúan al lector en ambiente de Navidad. Pero quien sintonice internamente con la exposición, siempre amena y bien fundada, se dará cuenta de que este pequeño libro contiene una gran enseñanza, válida para todos. Comunica algo así como el sentido de Dios. El lenguaje, del que fluyen páginas literariamente amenas, tiene la eficacia de lo sencillo: penetra en el lector no por presión, sino con la suavidad de los dones que salvan. Asimilando la lectura, se llega a percibir lo que me parece su mensaje: a semejanza de Dios, cada uno debe convertirse en constructor de un 'Belén'. La sociedad cambiaría rápidamente de rostro.

El segundo escrito es un folleto que contiene trozos selectos de los evangelios, según la versión que se usa para la celebración litúrgica. Es un excelente modo de cooperar a que la persona y la obra de Jesús sean conocidas. Una primera edición de 10.000 ejemplares se agotó en unos días. Ha sido hecha una nueva tirada de 150.000 ejemplares. El precio es poco menos que de regalo. Con 100 ptas. casi nadie sabrá lo que se puede hacer. Ha sido un gran acierto. Escritos así son un firme apoyo para la evangelización.—A. Bandera, *O.P.*

J. RATZINGER - CH. SCHÖNBORN, *Introducción al Catecismo de la Iglesia católica*. Ciudad Nueva (Andre Tamayo, 4. 28028 Madrid), 1994. 112 pp.

L. CARAM, O.P., *Vive tu fe. Esquema guía para estudiar el Catecismo de la Iglesia católica*. Edibesa (Madre Dios, 35 bis. 28016 Madrid), 1995. 386 pp.

Los dos libros se relacionan con el *Catecismo*, pero de manera muy distinta. El primero es obra de dos distinguidos personajes que tuvieron parte destacada en la elaboración del *Catecismo*. El Cardenal Ratzinger trata del conjunto del proceso que culminó en la publicación de este libro. En primer lugar, se quiso que el libro no fuese obra de teólogos sistemáticos, sino de pastores. Con este fin fue nombrada una primera Comisión, formada por seis obispos: se quería que fuesen dos por cada una de las partes previstas. Esta Comisión fue ampliada pronto, o sea, cuando se decidió que en el *Catecismo* se incluyese una cuarta parte, sobre la oración. El trabajo fue largo y difícil. Cuando se tenía ya una redacción presentable, el texto fue enviado a todos los obispos, los cuales respondieron enviando un total de

más de 24.000 enmiendas (p. 27). Por eso se comprende que, en la elaboración de este *Catecismo*, el episcopado mundial tiene una parte importante, que ha de ser tenida en cuenta para valorar la autoridad del libro. Ch. Schönborn expone alguno de los principales temas doctrinales, como, por ejemplo, la jerarquía de verdades, de gran repercusión en el campo del ecumenismo; acerca de cada una de las partes, de que consta el libro, son propuestas también las verdades que subyacen como fundamento. Es tratado con especial cuidado el tema revelación y, dentro de él, las relaciones de Jesús con el pueblo de Israel.

El segundo libro es de una religiosa que oculta su nombre. El contenido es de orden estrictamente catequético. Un conjunto de 97 fichas presenta la totalidad de la materia, utilizando una serie de recursos pedagógicos para lograr la asimilación en profundidad de las ideas de este gran libro. Es ya la segunda edición; la primera es de 1994. Lo cual quiere decir que tiene buena aceptación. Ciertamente quienes se ocupen en el ministerio de la catequesis, encontrarán en estas fichas una inestimable ayuda en orden a la utilización de este gran libro, el cual, precisamente por su alta calidad, no siempre resulta fácil para un catequista cualquiera.—A. *Bandera, O.P.*

ANGEL GUTIÉRREZ SANZ, *Humanismo y fe*. Colección TAU (San Juan de la Cruz, 7. 05001 Avilía), 1995. 164 pp. JUAN SANZ, *Escritos espirituales*. Estudio preliminar, edición y notas de P. GARRIDO, O. Carm. Fundación Universitaria Española, Madrid 1995. 240 pp.

El primer libro trata tema de gran actualidad; está bien documentado, se lee con gusto; un estilo fluido hace fácilmente comprensibles todos los temas desarrollados. Humanismo es una palabra que modernamente ha recibido un significado nuevo, debido a que bastantes escritores ateos evitan definirse como tales; prefieren presentarse como humanistas, como los promotores natos del humanismo, dando a entender o diciéndole a veces expresamente que la afirmación de Dios es un modo de negar o, cuando menos, de mutilar al hombre. Frente a cualquiera de estas formas de humanismo, el autor muestra que sin Dios, la persona humana se desvanece, que el genuino humanismo sólo queda bien asegurado desde Dios y que, por encima de cualquier humanismo de sola perfección humana, está el humanismo cristiano, el que se manifiesta en quienes, acogiendo el plan de Dios revelado por Cristo, se abren al don de la gracia, cuyo desarrollo último será la bienaventuranza eterna. En este mundo se dan también formas participadas de bienaventuranza; constituyen lo que el autor llama "la carta magna del cristianismo" (p. 77). Una jugosa exposición del contenido de esta 'carta', en pp. 78-82, tiene un importante complemento en las dedicadas a exponer nuestra actitud ante el dolor y ante la muerte (cf. pp. 86-96). De todo se habla con gran realismo, porque para el cristiano la postura fundamental en este mundo es la de un optimismo que afronta las dificultades desde la seguridad de la esperanza (cf. pp. 97-101).

El segundo libro es de estructura un tanto singular. Contiene una larga e interesante introducción que llega hasta p. 147; siguen después diversos escritos de Juan Sanz: Abecedarios espirituales (pp. 151-172); un villancico (172-174); cartas (177-200) y apéndices. Concluye todo con copiosos índices, que son obra del editor.—A. *Bandera, O.P.*

MIRCEA ELIADE, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas. Desde la época de los descubrimientos hasta nuestro días*. Trad. del alemán por J. M. López de Castro. Herder. Barcelona 1996. 14,1 x 21,6. 616 pp. (Provenza, 388. 08025 Barcelona).

Uno de los grandes proyectos editoriales del científico rumano, gran experto en ciencias de las religiones, M. Eliade (1907-1986), que no pudo terminar, es esta Historia de las Creencias y de las Ideas religiosas. El volumen que hoy presentamos es la segunda parte del tomo III, que ha sido coordinado por Ioan P. Culianu, Profesor de historia de las religiones y del cristianismo en la Universidad de Chicago, USA.

El contenido de este volumen, en conformidad con el proyecto original de Eliade, incluye las religiones autóctonas de Africa Occidental y Oriental, América del Sur, Central y del Norte, Australia, China, Indonesia, Japón y Oceanía. Hallamos también un capítulo final sobre la religión en el mundo europeo desde la Ilustración. El acento de estas páginas está puesto en el contexto germánico, debido a que la mayoría de los autores son de habla y cultura alemanas.—*Pedro Fernández, O.P.*

Manual de Teología Dogmática. Dir. por Th. Schneider. Trad. del alemán Cl. Gancho (Biblioteca Herder, 199). Herder. Barcelona 1996. 14,1 x 21,6. 1264 pp. (Provenza, 388. 08025 Barcelona).

El presente Manual de Teología Dogmática —estamos en la época de los manuales—, ha sido preparado en equipo por un grupo de ocho teólogos de lengua alemana con el objetivo de ofrecer un vademecum o compendio teológico actualizado a la enseñanza y aprendizaje de la teología dogmática católica renovada según el Concilio Vaticano II y en un contexto ecuménico. El Manual está estructurado en tres partes: el Dios de la vida; Jesucristo, camino de la vida; y vida desde el Espíritu, que es la más amplia (pneumatología); juntamente con los Prolegómenos y la Suma final o el Dios Trinitario, plenitud de la vida. Cada tema, redactado por uno del equipo, plantea sucesivamente la cuestión, el contexto bíblico, la historia y, finalmente, la teología sistemática. Los destinatarios son sobre todo estudiantes de teología, profesores de religión, predicadores y cristianos cultos en general. Felicitamos a este equipo de teólogos por su dedicación a transmitir los contenidos de la fe católica con gran esperanza en el futuro.—*Pedro Fernández, O.P.*

Vida Sobrenatural

REVISTA DE TEOLOGÍA MÍSTICA

Editorial

La Encíclica *Mediator Dei*, cincuenta años después

La Liturgia es una de esas realidades fundamentales de la Iglesia de Jesucristo, que es preciso cuidar con esmero; su renovación está relacionada con la renovación de la Iglesia y su estilo celebrativo nos indica el nivel de la vida cristiana de los participantes. Es necesario que nuestras celebraciones sean algo vivo y atractivo, donde todos los presentes participen y así se contrarreste la gran atracción del mundo actual; incluso hay que destacar el sentido escatológico de la liturgia para que celebrándola aumente en nosotros el anhelo del cielo, de la compañía de los santos, con la Humanidad de Jesucristo y con la Santísima Virgen, Madre de Dios y madre nuestra.

Después del Concilio, como la reforma litúrgica se hizo en una época muy influenciada por la desacralización religiosa, se han perdido algunas realidades que actualmente, gracias a Dios, se están recuperando, porque las necesitábamos; hay presupuestos sin los cuales no podemos vivir la fe cristiana, por muy honestas que sean nuestras intenciones; el cristianismo no es fruto de la razón humana, sino el estu-pendo don que Dios Padre nos ha regalado en su Hijo Jesucristo. En este sentido, hay que recuperar, por ejemplo, la dimensión cultural de la vida cristiana, advirtiendo el deber

y el derecho del cristiano y de la comunidad cristiana a honrar y glorificar a Dios Creador y Salvador; aunque la Liturgia es un encuentro con los hermanos, es, sobre todo, un encuentro con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo en forma de oración y plena entrega a su santa voluntad.

Escribiendo sobre la Santa Liturgia quisiera animar a los lectores a que profesen un amor acogedor a todos los sacerdotes y que recen mucho por nosotros. Necesitamos sacerdotes y los necesitamos santos. Ellos tienen en sus manos y en sus palabras el misterio del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, el misterio del Perdón, el misterio del Nuevo Nacimiento, el misterio de la Palabra de Dios y el misterio de los Sacramentos. Son muchas cosas divinas para llevarlas ellos solos. Necesitan ser acompañados, protegidos y amados por sus comunidades.

Relectura actualizada de la Mediator Dei

La celebración en este año del cincuentenario de la gran Encíclica *Mediator Dei*, publicada por el Papa Pío XII el 20 de Noviembre de 1947 con la finalidad de llevar la Liturgia al pueblo y el pueblo a la Liturgia, es una ocasión magnífica para reflexionar sobre nuestras celebraciones litúrgicas. Cuando se publica esta Encíclica, la liturgia con frecuencia era algo exclusivo del clero, pues los fieles no hacían otra cosa que asistir a ella, realizando a veces de modo simultáneo diversos ejercicios piadosos; además la lengua cultural era desconocida para el pueblo y había signos cuyo significado era difícil de comprender. Ante esta situación, Pío XII restauró el concepto cristológico clásico de Liturgia en un contexto eclesial, superando una concepción puramente formal y exterior. Además, al año siguiente instituyó el Papa una pequeña Comisión secreta para preparar el camino a una reforma litúrgica general.

Pío XII, al enmarcar la Santa Liturgia por parte de Dios en el sacerdocio de Cristo y por parte del bautizado en el culto cristiano, consiguió profundizar en el misterio de las celebraciones litúrgicas como acciones de Jesucristo en la

virtud del Espíritu Santo y también revalorizar la participación de todos los bautizados en el culto litúrgico, cuyo fruto es la gloria de Dios y la santificación del hombre. La Santa Liturgia no es una mera acción de Dios; también es acción de los cristianos, que dan a Dios lo que en justicia le deben; pero es una acción sobre todo interior de los bautizados, que se caracteriza como acción profético-sacerdotal y como ejercicio de la virtud de la religión, alma de la Liturgia, animada por las virtudes teologales de la fe, esperanza y caridad. Aquí tenemos la verdadera y más profunda participación de los bautizados en la Santa Liturgia, consiguiéndose así la interiorización en su realidad sobrenatural, vivificada por el Espíritu Santo.

La riqueza doctrinal de la Encíclica *Mediator Dei* es tan actual, que de ella se sirvió abundantemente la Constitución Litúrgica del Concilio *Sacrosanctum Concilium*, en orden a señalar los cauces fundamentales de la posterior reforma litúrgica y hacer ver la Liturgia como fuente y cumbre de la vida de la Iglesia. “Se piensa con frecuencia que el Concilio Vaticano II marca una época nueva en la vida de la Iglesia. Esto es verdad, pero a la vez es difícil no ver cómo la Asamblea conciliar ha tomado mucho de las experiencias y de las reflexiones del período precedente, especialmente del pensamiento de Pío XII” (*Tertio Millennio Adveniente*, 18). En este sentido, se están haciendo hoy relecturas de la Encíclica *Mediator Dei* en orden a interpretar la constitución litúrgica del Concilio Vaticano II y a reflexionar sobre la posterior reforma litúrgica.

Liturgia y Espiritualidad cristiana

Conociendo el proceso del Movimiento Litúrgico se advierte que el criterio fundamental de su desarrollo fue la relación entre Liturgia y espiritualidad, vale decir, entre el misterio y la mística; esto se comprueba considerando las tres polémicas principales suscitadas durante el Movimiento Litúrgico, en referencia directa a la cuestión de la espiritualidad. El texto conciliar *Sacrosanctum Concilium* señaló

unas pautas estupendas sobre la cuestión; no obstante, en el período de la reforma posconciliar ha habido una carencia de espiritualidad en nuestras celebraciones litúrgicas realmente preocupante.

Ciertamente, mala compañera de camino de la reforma posconciliar de la liturgia fue la desacralización; cuando se discute o al menos se prescinde del carácter sagrado o santo de la Liturgia, las consecuencias no pueden ser buenas para la espiritualidad litúrgica y, por lo mismo, para la espiritualidad cristiana. En fin, era muy sabio aquel principio que nos recordaron a los sacerdotes durante la ordenación: "Tratad santamente las cosas santas". En este contexto, cómo no aludir al menoscabo de la práctica de la adoración al Santísimo Sacramento y a las consecuencias negativas que ha originado la comunión en la mano, cuando no se hace correctamente.

Es positivo no reducir lo cultural a las celebraciones litúrgicas, olvidando la necesidad de los ejercicios piadosos en la espiritualidad cristiana, como preparación o consecuencia de la Liturgia; así se cuida el antes y el después celebrativo. El culto privado y popular en torno a la Semana Santa y a la Navidad, las Procesiones como la del Corpus, y plegarias como el Santo Rosario y el Vía Crucis siguen teniendo una importancia enorme en la vida espiritual de los fieles y de las diferentes comunidades eclesiales. También es bueno no reducir el culto litúrgico a la Misa; en una comunidad cristiana los frutos de la celebración eucarística están relacionados con la frecuencia de la celebración del Sacramento de la Penitencia; una comunidad que no se reconcilia con frecuencia, se deteriora. Por otra parte, es muy saludable el equilibrio entre las celebraciones de la Palabra de Dios y las Celebraciones Sacramentales.

En fin, tenemos las nuevas celebraciones y necesitamos también los nuevos celebrantes, es decir, hay que cuidar el estilo celebrativo, que requiere también conocer las introducciones a los nuevos libros litúrgicos; hay que fomentar todo lo que nos ayude a entrar en celebración. Igualmente hay que discernir la hora más conveniente para la celebración comunitaria de la Eucaristía, teniendo en cuenta que

haya un contexto de oración y tiempo suficiente, de tal modo que sea en verdad plenitud de la comunidad cristiana. Respetar la verdad de las horas en el Oficio Divino no es menos importante. El partir la Palabra de Dios en la Homilía y el compartir los testimonios de la acción de Dios en los hermanos son realidades que construyen poderosamente la comunidad cristiana, como se practica en los Monasterios y se advierte ahora en los nuevos Movimientos Eclesiales. No menos importante es que los hermanos nos ayuden a conocer los propios pecados para vivir la maravilla del perdón de Dios y la reconciliación fraternal.

En el ámbito posconciliar, el Papa Juan Pablo II, con gran sentido pastoral en orden a facilitar la plena comunión eclesial de algunos sacerdotes, religiosos y seglares, concedió en 1988 el indulto de poder celebrar la Misa en el rito tradicional de San Pío V, previo el permiso de los Ordinarios del lugar, con tal que se acepte la autoridad del Papa, el Concilio Vaticano II y el Misal de Pablo VI; en fin, cosa legítima, pues si se celebra la Misa en rito Hispano-Antiguo o Mozárabe, ¿por qué no se va a celebrar según el Misal de San Pío V!; de este modo aquellos que encuentren hoy en la lengua latina y en su canto gregoriano un camino para la oración litúrgica pueden obtenerlo; hay católicos practicantes que añoran el respeto y la oración características de las celebraciones litúrgicas.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ, O.P.
Director de Vida Sobrenatural

Novedad

Armando Bandera, O.P., *Eclesiología histórico-salvífica. En la escuela de Santo Tomás de Aquino*. Barcelona 1966. 254 pp. 1.400 ptas.

Una larga familiaridad con Santo Tomás ha permitido al autor redactar un libro en que la filigrana espiritual brota espontánea de una profunda y luminosa comprensión del misterio de la Iglesia.

Pedidos: Editorial Casals

C/. Casp. 79. 08013 Barcelona

La liturgia en la vida contemplativa

1. *Vida angélica y dimensión escatológica de la liturgia*

La vida religiosa, y en nuestro caso la vida contemplativa, es una manera particular de vivir los consejos evangélicos desde una opción libre y espontánea de seguimiento a Cristo.

Nuestra intención es presentar la vida litúrgica como santificación del tiempo a lo largo de nuestra jornada y de nuestra vida, como religiosos dedicados al culto de Dios, a nuestra propia santificación y a la de nuestros hermanos.

Vamos a fijarnos en la virginidad como nota característica de la vida angélica, puesto que son los ángeles los que de día y de noche alaban a Dios, *“y su número es de miríadas de miríadas, cantando ante el trono del Cordero”*. Ellos realizan la liturgia en el cielo. *“Junto a los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos que sostienen las cítaras y las copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos, cantan el cántico nuevo”* (Ap 5,11). Estas oraciones son las oraciones de la iglesia triunfante que ya está en el cielo y las de la iglesia militante que con su liturgia terrena espera llegar junto al Cordero, en la consumación del tiempo.

En el Nuevo Testamento nos encontramos con tres textos en los que se nos habla de la virginidad: Mt 19, 12; Mc 12, 25; Co 7, 28-40. El texto de Mateo nos dice: *“Hay eunucos que así mismo se han hecho tales por amor del reino de los cielos”* (Mt 19, 12). El punto de mira de estas personas es el Reino de los Cielos y su deseo es conseguirle por medio de la renuncia a unos bienes que en sí mismos son buenos, tales como el amor a un hombre o a una mujer y crear una familia.

En Mc 12, 25, leemos: *“Cuando resuciten los muertos, ya no se casarán, ni serán dados en matrimonio, sino que serán como ángeles en los cielos”*. El texto subraya el aspecto de vida angélica de la virginidad. No porque los vírgenes sean ángeles, sino porque viven como los ángeles. El género de vida angélica del célibe lo proyecta hacia el reino futuro, de aquí arranca la dimensión escatológica de la virginidad.

En el texto de 1.^a Corintios, Pablo se centra en el aspecto escatológico de la virginidad, afirmando la provisionalidad de este mundo y cómo el cristiano ha de vivir en él como si no viviera. Consagrándose al Señor con la virginidad, el cristiano, en este caso el religioso, vive libre para el Señor sin nada que le ate a este mundo.

Queremos fijarnos especialmente en tres versículos de la primera carta de los Corintios, en el capítulo 7. Dice así: *“Cada uno tiene de Dios su propio don”*. Es realmente consolador, ver cómo el Señor nos ha regalado el don de la vocación, el don de la virginidad. Es un don que Dios nos ha concedido a nosotros, y no que nosotros le hayamos concedido a El. En el versículo 20 de la misma carta dice: *“Persevere cada uno ante Dios en la condición en que él fue llamado”*. De Dios es la gracia de la vocación y de la virginidad; de nosotros depende el guardarla como un tesoro que hemos de devolver al final de nuestra vida, según los talentos que nos ha dado. Pero para que no se nos haga cuesta arriba, dice Pablo de sí en el versículo 25 b, *“que ha obtenido del Señor la gracia de serle fiel”*. Pablo es fiel porque el Señor le ayuda a serlo. No por su esfuerzo, *“por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confirió el Señor no resultó vana, antes me he afanado más que todos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo”* (1 Cor 15, 10).

Todo es gracia y don de Dios, *“pues de gracia habéis sido salvados y esto no os viene de vosotros, es don Dios, no viene de las obras”* (Ef 2, 8). Incluso hasta los fracasos, las caídas y las infidelidades a veces son permitidas por Dios, pues nos acercan más a El si sabemos reaccionar. Una caída vale a veces más que mil conquistas.

La vida religiosa es un signo escatológico porque las realidades vividas por los religiosos constituyen los valores del Reino, presentes en su vida. Vivimos la *pobreza* como anuncio de la nueva tierra donde todo será común y desaparecerá la desigualdad. La *castidad* como signo de la dimensión universal del amor. La *obediencia* como la plena unión con Dios. Toda la vida del religioso preludia la Jerusalén Celeste y es una señal que nos remite a algo más profundo, e indica a Aquél por quien hemos optado en este género de vida. Hemos de anunciar los valores transcendentales del reino de Dios.

Por su parte, la Liturgia es signo también de la Ciudad Celeste. Nos dirigimos hacia ella como peregrinos, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios y cantamos al Señor el himno de la gloria con los ángeles y todos los santos, esperamos tener parte con ellos y gozar de su compañía, aguardamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo, hasta que se manifieste El, nuestra vida, y nosotros nos manifestemos también con El (cf. SC n.º 8).

2. *La liturgia alma y ritmo de la vida contemplativa*

El fin supremo de la liturgia es la gloria de Dios y de ella deriva la santificación del hombre. En ella Cristo se hace presente, tanto en la Eucaristía, como en su Palabra y también en la comunidad de los fieles. Al mismo tiempo, la liturgia es el alma de la vida contemplativa. Las monjas viven de ella y para ella. Así, la celebración de la liturgia para una comunidad contemplativa ha de ser el eje sobre el que gire su vida religiosa. Hemos sido destinados como religiosos a la alabanza de Dios santificando el curso del día y de la noche (cf. IGLH 10.11), realizando esta función por institución de la Iglesia y entonamos el admirable cántico de alabanza, siendo la misma voz de la Esposa que habla al Esposo, somos la oración de Cristo con su Cuerpo al Padre. Nuestra vida es una alabanza a Dios ante su trono en nombre de la Iglesia (cf. SC n.º 84-85).

La vida de silencio, de contemplación, de soledad, vivida desde la separación del mundo, hace de los contemplativos,

pregoneros de los tesoros del Reino. Con su vida escondida extienden el pueblo de Dios con misteriosa fecundidad y anuncian proféticamente que Cristo es la única bienaventuranza, al presente por la gracia y en el futuro por la gloria (cf. Constitución Fundamental de las Monjas de la Orden de Predicadores, 5). Tienden con su manera de vivir hacia la caridad perfecta para con Dios y para con el prójimo, para buscar y procurar la salvación de los hombres.

Los contemplativos no saldrán a predicar la Buena Nueva, sino que, sentados a los pies de Jesús y *escuchando* como María sus palabras, *han escogido la mejor parte*. Ocupan un puesto eminente en el Cuerpo Místico de Cristo. Con su vida entregada al servicio de Dios, prefiguran y anticipan la vida del cielo. Su misión en la Iglesia no es ser pregoneros del Evangelio por medio de la palabra. Ofrecen a Dios un eximio sacrificio de alabanza... dilatan al pueblo de Dios con misteriosa fecundidad apostólica. Son el honor de la Iglesia y honrar de gracias celestes (cf. PC 7).

3. *Vivir para el culto de Dios*

Desde el momento en que iniciamos la vida religiosa-contemplativa, somos destinados para vivir la Liturgia. *“Siete veces te alabo en el día por tus justos juicios”* (Salmo 118,164), podemos decir nosotros con el salmista. La vida contemplativa es un *kairós* continuado. Hemos recibido el tiempo para alabar y bendecir a Dios. Es una alabanza incesante, un culto ininterrumpido a Dios. Somos los centinelas de Dios, de su ciudad: *“sobre tus murallas, Jerusalén, he colocado centinelas, nunca callan, ni de día ni de noche; los que se lo recordáis al Señor no os déis descanso hasta que la establezca, hasta que haga de Jerusalén la alabanza de la tierra.”* (Is 62, 6.7).

En nuestra vida damos la primacía a la oración y a la alabanza y todo en un monasterio está ordenado al culto y la celebración solemne de la Liturgia es el centro de su existencia y su unidad radica principalmente en ella. Todo para la gloria de Dios (cf. 1 Co 10, 31).

La Liturgia de las Horas y de la Eucaristía de cada día, deben ser en nuestras comunidades experiencias diarias de encuentro con Dios, que cada día se nos ofrece en el altar. Por medio nuestro, la Iglesia se dirige a Cristo y por medio de El, al Padre por la salvación de todo el mundo, poseyendo gran eficacia. Los monasterios son comunidades eclesiales que ejercen la función de conducir las almas a Cristo no sólo con la caridad, el ejemplo y los actos de penitencia, sino con la oración.

En el plan salvífico de Dios, aun siendo único, se actúa en diversos ámbitos. Uno de ellos es el sacramental. Mediante los signos sacramentales el hombre se comunica con Dios y Dios con el hombre; el hombre participa de la vida divina. Como cristianos, consagrados a Dios mediante el bautismo, podemos adherirnos a lo largo de nuestra vida a una forma específica de participación en la vida de Cristo, la profesión religiosa, y convertirnos en una revelación del amor de Dios: un signo eficaz que anuncia la gloria de Dios.

Es precisamente dentro de la Eucaristía donde hacemos nuestra profesión religiosa, antes del ofertorio. Así, ligamos nuestra vida religiosa al sacrificio de Cristo (cf. ET n.º 47), que se ofrece por todos los hombres. El ritual propone que el religioso, una vez hecha la Profesión, se acerque al altar y coloque sobre él la fórmula de la profesión escrita con su puño y letra y que, si puede fácilmente, la firme sobre el mismo altar. El rito de profesión se desarrolla cerca del altar y del altar recibe su carácter de oblación. La vida monástica, como consagración y oblación, se enraíza en el altar, donde son santificados los dones por la acción del Espíritu Santo y esos mismos dones se ofrecen consagrados a Dios en la celebración eucarística. Así el monje y la monja consagrados a Dios son una ofrenda unida a la oblación de Cristo, a quien se incorporan más íntimamente la profesión. Al colocar sobre el altar el signo de su ofrenda, se subraya la relación que existe entre la oblación de estos contemplativos y la oblación de Cristo actualizada sacramentalmente en la celebración eucarística donde se desarrolla la profesión.

4. *Dar culto a Dios es celebrar la Historia de la Salvación*

La Historia de la Salvación es la revelación y narración de las maravillas que Dios ha obrado para salvar al hombre. Toda la Biblia, desde el beresit del Génesis al marana tha del Apocalipsis, hay una sucesión de hechos salvíficos. Así, la creación, los patriarcas (en particular Abraham, Isaac y Jacob), Moisés, el pueblo de Israel, Josué, los Jueces, los Reyes, los Profetas, el santuario, el exilio, el retorno, la reconstrucción, la dominación extranjera, la vida de Jesús, la marcha del Evangelio desde Jerusalén a todo el mundo, el final de la historia y del universo, la vuelta de Cristo. Esta es la síntesis de la Historia de la Salvación, que no es una historia distinta, sino otro modo de vivir la historia. Israel vivió la misma historia que los pueblos circunvecinos, pero se sentía objeto de la elección divina y la vivió de otro modo, sintiéndose pueblo de Dios, santo y amado.

Pero el centro de la historia es Cristo. En él culminan todas las profecías del Antiguo Testamento. En él se cumplen las esperanzas y expectativas de todos los siglos. En la carta apostólica *Tertio Milenio Adveniente*, Juan Pablo II dice que *“Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, es Señor del cosmos y también de la historia, de la que es “el Alfa y la Omega” (Ap 1, 8; 21, 6), “el Principio y el Fin” (Ap 21, 6) (TMA 5). Y más adelante señala que “el cristianismo comenzó con la Encarnación del Verbo. Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en Persona a hablar de sí al hombre y mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo” (TMA 6). Con la Encarnación comienza la redención del tiempo, que nos ayudará a ser mejores y a alcanzar la salvación.*

Dios busca al hombre porque le ama. Por su parte, el hombre busca a Dios muchas veces por necesidad, aunque le busque de manera inconsciente, refugiándose en sucedáneos y pequeños dioses que no acaban de satisfacerle. Pero para encontrar a Dios, tiene que salir de sí mismo. *“El hombre halla en Dios la plena realización de sí: ésta es la verdad revelada por Cristo. El hombre se autorrealiza en Dios, que*

ha venido a su encuentro mediante su Hijo eterno" (TMA 9). Por tanto, la plenitud de la Historia de la salvación tiene su culmen en la Encarnación del Verbo y su término en el retorno glorioso de Cristo al final de los tiempos. Cristo es el cumplimiento de la historia. Es la gran señal de que el Reino de Dios ha llegado.

El pueblo de Israel es para los religiosos, el prototipo, el paradigma de una vida expectante, aunque lo que era para ellos una promesa, es para nosotros una realidad. Ellos esperaban al Mesías y su vida giraba entorno a su venida. Vivieron su Historia en un conjunto de acontecimientos temporales, guiados por la fe y Dios los iba llevando a su salvación mediante la vocación divina, hasta alcanzar la plenitud de la vida, que les debía venir en Cristo, pero ellos no le reconocieron. Nosotros no vivimos lógicamente con la esperanza del pueblo de Israel, pues Cristo ya vino, pero Dios nos sigue llevando a la salvación por medio de Cristo. Para el pueblo de Israel, Cristo era una promesa, una esperanza de salvación. Para nosotros una realidad de la misma salvación. Cristo es nuestro acontecimiento salvífico. Nuestra vida es *Por El, Con El y En El*. Es un signo de su presencia dentro de nosotros y que hemos de manifestar a los demás.

5. *Música y liturgia en las monjas dominicas*

Para las dominicas hay muchas facetas de Santo Domingo que podemos imitar, pero nos vamos a fijar en una muy querida para él: la Liturgia. El fundador de los predicadores supo conjuntar la liturgia monacal y la predicación. Sus frailes no fueron monjes circunscritos a una abadía, sino Predicadores que alimentaban su espíritu en la Liturgia comunitaria. Tanto para los frailes como para las monjas, el corazón de la vida dominicana es la liturgia. El lema de la Orden: "*Laudare, Benedicere, Praedicare*", quedó enriquecido con el "*Contemplata aliis tradere*" de Tomás de Aquino. A Domingo le resultaba familiar la celebración en común de la liturgia, acostumbrado como estaba al Cabildo de Osma, donde los canónigos asumieron como propia esta vivencia monacal.

Fray Esteban de España, testigo del Proceso de Canonización, cuenta como el Maestro Domingo durante el Oficio de Maitines permanecía en pie, yendo de una parte a otra, exhortando a los frailes y pidiendo que cantaran sin bajar la entonación y con devoción. Lo mismo cuenta otro testigo, Pablo de Venecia, *“que exhortaba a los frailes para que cantaran bien, prestaran atención y recitaran devotamente los salmos”*. Sto. Domingo de Guzmán. BAC, págs. 167 y 172). Según la relación hecha por la beata Cecilia Romana, *“la voz del Padre Domingo era potente, bonita y sonora”* (O.c. pág. 683).

Santo Domingo supo transmitir a sus hijos el amor a la música en las celebraciones litúrgicas. Poco después de su muerte, acaecida en 1221, ingresaba en la Orden Tomás de Aquino. Quizá la figura más egregia de la Orden después de su fundador. En la Suma de Teología, a propósito de la música y aclarando lo que expresa San Jerónimo: *“Ante Ti, oh Dios, calla toda alabanza”*, escribe Santo Tomás: *“La alabanza vocal es neceraria para elevar los efectos del hombre hacia Dios. Por consiguiente todo lo que puede resultar útil para este fin, bueno será incorporarlo a la alabanza divina”* (Suma II-II c 92, a 2). Sigue Tomás: *“Por eso es saludable la práctica establecida de valerse del canto en la alabanza divina, con el fin de estimular más con él la devoción de los espíritus débiles”*. Aquí el Doctor Angélico cita a San Agustín que dice en sus Confesiones: *“Me siento inclinado a dar por buena la práctica del canto en la Iglesia para que por el halago de mis oídos, mi alma, demasiado débil, remonte su vuelo hacia afectos de piedad”* (Confesiones X c 33).

Otro dominico amante de la música y que le dedica un amplio espacio en su obra es fray Luis de Granada. Hablando de la Celestial Jerusalén, dice Fray Luis: *“¿Qué será oír aquellas voces angélicas y aquellos cantores y cantoras, y aquella música tan acordada, no de cuatro voces, como la de acá, sino de tantas diferentes voces, cuanto es el número de los escogidos? ¿Qué alegría será oír cantar aquella suavísima canción que les oyó San Juan en el Apocalipsis cuando decían: bendición, gloria y sabiduría, acción de gracias, honor, poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos Amen?”* (Guía de Pecadores, Cap. IX. Pág. 106. Edición 1768-1771).

El P. Granada, queriendo hacer resaltar los misterios de la fe, concuerda las excelencias y consonancias de la música, con la consonancia y melodía espiritual, que es la vida de fe y así dice: *“Para lo cual es de saber que como hay música y melodía corporal, así también la hay espiritual; y tanto más suave, cuanto son más excelentes las cosas del espíritu que las del cuerpo. Música y melodía corporal es cuando diversas voces se ordenan, que vienen a concordarse y corresponder las unas con las otras. Y de este orden y proporción procede la melodía, y de esta suavidad de los oídos, o por mejor decir, del alma de ellos. Porque como ella sea criatura racional, naturalmente se huelga con sus semejantes que es, con las cosas bien proporcionadas y puestas en razón. Y así se huelga con la música más perfecta, y con la pintura más acabada, y con los edificios y vestidos hermosos, y con todo lo que está muy subido en razón y perfección. Pues así como hay melodía y música corporal que resulta de la consonancia de diversas voces reducidas a la unidad, así también la hay espiritual, que procede de la convivencia y correspondencia de diversas cosas con algún misterio”*. Símbolo de la Fe, 2.^a parte cap. XXXII. Pág. 843. Edición Citada).

Un ejemplo claro de la importancia que se ha dado a la música en el Oficio Divino es el que muestra el convento de Santo Domingo el Real de Toledo. Desde principios del siglo XVIII funcionó una pequeña orquesta de cámara compuesta por diferentes religiosas. Fue una constante preocupación de las monjas mantener la altura de la prestigiosa capilla musical del monasterio. Así, se facilitó el ingreso de las religiosas sin dote, que pedían ocupar las plazas de música en el conjunto orquestal del convento. De esta manera vinieron a ingresar jóvenes procedentes de muchos rincones de España, que con vocación para la vida contemplativa, pero faltas de recursos económicos, sabían que su ingreso en Santo Domingo era posible demostrando una habilidad musical, tanto en el canto, como sobre todo en el manejo de instrumentos.

En el libro Becerro de 1755, época en que estaba más pujante la orquesta, el procurador P. Juan Moreno, OP., en

una nota defendía la importancia de la música en el culto divino, como “Remedo aunque imperfecto de la música del cielo”. Es más, en contra de las opiniones vertidas por Feijóo en su “Teatro Crítico Universal”, y otros autores que apoyaban el canto llano y el órgano como únicos posibles dentro de la liturgia, el padre procurador del convento defiende la existencia de esta capilla musical que ayuda a celebrar los oficios con mayor solemnidad. Este dominico explica que no debía haber ninguna objeción para utilizar todo tipo de instrumentos, ya que el Pontífice Benedicto XIV había dado su permiso para utilizar los violines dentro de la iglesia. Así todos los instrumentos y voces producían mayor decoro y movían “aquellos afectos conducentes a la devoción y bien espiritual de las almas” (Libro Becerro Sto. Domingo el Real. Fol. 433 v).

La música y el canto son realidades fundamentales humanas y ordenadas a la celebración litúrgica se convierten en el “Cántico Nuevo de la Apocalipsis” (Ap. 5, 19), que por vocación los dominicos y dominicas hemos escogido para hacer de nuestra vida una continua alabanza, a imitación de Santo Domingo, gran animador en el coro y alegre juglar por los caminos, cantando siempre las maravillas de Dios.

6. *Misterio de la vocación contemplativa para celebrar la fe*

Toda vocación ha de ser vivida desde la fe. Sólo la fe nos sostiene, es nuestra compañera, la que nos habla de la certeza invisible, pero real de seguir la voz de Dios. Abraham fue llamado por Dios de una manera clara, pero tuvo que vivir la fe de una manera dura. Tuvo que fiarse de Dios de manera absoluta, confiando plenamente en una promesa que la hacía muchos años. Se le llama Padre de los creyentes, pero también se le puede llamar Padre de los contemplativos. Abraham pudo contemplar la tierra prometida, la tierra de Canaán, hasta vivió en ella. Dios le aseguró: *A tu descendencia daré esta tierra*. Sara, murió en la tierra prometida y Abraham compró a los hijos de Jet la sepultura para su mujer. Era su tierra prometida por Dios, pero no era suya aún. El Señor le hizo andar un largo camino de fe, siempre fiándose

de la promesa. Moisés también contempló la tierra prometida de lejos. Mucho tuvo que sufrir para llegar a ella, pero no entró, sólo la vio. Murió frente a ella. A pesar de ello, Moisés supo vivir la fe y la entrega a Dios llevando al pueblo de Israel a su destino.

Vivir de la fe supone una renuncia radical a los planteamientos humanos de seguridad. El religioso y en especial el contemplativo, vive día a día; hace el seguimiento de Cristo su protector de vida. Se hace así mismo santuario de Dios, un lugar de encuentro con el Señor de su vida. Así, al vivir la fe, vive y se siente libre, no necesita de soportes humanos de una manera definitiva. Es capaz de vivir sólo para Dios, pero inserto en la vida humana y social que le ha tocado vivir.

Es en la liturgia donde celebramos la fe. Toda nuestra vida cristiana está englobada en la celebración de los misterios del Señor. Lógicamente la vida religiosa contemplativa es la que vive de manera más intensa esta fe celebrada en la liturgia. Es el recorrido diario, anual de la vida del Señor Jesús. Vivir de una manera más plena cada acontecimiento salvífico, cada encuentro con Dios. Tenemos la certeza de que Dios está con nosotros, *“donde dos o tres se reúnen en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos”*. Cristo vive con nosotros, ora con nosotros al Padre y se entrega junto con nuestras vidas como víctima agradable a Dios.

A pesar de todas las dificultades que lleva consigo la vida religiosa y en nuestro caso, la vida contemplativa, junto con Cristo está la Virgen, la madre de los creyentes, la Contemplativa por antonomasia, la que vivió el ciclo litúrgico en la vida de su Hijo, siendo expectadora y al mismo tiempo coprotagonista de la Salvación del hombre. Ella, la estrella de nuestro camino, nuestra intercesora, está pendiente de nosotros: *“No tienen vino”* (Jn 2, 3). Luego nos alienta para que acudamos a su Hijo: *“Haced lo que El os diga”* (Jn 2, 5).

SOR MARÍA JESÚS GALÁN VERA, O. P.
Santo Domingo el Real. Toledo

La Liturgia en la vida de los Frailes Predicadores

Intentamos en este estudio presentar la aportación de los Dominicos o Frailes Predicadores a la vivencia espiritual de la Liturgia en la Iglesia. En este trabajo queremos acentuar lo común incluso hablando de lo particular de una orden religiosa, pues la finalidad es mostrar el enriquecimiento espiritual de la Iglesia en su misma pluralidad; además, la espiritualidad de la Iglesia fundamentalmente es siempre una y única, aunque haya fundamento para hablar de espiritualidades particulares o escuelas diversas de espiritualidad. Estas reflexiones manifiestan un conjunto de convicciones o certidumbres sobre el carácter fundante y básico de la liturgia en la Orden de los Hermanos Predicadores, que hace fructificar en ellos su talante comunitario y apostólico, dones divinos que se gestan y se desarrollan esplendorosamente en las celebraciones litúrgicas. En la vida de los Dominicos se advierte con claridad meridiana que la celebración litúrgica y la devoción o entrega plena a la voluntad de Dios son dos realidades que se sostienen y se generan mutuamente.

1. *Encuentro con Santo Domingo de Guzmán*

Los Testigos de Canonización de Santo Domingo hablan de su encanto y amabilidad. Se le quería fácilmente, pues era afable, apacible y familiar. De rostro bondadoso y espíritu ecuánime. Durante el día tenía siempre alguna Palabra de Dios para los demás y así los consolaba; durante la noche, se entregaba a la oración. Ante las pruebas y dificultades era intrépido y seguro, sin jamás perder la paciencia y la alegría. Su natural dulzura brillaba por su virtud heroica. Como Padre corregía

siempre; más sus palabras y aspecto producían conversión y consuelo. En la ascesis era generoso y entregado en el celo apostólico; nunca decía no a los impulsos del Espíritu y a las posibilidades de anunciar la Palabra de Dios¹.

Es muy gratificante para los hijos hablar bien del Padre y Fundador, haciendo memoria de las huellas que dejaron sus predecesores. “Considerad la roca de que habéis sido tallados y la cantera de que habéis sido sacados. Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara que os dio a luz”. (Isaías 51,2). Sentirse atraído por aquél, a través del cual le ha llegado la Palabra, vocación de Dios, es una experiencia en la que sólo se puede apoyar toda una vida. Contemplar en el Padre a un santo hombre de Dios, entero y radical; audaz y sencillo; fuerte en el Señor y débil en su pequeñez. Advertir cuándo Dios le comunicó el don de la Paternidad, de la que hemos nacido es conocer las propias raíces. En el Cabildo Canónico de Osma, rezaba por las noches pidiendo a Dios la verdadera y eficaz caridad, el don capaz de entregarse plenamente por la salvación del prójimo; en el Languedoc, ya en el campo apostólico, vivió sólo para el anuncio de la Palabra, que salva a los hombres.

En Santo Domingo de Guzmán es fundamental encontrar el carisma o vocación del Dominico, que descansa en el trípode del estudio de la Palabra de Dios, fomentado por las observancias monásticas; la celebración de la Liturgia, que brota de corazones purificados por la práctica de los consejos evangélicos; y la predicación de la voluntad de Dios. Este es el fin; los dos primeros son los ejercicios espirituales, con los cuales se consigue la predicación o anuncio de la Palabra de Dios. Además, es básico advertir y experimentar cómo el estudio lleva a la oración; la oración a la Liturgia, y la liturgia a la predicación. En este contexto, rige el primado de la fe sobre la razón; el primado de la Palabra de Dios sobre la ciencia teológica; y el primado del Espíritu Santo sobre la propia voluntad.

1. Cf. G. BEDOUELLE, *La Fuerza de la palabra. Domingo de Guzmán*. Editorial San Esteban. Salamanca 1987.

“Y puesto que nos hacemos partícipes de la misión de los Apóstoles, imitamos también su vida según el modo ideado por Santo Domingo, manteniéndonos unánimes en la vida común, fieles a la profesión de los consejos evangélicos, fervorosos en la celebración común de la Liturgia, principalmente de la Eucaristía y del oficio divino y en la oración, asiduos en el estudio, perseverantes en la observancia regular. Todas estas cosas no sólo contribuyen a la gloria de Dios y nuestra propia santificación sino que sirven también directamente a la salvación de los hombres, puesto que conjuntamente preparan e impulsan a la predicación, la informan y, a su vez, son informadas por ella. Estos elementos, sólidamente trabados entre sí, armónicamente equilibrados y fecundándose unos a otros, constituyen, en su síntesis, la vida propia de la Orden; una vida apostólica en sentido pleno, en la cual la predicación y la enseñanza deben redundar de la abundancia de la contemplación”².

2. *Liturgia y Devoción en la vida de Santo Domingo de Guzmán*

El ser y el quehacer evangelizadores de los dominicos están fundados en la Liturgia y en la entrega piadosa a la forma de vida apostólica que caracteriza al Fundador de los Frailes Predicadores, Santo Domingo de Guzmán. Los Santos de la Orden de los Dominicos, especialmente Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), Santa Catalina de Sena (1347-1380), y Santo Tomás de Aquino (1225-1274), en sus ámbitos medievales, son el espejo donde se contemplan diariamente los dominicos y las dominicas que han profesado seguir las huellas de personas tan santas. Santo Domingo de Guzmán, Canónigo del Cabildo de Osma, oraba de día y de noche en un contexto contemplativo y apostólico, según su primer biógrafo, el Beato Jordán de Sajonia (m. 1237): “Pasaba los días y las noches en la iglesia dedicado sin descanso a la oración; y como si quisiera recuperar el tiempo dedicado la

2. *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los Frailes Predicadores*. Madrid 1985, Constitución Fundamental, párrafo IV. p. 44.

contemplación, apenas se dejaba ver fuera del recinto monástico. Dios le había otorgado la gracia particular de llorar por los pecadores, por los afligidos; sus calamidades le afectaban lo más íntimo de su alma y el amor que le quemaba por dentro salía bullendo al exterior en forma de lágrimas. Era costumbre muy frecuente en él pernoctar en oración, cerrada la puerta, oraba a su Padre”³.

En el Languedoc, durante la misión evangelizadora *itinerante* de Santo Domingo entre los albigenses, aceptando la vida cristiana según la forma apostólica, se desprendió de todo, exceptuados los libros de la celebración litúrgica y los textos necesarios para la evangelización⁴. Era costumbre del Santo Fundador y Padre de los Frailes Predicadores participar en el Oficio de las Iglesias por donde pasaba, pues tenía por costumbre hablar siempre de Dios o con Dios, en casa, fuera de casa y en el camino; esto aconsejó a sus frailes y lo puso en sus Constituciones⁵. En sus itinerancias apostólicas decía a quienes le acompañaban, como nos narra Fray Pablo de Venecia: “Caminad; pensemos en Nuestro Salvador”⁶. Y sus hermanos le veían durante sus periplos apostólicos rezar a Dios y hablar de Dios, pues se dedicaba a la oración o meditación sobre Dios. Lo primero que hacía al llegar a un lugar era visitar la Iglesia para rezar en ella. Y estando de viaje, cuando oía el toque de Maitines en los Monasterios, se levantaba y despertaba a los frailes que le acompañaban y celebraba con gran devoción todo el Oficio Divino, diurno y nocturno, a las horas señaladas de tal manera que no dispensaba ninguna hora. Y después de Completas, obligaba a sus compañeros a guardar silencio hasta las nueve del día siguiente, como si estuvieran en el convento, como testificó Fray

3. *Orígenes de la Orden de Predicadores*, nº 12-13, en *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1987, pp. 87-88.

4. Cf. *Ibid.*, nº 22. p. 91.

5. Cf. *Constituciones antiguas de la Orden*, en *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1987, p.763.

6. *Actas de los Testigos de Bolonia para el Proceso de Canonización*, *Ibid.*, p. 171.

Ventura de Verona⁷. Y todos los días, si hallaba Iglesia a propósito para ello, quería cantar la misa. Y caminando se alegraba de las tribulaciones; un día que llovía torrencialmente, nos dice Fray Bonviso de Piacenza, ensalzaba y bendecía a Dios, cantando en voz alta *Ave, maris Stella* y también *Veni, creator Spiritus*⁸.

Estando Santo Domingo *en el convento*, era asiduo al Oficio Divino, y siempre seguía a la comunidad tanto en el Oficio como en el refectorio, manifestó Fray Rodolfo de Faenza, Testigo de Bolonia en el Proceso de Canonización⁹. Otros Testigos Boloñeses, Fray Esteban de España y Fray Pablo de Venecia¹⁰, dijeron que Domingo era diligente y piadoso en la oración, más que todos los hombres que jamás hubieran visto. Tenía la costumbre, según dijeron haberlo visto, después de Completas y de la oración hecha en común por los frailes, quedarse rezando en el templo, mientras ordenaba a sus hermanos ir a descansar. Y durante la noche, mientras oraba, prorrumplía en tales gemidos y sollozos, que los frailes más cercanos se despertaban y derramaban lágrimas ante tales ejemplos. Y aunque muchas veces pernoctaba en oración hasta Maitines, permanecía en pie durante esta oración, y yendo de una parte a otra del coro exhortaba a los frailes con hechos y con palabras para que cantasen con entusiasmo, fervor y voz fuerte y dijeran devotamente los salmos.

Fray Esteban de España¹¹ dice también que siempre durante la *celebración de la Misa*, en el canon o plegaria eucarística, lloraba, y las lágrimas corrían por sus mejillas en tal cantidad, que una lágrima no esperaba a la otra. Y celebraba con tal devoción y tanta unción que los circunstantes al rezar él la oración del Señor adivinaban fácilmente el fervor que animaba su espíritu. Nunca recuerda haberle visto celebrar la Eucaristía sin que derramara abundantes lágrimas. Y esto le sucedía también durante la salmodia. Fray Frugerio de Penna

7. Cf. *Ibid.*, p. 146.

8. Cf. *Ibid.*, p. 156.

9. Cf. *Ibid.*, p. 162.

10. Cf. *Ibid.*, pp. 167-168.172.

11. Cf. *Ibid.*, p.168.

dijo que cuando Santo Domingo predicaba la Palabra de Dios a los frailes derramaba muchas lágrimas. Fray Rodolfo de Faenza¹² dijo también que era muy solícito y abnegado en la predicación y en las confesiones. Y durante la predicación lloraba con frecuencia y movía a llorar a los oyentes.

En el documento primitivo sobre los *Nueve Modos de orar de Santo Domingo*¹³, redactado entre 1260 y 1288, hallamos una relación enriquecedora entre la piedad y la liturgia, y se manifiesta poderosamente el don de la compasión, característico del profeta, y muy presente en la vida de Santo Domingo de Guzmán. Se trata de unas formas de plegaria extralitúrgica mediante expresiones corporales, que surgen de la exhuberancia del espíritu. Los tres primeros modos, - conviene mirar las viñetas-, son expresiones de purificación; los cuatro modos siguientes son expresiones de elevación; el modo octavo refleja la preparación inmediata para el anuncio de la palabra; y el noveno es el viaje apostólico, del cual hablamos anteriormente. Tenemos en estos modos el modelo de la plegaria apostólica, escuela para sus hijos y para cuantos se dedican a la itinerancia apostólica.

3. *La Piedad Litúrgica en la Vida del Dominico*

Es fundamental también advertir el puesto que ocupa la Liturgia en la *espiritualidad* de los Frailes Predicadores, es decir, el lugar que ocupa la Liturgia en nuestra relación con Dios y con el prójimo, lo cual descubrirá el talante o forma de vida de los dominicos y la conceción o experiencia de la vida religiosa que les caracteriza. Ser ontológicamente dominico es un don de Dios, que se advierte en el estilo de la predicación de santo Domingo de Guzmán y en la forma evangelizadora de sus verdaderos hijos, pues las características de las Órdenes religiosas se determinan por el fin y por las

12. Cf. *Ibid.*, p.164.

13. *Los Nueve modos de orar de Santo Domingo*, en *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1987, pp. 195-218.

mediaciones que nos disponen para conseguir el fin intentado¹⁴. ¿Cuál es el fin de los Dominicos y los ejercicios con los cuales se preparan para lograr el objetivo de su vocación?

Un *texto fundacional* 1220, enseña: “Nuestra Orden ha sido instituida desde el principio para la predicación y la salvación de los hombres”¹⁵. Ahora bien, la predicación íntegra de la Palabra de Dios implica el anuncio del Evangelio y la celebración de los sacramentos; por eso, es tradición en la Orden que los frutos de la predicación se experimentan en los sacramentos de la Penitencia y de la Eucaristía. Así pues, tanto la Palabra como los Sacramentos son quicios de la vida y del apostolado de los Frailes Predicadores. Además, el estilo o forma de la predicación de los dominicos es conforme al modelo de los apóstoles, quienes dejaron los compromisos materiales para dedicarse a la oración y a la evangelización; en concreto, Santo Domingo es quien restableció en la Iglesia de la Edad Media el seguimiento de Cristo mediante la itinerancia apostólica.

Y los ejercicios con los cuales los Dominicos se preparan para la *evangelización itinerante* se concentran en lo que se denomina el espíritu y la realidad contemplativos del Fraile Predicador, pues la predicación del dominico se gesta en la contemplación a ejemplo de Santo Domingo de Guzmán, actuada sobre todo en el estudio de la sagrada verdad y en la celebración litúrgica comunitaria. La contemplación del dominico se apoya exteriormente en el estudio y en la liturgia, que son la doble fuente de la teología, de la contemplación y de la consecuente predicación característica del dominico. El estudio, origen de la ciencia, es fruto de la inteligencia iluminada por la fe y nos hace comprender los designios de Dios; y la liturgia, origen de la experiencia de Dios, nos hacer gustar las realidades divinas. En este contexto, se aprecia cómo el conocimiento sabroso de la Sagrada Escritura es la base del estilo de vida del dominico y característica de su predicación,

14. Cf. TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, 188, 1 6.

15. *Constituciones antiguas de la Orden*, en *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento*. Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid 1987, p. 728.

como en Santo Domingo de Guzmán, quien llevaba siempre consigo el Evangelio de San Mateo y las Cartas de San Pablo. En consecuencia, el dominico, que se desarrolla más en la Liturgia que en el estudio, es tal en la medida que contempla y entrega al prójimo lo contemplado. *Contemplata aliis tradere*, es el lema de los Dominicos que, en consecuencia con la doctrina de Santo Tomás de Aquino, resume el talante de su vida apostólica. De tal modo, que en el dominico la contemplación y la predicación no son acciones que se suceden o se estratifican, sino que se trata de acciones que se sostienen y se complementan actual y plenamente. Nos estamos refiriendo a una maravillosa aunque difícil síntesis espiritual.

La realidad concreta que favorece o dificulta el equilibrio entre los elementos contemplativos y apostólicos, que caracteriza la vida de los dominicos, es la *comunidad*, que es ámbito donde el corazón y la mente de los hermanos se gestan y se desarrollan vivificados por la vida evangélica (Consejos Evangélicos) y regular (Regla Religiosa), pues es el convento donde se estudia, donde se celebra la Liturgia, y es también la comunidad quien envía a los hermanos al quehacer de la evangelización. El Convento es donde el dominico habla con Dios, y el mundo es donde el dominico habla de Dios. Por eso, el dominico se caracteriza por ser asiduo en la penitencia del estudio, por ser fervoroso en el deleite de la celebración solemne de la Liturgia, y por ser perseverante en el compromiso evangelizador del anuncio profético del Evangelio, *verbo et exemplo*. El dominico predicando es la boca de Dios, según la hermosa y certera expresión de Fray Humberto de Romans¹⁶. Pero es la Liturgia donde se halla el quicio de la vida conventual, donde se fragua principalmente la fraternidad entre los frailes, se da culto a Dios, se santifican los hermanos y se adquiere el celo y la urgencia por la evangelización. El punto de apoyo exterior del dominico es la Comunidad y su punto de apoyo interior es el espíritu contemplativo propio de quien ha sido consagrado por Dios para su honra y gloria.

16. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. II. Turín 1956, p. 32.

4. *La celebración Litúrgica en la vida del Dominicó*

La celebración solemne, es decir, comunitaria, coral y con canto, de la Liturgia, espejo del *carácter conventual* de la vocación religiosa del dominico y de sus templos, es uno de los elementos o mediaciones fundamentales e inmutables del estilo de vida de los Frailes Predicadores en orden a su forma de vida comunitaria y a su carisma evangelizador. Las Constituciones de la Orden hablaban de 12 frailes en cada convento, según la legislación premostratense, de los cuales al menos 10 eran clérigos. El dominico vive por vocación en comunidad; no sin razón, Santo Domingo y sus primeros discípulos eligieron la Regla de San Agustín, gran predicador, en cuyo texto breve aparece el sentido comunitario del colegio canonical, integrado por un grupo de hermanos dedicados a la oración, al estudio y a la evangelización. La Orden de los Dominicos tomó la celebración solemne de la Liturgia del contexto religioso e institucional en el que nació, fijándose especialmente en las costumbres que San Norberto (m. 1134) dio a los premostratenses, quienes actualizaron la Regla agustiniana, como los cistercienses habían renovado la Regla benedictina. La novedad, en consecuencia, no está en la presencia de la Liturgia en la vida de los dominicos, sino en el puesto y el objetivo que recibe en el conjunto de la vida del Fraile Predicador. La Liturgia es una realidad fundante y fundamental en la vida de todo cristiano bautizado, sea clérigo, religioso o seglar. Y la Orden de los dominicos, nacida el año 1215 en el ámbito de los Canónigos Regulares, a los que perteneció Santo Domingo de Guzmán y sus primeros compañeros españoles en la misión albigense, asumió claramente esta realidad en su vida comunitaria, al constituirse como una Orden religiosa evangelizadora en el nivel de la predicación doctrinal, y por ello clerical.

He aquí el *texto constitucional* que sitúa hoy día la Liturgia en la vida del dominico: "Los Frailes sigan el ejemplo de Santo Domingo quien estando en el convento o en camino, de día y de noche, era asiduo al Oficio Divino y a la

oración y celebraba los divinos misterios con gran devoción. Por la voluntad expresa de Santo Domingo, la celebración solemne y comunitaria de la Liturgia debe estimarse entre las principales misiones de nuestra vocación.

En la Liturgia, principalmente en la Eucaristía, se actualiza el misterio de la salvación, que los frailes, participando en ella, no sólo contemplan sino también lo anuncian a los hombres mediante la predicación para que se incorporen a Cristo por los sacramentos de la fe. En la Liturgia, los frailes unidos a Cristo glorifican a Dios Padre por el eterno beneplácito de su voluntad y la admirable dispensación de su gracia, e interceden al Padre de las Misericordias por la Iglesia católica y por las necesidades y la salvación de todo el mundo. Por consiguiente, la celebración de la Liturgia es el corazón de toda nuestra vida, cuya unidad radica principalmente en ella”¹⁷.

La Orden de los Dominicos *fue fundada* también para la celebración comunitaria de la Santa Liturgia y para el estudio de la Sagrada Teología en un contexto comunitario, pues se trata de dos elementos constitutivos o mediaciones necesarias sin las cuales el dominico no estará constitucionalmente capacitado para la predicación característica de los Frailes de Santo Domingo de Guzmán. Es normal que ninguna otra mediación pueda anteponerse a la celebración litúrgica coral en la vida de los Frailes Predicadores; en consecuencia, una comunidad de dominicos que no ponga en primer lugar, entre sus mediaciones conventuales, la celebración del Oficio Divino no es un verdadero convento según el espíritu de Santo Domingo de Guzmán. Los dominicos nacieron como Orden canonical y, por tanto obligados al rezo coral y solemne del oficio Divino; además nosotros, en cuanto frailes dominicos tenemos el gran beneficio de pertenecer con los derechos y deberes a una Orden Religiosa y en justicia tenemos derecho y el deber de celebrar comunitariamente la Liturgia¹⁸. En este planteamiento, es perfectamente legítimo

17. *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los Frailes Predicadores*. Madrid 1985, nnº 56-57. pp. 70-71.

18. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. II. Turín 1956, p. 79.

que exista una profunda relación entre los tiempos de esplendor y decadencia en la historia de los dominicos y los tiempos de esplendor y decadencia de las celebraciones litúrgicas en sus comunidades. Es lógico que una de las misiones fundamentales de los Superiores entre los dominicos sea el cuidado con la palabra y el ejemplo de las celebraciones litúrgicas¹⁹, pues cuando una comunidad cuida la Liturgia realiza una evangelización digna y eficaz.

Es preciso advertir en la Liturgia, sobre todo en la celebración comunitaria de la Eucaristía, el *quicio* contemplativo y evangelizador de los dominicos en orden a la predicación itinerante, en orden a la propia santificación de los Frailes, y en orden a la misma participación de los fieles seculares en nuestras celebraciones. El curso temporal de las Horas del Oficio Divino debe significar el ritmo diario de la comunidad, habida cuenta de los compromisos apostólicos²⁰. El espacio coral es uno de los lugares fundamentales del convento dominicano, centro y corazón de una comunidad de vida litúrgica, de estudio, de contemplación y de nueva evangelización²¹. La Liturgia es para el dominico fuente de la unión fraterna, impulso de su apostolado y el gozne donde gira toda su vida religiosa. Ahora bien, el objetivo apostólico de la celebración litúrgica en la Orden de los Frailes Predicadores se entiende, no en el sentido que la Liturgia esté al servicio del apostolado, sino que la celebración, cuya finalidad es la gloria de Dios y la santificación del hombre, concede al evangelizador la unción espiritual y el don de la compasión que se precisan y capacitan para anunciar la palabra y celebrar los sacramentos.

19. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. II. Turín 1956, pp. 202. 211-212.

20. Cf. *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los Frailes Predicadores*. Madrid 1985, n° 62,1, p.72.

21. "La obligación coral afecta a la comunidad, pero no al lugar de la celebración, que no ha de ser necesariamente la iglesia, sobre todo tratándose de aquellas horas que no son recitadas de modo solemne". *Ordenación general de la Liturgia de las Horas*, n° 262: *Documentación Litúrgica Posconciliar*. Ed. A. Pardo. Barcelona 1992, p. 111.

Ya el Venerable Humberto de Romans, Maestro General de la Orden de Predicadores desde 1254 a 1263, habla²² de los muchos efectos positivos que reporta al fraile la celebración comunitaria de la Liturgia, tratando el tema de cómo los frailes han de preferir celebrar la Liturgia en la Iglesia que fuera de ella, por lo que no deben justificar fácilmente su ausencia. En este sentido, se refiere Fray Humberto a la presencia de Cristo, de los santos y de los ángeles en el templo, y además a la eficacia de la intercesión. Por todo ello, este texto fundamental en la espiritualidad de los Frailes Predicadores aconseja a los dominicos no faltar a las celebraciones litúrgicas de la comunidad y tampoco pedir frívolamente dispensa alguna. La obligación al Oficio Divino entre los dominicos es, en primer lugar, una obligación comunitaria o coral, aunque también sea individual, y la participación sacerdotal y sacramental, interior y exterior, de los frailes en la celebración de la Liturgia es la fuente de la gloria de Dios y del santificación de los hermanos, de la edificación de la comunidad y del nacimiento de los nuevos evangelizadores. Este carácter litúrgico de la Orden de los Dominicos, heredado tradicionalmente del ámbito histórico en el que nacieron, es recomendado hoy por la Iglesia a todos los religiosos, cuando manda y exhorta:

“Las comunidades que están obligadas al coro deben celebrar diariamente todo el Oficio en el coro; los miembros de estas comunidades que no han participado en el coro deben rezar fuera de él las Horas a las que están obligados según el derecho particular, atendidas siempre las prescripciones del número 29, (referentes a los ordenados *in sacris*). A las demás comunidades religiosas, y a cada uno de sus miembros, se les exhorta a que, según las diversas circunstancias en las que se encuentren, celebren algunas partes de la Liturgia de la Horas, que es la oración de la Iglesia y hace de todos los que andan dispersos por el mundo un solo

22. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. II. Turín 1956, pp. 82-85.

corazón y una sola alma. La misma exhortación se hace también a los seglares”²³.

En referencia a la *Eucaristía conventual*, centro de la liturgia comunitaria, vínculo de caridad fraterna y fuente principal del impulso apostólico²⁴, es fundamental advertir que su celebración –mejor concelebración–, entre los dominicos ha de ser pública, en orden a que los seglares puedan participar en ella si así lo desean²⁵. Es una característica digna de atención, advirtiendo el carácter evangelizador de la vida de los dominicos. Ahora bien, ha existido algún conflicto entre la celebración conventual y la celebración individual de la Eucaristía entre los dominicos, frailes clérigos, cuyas costumbres y legislación hablan de la importancia de la celebración individual, recomendada también a todos. Tengamos en cuenta que la concelebración eucarística en el siglo XIII ya era una costumbre litúrgica en desuso, y así permaneció hasta la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II. En este sentido, la celebración conventual se caracterizaba por la obligación jurídica, y la celebración individual por lo devocional y lo sacramental. La tendencia a separar en la Eucaristía lo cultural y sacrificial por una parte y lo soteriológico y sacramental por otra fue común hasta no hace mucho tiempo. En relación con la Eucaristía bien está aludir a la recomendada acción de gracias y a la acostumbrada confesión sacramental, como elemento preparatorio a la Eucaristía²⁶.

23. *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, n° 31 b y 32: *Documentación Litúrgica Pconciliar*. Ed. A. Pardo. Barcelona 1992, p.1078.

24. Cf. *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los Frailes Predicadores*. Madrid 1985, n° 59,1, p.71.

25. Cf. *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los Frailes Predicadores*. Madrid 1985, nn° 58. 59,2, p. 71. Los sacerdotes religiosos que por motivo pastoral celebran una Misa, pueden concelebrar también en la Misa Conventual. Además, “es conveniente, pues, que los sacerdotes celebren o concelebran la misa, a fin de participar en ella más plenamente y según su modo característico, y no se limiten a comulgar de la forma como lo hacen los seglares”. *Sagrada Congregación para el Culto Divino, Declaración In celebratione, 7 de Agosto de 1972: Documentación Litúrgica Posconciliar*. Ed. A. Pardo. Barcelona 1992, p. 277.

26. Cf. *Ordinarium iuxta ritum sacri Ordinis Fratrum Praedicatorum*. Editado por F. M. Guerrini. Roma 1921, p. 251, n° 130.

Con todo, el *rezo individual* del Oficio entre los Dominicos legitimado por la ley de la dispensa, debido a la urgencia en el estudio y en la predicación de los frailes clérigos fuera de sus conventos, a la mendicidad obligatoria en la Orden hasta el Capítulo General de Roma de 1501²⁷, y al trabajo manual de los frailes conversos o cooperadores, es un hecho que encontramos en los mismos orígenes, como consta también en la vida de Santo Tomás de Aquino, quien escribiendo el Opúsculo dogmático *De Substantiis separatis seu de Angelorum natura* (1261-1269), dedicado a su carísimo hermano y amanuense Fray Reginaldo de Priverno, afirma el santo en el prólogo que, no pudiendo participar él en el coro de la salmodia divina junto con los ángeles, quiere compensar su ausencia escribiendo sobre ellos. Los frailes fuera de sus conventos rezaban el Oficio de las Iglesias por donde pasaban o se encontraban. Actualmente, la ley de la dispensa de la Liturgia comunitaria entre los dominicos no tiene mucho sentido para los Frailes que viven en el Convento, pues la duración temporal del Oficio Divino, incluida la celebración eucarística, no suele exceder las tres horas; en los inicios de la Orden el Oficio Divino duraba más de 6 horas del día y de la noche. Recordemos que el ámbito histórico donde surgió el fenómeno ritual del rezo privado del Oficio Divino fue el mundo feudal de los beneficios y beneficiados, quienes, incluso siendo seglares, estaban obligados al rezo del Oficio, al menos individualmente.

Por otra parte, la Liturgia es la oración de todo el *pueblo de Dios*, y no sólo de los clérigos. En este sentido se advierte el cambio que ha sufrido el siguiente texto del *Libro de las Constituciones y Ordenaciones* en diferentes ediciones: “& 1º Todos los frailes clérigos están obligados a la celebración coral de la Eucaristía Conventual y del Oficio Divino; sin embargo, cada uno tome conciencia de su obligación común. Los que no puedan asistir a la celebración comunitaria, si no son profesores solemnes, recen en privado al menos laudes y vísperas. & 2º Ahora bien, como la celebración litúrgica sea

27. Cf. Monumenta Ordinis Praedicatorum Historica 9 (1901) 10-11.

acción de toda la comunidad, participen en ella los frailes cooperadores, principalmente en la Misa Conventual, y en cuanto sea posible, en los laudes, vísperas y completas. Mas quienes no pueden estar presentes en la celebración común, recen en privado los laudes y las vísperas del Oficio Divino u otro Oficio parvo aprobado por la Santa Sede. Con causa justa los frailes cooperadores pueden recitar el rosario en lugar del Oficio”²⁸.

En el Libro *actualizado* de las Constituciones y Ordenaciones de los dominicos (año 1996) se habla con más transparencia, no sólo de la presencia de toda la Comunidad en la Liturgia, sino incluso de la oración de toda la comunidad, también de los hermanos cooperadores, desde el momento en que se ha suprimido el párrafo segundo del n° 63 y también el n° 64. Este renovado texto legal, en el que aparece la plena incorporación de los Hermanos Cooperadores a la vida litúrgica del convento, en cuanto miembros eminentes por la profesión religiosa del sacerdocio bautismal, está en proceso de cambio, de modo que el párrafo final quedará levemente modificado del modo siguiente: “Los que no pueden participar en la celebración comunitaria, recen en privado la Liturgia de la Horas si son profesos solemnes; si son profesos simples recen al menos laudes y vísperas”. Los Hermanos Conversos, llamados Cooperadores desde el Capítulo General celebrado en Caleruega (Burgos), año 1958, son una herencia del mundo monástico y canónico en el que nacen los Frailes Predicadores, su origen histórico se remonta a la Penitencia Canónica, en el que los convertidos podían optar también por entrar en un Monasterio renunciando de por vida tanto a la vida clerical como a la misma vida matrimonial, para dedicarse a los trabajos manuales en la comunidad al servicio de los frailes clérigos.

28. *Libro de las Constituciones y Ordenaciones de la Orden de los Frailes Predicadores*. n° 63, párrafo 1° y 2° y n° 64. Guadalajara 1969, pp. 50-51.

5. *En la Escuela Litúrgica de los Dominicos*

La importancia de la plegaria litúrgica comunitaria en la Orden de los Dominicos ha sido siempre clara en el estilo de vida de un convento y en la misma legislación oficial. Los novicios que han entrado en la escuela de los Frailes Predicadores se consagran al estudio diligente de las observancias regulares, es decir, a la práctica virtuosa y pneumática de los Consejos Evangélicos, a la muerte de la propia voluntad exigida en la vida comunitaria, a la iniciación en la sabiduría implícita en el Salterio y en las celebraciones litúrgicas fundadas en la Palabra de Dios y en el Sacramento de Jesucristo, y a la penitencia gozosa que supone el estudio de la Sagrada Verdad por Dios revelada. Tenían costumbre los novicios de aprender de memoria el Salterio para que así, al no estar ocupados en los códices durante el Oficio, aumentara la devoción del corazón y el hervor del espíritu.

En el mundo de las *diversas manifestaciones* de la virtud y don de la piedad cristiana entre los dominicos encontramos el Oficio Divino, Canónico, Eclesiástico, o la celebración litúrgica que hoy llamamos; las oraciones secretas, u oración individual en el vocabulario ya presente en Santo Tomás²⁹, que tenían lugar especialmente, según la tradición de la Orden, después de los Maitines y Completas, cuya finalidad es nutrir la devoción que dispone para el culto y mostrar la exhuberancia de las experiencias litúrgicas; la oración oral privada, integrada sobre todo por el oficio de padre-nuestros y avemarías, quehacer especial en los orígenes de los Hermanos Conversos y las oraciones jaculatorias o *furtivae*. Las oraciones secretas, heredadas por los dominicos del contexto histórico en el que nacieron, pues no se habla de ellas en el Libro de las Costumbres o primeras Constituciones aunque se encuentran en la vida de los primeros dominicos, manifiesta el proceso típico de la oración individual monástica a partir de la Palabra de Dios, que hallamos en la *Scala Claustralium*, redactada por el Prior de la Cartuja,

29. Cf. S. TOMÁS DE AQUINO *Summa Theologiae*, II-II, 83, 12, c.

Guigón II, a finales del siglo XII, que consistía en el paso de la lectura a la meditación, de la meditación a la oración, y de la oración a la contemplación, (cf. *Modo 8º de orar de Santo Domingo*). Santo Tomás describía la meditación con estas palabras: “Es el proceso de la razón mediante el cual a partir de algunos principios se llega a la contemplación de la verdad”³⁰. En el siglo XVII hubo entre los dominicos una enfatización inadecuada de la meditación sobre la Liturgia, corregida posteriormente cuando se restauró la Orden en el siglo XIX.

El *Maestro de Novicios* debe ser experto también en Sagrada Liturgia, y afecto a las celebraciones litúrgicas corales y a las oraciones, de tal manera que tenga la capacidad de enseñar la ciencia y la experiencia del misterio encerrado en el Oficio Divino y el sentido de los ritos. En este sentido, se debe enseñar a los novicios a confiar más en la plegaria litúrgica que en la oración privada, a acudir a aquélla con prontitud, y a acostumbrarse a dedicarse a la oración individual después de las celebraciones litúrgicas para encomendarse a Dios y darle gracias³¹. Es fundamental, que los novicios aprendan ya en sus primeros pasos en la Orden de los Frailes Predicadores que las celebraciones litúrgicas son el ámbito más natural y sobrenatural para la experiencia de la fe y para adquirir la sabiduría o ciencia sabrosa de Dios, obtenida por connaturalidad espiritual, que dispone al dominico, mejor que ninguna otra mediación, para la urgente y nueva evangelización. Santo Tomás de Aquino habla con gusto y abundantemente de esta ciencia divina adquirida por connaturalidad, cuya perfección se encuentra en la mística o en la experiencia de los dones y frutos del Espíritu Santo³². El *Noviciado* es también el tiempo del aprendizaje del estilo celebrativo, creando aquel contexto en el que sea posible participar también interiormente, es decir, entendiendo y sobre todo gustando, el Misterio Pascual o Historia de la Salvación en la Liturgia celebrado. En este sentido, ya la Regla de San Agustín, Regla también de los Frailes

30. S. TOMÁS DE AQUINO *Summa Theologiae*, II-II, 180, 3 ad 1m.

31. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. II. Turín 1956, p. 229.

32. Cf. S. TOMÁS DE AQUINO *Summa Theologiae*, I, 43, 5 ad 2m.

Predicadores, enseña a quienes están llamados a celebrar coralmente la Liturgia: “Cuando alabais a Dios con Salmos e himnos, sienta el corazón lo que dice la boca”. Y Fray Humberto de Romans, Maestro Mayor en la espiritualidad de los dominicos comentando esta máxima anteriormente citada de San Agustín habla de cómo ha de hallarse el corazón durante la oración y las celebraciones, de modo que cuando el cuerpo está en el coro, no esté el espíritu en el foro; y refiriéndose a lo que se requiere para salmodiar adecuadamente, enseña que es preciso cuidar la intención del corazón, la reverencia en los modales y la disciplina en el canto³³. Esta doctrina nos lleva a la cuidada teología litúrgica de santo Tomás de Aquino, quien nos enseña que la oración y la devoción, actos interiores del culto, son el alma de la Liturgia, en cuanto animadas por las mismas virtudes teologales³⁴.

Fray Humberto escribe también sobre la *devoción* que es preciso tener durante las celebraciones litúrgicas, a las cuales hay que acudir con prontitud y de buena gana, especialmente a las horas nocturnas, dado que es un tiempo sumamente apropiado para la oración. Los gestos rituales, como las inclinaciones de cabeza, de medio cuerpo y las genuflexiones, siempre se han de cumplir con reverencia durante el culto, pues son signos de la devoción del espíritu. Humberto resume esta actitud del dominico celebrando la Liturgia en la devoción que ha de tener en la presencia de Dios y en la ponderación que ha de mostrar en la asamblea; los gestos, como los indicados anteriormente, muestran la devoción interior y son cauce de la confesión de fe, implicada en toda celebración litúrgica. Siempre se ha aconsejado una gran disponibilidad para el culto divino, invitando a que en el coro no haya ningún fraile ocioso o cómodamente instalado (*In choro devotio et disciplina, iuxta altare maturitas et reverentia*)³⁵. La devoción, alma de la celebración litúrgica, implica la entrega completa a la voluntad de Dios, ejecutando inteligente y culturalmente los ritos.

33. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. I. Turín 1956, pp. 183-186; vol. II. Turín 1956, pp. 103-106.

34. Cf. S. TOMÁS DE AQUINO *Summa Theologiae*, II-II, 82.

35. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. I. Turín 1956, p. 37.

La celebración de la Liturgia siempre se ha distinguido en la Orden de los Frailes Predicadores por su sencillez y sobriedad. Así lo indica un texto venerable del Libro de las Primitivas Costumbres de los Frailes Predicadores. “Todas las horas se celebrarán en el coro breve y compendiosamente (*breviter et succincte*) de modo que los frailes no pierdan la devoción y no encuentren impedimento para el estudio, esto que decimos se cumplirá haciendo una pausa en la mitad del versículo, sin arrastrar la voz ni en la pausa ni al fin del versículo; sino que, según se ha dicho, se concluya breve y ágilmente. Obsérvese lo dicho con más o menos rigor, según el tiempo de que se disponga”³⁶. Fray Humberto, comentando este texto, invita a superar en la celebración tanto la confusión como la tediosa prolijidad, teniendo en cuenta que en los Domingos y fiestas siempre habrá más tiempo celebrativo³⁷. Además, este estilo coral de los dominicos se explica en el contexto cuando todo el Oficio Divino era cantado, costumbre que se mantuvo hasta el siglo XIX. Ya Santo Tomás de Aquino se refirió a la ayuda que proporciona la palabra y el canto a la participación en el culto³⁸.

Las Horas del Oficio Divino con una mayor tradición y principalidad en la Orden de los Dominicos han sido los Maitines, Nocturnos u Oficio de Lecturas, como la hora propia para entrar en la oración silenciosa y contemplar vigilantes la Palabra de Dios que se anunciará posteriormente al pueblo de Dios; la Hora de Prima, que cronológicamente coincide con el sentido y el tiempo actuales de Laudes, es el tiempo de la mañana cuando la mente está descansada y el corazón libre; y las Completas, con el sentido y el tiempo actuales de Vísperas, es el momento del paso al silencio contemplativo. En esta última hora, es una tradición familiar el canto de la *Salve Regina* con la procesión de toda la comunidad, recogida ya en el convento, al altar de la Virgen

36. *Constituciones antiguas de la Orden*, en Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento. Madrid 1987, p.732.

37. Cf. H. DE ROMANS, *Opera de Vita Regulari*. vol. II. Turín 1956, p. 98.

38. Cf. S. TOMÁS DE AQUINO *Summa Theologiae*, II-II, 83, 12; 91,2.

pidiendo cumpla su promesa de protección sobre sus hijos, ahora que tanto la necesitamos³⁹.

6. *La Unidad en la Liturgia de los Dominicos*

Los dominicos, en cuanto orden que celebra comunitaria y coralmente el Oficio Divino, se preocuparon de recopilar el Rito Propio, cuyas fuentes no han sido aún estudiadas adecuadamente. La base ritual es romana con añadidos de iglesias regionales, algunas galicanas, y monásticas, sobre todo, cistercienses y premostratense. El *Prototipo Litúrgico de los Dominicos* mantuvo su unidad celebrativa durante los siglos XIII, XIV y XV. Cuando el Concilio de Trento planificó la reforma y unificación de la Liturgia romana para evitar el pluralismo excesivo y el desorden ritual y doctrinal, los Dominicos se acogieron a la determinación de San Pío V que permitió a los ritos con más de 200 años de existencia y caracterizados por la unidad y propiedad celebrativa, pudieran continuar vigentes. Desde entonces, los Dominicos gozaron de un rito litúrgico propio, editando también en conformidad con su Prototipo litúrgico libros sencillos para la celebración de las acciones litúrgicas, aunque también hayan editado libros plenos, como el Misal y el Breviario, especialmente para aquellos frailes que, dedicados al estudio o a la predicación y legitimados por la ley de la dispensa, rezaban individualmente la oración pública de la Iglesia.

El Prototipo Ritual Litúrgico propio de los Dominicos, (*Ecclesiasticum Officium*), gestado entre 1216 y 1260 y aprobado durante el generalato de Fray Humberto de Romans (1254-1263) por el Papa Clemente IV el año 1257, se ha mantenido en vigor hasta la reforma del rito romano motivada por la Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la Liturgia del Concilio Vaticano II. El año 1968 un Capítulo General de la Orden decidió adoptar el Misal Romano reformado que se publicaría el año 1969, y en el Capítulo General de 1971 adoptó también el Breviario Romano reformado.

39. Puede consultarse la magnífica obra de A. GONZÁLEZ FUENTE, *El Carisma de la Vida Dominicana*. San Esteban. Salamanca 1994, pp. 171-172.

Efectivamente, los dominicos ante la reforma del Rito Romano no tenían otra alternativa que adoptar el rito romano reformado según el Concilio vaticano II, o iniciar la reforma del propio rito dominicano; la solución adoptada fue la primera, que fue también la más sencilla. Pero la Orden Dominicana no renunció al Calendario Litúrgico propio, en referencia a algunas celebraciones, y el mismo año de 1971 pidió al Capítulo General mencionado se hiciera una selección de los elementos verdaderamente característicos de la Orden con valor permanente. Esta determinación fue el origen de lo que actualmente se conoce como el *Propio Litúrgico* de la Orden de los Frailes Predicadores, integrado por el Misal (propio y leccionario, pues en cuanto al ordinario se aceptó plenamente el romano reformado), publicado el año 1985 (ed. española, 1988); por el Martirologio, publicado en 1988; y por el Canto Gregoriano de la Orden, cuyos libros tradicionales fueron aprobados en bloque por la Congregación para el Culto Divino el año 1977. Todavía no se ha publicado el Propio del Ritual. Por tanto, la liturgia propia de la Orden sigue existiendo, aunque no exista ya el rito dominicano.

“Las comunidades de canónigos, monjes, monjas y demás religiosos que, por Regla o Constituciones, celebran la Liturgia de las Horas en su totalidad o en parte, bien sea con el rito común o con un rito particular, representan de modo especial a la Iglesia orante: reproducen más de lleno el modelo de la Iglesia, que alaba incesantemente al Señor con armoniosa voz y cumplen con el deber de trabajar, principalmente con la oración, “en la edificación e incremento de todo el Cuerpo místico de Cristo para bien de las Iglesias particulares”⁴⁰.

FRAY PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.
Salamanca

40. *Ordenación General de la Liturgia de las Horas*, N° 24: *Documentación Litúrgica Psconciliar*. Ed. A. Pardo. Barcelona 1992, p. 1075.

La Unción de Enfermos, restablecimiento de la salud corporal y espiritual

En línea de espiritualidad litúrgica y después de haber estudiado los sacramentos de iniciación cristiana, bautismo, confirmación y Eucaristía, así como la penitencia, vistos siempre como plena inserción en Cristo y por tanto desde su propia espiritualidad sacramental, nos acercamos ahora al último de los siete sacramentos, la unción de los enfermos.

La Biblia no habla tanto de la enfermedad en sí cuanto del sufrimiento. Se constata el hecho de que el sufrimiento existe. Sobre éste, la Biblia no hace un discurso científico, sino que va presentando situaciones de enfermedad y habla de volverse a Dios en ella. Si la salud es signo de bendición de Dios, el sufrimiento causado por el pecado es visto como algo negativo. Más tarde el sufrimiento será visto, más que como castigo, como prueba y en el salmo 73 se nos dice que “no es justo que el bueno esté bien y el pecador mal”. También nos dice que en los tiempos futuros la enfermedad será vencida y no habrá más llanto por el dolor. Otra línea es el valor redentivo-expiatorio del sufrimiento como puede verse en Num 11,1 y Is 52.

En el Nuevo Testamento Jesús nunca fue visto como enfermo, pero lleva en sí la enfermedad de todos y se presenta como médico. Las curaciones que obra en su actividad apostólica ilustran ideas importantes de su ministerio. Jesús cura, pero su idea no es salvar de la enfermedad sino curar la integridad de la persona; quiere curar para salvar. En Mat 11,4-11 y Lc 7,21 vemos signos de Jesús que son curaciones y que a su vez revelan la Buena Noticia que trae el mismo

Jesús, que expresa con palabras y con signos. Los milagros de Jesús son signo de liberación pascual, como puede verse en los sumarios de Mt 4, 23-24; Mc 3, 7-11 y Lc 6, 17-18. Las curaciones que siguen a la enseñanza de Jesús confirman todo lo que él les ha enseñado y, vista y presupuesta la fe, Jesús cura.

La comunidad cristiana fue consciente desde el primer momento de la misión recibida de Cristo (Mc 16, 15-18) y de la importancia dada por Cristo al ministerio de los enfermos (Lc 6) hasta llegar a identificarse con ellos: “estuve enfermo y vinisteis a visitarme” (Mt 25, 36.45). La misión de los apóstoles es continuación de la misión de Jesús (cf. Mc 16,18). El texto sacramental es el de Sant 5, 13-16:

Si alguno de vosotros sufre, que ore; si está alegre, que entone himnos. Si alguno de vosotros cae enfermo, que llame a los presbíteros de la Iglesia para que oren sobre él y lo unjan con óleo en nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo; el Señor lo restablecerá y le serán perdonados los pecados que había cometido.

Se trata de un texto que la tradición reconocerá siempre en sentido sacramental:

“La Sagrada Unción de los enfermos, tal como lo reconoce y enseña la Iglesia católica, es uno de los siete sacramentos del Nuevo Testamento, instituido por Jesucristo Nuestro Señor; “esbozado ya en el evangelio de Marcos (Mc 6,13) recomendado a los fieles y promulgado por el Apóstol Santiago, hermano del Señor. ¿Está enfermo –dice él– alguno entre vosotros? Mande llamar a los presbíteros de la Iglesia y oren sobre él y lo unjan con el óleo en el nombre del Señor; y la oración de la fe salvará al enfermo y el Señor lo aliviará y los pecados que hubiera cometido le serán perdonados” (Sant 5,14-15) 1.

El fundamento bíblico son los textos de Mc 6, 13 y Sant 5, 13-16. En el texto de Santiago estamos no ante una receta clínica sino ante un rito religioso sacramental. Pretende hablar de salvación en sentido bíblico, de librar al hombre del mal. Además, en el texto de la epístola de Santiago se habla de

todos los elementos de que consta este sacramento de la enfermedad. Hay un rito, una oración, una enfermedad importante y la unción de los presbíteros que manifiesta ya una praxis de la Iglesia primitiva. En el primer ritual de la iglesia romana, la Tradición Apostólica de San Hipólito de Roma, concretamente en el capítulo 5º, encontramos ya el mismo rito sacramental consistente en una oración para bendecir el óleo pronunciada por el obispo, dentro de una Eucaristía en la que se pide el restablecimiento de la salud corporal (*confortare*) y espiritual (*sanctificare*). Esta doble línea, de pedir la salud del cuerpo y la santificación del alma, ha estado presente en este sacramento desde sus inicios hasta hoy. Examinemos el nuevo rito y la importancia que se da en él a este robustecimiento de la vida espiritual en momentos difíciles de la existencia, lo que en espiritualidad litúrgica es tan importante.

1. *El ritual de la unción de enfermos*

Fue aprobado el 30 de noviembre de 1972 y promulgado el 7 de diciembre sucesivo. Ya el título del mismo revela y explícita la nueva mentalidad: la unción de los enfermos queda inserta en el cuadro general de una pastoral de enfermos. El Ritual vino precedido de la Constitución Apostólica de Pablo VI *Sacram Unctionem Infirmorum*, lo cual es ya muy importante e indica cambios sustanciales en el sacramento. Además se publicaron los Prenotandos latinos y unas Orientaciones doctrinales y pastorales del Episcopado Español. El Vaticano II había dado ya unas pautas sobre la renovación de este sacramento:

“La extremaunción , que también y mejor puede llamarse unción de enfermos, no es sólo el sacramento de quienes se encuentran en los últimos momentos de su vida. Por tanto, el tiempo oportuno para recibirlo comienza cuando el cristiano ya empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez” (SC 73).

2. *Nuevo Rito*

La liturgia del sacramento, propiamente dicha, tiene las siguientes partes: Imposición de manos sobre el enfermo. Bendición del óleo u Oración de Acción de Gracias sobre el enfermo. Santa Unción. Oración conclusiva.

La Constitución Apostólica del Pablo VI dice, primero:

Hemos pensado, pues, cambiar la fórmula sacramental de manera que, haciendo referencia a las palabras de Santiago, se expresen más claramente los efectos sacramentales.

Estos efectos sacramentales no son otros que el restablecimiento de la salud corporal y espiritual. La gracia sanadora llega al hombre en su totalidad, restableciendo su salud física y espiritual. El lo mismo que hacía Cristo, el cual sanaba a los enfermos y perdonaba los pecados. El sacramento de la unción ofrecerá toda la fuerza salvífica y sanante que proviene del Misterio Pascual de Cristo, de donde toma origen todo sacramento.

Segundo:

El sacramento de la Unción de los Enfermos se administra a los gravemente enfermos ungiéndolos en la frente y en las manos con aceite de oliva debidamente bendecido una sola vez estas palabras: "Per istam sanctam unctionem et suam piisimam misericordiam adiuvet te Dominus gratia Spiritus Sancti ut a peccatis liberatum te salvet atque propitius allevet". Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia, te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo, para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad (R. Amén)

La nueva normativa da mayor elasticidad a la disciplina vigente sobre la administración del sacramento. Se podrá dar de nuevo a un enfermo que ya la haya recibido, no sólo si recae en la enfermedad después de un período de convalecencia, sino cuando en el curso de la misma enfermedad su estado se haya hecho más crítico. Ciertamente si de lo que se trata es de ayudar a restablecer la salud corporal y espiritual

en momentos críticos o importantes, era necesaria esta posibilidad de volver a recibir el sacramento y con él la gracia sanante en el sentido más amplio y sacramental de la palabra.

El rito ha mantenido incólume a través de los siglos, hasta hoy, la unción, manteniendo también el principio del óleo de los enfermos sea bendecido por el Obispo el día de Jueves Santo, aunque el nuevo Ritual prevee que “en caso de verdadera necesidad, el sacerdote puede bendecir el óleo durante la ceremonia misma de la unción”. Y en el mismo ritual se encuentra la fórmula episcopal de bendición que es idéntica a la tradicional del Jueves Santo. La fórmula de bendición del óleo santo ha vuelto a encontrar en el Pontifical su plena significación: el óleo se bendice ante todo para que la unción hecha con él ofrezca la salud y alivie el sufrimiento. Dice así:

Tú que has hecho que el leño verde del olivo produzca aceite abundante para vigor de nuestro cuerpo, enriquece con tu bendición este óleo, para que cuantos sean ungidos con él sientan en cuerpo y alma tu divina protección y experimenten alivio en sus enfermedades y dolores.

3. *Nueva perspectiva*

Queda claro el nuevo enfoque de este sacramento, que expresa la cercanía del Dios que salva y que se acerca al hombre enfermo o anciano y a su vez manifiesta al Dios invisible que ofrece al hombre concreto la salvación por medio de Jesucristo, médico de los cuerpos y de las almas.

“El hombre, al enfermar gravemente, necesita de una especial gracia de Dios, para que su ánimo no desfallezca, dominado por la angustia, ni sometido a la prueba, se debilite su fe. Por eso Cristo robustece a sus fieles enfermos con el sacramento de la Unción, fortaleciéndolos con una firmísima protección” Puede darse la Santa Unción a los enfermos, cuyas fuerzas se debilitan seriamente, aun cuando no padezcan una enfermedad grave. (Praenotanda nº 5 y nº 11).

Queda claro que el sujeto el sacramento no es el moribundo, sino el enfermo grave y el anciano. Y puesto que la Unción de los Enfermos es el sacramento específico de la enfermedad y no de la muerte, ni de los moribundos, se ha concebido y dispuesto para tal situación, como lo demuestra el cambio de la anterior fórmula y todas las oraciones que proporcionan el ritual que hablan de la plena salvación y liberación del mal, así como del restablecimiento del enfermo. Así lo expresa esta bella oración del ritual:

Señor, mira con tu bondad a nuestro hermano que, sintiéndose débil por el peso de sus años, pide recibir la gracia de la Santa Unción para bien de su cuerpo y de su alma; concédele que, confortado con el don del Espíritu Santo, permanezca en la fe y en la esperanza, dé a todos ejemplo de paciencia y así manifieste el consuelo de tu amor.

Por lo que no puede olvidarse de la Unción es que es un sacramento de enfermos y sacramento de vida, expresión vital de la acción liberadora de Cristo, que invita y al mismo tiempo ayuda al enfermo a participar en ella.

La lucha por la salud no agota el sentido de la Unción. Sacramento de vida en tal situación debe ayudar a vivir la enfermedad conforme al sentido de la fe; lo cual es bien distinto de ayudar a morir. El enfermo ha de ver en la Unción no la garantía de un milagro, sino la fuente de una esperanza (Orientaciones doctrinales y pastorales del Episcopado Español, 68).

4. *El Viático*

Hoy queda clara la distinción entre el sacramento de la unción de enfermos con los efectos sacramentales de restablecimiento del cuerpo y del alma, y el Viático que es el sacramento del tránsito de esta vida y que marca la última etapa de la peregrinación que inició el cristiano con su bautismo. Es conveniente que durante esta celebración del Viático el cristiano renueve la fe de su bautismo en el que recibió su condición de cristiano.

En el tránsito de esta vida, el fiel, robustecido con el viático del Cuerpo y Sangre de Cristo, se ve protegido por la garantía de la resurrección, según las palabras del Señor: "El que como mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna y yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6,54). A ser posible, el viático debe recibirse en la misa de modo que el enfermo pueda comulgar bajo las dos especies, ya que, además, la comunión en forma de viático ha de considerarse como signo peculiar de la participación en el misterio que se celebra en el sacrificio de la misa, a saber, la muerte del Señor y su tránsito al Padre" (Praenotanda n° 26).

5. *La Pastoral de enfermos*

Todos los cristianos deben ser instruidos diligentemente sobre el misterio de la enfermedad y sobre sus obligaciones para con los enfermos, así como sobre el sentido cristiano de la muerte para que, en cada circunstancia, puedan participar activa e inteligentemente en los sacramentos que la Iglesia pone a su disposición (Orientaciones...n° 47).

El ritual de la Unción de enfermos actualmente tiene el doble nombre de ritual de la unción y de la pastoral de enfermos. De ahí que el capítulo 1° se titule: *Visita y comunión de los enfermos*; el segundo, *unción del enfermo*, el tercero, *el viático*; el cuarto, *orden que se ha de seguir para dar los sacramentos al enfermo que se halla en el inmediato peligro de muerte*; capítulo V, *la confirmación en peligro de muerte*, capítulo VI, *la entrega de los moribundos a Dios (Recomendación del alma)*...

Se trata de toda una contribución seria y profunda al problema de la enfermedad y del enfermo en sus distintos ambientes y etapas. Porque ciertamente, en línea sacramental, no se trata exclusivamente de ayudar a encontrar el tratamiento adecuado para la salud corporal sino de llegar al hombre concreto, sin dividirlo. En esta última etapa de la vida, en estos momentos que pueden ser difíciles, el cristiano debe encontrar apoyo y ayuda para su fe que será la que le ayudará a vivir en cristiano estos momentos o etapas duros, durante los cuales se deberá comportar con un espíritu firme y con la fuerza que viene de lo Alto.

Aquí interviene la Pastoral de enfermos creando al ambiente apropiado para superar la prueba o el estado en que se encuentre el enfermo, a fin de conseguir su salvación, o en su caso, a fin de ayudarle a la entrega humilde y confiada en manos del Padre celestial. No se puede olvidar aquí la importancia de la comunidad que rodea y envuelve al enfermo. La unción de los enfermos, celebrada comunitariamente, es el sacramento que culmina el acompañamiento y la acción sacramental sanadora de la Iglesia. De este modo, el sacramento expresa su carácter más auténtico como el gesto sacramental que pide, desea y busca para el enfermo salud y salvación.

Conclusión

En los sacramentos de enfermedad, la Iglesia, sacramento de Cristo, ofrece su gracia salvadora que llega a la persona en su integridad. Ofreciendo esa salvación total que viene de Dios, sanando a los enfermos y perdonando los pecados a través de los gestos sacramentales, la Iglesia perpetúa la acción del mismo Cristo. Esta gracia pascual, fuerza salvadora y sanante, llega al hombre desde la cuna hasta el final de su días, envolviéndole el multiforme don del mismo Cristo, médico de los cuerpos y de las almas. El sacramento de la unción envuelve la última etapa de la vida del cristiano, del mismo modo que el bautismo hacía lo mismo en los comienzos de la vida cristiana.

Si la espiritualidad litúrgica busca ante todo “traducir en la vida el Misterio Pascual de Cristo”, la unción de enfermos, restablecimiento de la salud corporal y espiritual, envolverá esa etapa de la vida cristiana que va de la enfermedad a la vejez, con la gracia sanante que procede del mismo Cristo y que la Iglesia ha mantenido como don precioso para todo cristiano que sufre o que ve debilitarse sus fuerzas.

JUAN JAVIER FLORES, OSB
Abadía de Santo Domingo de Silos (Burgos)

El Padre Girotti, un dominico en Dachau

El 19 de julio de 1905 nacía en Alba, provincia de Turín, de familia más bien humilde, José Girotti. Su padre Celso, originario de Turín, había emigrado a Alba en busca de mejor suerte y de un trabajo estable y allí lo encontró y nada menos que en el ayuntamiento como factotum de aquella institución; si se necesitaba dar una mano allí estaba Celso a ayudar al que tenía necesidad; también su esposa que, además de los trabajos de casa, cosía y recamaba. En este ambiente, donde el cristianismo se vivía entre la iglesia y casa, crecía el pequeño José; asistió a la escuela como los otros chicos de su edad en el edificio escolástico de vía de la Academia, donde también iban sus otros dos hermanos más pequeños que él; su madre asistía a las funciones religiosas de la catedral y allí el pequeño José ayudaba a Misa.

La vida no iba a ser nada fácil para la familia Girotti. Italia había entrado en guerra y su padre había sido llamado a defender la patria, privando del fundamental sustento a la familia; también el sacristán de la catedral había sido llamado a filas. El sacerdote encargado de la catedral llamó al pequeño José, que contaba 10 años para que sustituyera al sacristán, trabajo que sería remunerado con pequeñas sumas de dinero. El canónigo hacía esto más para ayudar a su madre y así salvar un poco esta familia de la penuria en la que se encontraba.

1. *Vocación de Dominicó*

Fue en este período en que se manifiesta en él la idea de abrazar la vida religiosa; parece ser que le habían prometido interesarse para que fuese aceptado en el seminario de Alba,

pero en aquel seminario José no pudo entrar por causa de la pensión aunque pequeña que había que pagar. Un fraile dominico que estaba predicando un triduo, en el año 1918, al ver la buena disposición de José, lo invitó a entrar en el seminario dominico de Chieri; propuesta que José aceptó con entusiasmo, entrando en el pequeño colegio de Chieri el día 5 de enero de 1919; la entrada había sido retrasada por causa de una epidemia que se había propagado en occidente y en todas las escuelas habían retrasado abrir sus aulas por el gran número de víctimas que hubo entre la población infantil.

Mientras tanto su padre había regresado y así la pequeña ayuda que recibía como sacristán se veía compensada con el trabajo del padre. Su madre que había visitado más de una vez el seminario dominicano, advirtió la posibilidad de hacer estudiar a sus otros dos hijos, según aquella educación religiosa que ella había recibido de las religiosas del orfanatorio y que había transmitido a sus hijos, y así los otros dos hijos fueron admitidos en el colegio pagando una mínima pensión dadas las dificultades económicas de la familia; pero sólo José quedó en la Orden Dominicana, pues sus dos hermanos volvieron a casa. En el colegio de Chieri José hizo el bachillerato, obteniendo una votación excelente. ¿Qué había sucedido con el alumno medio que hasta junio de 1917 había frecuentado con tan bajo nivel las clases elementales en la escuela pública de Alba?

Indudablemente la vuelta del padre de la guerra, la posibilidad de estudiar sin preocupaciones económicas, la mayor comprensión de los profesores, habían contribuido a desarrollar en José aquella actitud para el estudio y la reflexión que lo llevarían a ser más tarde un estudioso de la Biblia. La vida conventual y comunitaria le había conquistado y su decisión de dedicarse al sacerdocio se estaba madurando y fortificando. El 22 de septiembre de 1922 el P. Provincial le daba el hábito dominicano; pocos días más tarde emprendería el viaje a la Quercia, en la provincia de Viterbo, donde estaba el noviciado de las provincias italianas y el 7 de octubre de aquel mismo año empezaba su noviciado, camino religioso

que se vería concluido casi 23 años después con la palma del martirio en el campo de exterminio de Dachau.

En el año 1925 la provincia de San Pedro Mártir de Turín obtuvo un permiso para abrir su casa de estudios en Chieri; allí estudió los años de filosofía y el curso de teología fundamental, obteniendo así el nivel necesario para estudiar en una facultad de teología. Pero en aquellos días llegó el P. General a hacer la visita canónica a los estudiantes y un grupo de ellos, secundados por el P. Maestro, acusaron a Girotti de obstaculizar la reforma que el grupo quería llevar a Italia, siguiendo los criterios franceses del Saint Maximin; después de la visita Girotti aceptó con gran humildad la decisión del P. General, hacer un curso de ejercicios espirituales; fue un período de dificultad y sufrimiento. Así pasaron los años de teología en Chieri.

En el año 1930 después del examen “de Moribus”, obteniendo una máxima calificación, fue ordenado sacerdote el 3 de Agosto, por el obispo dominico Mons. Angel Scapardini, obispo de Vigevano. Con él fueron ordenados Mario Gallo, Luis Ghija, Guillermo Frosio y Ricardo Piana; siete días después celebró su primera misa en el monasterio de las Madres Dominicanas de Alba. Los primeros años de sacerdocio estuvieron caracterizados por el estudio intenso, la formación y la especialización. En el curso 1931-1932 lo encontramos en Roma, estudiando en el Angelicum, hoy Universidad Pontificia de Santo Tomás, Teología y Sagrada Escritura; el curso 1932-1933 el P. Provincial lo envió a la Escuela Bíblica de Jerusalén y allí estuvo hasta finalizar el curso para venir a examinarse en Roma en la Pontificia Comisión Bíblica consiguiendo el título de prolita (licenciado) en Sagrada Escritura.

2. *Profesor de Sagrada Escritura*

Terminado sus estudios romanos, fue asignado al convento de Santa María de las Rosas a explicar Introducción bíblica, lengua Hebrea, Griega y Patrología, iniciando así Girotti la carrera relativamente breve de profesor; paralelamente ejercitaba la caridad cristiana en el albergue de

“pobres viejos” situado junto al convento; cuando hablaba de sus “pobres viejos” usaba la palabra *Vetulia* de *Vetus*; era un trabajo que hacía de todo corazón. Es cierto que como religioso no era ejemplar en las regulares observancias, por ejemplo, era poco observante en el silencio, pero tenía una grande caridad sobre todo con los ancianos, abandonados y los emigrantes que por aquel entonces llegaban a Turín especialmente procedentes del sur.

Fue un período de intenso estudio y de las primeras publicaciones ; un período gratificante si se exceptúa la muerte de su madre acaecida el 2 de noviembre de 1936. En 1938 se concluye una visita que el P. Angel Darmmanin hace a la provincia de Turín mandado por el P. General y entre las cosas que comunica a la comunidad es la suspensión de la enseñanza del P. Girotti ¿Qué había pasado? El motivo de la suspensión no se dice; pero la relación de la visita lo presenta como jefe de los indisciplinados e innovadores, esto es, los que auspiciaban una liberación de prácticas religiosas para dedicarse con mayor entereza al estudio y al trabajo. En el fondo decía la nota, el P. Girotti es bueno, servicial, caritativo como pocos, pero está muy nervioso, se ríe de todos, cosa que a alguno no le hacía tanta gracia, mas no duró mucho tiempo su alejamiento de la enseñanza, pues en octubre del 1939 fue llamado a enseñar en el Instituto “Misioneros de la Consolata” Sagrada Escritura, y allí enseñó hasta el año 1941 cuando por causa mayor los padres de la Consolata decidieron abandonar el colegio; había sido requisado para hospital y ellos se trasladaron a la Certosa de Perio (Cuneo).

Entonces el P. Girotti queda sin trabajo y el Prior de Santo Domingo lo nombró vicario del convento; por aquel entonces salió su libro “Comentario al libro del profeta Isaías”. El cardenal Pizzardo, Prefecto de la Sagrada Congregación de Estudios, le envió una carta laudatoria congratulándose de la publicación; también el Cardenal Maglione, secretario de Estado, le envió otra carta de agradecimiento y estímulo por haber continuado la obra del P. Marcos Sales, maestro de Sacro Palacio y el P. M. Gillet, maestro de la Orden, le escribió congratulándose y dándole el permiso para continuar

enseñando en el Studium que habían abierto de nuevo en Chieri; sin dejar Turín, dos veces por semana iba a Chieri, continuando su obra de caridad y beneficencia.

El P. Balocco, prior del convento, notó que el P. Girotti venía cargado de paquetes, entonces le preguntó y él se justificó diciendo " Todo lo que hago es sólo por caridad"; el P. Prior no quiso indagar más sobre la actividad caritativa del Girotti, pero su caridad no llegaba solamente a dar alivio material a la pobre gente atormentada por el hambre y el frío, llevaba en secreto y en la clandestinidad ayuda y consuelo a los Hebreos cruelmente perseguidos por las fuerzas nazi-fascistas.

3. *El P. Girotti encarcelado*

Girotti tendrá escondida su obra en favor de los Hebreos y solamente dará su fruto más evidente en el momento de su arresto. Fue entonces cuando el P. Prior, viendo el cariz que tomaba su detención y el motivo de ella, hizo todo lo humanamente posible para que lo dejaran libre; pero todo fue inútil, más de una vez fue a visitar al comandante Schmidt para obtener la liberación de su súbdito pero no pudo; todas las llamadas fueron inútiles. Allí en la cárcel de Turín conoció a Don Angel Dalmaso que convivirá con él la cárcel y todos los horrores de Dachau. El 21 de septiembre de 1944 el P. Girotti y Don Dalmaso, puestos en fila con otros prisioneros, fueron llevados a un campo de trabajo a Bolzano; una breve parada en la cárcel de S. Vítor en Milán, y al día siguiente en un vagón de ganado hasta Bolzano; allí Don Dalmaso podía definir la prisión como "un paréntesis de relativa tranquilidad", pero aquella tranquilidad no debía durar mucho. Era el preludio de los horrores que los dos sacerdotes tenían que vivir en el lager de Dachau.

El primer domingo de octubre, fiesta de la Virgen del Rosario, mientras los religiosos estaban recitando el rosario, les dieron orden de salir para Alemania, señalados con el triángulo rojo, los dos religiosos con otros prisioneros fueron llevados a la estación ferroviaria de Bolzano, después de un largo viaje que duró un día entero y una noche llegaron a

Dachau, no lejos de Munich de Baviera, pintoresca y rica ciudad de monumentos artísticos e históricos; a la entrada del campo había un cartel grande que decía “modelo de otros campos de concentración, es símbolo por antonomasia del terror nazista”.

Detalladamente examinaremos la permanencia de Girotti en este campo de exterminio que duró no más de seis meses. Girotti llegó al campo de Dachau el 9 de octubre de 1944, le vino asignada la barraca 25, allí estuvo los primeros veinte días, en cuarentena, hasta que lo pasaron a la barraca 26 destinada a los eclesiásticos, llena hasta lo inverosímil; esta barraca tenía cabida para unos 180 y estaban hasta 1.090, se puede imaginar uno como se podía vivir en aquel sitio; a cada uno le viene asignado un trabajo; a nuestro mártir lo mandan a trabajar a un “Plantage”, una inmensa granja agrícola donde los prisioneros tenían que cultivar la tierra, trabajando hasta doce horas diarias, un trabajo durísimo bajo la lluvia ó la nieve; en estas condiciones de trabajo tan inhumanas no tardaron en aparecer los primeros síntomas de enfermedades que bien pronto habían de conducir a nuestro dominico a la muerte; acusó bien pronto un dolor lumbar seguido de fiebre; gracias a la ayuda de Mons. Sperling, pudo ser visitado por un médico checoslovaco que le descubrió un principio de nefritis y de artrosis, por medio de este médico que se interesó lo destinaron a un trabajo interno, hacer ojales para las tiendas de campaña y coser botones, pero la enfermedad avanzaba inexorablemente. A finales de febrero Girotti se agrabó por causas de una epidemia de tifus, enfermedad que había causado en el lager diez mil víctimas, aunque a Girotti no le había cogido de lleno, pero el fin del dominico estaba próximo. El mal a pesar del trabajo más suave se agravó y desde los primeros días de marzo tuvo que quedarse en la barraca atormentado por los dolores reumáticos; además se le hincharon las piernas; el 15 de marzo ya casi no podía moverse; toda la parte derecha de su cuerpo estaba medio paralizada; el médico checoslovaco lo hizo trasferir a la enfermería para hacerle algunos análisis radiológicos que dieron el resultado de carcinoma.

Durante su permanencia en la enfermería fue asistido por el P. Manziana (después obispo de Cremona), también residente en la enfermería; allí estuvieron juntos unos diez días hasta que el P. Manziana fue liberado; aunque estaba débil y enfermo, no parecía que estaba próxima su muerte; por eso cuando el 1 de abril corrió la voz que Girotti había muerto se pensó en seguida entre los prisioneros, que le habían inyectado una inyección de benzina o veneno. Durante la breve y dolorosa estancia en el lager de Dachau no cesó jamás de practicar la caridad cristiana y dedicarse a sus queridos estudios bíblicos el poco tiempo disponible; en aquellos pocos meses había estrechado amistad con un pastor luterano con el cual discutía problemas de Sagrada Escritura, había incluso empezado a trabajar sobre el libro de Jeremías, algunas páginas manuscritas nos han llegado a nuestro convento de Turín traídas por Don Dalmaso que pudo salvar y recoger; un hecho curioso había ocurrido en el mes de diciembre en la barraca 26: el obispo de Clemon-Ferrand, Mons. Piquet, había ordenado sacerdote a un diácono de la diócesis de Münster, Karl Leisner, gravemente enfermo de tuberculosis; en aquella ocasión Girotti compuso una poesía en latín, escrita en aquel momento conmovido y doloroso; es una pena que no haya llegado hasta nosotros esa poesía tan íntima y familiar.

Su cuerpo fue enterrado en Leitenberg; una colina a tres kilómetros de Dachau; los hornos crematorios no estaban en activo desde hacía dos meses por falta de combustible.

Pocos meses después entraban los americanos en el campo de Dachau; al día siguiente todo el campo estaba lleno de banderas de todas las naciones en la barraca 26 ondeaba la bandera del Vaticano.

FRAY PEDRO BLANCO, O.P.
Salamanca

La Palabra de Dios ilumina la condición racional y pneumática del cristiano

III. CONFESAR LOS PECADOS PARA PODER PERDONAR Y SER PERDONADOS

No podemos ser frívolos con nuestra conducta moral, pues ante el pecado no hay otra alternativa fuera del perdón de Dios o la angustia de la culpabilidad en sus diversas manifestaciones. Por eso quiero compartir con vosotros estas cuatro experiencias fundamentales y necesarias en la vida de todos los cristianos: la medida del pecado es la Cruz de Jesucristo; cómo nos cura y perdona el Señor; la libertad de poder perdonar y confesar los pecados; y el gozo de quien se sabe perdonado y transformado. Hablar del pecado no es pesimismo, sino realismo cristiano, y sabernos pecadores es la condición del creyente cristiano. En fin, seamos indulgentes con el pecador, nunca con el pecado. Así es Dios.

1. La medida del Pecado es la Cruz de Jesucristo

Las armas del maligno son siempre las mismas: el miedo, la angustia, el egoísmo y la mentira. Estas realidades nos encierran en nosotros mismos como en una cárcel y nos impiden relacionarnos libremente con Dios y con los demás, pues empezamos a sospechar del amor de Dios y a pensar en nosotros mismos y en nuestros derechos conculcados, olvidándonos de los demás que tienen nuestros mismos problemas con muy pocas diferencias. Ante esta situación, las realidades fundamentales, que es preciso recuperar con

urgencia, son la certidumbre del amor de Dios, la capacidad de confesar nuestros pecados y el poder perdonarnos nosotros mismos y a los demás.

Como somos nosotros, así es el tiempo; si viviéramos bien, bueno sería nuestro tiempo. No habría ningún pagano, si nosotros fuéramos verdaderos cristianos. Es, pues, evidente que somos malos. Y, con todo, Dios se compadeció del hombre y nos envió a su Hijo a fin de que muriera por nosotros, injustos e impíos, rescatándonos con su sangre preciosa. A pesar de ser pecadores, la misericordia divina no nos abandonó. Tal ha sido la gracia recibida; vivamos, pues, dignamente ayudados por quien así nos ha amado y perdonado. Si volvemos a pecar no sólo nos haremos mal nosotros, sino que además seremos ingratos con quien primero nos perdonó. Sigamos las sendas e imitemos especialmente la humildad y el amor de Jesucristo.

Todos los que se habían hecho esclavos del pecado debían sufrir el castigo de sus obras; pero Cristo, sin pecado alguno, sufrió el suplicio de los pecadores, destruyendo en la cruz nuestra condena. En el Huerto de los Olivos Jesús cargó con nuestros pecados, y entonces en cuanto a su naturaleza humana se vio oprimido por el miedo, la angustia, la amargura, la desolación, el pavor, el tedio, una especie de agonía junto con un grande terror de los juicios de Dios Padre, temblando delante de El como un criminal, y un espantoso horror a la muerte, un tedio sin igual de la vida, y un sufrimiento tal que llegó a sudar sangre. ¡Oh, Dios mío!, si es tu voluntad pase de mí este cáliz; mas no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. Jesús pasó de una confianza completa en el Padre a una desconfianza que le martirizaba el corazón; a los vehementes deseos del cielo sucedió un espantoso horror a la muerte; al abandono en las manos de Dios sucedió un no sé qué horrible que le hacía desfallecer.

Seamos agradecidos con Jesucristo y deseemos compartir sus padecimientos, completando su pasión redentora. Abracémonos, pues, a los sufrimientos y a las injusticias, sean consecuencias de nuestros pecados o de los pecados del prójimo. Mejor es padecer en este mundo el purgatorio, que

después de la muerte. Acojamos con gozo los sufrimientos y pensemos en que hemos ofendido a Dios, suma bondad digna de ser infinitamente amada. Pero también que Dios nos conceda un odio instintivo al pecado incluso venial; un horror espantoso al más pequeño desorden deliberado. Que Dios nos conceda horrorizarnos ante la más pequeña ofensa a Dios, si pequeña puede llamarse cualquier ofensa a Dios. Recordemos aquella preciosa oración que acompañaba a la absolución sacramental, que reza así: “La Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, los méritos de la Bienaventurada Virgen María y de todos los santos, el bien que has hecho y el mal que has soportado, te sirvan para remisión de los pecados, aumento de la gracia y premio de la vida eterna. Amén”.

Jesús se hizo hombre y, por lo mismo, se hizo cada uno de nosotros; por eso nosotros somos Jesús y Él asumió nuestros pecados, enfermedades y angustias, sin haber cometido pecado alguno. Ahora ya no valen nuestros programas o nuestros propósitos; sólo la Palabra de Dios tiene un germen incorruptible y sólo Jesucristo es luz, sal y fermento de la vida eterna. Después de contemplar la grandeza de Dios, fuente de la vida y de todo lo que es, y la miseria de las criaturas, sólo pensando en las cosas terrenas y disputándose entre ellos la tierra, se comprende con luz divina el pecado, villanía de estas personas, que se atreven a ofender a tan suprema Majestad, digna de honra infinita.

2. *Cómo nos cura y perdona el Señor*

Jesucristo es el Cordero de Dios que perdona y destruye el pecado del mundo y también cura sus raíces y consecuencias. El perdón brota del Misterio Pascual de Jesucristo, que es la prueba mayor del amor de Dios. Nosotros no nos amamos, no podemos amarnos; a veces nos damos cosas y nos manipulamos; pero no nos damos a nosotros mismos. Dios sí nos ama y la prueba es que se nos ha dado en su Hijo y en Él nos cura, nos perdona los pecados y nos libera de todos los medios y mentiras en las que vivimos.

Aunque es Jesús quien cura, es muy conveniente, por la complementariedad de los ministerios y carismas, la presencia de hermanos y sobre todo de un sacerdote, que intercedan en nombre de la Iglesia y de Cristo. Dios nos ha dado este poder de curación y debemos ejercitarlo mediante la plegaria de intercesión que nos lleva a padecer con el hermano y a transmitirle la compasión de Jesucristo. Así nace la fraternidad en la comunidad, pues cuando no rezamos por el hermano herido tenemos la tentación de escandalizarnos de él; el que no ama siempre se escandaliza del prójimo.

Interceder por el hermano es ser signo de amor de Dios y transmitírsele, para que el encuentro con la propia realidad de pecado y las heridas por él producidas no sea traumatizante para nadie; además, interceder por el pecador no es decir muchas cosas, sino sobre todo invocar el poder del amor de Dios para que pase sanando las raíces y consecuencias de nuestros pecados. Para el Señor el tiempo de las heridas y pecados es presente, de modo que donde no hubo amor o no lo advertimos puede El ponerlo y puede hacernos ver cómo El nos estaba amando en aquellos precisos momentos. Y este amor de Dios llega hasta los niveles más profundos de nuestro corazón. A veces, las enfermedades corporales son consecuencia de las enfermedades del espíritu. Las heridas espirituales no curadas pueden producir sobre todo úlceras estomacales y dolores de cabeza.

Durante la oración de intercesión el Señor nos pide aceptar la pobreza de nuestra realidad espiritual, abandonar las caretas que nos hemos puesto o nos han puesto y dejar todo afán vano de perfeccionismo. Lo que entenece a Dios es nuestra pobreza y nuestra humildad, pues estamos heridos y somos pecadores. En concreto, la oración de curación consiste en recorrer de la mano de Jesús toda nuestra vida, desde la concepción hasta el momento actual, pidiendo a Cristo derrame el bálsamo de su amor compasivo sobre cada una de nuestras heridas espirituales. Al Señor no hay que pedirle tanto que cure nuestras enfermedades, sino sobre todo que seamos capaces de aceptar y llevar nuestras cruces, buscando solamente la gloria de Dios. Pidamos nos quite lo que nos

impide alabarlo y glorificarlo, no lo que nos asemeje a Cristo Crucificado.

El Señor nos cura con su palabra, como en el caso del Centurión: “Una palabra tuya bastará para sanarme “ (Luc. 7,7). Pero especialmente nos cura con los Sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, que son los sacramentos más cotidianos. En la Eucaristía tenemos el Cuerpo entregado y la Sangre derramada de Jesucristo, con ellos nos cura como en el caso de la hemorroísa (Luc. 8,46). Al celebrar estos sacramentos pidamos a Dios que su gracia llegue a las raíces de nuestras heridas y pecados. Con respecto a la Penitencia aprendamos a confesarnos, pues a veces nos confesamos para recuperar nuestra buena imagen, pero sin verdadera conversión, que a veces llega después de años. La confesión sacramental tiene cuatro actos fundamentales: conversión, acusación, absolución y satisfacción.

El *dolor de corazón*, que es sobre todo arrepentimiento por amor o contrición. El arrepentimiento o conversión no es esfuerzo de voluntad, ni sentimiento de culpabilidad, ni tampoco son propósitos, sino que es un don de Dios a modo de fortaleza que nos cambia el corazón y nos hace detestar por amor de Dios lo que antes nos agradaba; el Señor cuando nos convierte no quita el gusto por el pecado y por las cosas que nos invitaban al pecado.

El Señor nos saca del dominio del pecado; pero no nos priva de la lucha. Este proceso de discernimiento nos hace reconocer y conocer nuestros pecados, por su nombre; pero no nos lleva a culparnos, sino que alguien despierta en nuestro interior la humildad y la contrición, pues quien consigue cambiar en la superficie a fuerza de voluntad desprecia a los demás, mientras que el que es transformado por Dios siente una gran ternura por los que todavía permanecen en el pecado. El arrepentimiento presupone el examen de conciencia, que es bajar con la gracia de Dios (solos no podemos) al fondo de nuestra pobreza y pecado, apoyados en la misericordia de Dios, para poder seguir amándonos.

La *confesión* o acusación de los pecados es correr con gozo al perdón de Dios para celebrar su misericordia con

nosotros; no consiste en hablar demasiado, sino lo que sea preciso, para no perdernos en lo secundario, cuando lo principal es celebrar el gozo del perdón. La fortaleza de confesar nuestros pecados es el camino de la maravillosa experiencia del perdón de Dios manifestación esplendorosa de su amor misericordioso. Hay que ser tan fuertes y humildes que seamos capaces de confesar nuestros pecados. A Dios se le recibe en el centro del corazón herido; así se acepta la misericordia de Dios como gratuidad. No es nada fácil recibir el perdón como regalo. El Señor nos enfrenta con el pecado, y así, indefensos e impotentes, nos regala el perdón. La grandeza del Señor y de su amor está en el perdón.

La *absolución* sacramental nos da la certidumbre del perdón de Dios a través de la Iglesia y además la plenitud comunitaria del perdón, pues con nuestro pecado no solamente ofendimos a Dios sino también a la Iglesia; por eso es necesario este signo sacramental y visible de nuestro arrepentimiento del perdón de Dios. Y la *satisfacción* es un modo de expiar nuestros pecados, no porque la expiación de Cristo en la Cruz no fuera suficiente, sino por nuestra obligación de rechazar de corazón el pecado, sus raíces y consecuencias. El Señor nos cura siempre en relación con nuestra historia y sabe esperar siempre el tiempo necesario.

3. *La libertad de poder perdonar y confesar los pecados*

Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Jesús le respondió: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (Mateo, 18, 21-22). Perdonad y seréis perdonados (Lucas 6, 37). Si alguno permanece en cólera contra el prójimo, ¿cómo se atreve a pedir la curación al Señor? (Eclesiástico 28, 3). Jesús ha dado su vida por nosotros, luego también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos (1 Juan 3, 16).

Hablamos ahora del perdón activo, es decir, ofrecer, el perdón y perdonar a quien nos ha hecho algún mal. El odio o el rencor en contra el hermano, que tanto mal nos hace, es un impedimento para ser perdonados por Dios. El perdón es

una necesidad y es fuente de curación; pero amar o perdonar al enemigo es imposible para nosotros, porque nos odia y nos mata; por eso implica un proceso y siempre es un don de Dios que supera nuestras fuerzas humanas. Pero Dios no niega a nadie la gracia de poder perdonar cuando se lo pide adecuadamente.

Todos necesitamos convertirnos, pues nadie es feliz bajo la opresión del pecado y la esclavitud interior. Pero la conversión es imposible para el hombre, pues es un don de Dios. ¿Cómo disponernos, pues, para que Dios nos convierta o transforme? Lo primero es aceptarnos como criaturas pobres, necesitadas de Dios para salir de los pecados. La Encarnación de Jesucristo se vive también en nuestras limitaciones, de modo que si no aceptamos nuestros pecados, estamos rechazando el amor redentor de Jesucristo. Y lo segundo es dejar alguna vez por gracia de Dios de ser los protagonistas de nuestra vida, de nuestro cristianismo y de nuestra salvación. Nos educaron o nos convencimos que lo bueno en la vida era triunfar siempre y quedar en el primer puesto, sin saber que la puerta del reino es estrecha y sólo los pequeños entran; en fin, todavía queremos ser perfectos y no hemos llegado ni siquiera a ser humildes. El gran pecado del hombre es querer salvarse a sí mismo, como si fuera un dios, y como no puede, termina desesperado y frustrado.

El que no experimente cómo se rompe todo su ser, no se convertirá nunca. Hay que aceptar el quebrantamiento de la persona y aceptarse así; un corazón quebrantado y humillado Dios no lo desprecia. No hay otro camino de salvación, pues sólo Dios es grande y sólo El nos puede salvar. Cuando Dios ilumina nuestra realidad quedamos sosegados y pacificados y nos da un corazón de carne y nos hace capaces de ser sensibles ante todos los seres, especialmente ante el hombre. Ante la muerte violenta de Lady Diana Spencer, Princesa de Gales, el 31 de Agosto, Dios nos libre de una palabra de condena y nos conceda quedar humildes ante los designios de Dios. Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino. Tenemos que confesarnos de ser muchas veces duros de corazón y de ser unos egoístas consumados, ni entramos en

el reino, ni tampoco indicamos el camino a los demás. Lo único que nos hace buenos es el amor de Dios; el esfuerzo y la táctica nos lleva sólo al perfeccionismo, a la hipocresía y en definitiva a la frustración.

La curación espiritual se manifiesta en primer lugar como perdón. De nosotros no sale espontáneamente el perdón, sino el acordarnos una y muchas veces de todos aquellos que nos han hecho el mal y tratar de vengarnos, según la maldad de nuestro corazón. Con todo, ¿es tan poco lo que tenemos que perdonar, si lo comparáramos con lo que nos tiene que perdonar a nosotros Dios Nuestro Señor! El perdón no consiste en decir o hacer como si no hubiera pasado nada, cosa imposible, sino en hacer un acto de fe en el que Dios puede cambiar a quien nos ha herido. Perdonar no es olvidar, que también es imposible, sino advertir cómo Dios ama a mi hermano. Pero para perdonar necesitamos darnos cuenta que quien creíamos nos había hecho un mal, en definitiva, nos ha hecho un bien, en cuanto nos ha llevado a reconocer nuestras limitaciones, es decir, nos ha humillado y así podemos llegar con la gracia de Dios a ser humildes. Después de haber perdonado, el Señor nos ha sanado tanto de los recuerdos dolorosos como de los sentimientos o emociones que hasta ahora nos hacían sufrir.

La curación no consiste en olvidar el acontecimiento doloroso, sino en destruir la carga afectiva que nos ha traumatizado, pues el hecho que nos ha hecho sufrir tiene un precio a los ojos de Dios y se convertirá en motivo de gozo y misericordia. Cuando hay curación normalmente hay lágrimas, pues éstas son un signo de la presencia del amor de Dios que nos ha curado; es la compunción o don de lágrimas. “Punzas el ojo y brotan las lágrimas; punzas el corazón y brota la vida”. Intenta encontrar tu pozo y tu propia fuente, tú también que escuchas la Palabra de Dios. Dentro de ti está Dios, el agua viva.

4. *El gozo de quien se sabe perdonado y transformado*

Oh, Señor, tú me has sanado. Me siento libre, me siento limpio, como recién bautizado. Me has perdonado todos mis

pecados. Tu sabes que siempre me he sentido muy oprimido por ellos. Ahora, sin embargo, siento que me has perdonado, que no te acuerdas de ninguno y yo tampoco me tengo que acordar porque ya no existen. Apunto la fecha de mi sanación como una prueba de tu perdón. Ya no me atormentará nada de mis años pasados. Sólo querré que tú vivas en mí, y actúes por mi medio. Yo creo en ti y en tu poder. Tú me has cambiado, me has sanado, me has acogido tal como soy, con mis deficiencias y mis futuros pecados, pues los anteriores ya no existen. Confío en tu gracia, en que me seguirás salvando y sanando. Tú me seguirás perdonando y me seguirás amando, no por lo que sea o valga, sino por tu gran misericordia. Gracias, Jesús, Señor y Salvador.

“Señor, Dios mío, a ti grité y tú me sanaste. Señor, sacaste mi vida del abismo, me hiciste revivir cuando bajaba a la fosa. Tañed para el Señor, fieles suyos, dad gracias a su nombre santo; su cólera dura un instante, su bondad, de por vida; al atardecer nos visita el llanto, por la mañana, el júbilo”. (Salmo 29, 3-6).

El Sacramento de la Penitencia es el sacramento de la libertad, de la alegría, de la verdad; nos descubre quién es Dios y quiénes somos nosotros. Dios es tan bueno que perdona la inmensa deuda de nuestros pecados, solo con que tengamos profundo dolor y arrepentimiento de ellos. Demos gracias a Dios por las veces que nos ha perdonado los pecados en el Sacramento de la Penitencia y por las veces que nos ha curado las raíces y consecuencias de nuestros pecados.

PEDRO FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, O.P.
Salamanca

Información

La fecha del nacimiento de Cristo

Estamos preparándonos para entrar en el tercer milenio dentro de dos años; entonces, pensamos que han pasado 2000 años del nacimiento de Cristo, pues ese es el punto de partida de nuestra cronología. Pero los especialistas en estas cuestiones han dicho, hace tiempo, que nuestra cronología esta equivocada.

A nosotros, cristianos del s. XX, con gran sentido de lo histórico y sujetos a horarios y fechas, nos gustaría saber con exactitud el año y el día del nacimiento de Jesús. Mas los Evangelios, la fuente primera de nuestra información sobre El, son ajenos a esas preocupaciones de orden cronológico. El mismo Lucas, que al comienzo del relato de la vida pública del Salvador nos ofrece solamente una serie de datos al respecto (Lc 3, 1s), no nos lo da más que de un modo general, si exceptuamos lo del “año 15.º del Tiberio César”, que por lo demás es ambiguo: ¿hay que contarlos desde que fuera ya asociado al trono por Augusto o desde la muerte de éste? Jesús entonces, nos dice San Lucas, tenía “unos treinta años” (Lc 3,23). Según Lucas Jesús nació en Belén con ocasión de un censo universal ordenado por Augusto, presidiendo Siria un tal Quirino (Lc 2, 1-2; según Mateo reinaba en Judea el rey Herodes (Mt 2, 1).

¿Qué *año y día* fue tan gran acontecimiento? –Ni los evangelistas ni los primeros siglos cristianos compartieron nuestra preocupaciones de conocer eso con exactitud: veían la historia “bajo la perspectiva de la eternidad”. Clemente Alejandrino, en el s. III, parece reprobar como “ocioso” el intento de averiguar el año y el día del nacimiento del Señor, si bien luego él mismo, posiblemente, para salir al encuentro de tales preocupaciones, lo pone el 18 de noviembre del a. 3 a. de Cristo.

¿Cómo es posible que lo ponga *tres años antes de C.*?

Parece que ya se habían hecho cálculos equivocados y él mismo intenta corregirlos. En todo caso computar los años desde Cristo se introdujo bastante más tarde. Quien primero lo intentó con un cierto éxito general fue el monje escita Dionisio el Exiguo, residente en Roma, el a. 525 d. de Cristo. Tal año en realidad no era ése, pues Dionisio supuso o calculó equivocadamente que Jesús había nacido el 753 de la fundación de Roma. Herodes, bajo cuyo reinado nació el Salvador, había muerto *tres años antes*, después de una enfermedad de al menos un año. Nuestra era va retrasada al menos cuatro años.

Según los Evangelistas, Jesús nació reinando Herodes, que gozaba de buena salud entonces (cf. Mt 2, 1ss). Por el historiador judío Flavio Josefo sabemos que murió después de una enfermedad larga y dolorosa (probablemente cáncer). Por el cómputo del reinado de sus hijos y por un eclipse de luna, próximo a su muerte y cercano a la Pascua, se puede determinar que su muerte ocurrió a mediados de marzo del a. 750 de la fundación de Roma. Pues habiéndose corrido el rumor de que el rey estaba en las últimas, unos jóvenes capitaneados por el escriba Matatías, arrancaron el águila dorada, puesta a la puerta del templo. Enterado Herodes, ¿mandó quemarlos vivos!.. La noche siguiente hubo eclipse de luna, que el pueblo interpretó como duelo en el cielo por el crimen del rey. Poco después murió Herodes, pues aún no habían sido sepultados los cuerpos de los asesinados. Y no muchos días más tarde subió su hijo Arquelao a Jerusalén para celebrar la pascua. (cf. Flavio Josefo). Todos estos datos confluyen hacia mediados de marzo del 750 como el tiempo de la muerte de Herodes. Jesús, pues, nació al menos cuatro años antes de los fijados para nuestra era.

Pero ¿en qué año concreto? –Se ha intentado precisar más, basándose en el censo de Quirino (Lc 2, 1s). Augusto hizo el censo del Imperio tres veces: los años 28 y 8 a. de Cristo y el 14 d. de Cristo. Es probable que el censo en algunas provincias se retrasara un año o algo más: con ello podríamos venir al año 7 ó 6 a. de Cristo. Pero el gobernador

de Palestina del a. 9-6 a. de Cristo. no fue Quirino, sino Sencio Saturnino. Quirino lo sería del 4-1a. de Cristo. ¿Tuvo ya antes allí algún cargo importante y por ello se le encomendó llevara cabo ese censo de Judea?

Concluamos, pues, que, en cuanto *al año*, vamos retrasados por lo menos cuatro años; probablemente alguno más.

¿Y qué *día* nació Jesús? Los Santos Padres y los escritores de los tres primeros siglos no dicen nada al respecto. En la liturgia no se encuentra fiesta del nacimiento del Salvador con certeza hasta el S. IV y entonces las iglesias orientales la celebraban el 6 de enero con la Epifanía: ¡era también “epifanía” o manifestación! Pero la asignaron también otros días. En Roma se celebraba ya el 25 de diciembre del a. 336. Esto fue imitado posteriormente por otras iglesias. Desde entonces los Padres y escritores eclesiásticos ponen esa fecha.

¿Por qué se le asignó ese día? Quién ha creído deberse a influencias judaicas: el 25 de Casleu (noviembre o diciembre) se celebraba la dedicación del templo. Pero el motivo de nuestra fiesta es diferente y los textos talmúdicos que parecen dar como estación del nacimiento del Mesías el invierno son más oscuros. Otros dicen que habría sido por deducción del día de la Encarnación, que se creyó haber sido el 25 de marzo. Mas parece que el primero en afirmar esto fue San Agustín, en el s. IV.

Hoy comúnmente se admite que la celebración del 25 de diciembre fue debida a que la Iglesia quiso sustituir la festividad pagana del “Natalicio del Sol invicto” por la del nacimiento de Cristo. En el calendario del astrólogo Antíoco, escrito hacia el a. 200 se lee: “Mes de diciembre..., 25... Natalicio del Sol; crece la luz”. Llegado el sol al solsticio de invierno el 21 de diciembre, el 25 era claro que comenzaba a crecer. San Agustín diría: “Tengamos por solemne ese día, no como los infieles por este sol (el físico), sino por Aquél que lo hizo” (Sermón 190). El nacimiento de Cristo en realidad era el nacimiento del Sol de las almas. El dijo de Si mismo: “yo soy la Luz del mundo” (Jn 8,12).

¿No podría precisarse más? La mención del “censo” puede ayudarnos. Las autoridades romanas elegirán para él

un “tiempo libre” para aquella población, predominantemente agrícola: un tiempo que hiciera posible el traslado de un extremo a otro de la Palestina con sus 200 kms. de Norte a Sur. Ahora bien; “el tiempo libre” para ellos era el que seguía a la siembra otoñal: de fines de octubre a fines de diciembre; los demás meses del año estaban ocupados por las faenas agrícolas, a no ser los de enero, febrero y comienzos de marzo, período éste por otro lado muy molesto para los desplazamientos, ya que allí es el tiempo de las lluvias. Así es que los meses de noviembre y diciembre eran los más apropiados.

Algunos, sin embargo, objetan que según San Lucas la noche del nacimiento de Jesús los pastores pernoctaban en el campo con sus ganados: ¡no pudo ser en la estación del frío! Los escritos rabínicos nos dicen que hay tres clases de rebaños: los que vuelven todos los días al establo; unos segundos que solo lo hacían en invierno; y finalmente otros que *siempre* se quedan fuera en el desierto –como ocurre en el Sur de España y en Sicilia, más septentrionales que la Palestina–. Por lo demás en la región de Belén es raro que nieve y no nos imaginemos el invierno en Palestina tan frío como el de Madrid, por ejemplo.

No se puede determinar el día del nacimiento del Salvador, que probablemente fue entre noviembre y diciembre. Y en cuanto al año hay que decir que ciertamente ha sido al menos cuatro años antes de lo que data nuestra era.

Lo importante ante todo es que veamos más bien las cosas como las vieron los Evangelistas y las primeras generaciones cristianas: en una perspectiva de eternidad.

LUIS LÓPEZ DE LAS HERAS, O.P.
Alcobendas (Madrid)

Bibliografía

SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, *Historia de un alma*. Introducción de José Francisco Ibarria. San Pablo. Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid 1997, 9,8 x 15,3. 437 pp.

Estamos celebrando el centenario de la muerte de Santa Teresa del Niño Jesús, ocurrida el 30 de septiembre de 1897, y el 19 de octubre de 1997 fue proclamada en Roma por el papa Juan Pablo II tercera doctora de la Iglesia. Bien está, pues, una nueva edición popular del texto crítico de la Historia de un alma. Fue una santa sencilla, sin fenómenos místicos y sin novedades doctrinales; pero con un gran realismo espiritual, que supo expresar por escrito; fue gran aficionada a la lectura, más que a la conversación, característica de las personas introvertidas. La gracia purificó su fuerza de voluntad y colmó sus deseos. El magisterio de Santa Teresa del Niño Jesús está centrado en lo fundamental: a Dios no se le conquista, se le acepta; por eso, hay que olvidarse de uno mismo y pensar en Dios y en los demás; es decir, humildad y caridad; un mensaje para todos. La amplia introducción está llena de noticias importantes para entrar en la lectura de Historia de un alma, aunque no me parece adecuada la comparación con M. Lutero (p.14). Hay una errata en la fecha de su comunión (p. 32).—*Fray Pedro Fernández, O.P.*

SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*. Introducción y notas de Ignacio Iglesias, S.J. San Pablo. Protasio Gómez, 11-15. 28027 Madrid 1996. 9,8 x 15,3. 199 pp.

Este libro, fruto de muchas experiencias espirituales constatadas en un largo período de tiempo, al menos desde 1522 a 1548, es no sólo en cierto sentido el origen de la Compañía de Jesús, sino también un gran don para toda la Iglesia en un tiempo en el que era preciso propagar y defender la fe. Lo característico de este libro es la conversión individual de los cristianos. Es un libro que marca una época y que no pierde nunca actualidad. Es importante constatar que estas páginas son un fruto de un continuo y enriquecedor contraste entre la experiencia espiritual y las doctrinas teológicas aprendidas en Alcalá, Salamanca y París. Ahora bien, el uso de este libro exige el discernimiento con el que fue escrito; es decir, la metodología ha de interpretarse espiritual y no materialmente. La buena introducción de esta edición ayuda a una correcta lectura de los Ejercicios Espirituales.—*Fray Pedro Fernández, O.P.*

GIUSEPPE FERRARO, S.I., *Lo Spirito e l'ora" di Cristo. "L'esegesi di San Tommaso d'Aquino sul quarto vangelo*. Ed. Vaticana, Città del Vaticano 1996. 222 p. 30.000 L.

Id., *Lettere a sposi*. Edizioni ADP, Roma 1995. 128 p. 15.000 L.

Estos dos libros son bien expresivos de las principales dedicaciones del autor. En primer lugar, como exegeta profesional enseña Sagrada Escritura en varias Facultades italianas de teología entre ellas en la de la Universidad Gregoriana de Roma. Es un gran conocedor y expositor de San Juan, sobre

el cual ha escrito varios libros de óptima calidad, tanto desde el punto de vista del análisis textual como del contenido del misterio estudiado. En el primero de estos libros, el P. Ferraro hace una excelente exposición del comentario de Santo Tomás al Cuarto Evangelio y a algunos otros libros no mencionados en el título. Ciertamente, S. Tomás no tenía los recursos científicos de que hoy dispone todo exegeta para ambientar los textos, pero tenía fino sentido bíblico para sintonizar con el misterio por aquello que Santo Tomás mismo llama ‘connaturalidad’, es decir, algo así como un ‘instinto’ suscitado por la caridad y guiado por el don de sabiduría. Son aspectos de la enseñanza de Santo Tomás que apenas se conocen, porque no suele ser citado más que en relación con las cuestiones de organización sistemática, de argumentaciones sutiles... En la cristología de Santo Tomás el Espíritu Santo tiene una presencia mucho más destacada que en la mayor parte de los libros que hoy se escriben acerca del tema. La presencia y acción del Espíritu Santo en Cristo se pone de manifiesto en aquel tiempo o momento que Cristo mismo llama ‘su hora’: es la hora de la pasión que es comienzo y punto de partida para la gloria de la resurrección y la entronización en que se le reconoce la soberanía universal. Sólo me queda decir que el P. Ferraro ha hecho un estudio muy ceñido al pensamiento de Santo Tomás, con quien muestra tener una familiaridad nada frecuente en exegetas.

El segundo libro es de índole pastoral. En el tono familiar propio del diálogo epistolar, el P. Ferraro expone con solidez, pero sin alardes de erudición, los textos bíblicos que han sido seleccionados para la celebración del matrimonio. A ello se añaden otras cartas acerca de puntos doctrinales importantes: naturaleza del sacramento, ministro del sacramento que son los contrayentes mismos, sobre el bautismo de los niños y su primera comunión. El libro concluye con un bello texto para hacer la consagración de la familia al Sagrado Corazón.—A. Bandera, O.P.

M. E. BOISMARD, *¿Es necesario aun hablar de “resurrección”?* (Editorial Desclée de Brouwer). Bilbao, 1996, 159 págs.

El título interrogativo del libro ya prejuzga una respuesta negativa. En efecto, el autor afirma ya en el prólogo, que “ningún texto del AT y del NT nos habla de la resurrección de los cuerpos, al final de los tiempos cuando vuelva Cristo” (p.7). Por otra parte interpreta 2 Cor 5,2 en el sentido de que al morir el justo, se reviste de “una habitación celeste” porque no quiere ser “desvestido” del cuerpo. Por lo que después de la muerte las almas de los justos abandonan el cuerpo y se unen a Cristo junto a Dios, pero encuentran inmediatamente un cuerpo de naturaleza celestial que les espera en el cielo” (p.8). Y supone que el pensamiento de S. Pablo había evolucionado. Siguiendo al profeta Daniel, había admitido en un primer momento que nuestro destino escatológico tendría lugar en esta tierra idealizada. Después imaginó un mundo de luz, análogo al de los astros del firmamento. Solo al final de su vida situó en Dios nuestra vida beata” (p. 9).

Por su parte Jesús “distingue en el hombre: alma y cuerpo, en la perspectiva griega (Mt 10,28, Lc 12, 4-5), es decir, la perspectiva de la inmortalidad del alma” (p.113). Por ello no tiene importancia perder un miembro corporal, lo importante es liberarse de la gehenna. Por otra parte, Jesús promete al buen ladrón que en ese mismo día estaría con él en el paraíso (Lc 23, 42-43), sin aludir a la “resurrección” de su cuerpo. El pobre Lázaro al morir

llegó al seno de Abraham”, o de felicidad, mientras que el rico fue al fuego después de su muerte. Los patriarcas están ya en el “Reino de Dios”. Según el sermón escatológico el Hijo del hombre enviará a sus ángeles para recoger a los “elegidos” y ponerlos a su diestra. Pero no dice que recuperarán sus cuerpos resucitados.

Pero Jesús habla también en su disputa con los saduceos de que “cuando resuciten los justos... serán como los ángeles en el cielo” (Mc 12,18-20). Pero el autor dice que esta frase no es de Jesús, sino que es del redactor evangelista (sic). En Jn 5,28-29: “Todos los que estén en los sepulcros oirán una voz del Hijo del hombre y saldrán los que hayan hecho el bien para una resurrección de vida, y los que haya hecho el mal para una resurrección del juicio”, conforme a lo que dice Dan 12, . Y a Marta cuando ésta le dice a Jesús que su hermano “resucitará el último día”, Jesús le corrige diciendo que él es “la resurrección y la vida” si cree en él. La “resurrección de la vida” es la inmortalidad del alma. Para Jesús “la victoria sobre la muerte es la inmortalidad, no la resurrección de los cuerpos” (p. 126).

Respecto de los impíos dice que están destinados a la gehenna (Mc 9,43) al “fuego que no se apaga”, que ha de entenderse en sentido simbólico: los sufrimientos mortales al verse separados de Dios (p. 145). Pero siguiendo a Schillebeeckx, propone que el destino de los pecadores es volver a la nada, es decir, que no tienen derecho a la supervivencia después de la muerte; es justamente la creencia de los “testigos de Jehová”. Esto está en contra de la enseñanza evangélica, apostólica y de la tradición de las iglesias cristianas (la católica y la ortodoxa).—*Maximiliano García Cordero O.P.*

JACQUES BRIEND, *Dios en la Escritura*. Desclée de Brouwer (Henaó, 6. 48009 Bilbao) 1995, 142 págs.

Este libro, aunque tiene un título muy general, se ciñe bastante al tema sobre el modo de hablar acerca de Dios, y más concretamente a los nombres *padre* y *madre*. El autor dice que la escritura –se entiende el Antiguo Testamento– es reticente en el uso de estos nombres y que la reticencia está ocasionada, al menos en parte, por las ideas paganas acerca de dioses y diosas a quienes se atribuyen relaciones parentales con los pueblos donde reciben culto. Un poco extraño me resulta que, según el autor, en el Antiguo Testamento, *Padre* no pase de ser un nombre metafórico. Creo que es un modo, no afortunado, de marcar las diferencias entre Antiguo y Nuevo testamento.—*A. Bandera, O.P.*

FRANCIS A. SULLIVAN, S.I., *La Iglesia en la que creemos. Una, santa, católica y apostólica*. 258 p. ANDRÉ MANARANCHE, S.I. *Querer y formar sacerdotes*. 224 p. Desclée de Brouwer (Henaó, 6. 68009 Bilbao), 1996.

Dos libros muy interesantes, de dos jesuitas, publicados por la misma editorial, en una misma colección que lleva por título Cristianismo y Sociedad. Son, respectivamente, los números 43 y 44. El primero es una presentación del misterio de la Iglesia a la luz de sus propiedades, tal como están expresadas en el símbolo. Un capítulo final, que es como una reflexión de conjunto, aclara que la pertenencia de estas propiedades a la Iglesia es una verdad de fe. La exposición es un tanto académica como la de quien explica la materia ante alumnos que hacen su curso teológico.

El segundo libro trata el tema con calor, con una viveza que el lector advierte inmediatamente. El autor se encuentra con una situación que conoce bien. Por una parte, se oye una voz que suena sin parar y que lamenta profundamente la escasez de sacerdotes, de la cual se derivan una larga serie de problemas. Pero, al mismo tiempo, en centros de formación para el sacerdocio –sacerdocio ordenado o ministerial– se exalta el sacerdocio de todos los fieles, se le atribuye una perfección, es proyectado hacia toda la Iglesia... de tal manera que, teniendo todo esto un fondo exacto, de hecho el sacerdocio ordenado viene a ser un elemento hasta cierto punto contrastante, ante el cual hay que mantener como una cierta reserva... O sea, para resumir: el sacerdocio común es ponderado y admirado; el sacerdocio ordenado queda envuelto en sombras, más o menos densas, pero sombras, con posibilidad de crear oscuridad. Aquí se inserta la idea del título. Se quieren sacerdotes. Pero, de hecho, se está formando un ambiente en que la formación para el sacerdocio ordenado no suscita entusiasmo. El querer necesita un complemento de coherencia: formar para aquello que se quiere.—*A. Bandera, O.P.*

ISMAEL BENGOCHEA, *Vida y recuerdos de la Hna. Cristina, carmelita descalza. Carmelitas de San Fernando (Cádiz)*, 1996. 112 págs. GINO LUBICH, *Vida de Juan XXIII, el Papa "extramuros"*. Descleé de Brouwer (Henao, 67. 48009 Bilbao), 1995. 222 págs. FRANCISCO MARTÍNEZ, *El libro de la vida cristiana*. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1996. 362 págs. 1.950 ptas.

He aquí tres libros, pertenecientes cada uno a su editorial, muy distintos entre sí, pero que coinciden en algo verdaderamente fundamental: son tres joyas de espiritualidad. La Hna. Cristina murió el año 1980, a los noventa años. Su vida fue trabajosa; tardó bastante en saber leer y escribir; pero tenía gran talento y realizó obras primorosas de las cuales se dan algunas muestras. Psicológicamente era una persona encantadora; lo proclama de manera inconfundible la maravillosa sonrisa que se puede contemplar en la fotografía de portada. Pero todo esto es nada al lado de su santidad, en la que hay no sólo virtudes heroicas, sino también otra serie de dones tan llamativos como la bilocación.

Juan XXIII es, en cierto sentido, indefinible o "extramuros", porque su riquísima personalidad no es aprisionable dentro de esquemas prefabricados. Sus discursos no alcanzan, por lo general, el nivel de otros grandes Papas; pero en Juan XXIII se puede decir que el magisterio dimanaba de su propia persona; con solo verlo, la gente quedaba 'electrizada'. Era un Papa que atraía con fuerza irresistible. Los hechos podrían multiplicarse sin término. Habría que decir también muchas cosas acerca de su visión de la Iglesia y de la humanidad, a las que con espíritu profético y fortaleza heroica lanzó por caminos nuevos. Es imposible intentar resumir. Pero no se puede menos de dedicar un recuerdo al final tan doloroso como sublime de su vida. Aquello fue una predicación del evangelio como se habrá dado pocas veces. Por último, el tercer libro es algo así como un tipo nuevo de 'devocionario' donde se encuentran oraciones tomadas de los salmos o de otras fuentes de gran calidad espiritual; pero hay también una sólida y bien cuidada instrucción, calcada en las enseñanzas del Concilio Vaticano II, o, al menos, en su espíritu. Un gran libro.—*A. Bandera, O.P.*

LEWIS R. RAMBO, *Psicología de la conversión. ¿Convencimiento o seducción?* Traducción del inglés por Ignacio Ribera. Herder (Provenza, 388. 08025 Barcelona), 1996. 244 págs. 2300 ptas.

EUGEN DREWERMANN, *Psicoanálisis y teología moral. I: Angustia y culpa*. Traducción del alemán por José Luis Albizu. Descleé de Brouwer (Henao, 6. 48009 Bilbao), 1996. 200 págs.

He aquí dos libros que a veces tienen ciertos contactos en el campo de la psicología, pero que por no pocos motivos difieren de manera bastante radical. El primero es un estudio serio del tema enunciado en el título. Busca y propone una respuesta razonable al interrogante sobre el motivo determinante de la conversión. Desde el punto de vista psicológico –que es el adoptado por el autor– la conversión se desarrolla a través de un proceso. Partiendo de una situación, llamada ‘contexto’, alguien experimenta una ‘crisis’ que lo hace emprender la ‘búsqueda’ de algo; cuando lo encuentra, se produce una ‘interacción’ entre la persona que busca y la realidad encontrada. Si el resultado de la ‘interacción’ es positivo, la persona asume ‘el compromiso’ de aceptar todas las ‘consecuencias’ que se derivarán de caminar hacia el ideal encontrado. Este esquema puede realizarse de diversos modos. sin embargo, los elementos determinantes son siempre fundamentalmente los mismos, dando por supuesto que en cada persona hay variantes inclasificables.

Si el cambio implicado en la conversión obedece a verdadero convencimiento, a seducción, o a cualquier otro motivo, depende, al menos en lo básico, del enfoque moral que la persona dé a su comportamiento. Como se comprende, la honradez y la conciencia tienen mucho que ver en todo esto. La teoría expuesta es de alcance universal, o sea, puede dar explicación de la conversión a cualquier religión. El autor lo dice ya hacia el final del libro. “Ilustraré este proceso con el cristianismo, pero creo que se aplica igualmente a todas las religiones...” (p. 219).

El segundo libro está escrito en un tono del que dan idea las palabras iniciales. “Tres inflexiones equivocadas lanzaron la evolución del cristianismo en Occidente por un callejón sin salida, tanto más insalvable cuanto más prolongado, una evolución que, en razón de su punto de partida, amenazaría con hundir tanto los fundamentos de la religiosidad como de la humanidad. Estas inflexiones erróneas tienen sus raíces en los comienzos mismos del cristianismo...” (p. 7: es el comienzo del prólogo).

Quien se decida a leer, necesita buena dosis de muchas cosas. Al enfrentarse con cualquier asunto serio, escuchará siempre la palabra inapelable de quien tiene toda la solución y la única. Después haber leído no pocos libros, creo que nunca me encontré con una obra tan dogmática. No me considero competente para juzgar sobre la ‘autoridad’ de Drewermann en psicoanálisis. Pero sí puedo decir y digo que su teología es una superficialidad de la que nadie sabe cómo puede ‘nacer’ tan increíble dogmatismo.—A. Bandera, O.P.

M.^a ANUNCIACIÓN FEBRERO, F. I., *Doble vertiente. Guión biográfico de la M. Cándida M.^a de Jesús*. Postulación General de Hijas de Jesús, Roma 1994. 120 p. ANTONIO M.^a MARTÍN, *El deseo de Dios y la ciencia de la cruz. Aproximación a la experiencia religiosa del Hermano Rafael*. Descleé de Brouwer (Henao, 6. 48009 Bilbao), 1996. 344 p.

Dos libros muy distintos, sobre personajes que no se conocieron pero que vivieron hondamente una experiencia de Dios que los transformó y los dispuso para la obra que cada uno había de realizar.

El primero consta de cuarenta breves cuadros en que la autora trazó, hace ya más de treinta años, un diseño exactísimo de la fundadora, recientemente beatificada, de su propia Congregación. Son relatos sencillos, encantadores, pero al mismo tiempo penetrantes y realistas a toda prueba. No se trata de proclamar santidad. Es mucho más seguro seguir los pasos históricamente dados por una mujer, una fundadora, que se santificó y que abrió camino de santificación para otras muchas personas.

El segundo libro es de alta calidad científica; pienso que no tiene igual en nada de lo ya publicado –mucho ciertamente– sobre el ‘Hermano’ Rafael. Es una calidad científica no de teorización sino de penetración en el misterio de la santidad de este ‘Hermano’ que es un verdadero gigante de la espiritualidad y un admirable maestro en lo referente a la vida del espíritu. Sus escritos no son muchos en cantidad. Pero las descripciones que hace de su propia vivencia, el lenguaje en que las presenta y la fuerza de comunicación que les imprime hacen de estos escritos un caso singular, quizá único, en la historia de la espiritualidad. ¿Llegará un día en que el ‘Hermano’ sea declarado Doctor de la Iglesia? No lo sé. Pero no me extraña y, desde luego, me ilusionaría.

Sé que con esto no hago más que presentar el libro: dar cuenta de que ha sido publicado. Pienso que aquí no es posible hacer mucho más. Para dar idea del contenido se necesitarían muchas páginas.—A. Bandera, O.P.

PIERRE GRELOT, *La condición femenina en el Nuevo Testamento*. PPC (Jardiel Poncela, 4. 28016 Madrid), 1995. 188 p. LETTY M. RUSSELL (edra), *La interpretación feminista de la Biblia*. 1995. 184 p. JAMES B. NELSON y SANDRA P. LONGFELLOW (edes). *La sexualidad y lo sagrado* 1996. Desclee de Brouwer (Henaio, 6. 48009 Bilbao). 610 p.

El primero de estos libros trata en serio un tema serio. Desde el principio se advierte que el autor siente al vivo la presión ejercida por el ambiente. Ello le obliga a no pocos esfuerzos para llegar a situarse. Se entiende que el tema preocupante es el sacerdocio de la mujer. El lector experimentará algo parecido a lo que ‘ve’ en el autor. Llega un momento en que Grelot reconoce la dificultad de ser neutral en esta materia; cada uno o cada una se inclina a favor de su condición (cf p. 161). La dificultad de la situación permite valorar mejor la firme convicción del autor. Después de responder a ciertas dificultades ambientales, habla del valor simbólico que tienen las personas que acompañan a Jesús en el cenáculo. A la hora de aclararse definitivamente dice: “Todo teólogo de sexo masculino no puede menos de sentirse incómodo al tener que ser neutral y, por lo mismo, de exponerse al juicio severo de otros cristianos y sobre todo cristianas. Pero no puede dejar de hacerlo, porque se siente obligado por sumisión a la palabra de Dios que es la única norma de la fe” (p.163-164). Omito el último refuerzo de su pensamiento. Va seguido de lo transcrito. El que quiera puede hacerlo.

Los otros dos libros ofrecen un contenido que, para un juicio global, es deplorable, por lo superficial –es el caso del primero– y por lo ‘extraño’ –valga el eufemismo– del segundo. Para la persona humana, el fundamento del amor está en la sexualidad. Aceptar la encarnación significa que Dios

sigue haciéndose carne en nuestras vidas. Conceptos como lo espiritual, lo sagrado, etc. evocan cosas 'extrañas'. En fin, ruego que se permita no hacer ulteriores aclaraciones y que no se me pidan explicaciones. Prefiero callar.—A. Bandera, *O.P.*

FERNANDO VELA, O.P. (Coordinador), *Dios estaba allí. Siete estudios del hecho religioso*. Ed. San Esteban (Apartado 17. 37080 Salamanca), 1996. 200 págs.

No es fácil reseñar un libro escrito por varios autores, cada uno de los cuales tiene su personalidad y escribe según criterios propios. Aparte de esta dificultad, hay otra que afecta al contenido prevalente, es decir, a aquellos enfoques que marcan o parecen marcar la tónica en que el libro quiere colocarse. Es poco lo que sobre esto puedo decir. Antes de llegar a eso poco, quizá no estuviese mal plantear algún interrogante acerca del título. 'Dios'. ¿Cómo se entiende? Pablo VI dijo que mientras Dios no sea conocido como el Padre de nuestro Señor Jesucristo que en su nombre nos envía el Espíritu Santo, es en realidad un 'Dios desconocido'. Creo que a esto no se le ha prestado ninguna atención. Otra palabra mucho menos importante, pero que hoy reclama atención es 'allí'. ¿Qué significa? No me atrevo a dar una respuesta 'en firme'. Pero se tiene fuerte impresión de que 'allí' es una realidad de orden humano, la cual, con independencia de la Iglesia, sirve para canalizar la salvación, y esto, porque Dios estaba ya allí. Ese 'allí' se convierte en medio, en instrumento... de una presencia y de una acción divina que no pasa por la Iglesia. El Espíritu Santo obra por la Iglesia, pero se sirve también de las tradiciones religiosas no cristianas. Una de las cosas que más me han maravillado ha sido ver que, para dar solución a un delicado problema relativo al evangelio de Marcos, es citado Puente Ojea, con cuidado de precisar unos cuantos detalles de su pensamiento. Habría mucho que aclarar y no me siento con ánimos para ello.—A. Bandera, *O.P.*

ANTONIO M.^a ARTOLA, *La morte mistica secondo San Paolo della Croce. Testo critico e relazione con San Paolo della Croce*. Curia Generale dei Passionisti, Roma, 1996. 136 págs.

Se trata de un tema bien conocido para el P. Artola, el cual en años pasados había escrito ya mucho sobre esta materia. Ocurren cosas extrañas. El texto escrito por San Pablo de la Cruz se extravió y ha sido encontrado hace sólo unos pocos años. Su existencia estaba atestiguada, pero nadie conocía el texto, porque nadie sabía dónde estaba. Por fin apareció "en un oscuro desván" donde el año 1976 fue encontrado un cuaderno que, debidamente examinado, resultó contener el texto auténtico (cf. p. 17-19). Es un texto corto. Su edición crítica ocupa las páginas 6-16, de las cuales más de la mitad del espacio se lo lleva el aparato. Se trata indudablemente de un gran hallazgo que enriquece la literatura mística y que ha de ser especialmente grato a quienes asumen por profesión el género de vida que San Pablo de la Cruz introdujo en la Iglesia. No es necesario decir que la edición está a la altura del texto y del organismo que ahora lo hace público.—A. Bandera, *O.P.*

EUGENIO AYAPE, *Sor Mónica y el P. Cantera, dos íntimos amigos de Jesús*. 2^a ed. Ediciones Augustinus (General Dávila, 5. 28003 Madrid), 1996. 366 págs.

La principal novedad de esta segunda edición es recoger lo referente al proceso de beatificación cuyas etapas "avanzan con próspero viento" (p. 8).

Aparte de la semblanza de los protagonistas, se encuentran numerosos datos personales y una abundante correspondencia. Realmente se trata de dos casos muy representativos de la alta espiritualidad.—A *Bandera*, O.P.

RAFAEL PALMERO (obispo de Palencia), *Las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada*. Palencia 1996. 54 págs.

Es la pastoral que el autor publicó como preparación al Adviento de 1996. Es un escrito de gran densidad doctrinal. Confieso que, para mí, lo más importante es la firmeza con que proclama la pertenencia de la vocación de vida consagrada al misterio de la Iglesia, una pertenencia que consiste en ser elemento integrante de la composición que la Iglesia debe tener por voluntad de Jesucristo. No es nada frecuente encontrar pastorales en que la vida consagrada reciba un tratamiento semejante al que se puede admirar aquí. Y digo 'admirar' no porque se trate de un hecho infrecuente, sino porque el tema está expuesto con hondura doctrinal y con una simpatía que se hace 'sentir'. Mi congratulación y, si puedo decirlo, también mi agradecimiento.—A. *Bandera*, O.P.

Documentos sinodales. I: *Exhortaciones apostólicas postsinodales*. II: *Discursos de apertura y clausura, mensajes y documentos del Sínodo de Obispos, 1965-1994*. Prólogo de Mons. LAJOS KADA, Nuncio Apostólico. Introducciones de J. A. MARTÍNEZ PUCHE, O.P. Edibesa (Madre de Dios, 35bis. 28016 Madrid), 1996. 1290 y 418 págs.

Lo primero de todo y el punto de partida para todo : estamos ante una obra excepcional por el número de páginas y por el contenido. El Sínodo de obispos es, teóricamente, un órgano de consulta. De hecho, sin embargo, está marcando un modo nuevo de ejercicio del magisterio pontificio. Basta ver las Exhortaciones postsinodales aquí reunidas. Están firmadas por el Papa que comenzó siendo Pablo VI y hoy es Juan Pablo II. Pero en el contenido hay multitud de cosas cuyo origen se encuentra en Propositiones enviadas por el Sínodo al Papa para estudio o en otros materiales de procedencia sinodal. A veces se pide para el Sínodo una responsabilidad mayor; concretamente que no sea simple órgano de consulta, sino que tenga poder de tomar decisiones. No sé si eso sería un bien. Para que el Sínodo asumiese la responsabilidad del documento conclusivo, lo primero que se necesitaría sería prolongar enormemente su duración. Y no sé si los obispos mismos aceptarían un proyecto de este género.

Dejando a un lado todo lo que se refiera a estructura y competencias del Sínodo, lo que ahora hay que decir es que se trata de una obra sumamente valiosa. Permite tener a la mano todos los documentos sinodales, entre los cuales destacan las Exhortaciones pontificias, cada una de las cuales cierra el ciclo correspondiente a su respectivo Sínodo. En el momento actual, los documentos aquí reunidos, con el solo hecho de estar juntos dan respuesta contundente a valoraciones de la última Exhortación, la que lleva por título *Vita consecrata*. Se está repitiendo como cosa evidente lo que a nadie se le ocurrió decir respecto de las anteriores. Se afirma, en efecto, que *Vita consecrata*, por estar catalogada como Exhortación, posee un contenido que no pasa de exhortación y que, por consiguiente, carece de valor doctrinal. Bien. Si semejante razonamiento vale, hay que tener el valor de aplicarlo a todas las Exhortaciones aquí reunidas. Supuesto que sea un acto de valor: cosa con

la que no estoy de acuerdo. Lo mejor será tener la humilde valentía de acoger la enseñanza propuesta en estos documentos y demostrarlo mediante el sincero rendimiento del juicio personal. Esperemos que algún día se acepte la evidencia.—A. Bandera, O.P.

FERNANDO CHICA ARELLANO, *Conciencia y misión de Iglesia. Núcleos eclesiológicos en los documentos de la Conferencia episcopal Española*. BAC Normal, Madrid 1996. LVIII-602 págs.

El libro es presentado por el Presidente de Conferencia Episcopal. Desarrolla con gran amplitud un tema importante, en cuyo fondo está una de las novedades aportadas por el Concilio Vaticano II. El concilio renovó profundamente la teología sobre el episcopado. Tanto en el nivel universal, en que se sitúa el Colegio de Obispos, como en el nivel nacional, donde se inscriben las Conferencias Episcopales, la figura del obispo se muestra de una manera que, en tiempos pasados, daba la impresión de ser ignorada. Concretando, para hablar de este libro, el magisterio episcopal tiene, en la Iglesia, una presencia y una importancia de gran relieve, en la Iglesia, una presencia y una importancia de gran relieve. Sin retroceder mucho tiempo, nos situaríamos en un ambiente eclesial en el que libros como éste serían sencillamente indispensables. Así, pues, este libro es indicio de una de las novedades que mejor caracterizan al Vaticano II. Un incontable número de documentos es catalogado y sistematizado con criterio teológico. Para formarse idea de la mole de trabajo, baste decir que la lista de documentos ocupa cuarenta páginas.

A mi juicio, la obra merece buenos elogios, y no dudo que los ha tenido. Basta recordar la persona del presentador. Pero creo que se le puede poner algún reparo. En el subtítulo se habla de Conferencia Episcopal; esto es exacto a medias, porque más de una vez se hacen afirmaciones doctrinalmente importantes, cuya vinculación con la Conferencia no siempre está clara. ¿Hasta qué punto son de la Conferencia ideas que sólo se encuentran, por ejemplo, en un Mensaje para el Día de Hispanoamérica, para la Jornada de Vocaciones...? Creo que este punto necesitaría una aclaración. El autor muestra tener gran entusiasmo por todo lo que procede de la Conferencia Episcopal; yo me alegro. Pero el entusiasmo no debería haberle cerrado los ojos ante cosas que están lejos de entusiasmar. Un tema básico y ampliamente desarrollado en el libro es el de la comunión eclesial. Se dice y se repite que en los documentos de la Conferencia todo está bien tratado y que cada fiel tiene el puesto que le corresponde. ¡Ojalá que todo estuviera bien! Mi impresión es muy distinta. Cuando, a través del libro, leo tantas veces que los religiosos están —estamos— bien situados dentro de la comunión eclesial, no puedo menos de recordar cosas que están escritas en documentos que ciertamente pertenecen a la Conferencia en cuanto tal. Ruego al autor que tenga la humilde valentía de publicar lo que la Conferencia dice sobre origen y encuadramiento de la vida religiosa en *Vida religiosa, un carisma al servicio de la Iglesia* (1981) y en *Testigos del Dios vivo* (1985). Cada documento da una noción distinta y los dos están desacertados. Si esta última afirmación resulta 'escandalosa' para el autor, le ruego la reciente Exhortación Apostólica *Vita consecrata*. Ciertamente, no pido a la Conferencia un documento como el del papa. Pero me agradecería no tener que leer en escritos de la Conferencia cosas contrarias a las del Papa. Es mi único problema al respecto.—A. Bandera, O.P.

Índice general del año 1997

EDITORIAL

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, PEDRO, O.P., <i>Catecumenado de adultos. Hacia el jubileo del año 2.000</i>	3-8
— <i>El Domingo de la Misericordia Divina</i>	85-89
— <i>La Iglesia necesita sacerdotes santos</i>	161-166
— <i>Anunciamos el Evangelio de Cristo</i>	241-245
— <i>Entremos en el misterio de la debilidad de Dios</i>	321-325
— <i>La Encíclica Mediator Dei, cincuenta años después</i> . . .	401-405

DOCTRINA

BELLIDO, A. E., <i>El Amor Misericordioso en la vida y obra del P. Juan G. Arintero, O.P. (I)</i>	18-30
CANALS VIDAL, FRANCISCO, <i>Gracia y salvación</i>	90-93
DE LA VILLE, SOR MARGARET, O.P., <i>Santa Teresa del Niño Jesús, ¿Doctora de la Iglesia?</i>	9-17
FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P. O.P., <i>El tiempo de la Virgen María en la Vida Consagrada</i>	192-200
— <i>El Amor Misericordioso en la vida y obra del P. Juan G. Arintero, O.P. (II)</i>	246-263
— <i>La Liturgia en la vida de los Frailes Predicadores</i>	417-437
GALÁN VERA, SOR M ^a J., <i>La Liturgia en la vida contemplativa</i>	406-416
JIMÉNEZ DUQUE, B., <i>Las noches de Santa Teresa de Lisieux</i>	326-336
REQUENA, FEDERICO M., <i>El Amor Misericordioso en la Vida Sobrenatural</i>	167-182
RODRÍGUEZ, JOSÉ-LUCAS, OFM cap., <i>La experiencia mística de San Francisco</i>	94-104
— <i>La Oración franciscana: una lección para siempre</i>	183-191
— <i>La sabiduría del carisma franciscano</i>	337-345
SERRA DE MANRESA, VALENTI, OFM cap., <i>Glosas a las Constituciones Concepcionistas</i>	105-112

LITURGIA

FLORES, JUAN JAVIER, OSB., <i>La Celebración y la Vida Litúrgica, fuente de la espiritualidad cristiana</i>	31-37
---	-------

— <i>El Bautismo, fuente de la Vida Espiritual</i>	113-124
— <i>La Confirmación, afianzamiento en la vida espiritual</i>	201-209
— <i>La Eucaristía, consumación de la vida espiritual</i>	264-275
— <i>La resanación espiritual de la penitencia</i>	346-354
— <i>La Unción de Enfermos, restablecimiento de la salud corporal y espiritual</i>	438-445

TESTIGOS

BLANCO, P., <i>El P. Girotti, un dominico en Dachau</i>	446-452
FERNÁNDEZ, ENRIQUE, O.P., <i>Celia Guerin, Madre de Santa Teresita (1831-1977)</i>	38-52
GUEULLETTE, J. M., <i>Predicador de la Misericordia, P. Lataste (1832-1869)</i>	276-289
HERRERO PRIETO, L. CMM., <i>El Siervo de Dios Francisco Pfanner (1825-1909). Fundador de Mariannhill</i>	210-224
MELLADO HERNÁNDEZ, M., <i>Semblanza espiritual de Edel Mary Quinn (1907-1944)</i>	355-361
MONASTERIO REDENTORISTAS DE ESPAÑA, <i>M.^a Celeste Crostrosa (1696-1996)</i>	125-137

ESCUELA DE VIDA

FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., O.P., <i>La Palabra de Dios ilumina la condición racional y pneumática del cristiano</i> . I. <i>El conocimiento del propio pecado</i>	290-299
— II. <i>Memoria del pecado y don de la conversión</i>	362-372
— III. <i>Confesar los pecados para poder perdonar y ser perdonados</i>	453-461
HERRERO PRIETO, CMM., <i>La Legión de María (I)</i> . LUCAS	53-64
CUESTA, DAVID, <i>La Legión de María (II)</i> . Su misión.	138-150
MELLADO HERNÁNDEZ, M., <i>La Legión de María (III)</i> <i>Semblanza de Frank Duff</i>	225-232

INFORMACIÓN

GALLEGO SALVADORES, J. J., O.P. <i>Recordando al P. Marceliano Llamera</i>	233-235
GARRIDO BONAÑO, M., OSB., <i>Francisco Franco, un católico al servicio de España</i>	300-318
LÓPEZ DE LAS HERAS, L., <i>La fecha del nacimiento de Cristo</i>	462-465
MADRES CARMELITAS, <i>Venerable M.^a del Carmen González-Valerio Sáenz de Heredia</i>	373-379
OFILADA MINA, MACARIO, <i>Crónica del Congreso Internacional sobre Teresa de Jesús: Vida, escritos y pensamiento</i>	151-156

ROMAN FLECHA, J. - GONZÁLEZ DE CARDEDAL, O. - BANDERA, A. - FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., <i>Índices de la Revista Vida Sobrenatural (1921-1995)</i>	65-84
---	-------

BIBLIOGRAFÍA

ALBAR, L., <i>Espiritualidad y praxis del orante cristiano</i>	392
ALCAZAR GODOY, J., <i>La oración, escuela de amor</i>	384
ARANA, J. I. DE, <i>Los jóvenes y el alcohol</i>	388
ARTOLA, A. M. ^a , <i>La Escritura inspirada. Estudios sobre la inspiración bíblica</i>	160
— <i>La morte mistica secondo san Paolo della Croce. Testo critico e relazione con San Paolo della Croce</i>	472
AYAPE, E., <i>Semblanza de San Ezequiel Moreno</i>	397
— <i>Sor Mónica y el P. Cantera, dos íntimos amigos de Jesús</i>	472
BALTHASAR, H. U. VON, <i>Gott mit seinem Ebenbild. Umris- sen einer biblischen Theologie</i>	382
BANDERA, A., <i>Religiosos en la Iglesia. ¿Avances? ¿Retrosesos?</i>	158
— <i>El Espíritu que ungió a Jesús</i>	382
— <i>Redención, mujer y sacerdocio</i>	387
BELLIDO, J. F., <i>El corazón de la granada. Un santo llamado Juan de Dios</i>	397
BENGOECHEA, I., <i>Vida y recuerdos de la Hna. Cristina. Carmelita Descalza</i>	469
BERGER, P. L., <i>Una gloria lejana. La búsqueda de la fe en . . época de credulidad</i>	238
BETZ, O. - RIESNER, R., <i>Jesús, Qunrán y el Vaticano. Puntualizaciones</i>	160
BIALAS, M., <i>La nada y el todo. Meditaciones según el espí- ritu de San Pablo de la Cruz</i>	392
BOISMARD, M. E., <i>¿Es necesario aún hablar de resurrección?</i>	467
BOUDRE, A., <i>Limpiacristales y arzobispo. Biografía de Mons. Miloslav Vlk</i>	392
BRIEND, J., <i>Dios en la Escritura</i>	468
CABADA, M., <i>Querer y no querer vivir. El debate entre Shopenhauer, Feuerbach, Wagner y Nietzsche sobre el sentido de la existencia humana</i>	237
CARAM, L., <i>Vive tu fe. Esquema-guía para estudiar el Cate- cismo de la Iglesia Católica</i>	398
CARLES, J., <i>El primer hombre</i>	393
CHICA ARELLANO, F., <i>Conciencia y misión de la Iglesia. . . . Núcleos eclesiológicos en los documentos de la Confe- rencia Episcopal Española</i>	494
CHRISTOPHE, F., <i>Breve Diccionario de la Historia de la Iglesia</i>	394
CINGOLANI, G., <i>Gabriel de la Dolorosa</i>	385

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, <i>El misterio de la Iglesia y la Iglesia como comunión</i>	386
CREMONA, C., <i>Pablo VI</i>	381
DEVILLIER, M., <i>San Antonio el Grande, padre de los monjes</i>	396
DREWERMANN, E., <i>Giordano Bruno o el espejo del infinito</i>	395
— <i>Psicoanálisis y teología moral. I. Angustia y culpa.</i> . . .	470
ELIADE, M., <i>Historia de las creencias y de las ideas religiosas. Desde la época de los descubrimientos hasta nuestros días</i>	400
FAUS, F., <i>Lágrimas de Cristo. Lágrimas de los hombres</i> . . .	389
FEBRERO, M. ^a A., <i>Doble vertiente. Guión bibliográfico de la M. Cándida M.^a de Jesús</i>	370
FERNÁNDEZ, A., <i>Compendio de Teología moral.</i>	389
FERNÁNDEZ, E., O.P., <i>Profetas del siglo XX en México</i>	319
FERNÁNDEZ-CARVAJAL, F. - BETETA, P., <i>La filiación divina que vivió y predicó el Beato José M.^a Escrivá</i>	389
FERNÁNDEZ POMBO, A., - VADO, S. DEL, <i>Vida y obra de Dolores R. Sopeña</i>	394
FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, P., O.P., <i>Índices de Vida Sobrenatural, 1921-1995. Revista de Teología Mística.</i>	157
FERRARO, G., <i>Lo Spirito e l'ora di Cristo. L'esegesi di San Tommaso d'Aquino sul quarto vangelo.</i>	466
— <i>Lettere a sposi.</i>	466
FERRER, E., <i>Educación al adolescente sobre el sexo, la fe y el divorcio.</i>	390
FORTE, B., <i>Breve introducción a la vida cristiana</i>	384
FOUCAULD, CH. DE, <i>Viajero en la noche. Notas de espiritualidad</i>	240
FLUSSER, V., <i>Los gestos. Fenomenología y comunicación</i>	236
GARCÍA PAREDES, J. C. R., <i>Mariología</i>	381
GARCÍA SEGURA, V., <i>Reportajes monásticos</i>	383
GARRIGOU-LAGRANGE, R., <i>Las tres edades de la vida interior</i>	388
GAY, J., <i>Coordinador. 39 cuestiones doctrinales.</i>	387
GIL, J. C. - NISTAL, J. A., <i>New Age. Una religiosidad desconcertante.</i>	236
GINER, S., <i>En la tierra de Dios. Crónica de un viaje</i>	392
GLATZER, N. N., <i>Language of faith. A selection from the most expressive Jewish Prayers.</i>	237
GRELOT, P., <i>La condición femenina en el Nuevo Testamento</i>	471
GUTIÉRREZ SANZ, A., <i>Humanismo y fe</i>	399
HÄRING, B. - SAVOLDI, V., <i>Oro porque vivo. Vivo porque oro</i>	392
HEALY, K., <i>El Profeta de fuego</i>	397
HÉBRAD, M., <i>Feminidad en una nueva edad de la humanidad</i>	393
HEINZMANN, R., <i>Filosofía de la Edad Media.</i>	395

HERRERA, L., <i>Historia de la Orden del Císter. Tomo V. Espiritualidad Monástica</i>	319
— <i>Historia del Císter. Tomo VI. Documentos relativos a la Orden del Císter</i>	396
HOUDIN, G., <i>Dietrich Bonhoeffer, víctima y vencedor de Hitler</i>	397
HÜNERMANN, W., <i>El Padre de los pobres. Vida de San Vicente de Paúl</i>	386
JUAN PABLO II, <i>El celibato apostólico</i>	387
— <i>Varón y mujer. Teología del cuerpo</i>	386
LAFRANCE, J., <i>Morar en Dios</i>	384
LÉGASSE, S., <i>El proceso de Jesús. La historia</i>	390
LIPPI, A., <i>San Pablo de la Cruz, místico y evangelizador</i> . . .	385
LÓPEZ MEDEL, J., <i>Constitución democrática y enseñanza religiosa</i>	380
LUBICH, G., <i>Vida de Juan XXIII, el papa "extramuros"</i>	
LUIS DE GRANADA, O.P., <i>Obras Completas. Tomo V. Libro de la Oración y Meditación</i>	320
MANARANCHE, A., <i>Querer y formar sacerdotes</i>	468
MARCONCINI, B., <i>El libro de Isaías (1-39)</i>	394
MARTÍN, A. M. ^a , <i>El deseo de Dios y la ciencia de la cruz. Aproximación a la experiencia religiosa de Hno. Rafael</i>	470
MARTÍNEZ, F., <i>El libro de la vida cristiana</i>	469
MOINGT, J., <i>El hombre que venta de Dios. Vol. I. Jesús en la historia del discurso cristiano. Vol. II. Cristo en la historia de los hombres</i>	391
MOLINÉ, E., <i>Los Padres de la Iglesia. Una guía introductoria</i>	388
MONASTERIO, E., <i>El Belén que puso Dios</i>	398
MORETTI, R., <i>Teresa d'Avila e lo sviluppo della vita spirituale</i>	384
NAVARRO, M., <i>Guía espiritual del Antiguo Testamento. Los libros de Josué, Jueces y Rut</i>	394
NELSON, J. B. - LONGFELLOW, S. P., <i>La sexualidad y lo sagrado</i>	471
ORTEGA, J. L., <i>Santa Magdalena Sofía Barat. Un símbolo blanco</i>	397
PALMERO, R., <i>Las vocaciones al ministerio sacerdotal y a la vida consagrada</i>	473
PEMÁN, J. M. ^a , <i>El divino impaciente. Cisneros. La santa virreina</i>	388
PIÉLAGOS, F., <i>Peregrina del amor. Antonietta Farani</i>	385
PIERINI, F., <i>La edad antigua. Curso de Historia de la Iglesia. Tomo I</i>	383
POUPARD, P., <i>El horizonte de la libertad. En camino hacia la nueva Europa</i>	238
PRIMAVESI, A., <i>Del Apocalipsis al Génesis</i>	393
PUCHS, E., <i>Deseo y ternura. Fuentes e historia de una ética cristiana de la sexualidad y del matrimonio</i>	391

PUJANA, J., <i>San Juan Bautista de la Concepción. Carisma y Misión</i>	319
RAMBO, L. R., <i>Psicología de la conversión. ¿Convencimiento o seducción?</i>	470
RAMOS GUERREIRA, J. A., <i>Teología Pastoral</i>	383
RATZINGER, J. - SCHOMBORN, CH., <i>Introducción al Catecismo de la Iglesia Católica</i>	398
RAVASI, G., <i>El libro del Génesis (12-50)</i>	237
REDONDO, R., <i>Callejón con salida</i>	392
RODRÍGUEZ, J. V., <i>Los trabajos y los días de un misionero enamorado. Juan Vicente Cengotita</i>	394
ROYO, A., <i>¿Se salvan todos?</i>	383
RUANO DE LA IGLESIA, L., <i>El amén de Dios</i>	394
RUSSELL, L. M., <i>La interpretación feminista de la Biblia</i>	471
SAINZ, J., <i>Medios de comunicación. Aprender a ser críticos</i>	390
SAN IGNACIO DE LOYOLA, <i>Ejercicios Espirituales</i>	466
SAN JERÓNIMO, <i>La perpetua virginidad de María</i>	239
SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS, <i>Historia de un alma</i>	466
SANZ, J., <i>Escritos espirituales</i>	399
SARTORI, L., <i>La "Lumen Gentium". Traccia di studio</i>	380
SCHNEIDER, TH., (Dir.), <i>Manual de Teología Dogmática</i>	400
SMOLINSKY, H., <i>Historia de la Iglesia en la edad moderna</i>	394
SPREAFICO, A., <i>El libro del Éxodo</i>	396
SULLIVAN, F. A., <i>La Iglesia en la que creemos</i>	468
TRIVIÑO, M. ^a V., <i>Escritos de Sor Ana de la Cruz Ribera</i>	320
VARIOS, <i>Dios amor en la tradición cristiana y en los interrogantes del hombre contemporáneo</i>	239
— <i>José Rivera, sacerdote, testigo y profeta</i>	394
VELA, F., (Coord.), <i>Dios estaba allí. Siete estudios del hecho religioso</i>	472
WHYBRAY, R. N., <i>Pentatéuco. Estudio metodológico</i>	390
YÁÑEZ NEIRA, M. ^a D., <i>El mes de Mayo con el Hno Rafael. Documentos Sinodales. I. Exhortaciones apostólicas post-sinodales. II. Discursos de apertura y clausura, mensajes y documentos del Sínodo de los Obispos, 1965-1994</i>	473
<i>El Rosario del Papa</i>	240
<i>Evangelio para cada día del año</i>	398
<i>Il P. Kolbe e la conoscenza del mistero dell'Immacolata e della Trinitá</i>	397
<i>Las Misericordias del Señor. Autografía del P. Bernabé de Larraul</i>	386